HISTORIA DE LA GUERRA DEL PELOPONESO

TUCÍDIDES



Clásicos de Grecia y Roma

Alianza Editorial

Aunque las primeras manifestaciones del pensamiento histórico griego se encuentran en los relatos etnográficos de los logógrafos y en Herodoto, con TUCIDIDES (460-399 a.C.) aparece la necesidad de un espíritu crítico para narrar los acontecimientos del pasado y es el primero en preguntarse por el método específico del historiador con el fin de distinguir entre las causas auténticas y los meros pretextos desde una irrenunciable voluntad de objetividad y una crítica rigurosa de los testimonios, y con la intención de transmitir unos conocimientos políticos de valor duradero. En consecuencia, la HISTORIA DE LA GUERRA DEL PELOPONESO —traducida, prologada y anotada por ANTONIO GUZMAN GUERRA— posee un interés que trasciende el momento histórico concreto de los enfrentamientos acaecidos entre atenienses y lacedemonios, y sus respectivos aliados, durante los años que duró la guerra. Igualmente destaca como obra literaria por la nobleza de su lengua, influida por la sofística, y por su estilo austero y sencillo, acomodado a la narración de los grandes acontecimientos.

Cubierta: Daniel Gil

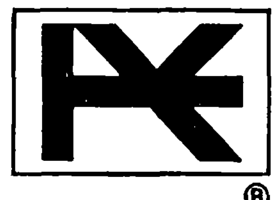
El libro de bolsillo **Alianza Editorial**

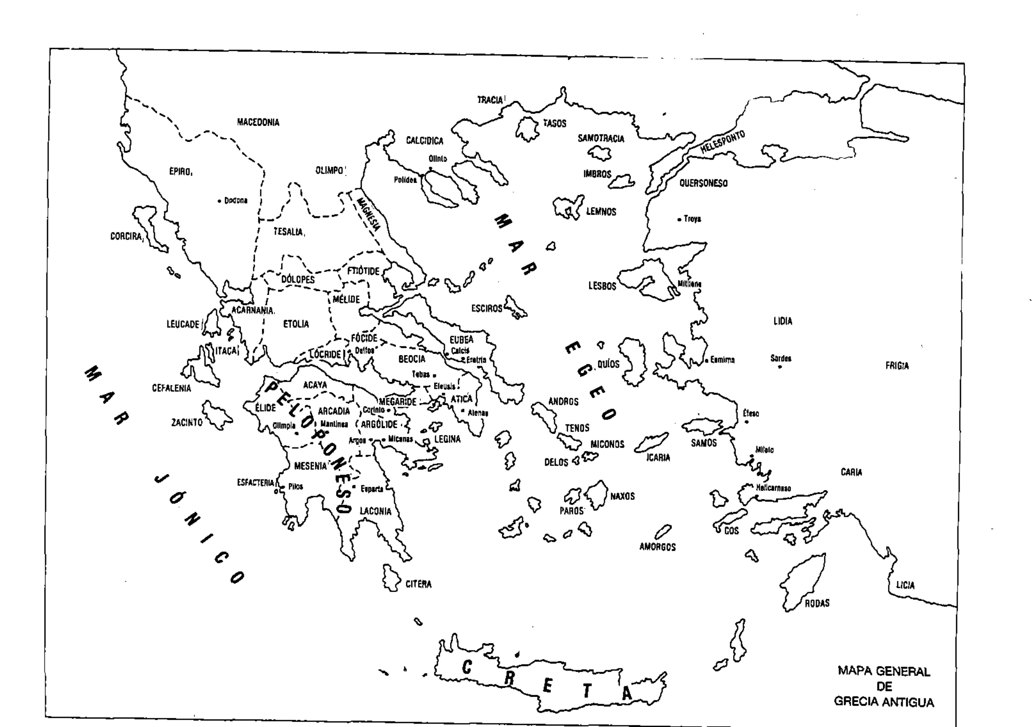
Tucídides:

Historia de la guerra del Peloponeso

Introducción y notas de Antonio Guzmán Guerra

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid




MACEDONIA
TRACIA
TASOS
SAMOTRACIA
HELESPONTO
CALCIDICA
Olinto
Potidea
EPIRO
Dodona
OLIMPO
IMBROS
QUERSONESO
MAGNESIA
LEMNOS
Troya
CORCIRA
TESALIA
MAR EGEO
FTIÓTIDE
DÓLOPES
LESBOS
Mitilene
MÉLIDE
ACARNANIA
ESCIROS
LEUCADE
ETOLIA
LIDIA
FÓCIDE
EUBEA
Calcis
Eretria
ÍTACA
LÓCRIDE
Delfos
BEOCIA
QUÍOS
Esmirna
Sardes
FRIGIA
Tebas
Eleusis
ACAYA
ÁTICA
Atenas
MAR JÓNICO
CEFALENIA
MEGÁRIDE
ANDROS
PELOPONESO
ÉLIDE
ARCADIA
Corinto
Éfeso
ZACINTO
Olimpia
Mantinea
ARGÓLIDE
TENOS
Argos
Micenas
LEGINA
MICONOS
ICARIA
SAMOS
Mileto
MESENIA
DELOS
ESFACTERIA
Pilos
Esparta
CARIA
Halicarnaso
NAXOS
PAROS
LACONIA
COS
AMORGOS
CITERA
LICIA
RODAS
CRETA
MAPA GENERAL
DE
GRECIA ANTIGUA

Traductor: Antonio Guzmán Guerra

Calle Milán, 38, 28043 Madrid; teléf. 200 00 45
ISBN: 84-206-0385-6
Depósito legal: M. 1.318-1989
Papel fabricado por Sniace, S. A.
Fotocomposición EFCA, S. A.
Avda. Dr. Federico Rubio y Galí, 16. 28039 Madrid
Impreso en Lavel. Los Llanos, nave 6. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

It is the common experience of people who study Thucydides intensively over a long period that one goes on indefinitely noticing things in him which one has not noticed before. This could be said of other authors too, ... in the case of Thucydides there always seems to remain the possibility that something really important is still waiting to be noticed.

K. J. Dover, *Thucydides.*

N. T. Deseo expresar mi agradecimiento a Francisco Javier Martínez García por haber revisado la traducción.

Introducción

1. *El Autor y su época.*

Las fuentes que nos han transmitido noticias sobre el personaje histórico Tucídides son básicamente de tres tipos: *a)* la información de carácter autobiográfico que el propio autor ha ido desgranando a lo largo de su obra; *b)* dos *Vidas* de Tucídides, conservadas en algunos manuscritos medievales (una de ellas tradicionalmente atribuida a un biógrafo del siglo V después de Cristo, de nombre Marcelino, y otra de autor anónimo) y, finalmente, *c)* ciertas noticias de fuentes diversas de la antigüedad [1].

Una serie de datos parecen incontrovertibles, de modo que empezaremos exponiéndolos. Es seguro que nuestro autor era un ciudadano ateniense que pertenecía al demo de

---

[1] Como no era menos de esperar, los datos biográficos que nos suministran estos testimonios son en parte complementarios, pero también son parcialmente contradictorios. La crítica histórica y filológica ha intentado poner un poco de orden en este revoltijo. Cf. L. Piccirilli, *Storie dello storico Tucidide,* Génova, 1985, y E. Vulgo Gigante, «Il bios tucidideo di Marcelino e lo zelos omerico», *Annali Facoltá Lettere Napoli,* 24, 1981, 5-16.

Alimunte [2], aunque su genealogía por vía paterna se remontaba a Tracia (como se atestigua por las explotaciones mineras de que fue propietario su padre, Oloro, en dicha zona, y por la vinculación particular que desde siempre unió a Tucídides con dicha región). También consta como dato indubitable el hecho de que sufrió la peste que diezmó Atenas al comienzo mismo de la guerra del Peloponeso (exactamente durante el verano del año 430), así como su participación en los acontecimientos del año 424/423 en torno a la ciudad de Anfípolis [3], adonde acudió (demasiado tarde, por cierto) como refuerzo frente al espartano Brásidas. Este testimonio resulta verdaderamente precioso, pues gracias a él podemos suponer que Tucídides no debió de nacer después del año 454, de acuerdo con lo que sabemos sobre el hecho de que en Atenas no se podía ejercer el cargo de estratego antes de haber cumplido los treinta años. Entendemos, por otra parte, que no debe darse mayor crédito que el de pura anécdota al testimonio de la tradición (representada en este caso por Apolodoro, *FGrHist,* 244 F 7b, y el léxico Suda, s.v. *Thoukydídes)* que nos transmite como fecha de nacimiento el año 471. Da la impresión, en efecto, de tratarse de un mero recurso mnemotécnico para hacer coincidir el comienzo de la guerra con el cumpleaños cuarenta de su autor. Más discutida ha sido la cuestión del exilio de Tucídides. En efecto [4], se trata de examinar un texto que resulta verdaderamen-

[2] Encontramos la noticia en ambas *Vidas,* además de en Plutarco, *Vida de Cimón,* 4.

[3] Este asunto de la intervención de Tucídices en la campaña de Anfípolis está directamente conexo con la cuestión del posible destierro sufrido por el historiador durante veinte años (aunque no está necesariamente claro si la relación fue de causa a efecto). Recientemente pueden verse los trabajos de H. D. Westlake, «Thucydides and the fall of Amphipolis», *Hermes,* XC, 1962, 276-287; J. R. Ellis, «Thucydides at Amphipolis», *Antichthon,* XII, 1978, 28-35, y aún más reciente otra vez Westlake, «Thucydides, Brasidas and Clearidas», en *GRBS,* XXI, 1980, 333-339. Añádase a ellos el excelente libro de J. Schepens, *L'autopsie dans la méthode des historiens grecs du V siècle avant J-C,* Bruselas, 1980, en especial el capítulo correspondiente a las páginas 152-180.

[4] Cuestionar el exilio de Tucídides es un asunto moderno (Wilamowitz ya planteó reservas en un trabajo suyo aparecido en *Hermes,* XII, 1877, 326-367). Ha sido en efecto sobre todo L. Canfora quien con mayor energía

te clave, no sólo a propósito del exilio, sino en cuanto que afecta también a la propia composición de la obra, la posible atribución de este pasaje a Jenofonte (de quien sabemos gracias a Diógenes Laercio, II, 57, que fue quien logró el manuscrito original de Tucídides, lo editó y lo puso en circulación, tal vez después de haber revisado el texto), etc. Desde luego, debemos decir que la tradición antigua no sospechó de la autenticidad del exilio, y ahí están los testimonios de Cicerón, *Orator*, II, 56 (aunque en su otra obra *Bruto*, 47, leemos que Tucídides estaba en Atenas en el año 411, durante la defensa del orador Antifonte), Dionisio de Halicarnaso, *Tucídides*, 41, Plinio, *Historia Natural*, VII, 111, Plutarco, *Vida de Cimón*, 4, etc. En cambio, no podemos negar que hay detalles en el relato de la obra de Tucídides que resultarían verdaderamente difíciles de conocer para una persona que hubiera tenido que vivir veinte años de destierro. ¿Cómo pudo, por ejemplo, enterarse nuestro historiador del nivel que alcanzaron las protestas populares tras el escándalo de los hermocópidas y la parodia de los Misterios? o ¿cómo pudo conocer los pormenorizados preparativos del golpe de Estado que tuvo lugar en Atenas el año 411? Finalmente, debemos manifestar que la copiosa literatura que existe dedicada al tema del destierro, de la figura de ilustres exiliados, etc., guarda silencio (algo que no deja de ser cuando menos llamativo) a propósito del exilio de nuestro personaje [5]. Resumamos, sin embargo, la cuestión diciendo que a nuestro juicio cabe pensar (aun estimando el esfuerzo, verdaderamente propio de «diez jayanes», de Canfora) que el

---

y en diversas ocasiones (*Tucidide Continuato*, Padova, 1970, «Storia antica del testo di Tucidide», *QS*, III, 1977, 3-39, «Tucidide non esiliato e la testimonianza di Aristotele», *BIFG*, IV, 1977-78, 35-43, «L'historien Thucydide n'a jamais été exilé», *DHA*, VI, 1980, 287-289) pretende desautorizar las palabras del propio Tucídides en V, 26, y niega que nuestro autor haya sufrido tal destierro de veinte años. En efecto, Canfora atribuye dicho pasaje (el llamado «segundo proemio») al historiador Jenofonte, que vendría a ser así el que sufrió el debatido exilio. Cf. también L. Piccirilli, «Eisangelia e condanna di Temistocle», *CCC*, 4, 1983, 333-363, donde dedica unas páginas a «L'esilio di Tucidide riconsiderato».

[5] Por ejemplo, ahí están los testimonios de Musonio (que hubo de sufrir el destierro varias veces por orden de Nerón y Vespasiano), Séneca (que trató el tema en su obra *Ad Helviam, de consolatione*) o Favorino, desterrado a Quíos, de donde regresó por el favor de Antonino Pío.

texto del segundo proemio debe atribuirse a Tucídides, y que en consecuencia el exilio del que en él se nos habla es un dato biográfico de Tucídides y no de Jenofonte. Lo diremos con palabras de Romilly: «L'exil qui frappait l'historien servait par là l'historie.»

Inseguras son del mismo modo las noticias que conocemos sobre la fecha, el lugar y las circunstancias de su muerte. Es cierto que regresó a Atenas una vez acabada la guerra, en el 404 (en este sentido sabemos por Pausanias, I, 23, que se hizo aprobar por Enobio un decreto en el que se le autorizaba el regreso), también es cierto que nos ha dejado su obra con el relato bruscamente interrumpido en los acontecimientos del año 411. Pero no sabemos en cambio más detalles ciertos sobre su muerte (según unos acabó sus días en Tracia, según otros en Atenas) que debe situarse en torno al 398-397.

Sin caer en la bachillerada de afirmar que el siglo V antes de Cristo es el Siglo de Oro de la ciudad de Atenas y de su imperio, es obvio que en los cincuenta años que mediaron entre los últimos grandes enfrentamientos bélicos (Maratón, Salamina, 490, 480) greco-persas y el año 431 (comienzo de esta Guerra del Peloponeso) Grecia en general y más en particular Atenas conocieron un acelerado proceso de transformación. No se trató sólo de un aumento en la creación de riqueza gracias al expansionismo comercial favorecido por la multiplicación de los lazos y contactos entre ciudades, sino que se inició un auténtico proceso de renovación en la sociedad, la cultura y la política de estos años. Tucídides, como joven adinerado de educación esmerada, y cuyas rentas mineras le iban a permitir dedicarse sin preocupaciones por urgencias económicas a su quehacer de historiador, recibió influencias directas, o al menos próximas, de los grandes intelectuales del momento, de Anaxágoras (de quien parece incluso que llegó a tomar en préstamo el término *eclipse)* de Pródico, de Protágoras y de Gorgias, etc. La clase dirigente vive, pues, en este ambiente ilustrado en el que circula como moneda corriente la creencia en el carácter convencional de la Ley, en el que se busca una interpretación racionalista del universo y de la realidad social de la polis. Como es lógico (y a pesar de que el concepto como tal no aflora hasta unos

años más tarde con Aristóteles) de este ambiente se ve impregnada la filosofía, pero también todas las demás ciencias, desde la Gramática a la Medicina [6]. En efecto, al igual que el médico ha de basar su diagnóstico de la enfermedad a partir de una sintomatología, será a su vez tarea del historiador interpretar los acontecimientos de la vida social de los hombres partiendo de la observación, del análisis y del estudio crítico de sus auténticas causas naturales. De modo que Tucídides, criado en este ambiente, ha de verse abocado a escribir un tipo de historia política fundada en unas bases científicas, una historia racionalista.

¿A qué facción política pertenecía, en qué lado del espectro político tendríamos que situar a nuestro historiador en función de sus amistades, sus intereses y su grado de compromiso social con su ciudad? Sin lugar a dudas, Tucídides era un entusiasta simpatizante del régimen instaurado por Pericles (así se expresa de manera inequívoca en el libro II, cap. 65). Esto significa básicamente dos cosas: su apoyo decidido al régimen democrático de la polis según el estilo de Pericles (lo que implicaba un cierto control de las masas por una minoría dirigente), y por otra parte, una defensa firme de la concepción imperialista de Atenas. En este sentido, nuestro autor fundamenta sus convicciones en la más pura ortodoxia de los sofistas, que defienden el pragmatismo más radical, que avasalla el derecho moral y de justicia que puede asistir al más débil. Suyas son también, por ejemplo, las siguientes palabras del libro V: *«Lo sabemos tan bien como vosotros, en el cálculo humano la cuestión de la Justicia se plantea sólo entre fuerzas iguales, si no, el fuerte impone su decisión y el débil cede... Ya que por una ley natural inexorable, dioses y hombres dominan a quienes superan en poder. Y no hemos sido nosotros los que hemos establecido esta ley, ni fuimos los primeros en aplicarla. Existía ya cuando la recibimos, y la habremos de dejar a la posteridad para que continúe vigente»* [7]. ¿Es Tucídides quien aquí nos habla?

---

[6] Las influencias y conexiones entre Hipócrates y Tucídices han sido estudiadas por C. Lichtentaeler, *Thucydide et Hippocrate,* Ginebra, 1965.

[7] Cf. las palabras del propio autor en II, 65. En este sentido, se ha llegado a decir que Tucídides era más partidario de una «oligarquía generosa»

¿Lo hace en tanto que sólo está reflejando la situación vivida en Melos el año 415? Con qué intención lo hace, ¿con la de adoctrinar a futuros lectores? ¿Es un programa político? Recomendamos A. Woodhead, *Thucydides on the nature of power,* Cambridge-Mass., 1970.

2. *La obra de Tucídides como historiador.*

A nuestro entender, cualquier estudio que verse sobre el método historiográfico de un autor deberá tratar al menos los dos aspectos siguientes:

a) Atender a los problemas concernientes a la *heurística,* esto es, todo lo relativo al asunto, que suele ser complejo, de las fuentes históricas, su existencia, su crítica, su autenticidad, etc., es decir, la llamada *Quellenforschung.* Pues bien, en este sentido se ha hecho notar que Tucídides representa, si lo comparamos con su más egregio antecesor, Heródoto [8], un nivel cualitativamente distinto, caracterizado por el tránsito de una historiografía de tono marcadamente oral a una en la que el carácter escrito de la transmisión va afianzándose progresivamente. Nos consta que Tucídides se ha servido de Heródoto y de Helánico [9] para algunos pasa-

que de una «democracia moderada». El asunto ha sido objeto de interpretaciones contrapuestas (y hay abundantísima bibliografía) por la tendencia a ubicarlo y establecer paralelismos con los partidos o personajes políticos de cada época. Muy interesante al respecto es el libro de J. de Romilly, *Thucydide et l'imperialisme athénien,* París, 1951². Sobre la figura de demócrata de Tucídides, cf. H. D. Westlake, «The Subjectivity of Thucydides, his Treatment of the Four Hundred at Athens», *Bull. John Rylands Library,* 56, 1973, 208 y ss., y G. Donini, *La posizione di Tucidide verso il goberno dei Cinquemila,* Torino, 1969.

[8] En español disponemos del exhaustivo estudio de D. Plácido, «De Heródoto a Tucídides», *Gerión,* 4, 1986, 17-46. Sobre el carácter escrito de la historiografía tucididea frente a la herodotea, cf. B. Gentili-G. Cerri, *Le teorie del discorso storico nel pensiero greco e la storiografia romana arcaica,* Roma, 1975. Y sobre la comparación de Heródoto y Tucídides, véase H. Rawlings, *The Structure of Thucydides' History, Princeton Univ. Press,* 1981. A propósito del empleo de las fuentes por parte de Tucídides, cf. C. Meyer, *Die Urkunden im Geschichtswerk des Thukydides,* Múnich, 1955.

[9] Cf. Heródoto, VI, 57, IX, 13, 53, así como el propio Tucídides I, 20, y 89, y S. Mazzarino, *Il pensiero storico classico,* Bari, 1966, además de J. H. Schreiner, «Historical Methods, Hellanikos and the era of Kimon», *OAth,* 15, 1984, 163-171.

jes de la Pentecontencia, de Antíoco de Siracusa para la ocupación de Sicilia por los griegos, de determinados documentos oficiales (que conservan a veces algunas de sus peculiaridades dialectales, como en V, 77, 79), cartas, inscripciones y otras evidencias de carácter arqueológico (las sepulturas halladas en la isla de Delos, la estructura urbanística de Esparta o Atenas, etc.). Es verdad que el propio Tucídides se interesa por presentar su obra con visos de originalidad, poniendo de manifiesto las diferencias que a su juicio existen entre su concepción histórica y la de sus predecesores (sean éstos autores de obras de Genealogía, de asentamientos y colonizaciones, de literatura etnográfica o de tipo periegético y cartográfico) y sabemos del prurito que sentía por silenciar en ocasiones las fuentes utilizadas en la redacción de su historia. Algún crítico moderno ya ha habido que afirmara que con esta negligencia ha faltado Tucídides a una de las obligaciones primeras (bajo el punto de vista metodológico) de lo que debe ser un historiador competente y serio. Collingwood, en efecto, llegó a acusarle de tener «mala conciencia», e interpreta que si nuestro autor no informó del origen de sus fuentes fue porque de haberlo hecho se habría podido ver envuelto en algún compromiso delicado, por sus contactos con el bando peloponesio durante los años que anduvo fuera de Atenas. ¿De quién pudo obtener ciertas informaciones confidenciales: del estratego espartano Brásidas, del prófugo Alcibíades? [10]. En fin, a la hora de sistematizar un poco sobre el papel que Tucídides otorga a la heurística, hay que decir que para nuestro autor son dos los tipos de fuentes básicas de información: una, la propia información personal obtenida presencialmente por el historiador *(bois autòs parēn),* y en segundo lugar, la información obtenida a través de otros *(parà tōn állōn pynthanómenos).*

b) Considerar todo lo relativo a la *síntesis histórica,* entendiendo por tal los problemas de composición de la obra (en cuanto obra histórica literariamente redactada), a la propia personalidad y psicología del historiador, su formación

[10] Esta tesis es la que defiende P. A. Brunt en «Thucydides and Alcibiades», *REG,* 65, 1952, 59 y ss.; cf. también H. D. Westlake, «The influence of Alcibiades on Thucydides, Book 8», *Mnemosyne,* 38, 1985, 93-108.

cultural, política y filosófica o religiosa. A este propósito no resulta ocioso recordar que una de las características diferenciales entre el historiador antiguo y el historiador moderno es que con frecuencia en la antigüedad, antes de que apareciera la profesionalización del oficio (bástenos recordar los casos de César, Jenofonte, Josefo, Polibio, o Timeo) el historiador es un personaje político o militar, alguien que ha participado directamente en los acontecimientos y sucesos objeto de su narración histórica. Esta singularidad es la que se conoce con el nombre de *autourgía* (concepto típicamente griego, paralelo por lo demás a los de *autopátheia, autopsía,* etc.).

No debemos proseguir sin exponer brevemente algunas nociones relativas al llamado *método historiográfico de Tucídides.* Ha llegado a defenderse la idea de que en la obra de Tucídides interesa más el método que la narración de los hechos relatados. En efecto, Tucídides se ha propuesto como objetivo una *irrenunciable voluntad de objetividad*. El historiador debe buscar *to saphés,* es decir, lo cierto, lo seguro, dejando de lado los bellos relatos seductores de poetas y logógrafos (I, 22). La historia debe abandonar esa ingenuidad de corte más o menos etnográfico y teocrático de sus predecesores, para establecer un método de análisis rigúroso, una crítica sistemática de las fuentes. Por supuesto que cuando Tucídides excluye a la divinidad del desarrollo de los acontecimientos históricos no hace sino actuar de portavoz del espíritu ilustrado de su época, durante la cual se comienza a tener una confianza cada vez mayor en el propósito del hombre por entender su realidad circundante en términos estrictamente científicos y naturales. Ni siquiera la *Tyche* es en Tucídides una potencia divina, sino más bien el límite azaroso que en ocasiones tienen los hechos humanos. A veces —nos dice el autor— los planes de los hombres *(gnómai)* no se cumplen según cabría esperar, pero no se debe ello a la acción de ningún elemento divino, sino a lo que Tucídides llama el azar, lo incierto del destino [11]. Por otra parte,

[11] Sobre el papel de los dioses en Tucídides, puede leerse con provecho el trabajo de N. Marinatos, *Thucydides and Religion*, Meisenheim/Glan, 1981.

el historiador debe distinguir entre los *pretextos* que se aducen y las *causas auténticas* que mueven los hilos de la Historia. Es decir, no podemos confundir los motivos aislados, buscados para la ocasión como meros pretextos y las causas verdaderas[12] (la *alethestáte próphasis).* Los dos pasajes claves son los de los libros I, 23, y VI, 60 (éste último a propósito de las auténticas causas o «intenciones» de la expedición ateniense a Sicilia). En este empleo del término no debemos ver sólo influencias de Hipócrates y la medicina, sino también de la oratoria, y de modo más particular del orador Antifonte. Para nuestro autor la auténtica causa del conflicto hay que encontrarla en el miedo que el creciente imperialismo ateniense generaba entre los espartanos, que asistían, impotentes, a la extensión del dominio de Atenas sobre las ciudades de buena parte de Jonia y Grecia, restaurando o imponiendo en ellas regímenes democráticos, afines al de Atenas. Sin duda, existieron otras concausas y condicionamientos que hicieron la guerra inevitable (ambiciones partidistas, antagonismos y enfrentamientos sociales, motivos económicos como el decreto megárico, etc.). Pasemos sin embargo a otros asuntos, conexos con este de las causas de la guerra. Habla también Tucídides de que la pretensión de su obra era la de ser una *adquisición para siempre,* porque se proponía establecer los fundamentos mismos de un método correcto de narrar los acontecimientos. Esto sólo será posible si se es capaz de extraer de un caso particular y concreto (los acontecimientos bélicos protagonizados por atenienses y peloponesios durante los veintisiete años de guerra) unas categorías de carácter universal. Sólo así podrá conseguir transmitir unos conocimientos políticos de valor duradero, que trasciendan el momento histórico del conflicto que nos

---

Para el papel que juegan las *gnómai,* cf. V. J. Huart, *Gnóme chez Thucydide et ses contemporains,* París, 1973.

[12] La cuestión ha sido muy bien estudiada, desde antiguo, pues afecta a una de las claves del método de nuestro historiador. Modernamente lo ha hecho A. Andrewes, «Thucydides on the Causes of the War», *CIQ,* 9, 1959, 232-239; H. R. Rawlings, *A Semantic Study of prophasis to 400 B. C.,* Wiesbaden, 1975; F. Robert, «Prophasis», *REG,* 89, 1976, 334 y ss., además del *Thukydides,* de la colección *Wege der Forschung,* 98, Darmstadt, 1968, en especial las páginas a cargo de G. Wille, «Zu Stil und Methode des Thukydides», 703 y ss.

relata. Tucídides extrae del análisis de la realidad concreta la certeza de que la raíz última del estallido bélico no es otra que el temor que sienten los espartanos a perder su influencia y la defensa de sus intereses en beneficio del expansionismo y la irrefrenable ambición de sus adversarios. Su análisis nos parece absolutamente correcto y plenamente realista. Es la ambición del ser humano (desarrollada sobre todo cuando se dan las circunstancias y medios más favorables) la que estimula y genera los conflictos. Y esto es algo que nos suena extraordinariamente a modernidad, a nuestro siglo, a nuestros días. Tucídides da la impresión de ser un analista político de los que ocupa —por su actualidad— la columna de un periódico de opinión. Su historia, pues, desborda los estrechos límites cronológicos de su época y adquiere así un valor paradigmático e intemporal (propiamente clásico) gracias a que pocos han conseguido como él analizar las pautas por las que parece regirse el ser humano, tanto individual como socialmente.

Tucídides está planteando, pues, así la cuestión de la *utilidad de la Historia.* ¿Puede afirmarse que la Historia sea *magistra vitae?* Es cierto que Tucídides está convencido de que la historia es irrepetible, y que, por tanto, no cabe interpretar unos acontecimientos como garantía segura para el futuro. Ahora bien, para lo que sí vale la Historia es para encontrar en los sucesos del pasado una ayuda con la que adquirir la capacidad de iluminar situaciones similares que puedan presentarse en el futuro. De ahí que por lo general Tucídides se interese más en su obra por los problemas que afectan a la comunidad, y por los principios generales en los que se sustenta el poder, que por los avatares de la suerte de los individuos aisladamente considerados. En este sentido, Tucídides opera con un criterio claramente selectivo que le lleva a prescindir de cualquier consideración que a su juicio no sea pertinente para los objetivos que se propone. (Así argumenta, por ejemplo, en III, 82, cuando comenta las funestas consecuencias de la guerrra: *recayeron sobre las ciudades con motivo de las revueltas muchas y graves calamidades, como las que se suceden y sucederán siempre, mientras la naturaleza humana siga siendo la misma, con violencia*

mayor o menor y cambiando de aspecto, de acuerdo con las alteraciones que se presenten en cada circunstancia.)

Obviamente hemos de partir de las palabras del propio autor cuando nos afirma en el capítulo inicial del libro I que empezó a escribir su historia desde el comienzo mismo de las hostilidades, aunque tal vez se tratara tan sólo de tomar unas notas que pudieran ser revisadas posteriormente. Pero como, de otro lado, sabemos que Tucídides conoció el final de la guerra (año 404), y en cambio el relato de su narración se interrumpe en el año 411, hay que pensar que Tucídides murió cuando aún no había podido revisar definitivamente su historia. A ello se añaden argumentos de carácter interno. Por ejemplo, hay determinados pasajes pertenecientes a los libros primeros (concretamente I, 93, y II, 65) que de manera inequívoca han sido necesariamente escritos después de conocido el resultado de la guerra, es decir, después del año 404. Otro ejemplo, la ausencia de discursos en los libros V y VIII (donde en cambio sí hay recogido material, a manera de esbozo previo) nos hace pensar que el autor fue sorprendido por la muerte antes de poder redactar definitivamente la totalidad de lo que tenía recopilado. Todo este asunto (que ha sido sometido a un estudio pormenorizado bajo el punto de vista literario e histórico) es el que se conoce con el nombre de *cuestión tucididea* [13]. Se trata de comprobar si Tucídides emprendió su tarea de redactar la historia de la guerra en su integridad (desde el 431 al 404) o si en un principio sólo se interesó por la guerra de los «diez años» (431-421), llamada la Guerra Arquidámica. Hubo una época (desde que en 1846 apareciera el libro de Ullrich, *Beiträge zur Erklärung des Thukydides* hasta la publicación en 1947 del trabajo de J. de Romilly, *Thucydide et l'imperialisme athénien*) durante la que no era posible escribir nada sobre Tucídides sin dejar constancia de la opinión propia que cada cual tuviera sobre la cuestión tucididea (algo parecido a lo ocurrido anteriormente con la pugna entre unita-

---

[13] Sobre la cuestión tucididea cf. el trabajo antiguo pero sistematizador de la misma a cargo de H. Patzer, *Das Problem des Geschichtsschreibung des Thukydides und die thukydideische Frage,* Berlín, 1937, y más recientemente J. H. Finley, *Three Essays on Thucydides,* Cambridge, Mass., 1967.

ristas y antiunitaristas a propósito de la obra de Homero). Hoy día el cauce de las aguas ha bajado y el asunto ha quedado zanjado casi definitivamente tras los trabajos de Romilly y J. Finley. Es verdad que algunas de las observaciones puestas de manifiesto por Ullrich son ciertas (por ejemplo que los pasajes de los libros iniciales en que aparece mencionada la expresión «esta guerra» alude tan sólo a lo que nosotros conocemos con el nombre de guerra arquidámica, y no a la totalidad del conflicto que duró veintisiete años), y que algunos han hablado de que en los diversos estratos de la obra se puede observar una evolución espiritual, y política, de Tucídides; mas a pesar de todo ello, no debemos magnificar estas discordancias. Resumiendo, diremos que hoy se piensa que a pesar de ciertas incoherencias formales (algunos pasajes dan la impresión de que se han intercalado en un contexto ligeramente extraño, mientras que en otras partes encontramos datos de los que podemos sospechar que habrían sido eliminados de haber podido el autor efectuar una última revisión de su obra), la historia de Tucídides obedece a un plan unitario, que conforma un conjunto orgánico, estructurado bajo una intención de dar coherencia a sus diversas partes. Por tanto, podemos afirmar que la obra de Tucídides fue redactada, tal y como ha llegado a nosotros, después del año 404.

Naturalmente, convendrá decir algo sobre el carácter de la narración (aunque no vamos a expansionar estas páginas introductorias parafraseando la propia exposición de Tucídides). Se trata básicamente de un relato continuo de los acontecimientos más sobresalientes ocurridos en el ámbito de influencia de ambos bandos. Nuestro historiador ha impuesto unos límites espaciales y temporales a su obra. Se trata de estudiar el origen y el desarrollo de los acontecimientos de carácter bélico que enfrentaron a ambas potencias hegemónicas en el lapso que va del 431 al 404 en un teatro de operaciones que abarca desde Bizancio hasta la isla de Sicilia. Hecha esta declaración de intenciones, no podemos aceptar la idea de quienes acusan a Tucídides de haber escrito una historia incompleta en la que no se ha dado cabida a determinados elementos (mayor perspectiva histórica de los sucesos históricos en la Grecia de los siglos VII y VI, factores

económicos subyacentes como causa del conflicto, etc.), ya que el propio autor declara expresamente que lo que le interesa es la narración de «esta guerra». Hay, de todas maneras, algunas precisiones que hacer. En primer lugar, la guerra no aparece narrada en su integridad (ya hemos dicho que la obra se interrumpe bruscamente cuando se procede a narrar los sucesos del año 411), pero es que además encontramos en la narración dos elementos sumamente interesantes. El primero es un cierto número de pasajes en los que el autor se desvía para efectuar algunas *digresiones* que le apartan del argumento central. En segundo lugar, la existencia de *discursos* puestos en boca de determinados personajes de ambos bandos (embajadores, estrategos, políticos, etc.). Pues bien, si repasamos muy someramente algunas de las principales digresiones o incisos, comprobamos que en su mayor parte se localizan en el libro I (lo que tiene poco de extraño toda vez que es al comienzo cuando el autor ha de presentar los límites de su obra, contextualizarla y prescindir de los aspectos que menos le interesan, antes de centrar su objetivo en la materia que le ha de ser propia), y contienen una breve descripción de la historia más antigua de Grecia, la llamada «Arqueología», destinada a demostrar que ésta de ahora es la guerra más importante jamás emprendida por los griegos, ya que todas las anteriores carecieron —por la falta de riquezas, de recursos humanos y económicos— de trascendencia. Ahora bien, si analizamos con mayor detención esos capítulos iniciales del libro primero, descubriremos que todos ellos giran en torno a una idea base, el concepto de *dýnamis como base de la concentración de poder* (por decirlo con palabras de Immerwahr). Según Tucídides, en efecto, la acumulación de poder se produjo en Grecia merced a diversos factores. Por ejemplo, en Atenas se debió a la fertilidad de su suelo (I, 2), a diversas victorias militares (I, 15), y a la aparición del capital como consecuencia del comercio (I, 15). Fueron precisamente estos excedentes financieros *(periousía)* los que proporcionaron unos preparativos considerables *(paraskeuê)* que a su vez hicieron emerger la *empeiría* en las más diversas esferas de la vida social, y de modo particular en el campo militar. En Esparta, en cambio, el po-

der se desarrolló gracias a la estabilidad y bondad de su sistema político o constitución (I, 18).

Prosigue su análisis Tucídides afirmando que como consecuencia de la acumulación de poder, nace una actividad constante, una dinámica social que se manifiesta en una fuerza expansionista que de continuo crece y se autoalimenta. Esta concentración de poder es la que lleva a los pueblos, por mor de su seguridad, a un expansionismo ambicioso, a través de lo que Tucídides llama «la necesidad» *(anánke)*. El caso más extremo tal vez lo representen las palabras de Alcibíades cuando declara en VI, 18, que la ciudad se desmoronará y se derrumbará si no se mantiene en una actividad constante. Aquí subyace, pues, el concepto de la *polypragmosýne* de los atenienses, esa actividad sin sosiego, que es el correlato psicológico de la *dýnamis* física.

Respecto a la presencia de otros excursos en los libros siguientes, ya dijimos que aparecen con menos frecuencia. No obstante existe alguna digresión relativa a comunidades de pueblos que entran en contacto sólo tangencial con los griegos (II, 95-101, III, 100-102, VI, 1-5), así como algunas otras en las que Tucídides ha de remontarse a otros antecedentes históricos para deshacer errores transmitidos hasta su época (con ocasión, por ejemplo, del incidente de los Pisistrátidas en el libro VI, 53-59).

Abandonemos, sin embargo esta cuestión de los incisos y pasemos al segundo punto, los dicursos. Encontramos que muchos de estos discursos presentan una redacción antitética, a propósito de determinadas discusiones políticas. La mayoría de ellos —hasta un total de más de cuarenta— están redactados en estilo directo, y aparecen distribuidos a lo largo de toda su obra (aunque faltan tanto en el libro V como en el VIII). Escritos en una lengua muy noble, concisa, de prosa poética y difícil, Tucídides desarrolla en algunos de ellos sus propias ideas políticas. Profundicemos un poco en este aspecto de la obra de nuestro autor. Decía el maestro W. Jaeger que los discursos representan el más puro pensamiento político de Tucídides, y que rivalizan tanto en profundidad como en hermetismo con la obra de los más insignes filósofos de Grecia. ¿Quién puede —después de haberlos leído— dudar de la veracidad de tales afirmaciones? Vea-

mos cuáles son algunas de las funciones principales y el papel que cumplen los discursos en el conjunto de la obra de Tucídides. Se está de acuerdo hoy día por parte de la mayoría de los estudiosos [14] en que hay que postular una multifuncionalidad para los discursos. Merece la pena destacar, muy concisamente, algunas de las más sobresalientes:

a) *Proporcionar un análisis racional de los hechos históricos.* Aunque es verdad que toda la narración de Tucídides está impregnada del racionalismo que se vive en el ambiente ilustrado de la Atenas de estos años, es en algunos de sus discursos donde de la manera más descarnada y concisa se manifiesta este frío análisis de la realidad de los hechos. Por ejemplo, en el discurso de los corcirenses (I, 32-36) donde se pone de manifiesto que la alianza estre Atenas y Corcira redundará de forma inmediata en beneficio de Atenas. Las razones concretas que se nos dan son: la guerra es inminente e inevitable, Atenas controlará la ruta estratégica que conduce a Italia y Sicilia y, finalmente, Atenas potenciará así su poder marítimo en la zona.

b) *Extraer una categoría universal* a partir de un caso concreto. Es ésta una virtualidad típicamente griega, que aparece constatada en otras varias facetas de la vida intelectual de su sociedad (la encontramos en la Tragedia de Sófocles y de Eurípides, en la *Poética* de Aristóteles, 1451 B 4-11, donde se pone en contraste *ta kat'hékaston / ta kathólou,* además de en la oratoria (aunque la práctica del orador suele ser la inversa, la de lograr la persuasión de un auditorio particular y concreto a partir de un bagaje o repertorio de argumentos de carácter más universal). Este procedimiento sirve, pues, al historiador para obtener principios de aplicación general a partir del análisis de un fenómeno o situación concreta. Así ocurre, por ejemplo, en los discursos de Hermócrates (IV, 59-64, VI, 33-34 y VI, 76-80) donde al hacerse la pregunta de por qué suscitan y acuden los hombres a una

[14] Un libro muy recomendable por su claridad, concisión y seriedad es el editado por P. A. Stadter (editor), *The Speeches in Thucydides. A collection of original Studies with a bibliography*, Chapel Hill, 1973, en el que aparecen recogidas diversas contribuciones valiosísimas, en especial nos hacemos eco de los trabajos de H. R. Immerwahr y de N. G. L. Hammond.

guerra como ésta, se hacen determinadas reflexiones sobre la realidad de la guerra y de la paz en general.

c) *Establecer una relación dramática* entre el escenario y los personajes que desarrollan los acontecimientos y el resto de la narración. Es decir, se crea una tensión entre los individuos (estrategos, embajadores, etc.) que escenifican y actúan como protagonistas de los discursos, y la linealidad de la narración. Pensemos, por ejemplo, en el discurso de Cleón en III, 37, o en los de Alcibíades (VI, 16-19 y 89-93). A veces el dramatismo del discurso se combina con el irracionalismo de algunas promesas o falsas esperanzas. En efecto, es lo que encontramos cuando los delegados de los melios (V, 89-114) parecen basar todo su futuro y sus posibilidades de supervivencia en las falsas esperanzas.

Debido precisamente a la extraordinaria importancia que en el conjunto de la historia de Tucídides corresponde a los discursos, nos ha parecido incluso oportuno darles una presentación tipográfica distinta en esta traducción nuestra, queriendo indicar así que configuran la parte más noble de la obra, en tanto que en ellos se interpretan las claves generales de los comportamientos políticos. Dicho sea con concisión tucididea: ninguna persona culta debería dejar de leer un solo discurso de Tucídides.

Otra cuestión que afecta no sólo al método historiográfico sino también a la composición de los discursos es la de cómo le resultó posible a nuestro autor tener acceso al contenido de lo que dijeron tales o cuales embajadores en una determinada asamblea. Queremos decir lo siguiente, ¿cómo pudo reproducir Tucídides ni siquiera el sentido de lo que se puso de manifiesto en escenarios en los que difícilmente (en algunos casos, incluso resulta imposible) pudo estar presente? Parece seguro que Tucídides no viajó a Sicilia antes de la expedición del 415. ¿Cómo consiguió, pues, enterarse tan fielmente de lo que se trató en la conferencia que se celebró en Sicilia en el 424? Otra cuestión, ¿conoció nuestro autor a determinados personajes, como a Hermócrates, en cuya boca pone nada menos que tres discursos (IV, 59-64, VI, 33-34 y VI, 76-80), además de otras intervenciones secundarias con las que consiguió reconciliar a los diversos pueblos de Sicilia ante el temor de la invasión ateniense? Reca-

pitulando la cuestión, hemos de volver al testimonio del propio historiador (I, 22). El pasaje ha sido analizado palabra a palabra por los filólogos e historiadores, (por cierto, ¿se trata de un lapsus tucidideo el hecho de hacer afirmar a Hermócrates en IV, 60, que los atenienses se hallan en las aguas de Sicilia con un número pequeño de naves, siendo así que la escuadra contaba con no menos de sesenta?) y en definitiva lo que nos dice el autor es que no se trata de reproducir literalmente las *ipsissima verba* pronunciadas en cada ocasión, sino el espíritu de lo que en cada momento se dijo.

Antes de pasar a considerar la narración de Tucídides en cuanto obra literaria, aún comentaremos brevemente una de sus últimas características bajo el punto de vista histórico. Nos referimos a la ausencia casi general de juicios axiológicos. En efecto, sabemos que Tucídides apenas aparece en su obra, mucho menos va a tomar partido por uno u otro bando, ni por los atenienses, ni por los peloponesios, ni por los de Siracusa (en esto se halla a distancia sideral de los tufos de revanchismo nacionalista que nos es dado percibir en Josefo, por ejemplo en *Antiquitates,* VIII, 420, o en el Prólogo del *Bellum Judaicum,* I, 1-2)[15]. Pero es precisamente este distanciamiento y esta asepsia partidista las que mejor van a garantizar la fría objetividad de nuestro historiador (quizá la mejor prueba de lo que estamos diciendo se encuentre en el hecho de que Dionisio de Halicarnaso le considerara un desleal y antipatriota, mientras que a juicio de otros su obra no es sino una crónica propagandística de su ciudad). No obstante, tal vez debamos aludir al único caso en que, de manera excepcional, parece manifestar sus abiertas simpatías por la constitución moderadamente oligárquica que se impuso transitoriamente en Atenas casi al final de la guerra (libro VIII, 97). Por lo demás, sólo encontramos una toma de posición, de clara simpatía, para con algunos personajes (el estratego Pericles (II, 65), el espartano Brásidas (IV, 81), Ni-

[15] Cf. en español la introducción a Josefo, *Autobiografía. Contra Apión,* a cargo, respectivamente, de M. Victoria Spottorno y José R. Busto, Madrid, Alianza, 1987, y más *in extenso,* H. Leuty, *An Inquiry into the historical methods and contributions of Flav. Josephus,* California, 1971.

cias (VII, 86) o Antifonte (VIII, 68) y algún otro caso más, pero sin que ello suponga desviación de su imparcialidad.

3. *La Historia de Tucídides como obra literaria.*

Generalmente se suele tener a Tucídides por un autor cuya lectura resulta densa, si no difícil. Nos da la impresión de que el historiador no se permite la menor concesión para con el lector. Su lengua resulta ardua, compleja, artificiosa —como si el autor invitara, más que a leer su obra (por supuesto, no a escucharla) a meditarla, a reflexionar despaciosamente sobre ella—. Ya era difícil incluso para Dionisio de Halicarnaso [16], a pesar de ser éste un profesional de la crítica literaria, además de griego. Consideremos, pues, su obra desde el punto de vista literario. Lo primero que hay que decir es que Tucídides representa la consagración del ático como dialecto de la historia (género literario hasta entonces básicamente escrito en jonio). Conviene recordar que en ella se manifiestan grandes diferencias de estilo, en función de que se trate de los pasajes narrativos o de los discursos y diálogos. La narración suele ser de sintaxis muy escueta, condensada, recurriendo frecuentemente al empleo y creación de términos y expresiones abstractas (lo que a veces supone un auténtico martirio para el traductor, y acaso para el lector). Sin embargo, es en los discursos donde se quitaesencian todos estos recursos poéticos y retóricos, que nos traen ecos directos de Gorgias (cf. I, 39, primer discurso de los corintios, I, 70, segundo de los corintios). Por otro lado, al igual que comparte con los sofistas esa opinión tan acertada de que no debemos enjuiciar una situación o un problema sin haber escuchado previamente a ambas partes, también en el campo formal de la expresión lingüística de su pensamiento aparece de continuo el paralelismo (a veces en contraposición) de su sintaxis. También sabe usar con sabia disciplina y de acuerdo con la más ortodoxa retórica la «composición anular», mediante la cual la expresión de una idea al principio de una intervención da paso al desarrollo de la misma,

[16] Cf. G. M. A. Grube, «Dionysus of Halicarnassos on Thucydides», en la revista *Phoenix*, 3, 1950, 95-98.

para desembocar (en una especie de tríptico elemental) a recuperar la idea inicial, como recordatorio final. Aún hay un rasgo muy peculiar del estilo de nuestro autor (en verdad el estilo no es sino el trasunto de su propia estructuración mental y de su concepción de la realidad) que debemos mencionar aquí. Se trata de la antítesis constantemente empleada por Tucídides entre el *lógos* y los *érga,* [17], es decir, de un lado están «las palabras, los discursos, lo que se dice», y en otro orden de cosas bien distinto «las acciones, la realidad, los hechos». Artísticamente juega nuestro autor con ambos conceptos, estableciendo entre ellos ya paralelismos ya violentas contraposiciones.

Grave —creemos— sería concluir esta introducción sin hacernos eco de la pervivencia de las ideas (históricas y políticas, sobre todo) de nuestro autor. Es verdad (a su contemporáneo Eurípides le ocurrió otro tanto en el mundo del teatro) que quienes se adelantan algo a su época conocen la incomprensión de sus coetáneos y sólo alcanzan los parabienes de las generaciones venideras. También Tucídides hubo de aguardar algún tiempo hasta que los demás sintonizaran con su obra. No obstante, existe en la historia, en la historia de la literatura y en la historia de las ideas políticas un *continuum historicum* por el que transita el nombre de Tucídides sin solución de continuidad. La antorcha la prendió Jenofonte (hay quienes creen —Diógenes Laercio, II, 57— que al hacerse con el manuscrito de la obra, no dejó de retocar ésta antes de ponerla en circulación. Aunque, por el contrario, otros piensan que la brusca interrupción del libro VIII y ciertas incoherencias en ella son un exponente claro de que Jenofonte respetó escrupulosamente la redacción del manuscrito) y con el concurso de anónimos copistas y filólogos la hicieron llegar a Salustio y Lucrecio (quien a su vez fue imitado por Virgilio, *Geórgicas* III, 478 ss., Ovidio, *Metamorfosis,* VII, 523 ss., y Procopio, *Persica,* II, 22, en el pasaje de la descripción de la peste que atacó a Atenas al comienzo

---

[17] Esta antítesis entre ambos conceptos ha sido objeto de estudio por O. Luschnat, en su artículo de la *RE,* Suppl. XII, 1970, col. 1162 y ss., así como en el trabajo de A. M. Parry, *Logos and Ergon in Thucydides,* diss. Harvard, 1957 (extractado en *HSClP,* 63, 1958, 522-523, e ídem., «Thucydides' historical Perspectives», *YClS, 22, 1972, 47-61.*

de la guerra). Sin embargo, no deja de resultar chocante que la obra de nuestro autor no haya merecido ningún comentario de parte de los nombres más egregios del siglo IV: ni de Platón, ni de Aristóteles, ni de Isócrates. Hay una tradición antigua según la cual Demóstenes se familiarizó estrechamente con su obra (tras copiarla íntegra siete veces) pero es lícito no creerla al pie de la letra. Con todo, uno de los hitos más prominentes lo constituye el nombre del humanista Lorenzo Valla [18] (autor de una traducción latina, acabada en 1452) que difundió entre los círculos políticos selectos de Europa el pensamiento de nuestro historiador. *Machiavelli memento!* Sin embargo, fue tal vez en Inglaterra (¿habría que ver en ello una muestra más del pragmatismo de los británicos?) donde Tucídides gozó de mayor fortuna. En efecto, es en Hobbes (por cierto, otro traductor de Tucídides) en quien cabe reconocer una influencia directísima del pensamiento tucidideo. Así, en su obra *Leviathan* [19] la pervivencia de la impronta de Tucídides es estrechísima (a veces casi una paráfrasis) como bien puede comprobarse al poner en paralelo el pasaje del libro I, 76 (discurso de los atenienses ante los lacedemonios): *«Así que, ni hemos hecho nada que deba extrañar, ni fuera de lo que es el comportamiento humano, si hemos aceptado un imperio que se nos brindaba y no lo abandonamos por ceder ante los tres motivos principales: el honor, el temor, y el interés»*, con aquel pasaje del *Leviathan* en el que encontramos: *«So that in the nature of man, we find three principal causes of quarrel. First, competition, secondly, diffidence, thirdly, glory.»*

A propósito de España, no podemos decir que los intereses culturales ni estéticos hayan sintonizado en demasía con los del hijo de Oloro. Su presencia en nuestro país nunca llegó a alcanzar difusión general. En efecto, ni en forma manuscrita ni en forma de ediciones (la *editio princeps* de Tucídides la debemos a las prensas de Aldo Manuzio, quien en

[18] CF. F. Ferlauto, *Il testo di Tucidide e la traduzione latina di L. Valla*, Palermo, 1975.

[19] Citamos por la edición de C. B. Macpherson, aparecida en Baltimore, 1968, parte I, capítulo 13. Para más detalles recomendamos el excelente libro de P. R. Pouncey, *The Necessities of War*, Columbia, 1980 (en especial las páginas correspondientes al apéndice «Human Nature in Hobbes»).

los veinte años que van del 1495 al 1515, editó Aristóteles, Aristófanes, Tucídides, Sófocles, Heródoto, Demóstenes, etc.) circularon por España los escritos de nuestro autor. Las razones pudieron ser de carácter pedagógico-religiosas, cuando no de aficiones o gustos literarios, aunque no hay que descartar las de carácter económico. En efecto, España no ha sido nunca un gran país en el comercio de libros, y mucho menos cuando se trataba de adquirir manuscritos o impresos de alta cotización. Traeremos a colación [20] el testimonio de Campomanes, quien siendo director de la Real Academia de la Historia, se interesó por la adquisición de «los primeros historiadores griegos y romanos», y en el acta de la sesión del 28 de julio de 1769 se hacía constar tal compra en los términos siguientes: «Por un Tucídides con las notas de Enrique Stephano, Juan Hudson, Joseph Waz y Carlos Duc-ker de la edición de Amsterdam, año 1731 en folio y pasta, doscientos treinta y seis reales». Ya antes contábamos con la traducción (muy al estilo de la época, pero muy floja bajo el punto de vista filológico [21]) que hiciera en Salamanca, 1564, Diego Gracián de Alderete, que llegó a ser secretario de Carlos V y de Felipe II, aunque se duda mucho de que ejerciera notable influencia en lo que podemos llamar gran público.

María Rosa Lida (quien por cierto emprendió la tarea de traducir a nuestro autor recién llegada a los Estados Unidos —proyecto que no llevó a cabo—, en palabras de su marido) nos aporta como información complementaria la existencia de la versión completa realizada por Juan Castro Salinas, y la del libro I a cargo de Pedro de Valencia. Por otra

---

[20] Por ameno y erudito a partes iguales, consúltese el libro de L. Gil, *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, Madrid, 1981. También el trabajo del hispanista Marcel Bataillon, *Erasmo y España*, FCE, México, 1966², y J. Alsina, «Tucídides en el siglo XX», *AHAM*, 20, 1977-79, 151-174. En bibliotecas españolas se conservan: un manuscrito en la Biblioteca Nacional de Madrid (núm. 18 del *Catálogo* de G. de Andrés), tres en Salamanca (los núms. 15, 20, 74 del *Catálogo* de A. Tovar), unos *excerpta* en El Escorial y otros en Toledo, estos últimos ya muy tardíos, del siglo XVII.

[21] En opinión —por lo demás muy fundada— de Sánchez Lasso de la Vega, esta versión de Gracián «es una calco de la traducción francesa (no hecha sobre el original griego, sino sobre la traducción de Valla) de Claudio de Seyssel». Consúltese en «Traducciones españolas de las *Vidas* de Plutarco», *Est. Clás.*, 6, 1961-62, 431-514, y J. López Rueda, *Helenistas españoles del siglo XVI*, Madrid, 1973, 389-390.

parte, está a finales del siglo XIV la traducción al aragonés encargada por Juan Fernández de Heredia, que precedió casi en un siglo a la latina de Lorenzo Valla.

Observaciones pertinentes a la presente traducción: hemos seguido como texto base de traducción el de la edición oxoniense de Jones-Powell, aunque ello no ha impedido que en alguna ocasión se optara por alguna variante del aparato crítico (en cuyo caso hemos advertido al lector en la correspondiente nota a pie de página). Como es natural y obligado, hemos utilizado algunas traducciones de Tucídides a otras lenguas, así como los comentarios (históricos y gramaticales) de que disponemos, más una larga serie de trabajos monográficos, cuyo solo elenco necesitaría un buen número de páginas. Traducir un autor como Tucídides es muy complicado. Hemos preferido ofrecer una traducción más bien literal y ajustada al elaborado estilo tucidideo antes que eludir la dificultad del texto con perífrasis más o menos cosméticas que vulgarizaran el estilo del autor. El esfuerzo para lograr esto en la traducción de los discursos ha sido ciertamente ímprobo.

Res, non verba. Es decir, terminemos ya, y adelante con Tucídides. Tan sólo una advertencia final: para los lectores interesados en el tema brindamos una bibliografía de iniciación más que suficiente. Los eruditos saben bien dónde ampliarla.

Majadahonda, 16 de mayo de 1988.

Bibliografía

Muy sucintamente, presentamos sólo algunas publicaciones de carácter general. Remitimos a *Class. Weekly,* 50, 1956, para una bibliografía de los años 1942-1956, a *Class. World,* 57, 1963, para la bibliografía de 1957 a 1962, y en la número 62, 1968, para la bibliografía de 1963 a 1967.

Tucídides y la Guerra del Peloponeso

J. Alsina, *Tucídides, historia, ética, política,* Madrid, 1981.
L. Canfora, *Tucidide continuato,* Padua, 1970.
J. H. Finley, *Three Essays on Thucydides,* Cambridge, 1967.

H. Herter (ed.), *Thukydides,* Wege der Forschung, 98, Darmstadt, 1968, colección de 26 artículos excelentes.
P. Huart, *Le vocabulaire de l'analyse psychologique dans l'oeuvre de Thucydide,* París, 1968.
O. Luschnat, *Thukydides,* RE, Supplementband XIV, 1974, 760-786.
J. de Romilly, *Thucydide et l'impérialisme athénien,* París, 1951.
H. D. Westlake, *Essays on the Greek historians and Greek History,* Manchester, 1969.

Ediciones, traducciones, comentarios y léxicos.

L. Bodin-de Romilly-Weil, *Thucydide,* París, 1953-1972.
J. Classen-J. Steup, *Thukydides,* 8 vols. Berlín, 1919-22, reimpr. 1966-67.
S. Jones-J. E. Powell, *Thucydides Historiae,* 2 vols. Oxford, 1942, varias reimpr.
F. R. Adrados, *Historia de la guerra del Peloponeso,* Madrid, 1955, 3 vols., varias veces reimpresa.
J. Berenguer-R. Balasch, *Tucídides,* bilingüe griego-catalán, Barcelona, 1953-82.
V. Conejero Ciriza, *Historia de la guerra del Peloponeso,* Barcelona, 1988.
D. Roussel, *La guerre du Péloponnèse,* París, 1966.
G. P. Landmann, *Geschichte des peloponnesischen Krieges,* Munich, 1973.
L. Canfora, *La guerra del Peloponeso,* Roma-Bari, 1986.
M. Moggi, *La guerra del Peloponeso,* Milán, 1984.
C. Moreschini, *La guerra del Peloponeso,* Turín, 1963.
A. W. Gomme-A. Andrewes-K. J. Dover, *A historical commentary on Thucydides,* Oxford, 1945-1981, 5 volúmenes.
E. A. Bétant, *Lexicon Thucydideum,* Ginebra, 1843-47, reimpr. 1961.
A. Kleinlogel, *Geschichte des Thukydidestextes in Mittelalter,* Berlín, 1965.

LIBRO I

Prefacio, 1-23:

— La «arqueología», 2-19.
— Método histórico, 20-23.

Incidentes en Corcira, 24-55:

— *Discurso de los corcirenses*, 32-36.
— *Discurso de los corintios*, 37-43.
— Alianza de Atenas y Corcira, 44.

Campaña en Potidea, 56-66.
Reunión de los aliados en Esparta, 67-88:

— *Discurso de los corintios*, 68-71.
— *Discurso de los atenienses*, 73-78.
— *Discurso de Arquidamo*, 80-85.
— *Discurso del éforo Esteneledas*, 86.

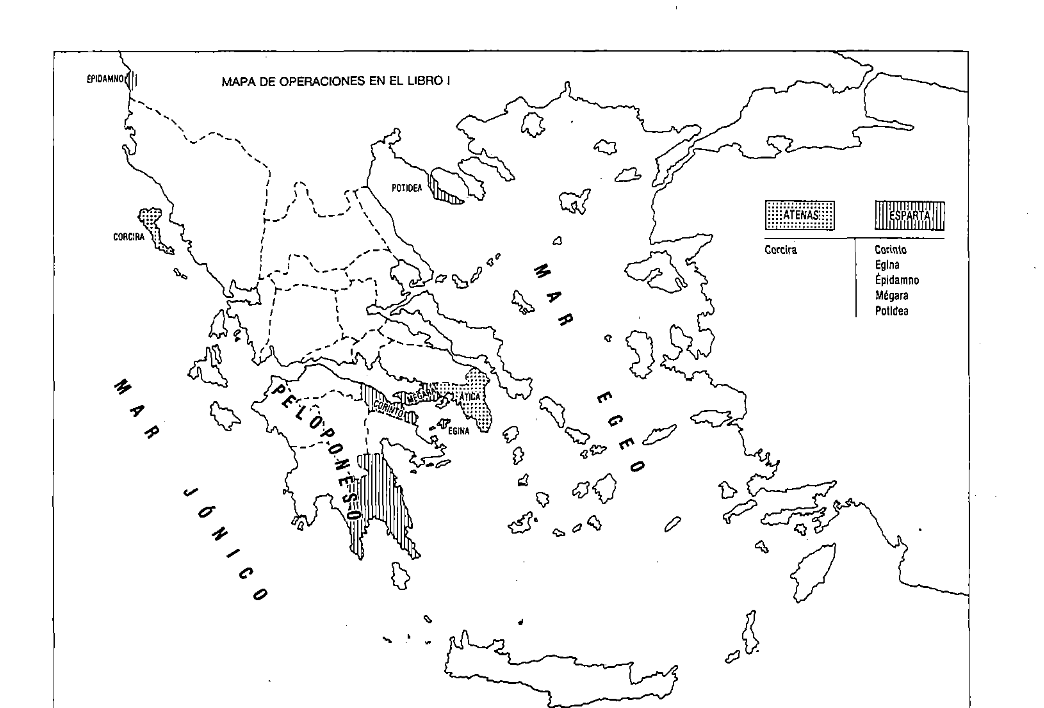
La pentecontecia (años 480-431), 89-118.
Asamblea de la Liga del Peloponeso, 119-125:

— *Discurso de los corintios*, 120-124.

Intercambio de opiniones entre atenienses y lacedemonios, 125-139.

— *Primer discurso de Pericles*, 140-144.

Despedida de los embajadores lacedemonios, 145-146.


MAPA DE OPERACIONES EN EL LIBRO I
ATENAS
ESPARTA
Corcira
Corinto
Egina
Épidamno
Mégara
Potidea
ÉPIDAMNO
CORCIRA
POTIDEA
MAR EGEO
MAR JÓNICO
PELOPONESO
CORINTO
MÉGARA
ÁTICA
EGINA

Libro I

1. Tucídides, natural de Atenas, narró la guerra entre los peloponesios y los atenienses, cómo combatieron los unos contra los otros. Comenzó su trabajo recién declarada la guerra, porque previó que iba a ser grande y más famosa que todas sus precedentes. Lo conjeturaba así porque ambos bandos se aprestaban a ella estando en su pleno apogeo y con toda suerte de preparativos, y porque veía que el resto de los pueblos de Grecia se coaligaban a uno u otro partido, unos inmediatamente y otros después de haberlo meditado. En efecto, ésta vino a ser la mayor convulsión que vivieron los griegos y una parte de los bárbaros, y por así decir, incluso la mayoría de la humanidad [1]. Pues los sucesos anteriores a éstos y los aún más antiguos resultaban imposibles de conocer con detalle a causa del mucho tiempo transcurrido, y a juzgar por los indicios en que me es dado creer cuando miro lo más atrás posible, estimo que no fueron de gran importancia, ni en cuanto a las guerras ni por lo demás.

2. En efecto, es evidente que lo que actualmente se de-

[1] Sin pretender desautorizar a Tucídides, está claro que se trata de una exageración. El imperio persa, por ejemplo, sólo se vio afectado en una mínima parte, y de modo ocasional.

nomina Grecia no estaba habitada de forma estable antiguamente, sino que al principio había migraciones, y todos abandonaban fácilmente sus asentamientos, forzados por otros pueblos cada vez más numerosos. Y como no existía el comercio ni se relacionaban libremente entre sí ni por tierra ni por mar, además de que cada cual cultivaba su tierra lo justo sólo para subsistir, y no tenían excedentes de dinero ni plantaban árboles (al ser incierto cuándo vendría otro a despojarles de lo suyo —máxime dado que no tenían recintos amurallados—), y como pensaban que conseguirían en cualquier parte el sustento necesario de cada día, por todo ello emigraban con facilidad y, en consecuencia, no eran poderosos ni por la importancia de sus ciudades ni por ningún otro tipo de recursos.

Y en mayor grado eran las mejores tierras las que sufrían permanentemente las migraciones de sus habitantes: la que ahora se llama Tesalia, y Beocia, la mayor parte del Peloponeso, excepto Arcadia, y del resto, los que eran los mejores territorios. En efecto, a causa de la calidad del suelo, algunos se hacían con un poder mayor, lo que originaba revueltas, a resultas de las cuales se arruinaban, a la vez que se veían expuestos a los ataques de pueblos extranjeros. En cambio, el Atica, que desde los tiempos más remotos permaneció sin revueltas a causa de la aridez de su tierra, la habitaron desde siempre los hombres de un mismo pueblo [2].

Y hay una prueba no pequeña de mi argumentación de que los demás pueblos no alcanzaron un desarrollo igual a causa de las migraciones: efectivamente, cuando los hombres de mayor influencia eran expulsados de otra región de Grecia por la guerra o por una revuelta interna, se refugiaban en Atenas por considerarla un lugar estable, y haciéndose al punto ciudadanos contribuyeron desde antiguo a engrandecer aún más la ciudad por el número de sus habitantes, de suerte que incluso hubieron de despachar más tarde colonos a Jonia, en la idea de que el Atica no les era suficiente.

---

[2] La carencia de revueltas internas en el Atica no es de rigor histórico. Por otra parte, lo que más adelante se nos dice es que las colonias que Atenas mandó a Jonia no tuvieron como causa las guerras civiles, sino que se debieron al excedente de población, que no encontraba medios de subsistencia en una región tan pobre como el Atica.

3. Me demuestra a mí en no menor grado la debilidad de los antiguos lo siguiente: está claro que antes de la guerra de Troya, Grecia no llevó a cabo nada en común; es más, me parece que no recibía toda ella esa denominación, y ni siquiera existía ese nombre con anterioridad a Helén, el hijo de Deucalión, sino que algunos pueblos (y en mayor medida el pelásgico) daban sus propios nombres a vastas extensiones.

Mas cuando Helén y sus hijos se hicieron poderosos en la Ptiótide [3], y las demás ciudades los llamaban para que las defendieran, empezaron cada cual a denominarse «helenos» a causa sobre todo de estas relaciones, aunque esta denominación no pudo imponerse a todos, al menos por mucho tiempo. Y lo prueba de modo especial Homero, pues aunque vivió mucho después de la guerra de Troya, en ninguna parte aplicó ese nombre al conjunto de todos ellos, ni a otros que no fueran los compañeros de Aquiles, que procedían de la Ptiótide y que fueron precisamente los primeros helenos; por el contrario, en sus poemas los llama Dánaos, Argivos y Aqueos. Es más, ni siquiera ha empleado la expresión «bárbaros» por el hecho de que, según me parece, los griegos aún no estaban agrupados bajo una única denominación que se pudiera oponer a aquélla. Comoquiera que sea, cuantos recibieron el nombre de griegos, primero ciudad por ciudad, cuando gracias a la lengua se iban entendiendo entre sí, y más tarde todos ellos, no llevaron a cabo nada en común antes de la guerra de Troya a causa de su debilidad, y por la ausencia de relaciones mutuas. Más tarde hicieron esta expedición porque eran ya más marineros.

4. Minos, en efecto, fue el más antiguo de cuantos por tradición conocemos que se pertrechó con una escuadra, conquistó la mayor parte del actual mar de Grecia, dominó sobre las islas Cíclades, y fue el primer colonizador de la mayoría, al expulsar a los carios e instaurar como jefes a sus propios hijos. Como es natural, limpió del mar la piratería en cuanto le fue posible, a fin de que los tributos le llegaran con mayor facilidad.

5. Pues los griegos de antaño, así como los bárbaros ri-

[3] Región de Tesalia, patria del héroe Aquiles.

bereños del continente y cuantos ocupaban islas, desde que empezaron a relacionarse entre sí gracias a sus naves, se dedicaron a la piratería. Iban a su frente los hombres más poderosos, que buscaban su propia ganancia así como medios de subsistencia para los más débiles, y cayendo sobre ciudades que carecían de murallas y se hallaban diseminadas en aldeas las saqueaban, obteniendo de ello su principal medio de subsistencia, ya que este comportamiento aún no significaba desvergüenza alguna, sino que conllevaba más bien incluso algo de gloria. Y aun hoy en día prueban que esto es así algunos pueblos del continente, que tienen a gala hacerlo bien; y del mismo modo los antiguos poetas, que siempre dirigen a los que desembarcan en una costa la misma pregunta de si son piratas, en la idea de que ni aquéllos a quienes se interroga desaprueban esta profesión, ni aquéllos a quienes interesa conocerla la censuran. Y también en el continente se dedicaban a la rapiña unos contra otros, e incluso hasta hoy en día buena parte de Grecia vive a la usanza antigua: los locros ozolas, los etolios, acarnanios, y el territorio continental de esa región. Y la costumbre de llevar armas ha quedado en estos pueblos del continente como señal de sus antiguos hábitos de rapiña.

6. En efecto, los habitantes de toda Grecia llevaban armas a causa de que vivían en lugares no fortificados, y de que los caminos de unos pueblos a otros eran inseguros, y así se habituaron a portar armas como los bárbaros. Ciertas regiones de Grecia que aún hoy viven de este modo son una prueba de los hábitos que por entonces compartían todos de manera similar. De entre ellos fueron los atenienses los primeros que las dejaron, y con un tipo de vida más relajado se orientaron a un mayor confort. Y todavía no hace mucho tiempo que los más viejos de clase acomodada dejaron de llevar quitones[4] de lino en señal de lujo, y de sujetarse un moño de pelo en la cabeza con un pasador de oro en forma de cigarra; de ahí procede que entre los hombres de

---

[4] Estas túnicas largas nos resultan familiares gracias a que conservamos algunos modelos en la cerámica griega. En cambio, del pasador en forma de cigarra no es posible hacernos una idea muy precisa, a pesar del testimonio de Aristófanes, *Caballeros,* 1321, y *Nubes,* 984.

edad de Jonia, a causa del parentesco, se conservara esta moda por mucho tiempo.

Fueron los lacedemonios los primeros en usar vestidos sencillos, según la moda actual, y fue entre ellos donde los más ricos se avinieron de modo general a un tipo de vida similar al de la mayoría de los ciudadanos. Fueron también los primeros en practicar ejercicios físicos y en frotarse con aceite al hacer deporte, despojándose de sus vestidos en público. Antaño, en cambio, los atletas disputaban incluso las pruebas olímpicas llevando una banda que les cubría el sexo, y no hace muchos años que han dejado de llevarla, y aun hoy hay algunos bárbaros (especialmente asiáticos) que celebran competiciones de pugilato y lucha y lo hacen con taparrabos.

Podría probarse con muchas otras cosas que los antiguos griegos vivían de manera análoga a la de los actuales bárbaros.

7. En cuanto a las ciudades [5], aquellas que fueron fundadas más recientemente y por haberse desarrollado ya la navegación disponían de reservas de dinero, fueron construidas al borde mismo del mar con recintos amurallados, ocupando los istmos tanto por causa del comercio, como por tener cada una de ellas mayor poder frente a sus vecinos, mientras que las antiguas fueron construidas más bien apartadas del mar a causa de la piratería, y ello tanto las insulares como las continentales (pues se dedicaban al pillaje no sólo entre sí, sino entre cuantos, aun sin ser marinos, habitaban cerca de la costa), y hasta el día de hoy están instaladas en el interior.

8. Y no menos piratas eran los isleños, que eran carios y fenicios [6]. Habitaban la mayor parte de las islas, y la prueba de ello héla aquí: cuando Delos fue purificada por los atenienses en el transcurso de la guerra que nos ocupa, y fueron abiertas las tumbas de los muertos que había en la isla, se encontraron con que más de la mitad eran carias, según

---

[5] Alude a ciudades de las colonias de Mileto, Samos, Siracusa, etc., mientras que entre las más antiguas estarían Argos, Atenas, Cnoso.

[6] En discordancia con las fuentes antiguas, los modernos historiadores opinan que el apogeo de los fenicios en el Egeo fue en torno a los años 1000 a 900, mucho después de que reinaran Minos y Agamenón.

fueron reconocidas por el atuendo de las armas que allí había enterradas y por la manera como aún hoy entierran. Mas una vez construida la escuadra de Minos, fue más fácil la navegación entre ellos, ya que éste desalojó de la isla a los piratas, al tiempo que establecía colonias en la mayoría de ellas; así los habitantes de la costa accedieron a una vida más estable al conseguir ya mayores riquezas, y algunos incluso construyeron murallas, como gentes que se hacían cada vez más ricas. En efecto, ansiosos de obtener ganancia, los más débiles aceptaban estar sujetos a los más poderosos, mientras que éstos, al tener abundantes medios, sometían como vasallos a las ciudades más pequeñas.

Y fue más tarde, encontrándose ya en estas circunstancias, cuando emprendieron la expedición contra Troya.

9. A mi parecer, Agamenón organizó la expedición y se puso a su frente porque era el caudillo más poderoso de entonces, y no tanto porque los pretendientes de Helena se vieran obligados por el juramento hecho a Tindáreo [7]. Afirman también aquellos que han tomado de sus antepasados las tradiciones más fiables sobre el Peloponeso, que primero Pélope, a causa de haber traído innumerables riquezas de Asia a un país de hombres pobres, consiguió un gran poder y dio su nombre a la región a pesar de ser un extranjero, y que más tarde se los confirieron aún mayores a sus descendientes. Al haber muerto Euristeo en el Atica a manos de los Heraclidas, Atreo, que era hermano de su madre, y a quien Euristeo le había confiado Micenas y su imperio cuando partió a la expedición, dado el parentesco que entre ellos existía (Atreo estaba exiliado por orden de su padre a causa de la muerte de Crisipo), y como Euristeo no regresó de su expedición, y contando además con que así lo querían los de Micenas por miedo a los Heraclidas, y con que él parecía ser hombre capaz y se había ganado al pueblo, Atreo recibió el reino de Micenas y de todos los territorios sobre los que Eu-

[7] Marido de Leda, con quien tuvo varios hijos (Cástor, Pólux, Helena, Clitemestra, etc.) aunque la paternidad de algunos de éstos se la disputara a Zeus. Hizo jurar a todos los pretendientes de Helena que defenderían siempre al que resultara elegido como esposo. Cf. Apolodoro, III, 10, 9.

risteo mandaba. Así los pelópidas se hicieron más fuertes que los perseidas [8].

A mí me parece que Agamenón recibió esta herencia, y que como además consiguió hacerse con un poder naval superior al de los otros, los reunió y emprendió la expedición, no tanto por complacencia de los participantes como por miedo.

Está claro, en efecto, que él llegó con el mayor número de naves, y que cedió incluso algunas a los arcadios, según ha demostrado Homero, si es que su testimonio es en algo válido. Y en el pasaje de la transmisión del cetro, nos dice que Agamenón «sobre muchas islas y todo Argos reinaba», mas no habría podido él reinar, siendo de tierra adentro, sobre otras islas que las vecinas (y éstas no serían muchas) si no hubiera tenido una flota importante. Así pues, por esta expedición debemos hacernos una idea sobre cómo fueron sus precedentes.

10. Y si uno se basara para dudar de que la expedición fue tan grande como dicen los poetas y la tradición mantiene, en que Micenas era pequeña o en que algunas de las ciudades de entonces nos parecen ahora de poca importancia, se equivocará, al estarse sirviendo de una prueba falsa. Porque si la ciudad de los lacedemonios fuera devastada y subsistieran solamente sus templos y las plantas de sus edificios, creo yo que entre las generaciones venideras se suscitarían, pasado el tiempo, serias dudas de su poder al compararlo con su fama (y eso que controlan las dos quintas partes del Peloponeso y tienen la hegemonía sobre todo él y sobre muchos aliados de fuera; y, sin embargo, al no ser una ciudad en la que se hayan fusionado diversos núcleos de población ni que disponga de templos ni edificios fastuosos, sino que está compuesta de aldeas, a la antigua usanza de Grecia, parecería ser inferior a lo que fue); en cambio, si esto mismo le ocurriera a Atenas, nos haríamos la idea de que su poder, a juzgar por su apariencia externa, fue el doble de lo que es. No es lógico, pues, desconfiar ni atender más a las apariencias que al poder de las ciudades, sino considerar que

[8] Euristeo era un descendiente de Perseo, cuyo centro de poder estaba en Tirinto, mientras que los Atridas mandaban en Micenas.

aquella expedición fue la mayor de las de hasta entonces, aunque inferior a las actuales si hay que creer también ahora al poema de Homero, pues aunque la haya exagerado y adornado como es natural al ser un poeta, incluso así aparece como inferior a estas nuestras.

Efectivamente, de las mil doscientas naves, las beocias eran de ciento veinte hombres, y de cincuenta hombres las de Filoctetes, ejemplificando así, según creo, las mayores y las más pequeñas. Al menos en el Catálogo de las naves[9] no menciona el tamaño de las demás. Y que todos eran remeros y combatientes lo demuestra al hablar de las naves de Filoctetes, ya que llama arqueros a todos los remeros. Y no es natural que con ellas navegaran muchos pasajeros, aparte de los reyes y de los principales magistrados, sobre todo dado que se disponían a cruzar el mar con los pertrechos de guerra, y que además no contaban con barcos de puentes, sino equipados, al modo antiguo, en plan pirata.

Calculando, pues, el promedio entre las naves mayores y las más pequeñas, está claro que no acudieron muchos, para tratarse de una expedición enviada en común por toda Grecia.

11. Y la causa fue no tanto la escasez de hombres cuanto la carencia de dinero. Pues por falta de aprovisionamiento llevaron un ejército inferior, limitado al número de tropas que pensaban podrían abastecerse en el país mientras luchaban. Una vez que llegaron vencieron en una batalla (y esto está claro, pues en caso contrario no hubieran construido la fortificación de su campamento), pero se ve que ni siquiera entonces emplearon todas sus fuerzas, sino que se dedicaron a cultivar el Quersoneso y a la piratería, por la falta de alimentos. Precisamente por ello, al estar los griegos desperdigados, resistieron los troyanos diez años de lucha abierta, al ser sus fuerzas equilibradas a los enemigos que quedaban al turnarse. En cambio, si hubieran venido con reservas de alimentos, y se hubieran dedicado todos a una a la guerra ininterrumpidamente, sin entretenerse con la piratería y la agricultura, habrían vencido en el combate y habrían tomado la ciudad fácilmente (dado que incluso sin reagruparse

---

[9] Cf. *Ilíada*, II, 510-719.

todos, sino siempre con una sola parte del ejército, les hicieron frente), e instalándose para un asedio se habrían apoderado de Troya en menos tiempo y sin tantas fatigas.

Mas al igual que por la carencia de dinero los acontecimiento anteriores a éstos fueron de poca monta, se evidencia por los hechos que también éstos a su vez, aun siendo de más renombre que los que le precedieron, resultaron inferiores a la leyenda y a la tradición que en la actualidad circula sobre ellos a causa de los poetas.

12. E incluso después de la guerra de Troya, Grecia conoció migraciones y nuevas fundaciones de ciudades, de suerte que no podía crecer en calma. En efecto, el regreso de los griegos desde Troya al cabo de mucho tiempo originó numerosos cambios, y se producían con frecuencia luchas civiles en las ciudades, y los que de ellas salían desterrados fundaban otras ciudades. Así, los actuales beocios fueron desalojados de Arne por los tesalios sesenta años después de la toma de Troya, y fijaron su residencia en la actual Beocia, en lo que antes se llamaba Cadmeida (aunque había ya un grupo de éstos en la región, algunos de los cuales fueron a la expedición troyana) y los dorios se apoderaron del Peloponeso con ayuda de los Heraclidas a los ochenta años.

Con dificultad y al cabo de mucho tiempo se sosegó Grecia, y cuando en calma ya no sufría destierros, envió colonias al exterior; los atenienses colonizaron Jonia y casi todas las islas, y los peloponesios hicieron lo propio en la mayor parte de Italia y Sicilia y algunos lugares de Grecia. Todas estas colonias fueron fundadas después de la guerra de Troya.

13. Al hacerse Grecia más poderosa y procurarse mayores riquezas que antes, gracias a que aumentaban los ingresos, surgieron en muchas ciudades tiranías (antes hubo monarquías hereditarias con prerrogativas limitadas) y Grecia ponía a punto sus fuerzas navales y se dedicaban ya más al mar. Se dice que fueron los corintios los primeros en innovar la técnica naval hasta un punto muy próximo al actual, y que fue en Corinto donde se construyeron por primera vez en Grecia trirremes [10]. Y también se sabe que el corintio Ami-

[10] La principal ventaja de este tipo de naves sobre los tradicionales tria-

nocles construyó naves para los samios, y que fue hace unos trescientos años antes del final de esta guerra nuestra cuando Aminocles marchó a Samos.

El combate naval más antiguo [11] que conocemos acaeció entre los corintios y los corcirenses; tuvo lugar unos doscientos sesenta años antes de la misma fecha. Y es que como la ciudad en que habitan las corintios está en el Istmo, siempre tuvieron en ella un centro de comercio, y como antiguamente los griegos, tanto los del Peloponeso como los de fuera, se relacionaban entre sí por tierra más que por el mar, tenían que pasar por el territorio de aquéllos, y así alcanzaron importantes riquezas, como lo prueban incluso los antiguos poetas, que dieron al país el epíteto de «opulento» [12]. Y una vez que los griegos desarrollaron la navegación los corintios se procuraron naves, acabaron con la piratería, y convirtiendo su ciudad en un centro de comercio tanto marítimo como terrestre, la hicieron riquísima gracias a sus ingresos.

Mucho después los jonios poseyeron una flota, en época de Ciro el primer rey de los persas, y de su hijo Cambises, y por algún tiempo lucharon con Ciro y ejercieron el control del mar que baña su región. Y Polícrates, que fue tirano en Samos en tiempos de Cambises, gracias al poder de su flota sometió a vasallaje a otras islas, tomó la isla de Renea y la ofrendó a Apolo Delio. Por su parte, los foceos fundaron Marsella [13] y derrotaron en una batalla naval a los cartagineses.

14. Estas fueron, en efecto, las flotas más poderosas. Y está claro que incluso éstas, que existieron muchas generaciones después de la guerra de Troya, contaban con pocas trirremes, sino que estaban equipadas con pentecóntoros y otros tipos de navíos de guerra similares a los de aquella épo-

---

cóntoros y pentacóntoros (de 30 y 50 remos, respectivamente) fue su mayor número de remeros, lo que le confería mayor agilidad y velocidad, dado que el peso total no aumentó sensiblemente.

[11] Según unos intérpretes en el año 681, y según otros en el 664.

[12] Píndaro, *Ol*, XIII, 4, le llama «opulenta Corinto, cuna de espléndidos jóvenes».

[13] En el año 600. La fecha parece además corroborarse por el hecho de que se ha encontrado cerámica griega de época ligeramente anterior en Marsella.

ca. Y un poco antes de las Guerras Médicas y la muerte de Darío (el que sucedió a Cambises como rey de los persas) dispusieron de abundantes trirremes los tiranos de Sicilia y los corcirenses. Fueron éstas, efectivamente, las últimas escuadras dignas de mención que hubo en Grecia antes de la expedición de Jerjes, pues los eginetas y los atenienses, y tal vez algunos otros, poseían flotas poco numerosas, y en su mayor parte eran de pentecóntoros. Fue muy recientemente cuando Temístocles convenció a los atenienses, que estaban en guerra con Egina, y cuando la invasión bárbara era ya algo inminente, a que hicieran construir las naves con que luego lucharon [14]. Incluso éstas no estaban aún pertrechadas de puentes a lo largo de toda su eslora.

15. Tales fueron, pues, las escuadras griegas, tanto las más antiguas como las posteriores. No obstante, adquirieron un poderío nada desdeñable los que gracias a ellas buscaban ingresos en dinero y el dominio sobre otros, pues venían a atacar las islas y se apoderaban de ellas, y especialmente hacían esto los que no tenían un territorio suficientemente extenso. En cambio por tierra no se emprendió ninguna guerra, de resultas de la cual se organizase [15] un gran ejército. Por contra, las guerras terrestres que hubo se dirigieron contra sus propios pueblos vecinos, pues los griegos no partieron en expedición lejos de sus confines para someter a otros. Y es que, en efecto, los más débiles no se habían coaligado como súbditos con las ciudades más importantes, ni tampoco organizaban expediciones comunes en plano de igualdad, sino que combatían sobretodo aisladamente, vecinos contra vecinos. Fue para la guerra que tuvo lugar hace tanto tiempo entre Calcis y Eretria, cuando el resto de Grecia se dividió para aliarse cada cual a uno de los bandos [16].

---

[14] Sobre todos estos acontecimientos, cf. el testimonio de Heródoto, VII, 144.

[15] Nos desviamos aquí del texto de la edición Budé.

En cualquier caso, Tucídides parece olvidar aquí al menos dos expediciones importantes: una, la de Fidón de Argos, que condujo un importante contingente de tropas contra el territorio peloponesio; en segundo lugar, las sangrientas guerras que sostuvo Esparta en los dominios de Laconia y Mesenia, de resultas de las cuales se originó la hegemonía espartana del siglo v.

[16] La guerra Lelantia tuvo lugar ca. 700. Nos la narra Heródoto V, 99. Sur-

16. Sobrevinieron a cada cual diversos impedimentos para desarrollarse. Por ejemplo, contra los jonios, cuyos intereses habían prosperado enormemente, emprendió una expedición Ciro y la monarquía persa, sometiendo a Creso [17] y a toda la región que queda entre el río Halis y el mar; atacó y redujo a esclavitud a las ciudades del continente, y más tarde Darío se apoderó de las islas con la ayuda de la flota fenicia.

17. Por su parte, los tiranos instalados en las ciudades de Grecia, preocupándose sólo de lo suyo, tanto en lo referente a sus personas, como en engrandecer a sus familias, gobernaban las ciudades corriendo los menos riesgos posibles, y así nada digno de recordar se hizo bajo su dirección, como no fueran algunas acciones contra sus propios vecinos (los de Sicilia, en efecto, habían alcanzado un poder inmenso).

Así, Grecia se vio constreñida de todas maneras y por mucho tiempo a no llevar a cabo en común ningún hecho notable, y a ser, ciudad por ciudad, toda ella pusilánime.

18. Por entonces, los tiranos de Atenas [18] y del resto de Grecia, donde la tiranía estaba muy extendida desde hacia tiempo, fueron en su mayoría derrocados (los últimos que hubo, dejando aparte a los de Sicilia) por los lacedemonios. Lacedemonia, en efecto, padeció las luchas civiles más duraderas que conocemos, después que en ella se hubiera establecido la actual población doria, mas a pesar de ello tuvo un buen sistema de gobierno desde muy antiguo, y vivió siempre libre de tiranos. Han transcurrido, efectivamente, más de cuatrocientos años hasta el final de nuestra guerra desde el momento en que los lacedemonios respetan un mismo sistema de gobierno, y gracias a ello se hicieron poderosos para influir en los regímenes de otras ciudades. No muchos años después del derrocamiento de la tiranía en Grecia, pues, tuvo lugar la batalla de Maratón [19] que enfrentó a medos y atenienses. Diez años más tarde de nuevo volvió el bárbaro con la gran escuadra contra Grecia con intención de esclavizarla.

---

gió entre Calcis y Eretria, ciudades ambas de la isla de Eubea. A Calcis se unieron Samos y Tesalia, y a Eretria los milesios.

[17] En el año 546 *antes de Cristo*. Cf. Heródoto, VI, 31, 96-99, y VIII, 46.

[18] En el año 510.

[19] Durante el arcontado de Fenipo, 490-489.

Ante la inminencia del peligro, los lacedemonios, cuyas fuerzas eran superiores a las de los demás, se pusieron al frente de los griegos, ahora coaligados; mientras los atenienses, al atacar los medos, planearon evacuar su ciudad y subieron a bordo de sus barcos con sus enseres, haciéndose un pueblo de marinos.

Rechazaron todos juntos al bárbaro y poco después, los griegos que se habían liberado del Rey y los que habían combatido como aliados se dividieron, agrupándose unos en torno a los atenienses, otros en torno a los lacedemonios, pues claramente eran éstos los dos Estados más poderosos, ya que los primeros eran una potencia naval, y los segundos terrestre.

La cordialidad se mantuvo por un corto espacio de tiempo, pues luego atenienses y lacedemonios entraron en conflicto y se combatieron los unos a los otros, ayudados por sus respectivos aliados [20], y si se presentaba alguna divergencia entre los demás pueblos griegos, acudían con ella a éstos. De modo que desde las Guerras Médicas hasta esta nuestra, ya estando en paz, ya combatiendo, sea entre sí, sea con sus aliados disidentes, se prepararon concienzudamente para la guerra, y se hicieron expertos al ejercitarse así en medio de peligros.

19. Los lacedemonios tenían la hegemonía sobre sus aliados sin someterlos al pago de tributo, y se cuidaban tan sólo de que se gobernaran mediante un régimen oligárquico, en forma conveniente para ellos; mientras que los atenienses se habían incautado con el paso del tiempo de las naves de las ciudades aliadas (excepción hecha de Quíos y Lesbos) imponiéndoles a todas ellas la obligación de tributar.

Y acaeció que ellos dispusieron para esta guerra de medios propios superiores a los que tuvieron cuando estaban en su máximo esplendor en unión de sus aliados intactos [21].

20. Tales fueron, en lo que he podido averiguar, los acontecimientos antiguos, dominio en el que es imposible

---

[20] Acciones bélicas que tuvieron lugar con alternativa fortuna entre los años 459-445.

[21] Es decir, tanto Atenas como Esparta disponían por sí solas de mayor poderío que todos los aliados juntos en épocas de las guerras contra los persas.

dar crédito a cada uno de los testimonios sin distinción, pues los hombres aceptan unos de otros sin mayores indagaciones las noticias de sucesos ocurridos hace tiempo, incluso tratándose de su propio país. Por ejemplo, la mayoría de los atenienses creen que Hiparco era tirano cuando fue asesinado por Harmodio y Aristogitón [22], e ignoran que Hipias, por ser el mayor de los hijos de Pisístrato, era el que ostentaba el poder; y que Hiparco y Tésalo eran sus hermanos; y que sospechando Harmonio y Aristogitón que en aquel mismo día y a última hora uno de sus conjurados había revelado algo a Hipias, evitaron atacarle, en la idea de que estaba ya sobre aviso; pero como en todo caso querían, antes de ser arrestados, realizar algo importante y luego exponerse a cualquier peligro, habiéndose topado con Hiparco que andaba organizando la procesión de las Panateneas en las inmediaciones del llamado Leocorio [23], le dieron muerte.

Muchas otras cosas, incluso de hoy día, y que por tanto no se han podido olvidar porque haya pasado tiempo, las creen equivocadamente los demás griegos; por ejemplo, que los reyes lacedemonios cuentan cada uno con dos votos en vez de con uno, y que disponen de un batallón «Pitanato» [24], que, por cierto, jamás ha existido. Tan carente de interés es para la mayoría el esforzarse por la búsqueda de la verdad, y tan fácilmente se vuelven a lo que se les da hecho.

21. Sin embargo, no se equivocaría el que creyera, a partir de los indicios expuestos, que las cosas fueron más o menos tal como he contado, y no diera crédito ni a lo que han contado los poetas acerca de ellas, que las han embellecido exagerándolas, ni a cómo las compusieron los logógrafos [25], que buscaban más agradar a la audiencia que la auténtica verdad. Son hechos inverificables y que en su mayoría han sido trasladados de manera inverosímil al terreno de la fábula a

[22] En el año 514. Cf. Heródoto, V, 55. donde se nos refieren los hechos de otra manera. El propio Tucídides vuelve sobre el tema en VI, 54-59.

[23] Más detalles en el comentario de Gomme, vol. 4, página 334.

[24] Según Heródoto, IX, 53, estuvieron presentes en la batalla de Platea.

[25] El término designa a los escritores en prosa por oposición a los poetas. Más específicamente alude a los historiadores que precedieron a Tucídides. El término se cargó de connotaciones peyorativas: narrador de historietas.

causa del largo tiempo transcurrido; no se equivocaría, en cambio, si pensara que han sido investigadas por mí de un modo muy satisfactorio para ser tan antiguas a partir de los indicios más claros.

Y esta guerra de ahora, a pesar de que los hombres siempre consideran la más importante aquélla en la que luchan, y una vez que la concluyen vuelven a admirar más las antiguas, mostrará a quienes examinen el asunto a partir de los hechos reales que ha sido, con todo, mayor que aquéllas.

22. Por cuanto concierne a los discursos que unos y otros pronunciaron, sea antes de la guerra, sea estando ya en ella, resultaba imposible rememorar la exactitud de lo que se dijo, tanto a mí de lo que yo mismo oí, como a quienes me suministraban informaciones de cualquier otra parte. Y según a mí me parecía que cada cual habría expuesto lo más apropiado en cada situación, así los he narrado, ateniéndome lo más estrictamente posible al espíritu general de lo que verdaderamente se dijo. Y en cuanto a los hechos que tuvieron lugar durante la guerra, estimé que no debía escribir sobre ellos informándome por un cualquiera, ni según a mí me parecía, sino que he relatado hechos en los que yo mismo estuve presente o sobre los que me informé de otras personas, con el mayor rigor posible sobre cada uno de ellos [26]. Muy laboriosa fue la investigación, porque los testigos presenciales de cada uno de los sucesos no siempre narraban lo mismo acerca de idénticas acciones, sino conforme a las simpatías por unos o por otros, o conforme a su memoria. Para ser oída en público, la ausencia de leyendas [27] tal vez le hará parecer poco atractiva, mas me bastará que juzguen útil mi obra cuantos deseen saber fielmente lo que ha ocurrido, y lo que en el futuro haya de ser similar o parecido, de acuerdo con la naturaleza humana; constituye una con-

---

[26] Más que una crítica personal contra determinados logógrafos en concreto (se ha sugerido por parte de algunos que se trata de atacar el método de Hecateo, Heródoto, etc.) parece que aquí tenemos una declaración positiva de su propio método.

[27] Es éste uno de los rasgos con que suele Heródoto adornar su obra histórica; por ejemplo, citamos el carácter novelado de episodios como los de Giges y Candaules; el anillo de Polícrates, el sueño de Jerjes, etc.

quista para siempre, antes que una obra de concurso para un auditorio circunstancial.

23. De las guerras anteriores el acontecimiento más importante fueron las Guerras Médicas, y, sin embargo, alcanzaron una solución rápida en dos batallas navales y dos terrestres [28]. En cambio, la duración de esta guerra de ahora se prolongó considerablemente, y acaecieron en Grecia en su transcurso desgracias cual no hubo otras en igual espacio de tiempo. Pues nunca fueron capturadas y despobladas tantas ciudades, unas por bárbaros, otras por los mismos griegos que lucharon entre sí (hay algunas que al ser tomadas incluso cambiaron de habitantes) ni tantos hombres exiliados y muertos, ya durante la propia guerra, ya por las luchas internas. Y acontecimientos que antes nos contaba la tradición, pero que de hecho rara vez se verificaban, adquirieron ahora verosimilitud: así ocurrió con los seísmos, que abarcaron amplias regiones de la tierra y fueron además violentísimos; eclipses de sol, que acaecieron con mayor frecuencia de lo que se recuerda de anteriores tiempos; grandes sequías en algunos pueblos, que desembocaron en hambre, y, en fin, la causante de las no menores desgracias, y la que en buena parte nos aniquiló: la epidemia de peste. Pues todo este cúmulo de desgracias nos atacaron junto con esta guerra.

Los atenienses y los peloponesios comenzaron el conflicto tras haber rescindido el tratado de paz que por treinta años acordaron tras la toma de Eubea [29]. Y el porqué de esta ruptura, las causas y las divergencias, comencé por explicarlo al principio, a fin de evitar que alguien inquiriera alguna vez de dónde se originó un conflicto bélico tan grande para los griegos [30]. Efectivamente, la causa más verdadera (aunque la menos aclarada por lo que han contado) es, según creo, que los atenienses, al acrecentar su poderío y provo-

---

[28] Las batallas navales del cabo Artemisio y Salamina, de una parte, y las de las Termópilas y Platea, de otro.

[29] En el año 455. Por lo demás, la Guerra del Peloponeso no la comenzaron atenienses y espartanos propiamente, sino sus respectivos aliados de Beocia, plateenses y tebanos.

[30] También Heródoto nos dice al principio de su obra que quiere darnos a conocer las causas de las Guerras Médicas, pero no llega —como hace Tucídides— a comprender que son razones internas del propio acontecer histórico las que generaron los conflictos.

car miedo a los lacedemonios, les obligaron a entrar en guerra. En cambio, las inculpaciones que se hicieron públicamente por parte y parte, a resultas de las cuales rescindieron la tregua y se enzarzaron en la guerra, fueron éstas:

24. Epidamno[31] es una ciudad que se halla a la derecha, según se entra navegando por el golfo Jónico[32], y vecinos de su territorio son los taulancios, pueblo bárbaro de raza iliria. La ciudad la fundaron los corcirenses, aunque su fundador fue Falio, hijo de Eratoclides, corintio de nacimiento, de los descendientes de Heracles, y al que a este fin se había hecho venir de la metrópoli de acuerdo con la antigua costumbre. Participaron también como colonos algunos corintios y otros dorios. Avanzando el tiempo, Epidamno se hizo muy importante y populosa. Mas después de algunas luchas intestinas que duraron, según se dice, muchos años, fue destruida a resultas de una guerra con los bárbaros vecinos, y quedó privada de su gran poderío. Ultimamente, algo antes de esta guerra nuestra, el partido popular expulsó de la ciudad a los aristócratas, y éstos, una vez abandonaron la ciudad, se dedicaron en compañía de los bárbaros a la rapiña de los de la ciudad, tanto por tierra como por mar. Entonces, los epidamnios que estaban en la ciudad, viéndose en apuros, enviaron una embajada a Corcira, ya que era su metrópoli, solicitándole que no permanecieran indiferentes a su ruina, sino que los reconciliaran con los desterrados y pusieran fin a la guerra con los bárbaros. Hacían esta petición sentados como suplicantes en el templo de Hera[33], mas los corcirenses no admitieron su súplica, sino que los mandaron de vuelta sin haber conseguido nada.

25. Dándose cuenta los de Epidamno de que no podían encontrar ayuda en Corcira, se hallaban en un gran apuro para solucionar la situación, así que enviaron una embajada a Delfos a preguntar al dios si ponían su ciudad en manos de los corintios, en calidad de fundadores, intentando obte-

---

[31] Epidamno (Dirrachio = Durazzo) fue fundada en 626-625; punto de partida de la vía Egnacia, que a través de Iliria conducía hasta Bizancio.

[32] Aunque hemos traducido literalmente los términos del griego, hoy diríamos «mar Adriático». También Heródoto llamaba al Adriático «golfo Jónico».

[33] Descripción topográfica de Corcira más adelante, en III, 79.

ner de ellos alguna protección. El dios contestó que se entregaran y les tomaran como jefes. Los de Epidamno marcharon a Corinto, y de acuerdo con el oráculo, les ofrecieron la colonia, explicándoles que su fundador era oriundo de Corinto, y mientras les daban a conocer el anuncio del oráculo les rogaban que no permanecieran indiferentes ante su ruina, sino que los auxiliaran.

Los corintios aceptaron defenderles porque era justo [34], ya que pensaban que eran colonia suya no menos que de los corcirenses, pero al mismo tiempo por odio hacia los corcirenses, porque a pesar de que éstos eran colonos suyos, se despreocupaban de ellos. En efecto, ni les reconocían durante las fiestas comunes los privilegios habituales, ni ofrecían a ningún ciudadano de Corinto las primicias de los sacrificios, cosa que sí hacían las demás colonias. Por contra, los despreciaban al ser por aquel tiempo, gracias a su poderío económico, tan ricos como los griegos de mayor riqueza, y por sus preparativos bélicos incluso más poderosos, y se jactaban a veces de ser muy superiores por su flota, y por el hecho de que los feacios (de gran fama [35] en lo relativo a la marina) habían habitado con anterioridad en Corcira. Razón por la cual se esforzaron especialmente en equiparse con una flota, y fueron muy poderosos, pues poseían ciento veinte trirremes cuando comenzaron la guerra.

26. Así pues, los corintios, que tenían todos estos motivos de queja, enviaron de muy buen grado auxilios a Epidamno. Ordenaron que fuera como colono todo el que quisiera, a más de enviar una guarnición de ampraciotas, leucadios [36] y corintios también. Se pusieron en camino por tierra [37] hacia Apolonia, que es una colonia de Corinto, por miedo a que los corcirenses les impidieran el paso si iban por mar. Los corcirenses, por su parte, una vez que tuvieron

[34] Aunque Tucídices no lo admita expresamente, Corinto tenía grandes intereses comerciales y económicos en esta zona occidental, según queda de manifiesto por los ricos hallazgos numismáticos encontrados en Italia y Sicilia.

[35] Cf. *Odisea,* VII, 28-36.

[36] Vecinos, y quizá enemigos, de los corcirenses.

[37] Debió ser no todo el trayecto por el continente, sino en barco hasta Léucade y Ambracia, y desde allí ya por tierra hasta Apolonia, y tal vez de nuevo por mar hasta Epidamno.

noticias de que los colonos y la guarnición habían llegado a Epidamno, y de que la colonia se había entregado a los corintios, se indignaron. Al punto se hicieron a la mar con veinticinco naves, a las que siguió más tarde otra escuadra, y les ordenaron de malos modos que dieran acogida a los desterrados (pues éstos habían ido a Corcira alegando las sepulturas de sus antepasados y su común parentesco, so pretexto del cual solicitaban se les restituyese a su ciudad) y que hicieran regresar a la guarnición y a los colonos que los corintios les enviaron. Los de Epidamno no les obedecieron, y los corcirenses avanzaron contra ellos con cuarenta naves acompañados de los desterrados, a los que pensaban reinstalar, a más de un contingente de ilirios que habían reclutado.

Acamparon ante la ciudad e hicieron la proclama de que el habitante de Epidamno y los extranjeros que quisieran podían salir sin daño, y si no, serían tratados como enemigos. Como no les obedecieron, los corcirenses sitiaron la ciudad, cuyo contorno ocupa, por cierto, un istmo.

27. Y los corintios, al llegarles una embajada desde Epidamno anunciando que estaban sitiados, prepararon una expedición y al propio tiempo hicieron una proclama pública: que bajo plena igualdad de derechos, fuera a Epidamno el que quisiera; y si alguien no podía incorporarse de momento a la expedición, pero mantenía su deseo de participar como colono, podía quedarse, depositando cincuenta dracmas corintias. Fueron muchos, tanto los que se embarcaron como los que dejaron en depósito el dinero. Además, pidieron a los de Mégara que les escoltaran con algunas naves, por si se veían molestados en la navegación por los corcirenses. Ellos prepararon ocho naves para escoltarlos, y los cefalenios de Pale cuatro. También las solicitaron a los de Epidauro, que les proporcionaron cinco, la ciudad de Hermíone una, y los de Trecén dos, los de Leúcade diez, y los ampraciotas ocho. A los tebanos y a los de Fliunte les pidieron dinero, y a los eleos naves sin tripulación y dinero, mientras los propios corintios preparaban treinta naves y tres mil hoplitas.

28. Mas después que los corcirenses se enteraron de estos preparativos, acudieron a Corinto junto con sus repre-

sentantes [38] de Esparta y de Sición, de quienes se habían hecho acompañar, y exigieron a los corintios que reclamaran a la guarnición y a los colonos que había en Epidamno, en la idea de que los asuntos de Epidamno no eran de su incumbencia. Y si pretendían tener algún derecho, estaban dispuestos a que el asunto se sometiera a un arbitraje en el Peloponeso, ante las ciudades que ambas partes convinieran; y que quedara dueño de la colonia aquél a quien en el juicio se le asignara. Estaban también dispuestos a someterse al arbitraje del oráculo de Delfos, pero lo que no consentían era que los atacaran, porque en ese caso —afirmaron— se verían obligados, al forzales los corintios, a granjearse amigos que no deseaban, distintos de los que ahora tenían, para asegurarse sus propios intereses.

Los de Corinto les contestaron que si ellos retiraban las naves y a los bárbaros de Epidamno, habría deliberaciones. Pero que hasta entonces no estaba bien que aquéllos estuvieran asediados mientras ellos acudían al arbitraje. Por su parte, los corcirenses replicaron que si también ellos llamaban a los suyos que estaban en Epidamno, harían eso; y que estaban dispuestos a que unos y otros permanecieran *in situ,* con tal que hubiera una tregua mientras tenía lugar el arbitraje.

29. Mas los corintios no quisieron hacer caso de nada de eso, sino que una vez que tuvieron las naves con sus tripulaciones y se presentaron los aliados despacharon por delante un heraldo encargado de declarar la guerra a los corcirenses, se hicieron a la mar con setenta y cinco naves y tres mil hoplitas, [39], y navegaron hacia Epidamno para enfrentarse a los corcirenses. Eran comandantes de la flota Aristeo, hijo de Pélico; Calícrates, hijo de Calias, y Timanor, hijo de Timante; y de la infantería, Arquetimo, hijo de Euritimo; e Isárquidas, el hijo de Isarco.

Y una vez que se hallaron en Actio (promontorio de la región de Anactoria, donde se encuentra el templo de Apolo,

[38] No puede tratarse de «embajadores» oficiales, toda vez que los lacedemonios no tienen motivo legal de queja contra los de Corinto.

[39] Hemos traducido 3.000, aceptando la corrección de Romilly. Los mss. transmiten la cifra 2.000, y es un error que debe ser antiguo, pues ya en los escolios se llama la atención sobre dicha discordancia.

a la entrada del golfo de Ampracia) los corcirenses adelantaron un heraldo en una barca para disuadirles de que navegaran contra ellos; simultáneamente equiparon sus naves, unieron con baos las cuadernas de las naves viejas para que pudieran navegar, y repararon las demás. Y como cuando regresó el heraldo no les trajo ninguna propuesta de paz de parte de los corintios, y tenían ya ochenta naves pertrechadas (había, en efecto, cuarenta asediando Epidamno), se pusieron en marcha contra el enemigo; formaron en línea y entablaron combate. Vencieron ampliamente los corcirenses, que destruyeron quince naves corintias. Acaeció en aquel mismo día que también los que asediaban Epidamno forzaron a los de la ciudad a rendirse bajo la condición de que los colonos fueran vendidos, y que retuvieran como presos a los corintios hasta que se decidiera algo mejor.

30. Después de la batalla, los corcirenses erigieron un trofeo sobre el promontorio de Leucima, en Corcira, y dieron muerte a todos los prisioneros que tenían, menos a los corintios; a éstos los guardaron como rehenes. Y en adelante, cuando los corintios y sus aliados se retiraron derrotados a su patria con sus naves los corcirenses quedaron como dueños de todo el mar por aquella zona. Lanzaron un ataque contra Léucade, colonia corintia, arrasando la región, y prendieron fuego a Cilene, centro marítimo de los eleos, porque habían proporcionado a los corintios naves y dinero. Y durante la mayor parte del tiempo después de la batalla naval fueron los dueños del mar, y atacaban y aniquilaban a los aliados de los corintios, hasta que éstos, entrado ya el siguiente verano, enviaron una flota y un ejército, en vista de que sus aliados pasaban serios apuros, y acamparon en Actio y en los alrededores del cabo Quimerio, en la Tesprótide, a fin de asegurar la protección de Léucade y de las demás ciudades que les eran leales. Por su parte, los corcirenses se instalaron frente a ellos, en Leucima, con sus naves y su infantería. Mas ninguno de los dos bandos se atrevían a atacar, sino que permanecieron estacionados frente a frente durante este verano, y al llegar el invierno cada uno de ellos se retiró a su país.

31. Durante todo el año que sucedió a la batalla y el siguiente, los corintios, que soportaban con indignación su

guerra con los corcirenses, se dedicaron a construir naves y prepararon una escuadra bien poderosa, reuniendo remeros de todas partes del Peloponeso y atrayéndoselos del resto de Grecia mediante un sueldo. Por su parte los corcirenses, al informarse de estos preparativos, se llenaron de miedo, y como no estaban ligados por tratado alguno a ninguna ciudad griega, ni se habían hecho inscribir ni en el pacto ateniense ni en el lacedemonio, les pareció lo más conveniente ir y hacerse aliados de los atenienses e intentar obtener de ellos ayuda.

Mas los corintios, informados de esto, se presentaron también en Atenas para mantener conversaciones a fin de evitar que la flota de éstos, sumándose a la de los corcirenses, fuera a impedirles componer la guerra según ellos querían. Reunida la Asamblea, iniciaron un debate, y los corcirenses dijeron lo siguiente:

32. *«Es justo ¡oh atenienses!, que quienes, como precisamente nosotros ahora, se presentan ante su vecino a solicitar ayuda, sin que se les deba de antemano un gran favor ni medie alianza previa, hagan ver primeramente, que lo que solicitan es sobre todo algo útil, o al menos algo que no acarrea inconvenientes, y en segundo lugar, que guardarán además un agradecimiento duradero. Y si no dejan suficientemente en claro nada de esto, que no se enfaden si no consiguen sus propósitos. Los corcirenses nos han enviado en la confianza de poder, junto a la petición de alianza, ofreceros garantías de esto, a pesar de que nuestro comportamiento ha sido, respecto a nuestra petición de ayuda a vosotros, nada racional, y para nuestros intereses en el momento presente nada favorable. Por propia decisión no hemos sido aliados de nadie hasta hoy, y ahora estamos aquí a solicitar eso mismo a otros, y por ello estamos además solos ante esta guerra con los corintios. Ha cambiado lo que antes parecía ser sentido común nuestro (el no compartir riesgos en una alianza extranjera a causa de los planes de un vecino), y ha resultado ser ahora una locura y debilidad.*

En la pasada batalla naval, efectivamente, nosotros solos rechazamos a los corintios, mas una vez que se han lanzado contra nosotros con preparativos mayores sacados del Peloponeso y del resto de Grecia, nos vemos incapaces de im-

ponernos con nuestras solas fuerzas, y vemos que será grande el riesgo si llegamos a quedar sometidos a ellos, por lo cual es forzoso solicitar apoyo de vosotros o de cualquier otro. Y es disculpable que, si no por maldad sino más bien por un error de cálculo, emprendamos algo que es contrario a nuestra anterior negligencia.

33. *Y resultará, en caso de que nos escuchéis, que nuestra petición será para vosotros una hermosa oportunidad en muchos aspectos: en primer lugar, porque prestaréis vuestra ayuda a una ciudad que es víctima de injusticias y que no causa daños a otros; en segundo lugar, porque al haber acogido a gente que se halla en un extremo peligro, os aseguraréis su agradecimiento con una acción que será un testimonio siempre recordado; finalmente, poseemos una flota que, excepción hecha de la vuestra, es la mayor. Considerad también qué éxito es más excepcional (y de mayor pesar para el enemigo) que el que se os ofrezca espontáneamente una potencia por cuya alianza vosotros habríais dado mucho dinero y gratitud, potencia que a sí misma se os brinda sin peligros ni gastos, sino que os procura además reputación de magnánimos ante la opinión pública, el agradecimiento de aquellos a los que protegéis, y mayor poder militar para vosotros mismos. Ventajas que, todas juntas, en raras ocasiones se presentan, y pocos son los Estados que al solicitar una alianza se presentan ante quienes la solicitan, proporcionando tanta seguridad y prestigio, al menos, como recibirán.*

Y si alguno de vosotros cree que no va a estallar la guerra, en la que tan útiles podríamos seros, se equivoca en sus cálculos, y no advierte que los lacedemonios, por el temor que os tienen, están ansiosos por luchar, y que los corintios, que gozan de gran ascendencia sobre ellos y son enemigos vuestros, se proponen derrotarnos ahora a nosotros, antes de atacaros a vosotros, a fin de que no estemos juntos contra ellos por el odio común que les profesamos, y no fallar en adelante una de estas dos cosas: o debilitarnos a nosotros, o fortalecerse ellos mismos. Obligación nuestra es, pues, vigilar de antemano; nosotros ofreciendo la alianza, y vosotros aceptándola, y tomar medidas antes que ellos mejor que replicar más tarde.

34. Si los corintios objetan, sin embargo, que no es justo que deis acogida a una colonia suya, deberán aprender que toda colonia, cuando es bien tratada, honra a su metrópoli, y que cuando se la agravia, cambia de conducta; pues los colonos son enviados no para ser esclavos, sino iguales con los que se quedan en la metrópoli. Y está claro que nos han tratado injustamente: pues cuando fueron invitados a un arbitraje sobre el asunto de Epidamno, prefirieron proseguir sus reivindicaciones con la guerra y no con un juicio equitativo. Y que os sirva a vosotros de advertencia lo que hacen con nosotros, que somos sus parientes, a fin de no dejaros seducir por sus engaños, y no ayudarles de modo imprudente cuando os lo pidan.

Pues el Estado que tenga menos remordimientos que hacerse de haber favorecido a sus enemigos es el que vivirá más seguro.

35. Y no quebrantaréis tampoco el tratado de paz con los espartanos[40] *por acogernos a nosotros, pues no somos aliados de ninguna de las dos partes. En el pacto, en efecto, se dice que cualquier ciudad griega que no pertenezca a ninguna alianza, podrá adherirse a quienes le plazca. Y sería terrible que a ellos les vaya a estar permitido equiparse sus naves de los que son sus aliados y además del resto de Grecia (y no menos de nuestros propios súbditos), y que en cambio a nosotros se nos impida acceder a una alianza abierta a todos, y obtener ayuda de donde quiera que sea, y que encima consideren un agravio si accedéis a nuestra petición. Mucho mayor sería el motivo de queja que tendríamos nosotros si no os convencemos. Pues en ese caso nos rechazaríais a nosotros, que estamos en serio peligro y no somos enemigos vuestros, con lo cual además no sólo no obstaculizaríais a los corintios, que sí son enemigos vuestros y os agreden, sino que toleraréis que aumenten su poderío tomando fuerzas de vuestro imperio. Y eso no es justo, sino que debéis, o impedirles que adquieran mercenarios sacados de vuestra jurisdicción, o enviarnos también a nosotros ayuda en la medida en que os convenzamos; y mejor que todo, acogernos y auxiliarnos abiertamente.*

---

[40] Este tratado se firmó el año 445. Cf. más adelante el capítulo 115.

Y son muchas, como al principio adelantamos, las ventajas que os mostramos: la mayor es que nuestros enemigos son los mismos (precisamente ahí radica la más clara garantía), y no débiles, sino con fuerzas para hacer daño a quienes desertan de ellos. Y no es lo mismo renunciar, cuando ella misma se ofrece, a una alianza marítima que a una terrestre; sino que lo mejor es, si podéis, no permitir que ningún otro Estado tenga naves, y si no, tener como amigo a quien es más fuerte.

36. *Y al que todo esto le parezca que es conveniente, pero tema romper la tregua al dejarse convencer por ello, deberá saber que su miedo por ir acompañado de la fuerza llenará más de miedo a sus enemigos, y que el estar confiado sin aceptar nuestra alianza, equivale a ser débil, y a aparecer menos temible ante unos poderosos enemigos. Además, ahora delibera ése no tanto sobre Corcira como sobre Atenas, y no toma las mejores precauciones para ella cuando, con vistas a la guerra futura y ya casi presente, atiende sólo lo que tiene ante la vista, y aún duda en atraerse a su alianza a un país que como amigo o como enemigo tiene el mayor peso.*

Se halla enclavado, en efecto, magníficamente a mitad de camino del cabotaje a Italia y Sicilia, para impedir que de allí venga una flota de apoyo a los peloponesios, y para enviarla desde aquí hasta allá; y en todo lo demás es de gran utilidad. Con una razón muy concisa, tomando el asunto en su conjunto y por separado, podríais colegir que no debéis rechazarnos; en Grecia hay tres escuadras dignas de tenerse en cuenta: la vuestra, la nuestra y la de los corintios. Si permitís que dos de ellas se fusionen y que los corintios se adelanten y nos conquisten, tendréis que sostener combate naval al mismo tiempo con los corcirenses y con los peloponesios; en cambio, si nos habéis aceptado como aliados contaréis para luchar contra ellos con muchas naves: con las nuestras más las vuestras.»

Así hablaron los corcirenses, y los corintios, después de ellos, se expresaron de este modo:

37. *«Es necesario en primer lugar, ya que los corcirenses aquí presentes han expuesto en su discurso no sólo que los acojáis, sino que nosotros los agraviamos y que son ata-*

cados sin razón, que recordemos ambos puntos, y así pasar acto seguido al resto del discurso, para que consideréis con mayor objetividad nuestra reclamación y rechacéis con buenas razones su petición.

Afirman que no han aceptado, por sensatez, la alianza de nadie. Pero en realidad practicaron esta política por maldad, no por virtud. No querían tener aliado alguno que fuera testigo de sus fechorías, ni tener que avergonzarse, si llamaban a cualquiera. Su ciudad se halla en un emplazamiento que por sí sola se defiende, y los convierte en jueces de los atropellos que contra los demás cometen, en vez de proceder de acuerdo con unos tratados, ya que ellos muy rara vez envían sus barcos a puertos vecinos, y en cambio acogen en los suyos con frecuencia a los de los demás, que se ven obligados a arribar a ellos por necesidad.

Y en estas circunstancias, no se proponen con ese hermoso desprecio por las alianzas el mantenerse al margen de las injusticias que otro haga, sino cometerlas ellos solos; para avasallar allá donde puedan, para tomar mayor ventaja cuando no les vean, y para no tener que avergonzarse si en algún sitio se apoderan de algo. En cambio, si fueran hombres, como dicen, de bien, cuanto más inaccesibles son para los demás vecinos, tanto más claramente les sería posible mostrar su rectitud ofreciendo y aceptando arbitrajes justos.

38. *Pero ni con los demás ni con nosotros se comportan así, sino que, siendo colonia nuestra, han observado desde siempre un comportamiento disidente, y ahora nos declaran la guerra alegando que no fueron enviados para sufrir malos tratos. Pero nosotros afirmamos que tampoco fundamos la colonia para sufrir sus insolencias, sino para tener la hegemonía sobre ellos y ser convenientemente respetados.*

Por ejemplo, las demás colonias nos honran, y de manera especial somos queridos por nuestros colonos. Y está claro que si somos gratos a los más, no es normal que no lo seamos para éstos solos, ni haríamos contra ellos esta expedición tan insólita, de no haber sido también víctimas de ellos de un modo excepcional.

Hermoso sería para ellos haber cedido ante nuestra cólera, en el caso de que el error fuera nuestro, y una vergüenza para nosotros haber respondido con la violencia a su mo-

deración. Pero por la insolencia y el desenfreno que se derivan de su riqueza han faltado repetidas veces contra nosotros; como ahora en el caso de Epidamno, que es colonia nuestra, a la que no se captaron para su causa cuando estaba en apuros, sino que ahora, al aparecer nosotros para ayudarles, se apoderan de ella y la retienen por la fuerza.

39. *Y dicen que desde un principio estuvieron dispuestos a someterse a un arbitraje, mas esta apelación al derecho no hay que tenerla en cuenta cuando la formula uno que está en situación ventajosa y de seguridad*[41]*, sino cuando lo hace quien actúa justamente, tanto de hecho como de palabra, antes de emprender la lucha. Estos, en cambio, hicieron su hermosa oferta de acudir al arbitraje, no antes de poner sitio a Epidamno, sino una vez que se dieron cuenta de que nosotros no lo íbamos a consentir. Y ahora están aquí, y no contentos con las fechorías que allí han cometido, solicitan de vosotros que seáis no ya sus aliados, sino sus cómplices, y también sus socios, ahora que ellos han chocado con nosotros. Debieron ellos haber acudido cuando en mayor seguridad estaban y no cuando nosotros hemos sido agraviados y ellos se ven en peligro; ni cuando vosotros, que no habéis participado de las ventajas de su poderío, tenéis ahora que prestarles auxilio, y que a pesar de que estuvisteis apartados de sus atropellos, vais a ser también igualmente responsables ante nosotros. Debieron haber unificado con vosotros sus fuerzas hace tiempo, y compartir después lo que viniera.*

40. *Así pues, que venimos con acusaciones justificadas y que éstos son unos violentos y ambiciosos, está bien claro. Ahora es preciso que comprendáis que no sería justo que les acogierais. Pues si en el tratado se dice que cualquiera de las ciudades no firmantes puede adherirse a quienquiera, esa cláusula no se refiere a los que se disponen a dañar a otros, sino al que está necesitado de una ayuda que no va a ser utilizada en hacer defección, y al que no va a aca-*

---

[41] Más bien parece que debía ser al revés, al menos bajo el punto de vista de lo que es más honorable y hasta más conveniente; es decir, que quien no lo necesita por estar en situación de ventaja sea el que brinde la oportunidad de someterse a un arbitraje.

rrear la guerra en vez de la paz a quienes le acogen como aliado, si éstos son sensatos. Que es lo que precisamente os ocurriría ahora si no nos escucharais.

Pues no sólo os convertiríais en defensores suyos, sino que de aliados pasaríais a ser enemigos nuestros. En efecto, forzoso es que si vais con ellos no os excluyamos a vosotros al defendernos de aquéllos. En realidad, lo más justo sería que os mantuvierais neutrales respecto a ambos bandos, y si no, que os unierais, pero en sentido contrario, a nosotros contra ellos (ya que con los corintios tenéis al menos un tratado de paz, mientras que con los corcirenses ni una breve suspensión de hostilidades en ningún momento), y no establecer la costumbre de dar acogida a los que desertan de otro bando. Porque nosotros, cuando la revuelta de Samos[42]*, no contribuimos a votar contra vosotros cuando los votos del resto de los pueblos del Peloponeso estaban divididos sobre si había que ayudarles. Por el contrario, sostuvimos abiertamente que cada uno tenía derecho a imponer represalias a sus aliados. Pues si dais acogida a los malvados y los apoyáis, veréis cómo en no menor número algunos aliados vuestros se van a pasar a nosotros, con lo que habréis instituido una costumbre más en vuestro perjuicio que en el nuestro.*

41. *Tales son, pues, los argumentos que podemos esgrimir ante vosotros, más que suficientes según las costumbres griegas, pero es que además tenemos una tal exhortación y reclamación de que seáis agradecidos con nosotros (ya que no somos enemigos como para buscar vuestro daño, ni tan amigos como para mantener relaciones de cordialidad) que afirmamos que en el momento presente nos debéis corresponder a ese favor, y es la siguiente: cuando en cierta ocasión, antes de las Guerras Médicas, estuvisteis necesitados de naves de guerra para luchar contra los de Egina, recibisteis de los corintios veinte naves*[43]*. Este favor, pues, y el que os hicimos en el asunto de Samos (cuando, gracias a nosotros, no les ayudaron los peloponesios) os valió vencer a los de*

[42] Acaecida en el 440-439. Samos pertenecía a la Liga de Delos. Más detalles en los capítulos 115-117.

[43] Puede leerse también el relato de Heródoto, VI, 89-92.

Egina y castigar a los samios. Y ello ocurrió en circunstancias tales en las que los hombres suelen arremeter contra sus enemigos, sin importarles otra cosa que no sea la victoria. Consideran, en efecto, amigo a quien les ayuda, aunque antes le fuera hostil, y enemigo al que se le enfrenta, aunque en otra ocasión fuera su amigo, ya que incluso anteponen a sus lazos de sangre sus anhelos de victoria inmediata.

42. *Reflexionad sobre esto (que el más joven se informe por quien es de mayor edad) y juzgad digno auxiliarnos al igual que hicimos nosotros. Que no piense nadie que lo que hemos dicho es justo, pero que lo que conviene, si entráis en guerra, es otra cosa distinta. Pues lo conveniente suele ir acompañado las más de las veces del acierto en la resolución, y en cuanto a la inminente guerra, con la que los concirenses intentan intimidaros e induciros a cometer un acto injusto, aún es incierta; y no merece la pena que incitados por ella os atraigáis la declarada (y no en perspectiva) enemistad de los corintios; más prudente sería que disiparais la desconfianza anteriormente creada por el asunto de Mégara*[44] *(pues un favor reciente, hecho en su momento, por pequeño que sea, puede curar ofensas mayores). Y no os dejéis arrastrar por la idea de que os brindan una gran alianza naval. Porque el no cometer injusticia a tus iguales es garantía mayor de fuerza que, incitados por lo que está de inmediato a la vista, vivir en medio de peligros constantes.*

43. *Nosotros, pues, que hemos venido a parar a lo mismo que ya declaramos en Esparta, a saber, que cada uno castigue a sus aliados, pretendemos ahora encontrar en vosotros una actitud idéntica, y no que después de haberos beneficiado con nuestro voto de entonces, nos perjudiquéis ahora con el vuestro. Devolvednos lo que es recíproco, conscientes de que ésta es una de esas ocasiones en que es más amigo el que ayuda, y el que se opone, más enemigo. Y a estos corcirenses que aquí están, ni los admitáis como aliados, contra nuestro criterio, ni les ayudéis en sus agresiones.*

[44] El propio Tucídides nos suministra nuevos datos al respecto en los capítulos 107-115. Las medidas que tomó Atenas contra Mégara fueron las de prohibirle acceder a cualquier puerto de su imperio, e imponerle un bloqueo comercial.

Si así actuáis, haréis lo que se debe, y habréis elegido lo más conveniente para vosotros mismos.»

44. Tales cosas dijeron a su vez los corintios. Los atenienses oyeron a ambas partes, y de las dos asambleas que celebraron, en la primera aceptaron los argumentos de los corintios no menos que los de los corcirenses, mas al día siguiente cambiaron de parecer y resolvieron acordar no una alianza que fijara los mismos enemigos y amigos (pues si los corcirenses les pedían ayuda naval contra Corinto, ello supondría la ruptura del pacto con los peloponesios) sino un tratado defensivo [45] para el caso de que alguien atacara Corcira, Atenas o a alguno de sus aliados.

Parecía, en efecto, que la guerra con los del Peloponeso iba a tener lugar en todo caso, y por ello su deseo era no entregar Corcira, que disponía de tan gran escuadra, a los corintios, sino que entrambos chocaran en guerra cuanto más mejor, a fin de encontrar ya debilitados a los corintios y a las demás ciudades que poseían naves cuando ellos se incorporasen a la guerra, si llegaba el caso. Además, la isla disfrutaba de una localización muy favorable en el trayecto de cabotaje hacia Italia y Sicilia.

45. De acuerdo con este plan, los atenienses acogieron a los corcirenses, a quienes, una vez que se retiraron los corintios, les enviaron sin demora [46] diez naves como ayuda. Los jefes de la expedición eran Lacedemonio, hijo de Cimón; Diotimo, hijo de Estrómbico, y Proteas, hijo de Epicles. Tenían órdenes expresas de no librar batalla con los corintios, a no ser que éstos navegaran contra Corcira o alguna plaza suya y se dispusieran a desembarcar en ella. Si así fuera, que se lo impidieran a todo trance. Les dieron estas órdenes a fin de no romper el tratado de paz. Y las naves llegaron a Corcira.

46. Por su parte los corintios, una vez dispusieron los

---

[45] Los atenienses quisieron evitar, al menos formalmente, aparecer como agresores. Aunque a Corcira le interesaba más que hubieran aprobado una alianza que implicara el ataque directo de Atenas a Corinto, y evitar así que éstos llevaran la guerra contra Corcira.

[46] Se han encontrado algunas monedas con las que se pagó esta expedición. Por ellas se piensa que puede fecharse con precisión el día de la partida: el 10 de julio de 433.

preparativos, se hicieron a la mar en dirección a Corcira con ciento cincuenta naves. Había diez naves de los eleos, doce de los megarenses, diez de los leucadios, veintisiete de los ampraciotas, una de los de Anactoria, más noventa de los propios corintios. Cada contingente llevaba su propio jefe por separado; el de los corintios era Jenoclides, hijo de Euticles, con otros cuatro más [47]. Y una vez que, yendo desde Léucade, alcanzaron el continente a la altura de Corcira, echaron el ancla en Quimerio [48], en territorio de la Tesprótide. Hay allí un puerto, más allá del cual tierra adentro, se halla la ciudad de Efira, en la comarca de Elea, territorio de la Tesprótide. Próxima a ella desemboca en el mar la laguna Aquerusia, a la que afluyen las aguas del río Aqueronte después de atravesar la Tesprótide, y del que toma su nombre; fluye también otro río, el Tíamis, que delimita Tesprótide y Cestrina, y entre ambos ríos se alza el cabo Quimerio.

Pues bien, los corintios anclaron en este lugar del continente, e instalaron su campamento.

47. Cuando los corcirenses se enteraron de que los otros venían por mar, equiparon ciento diez naves, a cuyo frente pusieron a Milcíades, Esímides, y Euríbato, y acamparon en una de las islas llamada Síbota; también estaban allí las diez naves de los atenienses. Y sobre el promontorio de Leucima se hallaba su infantería, con mil hoplitas de Zacinto que habían venido en su ayuda. Por su parte, también los corintios contaban en el continente con gentes de pueblos bárbaros que los auxiliaban, pues los habitantes de esta parte del continente siempre han sido amigos suyos.

48. Después que los corintios acabaron sus preparativos y tomaron víveres para tres días, se hicieron a alta mar durante la noche desde Quimerio, con intención de trabar combate naval. Y al amanecer, mientras navegaban, divisaron las naves de los corcirenses en alta mar que avanzaban contra ellos. Al percatarse, pues, se alinearon ambas escuadras una frente a otra; en el flanco derecho de los corcirenses se ha-

[47] Al no estar unificado el mando, debemos entender que no se trataba de unos simples voluntarios enrolados en el ejército corintio, sino de contingentes constituidos formalmente en ejército propio.

[48] Corresponde a la actual bahía de Fanari o sus alrededores próximos. Para la topografía remitimos al comentario de Gomme.

llaban las naves áticas, y el resto del frente lo ocupaban los mismos corcirenses con sus naves formando tres divisiones, bajo las órdenes cada una de cada uno de sus tres almirantes. Así se alinearon los corcirenses. El flanco derecho de los corintios lo ocupaban las naves de Mégara y los ampraciotas; en el centro el resto de los aliados, unos tras otros, y en el flanco izquierdo los propios corintios, que con las mejores naves hacían frente a los atenienses y al flanco derecho de los corcirenses.

49. Establecieron contacto, y una vez que ambos bandos levantaron las insignias, trabaron combate. Las dos armadas contaban con gran número de hoplitas sobre los puentes, también muchos arqueros y lanzadores de dardos, pues los barcos aún estaban pertrechados a la usanza antigua [49], sin gran pericia. El combate naval fue violento, aunque tácticamente no muy brillante, y se asemejaba mucho a un combate en tierra. En efecto, cuando se producían mutuos abordajes, resultaba difícil separarse, a causa del gran número de naves en desorden, y porque para obtener la victoria confiaban más en los hoplitas apostados sobre el puente, los cuales combatían a pie firme cuando las naves quedaban fijadas unas con otras. Y no se producían rupturas de línea [50], sino que combatían con valor y fuerza más que con habilidad. Por doquier, pues, reinaba una gran confusión y desorden en el combate. En su transcurso, las naves áticas prestaban su asistencia a los corcirenses allá por donde éstos eran presionados, y llenaban de pánico a los enemigos, mas no se enzarzaban en el combate, pues los almirantes respetaban las órdenes que les habían dado los atenienses.

Especiales dificultades atravesaba el flanco derecho de los corintios. En efecto, los corcirenses con veinte naves les hicieron darse la vuelta, y los continuaron persiguiendo ya en desbandada hacia la costa, hasta llegar a su campamento; desembarcaron, prendieron fuego a las tiendas, que estaban sin vigilancia, y se apoderaron de su botín. Así pues, por este

[49] Más detalles en el libro II, 83-84.

[50] Los atenienses eran maestros consumados en esta maniobra; consistía en irrumpir bruscamente en las filas enemigas sembrando la destrucción y regresar rápidamente a sus puestos.

lado los corintios y sus aliados estaban siendo derrotados, y triunfaban los corcirenses; mas por la parte en que formaban propiamente los corintios, en el ala izquierda, iban venciendo éstos ampliamente, al faltarles a los corcirenses las veinte naves que estaban en la persecución (de un total de naves de por sí ya inferior). Entonces los atenienses, al ver a los corcirenses más apurados les ayudaron ya con mayor resolución; al principio todavía se abstenían de embestirles con sus naves, mas como se producía ya claramente la retirada de los corcirenses y los corintios seguían presionando, entonces ya todo el mundo pasó a la acción sin exceptuar nada, sino que se hizo inevitable que corintios y atenienses se atacaran mutuamente.

50. Producida la retirada, los corintios no remolcaron mediante cables los cascos de las naves que habían semihundido, sino que cruzando entre ellas se dedicaron a dar muerte a sus tripulaciones más que a tomarlos como prisioneros; y mataban a sus propios aliados, sin saberlo, al no haber advertido que los del flanco derecho habían sido vencidos.

Ambas eran escuadras de muchas naves, y ocupaban gran extensión del mar, y una vez que se entremezclaron no era fácil conocer quiénes eran los que vencían y quiénes los vencidos. Efectivamente, fue éste el combate naval de griegos contra griegos más importante hasta la fecha por la cantidad de naves participantes.

Después de haber perseguido los corintios a los corcirenses hasta tierra, se ocuparon de sus barcos averiados y de sus muertos; recuperaron la mayoría y los llevaron a Síbota, donde había acudido en auxilio el ejército de tierra de los bárbaros. Síbota es un puerto desierto de Tesprótide.

Después que hicieron esto, se reagruparon de nuevo y navegaron hacia los corcirenses. Estos, por su parte, navegaron también contra ellos con las naves que aún estaban a flote y con el resto de las que tenían, a más de las de los atenienses, temiendo que intentaran desembarcar en su territorio. Era ya la tarde y habían entonado el peán para atacar, cuando inesperadamente los corintios ciaron [51] sus naves, pues

[51] La maniobra consiste en remar hacia atrás para que la nave no tenga

habían visto cómo se acercaban veinte naves atenienses que éstos habían despachado como refuerzo a las diez primeras, por temor de que, como en efecto ocurrió, los corcirenses fueran derrotados y sus diez naves resultaran pocas para defenderlos.

51. Al divisar, pues, los corintios estas naves, y sospechando que eran atenienses y más de las que veían, retrocedieron poco a poco. Sin embargo, los corcirenses no sabían de su presencia (pues se aproximaban por un lado por donde era imposible verlas) y se extrañaban de que los corintios hicieran retroceder sus naves; hasta que algunos las divisaron y dijeron que se acercaban más naves.

Entonces también ellos se retiraron (pues ya oscurecía), y los corintios hicieron girar sus naves y suspendieron la acción. Así se separaron ambos y el combate naval concluyó al llegar la noche.

Los corcirenses estaban acampados en Leucimna, y hasta este campamento llegaron, no mucho después de haber sido divisadas, estas veinte naves atenienses que comandaban Glaucón, hijo de Leagro, y Andócides hijo de Leogoras[52], abriéndose camino a través de cadáveres y restos de naves. Como era de noche, los corcirenses temieron que fueran naves enemigas, mas enseguida las reconocieron y las hicieron anclar.

52. Al día siguiente, las treinta naves áticas y todas las corcirenses que se hallaban en estado de navegar se hicieron a la mar en dirección al puerto de Síbota, donde estaban fondeados los corintios, con el propósito de saber si iban a combatir. Mas éstos sacaron sus naves de tierra a alta mar, y allí se mantuvieron perfectamente alineados, sin intención de iniciar la batalla por propia voluntad, ya que veían que se habían incorporado un contingente de naves de refresco procedentes de Atenas, mientras que de su bando se acumulaban muchas dificultades, no sólo a propósito de la custodia de los prisioneros que tenían en sus naves, sino también por la imposibilidad de reparar las naves en una región desierta.

---

que dar la vuelta, operación ésta que implicaba gran riesgo al tener que ofrecer su flanco al enemigo.

[52] Texto probablemente corrupto.

Su preocupación era más bien cómo podrían regresar a su patria, pues temían que los atenienses consideraran que el tratado estaba roto, dado que hubo enfrentamiento directo, y no les permitieran retirarse.

53. Así pues, les pareció que lo mejor era enviar unos emisarios sin caduceo [53] en un barco a los atenienses y hacer una prueba; los enviaron, y éstos dijeron lo siguiente: «Os comportáis injustamente, atenienses, al comenzar la guerra, rompiendo el tratado, pues al empuñar las armas contra nosotros impedís que nos venguemos de nuestros enemigos. Si vuestro plan es prohibirnos navegar contra Corcira o a cualquier otro sitio que queramos, y quebrantar el pacto, tomadnos primero a nosotros y tratadnos como enemigos.»

Tales cosas dijeron. Los del ejército corcirense, en la medida en que pudieron oírlos, pidieron a gritos que los cogieran al instante y los matasen, mas los atenienses respondieron lo siguiente:

«Ni comenzamos la guerra, peloponesios, ni rompemos el tratado, sino que hemos venido en ayuda de los corcirenses, aliados nuestros. Por tanto, si deseáis navegar hacia cualquier parte, no os ponemos impedimento, pero si enfiláis rumbo contra Corcira o alguna de sus posesiones, no lo toleraremos, en tanto podamos.»

54. Al ser ésta la respuesta de los atenienses, los corintios hicieron los preparativos para el viaje a casa y erigieron un trofeo en la Síbota del continente. Por su parte, los corcirenses recogieron los restos de sus naves y cadáveres, que habían sido arrastrados hacia ellos por la corriente y un viento que se había levantado durante la noche y los había esparcido por toda la zona; erigieron también ellos a su vez un trofeo en Síbota [54], la de la isla, en calidad de vencedores. Cada uno de los dos bandos se atribuía la victoria por las siguientes razones: los corintios habían vencido en el combate naval hasta que llegó la noche, de modo que pudieron recuperar la mayor parte de sus naves averiadas y sus

[53] El caduceo es el distintivo propio del embajador o emisario. En esta ocasión, por tanto, los enviados carecían de representatividad oficial.

[54] Hay por tanto, de un lado, una isla llamada Síbota, controlada por los corcirenses, y una ciudad del mismo nombre en la costa del continente, en la que estaba instalado el campamento corintio.

muertos, además de que tenían no menos de mil prisioneros, y habían hundido unas setenta naves; por ello erigieron el trofeo.

Por su parte, los corcirenses habían destrozado unas treinta naves, y después de que llegaran los atenienses habían recuperado los restos de naves y sus muertos, que habían sido arrastrados hacia dondo ellos estaban; además, como los corintios, al ver las naves atenienses el día anterior, se habían retirado dando marcha atrás con su flota, y después de la llegada de los atenienses ya no salieron a su encuentro desde Síbota, por todo ello erigieron su trofeo. Y así ambos bandos se consideraban vencedores.

55. Los corintios, en el transcurso del periplo de regreso a casa, se apoderaron mediante engaño de Anactorio, que se halla a la entrada del golfo de Ambracia (y que pertenecía en común a los corcirenses y a ellos), establecieron allí colonos corintios, y se retiraron hacia su patria. Vendieron ochocientos corcirenses, que eran esclavos, y mantuvieron prisioneros a doscientos cincuenta, a los que cuidaron con buen trato, a fin de atraerse a Corcira cuando éstos fueran repatriados, ya que resultaba que muchos de ellos eran gente influyente y muy destacada en la ciudad.

Así pues, Corcira salió con ventura[55] de esta guerra con Corinto, y las naves atenienses abandonaron el país. Y éste fue el primer motivo que tuvieron los corintios para entrar en guerra con Atenas: que hallándose vigente el tratado, entró en lucha con ellos, aliada a los corcirenses.

56. Después de este asunto, enseguida surgieron entre atenienses y peloponesios otras divergencias que les llevarían a la guerra; fueron éstas: como los corintios intentaban vengarse de los atenienses, éstos, que adivinaban sus hostiles intenciones, dieron órdenes a los de Potidea, que habitan en el istmo de Palene y eran una colonia de Corinto[56], y aliados suyos sometidos a tributo, de que derribaran la muralla que mira hacia Palene, les dieran rehenes, y que expul-

---

[55] Corcira fue la gran afortunada, pues alejaba la guerra de su isla. En cambio Corinto obtuvo un fracaso político, pues no consiguió controlar el régimen de la ciudad de Epidamno, ni logró imponerse y castigar a Corcira.

[56] Era la única colonia doria en la península Calcídica.

saran a los delegados que cada año comisionaba Corinto, y que no los volvieran a admitir en lo sucesivo.

Los atenienses temían que los de Potidea hicieran defección, persuadidos por Perdicas [57] y los corintios, y que arrastaran a ella a los demás aliados suyos de Tracia.

57. Esto es lo que como medidas cautelares acordaron los atenienses sobre los potideatas inmediatamente después del combate naval de Corcira. Pues los corintios eran ya hostiles a ellos de una manera abierta, e incluso Perdicas, el hijo de Alejandro, rey de los macedonios, estaba ya en guerra con ellos, a pesar de que había sido con anterioridad su amigo y aliado. Se convirtió en enemigo porque los atenienses pactaron una alianza con su hermano Filipo y con Derdas, que se habían unido para luchar contra él. Lleno aquél de miedo, empezó a hacer gestiones en Esparta para que estallara la guerra entre atenienses y peloponesios, y buscaba conciliarse con los corintios para preparar la defección de Potidea. Intentaba también establecer conversaciones con los calcídeos y botieos de Tracia, calculando que si tuviera como aliados a estos pueblos vecinos suyos, resultaría más fácil hacer la guerra con su ayuda. Enterados los atenienses de ello, quisieron prevenir la defección de estas ciudades, y como estaban a punto de despachar treinta naves y mil hoplitas contra el territorio de Perdicas bajo las órdenes de Arquéstrato, el hijo de Licomedes, y otros cuatro estrategos, ordenaron a los almirantes que tomaran rehenes a los potideatas, derribaran la muralla y vigilaran las ciudades vecinas a fin de evitar su defección.

58. Los de Potidea enviaron unos embajadores a Atenas para ver si los convencían de que no intervinieran contra ellos, y también se dirigieron a Lacedemonia en compañía de los corintios, a fin de procurarse ayuda por si fuera necesaria. Y una vez que de los atenienses no consiguieron nada de provecho después de largas reuniones (sino que las naves que iban a enviar contra Macedonia y contra ellos se hicieron a la mar, según lo previsto, además de que los dirigentes lacedemonios les habían prometido que si los atenienses marchaban contra Potidea ellos atacarían el Atica) en-

[57] Rey de Macedonia. Más detalles en el capítulo siguiente.

tonces justamente, en esta favorable coyuntura, hicieron defección con los calcídeos y botieos, aliados suyos ahora bajo juramento. Perdicas intentaba convencer a los calcídeos a que evacuaran y destruyeran las ciudades de la costa, y que emigraran a Olinto, que sería la única ciudad a fortificar. A aquellos que evacuaron sus ciudades les dio tierras a cultivar en sus dominios de Migdonia, en las proximidades del lago Bolbe, durante el tiempo que durase la guerra con los atenienses. Fueron, pues, a establecerse tierra adentro, destruyeron sus ciudades y se prepararon para la guerra.

59. Las treinta naves atenienses llegaron a Tracia y se encontraron con que Potidea y las demás ciudades se habían sublevado; entonces los almirantes, considerando que era imposible con las fuerzas de que disponían luchar simultáneamente contra Perdicas y los territorios sublevados, se dirigieron hacia Macedonia, que era hacia donde habían sido enviados primeramente. Una vez se establecieron en el territorio, se disponían a luchar junto a Filipo y los hermanos de Derdas [58], que desde el Norte habían avanzado con un ejército.

60. Y en esto, los corintios, cuando ya Potidea había hecho defección y las naves áticas estaban en Macedonia, temiendo por la región y considerando como propia la situación de peligro, enviaron voluntarios de su ciudad, y mercenarios del resto del Peloponeso, a los que se atrajeron mediante un sueldo, en total mil seiscientos hoplitas y cuatrocientos hombres de infantería ligera. Mandaba la expedición Aristeo, hijo de Adimanto, por cuya popularidad se habían alistado voluntariamente la inmensa mayoría de los combatientes corintios para acompañarle, pues él había sido desde siempre amigo de los de Potidea. Y llegaron a Tracia cuarenta días después de la defección de Potidea.

61. Pero la noticia de la defección de las ciudades también corrió con celeridad hasta los atenienses, por lo que despacharon contra los sublevados, tan pronto como supieron que los de Aristeo estaban en camino, dos mil hoplitas propios y cuarenta naves a cuyo frente iba Calias, el hijo de Calicles, con cuatro jefes más. Estos, una vez en Macedonia,

[58] Tal vez había muerto ya Derdas.

encontraron al primer contingente de mil hombres, que acababan de apoderarse de Terme y sitiaban Pidna. Se emplazaron ante Pidna y se incorporaron también al asedio, mas enseguida se vieron en la necesidad de hacer un pacto y una alianza con Perdicas, impelidos por el asunto de Potidea y la llegada de Aristeo.

Al poco, abandonaron Macedonia y llegaron al territorio de Berea, y desde allí marcharon contra Estrepsa[59], y tras un intento infructuoso de tomarla, se pusieron en camino por tierra hacia Potidea con tres mil hoplitas propios, aparte de muchos aliados, y con seiscientos jinetes macedonios que acompañaban a Filipo y Pausanias. Simultáneamente setenta naves les seguían a la vista de la costa. Avanzando poco a poco, llegaron al tercer día a Gigono, donde acamparon.

62. Los potideatas y los peloponesios de Aristeo esperaron a los atenienses acampando en la parte del istmo que mira a Olinto, donde abrieron un mercado a las afueras de la ciudad[60]. Los aliados eligieron como estratego de todo el ejército de tierra a Aristeo, y de la caballería a Perdicas. Este, en efecto, había abandonado enseguida a los atenienses, y de nuevo estaba aliado con los de Potidea, después de haber dejado a Yolao sustituyéndole en el gobierno.

El plan de Aristeo era mantener su ejército en el istmo vigilando a los atenienses por si atacaban, y que los calcídeos y los aliados de fuera del istmo, a más de los doscientos jinetes de Perdicas, permanecieran en Olinto, y que cuando los atenienses marcharan contra su ejército, vinieran aquéllos en su auxilio y, cayendo por la espalda, cogieran a los enemigos entre dos fuegos.

Calias, sin embargo, el estratego ateniense, y sus colegas, enviaron por su parte a los jinetes macedonios y a unos pocos aliados hacia Olinto, para que impidieran a los de allí acudir en socorro. Ellos, mientras tanto, levantaron el campamento y avanzaron contra Potidea.

Cuando estuvieron próximos al istmo y vieron al enemigo

---

[59] Texto corrupto, la traducción es aproximativa. Discusión en Gomme, vol. I, pp. 215-218.

[60] Esperaban los jefes que así los soldados no se desperdigaran en busca de provisiones.

preparándose para combatir, formaron también ellos, y poco después trabaron combate.

El flanco en que estaba el propio Aristeo y las tropas de élite de Corinto y otras ciudades, hicieron volverse a los que tenían enfrente, y los continuaron persiguiendo durante largo trecho. En cambio el resto del ejército, compuesto por potideatas y peloponesios, fue derrotado por los atenienses, y buscó refugio en las murallas[61].

63. Al regresar Aristeo de la persecución y ver derrotado al resto de su ejército, dudó de hacia qué lado —Olinto o Potidea— arriesgarse a pasar. Finalmente, le pareció lo mejor reunir a los suyos en el menor espacio de terreno posible y forzar la entrada a la carrera en Potidea. Pasó a lo largo del rompeolas, por el mar, bajo una lluvia de proyectiles y en medio de grandes dificultades, perdiendo a no pocos hombres, aunque consiguió salvar a los más.

Por su parte, las tropas que debían venir como auxilio de los potideatas desde Olinto (dista unos setenta estadios[62] y es perfectamente divisable), cuando se inició la batalla y fueron izadas las insignias, avanzaron un pequeño trecho para ir a socorrerles, pero los jinetes macedonios se les colocaron delante para impedírselo. Y una vez que se produjo la rápida victoria de los atenienses, y se arriaron las insignias, de nuevo se retiraron a las murallas, y los macedonios marcharon por su parte junto a los atenienses. Así, la caballería no participó en la batalla, ni de un bando ni del otro. Después de esto, los atenienses erigieron un trofeo y devolvieron a los potideatas sus muertos bajo una tregua. Murieron algo menos de trescientos de los potideatas y sus aliados, y ciento cincuenta atenienses, entre ellos su estratego, Calias.

64. Inmediatamente, los atenienses circunvalaron con un muro[63] la muralla que daba al istmo, donde montaron guardia. En cambio, por la parte que daba a Palene no constru-

[61] Por el testimonio de Platón, *Cármides*, 153 a-c, y *Banquete*, 220 d-e, sabemos que fue en esta batalla de Potidea en la que Alcibíades mostró un brillante comportamiento, e intervino el propio Sócrates salvándole la vida.

[62] Aproximadamente 10 Km. Olinto se hallaba sobre unas colinas.

[63] La práctica habitual de los sitiadores era, en efecto, construir ellos un muro de asedio que solía ir paralelo a las defensas de la ciudad; cf. II, 77; IV, 133; VII, 27, 3.

yeron muro, pues pensaban que no eran suficientes para montar guardia en el istmo y pasar a Palene para hacer allí el muro, temerosos de que los potideatas y sus aliados los atacaran a ellos al estar sus fuerzas divididas. Mas al enterarse los atenienses que estaban en Atenas de que los suyos no habían podido cercar con un muro Palene, enviaron algo más tarde mil seiscientos hoplitas atenienses, con el estratego Formión, hijo de Asopio. Llegó éste a Palene, y partiendo de Afitis, aproximó el ejército a Potidea por pequeñas etapas, arrasando al mismo tiempo toda la región.

Y como nadie salía a presentar batalla, construyó un muro de asedio del lado de Palene. De este modo, Potidea estaba sitiada enérgicamente ya por ambos lados, y al mismo tiempo sufría por el mar el bloqueo de las naves.

65. Entonces Aristeo, al ver sitiada la ciudad y no quedarle ninguna esperanza de salvación, a no ser que se produjera una intervención de los peloponesios o alguna otra circunstancia inesperada, propuso a los sitiados que observaran el viento, y que salvo quinientos hombres, todo el mundo escapara en barco en el momento favorable, a fin de que así durasen más las provisiones, y que él mismo quería ser de los que se quedaran. Pero no le hicieron caso; en vista de lo ocurrido, dispuso otros preparativos, y para organizar de la mejor manera la situación del exterior, zarpó burlando la vigilancia de los atenienses.

Se detuvo en el país de los calcídeos, con quienes, entre otras acciones, participó en algunas guerras. Aniquiló a muchos sermilios, a los que había tendido una emboscada junto a su ciudad, e hizo gestiones en el Peloponeso para que le enviaran alguna ayuda.

Mientras tanto, Formión, una vez circunvalada por el muro de asedio Potidea, se dedicaba a arrasar con sus mil seiscientos hombres el territorio de la Calcídica [64] y la Bótica, y capturó algunas pequeñas ciudades.

66. Para los atenienses y peloponesios éstos fueron los nuevos motivos de queja recíprocos: los corintios se quejaban de que Potidea, que era una colonia suya, en la que se

---

[64] Se refiere al territorio de los calcídeos, cuyo centro principal era la ciudad de Olinto. No se trata, por tanto, de toda la península.

encontraban soldados corintios y peloponesios, era sitiada por los atenienses; las quejas de los atenienses contra los peloponesios se sustanciaban en que éstos habían sublevado una ciudad aliada y tributaria suya y que habían ido en calidad de aliados de los potideatas a combatirles abiertamente. Sin embargo, la guerra propiamente no había estallado aún, sino que todavía duraba la tregua, ya que los corintios hicieron estas cosas en plan privado [65].

67. Mas una vez que Potidea estuvo sitiada, no se quedaron inactivos, pues había soldados suyos en la ciudad, y además temían por la región. Rápidamente invitaron a venir a Esparta a los aliados, y tan pronto comparecieron ellos mismos, acusaron a los atenienses de haber roto la tregua y de haber cometido agravios contra el Peloponeso.

Y los de Egina, que no habían enviado una embajada oficial por miedo a los atenienses, pero sí ocultamente, incitaban a la guerra no menos que los propios corintios, diciendo que Egina no tenía independencia según el tratado.

Entonces los lacedemonios extendieron la convocatoria a todos los aliados que pretendían haber sido lesionados en sus derechos por los atenienses. Reunieron su acostumbrada Asamblea [66] y les invitaron a hablar. Se presentaron algunos pueblos, cada cual con sus reivindicaciones, y en particular los megarenses, que pusieron de manifiesto sobre todo y entre otras no pequeñas divergencias, que se les prohibía el acceso a los puertos del imperio ateniense y a los mercados del Atica, lo cual conculcaba el tratado.

Los corintios intervinieron los últimos, después de haber dejado que los demás soliviantaran antes los ánimos de los lacedemonios, y añadieron lo siguiente:

68. *«La lealtad que reina entre vosotros, oh lacedemonios, tanto en vuestra vida política como en vuestras relaciones privadas, os torna más incrédulos para con los demás cuando tenemos algo que decir. De ello procede el que seáis prudentes, pero sufrís también un mayor desconoci-*

---

[65] Recordemos, en efecto, que Aristeo había ido con un grupo de voluntarios, sin carácter oficial.

[66] Reunión de la Apella para oír propuestas de los delegados de otras ciudades.

miento de los asuntos externos. Muchas veces, en efecto, os hemos anunciado de antemano las ofensas que íbamos a sufrir por parte de los atenienses, mas no aprovechabais la enseñanza de lo que en cada ocasión os informábamos, sino que más bien sospechabais de los que os hablaban, en la idea de que lo hacían movidos por sus divergencias privadas. Y por ello habéis convocado a los aliados aquí presentes, no antes de que nos ocurrieran estos males, sino después de que nos hallamos en el terreno de los hechos. Más que a nadie nos concierne a nosotros hablar ante esta Asamblea, en tanto que también tenemos los mayores motivos de queja, pues somos ultrajados por los atenienses, y por vosotros abandonados.

Si éstos se ocultaran cuando violan los derechos de Grecia, sería preciso daros información como a gente que no lo sabe; pero ¿qué necesidad tenemos ahora de alargarnos en discursos?: de éstos, veis a unos esclavizados, y cómo los atenienses traman insidias contra otros (y no en menor grado contra nuestros propios aliados), y cómo hace mucho que se preparan para el caso de que vayan a entrar en guerra. Pues, de lo contrario, no retendrían Corcira, después de habérnosla arrebatado por la fuerza, ni sostendrían el asedio de Potidea. De las cuales la primera es la plaza más indicada y utilizable para los asuntos de Tracia, y la segunda hubiera aportado a los peloponesios la mayor escuadra.

69. *Y de todo esto los culpables sois vosotros, al haberles dejado primero fortificar su ciudad después de las Guerras Médicas, luego, dejarles construir los Muros Largos*[67]*, y hasta hoy día sin cesar habéis estado privando de su libertad no sólo a los que ellos esclavizan, sino incluso ya hasta a vuestros aliados. Pues no es el que somete a otros a esclavitud el que verdaderamente lo hace, sino el que puede evitarlo y se desentiende, sobre todo si quiere ostentar el glorioso título de ser el libertador de Grecia.*

Con grandes dificultades nos hemos reunido aquí, y ni siquiera ahora con unos objetivos claros. Pues no habría que

[67] La construcción de estos Muros Largos hasta el puerto del Pireo fue una pieza clave en la política militar futura de Atenas, pues convertía su ciudad en un auténtico baluarte inexpugnable, accesible sólo desde el mar.

examinar si se nos hace ultraje, sino cómo defendernos, dado que éstos actúan ya, después de haberse resuelto a ello, y no se demoran en atacar a quienes aún están indecisos. Sabemos con qué método lo hacen, y cómo atacan a sus vecinos poco a poco. Y ahora son menos osados porque creen que pasan inadvertidos al teneros por poco perspicaces, pero cuando se den cuenta de que lo sabéis y se lo toleráis, insistirán con una resolución total.

Pues sois los únicos griegos que permanecéis inactivos, oh lacedemonios, y que no defendéis a nadie[68] *con vuestras fuerzas, sino con vuestra intención; y sois los únicos que no cortáis el desarrollo de vuestros enemigos cuando se inicia, sino cuando se ha hecho el doble. ¡Y eso que se decía que erais gente en quien poder confiar, reputación, desde luego, que era superior a la realidad!*

Por ejemplo, sabemos que los medos llegaron hasta el Peloponeso desde los más remotos confines de la tierra antes de que vuestras fuerzas les salieran al encuentro de un modo decoroso. Y ahora, a los atenienses, que no están lejos como aquéllos, sino aquí, les dejáis hacer, y en vez de atacarlos vosotros, preferís defenderos cuando os ataquen y poneros en el incierto trance de luchar con ellos cuando sean más poderosos. Y eso que sabéis que los bárbaros fueron derrotados las más de las veces por sus propios fallos, y que frente a los mismos atenienses en muchas ocasiones nosotros hemos salido victoriosos más por sus yerros que por vuestra ayuda.

La verdad sea dicha, las esperanzas depositadas en vosotros ha causado ya la ruina de alguno[69] *que no tomó sus precauciones por confiar en vosotros.*

Y que ninguno de vosotros piense que hemos dicho esto más por enemistad que como queja, pues la queja se aplica al amigo que se equivoca; en cambio, la acusación al enemigo que ha cometido un crimen.

70. *Y al mismo tiempo, creemos que si hay alguien que tenga derecho a hacer censuras al vecino somos nosotros, sobre todo cuando son grandes los intereses puestos en juego,*

---

68 *Pace* Gomme.

69 Por ejemplo, lo que ocurrió a Potidea (58), Taso (101), o Eubea (114).

acerca de los cuales nos parece que no os dais cuenta ni habéis calculado nunca qué clase de hombres son los atenienses, contra los que tendréis que enfrentaros, y cuán diferentes por completo de vosotros.

Ellos son, en efecto, amigos de lo novedoso y vivos para imaginar y llevar a cabo lo que planean; de vosotros, en cambio, es propio conservar lo que tenéis, no inventar nada, y no llevar a la práctica ni lo más indispensable. Además, son osados más allá de sus fuerzas, aman el peligro en contra de lo que la prudencia aconseja, y son optimistas ante situaciones de riesgo; lo vuestro en cambio es hacer cosas inferiores a las que podéis, no confiar ni en las más seguras reflexiones, y creer que nunca saldréis airosos de las situaciones de peligro. Todavía más, ellos son decididos, frente a vosotros, indecisos; viajeros, frente a unos sedentarios: pues piensan ellos que al ir fuera podrían adquirir algo nuevo; vosotros, en cambio, que, al salir, seríais perjudicados incluso en lo vuestro.

Si vencen a sus enemigos, explotan el éxito al máximo, y si son vencidos, lo mínimo se abaten[70]*. Aún más, usan sus cuerpos en la defensa de su patria como si fueran de extraños, mientras que se sirven de su inteligencia de la forma más individual si hay que hacer algo por ella*[71]*. Y si han planeado algo y no lo logran, se consideran frustrados en algo propio; y en cambio, si adquieren algo después de haberlo perseguido, lo estiman en poco comparado con sus logros futuros. Y si en alguna ocasión fracasan en su intento, conciben nuevas esperanzas para compensar esta pérdida. Pues son los únicos para quienes es lo mismo tener que esperar lo que proyectan, en razón de que ponen rápidamente en práctica sus planes*[72]*. Y se esfuerzan en todo esto a lo largo de toda su vida, entre esfuerzos y peligros; y disfrutan po-*

---

[70] El pasaje es de un estilo notablemente efectista, que se compadece poco con la habitual austeridad de Tucídides. En la traducción necesariamente se dejan traslucir estos rasgos.

[71] El ateniense obedece ciegamente cuando en defensa de su patria se le pide el sacrificio físico (de su cuerpo), pero cada ciudadano individual contribuye con la inventiva de su inteligencia, sin coartar la iniciativa de cada cual, en defensa de su ciudad.

[72] Para completar la visión sobre la idiosincrasia ateniense, cf., al menos, del mismo Tucídides, II, 38-39 y 60-63.

quísimo de lo que poseen, por el afán de adquirir continuamente más; y no consideran día festivo sino a hacer lo que deben; y desgracia es para ellos no menos la inactividad ociosa que la laboriosa actividad.

De suerte que sería correcto decir, resumiendo, que ellos han nacido para ni tener tranquilidad ellos mismos, ni permitírsela a los demás hombres.

71. *Sin embargo, y a pesar de que enfrente tenéis a una ciudad como ésta, oh lacedemonios, seguís dudando, y creéis que la paz es más duradera, no para aquellos que proceden justamente con su poder (aunque en su fuero interno estén decididos a no consentir se les atropelle), sino que lo que consideráis justo radica en no causar daños a los demás y no resultar perjudicados al autodefenderos.*

Esto es algo que lograríais, y eso a duras penas, si tuvierais como vecinos a una ciudad semejante a la vuestra. Pero el caso es que ahora, como acabamos de demostrar, vuestros hábitos están anticuados frente a los de éstos. Es preciso, pues, como en cualquier otra profesión, dominar las nuevas técnicas. Para una ciudad tranquila son excelentes las costumbres inalteradas, pero para quienes se ven forzados a acudir a múltiples asuntos, se necesitan también tácticas nuevas. Por este motivo, precisamente la política de los atenienses se ha remozado mucho más que la vuestra, gracias a su múltiple experiencia.

Fije aquí su límite vuestra lentitud. Y ahora ayudad a los de Potidea y a los demás, según os comprometisteis, haciendo rápidamente una incursión contra el Atica, a fin de no poner en manos de los más acérrimos enemigos a gente que es amiga y pariente, y no nos hagáis buscar a los demás, por desesperación, una nueva alianza[73]*. Y si lo hiciéramos, no seríamos reos de injusticia ni ante los dioses de los juramentos, ni ante los hombres que los vigilan. Pues no rompen el tratado quienes, por verse solos, se pasan a otros, sino quienes no acuden en socorro de aquellos con los que se tienen obligaciones juramentadas.*

Si vosotros queréis ser solícitos, permaneceremos como estamos, pues si en tal caso desertáramos, no respetaríamos

---

[73] Ya el escoliasta suponía que se alude a la ciudad de Argos.

los sagrados juramentos ni encontraríamos a otros aliados más afines.

Ante todo esto, reflexionad con acierto; y procurad conservar la hegemonía sobre un Peloponeso no menor que el que vuestros padres os legaron.»

72. De este modo hablaron los corintios. Y cuando los atenienses (pues se daba la circunstancia de que una embajada suya se hallaba presente con anterioridad en Esparta, a propósito de otras cuestiones) tuvieron noticias de estas conversaciones, creyeron que debían acudir ante la Asamblea de los lacedemonios, no con intención de defenderse de las acusaciones que las ciudades les imputaban, sino para manifestar respecto a la cuestión en su conjunto que no debían decidir con precipitación, sino reflexionar un poco. Al propio tiempo, querían señalar cuán grande era el poderío de su ciudad, hacer que los más viejos recordaran lo que sabían, y explicar a los más jóvenes lo que desconocían, pensando que a resultas de sus razones ellos se inclinarían más por la paz que por la guerra.

Se acercaron, pues, a los lacedemonios y les dijeron que querían dirigir la palabra también ellos a la Asamblea, si no había nada que lo impidiera. Ellos los invitaron a comparecer, y una vez allí, los atenienses dijeron lo siguiente:

73. *«Nuestra embajada no tenía como finalidad una discusión con vuestros aliados, sino los asuntos para los que nos envió nuestra ciudad. Pero informados de la calumnia que han levantado contra nosotros, hemos comparecido no para replicar a las acusaciones de las ciudades (pues no sois quiénes para poder ser jueces de nuestras palabras ni de las de ésos) sino para que no toméis una mala decisión, persuadidos fácilmente por vuestros aliados, acerca de cuestiones capitales, y porque al mismo tiempo queremos hacer ver, a propósito de ese rumor que se ha lanzado contra nosotros, que no sin fundamento poseemos lo que tenemos, y que nuestra ciudad es merecedora de deferencia.*

Respecto de las cosas muy antiguas, ¿para qué hablar, si de ellas son testigos más los relatos tradicionales que los ojos de nuestro auditorio? En cambio, es forzoso hablar de las Guerras Médicas y de cuantos otros hechos vosotros conocéis, aunque nos vayan a originar alguna molestia al traer-

los nosotros a colación permanente. El riesgo que corrimos cuando luchábamos resultó de gran provecho, ya que vosotros mismos recibisteis en la parte que os correspondía un beneficio real; por tanto, no se nos debe privar del todo a nosotros del derecho a hablar de ello, si así obtenemos algún beneficio.

Y vamos a decir esto no tanto por defendernos, como para dejar constancia y notificación de contra qué ciudad vais a enfrentaros, en caso de que no deliberéis con sensatez. Afirmamos que en Maratón nos enfrentamos nosotros solos, y los primeros, a los bárbaros, y cuando volvieron algo más tarde, al no tener posibilidades de defendernos por tierra, nos embarcamos en masa y participamos en el combate naval de Salamina, que fue precisamente lo que contuvo a los bárbaros de arrasar el Peloponeso mediante incursiones navales ciudad por ciudad, cuando ya nos hubiera sido imposible auxiliarnos recíprocamente contra tantas naves.

Y la mejor prueba la dieron ellos mismos, pues cuando fue vencida su flota se retiraron rápidamente con la mayor parte del ejército, porque presentían que sus fuerzas ya no eran las mismas.

74. *Así pues, al haberse desarrollado los acontecimientos de esta manera, se demostró palmariamente que la suerte de los griegos estuvo en la flota; y fuimos nosotros los que contribuimos a ella con los tres elementos claves: el mayor número de naves, el almirante más inteligente, y el más resuelto entusiasmo. De las cuatrocientas naves*[74]*, casi los dos tercios eran nuestras; el almirante Temístocles, que fue el que hizo que la batalla se librara en el estrecho (gracias a lo cual, de manera principalísima, se salvó la situación, y que fue el motivo por el que vosotros le tributasteis los máximos honores de cuantos extranjeros os visitaron); finalmente, mostramos el más resuelto y osado entusiasmo, ya que al ver nosotros que nadie nos socorría por tierra, dado que los demás estados vecinos estaban sometidos, nos decidimos a abandonar nuestra ciudad y arruinar nuestras posesiones. Y ni aun así abandonamos la causa común de los*

[74] Las cifras oscilan según los diversos testimonios y fuentes. Por ejemplo, Heródoto (VIII, 48) nos atestigua 378 naves.

aliados que todavía quedaban, ni nos hicimos inútiles para ellos dispersándonos, sino que a bordo de las naves afrontamos el peligro, sin guardaros rencor porque no nos hubierais anteriormente socorrido. De suerte que afirmamos que os hemos sido de no menor utilidad que la que hemos recibido.

Pues vosotros vinisteis en ayuda desde ciudades que continuaban estando habitadas, y con intenciones de seguirlas habitando en adelante, y después que temisteis por vuestra seguridad más que por la nuestra (pues al menos cuando estábamos a salvo no aparecisteis). En cambio, nosotros acudimos desde una ciudad que ya no existía, y nos arriesgamos por ella, aunque tenía tan pocas esperanzas, y así contribuimos en parte a salvaros y a salvarnos a nosotros mismos.

Pero si nos hubiéramos pasado antes a los medos temiendo, como otros, por nuestro país, o no nos hubiéramos atrevido a embarcarnos en nuestras naves por creernos ya perdidos, no habríais tenido necesidad, al no disponer de suficiente número de naves, de entablar combate naval, sino que las cosas les hubieran salido tranquilamente como ellos querían.

75. *¿Acaso merecemos, oh lacedemonios, ser objeto por parte de los griegos de una envidia tan grande, a propósito del imperio que poseemos, a causa de nuestro resuelto entusiasmo de entonces, y de nuestra clarividencia mental?*

Pues lo conseguimos, no con la violencia, sino que al no querer vosotros continuar la lucha contra lo que quedaba de los bárbaros, los aliados se presentaron ante nosotros a pedirnos que fuéramos sus adalides. Y desde que pasamos a la acción nos vimos obligados a conducirlos ante todo al estado actual, principalmente por miedo, luego por honor, y finalmente por nuestro interés.

Y luego ya no nos pareció seguro (cuando ya éramos odiados por muchos, y algunos incluso habían sido sometidos por haberse sublevado, y vosotros ya no permanecíais en nuestra amistad, sino que mediaban sospechas y divergencias) correr el riesgo de dejarlos en libertad, pues las deserciones se habrían producido hacia vuestro bando. Y a nadie

se le puede censurar el disponer sus asuntos como mejor le conviene, cuando se trata de peligros gravísimos.

76. *Por ejemplo, vosotros, lacedemonios, ejercéis la hegemonía sobre las ciudades del Peloponeso, tras haber influido para que se organizaran según os convenía, Y si entonces hubierais permanecido ejerciéndola todo el tiempo, y en ella os hubierais atraído odios como ahora nosotros, estamos seguros de que hubierais llegado a ser para vuestros aliados no menos odiosos, y os hubierais visto constreñidos o a gobernar enérgicamente, o a poneros en situación de peligro vosotros mismos.*

Así que, ni hemos hecho nada que deba extrañar, ni fuera de lo que es el comportamiento humano, si hemos aceptado un imperio que se nos brindaba, y no lo abandonamos por ceder ante los tres motivos principales: el honor, el temor y el interés. Por otra parte, no hemos sido los primeros en establecer tal principio, sino que desde siempre está instituido que el más débil sea sometido por quien es más poderoso [75]*. Además, creemos ser dignos merecedores de ello, y os lo parecíamos a vosotros hasta el día de hoy, en que al calcular lo que os conviene invocáis razones de una justicia que nadie, jamás, cuando se le presentó ocasión de adquirir algo por la fuerza, ha antepuesto para rehusar engrandecerse.*

Y son dignos de elogio quienes, al dominar a otros según la naturaleza humana, se comportan con mayor justicia de lo que corresponde a las fuerzas que tienen.

El caso es que creemos que si otros ocuparan nuestro lugar, probarían muy a las claras que somos moderados; en cambio a nosotros nos ha envuelto, sin razón y a causa de la lenidad de nuestro gobierno, el descrédito en vez del elogio.

77. *Y aunque estamos en situación de inferioridad en los procesos sujetos a acuerdos que tenemos frente a nuestros aliados, y que entre nosotros los celebramos con leyes imparciales, tenemos fama de ser amigos de pleitos. Y nadie*

[75] Primera declaración explícita en que se justifica el imperialismo del más puro corte sofista. El pasaje clave al respecto se halla en el Diálogo de los melios y atenienses, en el libro V, al que remitimos.

investiga por qué no se hace el mismo reproche a quienes tienen un imperio en alguna otra parte y se comportan con sus súbditos con menos moderación que nosotros. Y es que quienes pueden cometer violencia, no tienen necesidad de acudir a procesos.

Mas nuestros aliados, habituados a tratarnos en plan de igualdad, cuando han resultado en algo perjudicados (según lo que ellos creen no debe hacerse) por una decisión, o por el poder que dimana de nuestro imperio, no nos quedan agradecidos por no ser privados de la parte mayor, sino que se enojan más por lo poco que les falta que si desde un principio, al margen de toda ley, persiguiéramos abiertamente nuestro interés. Pues en tal caso ni ellos habrían protestado de que es necesario que el más débil ceda ante el más fuerte. A lo que parece, los hombres se irritan más cuando son objeto de injusticia que de malos tratos, pues la primera da la impresión de ser un abuso que se comete desde una situación de igualdad, mientras que lo segundo aparece como una necesidad ante un superior.

Por ejemplo, bajo el yugo de los Medos sufrieron y soportaron peores tratos; ahora, empero, nuestro imperio les parece duro. Es normal, pues el presente siempre es duro para los sometidos.

Y seguro que también vosotros si nos derrotarais y gobernarais un imperio, veríais al punto cambiar la benevolencia que os brindan a causa del miedo que nos tienen, si es que vuestro comportamiento de ahora iba a ser idéntico al que dejasteis tímidamente ver cuando fuisteis los adalides, por poco tiempo, mientras se combatía contra los Medos. Porque tenéis costumbres entre vosotros que son inconciliables con las de los demás; y aún peor, cuando cada uno de vosotros viaja al exterior no se rige ni por las suyas ni por las del resto de Grecia.

78. *Deliberad, pues, con calma sobre un asunto no baladí, y no asumáis una carga, que será vuestra, persuadidos por opiniones y quejas. Meditad de antemano, antes de que ocurra, cuán grandes e incalculables son las alternativas de la guerra, porque ésta, prolongándose, suele las más de las veces exponerse a los golpes de la fortuna, y de ésta ambos*

distamos por igual, y el peligro se resuelve sin que se sepa en qué sentido se decantará.

Cuando los hombres se lanzan a la guerra, se aplican primero a la acción que es lo que deberían hacer en último lugar; y una vez que conocen la desgracia atienden ya a razones.

Y nosotros, que nunca hemos caído en este error, ni os vemos en él a vosotros, os queremos decir que, mientras ambos tengamos la libertad para tomar decisiones sensatas, no rompáis el tratado ni violéis los juramentos, sino que las diferencias se resuelvan de acuerdo con lo pactado, por la vía de la justicia; si no, tomando como testigos a los dioses protectores de los juramentos intentaremos, si comenzáis la guerra, defendernos, siguiendo el camino por el que nos hayáis llevado.»

79. Así hablaron los atenienses. Y una vez que los lacedemonios hubieron oído las inculpaciones de sus aliados contra los atenienses, así como lo que argumentaron éstos, hicieron que se ausentara todo el mundo para deliberar ellos solos sobre la situación presente. El parecer de la gran mayoría llevaba a lo mismo: que los atenienses ya eran culpables y que había que declararles la guerra inmediatamente. Pero entonces se adelantó Arquidamo, su rey, que tenía reputación de hombre clarividente y prudente, y dijo lo que sigue:

80. *«Yo mismo tengo experiencia directa ya de muchas guerras, oh lacedemonios, y expertos veo entre vosotros a algunos de mi misma edad, motivos suficientes para que ninguno desee la guerra, ni por inexperiencia (que es lo que podría ocurrirle a los más) ni por considerarla cosa buena y sin peligro*[76].

Podríais ver que ésta sobre la que ahora deliberáis no sería pequeña, si es que hacéis cálculos sensatos. En efecto, nuestro poderío es equivalente frente al de los peloponesios y a los vecinos[77], *y podemos lanzar un ataque en un ins-*

---

[76] Arquidamo, en efecto, había participado con anterioridad en las Guerras Médicas.

[77] El pasaje es discutido por los historiadores, basándose en divergencias de la tradición manuscrita. Los vecinos a los que aquí se alude parecen ser los de Argos, mientras que peloponesios son los miembros de la Liga.

tante contra cualquier punto; pero frente a unos hombres cuyo territorio está lejos, y que además son los más expertos navegantes, y que de todo lo demás están extraordinariamente abastecidos: dinero público y privado, naves, caballos, armamento, y una reserva de hombres cual no hay en ningún otro país griego, a lo que suman muchos aliados sometidos al pago de tributo, ¿cómo vamos a declarar una guerra a la ligera contra tales gentes, y en qué vamos a confiar para precipitarnos en ella sin estar preparados? ¿Acaso en la escuadra? Pero somos inferiores. Y si nos vamos a entrenar y a equipar contra ellos, eso llevará tiempo. Entonces, ¿en el dinero? Pero en este asunto aún es mayor nuestra inferioridad, y ni disponemos de recursos públicos ni estamos dispuestos a aportarlo de nuestro peculio.

81. *Quizá podría confiar alguien en que les aventajamos en armamento y número de soldados, de modo que, haciendo frecuentes incursiones, nos es posible devastar su territorio. Pero ellos tienen otras tierras en abundancia por cualquier parte de su imperio, y harán venir por el mar todo lo que necesiten. Y si intentamos que sus aliados hagan defección, hará falta que les ayudemos con naves, ya que en su mayoría son isleños. ¿Qué clase de guerra haremos, pues? Porque si no los derrotamos con nuestras naves o no les privamos de los ingresos gracias a los cuales sostienen su escuadra, saldremos perjudicados las más de las veces.*

Y entonces ni la reconciliación será honrosa, de manera especial si parece que somos nosotros los que hemos comenzado el conflicto. Y no debemos dejarnos arrrastrar por la esperanza de que la guerra concluirá en breve si devastamos su territorio. Temo, antes bien, que incluso se la vayamos a dejar a nuestros hijos[78]*. Hasta tal punto es lógico que los atenienses, por orgullo, ni se hagan esclavos de su territorio ni se amedrenten, como inexpertos, de la guerra.*

82. *Aunque lo que tampoco os aconsejo es que permitáis con indiferencia que maltraten a nuestros aliados, ni que no les descubráis cuando os ataquen, sino que por ahora no empuñéis las armas, y que les hagáis llegar enviados*

[78] Se piensa que Tucídides escribió este pasaje no antes de que los hechos tuvieran lugar, esto es, después del año 412.

que se les quejen sin amenazarles con la guerra abiertamente, pero que les den a entender que no la toleraremos. Y mientras tanto, pondremos a punto nuestros preparativos atrayéndonos nuevos aliados, tanto griegos como bárbaros, si con ello logramos de donde sea un refuerzo naval o para nuestras finanzas (pues exentos están de reproches quienes, como nosotros, que somos ultrajados por los atenienses, se atraen para salvarse nuevas ayudas, no sólo griegas sino bárbaras) y fomentar al mismo tiempo nuestros recursos.

Y en el caso de que presten oídos a nuestros enviados, eso será lo mejor. Y si no, una vez hayan transcurrido dos o tres años, será preferible atacarlos cuando estemos bien preparados, si os parece.

Y tal vez cuando vean nuestros preparativos, y que nuestras palabras están en consonancia con ellos, cederán más fácilmente, al tener su tierra intacta y deliberar sobre bienes aún presentes y todavía no arruinados. No consideréis su tierra, pues, sino como que tenéis un rehén, más valioso cuanto mejor cultivada esté. Y debéis absteneros de él el mayor tiempo posible, y no ponerlos en trance de que se desesperen para que así sean más difíciles de vencer. Pues si, presionados por las acusaciones de nuestros aliados, devastamos su país sin estar preparados, ved no pongamos al Peloponeso en situación más vergonzosa y apurada.

En efecto, a las quejas de las ciudades y de los particulares es posible encontrar solución, pero si todos juntos nos embarcamos en una guerra por el interés de unos pocos, respecto de la cual no es posible prever su curso, no va a resultar fácil salir honrosamente.

83. Y *que a nadie parezca cobardía el que muchos no se lancen prestos al ataque contra una sola ciudad, pues ellos cuentan con no menos aliados que les aportan dinero; y la guerra no es cosa de armas, las más de las veces, sino de dinero, gracias al cual las armas son eficaces, y en especial a unos continentales frente a unos marinos. Así pues, procurémonoslo primero, y no dejemos exaltar nuestros ánimos por las palabras de los aliados; además, como precisamente seremos nosotros sobre quienes caerá en mayor grado las consecuencias de uno u otro sentido, preveámoslas también nosotros con tranquilidad.*

84. *Y de la lentitud y vacilación, que es lo que más se nos reprocha, no sintáis vergüenza. Pues si os apresuráis, terminaréis más tarde, por atacar sin estar preparados. Y además, habitamos una ciudad que siempre ha sido libre y gloriosa. Y esta idiosincrasia no es sino prudencia inteligente, pues somos los únicos que gracias a ello no nos ensoberbecemos con nuestros éxitos, y cedemos menos que otros en los infortunios; y no nos dejamos seducir por el placer de quienes nos incitan con elogios a hacer algo en contra de nuestro parecer, y si alguien nos provoca con alguna acusación, tampoco se nos convence con facilidad dolidos por ello. Somos guerreros y buenos consejeros gracias a tan feliz disposición: lo primero, porque el sentimiento del honor participa en gran medida de la prudencia, y del sentimiento del honor el valor; y somos buenos consejeros porque nos educamos con demasido rigor para despreciar las leyes, y con una educación demasiado severa para desobedecerlas; y como no somos extraordinariamente inteligentes para lo que es inútil, no criticamos con brillantez de palabra los preparativos bélicos del enemigo, para actuar luego de hecho de modo bien distinto; y pensamos que los planes de nuestros vecinos son semejantes a los nuestros, y que las vicisitudes de la fortuna escapan a los cálculos de la razón.*

Siempre hacemos nuestros preparativos de hecho, frente a unos enemigos que creemos que toman decisiones acertadas. Pues no hay que poner las esperanzas en que aquéllos se van a equivocar, sino en que nosotros hayamos tomado precauciones seguras; y no se debe pensar que hay gran diferencia entre un hombre y otro hombre, sino que es más fuerte el que se educa en la mayor severidad.

85. *Así pues, no abandonemos estas prácticas que nos legaron nuestros padres, y que tan de provecho nos han sido en todo tiempo para nosotros, ni nos precipitemos en el breve espacio de un día a decidir sobre muchas vidas humanas, riquezas, ciudades, y nuestra propia fama, sino con calma, ya que así nos es posible gracias a nuestro poder en mayor medida que a otros.*

Despachad una embajada a los atenienses acerca de Potidea, y enviadla también acerca de las quejas de que los aliados dicen haber sido víctimas, sobre todo dado que aqué-

llos manifiestan que están dispuestos a someterse a arbitraje. Y al que a ello está dispuesto, no es justo atacarle de antemano como a un culpable. Y preparaos simultáneamente para la guerra. Pues esa es la mejor determinación que podréis tomar, y para los enemigos la más temible.»

Así habló Arquidamo. Y presentándose Esteneledas, que era entonces uno de los éforos, habló el último así a los lacedemonios:

86. *«El profuso discurso de los atenienses no lo entiendo, pues aunque se han elogiado mucho a sí mismos, en ningún momento rebatieron la acusación de no agraviar a nuestros aliados y al Peloponeso. Y si frente a los medos se portaron bien en su día, y en cambio con nosotros ahora mal, son merecedores de un castigo doble, porque se han hecho de buenos, malos.*

Nosotros, por el contrario, somos los mismos entonces y ahora, y no vamos a tolerar, si somos sensatos, que nuestros aliados sean ultrajados, ni nos demoraremos en vengarles ya que no son futuros los ultrajes que se les infieren.

Otros disponen, en efecto, de abundante dinero, naves y caballos, pero nosotros tenemos aliados excelentes, a los que no debemos poner en manos de los atenienses; ni tampoco hay que dirimir nuestras divergencias con reglamentos jurídicos ni discursos (ya que las injusticias no son de palabra) sino que hay que vengarlos pronto y con todas nuestras fuerzas.

Y que nadie vaya a decirnos que nos conviene deliberar, a nosotros, los que sufrimos el agravio, sino que lo que cuadra mejor es que deliberen un buen momento quienes piensan cometer el agravio. Votad, pues, la guerra, lacedemonios, de un modo digno de Esparta, y ni consintáis que los atenienses se engrandezcan, ni traicionemos a nuestros aliados, sino que con el socorro de los dioses marchemos contra los culpables.»

87. Una vez hubo hablado así, sometió a votación el asunto, en su calidad de éforo, a la Asamblea de los lacedemonios. Y al poco (ya que ellos expresan su voto con un grito y no con un guijarro) dijo que no podía discernir cuál de los dos griteríos era mayor; mas como quería que manifestaran con mayor claridad su opinión, les dijo así para mejor

incitarlos a luchar: «A quien de vosotros, lacedemonios, le parezca que el tratado ha sido quebrantado y que los atenienses son culpables, que se levante y vaya a aquel lugar (y les señaló un lugar); y a quien no se lo parezca, al lado opuesto.»

Se levantaron y formaron dos grupos, y resultaron muchos más los que creían que el tratado había sido quebrantado. Convocaron a los aliados y les dijeron que, en su opinión, los atenienses eran culpables, aunque preferían reunir a todos los aliados y someterlo a votación, a fin de que hicieran la guerra, si así parecía, después de haber deliberado en común. Los embajadores aliados se retiraron a su país después de haber conseguido esto, y algo más tarde lo hicieron los atenienses, una vez tratado el asunto que había sido el motivo de su visita.

Esta decisión de la Asamblea sobre la ruptura de la tregua ocurrió en el año décimocuarto desde que comenzó el pacto por treinta años que tuvo lugar tras los sucesos de Eubea [79].

88. Los lacedemonios estuvieron de acuerdo según la votación en que había habido ruptura del pacto, y que la guerra era necesaria, no tanto convencidos por los argumentos de sus aliados, como porque temían que los atenienses se engrandecieran aún más, al ver que la mayor parte de Grecia estaba ya en su poder [80].

89. Hé aquí, en efecto, cómo llegaron los atenienses a la situación en que alcanzaron su mayor grandeza [81].

Una vez que los medos se retiraron de Europa, derrotados por los griegos tanto por mar como por tierra, y que los que se habían refugiado en Mícale gracias a sus naves fueron aniquilados, Leotíquides, el rey de los lacedemonios, que era el que estaba al mando de las fuerzas griegas en Mícale,

---

[79] Por tanto, en el 431.

[80] En este breve capítulo se nos resume cuál fue la verdadera causa de la guerra: el hecho de que Atenas había transformado su inicial liderazgo sobre sus aliados en un auténtico imperio que crecía cada día más, llenando de temor e inquietudes a los espartanos.

[81] Comienza aquí el relato de la llamada Pentecontecia, o lapso de cincuenta años que medió entre el final de las Guerras Médicas y el comienzo de ésta del Peloponeso.

se volvió a su patria junto con sus aliados del Peloponeso. En cambio, los atenienses, en compañía de los aliados de Jonia y del Helesponto, que habían hecho defección ya del Rey, aguardaron y pusieron sitio a Sesto, que estaba en poder de los medos. Pasaron allí el invierno y la capturaron[82] al retirarse los bárbaros, después de lo cual cada uno se hizo a la mar desde el Helesponto en dirección a sus respectivas ciudades.

Por su parte, los hombres que tenían en Atenas responsabilidades públicas, una vez que los bárbaros se habían ausentado del territorio, fueron a buscar a sus hijos, mujeres, y los bienes muebles conservados, para hacerlos regresar de donde fueron puestos a salvo[83], y se aprestaban a reconstruir su ciudad y sus muros, pues de todo el recinto había quedado en pie una parte ínfima, y la mayoría de las casas estaban derruidas, y sólo unas pocas subsistieron, que fueron aquéllas en las que se alojaron los persas de la nobleza.

90. Los lacedemonios, percatándose de lo que se avecinaba, les enviaron unos embajadores, en parte porque ellos habrían visto con mayor agrado que ni los atenienses ni ningún otro pueblo tuviera recintos amurallados, pero sobre todo eran sus aliados los que les incitaban, porque temían su escuadra (recientemente se había hecho muy numerosa) y el arrojo que habían mostrado en las guerras contra los medos. Les pedían que no construyeran muros, sino ayudar a que también los derribaran junto con ellos todos los que fuera del Peloponeso tenían recintos amurallados. No revelaron a los atenienses su verdadera intención ni sus sospechas, sino que decían que se trataba de que el bárbaro, si volvía otra vez contra ellos, no tuviera otra base segura desde donde atacar, como de la que habían dispuesto ahora en Tebas, y afirmaron que el Peloponeso era un lugar de garantía donde poder retirarse, y una base de operaciones suficiente para todos.

Entonces los atenienses respondieron a las propuestas de los lacedemonios según el consejo de Temístocles: que iban

---

[82] El relato es similar al de Heródoto, IX, 114-118, y al de Diodoro, XI, 37.

[83] Por Heródoto, VIII, 41, sabemos que fue en Trecén, Egina y Salamina principalmente.

a enviarles unos embajadores para tratar las cuestiones expuestas; y al punto despidieron a los lacedemonios.

Temístocles aconsejó que le mandaran a él inmediatamente a Esparta, y elegir a otros embajadores, además de él, pero no enviarlos ahora, sino aguardar hasta que la construcción de los muros alcanzara la altura necesaria para defenderse desde ellos. Debía trabajar en la construcción del muro todo el que estuviera en la ciudad: hombres, mujeres y niños, y que no respetaran edificio privado ni público del que pudieran obtener alguna utilidad para la obra, sino que los derribaran todos.

Les dio él estas instrucciones, les añadió que él en persona se ocuparía de todo en Esparta, y se marchó allá. Una vez en Esparta, no se presentó ante los magistrados, sino que daba pretextos y demoraba el encuentro. Y cuando alguno de los cargos públicos le preguntaba por qué no acudía a los magistrados, contestaba que estaba aguardando a sus colegas; que se habían entretenido un poco porque había surgido algún contratiempo, pero que esperaba que vinieran en breve, y que se extrañaba de que no estuvieran allí.

91. Los que oían a Temístocles le creían por su amistad con ellos, pero al presentarse otros con la acusación de que inequívocamente se estaban construyendo los muros, y que ganaban ya altura, no sabían cómo no darles crédito. Percatándose él, les invitaba a no dejarse engañar por palabras, antes bien, debían enviar a algunos hombres de su confianza que les informaran fidedignamente después de haber visto la realidad.

Así, pues, los despacharon, y a propósito de éstos Temístocles envió a los atenienses en secreto el encargo de que los retuvieran lo más discretamente posible, y que no los dejaran regresar antes de que ellos mismos hubieran vuelto de Esparta (y es que ya habían llegado sus colegas, Abrónicos, hijo de Lísides, y Arístides, hijo de Lisímaco, con la noticia de que el muro era ya suficiente) pues temía que los lacedemonios no los dejaran partir, después de que se hubieran enterado de la verdad. Los atenienses, pues, retuvieron a los embajadores, según se les había encomendado, y Temístocles se presentó ahora ya ante los lacedemonios, a quienes entonces declaró abiertamente que su ciudad estaba ya amu-

rallada, de modo que era capaz de ofrecer seguridad a sus moradores; y que si los lacedemonios o sus aliados querían enviarles alguna legación, que en el futuro acudieran como ante gente que sabe distinguir lo que es su interés y lo que es el de todos.

Pues cuando creyeron que era mejor evacuar la ciudad y embarcar en sus naves, lo decidieron y se atrevieron a ello sin contar con los lacedemonios; y en cuantas ocasiones habían deliberado en unión de ellos, no habían aparecido inferiores a nadie en capacidad de juicio. Consiguientemente, les parecía que ahora era preferible que su ciudad tuviera murallas y que ello iba a ser de mayor provecho para sus ciudadanos en particular, y cara a todos los aliados, pues no era posible si no se contaba con medios de combate equivalentes participar en las deliberaciones comunes en condiciones justas y de igualdad. Y dijo que era preciso o formar una alianza en la que todos carecieran de muros, o considerar que su nueva situación era correcta.

92. Los lacedemonios, ante estas palabras, no mostraron su indignación a los atenienses de un modo abierto (dado que oficialmente no habían enviado tampoco embajadores para impedirles las obras, sino para hacerles una sugerencia de carácter general, además de que ahora eran muy amigos de Temístocles a causa del arrojo que éste había mostrado contra los medos) aunque se dolían, sin dejarlo traslucir, al no conseguir sus propósitos. Y los embajadores de las dos ciudades regresaron a su patria sin reivindicar nada.

93. De esta manera los atenienses fortificaron su ciudad en poco tiempo, y la construcción incluso hoy día deja ver con qué prisas se trabajó. En efecto, las hiladas están formadas por piedras de todas clases y sin ensamblar entre sí en algunos lugares, sino según las trajeron cada cual en su momento, y se amontonaron muchas estelas de monumentos funerarios y piedras talladas para otros fines. El recinto amurallado fue agrandado en todas direcciones desbordando la ciudad y por ello se daban prisa en echar mano de todo sin distinción. Temístocles les persuadió también a concluir las construcciones del Pireo (las habían comenzado con anterioridad, durante el año de su magistratura en Atenas) pues consideraba el lugar excelentemente adecuado con sus tres

puertos naturales [84], y que al haberse hecho ellos marinos se encontraba en muy buena posición para adquirir poder. Fue él el primero, en efecto, que se atrevió a decir que había que incrementar su política naval, y al punto contribuyó a preparar el imperio [85].

Construyeron el muro, por consejo suyo, con la anchura que aun hoy día podemos ver en torno al Pireo. Dos carros marchando en sentido contrario transportaban las piedras, y en el interior de la muralla no había grava ni arena, sino enormes piedras superpuestas unas a otras, cortadas en forma rectangular y sujetas por el exterior con grapas de hierro y plomo. En cuanto a su altura, terminó siendo aproximadamente la mitad de lo proyectado, pues él quería rechazar los ataques de los enemigos merced al enorme tamaño y consistencia de la muralla y pensaba que para la vigilancia bastaría con unos pocos hombres (los menos útiles), y que los demás debían embarcarse.

Se preocupaba, en efecto, primordialmente de la flota, pues veía, según me parece, que el acceso de las fuerzas del Rey resultaba más fácil por mar que por tierra. Y pensaba que el Pireo ofrecía mayores ventajas que la parte interior de la ciudad, y aconsejaba con frecuencia a los atenienses que si se veían en alguna ocasión derrotados por tierra, que bajaran al puerto a enfrentarse con sus naves contra todos.

De este modo, pues, se habían fortificado los atenienses, y se equiparon en general inmediatamente después de la retirada de los medos.

94. Por entonces Pausanias [86], el hijo de Cleómbroto, partió de Esparta como estratego de las fuerzas griegas, con veinte naves peloponesias a las que se unieron treinta naves atenienses y un buen contingente de los demás aliados. Marcharon contra Chipre, a la que sometieron en su mayor parte, y luego contra Bizancio, que aún estaba bajo el dominio

[84] Esto es, los de El Pireo, Zea y Muniquia.

[85] El sentido y la interpretación de este pasaje ha sido muy debatido por los comentaristas. Ver discusión en Gomme, vol. I, pp. 262-263.

[86] Se retoma ahora el relato para narrar los hechos ocurridos en el año siguiente a la batalla de Mícale. Esta expedición de Pausanias contra Chipre y Bizancio debió de tener lugar en el 478.

de los medos, a la que también capturaron tras un asedio en el curso de esta misma expedición.

95. Mas comportándose él ya con demasiada violencia, los demás griegos lo llevaban muy a mal, y sobre todo los jonios y cuantos otros pueblos se habían liberado recientemente del Rey. Acudieron repetidas veces ante los atenienses y les pidieron que se erigieran en adalides suyos de acuerdo con su parentesco, y no toleraran a Pausanias cuando se propasara. Los atenienses aceptaron estas razones y se propusieron no ser tolerantes y disponer todo lo demás de la manera que creyeran serles más favorables. Mientras tanto los lacedemonios reclamaron la presencia de Pausanias para interrogarle sobre las noticias que a propósito de él les llegaban, pues los griegos que acudían a Esparta le acusaban de muchas injusticias, y su comportamiento se asemejaba más a la emulación de una tiranía que al mando de un estratego. Y ocurrió que simultáneamente a su reclamación, los aliados, enemistados con él, se pasaron a los atenienses, excepción hecha de los soldados del Peloponeso. Llegado a Esparta, se le hizo rendir cuentas a sus injusticias contra algunos particulares, aunque respecto a las acusaciones más graves fue absuelto, pues resultó no haberlas cometido. Se le acusaba especialmente de filo-medismo, cosa que parecía meridianamente clara.

A él ya no lo volvieron a enviar como jefe; en su lugar fue Dorcis, acompañado de algunos más, al frente de fuerzas no muy numerosas, pero los aliados no le quisieron conceder a éstos el mando supremo. Al ver éstos cómo estaba la situación, se volvieron, y los lacedemonios ya no enviaron a nuevos estrategos, por temor de que los que se ausentaban de su país corrompieran sus costumbres, cosa que precisamente acababan de ver en Pausanias. Además, querían quedar al margen de la guerra con los medos, y pensaban que los atenienses eran capaces de asumir la hegemonía, además de que con ellos andaban a la sazón en buenas relaciones.

96. De este modo recibieron los atenienses la hegemonía, con el beneplácito de los aliados, a causa de su odio contra Pausanias, y fijaron qué ciudades debían aportar dinero contra los bárbaros y cuáles naves. La intención declarada

era vengarse de las desgracias que habían sufrido, arrasando los territorios del Rey. Fue entonces cuando por primera vez se instituyó entre los atenienses el cargo de helenotamía, que eran los que recaudaban el tributo, nombre que se dio a la contribución en dinero. El tributo que en un principio se fijó ascendió a cuatrocientos sesenta talentos, y el tesoro se depositó en Delos, en cuyo templo se celebraban las asambleas.

97. Los atenienses comenzaron por ejercer la hegemonía sobre unos aliados que permanecían siendo autónomos y que deliberaban junto con ellos en las reuniones comunes; y durante el espacio que media entre esta guerra de ahora y las Guerras Médicas ejecutaron numerosas empresas de orden militar y político, como las que ocurrieron al enfrentarse a los bárbaros o a sus propios aliados cuando éstos se insubordinaban, o a los peloponesios, que de vez en cuando intervenían en cada una de ellas.

Yo las he escrito y he hecho este excurso por lo siguiente: todos los que me han precedido marginaron este pasaje y escribieron la historia griega anterior a las Guerras Médicas o las propias Guerras Médicas. Y el único de ellos que lo ha tratado, Helánico [87], en su *Historia del Atica,* lo mencionó brevemente y sin exactitud cronológica. Además, mi pasaje sirve para mostrar cómo se constituyó el imperio ateniense.

98. En primer lugar, los atenienses capturaron tras un asedio Eón, a orillas del Estrimón, ocupada por los medos, y la sometieron a esclavitud. Mandaba la expedición Cimón, el hijo de Milcíades [88]; al poco esclavizaron la isla de Esciros, en el Egeo, habitada por los dólopes, y les establecieron allí una colonia. Además mantuvieron una guerra contra los habitantes de Caristo, sin que en ella intervinieran los demás vecinos de Eubea, y al cabo de cierto tiempo se avinieron a un acuerdo. Después lucharon contra los naxios, que se les habían insubordinado, y tras un asedio los sometieron. Fue ésta la primera ciudad aliada que resultó sometida

---

[87] Natural de Mitilene, en la isla de Lesbos, algo mayor de edad que Tucídides.

[88] Es probable que la conquista de Eón fuera en el 476, y la de Esciros en 475.

a esclavitud contra lo estipulado, aunque más tarde acaeció a las demás, a cada cual a su manera.

99. Entre otras causas de defección, las principales eran la falta de pago de los tributos o el no envío de los barcos y, en el caso de alguno, la deserción. Pues los atenienses eran inflexibles en la ejecución del cobro y al exigirles sus obligaciones se hacían odiosos a unas gentes que no estaban habituadas ni dispuestas a sufrir penalidades. De otra parte, los atenienses ya no ejercían el mando con el mismo beneplácito de antes por parte de los demás, y ya no partían a ninguna expedición en plano de igualdad con los aliados, de ahí que les resultara fácil reconducir a los disidentes. Y de todo esto fueron culpables los propios aliados, pues por esta reluctancia suya a las expediciones militares, la mayoría de ellos, para no tener que salir de su ciudad, se impusieron a sí mismos la obligación de tributar con una suma equivalente en dinero mejor que con naves. Así, los atenienses aumentaban su escuadra merced al dinero que aquéllos aportaban, mientras que éstos, en caso de hacer defección, se encontraban sin preparativos e inexpertos para la guerra[89].

100. Después de esto tuvo lugar la batalla naval y terrestre de Eurimedonte, en Panfilia, entre los atenienses y sus aliados, contra lo medos, y en ambos escenarios vencieron los atenienses bajo las órdenes de Cimón, hijo de Milcíades, en el mismo día; capturaron y destruyeron unas trirremes fenicias, unas doscientas en total. Algo después ocurrió la defección de los tasios, que entraron en disputa a propósito de los mercados en la costa de Tracia que tienen enfrente, y de las minas que ellos explotaban. Los atenienses embarcaron en sus naves contra Tasos, obtuvieron una victoria naval y desembarcaron en su territorio. Por aquel tiempo enviaron diez mil colonos suyos y de los aliados a las márgenes del Estrimón, para que se instalaran en los entonces llamados Nueve Caminos, en lo que ahora es Anfípolis. Se adueñaron, pues, de los Nueve Caminos, que estaban en poder de los edonos, mas al adentrarse al interior de Tracia fueron exterminados

---

[89] Las consecuencias de esta torpeza por parte de los aliados fueron decisivas para el desarrollo de los acontecimientos posteriores.

en Drabesco, en el país de los edonos, por todos los tracios, para quienes la ocupación del territorio resultaba un acto de hostilidad.

101. Los tasios, vencidos en el campo de batalla y sitiados, hicieron una llamada de auxilio a los espartanos, rogándoles que les ayudaran invadiendo el Atica. Estos se lo prometieron, sin que se enteraran los atenienses, e iban a llevarlo a cabo cuando se lo impidió un terremoto que tuvo lugar entonces, y durante el cual se sublevaron los hilotas y los periecos de Turia y de Etea, que marcharon al monte Itome [90]. Los descendientes de los antiguos mesenios, ahora esclavizados, constituían la mayor parte de los hilotas, y por ello todos los sublevados fueron llamados «mesenios». Así pues, los lacedemonios se hallaron en guerra con los refugiados en Itome; por su parte, los tasios al tercer año de asedio hicieron un pacto con los atenienses por el que debían derribar sus muros, entregar sus naves, y donde se les fijaba la suma que tenían que pagar inmediatamente y lo que debían aportar en el futuro, y también renunciaban al continente y a las minas.

102. Los lacedemonios, como la guerra que sostenían contra los del monte Itome se prolongaba, llamaron en su ayuda a diversos pueblos [91] en calidad de aliados, y entre ellos a los atenienses, los cuales se presentaron bajo las órdenes de Cimón con no pocas tropas. Y los mandaron llamar sobre todo porque tenían fama de ser expertos en el asalto de plazas fortificadas, aunque al prolongarse el asedio su eficacia quedó por debajo de su reputación, pues si no, habrían tomado la plaza al asalto. Por primera vez se produjo a raíz de esta expedición una manifiesta diferencia entre espartanos y atenienses. En efecto, los espartanos, en vista de que el emplazamiento no era capturado por la fuerza, temieron de la osadía y el espíritu innovador de los atenienses (a los que consideraban por lo demás de otra estirpe) que si permanecían allí tramaran alguna revuelta persuadidos por

---

[90] Otras fuentes de información, Diodoro, XI, 63-64; Pausanias, I, 29 y IV, 24; Plutarco, *Cimón,* 16-17. La cronología más fidedigna fecha el terremoto en el invierno de 465-464.

[91] Por otros testimonios sabemos que fueron Egina, Platea y Mantinea.

los de Itome, los despidieron a casa, a ellos solos de entre todos los aliados, sin manifestarles su sospecha, sino diciéndoles que ya no los necesitaban. Mas los atenienes se dieron cuenta de que no los despedían por este bello pretexto, sino que había mediado algún tipo de sospechas. Lo tomaron muy a mal, pues no se creían merecedores de este trato por parte de los lacedemonios, así que tan pronto como regresaron denunciaron la alianza concertada con ellos contra el medo, y se hicieron aliados de los argivos, enemigos de Esparta, y entre ambos y los tesalios hicieron los mismos juramentos y alianzas.

103. Los que estaban en Itome, al no poder resistir ya más una lucha que duraba diez años, llegaron a un acuerdo con los espartanos, con la condición de salir del Peloponeso bajo las garantías de un acuerdo, y no volver a poner el pie nunca en él, y si alguno era sorprendido, que fuera esclavo de su capturador.

Existía, por lo demás, un oráculo pítico, conocido por los lacedemonios desde mucho antes, que mandaba «dejar marchar al suplicante del Zeus del Itome». Salieron, pues, éstos, sus hijos y sus mujeres, y los atenienses les dieron acogida por su enemistad ya hacia los lacedemonios, y los instalaron en Naupacto, que acababan de conquistar a sus ocupantes, los locros ozolos.

También los megarenses se incorporaron a la alianza de los atenienses, tras haberse separado de los lacedemonios, a causa de que los corintios se mantenían con ellos en guerra por un asunto de fronteras. Los atenienses ocuparon Mégara y Pegas, y construyeron para los megarenses los Muros Largos, que iban desde la ciudad a Nisea y establecieron una guarnición propia. Y para los corintios fue éste el principal motivo de su vivo odio contra los atenienses.

104. Por su parte, el libio Inaro [92], hijo de Psamético, que reinaba sobre los libios vecinos de Egipto, tomando como base Marea, la ciudad que está al norte de Faro, sublevó la mayor parte de Egipto contra el rey Artajerjes, se nombró a sí mismo jefe, y mandó llamar a los atenienses. Estos (se dio la circunstancia de que se encontraban navegando hacia Chi-

[92] Probablemente un descendiente de los reyes saítas de Egipto.

pre con doscientas naves suyas y de los aliados) abandonaron Chipre y acudieron. Desde el mar remontaron el Nilo, y haciéndose dueños del río y de las dos terceras partes de Menfis, continuaban la guerra por la parte restante, llamada Castro-Blanco[93], en el que se hallaban los persas y medos que se habían refugiado allí, así como los egipcios que no habían participado en la sublevación.

105. Tuvo lugar entonces una batalla entre los atenienses que habían desembarcado en Haliéis y los corintios y epidaurios, en la que vencieron los corintios. Algo después los atenienses libraron un combate naval en Cecrifalia contra naves peloponesias, y vencieron los atenienses. Estalló luego una guerra entre los eginetas y los atenienses en la que se sostuvo un gran combate naval en las costas de Egina entre los atenienses y los eginetas, junto a los que formaban también los respectivos aliados de cada bando. Vencieron los atenienses, que capturaron setenta naves, desembarcaron en la isla y sitiaron su ciudad, siendo Leócrates, hijo de Estrebo, el jefe de la expedición. Acto seguido, los peloponesios, queriendo ayudar a los de Egina, hicieron pasar a la isla a trescientos hoplitas, que ya antes había socorrido a los corintios y epidaurios; por otra parte, los corintios se apoderaron de las alturas de Gerania y descendieron en compañía de sus aliados a la Megárida, pues pensaban que los atenienses no iban a poder auxiliar a los megarenses al tener un gran ejército desplazado a Egina y a Egipto, y que si les ayudaban se tendrían que retirar de Egina. Pero los atenienses no movieron el ejército que tenían delante de Egina, sino que los más viejos y los más jóvenes, que se habían quedado en la ciudad, se presentaron en Egina bajo las órdenes de Mirónides. Se produjo una batalla contra los corintios de resultado incierto, y se separaron ambos bandos creyendo cada uno de ellos no haber llevado la peor parte en la acción. De un lado, los atenienses (que, en efecto, se habían mostrado superiores, a pesar de todo) erigieron un trofeo cuando los corintios se retiraron. De otra parte, los corintios sufrieron el reproche de los viejos que estaban en su ciudad, por lo que

[93] El escoliasta comenta que la ciudad de Menfis tenía tres muros, dos de ladrillo y uno de mármol.

hicieron nuevos preparativos y volvieron al cabo de doce días y empezaron a erigir también ellos a su vez un trofeo en señal de victoria. Mas los atenienses hicieron una súbita salida de Mégara, masacraron a los que erigían el trofeo y derrotaron a los demás cayendo sobre ellos.

106. Estos se retiraban vencidos, y una parte no pequeña de ellos, bajo la presión del enemigo, perdió el camino y fue a caer en una propiedad privada que se hallaba rodeada por un enorme foso y que carecía de salida. Los atenienses, percatándose de ello, les bloquearon el paso por delante con los hoplitas, y disponiendo sus tropas ligeras en círculo, lapidaron a todos los que habían entrado. Esto supuso para los corintios una inmensa desgracia. El resto del ejército se retiró a su ciudad.

107. Por estas mismas fechas comenzaron también los atenienses la construcción de los Muros Largos en dirección al mar, uno hasta el Falero, y el otro hasta el Pireo. Habiendo organizado los foceos una expedición contra la Dóride —metrópoli de los lacedemonios—, concretamente contra Beo, Citinio y Erineo, se apoderaron de una de estas plazas, por lo que los lacedemonios vinieron a socorrer a los dorios con mil quinientos hoplitas propios y diez mil aliados, bajo las órdenes de Nicomedes, hijo de Cleómbroto, que iba en lugar de Plistoanacte, el hijo de Pausanias, que era aún muy joven. Obligaron a los foceos a devolver la ciudad en virtud de unos acuerdos, y se retiraron. Mas los atenienses, que con su escuadra habían rodeado el Peloponeso, se disponían a impedirles el paso por mar, en caso de que quisieran cruzar por el golfo de Crisa [94]. El tránsito a través de Gerania tampoco les parecía seguro, ya que los atenienses ocupaban Mégara y Pegas, y Gerania tenía muy malas comunicaciones, aparte de que había en ella una guarnición estable de atenienses, respecto a los cuales comprendieron que también estaban dispuestos a impedirles por allí el paso.

Por ello, les pareció lo más oportuno permanecer por Beocia y ver de qué manera pasarían a su país con mayor seguridad. Por otra parte, algunos ciudadanos de Atenas [95] les

[94] El golfo de Corinto.

[95] Algunos oligarcas que actuaban a la desesperada ante los nuevos rum-

mandaban avisos en secreto para que acudieran, con la esperanza de poner fin a la democracia y a la construcción de los Muros Largos. Sin embargo, los atenienses se lanzaron en masa contra ellos con mil argivos y diversos contingentes de los demás aliados, formando un total de catorce mil hombres. Emprendieron esta ofensiva porque creían que los enemigos no sabían por dónde cruzar, y también por cierta sospecha de que querían poner fin a la democracia. Acudieron además jinetes tesalios al bando ateniense, conforme a los pactos de alianza, que, sin embargo, se pasaron a los lacedemonios en el transcurso de la acción.

108. La batalla se desarrolló en Tanagra, de Beocia, y vencieron los lacedemonios y sus aliados, y hubo muchas pérdidas en ambos bandos [96]. Los lacedemonios pasaron a la Megárida, talaron sus árboles y regresaron a su país a través de Gerania y del Istmo. Por su parte, los atenienses, sesenta y un días después de la batalla, lanzaron una expedición contra los beocios al mando de Mirónides, los derrotaron en la batalla de Enófita, se adueñaron del territorio de Beocia y Fócide, demolieron las fortificaciones de Tanagra y tomaron como rehenes los cien hombres más ricos de los locros opuntios. Finalmente, concluyeron los Muros Largos.

También los de Egina pactaron un acuerdo con los atenienses después de estos acontecimientos, aceptando demoler sus muros y entregar sus naves, admitiendo que se les fijara un tributo para adelante. Los atenienses circunnavegaron el Peloponeso bajo las órdenes de Tólmides, hijo de Tolmeo, prendieron fuego al arsenal [97] de los lacedemonios, capturaron la ciudad corintia de Calcis y derrotaron a los sicionios en un combate durante un desembarco a tierra.

109. A su vez los atenienses y sus aliados que estaban en Egipto continuaron allí, y la guerra tuvo para ellos diversas vicisitudes. Al principio, en efecto, los atenienses dominaban Egipto, y el Rey envió a Esparta al persa Megabazo con una buena suma de dinero para persuadir a los peloponesios a que invadieran el Atica y apartar así a los atenienses de Egip-

---

bos políticos.

[96] Con muchos detalles, cf. Diodoro, XI, 80.

[97] Giteo, en el golfo de Laconia.

to. Pero como su plan no prosperaba y el dinero se gastaba inútilmente, hizo regresar a Megabazo con el dinero que le quedaba al Asia, y envió a Egipto al persa Megabizo, hijo de Zópiro, al frente de un importante ejército. A su llegada derrotó en una batalla por tierra a los egipcios y a sus aliados, expulsó a los griegos de Menfis y los terminó encerrando en la isla Prosopítide[98], donde los tuvo cercados un año y seis meses, hasta que drenó el canal y desvió hacia otro lado las aguas, dejó varadas las naves, y la mayor parte de la isla quedó unida al continente. Cruzó entonces a pie y se apoderó de la isla.

110. De este modo fue como dieron al traste los asuntos de los griegos después de seis años de luchas. Sólo unos pocos de los muchos que eran, atravesando Libia en dirección a Cirene, se salvaron; la mayoría perecieron. Así Egipto quedó de nuevo bajo la soberanía del Rey, excepción hecha de Amirteo, que era rey de la zona de los pantanos. A éste, en efecto, no lo pudieron reducir a causa de la gran extensión de los pantanos, y al mismo tiempo porque los habitantes de los pantanos son los más belicosos de Egipto. Por su parte, Inaro, el rey de los libios que fue el que incitó a esta revuelta en Egipto, fue apresado a traición y empalado.

Mientras tanto partieron de Atenas y de otras ciudades aliadas cincuenta trirremes para hacer el relevo, y llegaron a Egipto por la desembocadura de Mendes sin saber nada de lo que había ocurrido. Cayeron sobre ellos, por tierra la infantería, y por mar la flota fenicia, que les destruyeron la mayor parte de sus naves, mientras que unas pocas huyeron en retirada.

Así concluyeron los acontecimientos de la gran expedición de los atenienses y sus aliados a Egipto.

111. Orestes, el hijo de Equécrates rey de los tesalios, que estaba desterrado de Tesalia, persuadió a los atenienses para que le restauraran en el trono. Los atenienses tomaron consigo a los beocios y foceos, que eran sus aliados, y emprendieron una expedición hacia Fársalo, en Tesalia. Se hicieron con el control del territorio, siempre que no se distanciaran mucho de los campamentos, pues los jinetes tesa-

---

[98] Cf. Heródoto, II, 41.

lios los confinaban a esos espacios; mas no capturaron la ciudad ni consiguieron ninguno de los objetivos por los que se hizo la expedición, así que se retiraron con Orestes sin haber logrado nada.

No mucho después de estos sucesos, los atenienses embarcaron mil hombres en la flota que tenían en Pegas (plaza que entonces ocupaban ellos) y costearon hasta Sición bajo las órdenes de Pericles [99], hijo de Jántipo. Desembarcaron y derrotaron en una batalla a los sicionios que se les enfrentaron. Tomaron al punto refuerzos aqueos y pasaron al otro lado del golfo, lanzando un ataque contra Eníadas, en Acarnania, y la pusieron sitio, aunque no la conquistaron, sino que se retiraron a su patria.

112. Tres años más tarde [100] los atenienses y los lacedemonios concertaron un tratado de paz por cinco años. Los atenienses se abstuvieron entonces de hacer guerras en Grecia y partieron en expedición contra Chipre con doscientas naves propias y de los aliados, bajo el mando de Cimón. De ellas, sesenta navegaron hacia Egipto, reclamadas por Amirteo, el rey de la región de los pantanos, y las restantes sitiaron Citio [101]. Mas la muerte de Cimón y la aparición del hambre hicieron que se retiraran de Citio. Cuando navegaban a la altura de Salamina de Chipre sostuvieron un combate naval y uno terrestre simultáneamente con los fenicios, cilicios y chipriotas, y en ambos resultaron vencedores, por lo que se retiraron a casa acompañados por las naves que regresaban de Egipto.

Después de esto los lacedemonios emprendieron la llamada Guerra Santa, se adueñaron del templo de Delfos y se lo restituyeron a los delfios. A su vez, algo más tarde, los atenienses, cuando aquéllos se retiraron, hicieron otra expedición, se apoderaron de él y lo devolvieron a los foceos.

113. Algún tiempo después de esto, como los exiliados beocios ocupaban Orcómeno, Queronea, y algunos otros lugares de Beocia, los atenienses emprendieron una expedición con mil hoplitas propios y contingentes diversos de los

[99] Primera mención que Tucídides hace de Pericles.
[100] En el año 451.
[101] Patria del famoso filósofo estoico Cenón.

aliados contra estos lugares, ya que les eran hostiles, bajo las órdenes de Tólmides, hijo de Tolmeo. Capturaron Queronea, sometieron a esclavitud a sus habitantes, y se retiraron después de haber instalado una guarnición. Estando ellos de marcha en Coronea les atacaron los beocios desterrados de Orcómeno, a los que se sumaron los locros, exiliados de Eubea y toda la demás gente del mismo partido. Derrotaron éstos a los atenienses en una batalla, dieron muerte a algunos de los cuales, y a otros los hicieron prisioneros. Entonces los atenienses abandonaron toda Beocia y concertaron un tratado de paz según el cual recuperarían sus prisioneros. Los desterrados beocios regresaron, y ellos y todos los demás ciudadanos volvieron a ser libres.

114. No mucho después de estos acontecimientos [102] Eubea hizo defección de los atenienses. Cuando ya Pericles había cruzado a la isla con un ejército ateniense, le anunciaron que Mégara había hecho defección, que los peloponesios se disponía a invadir el Atica, y que la guarnición ateniense había sido aniquilada por los megarenses, excepto los que buscaron refugio en Nisea. Los megarenses habían llamado en su auxilio a los corintios, sicionios y epidaurios al hacer defección, por lo que Pericles condujo de nuevo el ejército con toda celeridad desde Eubea. Acto seguido los peloponesios hicieron una incursión por el Atica hasta Eleusis y Tría, arrasando el territorio, bajo las órdenes de Plistoanacte, el hijo de Pausanias, rey de los lacedemonios, y sin progresar más en su avance se retiraron a su patria.

Los atenienses volvieron a cruzar a Eubea bajo las órdenes de Pericles, y sometieron toda la isla, desalojaron a los habitantes de Hestiea, cuyo territorio ocuparon ellos mismos, y reorganizaron el resto de la isla mediante un acuerdo.

115. Poco después se retiraron de Eubea y concertaron una paz con los lacedemonios y sus aliados por treinta años, devolviendo Nisea, Pegas, Trecén y Acaya, pues éstos eran territorios peloponesios ocupados por los atenienses.

Seis años después surgió una guerra entre los de Samos y los de Mileto acerca de Priene. Y los milesios, que en la guerra estaban en inferioridad, acudieron a los atenienses

[102] En el 445.

acusando a los de Samos. A su causa se sumaron algunos hombres particulares de Samos que querían cambiar el régimen. Navegaron, pues, los atenienses a Samos con cuarenta naves y establecieron la democracia, tomando como rehenes cincuenta jóvenes de Samos e igual número de hombres, a los que dejaron en Lemnos, y se retiraron de Samos tras poner una guarnición.

Pero había algunos samios que no aguardaron su llegada, sino que huyeron al continente; se pusieron de acuerdo mediante un pacto con los hombres más influyentes de la ciudad y con Pisutnes, hijo de Hitaspe, sátrapa a la sazón de Sardes. Tomaron, pues, unos setecientos hombres como ayudantes y pasaron de noche a Samos. En primer lugar sublevaron a la gente contra los demócratas y se apoderaron de la mayoría de éstos, a continuación libertaron furtivamente a sus rehenes de Lemnos e hicieron defección entregando a Pisutnes la guarnición ateniense, así como los delegados atenienses que estaban en la isla, y se dispusieron a marchar en expedición al punto contra Mileto. También se sumaron a la defección los bizantinos.

116. Cuando los atenienses se enteraron, se hicieron a la mar con sesenta naves en dirección a Samos; de ellas no utilizaron dieciséis (unas, en efecto, partieron hacia Caria a vigilar las naves fenicias, y otras a Quíos y Lesbos a reclamar refuerzos); con las cuarenta y cuatro restantes bajo las órdenes de Pericles y otros nueve almirantes sostuvieron un combate naval delante de la isla de Tragia contra setenta naves de los samios, de las que veinte eran transportes militares (todas ellas navegaban desde Mileto), y vencieron los atenienses.

Algo más tarde recibieron como refuerzos cuarenta naves de Atenas, y veinticinco de Quíos y Lesbos, desembarcaron y se impusieron con su infantería, tras lo cual asediaron la ciudad con tres muros, y al mismo tiempo también por mar. Mientras, Pericles tomó sesenta naves de las que allí había ancladas y partió con toda celeridad hacia Caunos, en Caria, al haberles sido anunciado que unas naves fenicias navegaban contra ellos, debido a que Esteságoras y algunos otros habían partido de Samos con cinco naves en busca de las naves fenicias.

117. En esta coyuntura, los samios hicieron una inesperada salida con sus naves y cayendo sobre la escuadra, que carecía de protección, destruyeron las naves de primera línea de vigilancia, libraron combate naval, derrotaron a las que les salieron al encuentro y se adueñaron durante catorce días del mar que baña esa zona, importando y exportando lo que querían. Pero una vez que regresó Pericles, de nuevo quedaron bloqueados por la flota. Más tarde se incorporaron cuarenta nuevas naves venidas de Atenas con Tucídides [103], Hagnón y Formión, y veinte más al mando de Tlepólemo y Anticles, y treinta de Quíos y Lesbos. Los samios sostuvieron un breve combate naval, pero al ser incapaces de resistir, sucumbieron al asedio a los nueve meses y se rindieron mediante un acuerdo: destruyeron las murallas, entregaron rehenes, pusieron a disposición sus naves, y se comprometieron a pagar en varios plazos el dinero gastado [104]. También los bizantinos se avinieron a continuar siendo súbditos como antes.

118. No muchos años después de esto ocurrieron los acontecimientos ya narrados [105]: los asuntos de Corcira y de

---

[103] En tiempos se pensó que podía ser nuestro historiador. Hoy no lo admite nadie. Por otra parte, el nombre de Tucídides era frecuente en la antigüedad.

[104] Según las diversas fuentes, unos 1.200 talentos.

[105] Termina aquí el relato de la Pentecontecia, y se vuelve a recuperar la narración tal como se dejó en el capítulo 88.

Sobre este largo excurso (capítulos 89-118) que compone la Pentecontecia, se he hecho notar que Tucídides ha caído en algunas inconsecuencias que habían sido criticadas por él a otros historiadores. Así, vemos que su narración carece de la misma falta de rigor cronológico, pues aunque hay repetidas indicaciones del tipo «antes de», «no mucho después», etc., no se ofrecen fechas exactas casi nunca. Se ha sugerido como explicación de ello el hecho de que este excurso es una redacción provisional e inacabada, pendiente de una última revisión, y que fue compuesta estando Tucídides fuera de Atenas (lo que explicaría que no hubiera podido disponer de las listas oficiales de arcontes para fijar la cronología). Por otra parte, se han puesto de manifiesto algunas omisiones importantes para el relato, tanto en lo concerniente a la política exterior como interior. (Cf. Gomme, vol. I, pág. 365-376). Por ejemplo, no se nos dice nada de un hecho capital a propósito de cómo adquirió Atenas su gran poderío: cómo, cuándo y por qué fueron transferidos los depósitos del tesoro de la Liga desde la isla de Delos a Atenas. Faltan igualmente acontecimientos fundamentales de estos años (disputas entre Arístides y Temístocles, entre Cimón y Pericles, etc.) determi-

Potidea, y cuantos otros sucesos fueron causa inmediata de esta guerra.

Todas las empresas llevadas a cabo por los griegos, ya entre sí, ya contra los bárbaros, se desarrollaron en los cincuenta años que median entre la retirada de Jerjes y el comienzo de esta guerra. En ellos los atenienses reforzaron su imperio y alcanzaron gran poderío. Aunque los lacedemonios se apercibían de ello, no se lo impedían sino en corta medida, y aguardaban tranquilos la mayor parte del tiempo, pues ya incluso antes de esto eran tardos en acudir a la guerra, a no ser que se vieran obligados, y ahora además se encontraban impedidos por sus guerras internas; hasta que llegó un momento en que el poderío de los atenienses aumentó de forma ostensible y la emprendieron con sus propios aliados. Entonces los lacedemonios ya no lo consideraron tolerable, sino que creyeron que debían obrar con toda decisión y abatir, si fuera posible, su poderío comenzando esta guerra.

Habían dictaminado, pues, los lacedemonios por su cuenta que la tregua había sido rota y que los atenienses eran culpables. Despacharon, no obstante, a Delfos unos emisarios a preguntar al dios si sería un acierto para ellos el entrar en guerra. El les contestó, según se dice[106], que si combatían con todas sus fuerzas la victoria sería suya, y les declaró que él mismo les apoyaría, tanto si era invocado como sin serlo.

119. Convocaron de nuevo a los aliados, pues querían que decidieran con su voto si había que declarar la guerra. Y cuando llegaron los embajadores de la alianza y se reunió la conferencia, los demás pueblos expusieron lo que quisieron, acusando en general a los atenienses y pidiendo que se declarara la guerra; entonces los corintios, que de antemano habían insistido ciudad por ciudad en particular para que votaran la guerra (pues temían que Potidea fuera destruida antes de la votación), y que estaban presentes también entonces, tomaron la palabra los últimos para decir lo siguiente:

---

nadas reformas de vital importancia (reforma del Areópago, la organización del ejército, y en especial de la marina, las construcciones en la Acrópolis, instituciones culturales, representaciones dramáticas en Atenas, etc.).

[106] Como Atenas había perdido su influencia sobre el santuario de Delfos tras la derrota en Queronea, la versión que aquí se nos ofrece es la interpretación del lado lacedemonio.

120. *«A los lacedemonios, oh aliados, no podemos ya acusarlos de que no hayan votado ellos mismos la guerra y nos hayan convocado ahora a nosotros para ello. Pues quienes tienen la hegemonía deben, al tiempo que regulan sus asuntos propios desde un plano de igualdad, cuidar los asuntos comunes, dado que también son honrados por todos en otras cosas con honores mayores.*

Cuantos de nosotros tuvieron ya relaciones con los atenienses no necesitan que se les enseñe a ponerse en guardia contra ellos; en cambio, los que están asentados más al interior y no en las rutas marítimas, deben saber que si no auxilian a los de la costa les resultará más difícil la exportación de sus productos de temporada, y viceversa, la importación de lo que el mar proporciona al continente..

Y no deben ser jueces severos de lo que ahora se ha dicho, como si fueran cosas que no les conciernen, sino esperar que si traicionan la causa de los habitantes de la costa, también un día les alcanzará a ellos el peligro, y que ahora están deliberando no menos sobre sí mismos. Precisamente por ello no han de dudar en cambiar la paz por la guerrra, pues es propio de hombres sensatos, si no son ultrajados, conservar la paz, y de hombres valerosos, cuando son ultrajados, luchar en vez de mantener la paz, y más tarde, al ser favorables las circunstancias, llegar a un acuerdo abandonando la guerra; y no engreírse por sus éxitos en la guerra, ni dejarse ultrajar por lo agradable que es la tranquilidad de la paz.

Pues el que vacila a causa de esta satisfacción es el que más pronto verá, si permanece inactivo, cómo se le arrebata el placer de su comodidad, motivo por el que vacilaba; y quien se comporta ambiciosamente por sus éxitos en la guerra no se da cuenta de que basa su optimismo en una temeridad falsa. Pues muchas veces, proyectos equivocados resultaron con éxito por haber encontrado adversarios aún más insensatos, y mucho más numerosos son los que parecían bien planeados y desembocan vergonzosamente en lo contrario. En efecto, nadie planifica y ejecuta de hecho con idéntica confianza, sino que formamos nuestras opiniones en seguridad, mientras que al actuar con miedo a la hora de la acción nos mostramos inferiores.

121. *Nosostros ahora despertamos la guerra al haber sufrido ultraje, y porque tenemos motivos de queja suficientes, y tan pronto nos venguemos de los atenienses la depondremos en su momento oportuno. Por muchas razones es natural que venzamos, en primer lugar, porque les aventajamos en número y en experiencia bélica; en segundo lugar, porque todos sin distinción acudimos prestos a ejecutar lo ordenado. Y respecto a la marina, que es donde reside su poder, nos equiparemos una escuadra con los recursos que cada cual tiene y con el dinero de Delfos y Olimpia. En efecto, si hacemos que se nos conceda un préstamo seremos capaces con un sueldo mayor de usurparles los remeros extranjeros. Porque el poderío de Atenas es más mercenario que propio, cosa que en menor grado podría ocurrir a la nuestra, pues su poder reside en los hombres más que en el dinero.*

Con una sola victoria en combate naval, estarán acabados, de acuerdo con lo que es natural; y en caso de que resistieran, nos entrenaremos nosotros con mayor tiempo en los asuntos del mar, y cuando alcancemos unos conocimientos iguales a los suyos, con toda seguridad nos impondremos gracias a nuestro valor. Pues la ventaja que nosotros poseemos por naturaleza no podría ser suya por aprendizaje, mientras que ese conocimiento por el que nos aventajan nos es posible adquirirlo con la práctica. Y fijaremos una contribución a fin de disponer de dinero para ello. Pues sería espantoso que sus aliados no se cansaran de aportarlo para su propia esclavitud, y nosotros en cambio, para castigar a nuestros enemigos y salvarnos a nosotros mismos a un tiempo, para que no nos lo arrebaten ellos y ser maltratados con él, no lo quisiéramos gastar.

122. *Disponemos además de otros métodos de lucha: provocar la defección de sus aliados, que equivale a la supresión de sus ingresos, donde radica su fuerza, construir fortificaciones en su país, y cuantas otras cosas no podría prever uno ahora. Pues la guerra no se desenvuelve por normas fijas, sino que ella inventa de sí misma la mayor parte de los recursos ante cada circunstancia. El que la aborda con mente serena está más seguro, y el que lo hace apasionadamente fracasa más fácilmente.*

Meditemos además sobre que si fueran diferencias fronterizas las que nos enfrentaran a cada uno de nosotros con enemigos de la misma fuerza, sería cosa llevadera; pero es que los atenienses son dignos enemigos de todos nosotros juntos, y mucho más poderosos si nos contamos ciudad por ciudad; en consecuencia, si no nos defendemos de ellos todos juntos, pueblo por pueblo y ciudad por ciudad con un mismo propósito, nos derrotarán sin gran esfuerzo al encontrarnos separados. Y la derrota aunque para alguno resulte espantoso oírlo, sépase que no significará otra cosa que la esclavitud inmediata. Que esto pueda admitirse, siquiera sea de palabra, es una vergüenza para el Peloponeso, así como que tantas ciudades sean maltratadas por una sola. En tal caso daríamos la impresión o de que sufrimos lo que merecemos, o que lo consentimos por cobardía, y que nos revelamos inferiores a nuestros padres, que libertaron Grecia, mientras que nosotros no nos garantizamos eso mismo para nosotros, y toleramos que una ciudad se haya erigido en tirano, mientras que buscamos derrocar la tiranía de cada ciudad. Y no sabemos cómo este comportamiento puede estar al margen de una de las tres mayores desgracias: la estupidez, la molicie o la indiferencia. Pues no habéis huido de ellas para caer en el desprecio del enemigo (defecto que ha perjudicado a muchísimos) y que por hacer fracasar a tantos ha recibido el nuevo nombre, opuesto al primero, de locura[107].

123. *Pero ¿para qué hay que lamentarse de lo ya pasado más de lo que conviene al presente? Preciso es afrontar nuevas fatigas por el futuro, socorriendo nuestra situación presente (pues es tradición en vosotros lograr éxitos a fuerza de pruebas). Y no cambiaréis vuestra manera de ser bajo el pretexto de que ahora les aventajáis un poco en riqueza y poderío, porque no es justo que haya de perderse en la abundancia lo que se conquistó con la pobreza, así que marchemos a la guerra confiados por muchas razones: el dios ha dado su oráculo y ha prometido que contribuirá con su ayuda, y todo el resto de Grecia luchará a nuestro lado,*

[107] En el griego hay un juego de palabras con estos dos términos «desprecio» y «locura», que resulta intraducible.

unos por miedo, otros por interés. Y no seréis los primeros en quebrantar unos tratados que la propia divinidad, al invitarnos a entrar en guerra, considera que ya han sido quebrantados, antes bien, los defenderéis tras haber sido violados. Pues los rompen no los que se defienden, sino quienes los atacan los primeros.

124. *En consecuencia, como bajo cualquier aspecto os resulta favorable entrar en guerra, y nosotros os exhortamos a ello por el interés general, si es verdad que la comunidad de intereses es la base más segura para las ciudades y para los particulares, no os demoréis en socorrer a los potideatas, que son dorios y se hallan sitiados por jonios (que es lo contrario de lo que ocurrió antes) ni en reivindicar la libertad de los demás. Porque es inaceptable que mientras aguardamos, unos suframos ya daños, y otros (si se llega a conocer que nos hemos reunido pero no nos atrevemos a defendernos) sufriréis no mucho más tarde la misma suerte. Por el contrario, pensad que hemos llegado a una necesidad extrema, aliados, y que lo que aquí se ha propuesto es lo mejor; votad la guerra sin temor al peligro inmediato, sino con el vivo deseo de la paz duradera que de ella se derivará. Pues la paz se hace más segura tras una guerra, y no hacer la guerra tras un período de paz es más peligroso. Y considerad que la ciudad que se ha erigido como tirano en Grecia lo ha hecho sobre todos por igual, de suerte que sobre unos ya impera, y sobre los demás planea hacerlo. Ataquémosla y sometámosla, y vivamos en adelante sin peligro, y libertemos a los griegos, que hoy están esclavizados.»*

Esto es lo que dijeron los corintios.

125. Una vez que los lacedemonios escucharon el parecer de todos, hicieron votar a todos los aliados que se hallaban presentes, uno tras otro, tanto a las ciudades mayores como a las pequeñas, y la mayoría votaron la guerra. Acordado así, les resultaba imposible emprenderla inmediatamente, pues no estaban preparados, por lo que les pareció oportuno que cada cual se procurara lo necesario sin más tardanza. Sin embargo, mientras se organizaban con lo necesario transcurrió no un año, pero casi, antes de invadir el Atica e iniciar abiertamente la guerra.

126. Durante este tiempo enviaron embajadores a Atenas

para presentar unas reclamaciones, a fin de disponer de mayor justificación para entrar en guerra en el caso de que no les atendieran. Comenzaron los lacedemonios por enviar una misión para reclamar a los atenienses que desterraran a los que habían cometido sacrilegio contra la diosa. El sacrilegio se trataba de lo siguiente: Cilón fue un antiguo ateniense, vencedor de los Juegos Olímpicos, noble e influyente; se había casado con una hija del megarense Teágenes, que por aquel tiempo era tirano de Mégara. En una consulta de Cilón al oráculo de Delfos, el dios le respondió que durante la mayor fiesta de Zeus se apoderara de la acrópolis de Atenas. Tomó tropas de Teágenes y convenció a sus amigos, y cuando vinieron las fiestas Olímpicas del Peloponeso ocupó la Acrópolis con la intención de instaurar la tiranía. Pensó que aquella era la mayor fiesta de Zeus, y que además estaba vinculada a él, que había sido un vencedor en los Juegos Olímpicos. Si se trataba de la mayor fiesta en el Atica o en algún otro lugar, ni él se paró a pensarlo, ni tampoco el oráculo lo aclaró (los atenienses, en efecto, tienen las fiestas Diasias, que se conocen como la mayor fiesta de Zeus Miliquio; se celebran fuera de la ciudad, y en ellas todo el mundo participa, con sacrificios no de víctimas, sino de ofrendas incruentas del lugar), creyendo, pues, que lo interpretaba con acierto, pasó a la acción.

Mas los atenienses se dieron cuenta, corrieron en masa desde los campos a prestar ayuda contra éstos, los sitiaron y pusieron cerco. Pasado cierto tiempo, se cansaron del asedio, y la mayoría se retiró, encargando a los nueve arcontes que vigilaran y dispusieran con plenos poderes todo como mejor estimaran (por entonces los nueve arcontes se encargaban de la mayor parte de los asuntos públicos). Cilón y los suyos, así sitiados, se hallaban en apuros por la falta de alimentos y de agua. Cilón y su hermano se escaparon, mientras que los demás, al encontrarse tan apurados que incluso morían algunos de hambre, se sentaron como suplicantes al pie del altar de la Acrópolis.

Los atenienses encargados de su vigilancia les hicieron desalojar, al ver que estaban muriendo en el templo. Se los llevaron bajo promesa de que no les harían nada, y los mataron. En el trayecto, algunos se sentaron ante los altares de

las venerables diosas, y también a ellos les dieron muerte. Por esta acción fueron declarados sacrílegos y criminales contra la diosa, ellos y sus descendientes [108]. Así pues, los atenienses desterraron a estos sacrílegos, y también los desterró más tarde el espartano Cleómenes con el apoyo de una facción ateniense, y no sólo desterró a los vivos, sino que también recogió los huesos de los muertos y los arrojaron fuera de las fronteras. Aunque aquéllos regresaron algo después, y su familia vive aún en la ciudad.

127. Los lacedemonios pedían que se expulsara a los responsables de este sacrilegio para dar satisfacción en primer lugar a los dioses, evidentemente; y porque sabían muy bien que Pericles, el hijo de Jántipo, estaba implicado en el hecho a través de su madre [109] y pensaban que si éste era desterrado les resultaría más favorable la política de Atenas. Sin embargo, no confiaban tanto en que le sucediera esto, cuanto arrojar sobre él el descrédito a ojos de sus ciudadanos, en la idea de que su desgracia familiar aparecía como causante en parte de la guerra que ya estaba inminente. El era, en efecto, el hombre más influyente de los de su época, conducía la política de la ciudad, se oponía en todo a los lacedemonios, y no consentía se cediera, sino que incitaba a los atenienses a la guerra.

128. Los atenienses a su vez pidieron a los lacedemonios desterrar a los culpables del sacrilegio del Ténaro, pues en cierta ocasión los lacedemonios desalojaron del templo de Posidón a unos hilotas en calidad de suplicantes, los sacaron fuera y les dieron muerte. Y ellos mismos creen que por este motivo les sobrevino el gran terremoto de Esparta. También les pidieron que expulsaran a los culpables del sacrilegio contra Atenea Calcieo [110], que fue así:

Una vez que el lacedemonio Pausanias fue reclamado por los espartanos la primera vez desde su cargo de mando en el Helesponto, fue sometido a juicio y absuelto por ellos como inocente, pero ya no se le envió de nuevo de manera

---

[108] Se trata de la familia de los Alcmeónidas.

[109] Pericles era un Alcmeónida a través de su madre, Agariste, sobrina de Clístenes.

[110] Templo en la acrópolis de Esparta, cf. Pausanias, III, 17.

oficial. Mas él, a título privado y sin respaldo de los lacedemonios, tomó una trirreme de Hermíone y marchó al Helesponto. Por lo que decía, era para continuar la Guerra de Grecia, aunque en realidad se trataba de tramar intrigas de acuerdo con el Rey, como ya antes había intentado, ávido él del mando sobre Grecia. Primero consiguió el agradecimiento del Rey con lo siguiente, dando así comienzo a todo el asunto: cuando capturó Bizancio durante su primera estancia por allí tras haberse retirado de Chipre (la ciudad estaba en poder de los medos y entre ellos había algunos parientes y familiares del Rey, que fueron hechos prisioneros) envió al Rey entonces, a escondidas de los demás aliados, a estos cautivos, de los que se dijo oficialmente que se habían fugado. Llevó a cabo todo esto de acuerdo con Góngilo de Eretria, a quien confió la ciudad de Bizancio y los prisioneros. Despachó, pues, a Góngilo con una carta para el Rey en la que se decía lo siguiente, según más tarde se descubrió: «Pausanias, jefe supremo de Esparta, deseoso de hacerte un favor, te devuelvo estos prisioneros de mi espada, y te propongo, si a ti también te lo parece, casarme con tu hija y someter Esparta y el resto de Grecia a ti. Creo poder llevar a cabo esto entendiéndome contigo. Por tanto, si ello es de tu agrado, envía a un hombre de tu confianza a la playa, por intermedio del cual nos comuniquemos en adelante.» Esto es todo lo que decía la carta.

129. Jerjes quedó gratamente sorprendido por esta carta, así que envió a Artabazo, hijo de Farnaces, a la playa, y le encargó se ocupara de la satrapía de Dascilio y reemplazara a Megabates su predecesor al frente de ella. Le encomienda luego una carta de respuesta para Pausanias a fin de que se le haga llegar cuanto antes a Bizancio, mostrándole el sello real; y si Pausanias le comunicaba algún aviso sobre sus asuntos, que actuara de la manera mejor y con la mayor fidelidad. Y él, una vez llegado, cumplió todo tal como se le había dicho y le transmitió la carta en la que se respondía de la siguiente manera: «Así dice el rey Jerjes a Pausanias: el servicio relativo a los hombres que me enviaste sanos y salvos desde Bizancio al otro lado del mar, te será tenido en mi casa como un favor escrito para la eternidad; de otra parte, me alegro mucho de tus propuestas. Que ni la noche ni el

día te retengan ni te retrasen en ejecutar lo que me prometes; que no te sea impedimento el gasto de oro y plata o el número de soldados que deban presentarse en cualquier sitio, sino que en compañía del hombre de mi confianza que te he mandado, el noble Artabazo, lleva a cabo con confianza mis asuntos y los tuyos de la forma que resulte más hermosa y mejor para ambos.»

130. Al recibir Pausanias esta carta, él que ya gozaba de muy alta estima entre los griegos merced a cómo había ejercido el mando en Platea, concibió aún mayores pretensiones y no fue capaz entonces de mantener un tipo de vida según los usos establecidos, sino que salía de Bizancio vestido a la moda meda, y cuando viajaba por Tracia le daban escolta unos medos y egipcios, se servía su mesa al estilo persa, y ya no pudo mantener ocultos sus planes, sino que por pequeños detalles revelaba lo que en su mente se disponía a llevar a cabo más adelante y a lo grande.

Se mostraba difícilmente abordable y usaba para con todos por igual tan malhumorado carácter que nadie podía acercársele. Y fue precisamente por esto por lo que no en menor medida los aliados se pasaron a los atenienses.

131. Enterados de ello los lacedemonios, lo mandaron llamar la primera vez por estos motivos, y una vez que ahora, ya la segunda, se hizo a la mar con la nave de Hermíone sin que ellos le hubieran dado esa orden, se puso de manifiesto que seguía con sus planes; como además, al ser expulsado de Bizancio por los atenienses de una manera un tanto violenta, no regresó a Esparta, sino que se estableció en Colona de Tróade, ante quienes se le acusó de que estaba en negociaciones con los bárbaros y que su estancia allí no sería para nada bueno; por todo esto, pues, los éforos ya no se demoraron más, sino que enviaron a un mensajero con una escítala [111]; debía acompañar al heraldo, o en caso contrario, los espartanos le declaraban enemigo público. Entonces él, que quería despertar las menos sospechas posibles, y que

[111] Era una suerte de bastón en torno al cual se enrollaba en espiral una tira sobre la que se escribía un mensaje que sólo podía volverse a leer al ser nuevamente enrollada en otra escítala de idénticas dimensiones. De ahí su valor como instrumento de transmisión de mensajes secretos.

confiaba en poder acallar mediante el soborno estas acusaciones, regresó a Esparta por segunda vez. De momento fue conducido a la cárcel por orden de los éforos (pues los éforos tienen autoridad para hacer esto con el rey), pero al poco salió tras haber hecho algunas gestiones, y se ofreció a ser juzgado por quienes quisieran acusarlo.

132. Los espartanos (ni sus enemigos ni la ciudad en general) no tuvieron ningún indicio claro al que dar crédito de manera fehaciente para castigar a un hombre de familia real, y que en el momento presente desempeñaba el cargo de rey (pues como Plistarco, el rey, hijo de Leónidas, era aún muy joven, ejercía la regencia él, que era su primo); sin embargo, despertaba muchas sospechas, por sus transgresiones a la ley y por su imitación de las modas bárbaras, de que no quería mantenerse en el actual estado de cosas; y en especial investigaron si alguna vez había observado un comportamiento apartado de las costumbres al uso, y más en concreto porque tuvo a bien hacer que grabaran por su cuenta el siguiente dístico en el trípode que los griegos habían consagrado en Delfos como primicias del botín de los medos:

«El estratego de los griegos, tras vencer al ejército de los medos,
Pausanias, a Febo dedicó esta ofrenda.»

Los lacedemonios rasparon enseguida el dístico del trípode, e inscribieron nominalmente a las ciudades que por haber participado en aniquilar al bárbaro habían dedicado esta ofrenda. Sin embargo ya entonces se pensó que esto era un acto criminal de Pausanias, y una vez que se encontró en la actual situación, se puso más claramente de manifiesto que lo que había llevado a cabo estaba en conformidad con sus designios presentes. Se enteraron también de que tramaba algo con los hilotas, como en realidad ocurría, pues les prometía concederles la libertad y derechos de ciudadanía si se sublevaban junto con él y le ayudaban a realizar todos sus deseos. Pero ni aun así, dieron los éforos crédito a ciertas denuncias de los hilotas, ni se decidieron a proceder contra él, sino que se atuvieron a la costumbre con que suelen comportarse entre sí: no deliberar sobre ningún castigo irremediable acerca de ningún espartano sin pruebas irrefutables.

Hasta que, según se dice, el que iba a llevar a Artabazo la última carta de Pausanias al Rey, un hombre de Argilio, que había sido en tiempos su amante y le era muy fiel, se convirtió en su delator. Tuvo éste miedo, en efecto, al reflexionar que ninguno de los mensajerros que le habían precedido habían regresado; falsificó el sello (a fin de evitar que Pausanias se enterase, si sus sospechas resultaban falsas o si él le reclamaba la carta para modificar algo) y abrió la carta, donde, como había supuesto, encontró escrito que le dieran muerte.

133. Al mostrarles él la carta, los éforos le dieron ya mayor crédito, pero como querían oír ellos en persona al propio Pausanias hablar del asunto, se pusieron de acuerdo con el esclavo en que marchase como suplicante a Ténaro y preparara una cabaña dividida en dos mitades por una pared; en una de ellas ocultó a algunos éforos, y cuando Pausanias se presentó ante él le preguntó el motivo de haberse hecho suplicante; los éforos lo comprendieron todo claramente, pues al quejarse el esclavo de lo que allí había escrito sobre su persona, expuso todo lo demás con detalle, a saber, que jamás le había él traicionado en sus gestiones ante el Rey, y que a cambio recibía como premio (al igual que la mayor parte de sus servidores) la muerte. Pausanias reconocía todo esto y no le dejaba que manifestara su cólera por la situación presente, sino que le daba garantías para que saliera del templo, y le pedía que partiera inmediatamente y no obstaculizara las negociaciones.

134. Una vez que los éforos escucharon todo exactamente, se ausentaron, e informados con seguridad ya de todo preparaban su arresto en la ciudad. Se dice que cuando estaba a punto de ser detenido en el camino, al ver el rostro de uno de los éforos que se acercaba, se percató de las intenciones con que venía, y mientras otro le hacía una señal con un movimiento casi imperceptible de su cabeza, en señal de afecto, corrió hacia el templo de Atenea Calcieo y encontró allí refugio, pues el recinto sagrado estaba, en efecto, muy próximo. Penetró en una pequeña estancia que pertenecía al templo, para no sufrir las inclemencias de la intemperie, y allí quedó quieto. Ellos de momento se retrasaron en su persecución, pero al cabo de poco quitaron la techumbre a la estancia, y después de comprobar que estaba en su inte-

rior lo encerraron dentro cegando las puertas con una pared, y así lo asediaron por hambre, aguardando ellos sentados fuera. A punto de morir, prisionero como estaba en la estancia, se dieron cuenta y lo sacaron del templo cuando aún respiraba, y una vez fuera murió al instante. Iban a arrojarlo al Céadas, adonde arrojan a los malhechores, pero luego les pareció mejor enterrarlo allí cerca. El dios de Delfos decretó por un oráculo más tarde a los lacedemonios que trasladaran su tumba adonde había muerto (y ahora reposa en la entrada del recinto sagrado, como lo indica la inscripción de una estela) y que como lo que habían hecho era un sacrilegio, que devolvieran a la diosa Calcieo dos cuerpos a cambio de uno. Ellos mandaron hacer dos estatuas de bronce y las ofrecieron a cambio de Pausanias.

135. Así pues, los atenienses, en vista de que el propio dios lo consideraba un sacrilegio, pidieron a su vez a los lacedemonios que lo alejaran. Por otra parte, como los lacedemonios habían descubierto en la investigación sobre Pausanias que también Temístocles había participado en la traición de medismo de Pausanias, enviaron unos embajadores a Atenas acusando a éste y pidiendo que también fuera castigado. Los atenineses se convencieron de ello (Temístocles se encontraba desterrado por ostracismo, y tenía como residencia Argos, aunque viajaba por todo el resto del Peloponeso) y enviaron, para que acompañaran a los lacedemonios (que estaban muy decididos a sumarse a la persecución) a algunos hombres a los que les dieron orden de que lo detuvieran en cualquier parte que con él se toparan.

136. Temístocles, informado a tiempo, emprendió la huida desde el Peloponeso en dirección a Corcira, de quienes era benefactor[112]. Mas los corcirenses dijeron que tenían miedo al custodiarle de enemistarse con los lacedemonios y los atenienses, por lo que le acompañaron a la parte del continente que está frente a su isla. Perseguido por los que tenían el encargo de informarse por dónde iba, se vio obligado en un momento de necesidad a refugiarse en casa de Admeto, el rey de los molosos, con quien no estaba en amis-

[112] Poco sabemos sobre los servicios que Temístocles brindó a Corcira y que le hicieron merecedor de este título.

tosas relaciones. Este no se encontraba en casa, y Temístocles suplicó a su mujer, quien le aconsejó que se sentara al hogar tomando en brazos al hijo del matrimonio. Al cabo de no mucho se presentó Admeto, y él le explicó quién era y le pidió que no se vengara de él, un desterrado, porque antaño se le hubiera opuesto cuando presentó una solicitud a los atenienses; ya que sería uno mucho más débil quien ahora sería maltratado por él, mientras que lo noble era vengarse de los iguales en situación de igualdad. Además, él se le había opuesto por una reclamación y no para salvar su vida, mientras que si él le entregaba, le privaría de la posibilidad de salvar su vida (y le explicó quiénes y por qué le perseguían).

137. Admeto le escuchó y le hizo ponerse en pie con su propio hijo en los brazos (en la misma actitud con que se había sentado, que es la forma mayor de súplica). Al poco llegaron los lacedemonios y los atenienses, y a pesar de que insistieron mucho no se lo entregó, sino que lo envió por tierra adonde él quería ir, ante el Rey, al otro mar, a Pidna, capital de Alejandro[113]. Encontró allí un carguero que partía en dirección a Jonia, embarcó en él y fue desviado por una tempestad al campamento de los atenienses que sitiaban Naxos. Y como la gente de la nave desconocían quién era, él, lleno de miedo, explicó al capitán quién era y por qué huía, y le dijo que si no le salvaba le acusaría de que le llevaba por soborno; y que por seguridad nadie bajara de la nave hasta que se reanudase el viaje; en cambio, si le obedecía le recompensaría dignamente. El capitán hizo esto último y después de haber anclado en alta mar durante un día y una noche a la altura del campamento, llegó a Efeso. Temístocles le gratificó con un montón de dinero (le habían llegado, en efecto, de sus amigos de Atenas y de Argos, las cantidades que secretamente había dejado antes en depósito) y en compañía de un persa de la costa se dirigió al interior y dirigió una carta al Rey Artajerjes, hijo de Jerjes, que reinaba desde hacía muy poco. La carta decía lo siguiente: «Yo, Temístocles, vengo ante ti, el griego que ha causado mayores desgracias a vuestra Casa durante todo el tiempo que

[113] Se trata de Alejandro I de Macedonia, llamado «filoheleno».

tuve que defenderme, por necesidad, de los ataques de tu padre, pero que luego le he hecho muchos más beneficios, cuando él se retiraba en medio de grandes peligros y yo estaba seguro. Tengo un favor que se me debe (en el escrito estaba el aviso que había enviado a Jerjes desde Salamina para que se retirara, así como el hecho de que —gracias a un mérito que falsamente se atribuía— no se hubieran destruido los puentes). Ahora, pudiendo rendirte grandes beneficios, vengo, perseguido por los griegos a causa de mi amistad contigo. Quiero esperar un año, y explicarte por mí mismo el motivo de mi venida.»

138. El Rey, según se dice, admiró sus intenciones y le animó a actuar de acuerdo con ellas. Y él, en el intervalo de tiempo de que dispuso aprendió la lengua persa lo mejor que pudo y las costumbres del país. Se presentó ante el Rey al cabo de un año, ante quien adquirió mayor reputación que cualquier otro griego, a causa de su anterior fama, y por la esperanza que daba al Rey de hacer esclava a Grecia en su propio provecho, y sobre todo porque daba pruebas de ser manifiestamente inteligente. En efecto, Temístocles había demostrado inequívocamente la fuerza de su ingenio natural, y era por ello más digno de una admiración excepcional que ningún otro. Pues gracias a su innata inteligencia, y sin haber aprendido nada ni de antemano ni después, sabía mejor que nadie juzgar tras la más breve reflexión sobre la situación presente, y el que mejor conjeturaba las cosas futuras a larguísima distancia de lo que iba a ocurrir. Cualquier cosa que tuviera entre manos, era capaz de exponerla; y de lo que no había tenido experiencia, no dejaba de formarse una opinión, y preveía extraordinariamente lo que aún estaba indeciso, fuera bueno o malo. Por decirlo todo, gracias a la fuerza de su natural ingenio y por la rapidez con que se preparaba, era el más capaz de improvisar lo que hiciera falta.

Contrajo una enfermedad y murió, aunque algunos dicen que se suicidó mediante un fármaco, al creer que no podía cumplir al Rey lo que le había prometido. Su monumento funerario está en Magnesia de Asia, en la plaza pública, país sobre el que gobernaba; pues el Rey le había dado Magnesia como pan (que le proporcionaba cincuenta talentos al año),

Lámpsaco como vino (en efecto, se la consideraba el territorio mejor productor de vino de los de entonces) y Miunte como carne [114]. Sus parientes dicen que sus huesos fueron traídos a su patria, por deseo de él, y que fueron sepultados en el Atica, sin que se enteraran los atenienses, pues estaba prohibido darle sepultura al tratarse de un exiliado por traición. Así acabaron el lacedemonio Pausanias y el ateniense Temístocles, que fueron los griegos más egregios de su tiempo.

139. En su primera embajada, pues, esto es lo que exigieron los lacedemonios, y lo que a su vez les fue exigido a propósito de la expulsión de los sacrílegos. Con posterioridad acudieron repetidas veces a Atenas exigiéndoles la retirada de sus tropas de Potidea y la concesión de autonomía para Egina; y sobre todo, y de la forma más clara, les manifestaron que si derogaban el decreto megárico no habría guerra. En éste se decía que los megarenses no usaran los puertos del imperio ateniense ni el mercado del Atica. Pero los atenienses no les hicieron caso en las demás cuestiones ni en abolir el decreto, pues acusaban a los megarenses de haber extendido sus cultivos hasta el recinto sagrado y el no deslindado, así como de la buena acogida que dispensaron a los esclavos fugitivos.

Finalmente, llegaron de Esparta los últimos embajadores, Ranfio, Melesipo y Agesandro, que no repitieron ninguna de las demandas habituales, sino que dijeron tan sólo esto: «Los lacedemonios quieren que haya paz; y la podrá haber si dejáis a los griegos libres.» Entonces los atenienses hicieron convocar una Asamblea para exponer sus propias opiniones, decididos a responder después de haber deliberado una sola vez y sobre todas las cuestiones planteadas. Comparecieron muchos otros a hablar, con opiniones en uno u otro sentido: que había que entrar en guerra, o que el decreto no fuera un impedimento para la paz, sino que se derogara; se acercó también Pericles, hijo de Jántipo, el primero de los ate-

[114] Expresión oriental en la que se compendian las tres necesidades alimenticias más perentorias del hombre.

nienses en aquella época [115], y el más capaz tanto de hablar como de actuar, y les aconsejó lo siguiente:

140. *«En la misma opinión, oh atenienses, siempre me mantengo: no ceder ante los peloponesios; aunque sé que los hombres no se dejan convencer con igual disposición de ánimo a la guerra que la que tienen en realidad al hacerla, sino que cambian de opinión al modificarse las circunstancias. Veo que también ahora tengo que daros consejos idénticos y similares a los de antes, y considero de justicia que quienes de vosotros los aprueben, apoyen las decisioness comunes, incluso si en algo fracasamos, o que, en otro caso, no reivindiquen ser inteligentes si tenemos éxito. Ocurre, en efecto, que el curso de los acontecimientos se desenvuelve no menos ilógicamente que los planes de los hombres, y por ello solemos acusar a la fortuna de cuanto acaece contra nuestros cálculos. Ya antes estaba claro que los lacedemonios tramaban insidias contra nosotros, y ahora lo está no menos. Pues, habiéndose dicho que se recurra a un arbitraje en caso de controversia, y que mientras tanto cada uno conserve lo que tiene, ni ellos lo han reclamado todavía, ni aceptan nuestras ofertas de llevarlo a cabo. Y prefieren resolver las acusaciones con la guerra más que en una discusión, y vienen a dar órdenes y no ya a quejarse. Pues nos ordenan que levantemos el sitio de Potidea, concedamos la independencia a Egina, así como abolir el decreto megárico; y sus últimos embajadores nos han hecho la advertencia de que devolvamos la autonomía a los griegos.*

Que ninguno de vosotros crea que hará la guerra por una nadería si no abolimos el decreto megárico (respecto al cual pretenden sobre todo que si fuera derogado no habría guerra) ni dejéis oculta en vuestro interior la inculpación de haber entrado en guerra por una futilidad, pues esa pequeñez significa la reafirmación y prueba de vuestra decisión. Si accedéis en esto, al punto os impondrán alguna nueva orden más importante, en la creencia de que los habéis obedecido en esto por miedo; en cambio, si os reafirmáis, les dejaréis ver bien en claro que deben dirigirse a vosotros como a iguales.

---

[115] Hacia el 432.

141. *Decidid ya a partir de este momento, o a ceder en todo antes de sufrir daño alguno o, si vamos a hacer la guerra, como yo creo que es mejor, no cediendo ni ante un motivo grande ni ante uno pequeño, y no tener con miedo lo que son posesiones vuestras. Pues idéntica esclavitud significa la orden que te da un igual, sea grande o pequeña, sin recurrir a arbitraje; y que no seremos inferiores a ellos en armamento ni en otros recursos de la guerra, sabedlo escuchándome punto por punto. Efectivamente, los peloponesios son gente que vive del trabajo de sus manos y no tienen fortuna personal ni colectiva, y además son inexpertos en luchas duraderas y de ultramar, a causa de que por su pobreza sólo se atacan unos a otros durante breve tiempo. Gentes tales no pueden equipar naves ni enviar fuera de su territorio con frecuencia tropas de infantería, al tener que ausentarse de su propio territorio y tener que gastar de sus recursos, además de que el mar les cierra el paso. Y son las reservas de dinero las que sostienen las guerras más que las exacciones obligatorias; además, los hombres que viven del trabajo de sus manos están más pronto prestos a combatir con sus cuerpos que aportando su dinero, pues tienen confianza de que aquéllos pueden escapar al peligro, en cambio respecto a lo segundo tienen miedo de que se gaste antes de tiempo, sobre todo si, en contra de lo esperado, la guerra, como es natural, se les prolonga.*

Pues los peloponesios y sus aliados son capaces de enfrentarse en una sola batalla contra todos los demás griegos, pero de luchar contra una potencia que tiene armamento distinto no lo son, desde el momento en que no ejecutan enérgica ni prontamente un plan bajo una dirección única, y porque al disponer todos de igual derecho de voto sin ser de una misma raza, cada uno se preocupa por su interés propio, y partiendo de situaciones tales no se suele llevar a término nada. Pues unos desean antes de todo tomar venganza, los otros en cambio arruinar lo menos posible sus posesiones. Cuando finalmente se reúnen al cabo de largo tiempo, examinan en un breve momento alguna parte de lo que son intereses comunes, y durante la mayor parte del tiempo tratan sus asuntos propios. Cada cual considera que no va a resultar perjudicado a causa de su propia negligen-

cia, contando con que concierne a otro ser previsor en su lugar; y así no se dan cuenta, con esta idéntica forma de pensar por parte de todos, de que el bien común en su totalidad se arruina.

142. *Y lo que es su mayor obstáculo, se verán paralizados por la escasez de dinero, pues al procurárselo no sin dificultades se originarán demoras: y las ocasiones en la guerra no esperan. Y en verdad tampoco merece la pena temer que vayan a construir fuertes en nuestro territorio, ni a su marina. Pues en cuanto a lo primero, aun en la paz resulta difícil que una ciudad con igual poder que la nuestra lo lleve a cabo, y ya mucho menos en un territorio enemigo, y cuando nosotros, no menos que ellos, habremos construido fortificaciones en su territorio. Y si construyen un puesto fortificado, podrían dañar una zona de nuestro territorio mediante incursiones y acogiendo en ellos a nuestros esclavos, pero ello no les bastará para poder impedir que nosotros naveguemos a su país y construyamos fortificaciones por nuestra parte, y defendernos con nuestra flota, que es donde radica nuestra fuerza. Pues a pesar de todo, nosotros obtenemos mayor experiencia para la guerra terrestre a partir de nuestra experiencia en la guerra naval, que aquéllos de la terrestre para la naval. Y hacerse expertos en las cosas del mar no les resultará fácil. Porque ni siquiera vosotros, que os estáis ejercitando en ella desde que acabaron las Guerras Médicas, habéis logrado la perfección. ¿Cómo, pues, quienes son labradores y no marineros, y que además se verán impedidos de lograr un pleno ejercitamiento por estar nosotros siempre bloqueándoles con una flota numerosa, podrán obtener resultados notables? Pues contra unas pocas naves que les bloquearan podrían arriesgarse confiados en su número como contrapeso de su inexperiencia, pero al estar copados por muchas, se quedarán quietos, y al no ejercitarse se harán más incapaces y por ello mismo más tardos. El arte naval, como cualquier otra actividad, es un asunto técnico y no admite ser practicado ocasionalmente como algo secundario, antes al contrario, requiere que no haya ninguna actividad secundaria consigo.*

143. *Y si dispusieran del tesoro de Delfos u Olimpia para intentar quitarnos con un sueldo mayor nuestros marine-*

ros extranjeros, en caso de que no fuéramos nosotros mismos y nuestros metecos capaces de embarcarnos y hacerles frente debidamente, sería grave; pero hoy por hoy podemos hacerlo, y lo que es más importante, tenemos por pilotos a nuestros ciudadanos, y el resto de la tripulación es más numeroso y mejor que la que tienen todos los demás griegos. Por otra parte, en el momento del peligro ningún extranjero aceptaría salir desterrado de su patria para combatir junto a aquéllos con menores esperanzas de victoria, al precio de una gran soldada por unos pocos días[116]*. Tal es la situación de los peloponesios, según a mí me parece, o similar; la nuestra, en cambio, carece de las deficiencias que en ellos he criticado, y cuenta además con otras ventajas mayores que ellos no comparten. Y si atacaran nuestro territorio por tierra, nosotros haremos una expedición naval contra el suyo, y no será lo mismo que una parte del Peloponeso sea saqueada, y que lo sea el Atica entera: pues ellos no podrán procurarse otras tierras sin tener que luchar, mientras que nosotros disponemos de abundantes tierras tanto en las islas como por el continente. Gran cosa es, en efecto, el dominio del mar. Reflexionad: si fuéramos isleños ¿quiénes serían menos inexpugnables que nosotros? Pues ahora es preciso que, razonando de la manera más parecida a como si fuerais isleños, abandonéis el campo y vuestras casas y acudáis a defender el mar y la ciudad; y no combatir, irritados con los peloponesios por los daños recibidos, contra ejércitos superiores en número (pues si vencemos, de nuevo tendremos que luchar frente a un número no menor, y si fracasamos, perderemos nuestros aliados, que es de donde dimana nuestro poder, ya que no se mantendrán en calma si no somos capaces de enviar una expedición contra ellos); y no lamentarse por las casas o la tierra, sino por las vidas humanas, pues aquéllas no nos proporcionan hombres, sino los hombres aquéllas. Y si confiara en poderos persuadir os exhortaría a salir, devastar la ciudad, y demostrar a los peloponesios que, al menos por eso, no cederéis.*

144. *Muchas otras razones tengo de esperar salir triun-*

[116] Ya que la victoria de la marina ateniense sobre los enemigos sería fulminante.

fadores, si renunciáis a engrandecer vuestros dominios mientras dura la guerra y atraeros nuevos peligros voluntariamente buscados, pues temo más nuestros propios errores que la estrategia de los enemigos. Pero eso ya se expondrá en otro discurso[117]*, durante la guerra. Ahora, devolvamos a estos embajadores con la siguiente respuesta: que dejaremos a los megarenses usar nuestro mercado y nuestros puertos, si los lacedemonios no llevan a cabo expulsiones de ciudadanos nuestros o de nuestros aliados (pues ni esto ni aquello está prohibido en el tratado); que devolveremos la autonomía, a los que la tenían cuando concertamos el tratado, siempre que también aquéllos dejen a sus ciudades aliadas una autonomía acorde no con sus conveniencias, sino como cada ciudad quiera; que estamos dispuestos a someternos a un arbitraje de acuerdo con el tratado; y que no comenzaremos la guerra, pero que nos defenderemos de quienes la comiencen. Esta es una respuesta justa y digna de una ciudad como la nuestra.*

Y hay que saber que la guerra es inevitable (y que si la aceptamos con buen ánimo, con tanto menor ímpetu tendremos a nuestros enemigos prestos al ataque) y que de los máximos peligros sobrevienen tanto para la ciudad como para el individuo los mayores honores. Por ejemplo, nuestros padres resistieron a los medos, partiendo de no tantos medios como nosotros, sino que abandonaron lo poco que les quedaba y rechazaron al bárbaro más por buena estrategia que por la suerte, y con un valor superior a su fuerza, y elevaron a esta grandeza nuestra potencia. No debemos mostrarnos inferiores a ellos, sino resistir a los enemigos por todos los medios, y esforzarnos en dejar a nuestros descendientes una potencia no disminuida.»

145. Así habló Pericles. Y los atenienses, pensando que les aconsejaba lo mejor, votaron como él pretendía, y contestaron a los lacedemonios según su criterio, tanto en lo que dijo al detalle como en conjunto: que no aceptaban ninguna imposición, aunque sí estaban dispuestos a poner fin a las acusaciones, de acuerdo con el tratado, mediante un arbitraje en igualdad de condiciones. Los miembros de la em-

[117] En el libro II, capítulo 43.

bajada se marcharon a su país, y ya no hubo nuevas embajadas.

146. Estas fueron las acusaciones y las diferencias entre ambos bandos antes de la guerra, las cuales comenzaron inmediatamente después de lo sucedido en Epidamno y Corcira. Durante este tiempo mantenían aún relaciones, y se visitaban unos a otros, sin heraldos, pero no sin desconfianza. En efecto, lo que había ocurrido suponía la anulación del pacto y una justificación para la guerra.

LIBRO II

Primer año de guerra (431-430), 1-46:

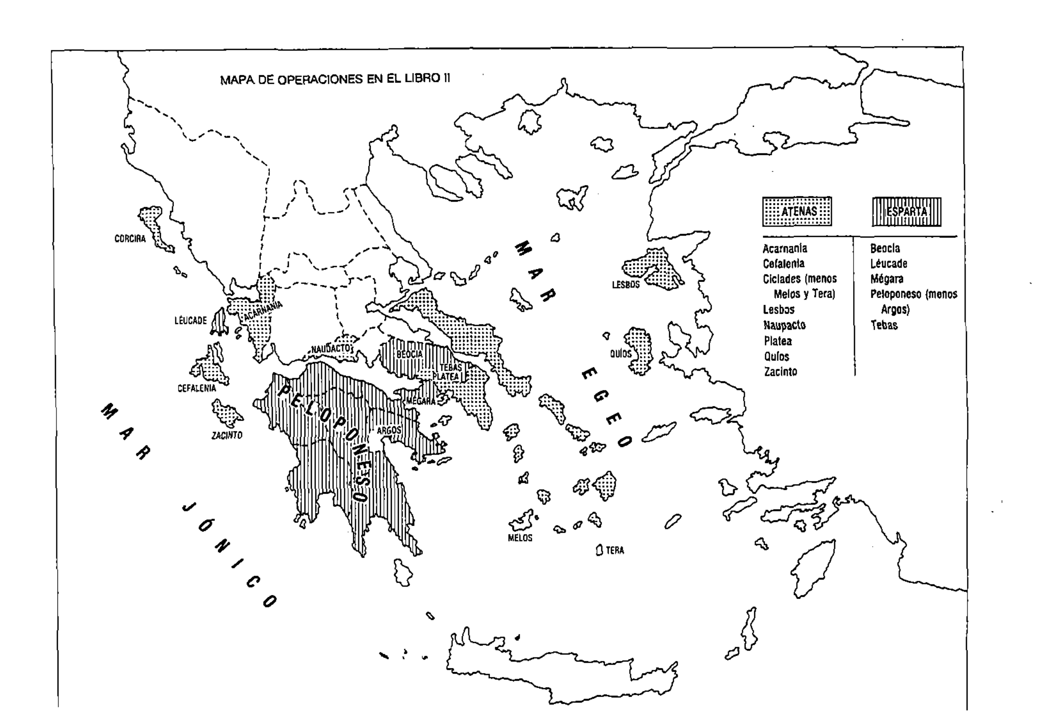
— Los tebanos atacan Platea, 2-6.
— *Discurso de Arquidamo,* 11.
— Primera invasión del Atica, 18-23.
— Contraataques atenienses, 24-33.
— *Discurso fúnebre de Pericles,* 35-46.

Segundo año de guerra (430-429), 47-70:

— Segunda invasión del Atica. La peste, 47-54.
— *Tercer y último discurso de Pericles,* 60-64.
— Muerte y elogio de Pericles, 65.

Tercer año de guerra (429-428), 71-103:

— Sitio de Platea, 71-79.
— Campañas en el Noroeste, 80-86.
— *Discurso de Brásidas,* 87.
— *Discurso del ateniense Formión,* 89.
— Tracia y Macedonia, 95-101.
— Los atenienses en Acarnania, 102-103.


MAPA DE OPERACIONES EN EL LIBRO II
ATENAS
ESPARTA
Acarnania
Cefalenia
Cíclades (menos Melos y Tera)
Lesbos
Naupacto
Platea
Quíos
Zacinto
Beocia
Léucade
Mégara
Peloponeso (menos Argos)
Tebas
MAR EGEO
MAR JÓNICO
CORCIRA
LÉUCADE
ACARNANIA
CEFALENIA
ZACINTO
NAUPACTO
BEOCIA
TEBAS
PLATEA
MÉGARA
ARGOS
PELOPONESO
LESBOS
QUÍOS
MELOS
TERA

Libro II

1. Comienza aquí ya propiamente la guerra entre atenienses y peloponesios más sus respectivos aliados, durante la cual no mantuvieron ya contactos sino por medio de heraldos, y la sostuvieron ininterrumpidamente una vez declarada. La he escrito en orden, según ocurrió cada episodio, por veranos e inviernos [1].

2. En efecto, el tratado de paz que para treinta años se firmó tras la toma de Eubea duró sólo catorce años. Y al año décimo quinto (a los cuarenta y ocho de haber sido consagrada en Argos Críside, siendo éforo en Esparta Enesio, y cuando aún le restaban a Pitodoro dos meses de arcontado en Atenas, a seis meses de la batalla de Potidea, al comenzar la primavera) algo más de trescientos tebanos a cuya cabeza iban los beotarcas Pitángelo, hijo de Filidas, y Diémporo, el hijo de Onetóridas, irrumpieron armados a eso de la hora del primer sueño en la ciudad beocia de Platea, que era aliada de los atenienses. Los invitaron a venir y les abrieron las

[1] Parece ser que el cómputo del año que emplea Tucídides es el solar, pues los términos verano, invierno... vienen determinados por el sol y no por la luna. El verano incluye también la primavera, así como el invierno el otoño. Discusión en Gomme, vol. III, *Apéndice*, pp. 699-715.

puertas de la ciudad algunos habitantes de Platea (Nauclides y sus partidarios) que deseaban por su ambición de poder personal aniquilar a sus adversarios políticos de la ciudad y hacer que ésta se pasara a los tebanos. Llevaron a cabo esto por medio de Eurímaco, hijo de Leontíades, un hombre de los más influyentes de Tebas. Efectivamente, los tebanos preveían que iba a haber guerra, por lo que se decidieron a apoderarse de antemano de Platea, que desde siempre les era hostil, mientras aún estaban en paz y todavía no se había declarado abiertamente la guerra. Por este motivo pasaron más fácilmente desapercibidos al entrar en la ciudad, dado que no se había apostado vigilancia alguna. Depositaron sus armas en medio de la plaza, sin obedecer la consigna de quienes les habían llamado para que pasaran a la acción de inmediato y marcharan a las casas de sus oponentes; antes bien, planearon pregonar unas proclamas invitando a la conciliación y atraerse a la ciudad a su amistad (y el heraldo lanzó su pregón: que si alguno quería unirse a la alianza según la tradición de todos los beocios, que colocaran sus armas junto a ellos mismos) calculando que de esta guisa la ciudad se les pasaría a ellos con facilidad.

3. Los de Platea, cuando se dieron cuenta de que los tebanos estaban dentro y que la ciudad había sido capturada repentinamente, se llenaron de un gran temor y pensaron que habían penetrado muchos más (pues no los veían, al ser de noche); se avinieron a un acuerdo y aceptando las propuestas permanecieron en calma, especialmente dado que los otros no habían empleado medidas violentas contra nadie. Pero mientras llevaban esto a cabo, supieron que los tebanos no eran muchos, por lo que pensaron que si se lanzaban contra ellos los derrotarían con facilidad, pues para la mayoría de los habitantes de Platea no les resultaba grato el hacer defección de Atenas. Así que les pareció que había que intentarlo, y se reunieron perforando las paredes medianeras de sus casas para evitar que se les viera ir por las calles. Situaron en éstas unas carretas con sus animales de tiro desenganchados para que actuaran de barricadas, y dispusieron todo lo demás del modo en que creían que cada cosa iba a ser útil ante la situación presente. Y una vez estuvieron hechos los preparativos y en función de sus posibilidades,

permanecieron vigilantes mientras duraba la noche, y salieron de sus casas contra los enemigos aún de madrugada, a fin de no atacarles a la luz del día, cuando aquéllos estuvieran más confiados, y para que no llegaran a estar en igualdad de condiciones con ellos, sino aún de noche, para que fueran inferiores a ellos al estar atemorizados y por su propio mejor conocimiento de la ciudad. Atacaron, pues, al instante y enseguida llegaron a las manos.

4. Cuando los tebanos se dieron cuenta de que habían sido engañados, cerraron fila sobre sí mismos e intentaban rechazar los ataques por donde éstos se producían. En dos o tres ocasiones los repelieron, pero al atacarles los otros en medio de un gran alboroto y dispararles piedras y tejas las mujeres y los esclavos al mismo tiempo desde las casas dando gritos y alaridos, y como además había sobrevenido durante la noche un fuerte aguacero, se llenaron de temor, y dándose la vuelta corrían a través de la ciudad. La mayoría no reconocía, en la oscuridad y entre el barro, las salidas por donde había que escapar (y es que estos sucesos acaecían al final de mes) [2] y con unos perseguidores muy familiarizados con ellas y que intentaban evitar que escaparan, de suerte que la mayor parte de ellos perecieron. Un ciudadano de Platea cerró las puertas por donde habían penetrado, y que eran las únicas que estaban abiertas, usando la punta de un dardo como pasador, de modo que ya ni por allí había salida. Perseguidos por la ciudad, algunos escalaron el muro y se lanzaron al exterior, muriendo la mayoría, y otros por unas puertas algo alejadas pasaron desapercibidos, y cortaron el pasador con un hacha que les había proporcionado una mujer y salieron (muy pocos, porque rápidamente se dieron cuenta los otros), y algunos otros finalmente perecían diseminados por diversas partes de la ciudad. El mayor contingente, sin embargo, que fue precisamente el grupo que permaneció más unido, penetró en un gran edificio que formaba parte de la muralla y cuyas puertas encontraron casualmente abiertas, en la creencia de que las puertas del edificio eran un postigo y que detrás había una salida al exterior. Al verles bloqueados los de Platea deliberaban sobre si que-

[2] A fin de mes en noche oscura de luna nueva.

marles tal como los tenían, prendiendo fuego al edificio, o qué otra cosa hacer. Al final tanto estos tebanos como los supervivientes que deambulaban por la ciudad llegaron al acuerdo con los plateenses de entregarse y que hicieran con sus armas lo que quisieran. Esta fue la actuación de los que penetraron en Platea.

5. Los tebanos de la ciudad, que debían presentarse con todo su ejército mientras aún era de noche por si algo no les hubiera ido bien a los invasores, acudieron en su ayuda a toda prisa al haberles llegado noticias, mientras andaban en camino, de lo que había ocurrido. Platea dista de Tebas setenta estadios, y la lluvia caída durante la noche hizo que avanzaran con mayor lentitud, pues el río Asopo fluía crecido y no era fácil atravesarlo. Como marcharon bajo la lluvia y hubieron de atravesar el río a duras penas, llegaron con retraso, cuando ya parte de sus hombres habían sido aniquilados y otros habían sido hechos prisioneros. Al advertir los tebanos lo ocurrido, tramaron atacar a los de Platea de fuera de la ciudad, pues por los campos había gente y enseres de todo tipo, como es natural al haber sobrevenido esta desgracia inesperadamente en momentos de paz. Querían, en el caso de que cogieran a algún enemigo, que les valiera para canjearlo por los de dentro, en el caso de que se encontraran con que algunos de los suyos hubieran sido hechos prisioneros.

Ellos hacían estos planes, mas los plateenses, que habían sospechado, mientras aquellos aún deliberaban, que algo así iba a ocurrir, sintieron miedo por los del exterior, por lo que despacharon un heraldo a los tebanos diciendo que lo que habían hecho era una acción impía, al intentar conquistar la ciudad en tiempos de paz, y les avisaron que no cometieran ultraje a los de fuera de la ciudad, o en caso contrario, afirmaron que también ellos matarían a los prisioneros que de ellos tenían; y que, en cambio, si se retiraban de su territorio les devolverían sus soldados.

Tales cosas es lo que dicen los tebanos, y afirman que aquéllos lo juraron, aunque los de Platea no reconocen haber prometido que devolverían enseguida a los soldados, sino en el caso de que llegaran a un acuerdo, previa celebración de negociaciones, y afirman que no lo juraron. El

caso es que los tebanos se retiraron del territorio sin cometer ultraje alguno, y los plateenses, una vez que hicieron pasar al interior de la ciudad a toda prisa lo que tenía en la campiña, mataron acto seguido a los prisioneros. Eran unos ciento ochenta los cautivos, y uno de ellos, Eurímaco, con quien los traidores habían actuado en connivencia.

6. Después de haber hecho esto, enviaron unos mensajeros a Atenas y devolvieron a los tebanos sus muertos mediante una tregua, y dispusieron todos los asuntos de la ciudad según les parecía, a tenor del momento presente. Se informó al punto a los atenienses de lo que había ocurrido en Platea, y éstos retuvieron al punto a cuantos beocios había en el Atica, y enviaron un heraldo a Platea con órdenes de que les comunicara que no emprendieran ninguna acción violenta contra los tebanos que tenían en su poder, antes de que también ellos deliberaran sobre los mismos. En efecto, aún no se les había anunciado que aquéllos habían muerto ya, pues el primer mensajero había salido en el mismo momento en que se produjo la entrada de los tebanos, y el segundo lo había hecho inmediatamente después de haber sido vencidos y capturados; por tanto, de los acontecimientos posteriores no sabían nada. Con tal propuesta enviaron los atenienses su mensajero, al no estar informados; y cuando éste llegó encontró que los prisioneros habían sido ejecutados. Después de esto los atenienses marcharon en expedición hacia Platea, introdujeron víveres y asentaron una guarnición en ella, y sacaron de la ciudad a los hombres inútiles para el servicio, junto con las mujeres y los niños.

7. Ocurrido este incidente en Platea, y roto de modo manifiesto ya el tratado de paz, los atenienses se preparaban para comenzar la guerra, y también se preparaban los lacedemonios y sus aliados. Se disponían a enviar emisarios ante el Rey y a otros países bárbaros (con la esperanza cada uno de ellos de poderse atraer algún tipo de ayuda de donde fuera) y a granjearse la alianza de ciudades que estaban fuera de su influencia.

Los lacedemonios ordenaron a los que habían optado por su partido en Italia y Sicilia que construyeran naves, en función de la importancia de cada ciudad, para añadirlas a las que allí tenían, a fin de completar un número total de qui-

nientas naves [3], y que les preparan una cantidad fijada de dinero; por lo demás, que permanecieran tranquilos y dieran acogida a los atenienses sólo si arribaban en una sola nave, durante el tiempo en que se efectuaban estos preparativos. Por su parte, los atenienses pasaron revista a sus actuales aliados y despacharon embajadas sobre todo a los países que circundan el Peloponeso, a saber, Corcira, Cefalenia, Acarnania y Zacinto, viendo que si éstos les fueran aliados firmes, podrían aniquilar el Peloponeso cercándolo.

8. Ninguno de los dos bandos planeaba nada modesto, sino que se esforzaban al máximo para la guerra, y era natural. Pues al comenzarla todo el mundo se apresta a ella con gran resolución, y por entonces había en el Peloponeso una juventud muy numerosa, y numerosa también en Atenas, que por inexperiencia acometían la guerra con el mayor entusiasmo. Todo el resto de Grecia estaba en suspenso ante el enfrentamiento de las principales ciudades. Se contaban muchas solemnes profecías, y los adivinos recitaban múltiples oráculos tanto en las ciudades que se disponían a luchar como en las demás. Poco antes de esto, Delos sufrió incluso un terremoto y eso que nunca antes lo había sufrido desde que los griegos tienen recuerdo del pasado. Se decía, y así se creía, que era un presagio de lo que iba a ocurrir, y cualquier otro fenómeno similar que acaeciera se escrudiñaba a fondo.

Con mucho, la simpatía de la gente estaba por los lacedemonios, especialmente porque habían pregonado que iban a liberar Grecia. Todo el mundo, tanto particulares como ciudades, se esforzaban por colaborar de palabra y de obra con éstos en la medida de sus posibilidades, y a cada uno le parecía que al no estar él mismo presente, otro tanto resultarían dificultados estos asuntos.

Tan irritados estaban la mayoría con los atenienses, unos porque deseaban liberarse de su imperio, y otros porque temían ser sometidos a dicho imperio.

9. Se dispusieron al combate, pues, con tales preparati-

---

[3] Rara vez hay concordancia entre las diversas fuentes cuando se trata de cifras. Algunos interpretan este número de naves como ironía de Tucídides. En todo caso no deja de ser una cifra hiperbólica.

vos e intenciones, y entraron en guerra contando cada bando con las siguientes ciudades: los aliados de los lacedemonios fueron todos los peloponesios de dentro del Istmo, excepto los argivos y aqueos (éstos mantenían buenas relaciones con ambos bandos; los de Palene fueron los únicos aqueos que se les aliaron al principio, y más tarde ya todos), y de los de fuera del Peloponeso, los de Mégara, los beocios, locros, foceos, ampraciotas, leucadios y anactorios. De ellos proporcionaron naves los corintios, megarenses, sicionios, pelenenses, eleos, ampraciotas y leucadios; jinetes, los beocios, foceos y locros; las demás ciudades aportaron la infantería. Tales, pues, eran los aliados de los lacedemonios; y de los atenienses, los quiotas, lesbios, plateenses, los mesenios de Naupacto, la mayor parte de los acarnanios, los corcirenses, zacintios y otras ciudades que estaban sometidas al pago de tributo en los siguientes pueblos: la franja costera de Caria, los dorios vecinos de los carios, Jonia, el Helesponto, la costa de Tracia, todas las islas cara al Oriente hasta el Peloponeso y Creta, y todas las Cíclades excepto Melos y Tera.

De todos ellos aportaron barcos los quiotas, lesbios y corcirenses; y los demás, infantería y dinero. Esta fue la alianza por parte de uno y otro bando y sus pertrechos para la guerra.

10. Los lacedemonios, tras los incidentes de Platea, avisaron de inmediato a las ciudades del Peloponeso y sus aliados de fuera de éste, a fin de que prepararan un ejército y tuvieran las provisiones necesarias para una expedición a larga distancia, pues pensaban invadir el Atica. Y una vez que cada cual tuvo hecho sus preparativos, los dos tercios de las fuerzas de cada ciudad se congregaron en el tiempo convenido en el Istmo, y cuando ya estuvo reunido todo el ejército, Arquidamo, el rey de los lacedemonios, que precisamente era el que iba al frente de esta expedición, convocó a los estrategos de todas las ciudades, a los magistrados más relevantes y afamados y los arengó así:

11. *«Peloponesios y aliados, también nuestros padres llevaron a cabo muchas expediciones militares tanto en el propio Peloponeso como fuera, y los de mayor edad entre nosotros no carecen de experiencia en las guerras. Ahora bien,*

nunca hemos partido llevando mayores pertrechos que éstos, aunque también vamos en campaña ahora nosotros en gran número, y los más valientes, contra la ciudad más poderosa. Justo es, pues, que no aparezcamos nosotros como peores que nuestros padres, ni por debajo de nuestra propia reputación. Pues toda Grecia está atenta a este empeño y fija en él su atención, deseando por odio a los atenienses que llevemos a cabo lo que planeamos. Y no debemos, aunque a alguno le parezca que por ponernos en marcha con un gran ejército hay firme garantía de que los enemigos no nos plantarán batalla, avanzar a causa de ello pertrechados negligentemente, sino que el jefe y el simple soldado de cada ciudad deberá siempre hacer frente al peligro que a cada cual concierna. Pues los avatares de la guerra son inciertos y las intentonas se producen la mayoría de las veces de pronto y de forma violenta. Y en muchas ocasiones un contingente menos numeroso, al sentir miedo, se defendió mejor de otro más numeroso que, por desprecio, no se había preparado.

En territorio enemigo siempre hay que ir al combate con espíritu animoso, y en el momento de la acción prepararse como quien tiene miedo, pues así los hombres podrán ser más confiados al atacar a los enemigos, y tendrán mayores garantías en caso de ser atacados. Además, nosotros no vamos contra una ciudad tan incapaz de defenderse, sino contra una que es la mejor pertrechada en todos los conceptos, de modo que sin duda hay que esperar que ellos acudan a la batalla, si no se han puesto ya en marcha mientras aún no hemos aparecido, al menos lo harán tan pronto nos vean en su territorio, devastando y aniquilando sus propiedades. Pues todo el mundo se irrita al tener ante sus ojos y contemplar cómo sufren ya presente una desgracia inesperada. Y los que menos emplean la razón, son los que con mayor frecuencia pasan a la acción indignados. Y es natural que los atenienses hagan esto más que los otros, ellos que se jactan de mandar sobre los demás, de invadir y arrasar el territorio de sus vecinos más que de ver así el suyo propio.

Pensad que vais en expedición, pues, contra una ciudad tan poderosa, y que obtendréis la mayor reputación para vuestros antepasados y para vosotros mismos, en buen o mal

sentido (según el resultado), y en consecuencia, seguid por donde se os conduzca, y anteponiendo a todo el orden y la vigilancia, aceptad estrictamente lo que se os ordene; pues lo más hermoso y más seguro es esto: que siendo muchos aparezcáis obedientes a una sola orden.»

12. Esto es lo que dijo, y tras disolver la asamblea Arquidamo envió primeramente a Atenas al espartano Melesipo, hijo de Diacrito, por si acaso los atenienses cedían algo más al ver que ya ellos estaban en camino. Pero ellos no lo recibieron en la ciudad ni ante la Asamblea, pues se había impuesto con anterioridad la propuesta de Pericles de no aceptar ningún heraldo ni legación de los lacedemonios, una vez puestos en marcha. Lo despidieron, pues, antes de haberle escuchado, y le ordenaron que estuviera fuera del país en ese mismo día, y que en adelante enviaran embajadores, si querían, después de que se hubieran retirado a su territorio. Enviaron con Melesipo una escolta a fin de que no se entretuviera con nadie, y cuando estuvo en la frontera e iba a despedirse, dijo lo siguiente al emprender su camino: «Este día supondrá para los griegos el comienzo de grandes infortunios.» Y cuando regresó al campamento y Arquidamo supo que los atenienses ya no cederían en nada, levantó el campamento y avanzó así hacia el territorio de los enemigos. Los beocios le aportaron su contingente, además de jinetes, como tropas aliadas a las del Peloponeso, y con el resto de las tropas se dirigieron a Platea, donde se dedicaron a arrasar el territorio.

13. Mientras aún se reunían los peloponesios en el Istmo y andaban en camino, antes de invadir el Atica, Pericles, el hijo de Jántipo, que era estratego de los atenienses a más de otros nueve, supo que la invasión se iba a producir y sospechó que Arquidamo (de quien daba la casualidad que era amigo) respetaría tal vez sus campos y no los arrasaría, queriendo hacerle de ese modo un favor particular, o bien que ello ocurriera porque así lo dispusieran los lacedemonios buscando difamarle (al igual que como por su causa habían pedido la expulsión de los culpables del sacrilegio), así que declaró ante la Asamblea de los atenienses que, en efecto, Arquidamo era amigo suyo, pero que, por supuesto, no lo era para que resultara una desgracia a la ciudad. Y que si los ene-

migos no arrasaban sus campos particulares y su casa igual que los de los demás, él los ofrecía para que fueran propiedad pública, y que así no hubiera por esta causa motivo alguno de sospecha contra él.

Y sobre la situación presente les aconsejaba lo mismo que antes: prepararse para la guerra, y que transportaran al interior los enseres que tuvieran en los campos; que no tomaran la iniciativa de plantear la batalla, sino que acudieran a la ciudad y la guardaran, y que equiparan la flota, que era donde residía su fuerza, y que tuvieran bajo control el asunto de los aliados, diciéndoles que de ellos, de su contribución en dinero, dependía su fuerza, y que la mayoría de las veces las guerras se ganan con inteligencia y con abundancia de dinero. Les invitaba a tener ánimo, pues en la ciudad se ingresaban cada año un total de seiscientos talentos como tributo de los aliados, sin contar otros tipos de ingresos, y que disponían todavía en la Acrópolis de seis mil talentos de plata acuñada (hubo hasta un máximo de nueve mil setecientos, de los que se habían hecho inversiones en los Propileos [4] de la Acrópolis, y otros monumentos, y en la expedición a Potidea), aparte de no menos de quinientos talentos de oro sin acuñar y plata en ofrendas privadas y públicas, a más de los ornamentos sagrados usados en las procesiones y juegos, los despojos hechos a los medos, amén de otros similares. Todavía añadía una cantidad de dinero no pequeña de los demás templos, de la que también podían disponer, y si eran desposeídos en absoluto de todo, de las planchas de oro con que está revestida la estatua de la propia diosa. Aclaró que la estatua tenía cuarenta talentos de oro puro, y que todo él era recuperable. Les dijo que si lo empleaban para salvarse, deberían reintegrar una cantidad no inferior.

En el asunto de las finanzas, pues, era así como les daba ánimos. Además tenían trece mil hoplitas, sin contar los que estaban en los fuertes, y los dieciséis mil de las murallas. A tal número ascendían los que se encargaban de la vigilancia al principio, cuando el ataque de los enemigos, entre los más viejos y más jóvenes y los metecos que eran hoplitas; en efec-

---

[4] Ateniendo a lo que nos dice el anticuario Heliodoro, los Propileos fueron edificados en cinco años, y costaron 2.012 talentos.

to, el muro del Falero era de treinta y cinco estadios hasta el recinto amurallado de Atenas, y la parte protegida de este recinto tenía cuarenta y tres estadios (una zona del mismo estaba desguarnecida, la que va del Muro Largo al Falero); los Muros Largos hasta el Pireo medían cuarenta estadios, de los que estaba ocupado por una guarnición el de fuera; y el perímetro completo del Pireo y Muniquia era de sesenta estadios, aunque lo ocupado por vigías era sólo su mitad [5]. Dio a conocer también la existencia de mil doscientos jinetes, incluidos los arqueros a caballo, mil seiscientos arqueros, y trescientas trirremes en buen estado para navegar.

Estas eran las fuerzas de que disponían los atenienses, y ninguna de las diversas secciones era inferior a lo dicho, en el momento en que estaba a punto de producirse la primera incursión y se preparaban para la guerra.

También les dijo otras cosas, según solía hacer Pericles, para demostrarles que serían los vencedores de la guerra.

14. Tras haberlo oído, los atenienses le obedecieron y transportaron desde los campos al interior de la ciudad a sus hijos y mujeres, los ajuares de que disponían en sus casas, e incluso recuperaron el maderamen de sus propias casas. Hicieron cruzar a Eubea e islas vecinas sus rebaños y bestias. Este traslado involuntario les resultó muy penoso, pues la mayoría de ellos estaban habituados a vivir siempre en el campo.

15. Desde las épocas más remotas les había ocurrido a los atenienses más que a ningún otro pueblo lo siguiente: en tiempos de Cécrope y de los demás reyes hasta Teseo, el Atica estuvo habitada siempre en comunidades que poseían sus Pritaneos y sus magistrados; y cuando no tenían ningún motivo de temor, ni siquiera acudían a presencia del rey para despachar con él, sino que cada comunidad se gobernaba y regía por sí sola. Algunas incluso declararon la guerra a sus reyes; por ejemplo, los eleusinos, bajo las órdenes de Eumolpo, contra el rey Erecteo.

Pero una vez que Teseo subió al trono, hombre que era además de inteligente, poderoso, reorganizó el territorio en

[5] La longitud del recinto a proteger era, por tanto, de 148 estadios, unos 26 Kms.

otros aspectos, disolvió los Consejos y las magistraturas de las demás ciudades y los refundió todos en lo que es la actual ciudad, designó un solo Consejo y Pritaneo y obligó a que, aunque cada uno continuara habitando como antes su territorio, tuvieran todos a ésta como única capital; la cual, merced a la contribución de todos, se transformó en una gran ciudad, y así fue entregada por Teseo a sus descendientes.

Desde aquel día hasta hoy celebran los atenienses en honor de la diosa los Festivales de la Unión[6] a expensas públicas. En los tiempos primitivos, la ciudad era lo que ahora es la Acrópolis, junto con la zona que está bajo ella orientada sobre todo al Sur. He aquí una prueba de ello: los más antiguos templos, incluyendo los de otras divinidades además de Atenea[7], se encuentran en la misma Acrópolis, y los que se hallan fuera están edificados sobre todo en la parte antes mencionada de la ciudad, por ejemplo el de Zeus Olímpico, el Pítico, el de la Tierra, y el de Dioniso de Limnas[8], en el que se celebran [el día décimo segundo] del mes Antesterio las más antiguas fiestas dionisíacas, según suelen hacerlo todavía hoy en día los jonios, descendientes de los atenienses. Hay además otros templos antiguos construidos en esta zona. La fuente que ahora se llama de los Nueve Caños (fueron los tiranos los que le dieron esta disposición) y que antes, cuando sus veneros corrían al descubierto, se llamaba Calírroe, la utilizaban los habitantes de entonces para las celebraciones más importantes, por encontrarse ella próxima al lugar de las mismas; y aun hoy día se suelen emplear sus aguas, siguiendo la antigua costumbre, para los rituales previos a las bodas y para otras ceremonias sagradas. Y por haber estado habitada en la antigüedad, la Acrópolis recibe hoy día el nombre de Polis por los atenienses.

16. Así pues, los atenienses disfrutaron por mucho tiempo de esta modalidad de asentamiento autónomo en la campiña, y después de que se produjo el sinecismo, por haber

[6] Una fecha precisa, pues se celebraban el 16 del mes Hecatombeo.

[7] Indudablemente este texto plantea problemas de transmisión.

[8] Sabemos por Pausanias, *Descripción de Grecia,* I, 18-20, numerosos detalles de esta topografía.

nacido y haberse acostumbrado la mayoría de los antiguos y sus posteriores descendientes hasta esta guerra de ahora a vivir en la campiña, siguiendo la tradición, efectuaron la evacuación con todo lo de su casa difícilmente, y además porque hacía muy poco que las habían recuperado, una vez concluyeron las Guerras Médicas. Estaban apesadumbrados y soportaban con gran dolor abandonar por completo sus casas y sus templos, que habían sido tradicionalmente suyos por siempre, desde los tiempos de la antigua constitución, y verse a punto de cambiar su tipo de vida, tras haber tenido que abandonar cada uno algo que representaba no otra cosa que su propia ciudad.

17. Y una vez que llegaron a Atenas, pocos eran los que disponían de casas o de acogida entre amigos y parientes. Por el contrario, la mayoría fueron a habitar las zonas deshabitadas de la ciudad, así como los santuarios y templos de todos los héroes, menos los de la Acrópolis, el Eleusinio y algún otro que estuviera bien cerrado. Y el llamado Pelárgico, que se halla bajo la Acrópolis, habitar el cual estaba prohibido bajo maldición, cosa que además impedía un final de verso del oráculo de Apolo Pítico, que decía: «Que el Pelárgico esté desocupado es lo mejor»; a pesar de todo y debido a la necesidad del momento fue ocupado por algunos como residencia.

Y creo yo que el oráculo se cumplió de modo inverso a como lo esperaban, pues no sucedieron desgracias a la ciudad por la impiedad de su ocupación, sino que la necesidad de esta ocupación fue motivada por la guerra, a la que no mencionó el oráculo cuando vaticinó que el Pelárgico nunca sería ocupado para nada bueno.

Y muchos se alojaron incluso en las torres de la muralla, y donde cada cual pudo, pues la ciudad no les ofrecía acogida a los que a ellas habían acudido, sino que hicieron grupos y más tarde ocuparon también los Muros Largos y la mayor parte del Pireo.

Al propio tiempo se ocupaban de los preparativos para la guerra, convocando a sus aliados y equipando una escuadra de cien naves contra el Peloponeso. Estos, pues, tenían sus preparativos en esta fase.

18. Por su parte, el ejército de los peloponesios avanzó

hasta llegar en primer lugar a Enoe, en el Atica, punto por el que tenía previsto atacar. Y cuando el ejército se instaló, se dispusieron a lanzarse contra los muros con máquinas de asalto y cualquier otro tipo de ingenio. Efectivamente, Enoe era una plaza defendida por murallas, al encontrarse en la frontera entre Atica y Beocia, y los atenienses la usaban como fortificación cuando les sorprendió la guerra. Así pues, hacían los preparativos para el asalto y en ello y en otros asuntos anduvieron ocupados algún tiempo en torno a Enoe. Arquidamo recibía críticas no pequeñas por ello, pues parecía haber sido algo blando cuando convocó a la guerra, e incluso proclive a los atenienses, al no incitar a los suyos a luchar con ardor. Y una vez que el ejército se reunió, el retraso que se produjo en el Istmo y la lentitud durante el resto de la marcha fueron acusaciones que recayeron sobre él, en especial la detención en Enoe. Los atenienses, en efecto, durante todo ese tiempo iban introduciendo sus enseres en la ciudad, por lo que los peloponesios creían que si hubieran atacado rápidamente, los hubieran sorprendido con todo fuera, de no haber sido por la lentitud de aquél. Tal era la indignación que el ejército abrigaba contra Arquidamo mientras estaban inmovilizados. Mas éste, esperando, según se dice, que los atenienses cedieran algo al estar su territorio aún intacto, y que dudarían en tolerar que fuera arrasado, continuaba con su táctica.

19. Sin embargo, tras haber lanzado un ataque contra Enoe y haber intentado por todos los medios capturarla sin conseguirlo, y sin que los atenienses les hubieran enviado heraldo alguno, levantaron el campamento de allí y lanzaron un ataque al interior del Atica, unos ochenta días más o menos después de los sucesos de Platea, en pleno verano, cuando el trigo estaba en sazón. Iba al frente de la expedición Arquidamo, hijo de Zeuxidamo, rey de los lacedemonios. Se establecieron allí y arrasaron en primer término la llanura de Eleusis y de Triasio, y provocaron que la caballería ateniense se batiera en retirada junto a los llamados Ritos [9].

Acto seguido prosiguieron su avance, dejando a su dere-

---

[9] Alusión a los dos lagos salados que se hallaban entre Atenas y Eleusis, al pie del monte Egáleo.

cha el monte Egáleo, a través del territorio de Cecropia, hasta que llegaron a Acarnas, que es la localidad más importante de los llamados demos del Atica [10]. Se asentaron allí e instalaron el campamento, y permaneciendo en él mucho tiempo se dedicaban a devastar la comarca.

20. Este era el plan, según se dice, de Arquidamo para permanecer en los alrededores de Acarnas con el ejército preparado como si fuera a trabar batalla, y no descender a la llanura durante aquella incursión: confiaba en que los atenienses, que se hallaban en pleno esplendor gracias a su numerosa juventud, y preparados para la guerra como nunca antes, quizá salieran a hacerles frente antes de permitir que su campiña fuera devastada. Pero como no le salieron al encuentro ni en Eleusis ni en la llanura de Triasio, se asentó en los alrededores de Acarnas para intentar que le salieran al encuentro. De una parte, la zona le parecía muy apropiada para instalar allí el campamento, y además creía que los acarnienses, que componían el contingente más numeroso de la ciudad (eran unos tres mil hoplitas) [11], no tolerarían que sus posesiones fueran devastadas, sino que incitarían a todos los demás al combate. Y en el caso de que los atenienses no salieran a hacerle frente durante aquella incursión, tendría mayor libertad en adelante para arrasar la llanura y avanzar hasta la misma ciudad, pues los acarnienses, privados de sus bienes, ya no estarían igualmente animosos para luchar en defensa del territorio de los demás, y surgiría una disensión en sus ánimos. Con este plan aguardaba Arquidamo en los alrededores de Acarnas.

21. Los atenienses, mientras el ejército enemigo estaba por Eleusis y la llanura de Triasio, aún mantenían alguna esperanza de que no avanzaría más hacia ellos, y se acordaban de que cuando el rey lacedemonio Plistoanacte, hijo de Pausanias, hizo una incursión [12] en territorio del Atica con un ejército de peloponesios hasta Eleusis y Trionio, catorce años antes de esta guerra, se retiró sin volver a penetrar más en

---

[10] Acarnas contaba en el siglo IV con 22 bouleutas o consejeros, mientras que el promedio en otros demos era de 8 a 12.

[11] No es admisible esta cifra, en exceso exagerada. Más verosímil es 1.000.

[12] También conocemos esta fecha con precisión: el año 445.

él (motivo precisamente por el que fue expulsado de Esparta, por parecer que había sido sobornado). Pero después de ver que el ejército que estaba en Acarnas distaba unos sesenta estadios [13] de la ciudad, no lo tuvieron como cosa tolerable, sino que, al ser arrasado su territorio a la vista de todos (cosa que nunca habían visto, al menos los más jóvenes, y ni siquiera los más viejos, excepto durante las Guerras Médicas) les pareció, como es natural, algo horrible, y creyeron, sobre todo los jóvenes, que lo mejor era salirles al encuentro y no tolerarlo. Convocaron reuniones en las que hubo fuertes discusiones, unos invitaban a hacer una salida, y algunos otros no les dejaban. Los adivinos recitaban toda suerte de oráculos, según cada cual estaba predispuesto a escucharlos. Por su parte, los acarnienses, conscientes de que constituían no la menor parte de los atenienses, y como era su tierra la devastada, incitaban en mayor grado que otros a la salida. La ciudad se hallaba convulsionada en todos los aspectos, y sentían vivo enojo contra Pericles, y ya no se acordaban de nada de lo que antes les había aconsejado, sino que le insultaban porque siendo su estratego no los sacaba a la lucha, y le consideraban culpable de todo lo que les estaba ocurriendo.

22. Viéndolos Pericles irritados ante la situación presente, y equivocados en sus planteamientos, mientras que él estaba seguro de que su plan de no hacer una salida era acertado, no convocaba la Asamblea ni ninguna otra reunión de ellos, para evitar que se equivocaran al dejarse llevar más por la ira que por la reflexión, sino que vigilaba la ciudad y la mantenía en calma en la medida en que podía. Con todo, hacía salir continuamente a la caballería a fin de evitar que jinetes enemigos se lanzaran en destacamentos desde los campos próximos a la ciudad y los arrasaran. Se produjo en Frigias un combate de caballería entre un solo escuadrón de jinetes atenienses y unos tesalios aliados suyos contra la caballería de los beocios, en el que los atenienses y tesalios no llevaron la peor parte, hasta que al acudir los hoplitas como ayuda de los beocios emprendieron aquéllos la huida, resultando muertos unos pocos tesalios y atenienses, a los

[13] O sea, unos 10 Kms.

que recuperaron, sin embargo, aquel mismo día sin mediar tregua [14]. Por su parte los peloponesios erigieron un trofeo al día siguiente.

Este refuerzo de tropas tesalias a los atenienses se produjo en razón de la antigua alianza, y acudieron a él gentes de Larisa, farsalios, cranonios, pirasios, girtonios y fereos; iban bajo las órdenes, los de Larisa de Polimedes y Aristón, cada uno de ellos al frente de una facción, y Menón al frente de los de Fársalo. Había además para cada una de las otras ciudades un arconte propio.

23. Los peloponesios, en vista de que los atenienses no les habían presentado combate, levantaron el campamento de Acarnas y se dedicaban a devastar algunos otros demos de los que se encuentran entre el Parnés y el monte Brileso [15]. Mientras aún estaban éstos en su territorio, los atenienses enviaron las cien naves que habían preparado a circunnavegar el Peloponeso, con mil hoplitas y cuatrocientos arqueros a bordo. Mandaba la expedición Cárcino, el hijo de Jenotimo, Proteas, hijo de Epicles, y Sócrates, el hijo de Antígenes. Estos, pues, se hicieron a la mar con tales preparativos y costearon el Peloponeso; por su parte los peloponesios permanecieron en el Atica mientras dispusieron de víveres, y emprendieron la retirada a través de Beocia, aunque no por el mismo sitio por donde penetraron. Según pasaban por Oropa arrasaron la llamada comarca Graica, que está habitada por los oropios, súbditos de los atenienses. Una vez que llegaron al Peloponeso se esparcieron cada cual por su ciudad.

24. Después de haberse retirado éstos, los atenienses hicieron montar una guardia por tierra y por mar, según habían planeado, mientras durara la guerra [16], y acordaron apartar de los tesoros de la Acrópolis la suma de mil talentos, declararlos intangibles y no gastarlos sino costear la guerra con el resto. Y que si alguien proponía o sometía a votación destinar esta suma a otro menester (a menos que los

---

[14] No admitían así haber sido derrotados, a pesar de que los lacedemonios erigieron su trofeo en señal de victoria.

[15] Pentélico era el nombre más familiar con el que se le conocía, al Noroeste de Atenas.

[16] Referencia sin duda al período de los diez primeros años de guerra.

enemigos les atacaran con una escuadra y se hiciera preciso defender la ciudad) se le impusiera la pena de muerte. Hicieron reservar además de ese dinero cada año las cien mejores trirremes con sus trierarcos, y no emplearlas, junto con el dinero, en ninguna otra ocasión que no fuera a propósito del citado peligro, si llegaba a hacerse necesario.

25. Los atenienses que circunnavegaban el Peloponeso en sus cien naves, a los que se habían añadido como refuerzo los corcirenses con otras cincuenta, a más de algunos aliados de aquella zona, iban causándoles diversos daños durante su periplo, y desembarcando en Metone de Laconia, ciudad de pocos recursos y de la que se habían ausentado sus hombres, atacaron sus murallas. Sin embargo, se dio la casualidad de que por aquellos parajes se encontraba el espartano Brásidas, hijo de Télide, al frente de una expedición; y al enterarse acudió en auxilio de los del lugar con cien hoplitas. Atravesó a la carrera el campamento de los atenienses, cuyo ejército andaba desperdigado por la zona y orientado hacia las murallas de la ciudad, penetró en Metone habiendo perdido en la incursión a unos pocos sólo de los suyos, y liberó la ciudad; fue el primer espartano de los de esta guerra elogiado públicamente en su ciudad a resultas de esta osada acción. Tras levantar el campamento, los atenienses continuaron costeando, se detuvieron en Fía, en Elide, y durante dos días devastaron la campiña y derrotaron en un combate a trescientos hombres de élite que se habían incorporado como auxilio procedentes de la Elide del interior y de los eleos vecinos de los aledaños.

Al soplar de alta mar un fuerte viento estaban expuestos a la tempestad en un lugar que carecía de puertos, por lo que la mayoría embarcaron en las naves y costearon el llamado cabo Ictis hasta alcanzar el puerto de Fía; en cambio los mesenios y algunos otros que no pudieron subir a bordo avanzaron por tierra y se apoderaron de Fía. Algo después de llegar las naves recogieron a éstos y se hicieron a la mar abandonando Fía, a la vista de que el grueso del ejército de los eleos ya había acudido en auxilio. Los atenienses se dedicaron a costear otros lugares y los iban arrasando.

26. Por este mismo tiempo, los atenienses enviaron treinta naves a la Lócride y para defender además Eubea. Manda-

ba la expedición Cleópompo, hijo de Clinias. Ordenó efectuar algunos desembarcos, arrasó parte de la zona costera y tomó Tronio, haciendo rehenes a algunos habitantes, y derrotó en una batalla en Apole a los locros que habían acudido en auxilio.

27. En ese mismo verano los atenienses expulsaron de Egina a los eginetas, hombres, niños y mujeres, tras haberles acusado de ser en no menor grado causantes de la guerra. Les parecía además más seguro que ocuparan Egina, dado que está muy próxima al Peloponeso, colonos atenienses enviados por ellos. Algo más tarde despacharon, pues, pobladores a ella. Por su parte los lacedemonios ofrecieron a los eginetas, que habían sido expulsados, poder habitar Tirea y cultivar su tierra, tanto a causa de su enemistad contra los atenienses como porque aquéllos les habían ayudado solidariamente cuando ocurrió el seísmo y la revuelta de los hilotas. El territorio de Tirea se halla entre el de Argos y el de Laconia y se extiende hasta el mar. Aquí se establecieron algunos de ellos, mientas otros se diseminaron por el resto de Grecia.

28. Durante ese mismo verano, en un comienzo de mes, único momento en que parece que es posible que ello ocurra, se produjo un eclipse de sol después del medio día, y de nuevo recuperó su plenihelio tras haber estado como la luna menguante y hacer su aparición alguna estrella.

29. En ese verano los atenienses nombraron próxeno suyo (mandándolo buscar) a un antiguo enemigo, un ciudadano de Abdera de nombre Ninfodoro, hijo de Piteo, con cuya hermana estaba casado Sitalces, pues tenía cerca de éste mucha influencia; buscaban con ello que el rey de los tracios, Sitalces, hijo de Teres, se aliara con ellos. Este Teres, padre de Sitalces, fue el primero que contribuyó a extender la gran monarquía [17] odrisia por el resto de Tracia; pues también hay una parte, y grande, de Tracia que es autónoma.

Este Teres no tiene nada que ver con Tereo [18], el que tomó

---

[17] Alusión al estado de dicha monarquía en el año 431.

[18] De sobra es conocida la leyenda del ateniense Pandión, que concedió su hija Procne al rey tracio Tereo. Al conocer éste a su cuñada Filomela la sedujo y le cortó la lengua, pero ella contó a su hermana lo ocurrido, bordando en una tela el incidente.

por mujer a la ateniense Procne, hija de Pandión, pues ni siquiera fueron tracios, sino que Tereo vivía en Daulia, ciudad de la actualmente llamada Fócide, y que entonces estaba habitada por los tracios y en la que las mujeres ejecutaron el crimen de Itis (muchos poetas al mencionar al ruiseñor le llaman «ave de Daulia»). Y es natural que Pandión concertara un enlace para su hija a tan corta distancia con vistas a la mutua ayuda, mejor que con algún odrisa, quienes distaban muchos días de camino.

Así pues, Teres, que ni siquiera tenía el mismo nombre que el otro, fue el primer rey de los odrisios con autoridad. Al hijo de éste, pues, Sitalces, trataban los atenienses de hacerlo su aliado con el deseo de derrotar con su ayuda las ciudades de aquella zona de Tracia y al propio Perdicas. Acudió, pues, a Atenas Ninfodoro y pactó la alizanza de Sitalces, a cuyo hijo, Sádoco, hizo ateniense, y prometió acabar por completo con las guerras de Tracia, tras convencer a Sitalces de que enviara a los atenienses un ejército de jinetes y peltastas tracios. Se atrajo a Perdicas a la causa de los atenienses, y les convenció para que devolvieran la ciudad de Terma. Perdicas se unió inmediatamente a los atenienses y Formión frente a los calcídeos. Y así fue como se hicieron aliados de los atenienses el rey de los tracios Sitalces, hijo de Teres, y Perdicas, hijo de Alejandro, rey de los macedonios.

30. Mientras tanto, los atenienses que con las cien naves aún andaban en torno al Peloponeso se apoderaron de la fortaleza corintia de Solio y la pusieron a disposición de los palereos, para que fueran los únicos acarnanios que habitaran la zona y la ciudad. Tomaron también por la fuerza Astaco, de la que era tirano Enarco, lo expulsaron y se atrajeron el territorio a su alianza. Navegaron hasta la isla de Cefalenia, a la que se atrajeron a su causa sin necesidad de luchar. Cefalenia se halla frente a Acarnania y Léucade, y en ella hay cuatro ciudades: Pale, Crane, Same y Prone. No mucho más tarde las naves regresaron a Atenas.

31. Por la época de la recolección en ese mismo verano, el pueblo de los atenienses al completo, ciudadanos y metecos, emprendieron una incursión a la Megáride bajo las órdenes de Pericles, hijo de Jántipo. Y cuando los atenienses que iban en las cien naves (pues se dio la circunstancia de

que se hallaban ya en Egina de regreso a casa) se enteraron de que los de la ciudad estaban con todo el ejército en Mégara, pusieron proa hacia ellos y se les unieron. Y este fue el mayor ejército que reunió Atenas, pues la ciudad aún estaba en su pleno esplendor y todavía no había sufrido la peste. Los propios atenienses eran no menos de diez mil hoplitas (a más de los tres mil que tenían en Potidea) y les acompañaron en la expedición no menos de tres mil hoplitas metecos, aparte de un resto de tropas ligeramente armadas no pequeño. Arrasaron la mayor parte del territorio y se retiraron. Hubo más tarde algunas otras incursiones de los atenienses contra la Megáride en cada año de esta guerra, tanto con caballería como con todo el ejército formado, hasta que los atenienses capturaron Nisea.

32. También fue amurallado cuando concluía este verano el fuerte de Atalanta, que antes era un islote desierto de los locros opuntios, a fin de evitar que piratas procedentes de Opunte y del resto de Lócride cometieran fechorías por Eubea. Esto fue lo que ocurrió durante este verano tras la retirada de los peloponesios del Atica.

33. En el invierno siguiente, el acarnanio Enarco, queriendo ser restaurado en la ciudad de Astaco, convenció a los corintios a que se hicieran a la mar con cuarenta naves y mil quinientos hoplitas y lo repusieran en el mando, y él mismo ayudó aportando algunos mercenarios. Comandaban el ejército: Eufámides, hijo de Aristónimo; Timójeno, hijo de Timócrates, y Eúmaco, el hijo de Crisis. Se hicieron a la mar y le restauraron en la ciudad, y deseosos de atraerse a algunas plazas de aquella zona costera de Acarnania lo intentaron, mas al no conseguirlo regresaron a casa. Se detuvieron en su cabotaje en Cefalenia, e hicieron un desembarco contra la tierra de los cranios; fueron engañados por ellos tras haber llegado a un pacto, y perdieron a algunos de sus hombres al atacarles inesperadamente los cranios; con gran dificultad se reembarcaron y se dirigieron a casa.

34. En el mismo invierno los atenienses, siguiendo la costumbre tradicional, organizaron públicamente las ceremonias fúnebres de los primeros que habían muerto en esta guerra, de la siguiente manera: montan una tienda y exponen los huesos de los difuntos tres días antes del entierro,

y cada uno lleva a su deudo la ofrenda que desea. Y cuando tiene lugar la conducción de cadáveres, uno carros transportan los féretros de ciprés, cada uno de una tribu [19]. Y en su interior se hallan los huesos de los pertenecientes a cada una de las tribus. Se transporta también un féretro vacío preparado en honor de los desaparecidos que no fueron hallados al recuperar los cadáveres. Acompaña al cortejo el ciudadano o extranjero que quiere, y las mujeres de la familia quedan llorando sobre la tumba. Los depositan, pues, en el cementerio público que está en el más hermoso barrio de la ciudad [20], que es donde siempre dan sepultura a los que han muerto por la ciudad, excepción hecha de los que murieron en Maratón, pues a éstos, al considerar la brillantez de su valor, los enterraron allí mismo.

Y después que los cubren de tierra, un hombre elegido por la ciudad, el que por su inteligencia no parezca ser un necio y destaque en la estimación pública, pronuncia en honor de éstos el pertinente elogio, tras lo cual se marchan todos. Este es el modo como los entierran. Durante el transcurso de toda la guerra seguían esta costumbre cada vez que la ocasión se les presentaba. Así pues, para hablar en honor de estos primeros muertos fue elegido Pericles, hijo de Jántipo. Llegado el momento, se adelantó desde el sepulcro hacia una alta tribuna que se había erigido a fin de que pudiera hacerse oír ante tan gran muchedumbre, y habló así:

35. *«La mayoría de los que aquí han hablado anteriormente, elogian al que añadió* [21] *a la costumbre el que se pronunciara públicamente este discurso, como algo hermoso en honor de los enterrados a consecuencia de las guerras. Aunque lo que a mí me parecería suficiente es que, ya que llegaron a ser de hecho hombres valientes, también de hecho se patentizara su fama como ahora mismo veis en torno a este túmulo que públicamente se les ha preparado; y no que las virtudes de muchos corran el peligro de ser creídas se-*

[19] Organizada la ciudad en base a las distintas tribus, los miembros de cada una de éstas recibían sepultura en común.

[20] Cerámico es el nombre de este barrio. Situado fuera del recinto de los muros, en el camino que va de Dipilon a la Academia.

[21] Opinión de Anaxímenes fue que se remontaba a Solón dicha costumbre.

gún que un solo hombre hable bien o menos bien. Pues es difícil hablar con exactitud en momentos en los que difícilmente está segura incluso la apreciación de la verdad.

Pues el oyente que ha conocido los hechos y es benévolo, pensará quizá que la exposición se queda corta respecto a lo que él quiere y sabe; en cambio quien no los conoce pensará, por envidia, que se está exagerando, si oye algo que está por encima de su propia naturaleza. Pues los elogios pronunciados sobre los demás se toleran sólo hasta el punto en que cada cual también cree ser capaz de realizar algo de las cosas que oyó; y a lo que por encima de ellos sobrepasa, sintiendo ya envidia, no le dan crédito. Mas, puesto que a los antiguos les pareció que ello estaba bien, es preciso que también yo, siguiendo la ley, intente satisfacer lo más posible el deseo y la expectación de cada uno de vosotros.

36. *Comenzaré por los antepasados, lo primero; pues es justo y al mismo tiempo conveniente que en estos momentos se les conceda a ellos esta honra de su recuerdo. Pues habitaron siempre este país en la sucesión de las generaciones hasta hoy, y libre nos lo entregaron gracias a su valor. Dignos son de elogio aquéllos, y mucho más lo son nuestros propios padres*[22]*, pues adquiriendo no sin esfuerzo, además de lo que recibieron, cuanto imperio tenemos, nos lo dejaron a nosotros, los de hoy en día. Y nosotros, los mismos que aún vivimos y estamos en plena edad madura, en su mayor parte lo hemos engrandecido, y hemos convertido nuestra ciudad en la más autárquica, tanto en lo referente a la guerra como a la paz.*

De estas cosas pasaré por alto los hechos de guerra con los que se adquirió cada cosa, o si nosotros mismos o nuestros padres rechazamos al enemigo, bárbaro o griego, que valerosamente atacaba, por no querer extenderme ante quienes ya lo conocen. En cambio, tras haber expuesto primero desde qué modo de ser llegamos a ello, y con qué régimen político y a partir de qué caracteres personales se hizo grande, pasaré también luego al elogio de los muertos, considerando que en el momento presente no sería inoportuno

---

[22] No hay que olvidar que fueron la generación de combatientes en las Guerras Médicas.

que esto se dijera, y es conveniente que lo oiga toda esta asamblea de ciudadanos y extranjeros.

37. *Pues tenemos una Constitución que no envidia las leyes de los vecinos, sino que más bien es ella modelo para algunas ciudades que imitadora de los otros. Y su nombre, por atribuirse no a unos pocos, sino a los más, es Democracia. A todo el mundo asiste, de acuerdo con nuestras leyes, la igualdad de derechos en las disensiones particulares, mientras que según la reputación que cada cual tiene en algo, no es estimado para las cosas en común más por turno que por su valía, ni a su vez tampoco a causa de su pobreza, al menos si tiene algo bueno que hacer en beneficio de la ciudad, se ve impedido por la oscuridad de su reputación. Gobernamos liberalmente lo relativo a la comunidad, y respecto a la suspicacia recíproca referente a las cuestiones de cada día, ni sentimos envidia del vecino si hace algo por placer, ni añadimos nuevas molestias, que aun no siendo penosas son lamentables de ver. Y al tratar los asuntos privados sin molestarnos, tampoco transgredimos los asuntos públicos, más que nada por miedo, y por obediencia a los que en cada ocasión desempeñan cargos públicos y a las leyes, y de entre ellas sobre todo a las que están dadas en pro de los injustamente tratados, y a cuantas por ser leyes no escritas*[23] *comportan una vergüenza reconocida.*

38. *Y también nos hemos procurado frecuentes descansos para nuestro espíritu, sirviéndonos de certámenes y sacrificios celebrados a lo largo del año, y de decorosas casas particulares cuyo disfrute diario aleja las penas. Y a causa de su grandeza entran en nuestra ciudad toda clase de productos desde toda la tierra, y nos acontece que disfrutamos los bienes que aquí se producen para deleite propio, no menos que los bienes de los demás hombres.*

39. *Y también sobresalimos en los preparativos de las cosas de la guerra por lo siguiente: mantenemos nuestra ciudad abierta y nunca se da el que impidamos a nadie (expulsando a los extranjeros) que pregunte o contemple algo*

---

[23] Testimonio bellísimo sobre las «leyes ágrafas», nunca escritas pero siempre presentes en la conciencia humana, el de Sófocles, *Edipo Rey*, 863-870, y *Antígona* 450-461.

—al menos que se trate de algo que de no estar oculto pudiera un enemigo sacar provecho al verlo—, porque confiamos no más en los preparativos y estratagemas que en nuestro propio buen ánimo a la hora de actuar. Y respecto a la educación éstos, cuando todavía son niños, practican con un esforzado entrenamiento el valor propio de adultos, mientras que nosotros vivimos plácidamente y no por ello nos enfrentamos menos a parejos peligros. Aquí está la prueba: los lacedemonios nunca vienen a nuestro territorio por sí solos, sino en compañía de todos sus aliados; en cambio nosotros, cuando atacamos el territorio de los vecinos, vencemos con facilidad en tierra extranjera la mayoría de las veces, y eso que son gentes que se defienden por sus propiedades. Y contra todas nuestras fuerzas reunidas ningún enemigo se enfrentó todavía, a causa tanto de la preparación de nuestra flota como de que enviamos a algunos de nosotros mismos a puntos diversos por tierra. Y si ellos se enfrentan en algún sitio con una parte de los nuestros, si vencen se jactan de haber rechazado unos pocos a todos los nuestros, y si son vencidos, haberlo sido por la totalidad. Así pues, si con una cierta indolencia más que con el continuo entrenarse en penalidades, y no con leyes más que con costumbres de valor queremos correr los riesgos, ocurre que no sufrimos de antemano con los dolores venideros, y aparecemos llegando a lo mismo y con no menos arrojo que quienes siempre están ejercitándose. Por todo ello la ciudad es digna de admiración y aun por otros motivos.

40. *Pues amamos la belleza con economía y amamos la sabiduría sin blandicie, y usamos la riqueza más como ocasión de obrar que como jactancia de palabra. Y el reconocer que se es pobre no es vergüenza para nadie, sino que el no huirlo de hecho, eso sí que es más vergonzoso. Arraigada está en ellos la preocupación de los asuntos privados y también de los públicos; y estas gentes, dedicadas a otras actividades, entienden no menos de los asuntos públicos. Somos los únicos, en efecto, que consideramos al que no participa de estas cosas, no ya un tranquilo, sino un inútil, y nosotros mismos, o bien emitimos nuestro propio juicio, o bien deliberamos rectamente sobre los asuntos públicos, sin considerar las palabras un perjuicio para la acción, sino el no*

aprender de antemano mediante la palabra antes de pasar de hecho a ejecutar lo que es preciso.

Pues también poseemos ventajosamente esto: el ser atrevidos y deliberar especialmente sobre lo que vamos a emprender; en cambio en los otros la ignorancia les da temeridad y la reflexión les implica demora. Podrían ser considerados justamente los de mejor ánimo aquellos que conocen exactamente lo agradable y lo terrible y no por ello se apartan de los peligros. Y en lo que concierne a la virtud nos distinguimos de la mayoría; pues nos procuramos a los amigos, no recibiendo favores sino haciéndolos. Y es que el que otorga el favor es un amigo más seguro para mantener la amistad que le debe aquél a quien se lo hizo, pues el que lo debe es en cambio más débil, ya que sabe que devolverá el favor no gratuitamente sino como si fuera una deuda. Y somos los únicos que sin angustiarnos procuramos a alguien beneficios no tanto por el cálculo del momento oportuno como por la confianza en nuestra libertad.

41. *Resumiendo, afirmo que la ciudad toda es escuela de Grecia, y me parece que cada ciudadano de entre nosotros podría procurarse en los más variados aspectos una vida completísima con la mayor flexibilidad y encanto. Y que estas cosas no son jactancia retórica del momento actual sino la verdad de los hechos, lo demuestra el poderío de la ciudad, el cual hemos conseguido a partir de este carácter. Efectivamente, es la única ciudad de las actuales que acude a una prueba mayor que su fama, y la única que no provoca en el enemigo que la ataca indignación por lo que sufre, ni reproches en los súbditos, en la idea de que no son gobernados por gentes dignas. Y al habernos procurado un poderío con pruebas más que evidentes y no sin testigos, daremos ocasión de ser admirados a los hombres de ahora y a los venideros, sin necesitar para nada el elogio de Homero ni de ningún otro que nos deleitará de momento con palabras halagadoras, aunque la verdad irá a desmentir su concepción de los hechos; sino que tras haber obligado a todas las tierras y mares a ser accesibles a nuestro arrojo, por to-*

das partes hemos contribuido a fundar recuerdos imperecederos para bien o para mal[24].

Así pues, éstos, considerando justo no ser privados de una tal ciudad, lucharon y murieron noblemente, y es natural que cualquiera de los supervivientes quiera esforzarse en su defensa.

42. *Esta es la razón por la que me he extendido en los referente a la ciudad, enseñándoos que no disputamos por lo mismo nosotros y quienes no poseen nada de todo esto, y dejando en claro al mismo tiempo con pruebas ejemplares el público elogio sobre quienes ahora hablo. Y de él ya está dicha la parte más importante. Pues las virtudes que en la ciudad he elogiado no son otras que aquéllas con que las han adornado estos hombres y otros semejantes, y no son muchos los griegos cuya fama, como la de éstos, sea pareja a lo que hicieron. Y me parece que pone de manifiesto la valía de un hombre, el desenlace que éstos ahora han tenido, al principio sólo mediante indicios, pero luego confirmándola al final. Pues es justo que a quienes son inferiores en otros aspectos se les valore en primer lugar su valentía en defensa de la patria, ya que borrando con lo bueno lo malo reportaron mayor beneficio a la comunidad que lo que la perjudicaron como simples particulares. Y de ellos ninguno flojeó por anteponer el disfrute continuado de la riqueza, ni demoró el peligro por la esperanza de que escapando algún día de su pobreza podría enriquecerse. Por el contrario, consideraron más deseable que todo esto el castigo de los enemigos, y estimando además que éste era el más bello de los riesgos decidieron con él vengar a los enemigos, optando por los peligros, confiando a la esperanza lo incierto de su éxito, estimando digno tener confianza en sí mismos de hecho ante lo que ya tenían ante su vista.*

Y en ese momento consideraron en más el defenderse y sufrir, que ceder y salvarse; evitaron una fama vergonzosa, y aguantaron el peligro de la acción al precio de sus vidas,

[24] Objetan algunos comentaristas que este pasaje resultaría cuando menos triste y penoso para un auditorio que ha sido derrotado en el 404, por lo que postulan una fecha de redacción anterior al final de la guerra.

y en breve instante de su Fortuna, en el esplendor mismo de su fama más que de su miedo, fenecieron [25].

43. *Y así éstos, tales resultaron, de modo en verdad digno a su ciudad. Y preciso es que el resto pidan tener una decisión más firme y no se den por satisfechos de tenerla más cobarde ante los enemigos, viendo su utilidad no sólo de palabra, cosa que cualquiera podría tratar* in extenso *ante vosotros, que la conocéis igual de bien, mencionando cuántos beneficios hay en vengarse de los enemigos; antes por el contrario, contemplando de hecho cada día el poderío de la ciudad y enamorándoos de él, y cuando os parezca que es inmenso, pensad que todo ello lo adquirieron unos hombres osados y que conocían su deber, y que actuaron con pundonor en el momento de la acción; y que si fracasaban al intentar algo no se creían con derecho a privar a la ciudad de su innata audacia, por lo que le brindaron su más bello tributo: dieron, en efecto, su vida por la comunidad, cosechando en particular una alabanza imperecedera y la más célebre tumba: no sólo el lugar en que yacen, sino aquella otra en la que por siempre les sobrevive su gloria en cualquier ocasión que se presente, de dicho o de hecho. Porque de los hombres ilustres tumba es la tierra toda, y no sólo la señala una inscripción sepulcral en su ciudad, sino que incluso en los países extraños pervive el recuerdo que, aun no escrito, está grabado en el alma de cada uno más que en algo material. Imitadlos ahora a ellos, y considerando que su libertad es su felicidad y su valor su libertad, no os angustiéis en exceso sobre los peligros de la guerra.*

Pues no sería justo que escatimaran menos sus vidas los desafortunados (ya que no tienen esperanzas de ventura), sino aquellos otros para quienes hay el peligro de sufrir en su vida un cambio a peor, en cuyo caso sobre todo serían mayores las diferencias si en algo fracasaran. Pues, al menos para un hombre que tenga dignidad, es más doloroso sufrir un daño por propia cobardía que, estando en pleno vigor y lleno de esperanza común, la muerte que llega sin sentirse.

44. *Por esto precisamente, no os compadezco a vosotros,*

---

[25] De otra manera interpreta el pasaje Gomme, vol. II, pp. 133-135.

los padres de éstos de ahora que aquí estáis presentes, sino que más bien voy a consolaros[26]. *Pues ellos saben que han sido educados en las más diversas experiencias. Y la felicidad es haber alcanzado, como éstos, la muerte más honrosa, o el más honroso dolor como vosotros y como aquellos a quienes la vida les calculó por igual el ser feliz y el morir.*

Y que es difícil convenceros de ello lo sé, pues tendréis múltiples ocasiones de acordaros de ellos en momentos de alegría para otros, como los que antaño también eran vuestro orgullo. Pues la pena no nace de verse privado uno de aquellas cosas buenas que uno no ha probado, sino cuando se ve despojado de algo a lo que estaba acostumbrado.

Preciso es tener confianza en la esperanza de nuevos hijos, los que aún estáis en edad, pues los nuevos que nazcan ayudarán en el plano familiar a acordarse menos de los que ya no viven, y será útil para la ciudad por dos motivos: por no quedar despoblada y por una cuestión de seguridad. Pues no es posible que tomen decisiones equitativas y justas quienes no exponen a sus hijos a que corran peligro como los demás.

Y a su vez, cuantos habéis pasado ya la madurez, considerad vuestra mayor ganancia la época de vuestra vida en que fuisteis felices, y que ésta presente será breve, y aliviaos con la gloria de ellos. Porque las ansias de honores es lo único que no envejece, y en la etapa de la vida menos útil no es el acumular riquezas, como dicen algunos, lo que más agrada, sino el recibir honores.

45. *Por otra parte, para los hijos o hermanos de éstos que aquí están presentes veo una dura prueba (pues a quien ha muerto todo el mundo suele elogiar) y a duras penas podríais ser considerados, en un exceso de virtud por vuestra parte, no digo iguales sino ligeramente inferiores. Pues para los vivos queda la envidia ante sus adversarios, en cambio lo que no está ante nosotros es honrado con una benevolencia que no tiene rivalidad. Y si debo tener un recuerdo de la virtud de las mujeres que ahora quedarán viudas, lo expresaré todo con una breve indicación. Para vosotras será*

[26] Obsérvese el estrecho paralelismo con el *Menéxeno* platónico (247 c-d).

una gran fama el no ser inferiores a vuestra natural condición, y que entre los hombres se hable lo menos posible de vosotras, sea en tono de elogio o de crítica.

46. *He pronunciado también yo en este discurso, según la costumbre, cuanto era conveniente, y los ahora enterrados han recibido ya de hecho en parte sus honras; a su vez la ciudad va a criar a expensas públicas a sus hijos hasta la juventud, ofreciendo una útil corona a éstos y a los supervivientes de estos combates. Pues es entre quienes disponen de premios mayores a la virtud donde se dan ciudadanos más nobles.*

Y ahora, después de haber concluido los lamentos fúnebres, cada cual en honor de los suyos, marchaos.»

47. Así tuvo lugar el entierro, en este mismo invierno, al cabo del cual concluyó el primer año de esta guerra. Y tan pronto comenzó la primavera los peloponesios y sus aliados hicieron una incursión, como la anterior, con los dos tercios de su ejército contra el Atica (a su frente iba el rey de los lacedemonios Arquidamo, hijo de Zeuxidamo). Se instalaron allí y se dedicaban a devastar el territorio. Cuando no llevaban aún muchos días en el Atica comenzó a aparecer por primera vez la famosa peste, de la que se decía que había atacado con anterioridad en muchos otros lugares, como en Lemnos y en otros parajes, aunque una epidemia tan grande y tan destructora de hombres no se recordaba que hubiera ocurrido en parte alguna. Efectivamente, en los comienzos los médicos no acertaban a devolver la salud, por su desconocimiento de la misma; es más, eran ellos mismos los que en mayor número morían, en cuanto que eran los que más trataban a los enfermos, y tampoco bastaba ningún otro remedio humano. Las súplicas en los santuarios o acudir a adivinos y similares resultaron por completo inútiles; y todo el mundo acabó por desistir de ellos, derrotados por el mal.

48. Comenzó éste primero, según se dice, desde Etiopía, situada al Sur de Egipto, y más tarde descendió a Egipto y Libia y a la mayor parte del territorio sometido al Rey. En Atenas irrumpió de repente, e hizo presa en primer lugar entre los habitantes del Pireo, de suerte que se decía entre ellos que los peloponesios habían vertido veneno en los pozos, pues todavía no tenían allí aljibes. Algo después penetró ya

en el interior de la ciudad, y los muertos fueron ya muchísimos.

Pronúnciese sobre él cada cual, según lo que —médico o simple particular— sepa, de qué es natural que haya surgido, y qué causas considera que fueron capaces de tener la virtualidad de provocar tan violenta alteración [27].

Yo, por mi parte, voy a contar cómo fue y expondré los indicios a partir de los cuales uno que los examine, en caso de que de nuevo vuelva a atacar, podría diagnosticar mejor, al contar con una idea previa, al haber estado yo mismo enfermo y haber visto también a muchos otros padecerlo.

49. Aquel año, en efecto, se estuvo generalmente de acuerdo en que había sido muy inmune a las enfermedades más corrientes, y si alguien había sufrido antes alguna enfermedad, su dolencia acabó resolviéndose en ésta. A los demás, en cambio, y sin causa aparente alguna, estando en perfecto estado de salud, les atacaban al principio de repente fuertes fiebres en la cabeza; sus ojos se enrojecían y se inflamaban, y en sus órganos internos, como la garganta y la lengua, al punto se hacían sanguinolentos y exhalaban un aliento atípico y fétido.

A estos síntomas sucedían estornudos y ronqueras, y al cabo de poco tiempo el malestar descendía al pecho acompañado de una fuerte tos. Y una vez que se fijaba en el estómago lo convulsionaba, y sobrevenían cuantos vómitos de bilis nos han descrito los médicos, y ello en medio del mayor agotamiento. A muchos les sobrevenían arcadas que les provocaban violentos espasmos, que en algunos casos cesaban enseguida, y en otros muchos después. El cuerpo, al tacto externo, no estaba ni muy caliente ni pálido, sino ligeramente enrojecido, lívido y recubierto de pequeñas ampollas y llagas; en cambio por dentro ardía tanto que no podían so-

[27] Múltiples discusiones ha concitado el asunto de la peste o epidemia de Atenas. Como los síntomas son comunes a dos o tres enfermedades (tifus, sarampión) no ha resultado fácil identificarla. El propio Hipócrates (o sus hijos) parece que acudió a Atenas para estudiarla, aunque extraña que en *Corpus Hippocraticum* no se halle ninguna descripción. De otra parte, es sabido que en quinientos años han desaparecido algunas enfermedades o han alterado su sintomatología, de ahí la dificultad de llegar a conclusiones sobre una acaecida hace dos mil quinientos años. Cf. S. L. Radt, «Zu Thukydides' Pestbeschreibung», *Mnemosyne,* XXXI, 233-245.

portar que se les cubriera con los mantos y sábanas más finas, ni ninguna otra cosa que estar desnudos; y de muy buena gana se habrían echado al agua fresca, cosa que hicieron arrojándose a unos pozos muchos enfermos que estaban menos vigilados, víctimas de una sed insaciable. Pero daba igual beber mucho que poco. Además pesaba sobre ellos una falta de reposo e insomnio constantes.

Durante el tiempo en que la enfermedad estaba en su apogeo el cuerpo no se consumía, sino que resistía de una manera increíble la enfermedad, de suerte que en su mayoría morían a los siete o nueve días a causa de los ardores internos y con parte de sus fuerzas intactas, o si sobrepasaban este trance, al bajar al vientre la enfermedad, sobrevenía una fuerte ulceración, a la que se sumaba la aparición de una diarrea de flujo constante, a causa de la cual más que nada perecían muchos de debilidad. La enfermedad recorría todo el cuerpo, de arriba abajo, comenzando primero por asentarse en la cabeza, y si alguien se sobreponía a los ataques de las partes vitales, conservaba sin embargo las señales del mal en las extremidades, pues atacaba a los órganos genitales y a los dedos de las manos y de los pies; hubo muchos que consiguieron librarse tras haberlos perdido, y algunos tras haber perdido los ojos. A otros, en cambio, al iniciarse su recuperación les sobrevenía una amnesia total, y no se podían reconocer ni a sí mismos ni a sus familiares.

50. La índole de la enfermedad era superior a todo lo que pueda describirse. Además, a cada uno de los que atacó lo hizo con una violencia mayor de la que resiste la naturaleza humana; y especialmente por lo que ahora sigue demostró que era algo bien distinto de las afecciones corrientes: las aves carroñeras y animales que se alimentan de cadáveres, a pesar de que había muchos insepultos, o no se acercaban o si los habían probado morían. Y la prueba es ésta: se produjo una total desaparición de tal clase de aves, y no se las veía ni en torno a los cadáveres ni en ninguna otra parte. Y eran los perros los que, por convivir con el hombre, permitían observar lo que sucedía.

51. Así pues, tales eran los síntomas en conjunto de la enfermedad, si dejamos de lado muchas otras extrañas peculiaridades, dado que en cada caso seguía un curso distinto

del otro. Y no se presentó por aquel tiempo ninguna de las enfermedades corrientes, y la que aparecía desembocaba finalmente en ésta. Morían unos por falta de atención y otros pese a estar atendidos. Ninguno, no se encontró ni un solo remedio, por así decir, con cuya aplicación se lograra alivio (pues lo que remediaba a uno, eso mismo dañaba a otro). Y ningún organismo, fuera robusto o débil, se mostró capaz de resistir por sí la enfermedad, sino que a todos aniquilaba fuera el que fuera el régimen terapéutico con que se le atendía.

Lo más terrible de toda esta enfermedad fue el desánimo que le embargaba a uno cuando se percataba de que estaba enfermo (pues inmediatamente abandonaba su espíritu a la desesperación y se entregaban ellos mismos, sin intención siquiera de resistir), y como se contagiaban al cuidarse unos a otros, morían como ovejas. Y fue el contagio lo que motivó mayor número de víctimas, pues si por temor no querían ponerse en contacto los unos con los otros, los enfermos morían abandonados, y así muchas casas quedaron vacías por falta de quien las atendiera; y si se les acercaban, perecían, y de manera especial quienes tenían a gala dar pruebas de humanitarismo. En efecto, éstos, por un sentimiento de pundonor se despreocupaban de sí mismos e iban a casa de sus amigos, incluso cuando hasta los familiares terminaron, vencidos por la magnitud de la desgracia, por cansarse de las muestras de duelo por los que incesantemente morían.

Y sin embargo, eran los que habían sobrevivido a la enfermedad [28] los que más se compadecían del que agonizaba y del que estaba enfermo, no sólo porque ya lo habían conocido con anterioridad, sino porque se sentían ya seguros, pues la enfermedad no atacaba a una misma persona dos veces con riesgo de muerte. Y así eran felicitados por los demás, e incluso ellos mismos, por la alegría del momento, abrigaban cierta vana esperanza de que ya nunca iban a morir víctimas de ninguna otra enfermedad.

52. Añadida al presente infortunio, la concentración de gente venida de la campiña a la ciudad agravó la situación de la población, y no menos la de los propios refugiados:

[28] Incluso Tucídides fue víctima, aunque sobrevivió a ella.

como no había viviendas, se alojaban en chozas asfixiantes en plena canícula, por lo que la mortandad se producía entre un completo desorden. Según iban muriendo, se acumulaban los cadáveres unos sobre otros, o bien deambulaban medio muertos por los caminos y en torno a las fuentes todas, ávidos de agua.

Los templos en los que se les había instalado estaban repletos de cadáveres de gente que había muerto allí. Y es que como la calamidad les acuciaba con tanta violencia y los hombres no sabían qué iba a ocurrir, empezaron a sentir menosprecio tanto por la religión como por la piedad.

Todos los ritos que hasta entonces habían seguido para enterrar a sus muertos fueron trastornados, y sepultaban a sus muertos según cada cual podía. Muchos tuvieron que acudir a indecorosas maneras de enterrar, dado que carecían de los objetos del ritual por haber perdido ya a muchos familiares. Algunos se adelantaban a quienes habían erigido las piras, y depositaban así el cadáver sobre piras ajenas y les prendían fuego, mientras que otros echaban el suyo desde arriba encima del que ya se estaba quemando, y se marchaban.

53. La peste introdujo en Atenas una mayor falta de respeto por las leyes en otros aspectos. Pues cualquiera se atrevía con suma facilidad a entregarse a placeres que con anterioridad ocultaba, viendo el brusco cambio de fortuna de los ricos, que morían repentinamente, y de los que hasta entonces nada tenían y que de pronto entraban en posesión de los bienes de aquéllos. De suerte que buscaban el pronto disfrute de las cosas y lo agradable, al considerar igualmente efímeros la vida y el dinero.

Y nadie estaba dispuesto a sacrificarse por lo que se consideraba un noble ideal, pensando que era incierto si iba él mismo a perecer antes de alcanzarlo. Se instituyó como cosa honorable y útil lo que era placer inmediato y los medios que resultaban provechosos para ello. Ni el temor de los dioses ni ninguna ley humana podía contenerlos, pues respecto de lo primero tenían en lo mismo el ser piadosos o no, al ver que todos por igual perecían; por otra parte, nadie esperaba vivir hasta que llegara la hora de la justicia y tener que pagar el castigo de sus delitos, sino que sobre sus cabezas pendía una sentencia mucho más grave y ya dictaminada

contra ellos, por lo que era natural disfrutar algo de la vida antes de que sobre ellos se abatiera.

54. Los atenienses estaban abrumados por tal calamidad como la que les había sobrevenido, al perecer los ciudadanos en el interior y ser arrasado su territorio de fuera. Y en medio de la desgracia se acordaron, como es natural, de este verso que los antiguos decían que había sido vaticinado hacía tiempo: «Vendrá la guerra doria, y la peste con ella.» Hubo una discusión entre los ciudadanos acerca de que los antiguos no habían dicho en su verso «peste», sino «hambre» [29]. Sin embargo, ante la situación presente se impuso, como es natural, que se había dicho «peste». Ya que los hombres recuerdan aquello que sufren. Y creo yo que si en algún otro momento después de éste estalla una guerra con los dorios y aparece el hambre, lo natural será que interpreten el verso de la otra forma. También se acordaron ahora, aquellos que lo conocían, de la respuesta del oráculo de los lacedemonios, cuando al preguntar éstos al dios «si había que entrar en guerra», les respondió «que si luchaban con todas sus fuerzas, obtendrían la victoria, y que él mismo participaría». Así pues, a propósito de este oráculo, tenían la impresión de que concordaba con lo que había ocurrido, pues la enfermedad comenzó a aparecer al producirse el ataque de los peloponesios, y no se propagó al Peloponeso en proporción digna de notarse, sino que hizo pasto sobre todo de Atenas, y a continuación también sobre las ciudades más populosas.

Esto es lo que ocurrió relativo a la enfermedad [30].

55. Después que los peloponesios devastaron la llanura, entraron en la llamada comarca Paralia hasta Laurión, donde los atenienses tienen sus minas de plata [31]. En primer lugar devastaron la parte de este territorio que mira al Peloponeso, y luego la que está orientada hacia Eubea y Andros. Y Pericles, que también era entonces estratego, continuaba con

---

[29] Apenas resulta posible reproducir la homofonía que existe entre ambos términos en griego *(loimón/limón)*. Así se explica la fácil confusión o posible doble interpretación.

[30] Más detalles obtenemos a partir de lo que se dice en III, 87.

[31] O los daños causados a las minas fueron de poca monta, o al menos no nos consta, ya que Atenas no tuvo problemas financieros.

su mismo plan, al igual que durante la primera invasión, de que los atenienses no salieran a plantarles batalla.

56. Mientras éstos estaban aún en la llanura y antes de que pasaran a la comarca Paralia, Pericles estaba preparando una flota de cien naves contra el Peloponeso, y una vez que estuvo dispuesta, se hizo a la mar. Llevaba a bordo cuatro mil hoplitas atenienses y trescientos jinetes en naves de transporte de caballos, construidas entonces por primera vez a partir de sus naves viejas. Los de Quíos y de Lesbos los acompañaban en la expedición con cincuenta naves. Cuando se hizo a la mar esta escuadra ateniense, dejó a los peloponesios en la comarca Paralia del Atica. Llegados a Epidauro, en el Peloponeso, devastaron buena parte del territorio y lanzaron un ataque contra la ciudad, pues habían concebido la esperanza de poder tomarla, pero no tuvieron éxito. Se hicieron de nuevo a la mar desde Epidauro y empezaron a arrasar los territorios de Trecén, Halíade y Hermíone, que son todas ellas ciudades costeras del Peloponeso. Partieron de allí y se presentaron en Prasia, una pequeña ciudad de la costa de Laconia, devastaron su territorio, capturaron y arrasaron la ciudadela. Después de haber llevado a cabo esto, emprendieron el regreso a casa, y encontraron que los peloponesios ya no estaban en el Atica, sino que se habían retirado.

57. Durante todo el tiempo que los peloponesios permanecieron en territorio ateniense y los atenienses anduvieron en su expedición naval, la enfermedad continuaba aniquilando a los atenienses, tanto a los del ejército como a los de la ciudad, de suerte que se llegó a decir incluso que los peloponesios por miedo a la enfermedad (al enterarse por medio de los desertores de que el mal estaba en la ciudad, y al verlos, además, enterrar a sus muertos) habían anticipado su salida del territorio. Fue en esta incursión cuando mayor tiempo permanecieron en esta región, a la que arrasaron por completo, pues estuvieron en territorio del Atica unos cuarenta días.

58. En ese mismo verano, Hagnón, el hijo de Nicias, y Cleópompo, el hijo de Clinias, que eran estrategos junto a Pericles, tomando bajo sus órdenes el ejército que éste había mandado, emprendieron al punto una expedición contra los calcídeos que vivían en Tracia y contra Potidea, que

aún continuaba asediada. Una vez que llegaron se aplicaron con sus ingenios al ataque de Potidea e intentaron capturarla por todos los medios. Mas no tuvieron un éxito acorde con sus preparativos, ni en la toma de la ciudad ni en lo demás.

Efectivamente, al sobrevenirles también allí la enfermedad, acosó brutalmente a los atenienses sembrando la destrucción en el ejército, hasta el punto de que los primeros soldados atenienses empezaron a enfermar contagiados por el ejército de Hagnón, a pesar de que hasta ese momento habían estado sanos. Por su parte, Formión y sus mil seiscientos hombres se habían retirado de Calcídica. Así que Hagnón zarpó con sus naves de regreso a Atenas, tras haber perdido mil cincuenta de sus cuatro mil hoplitas, en aproximadamente cuarenta días. Los soldados de la primera expedición permanecieron en el territorio, continuando el asedio a Potidea.

59. Tras esta segunda invasión de los peloponesios, los atenienses, ahora que su territorio había sido arrasado por segunda vez, y que les oprimía tanto la enfermedad como la guerra, cambiaron su manera de pensar. Acusaban a Pericles de haberlos persuadido a entrar en guerra, y que por su culpa habían caído en estas desgracias; y por ello se mostraban prestos a llegar a un acuerdo con los lacedemonios. Despacharon unos embajadores a éstos, aunque resultaron inútiles. Situados en una tesitura sin salida para sus planes, dirigían sus ataques contra Pericles. Y éste viéndolos exasperados ante la situación presente, y que hacían todo lo que él había esperado que hicieran, los convocó a una asamblea (pues aún era estratego) ya que quería darles ánimos y trocar la irritación de sus mentes hacia unos sentimientos más sosegados y más carentes de miedo. Y adelantándose, dijo lo siguiente:

60. *«Yo ya me esperaba este estallido de vuestra irritación contra mí (pues percibo sus causas), y he convocado la Asamblea por lo siguiente: para refrescaros la memoria y reprobaros que sin razón os irritéis contra mí y que cedáis ante la adversidad. Porque, a mi juicio, es más útil a los ciudadanos particulares el que la ciudad en su conjunto pros-*

pere[32]*, que el que los ciudadanos prosperen como individuos pero que ella como comunidad decline. Pues un hombre a quien en lo suyo le va bien, si su patria se arruina, no en menor grado deja de perecer con ella; en cambio, si él es desafortunado en una ciudad próspera, podrá salvarse mucho mejor. Así pues, cuando la ciudad es capaz de soportar los infortunios de los particulares, y en cambio cada uno de éstos no puede soportar los de aquélla ¿cómo no va a ser preciso que todos la defendamos, y no hacer lo que ahora vosotros hacéis?, pues abatidos por las calamidades domésticas os despreocupáis de la salvación de la comunidad, y me echáis la culpa, a mí que os aconsejé entrar en guerra, y a vosotros mismos que estuvisteis de acuerdo con ello. Pues bien, os irritáis de manera especial contra mí, que soy un hombre, creo, no inferior a nadie a la hora de saber lo que es necesario y explicarlo, un buen patriota, e inaccesible al soborno. Porque quien concibe un plan y no lo expone con claridad, vale lo mismo que si no le hubiera venido a la mente; y quien posee ambas cualidades pero es desleal a su patria, no podría hablar con el mismo interés; y si también tiene esta virtud, pero se dejó corromper por el soborno, vendería todo sólo por éste. De suerte que si opinaseis que yo poseía, aun cuando fuera en proporción modesta, más que otros estas virtudes, y por ello os dejasteis persuadir a entrar en guerra, no sería razonable que ahora soporte yo solo la acusación de haber actuado con malicia.*

61. *Porque, desde luego, para quienes tienen posibilidades de elección, y gozan además de prosperidad, es una gran insensatez entrar en guerra. Pero cuando se hace necesario, o bien ceder y acto seguido someterse a otros, o sobrevivir tras haber hecho frente al peligro, merece mayores reproches el que ha rehuido el peligro que el que lo ha afrontado.*

Yo sigo siendo el mismo y no me salgo de donde estaba. Vosotros, por contra, habéis cambiado, puesto que os ocurrió que os dejasteis persuadir cuando no conocíais la desgracia, pero os habéis arrepentido al sufrir el infortunio; y

---

[32] Relación de otros pasajes clásicos en la misma línea: Sófocles, *Antígona*, 184-190; Heródoto, I, 30; Jenofonte, *Memorables*, III, 7-9.

mi razonamiento, en vuestras debilitadas mentes, no os parece correcto, debido a que el dolor os alcanza ya a cada uno de vosotros, mientras que los beneficios aún no se han puesto de manifiesto a nadie. Y así, al haber sobrevenido en poco tiempo tan importante cambio de fortuna, vuestro espíritu es débil para perseverar en lo que habíais decidido. En efecto, la desgracia repentina, inesperada y que sucede más allá de todo cálculo, esclaviza el entendimiento, que es lo que os ha ocurrido especialmente con la epidemia, añadida a las demás desgracias.

Y, sin embargo, es preciso que quienes habitan una gran ciudad y han sido educados en costumbres dignas de su grandeza, quieran también afrontar las más duras pruebas y no empañar su reputación (pues los hombres consideran igualmente justo culpar a quien por molicie queda por debajo de su propia fama, y odiar a quien por su audacia aspira a una que no le corresponde), sino, deponiendo las penas por vuestras desgracias personales, procurar en cambio la salvación de la comunidad.

62. *Y con respecto al esfuerzo que conlleva la guerra (no sea que resulte mucho y no alcancemos mayor éxito) os debe bastar aquello que en repetidas ocasiones ya os he manifestado: que vuestra sospecha es infundada. Y también os voy a demostrar algo sobre lo que, a mi parecer, no habéis vosotros pensado nunca, y es que disponéis de algo que contribuirá a la grandeza de vuestro imperio; argumento que ni yo he usado en mis anteriores discursos, ni tampoco ahora lo traería a colación (ya que tiene una cierta arrogante pretensión) si no fuera porque os veo totalmente abatidos, en contra de los que cabría esperar. En efecto, pensáis que vuestro imperio se limita a sólo vuestros aliados, pero lo que yo afirmo es que de las partes que son manifiestamente útiles al hombre, la tierra y el mar, sois los dueños absolutos de uno de ellos, y no sólo en la medida en que ahora ejercéis el dominio, sino cuan ampliamente queráis. No hay nadie, ni el Rey, ni pueblo otro alguno actual que os impida navegar a vosotros si lo hacéis con la flota que tenéis. De modo que vuestro auténtico poderío no se manifiesta en la posesión de unas casas y una tierra, que tanto estimáis al veros privados de ellas. No es razonable apenarse por ellas*

en vez de desdeñarlas, sino considerarlas como el jardín de una casa, como un lujoso adorno comparado con vuestro imperio. Debéis pensar que la libertad, si conseguimos salvarla a cambio de sacrificios, nos restituirá fácilmente aquellas cosas; y que en cambio para los que ceden ante otros suelen disminuir incluso lo que previamente habían adquirido. Y no os mostréis en ambos puntos inferiores a vuestros padres, que consiguieron el imperio a costa de grandes esfuerzos, sin heredarlo de otros, y que después de haberlo conservado en su integridad os lo transmitieron a vosotros. Y es una vergüenza mayor ser desposeído de lo que uno tiene, que fracasar en el intento de adquirirlo. Marchemos contra nuestros enemigos no sólo ya con orgullo, sino con desprecio. Pues la jactancia nacida de una ignorancia afortunada puede darse incluso en un cobarde; mas el desprecio sólo puede sentirlo quien confía en aventajar a sus enemigos por su inteligencia, que es lo que nos sucede a nosotros.

Partiendo de iguales condiciones de fortuna, la inteligencia (gracias al sentimiento de superioridad que genera) reafirma la audacia y confía menos en la esperanza (cuya fuerza está en duda) que en el juicio basado en hechos, de donde se deriva una previsión más eficaz.

63. *Y es natural que acudáis en ayuda del prestigio que vuestra ciudad posee gracias a su imperio, y del que tanto os enorgullecéis, y no rehuir las cargas a menos que tampoco busquéis los honores. Y no creáis que estáis luchando por un solo motivo, la libertad o la esclavitud, sino que lo hacéis además por la pérdida de vuestro imperio, y por el peligro derivado de los odios que contra vosotros se han suscitado a causa del imperio. Renunciar al cual, por cierto, ni siquiera os es posible, aunque alguno, en las actuales circunstancias, presa del miedo, se declara hombre honesto y pacifista. Porque para ahora ya lo habéis convertido en una tiranía, cosa cuya consecución se piensa que es injusta, pero su abdicación peligrosa.*

Tal clase de gente, si lograran convencer a otros en su causa, arruinarían en poco tiempo la ciudad, aunque habitaran en cualquier parte autónomos y bajo su propia soberanía; pues el pacifismo no está a salvo si no se halla alineado a la acción; y ser esclavos libres de riesgos no es pro-

pio de una ciudad que sostiene un imperio, sino de quien vive sometido.

64. *Vosotros no debéis dejaros persuadir por tales ciudadanos ni mostraros enojados contra mí (pues también vosotros estuvisteis de acuerdo conmigo en entrar en guerra) si los enemigos nos han invadido y han hecho lo que era natural que hicieran al no querer vosotros someteros; ni si ha sobrevenido esta epidemia en contra de lo que esperábamos, que es la única cosa de todas las ocurridas que ha sido superior a toda previsión.*

Y sé que por causa de ella soy en parte aún más odiado, aunque injustamente, a no ser que cuando de manera inesperada tengáis algún éxito me lo atribuyáis a mí. Preciso es soportar con resignación los designios de la divinidad, y con valentía lo que procede de los enemigos. En efecto, éstas han sido hasta ahora las costumbres de la ciudad, y no deben ser interrumpidas en estos momentos por vosotros.

Pensad que ella goza del máximo prestigio entre los hombres todos, por el hecho de no ceder al infortunio, y por haber gastado en la guerra el mayor número de vidas humanas y sufrimiento; y ha conseguido un poderío mayor de los que hasta el presente han existido, cuyo recuerdo perdurará por siempre en los hombres venideros, incluso aunque algún día cediéramos ligeramente (pues todas las cosas por ley natural declinan), porque hemos sido los griegos que hemos gobernado sobre mayor número de griegos; porque hicimos frente a las mayores ciudades, coaligadas o por separado, y que habitamos una ciudad que es la mayor y más próspera en todos los aspectos. Todo esto lo censurará tal vez el hombre falto de ambición, y lo envidiará el que quiera a su vez hacer algo, y el que no las posee las envidiará. El ser odiados y resultar molestos en su propia época es algo que ha ocurrido siempre a cuantos pretendieron imponer su dominio sobre otros. Pero quien se atrae la envidia por los mayores ideales es el que delibera con acierto; pues el odio no perdura por mucho tiempo, en cambio el esplendor del presente subsiste como fama que no se marchita para los días venideros. Vosotros, pues, mirando de antemano la gloria futura y la evitación del deshonor presente, lograd ya con vuestro esfuerzo ambos galardones. No tratéis por me-

dio de embajadores con los lacedemonios, ni aparezcáis ante ellos dando la sensación de estar agobiados por las presentes desdichas, porque son precisamente quienes menos se abaten en su ánimo ante las desgracias, y les hacen frente de hecho con decisión, los que, se trate de ciudades o simples particulares, son los más poderosos.»

65. Exponiendo razones como éstas intentaba Pericles apaciguar la irritación de los atenienses contra sí y apartar sus mentes de las desgracias presentes. En los asuntos públicos se dejaron convencer por sus palabras y no volvieron a enviar ya embajadores a los lacedemonios, y se aplicaron con mayor ardor a la guerra. En cambio, particularmente, se dolían por lo sucedido: el pueblo llano porque había sido despojado incluso de lo poco que tenía, y los poderosos porque habían perdido las hermosas posesiones en el campo junto con sus casas y ricas instalaciones; y lo más principal, porque estaban en guerra en vez de disfrutar la paz.

Con todo, no depusieron todos ellos su irritación contra él hasta que le hubieron impuesto una multa [33]. Algo más tarde, sin embargo, de nuevo, como suele hacer la plebe, le eligieron estratego y le confiaron todos los asuntos, pues cada cual se afligía menos por sus asuntos privados, estando ya más insensibilizados, y en cambio por las necesidades de la ciudad en su conjunto estimaban que era él el hombre más adecuado; pues durante el tiempo que estuvo al frente en época de paz ejerció su liderazgo con moderación, la mantuvo en seguridad y alcanzó en su tiempo un máximo esplendor. Y una vez que estalló la guerra también demostró que había previsto mejor que nadie el poderío de la ciudad. Sobrevivió dos años y seis meses al comienzo de la misma, y a su muerte se reconoció aún mucho mejor su perspicacia en los asuntos relativos a la guerra. Dijo a los atenienses que si no se precipitaban, atendían su escuadra, no intentaban extender su imperio mientras durase la guerra, y no exponían a la ciudad al peligro, saldrían victoriosos.

Pero ellos hicieron justo todo lo contrario a esto, y en otros

[33] A Plutarco debemos, *Vida de Pericles,* 35, 4-5, el poder conocer que ascendió a 15 talentos, aunque Diodoro, XII, 45, hace subir a 50. El motivo de la acusación no está claro. Cf. el *Gorgias* de Platón (516, a).

asuntos que parecían ser ajenos al desarrollo de la guerra, emprendieron una política perjudicial tanto para los asuntos propios como para los aliados, y todo ello a causa de ambiciones particulares e intereses privados, política que en caso de éxito representaba un honor y beneficio más bien para algunos particulares, y en caso de fracaso suponía un perjuicio para la ciudad en su manera de conducir la guerra.

La causa era que él, hombre de mucho poder por su prestigio y su inteligencia, y que resultaba manifiestamente insobornable, controlaba al pueblo como un hombre con plena libertad, y era el que le guiaba más que dejarse conducir por él; y ello se debía a que no hablaba para agradar al pueblo buscando conseguir el poder mediante prácticas indignas, sino que gracias a la reputación que tenía llegaba incluso a oponerse a ellos, provocando su irritación.

El caso es que cuando los veía insolentados y con una arrogancia inoportuna los asustaba con sus palabras para hacerles sentir miedo, y cuando a su vez estaban atemorizados sin razón los reanimaba para que cobraran ánimo. Venía a ser aquélla de nombre una democracia, pero en la práctica un gobierno por parte del primer ciudadano. Por el contrario, sus sucesores eran todos ellos de una similar influencia entre sí, y como cada uno pretendía llegar a ser el primero, se dedicaron a sacrificar todos los asuntos a la adulación del pueblo.

De esta manera de proceder se originaron otros muchos errores, como es normal en una ciudad influyente y que posee un imperio, como fue sobre todo la expedición a Sicilia que no resultó tanto un error de cálculo respecto del poder de aquellos contra quienes iban, cuanto que quienes la promovieron no acordaron las medidas que mejor convenían a los que partieron, sino que por las recriminaciones que los particulares[34] se hacían con vista a obtener el liderazgo del pueblo no sólo debilitaron la fuerza del ejército, sino que por primera vez provocaron disturbios en los asuntos públicos de la ciudad.

Incluso después de haber sido derrotada en Sicilia la ma-

[34] No cabe dudar de que se trata de una alusión a Alcibíades, acusado de haber mutilado los Hermes y haber profanado los misterios.

yor parte de su escuadra junto con el resto de sus fuerzas, viéndose envueltos en guerras civiles en la ciudad, aun así resistieron diez años[35], no sólo contra sus enemigos de antes, sino contra los de Sicilia que se les habían unido, y aun contra buena parte de sus aliados que habían hecho defección e incluso contra Ciro, el hijo del rey, que se incorporó más tarde proporcionando sumas de dinero con destino a la escuadra peloponesia; y no cedieron hasta haberse arruinado ellos mismos a causa de las disensiones internas en que cayeron.

Tan sobrado de razón estaba Pericles entonces en que si se hubieran seguido sus planes la ciudad hubiera podido fácilmente imponerse a los peloponesios en la guerra.

66. En ese mismo verano los lacedemonios y sus aliados emprendieron una expedición con cien naves a la isla de Zacinto, que se halla frente a Elide. Son colonos de los aqueos del Peloponeso[36] y en esta guerra eran aliados de los atenienses. Embarcaron mil hoplitas lacedemonios bajo las órdenes del navarco espartano Cnemo. Desembarcaron y arrasaron la mayor parte del territorio. Y en vista de que sus habitantes no se rendían, emprendieron la vuelta a casa.

67. Cuando concluía aquel verano, el corintio Aristeo, los embajadores lacedemonios Aneristo, Nicolao y Pratodamo, el tegeata Timágoras y el argivo Pólido, éste en plan privado, se pusieron en camino hacia Asia para entrevistarse con el Rey, por ver si le convencían de que les procurara dinero y se aliara con ellos en esta guerra. Se presentaron primero en Tracia ante Sitalces, el hijo de Teres, con el propósito de convencerle, si podían, para que abandonara su alianza con los atenienses y emprendiera una expedición a Potidea, donde estaba un ejército ateniense poniéndole sitio. Según se habían propuesto, querían acudir con su ayuda al otro lado del Helesponto, ante Farnaces, el hijo de Farnabazo, quien a su vez los enviaría al Rey. Pero encontrándose por casualidad en la corte de Sitalces los embajadores atenienses Learco,

---

[35] Transmiten los mejores manuscritos la cifra de tres años, lectura que debe corregirse.

[36] Observa Pausanias, VII, 24, 3, que algunos colonos procedían de Psófide, en Arcadia.

hijo de Calímaco, y Aminíades, el hijo de Filemón, convencieron a Sádoco, hijo de Sitalces, que se había naturalizado ateniense, para que pusiera a estos hombres en sus manos a fin de evitar que cruzaran hasta el Rey y fueran a causar problemas a su ciudad, en la medida en que pudieran. Aquél les hizo caso, envió una patrulla con Learco y Aminíades, hizo detener a aquellos cuando ya andaban de camino a través de Tracia, antes de que subieran al barco en el que iban a cruzar el Helesponto, y ordenó que fueran puestos a disposición de los otros. Estos los cogieron y los llevaron a Atenas. Una vez llegaron éstos a la ciudad, los atenienses temieron que Aristeo escapara y les causara de nuevo mayores daños (estaba claro que había sido el autor de todo lo que anteriormente había ocurrido en Potidea y en el litoral de Tracia) por lo que sin ser juzgados, y a pesar de que ellos estaban decididos a hablar, ese mismo día les dieron muerte y los arrojaron a un barranco. Se consideraron con derecho a defenderse mediante estos procedimientos, que no eran sino idénticos a los que habían acudido los lacedemonios cuando dieron muerte y arrojaron a unos barrancos a los comerciantes atenienses y aliados que habían capturado mientras éstos navegaban en torno al Peloponeso en unos barcos de carga. En efecto, al comienzo de la guerra, los lacedemonios mataban como si fueran enemigos a todos los que cogían en el mar, tanto si eran aliados de los atenienses como a los que eran neutrales.

68. Por aquellas fechas, tocando el verano a su fin, los ampraciotas y un buen número de bárbaros a los que habían movilizado emprendieron una expedición contra Argos de Anfiloquia y el resto del territorio de los anfiloquios. Su enemistad para con los argivos tuvo su comienzo en lo siguiente: Anfíloco, el hijo de Anfiareo, al regresar a su ciudad después de la guera de Troya, y disgustarle la situación que había en Argos, fundó en el golfo de Ampracia la ciudad de Argos Anfiloquia, y colonizó el resto de la región Anfiloquia, y la llamó Argos, nombre idéntico al de su patria (fue ésta la ciudad más importante de Anfiloquia y tenía como colonos a gente muy influyente).

Después de varias generaciones, sus descendientes, abrumados por las desgracias, invitaron a que vinieran como co-

lonos a los ampraciotas, que eran vecinos de Anfiloquia, y fue entonces cuando por primera vez y por influencia de los colonos ampraciotas helenizaron su lengua, según la hablan ahora, mientras que el resto de los anfiloquios tienen una lengua bárbara. Pues bien, con el paso del tiempo, los ampraciotas expulsaron a los argivos y retuvieron ellos solos la ciudad. Sucedido esto, los anfiloquios se pusieron en manos de los acarnanios y ambos pueblos mandaron además una invitación a los atenienses, quienes les enviaron a Formión al frente de treinta naves. Cuando llegó Formión tomaron por la fuerza Argos y vendieron a los ampraciotas como esclavos y se establecieron conjuntamente en ella anfiloquios y acarnanios. Fue después de estos hechos cuando se produjo la primera alianza entre atenienses y acarnanios. Por su parte, los ampraciotas habían concebido su odio contra los argivos a consecuencia de haberlos vendido antes como esclavos; y más tarde, ya durante esta guerra, organizaron esta expedición de tropas propias, de los caones[37], y de algunos otros pueblos bárbaros vecinos.

Se presentaron ante Argos y se apoderaron de su territorio, pero al no poder tomar la ciudad al asalto, se retiraron a sus ciudades y se dispersaron por etnias.

Todo esto es lo que sucedió en este verano.

69. En el invierno siguiente los atenienses despacharon veinte naves en torno al Peloponeso bajo las órdenes de Formión. Este tenía en Naupacto su puerto de operaciones y vigilaba para que nadie saliera de Corinto ni del golfo de Crisa, ni tampoco entrara. Otras seis naves fueron hacia Caria y Licia a las órdenes de Melesandro, a fin de recolectar los tributos de aquella zona y no dejar que los barcos piratas peloponesios, que hacían sus incursiones desde allí, molestaran la navegación de los mercantes que venían de Faselide, Fenicia y de aquella parte del continente. Pero al adentrarse Melesandro en Licia con un ejército de atenienses procedentes de las naves y otros aliados fueron derrotados en una batalla, perdió parte del ejército y él mismo murió.

70. En este mismo invierno los potideatas, en vista de que no podían resistir por más tiempo el asedio, y de que

[37] Naturales de la región homónima, al Noreste del golfo de Ampracia.

las incursiones de los peloponesios contra el Atica no habían contribuido mucho a que los atenienses levantaran el cerco; como además se habían agotado sus provisiones, y entres otras muchas cosas que allí habían ocurrido a propósito de la imperiosa necesidad de alimentarse, algunos hombres habían comido carne de sus compañeros, hicieron la propuesta, dado como estaban, de llegar a un pacto con los estrategos atenienses destacados contra ellos: Jenofonte, hijo de Eurípides; Hestiodoro, hijo de Aristoclides, y Fanómaco, hijo de Calímaco. Por su parte, éstos las aceptaron al ver las penalidades de su ejército en una región de inviernos tan inhóspitos y en atención a que la ciudad había gastado ya en este asedio dos mil talentos. Convinieron el acuerdo en los siguiente términos: salir ellos, sus hijos, mujeres y servidores con un solo himation (las mujeres con dos) llevando como viático una suma fija de dinero. Estos, pues, salieron de la ciudad bajo este acuerdo, en dirección a Calcídica o adonde cada uno pudo. Por su parte, los ciudadanos atenienses reprochaban a sus estrategos el que concertaran el acuerdo sin su participación (creían, en efecto, que se hubieran podido apoderar de la ciudad a su merded) y algo después despacharon colonos atenienses a Potidea y la repoblaron. Esto es lo que ocurrió en este invierno, y así concluyó el segundo año de esta guerra que escribió Tucídides.

71. Durante el verano siguiente [38] los peloponesios y sus aliados no organizaron ninguna incursión contra el Atica, sino que condujeron sus tropas contra Platea. Iba a su frente Arquidamo, hijo de Zeuxidamo, rey de los lacedemonios. Asentó éste su ejército y se disponía a arrasar el territorio, mas los plateenses le despacharon rápidamente unos embajadores y le dijeron lo siguiente:

«Arquidamo y demás lacedemonios, no es justo ni digno de vosotros ni de vuestros padres lo que hacéis al invadir Platea. Pues el lacedemonio Pausanias, hijo de Cleómbroto, después de liberar a Grecia de los medos con la ayuda de los griegos que desearon arrostrar el peligro de la batalla que tuvo lugar en nuestra tierra, ofreció un sacrificio en el ágora de Platea a Zeus Libertador, y habiendo convocado a to-

---

[38] Iníciase ahora el relato del tercer año de la guerra (429-428).

dos los aliados restituyó a los plateenses el poseer y habitar su ciudad y sus tierras como hombres libres, y que nadie emprendiera nunca una expedición injustamente contra aquellos para esclavizarlos. Y en caso contrario, que sus aliados les defendieran en cuanto pudieran.

Todo esto nos lo concedieron vuestros padres a causa de nuestro valor y del arrojo de que hicimos gala durante aquellos peligros; vosotros, en cambio, hacéis lo contrario, pues en compañía de los tebanos, que son nuestros más acérrimos enemigos, habéis venido para esclavizarnos. Ponemos por testigos a los dioses que entonces garantizaron los juramentos, a los de vuestros antepasados, y a los dioses locales nuestros, y os encarecemos a que no maltratéis el territorio de Platea ni quebrantéis los juramentos, sino que nos dejéis vivir independientes tal y como Pausanias estimó que era lo justo.»

72. Esto es lo que dijeron los de Platea, y Arquidamo tomó a su vez la palabra y dijo:

«Justo es lo que decís, ciudadanos de Platea, si actuáis en coherencia con vuestras palabras. Pues tal y como Pausanias os lo concedió, sed libres vosotros y contribuid a liberar a aquellos otros[39]*, que habiendo participado de aquellos peligros de entonces, juraron también con nosotros y ahora se hallan sometidos a los atenienses; pues estos preparativos tan importantes y esta guerra se han originado por causa de su liberación y la de los demás. Participad (que es lo mejor) en ella, permaneciendo leales a lo que jurasteis, y si no (que es lo que ya antes os hemos exhortado) vivid en paz cuidándoos de vuestras cosas, y no os alineéis con ninguno de los dos bandos, sino aceptad a los dos como amigos y a ninguno con la vista puesta en la guerra. Y con ello nos bastará.»*

Esto es lo que dijo Arquidamo. Por su parte, los embajadores plateenses, después de haberle escuchado, regresaron al interior de su ciudad y tras comunicar al pueblo lo que habían parlamentado respondieron a Arquidamo que les resultaba imposible llevar a cabo, sin contar con los atenienses, lo que les había pedido (pues sus hijos y mujeres esta-

[39] Obviamente no eran tantos: Calcis, Naxos, Tenos y alguno más.

ban en Atenas) y que tenían miedo incluso por el conjunto de su ciudad, no fuera que al retirarse ellos se presentaran los atenienses y no les autorizaran; o que los tebanos, al haberse comprometido ellos por juramento a dar acogida en la ciudad a cualquiera de los dos bandos, intentaran de nuevo conquistar su ciudad.

Arquidamo trataba de darles confianza, añadiendo lo siguiente:

«Vosotros entregadnos la ciudad y vuestras casas a nosotros, los lacedemonios, e indicadnos los límites de vuestro territorio y el número total de vuestros árboles y de cualquier otra cosa que pueda contarse, retiraos adonde queráis, mientras dure la guerra, y cuando acabe os devolveremos lo que hayamos recibido. Durante este tiempo lo tendremos en depósito, trabajaremos la tierra y os rentaremos una cantidad que os será suficiente.»

73. Ellos lo escucharon y regresaron nuevamente a la ciudad, y tras haber deliberado con el pueblo contestaron que querían primero comunicar a los atenienses lo que se les proponía, y llevarlo a cabo en caso que los convencieran. Les pedían mientras tanto que hicieran una tregua y no les devastaran el territorio. El rey accedió a la tregua por unos días, en los que razonablemente habrían de estar de regreso, sin arrasar la campiña.

Los embajadores acudieron a Atenas y deliberaron con ellos. Luego regresaron, anunciando a sus conciudadanos lo que sigue:

«Ni hasta ahora, ciudadanos de Platea, desde que nos hicimos aliados —afirman los atenienses— nos han abandonado en ninguna ocasión al sufrir agravio, ni en la actualidad van a permanecer en la indiferencia, sino que nos ayudarán en cuanto puedan. Y os encarecen vivamente, por los juramentos que vuestros padres hicieron, a que no presentéis propuestas novedosas a propósito de la alianza.»

74. Ante tales noticias de los mensajeros, los de Platea tomaron el acuerdo de no traicionar a los atenienses, sino de resignarse (si no había otro remedio) a ver cómo era devastada su tierra, y a sufrir cualquier otra desgracia que les acaeciera. Y que ya no saliera nadie, sino que se contestara desde las murallas que les resultaba imposible hacer lo que los

lacedemonios pedían. Y después que respondieron así, fue cuando por primera vez el rey Arquidamo invocó el testimonio de los dioses y héroes locales, hablando de este modo:

«¡Dioses que protegéis la tierra de Platea, y héroes también, sed testigos[40] *de que no hemos venido por iniciativa nuestra contra esta tierra injustamente, sino que han sido ellos los primeros que han incumplido lo que habían jurado; tierra en la que nuestros padres, haciendo votos por vosotros, derrotaron a los medos, tras haberla puesto vosotros a su disposición como territorio propicio para la lucha de los griegos. Ni tampoco ahora, aunque hagamos algo, obraremos injustamente. Pues les hemos propuesto diversas alternativas razonables, pero no conseguimos nada. Prestad vuestro asentimiento a que se castigue la injusticia de quienes la han comenzado los primeros, y a que tengan acierto en el castigo quienes lo aplican en cumplimiento de la ley!»*

75. Tras haber puesto a los dioses por testigos de todo esto, dispuso su ejército para la guerra. Comenzaron por cercarlos con una empalizada hecha de los árboles que habían cortado, para evitar que nadie saliera. Luego apilaron un terraplén frente a la ciudad, con la esperanza de que pronto se produciría la captura de los plateenses, al estar a la obra un ejército tan numeroso. Cortaron troncos del Citerón y los clavaron a uno y otro lado del terraplén, disponiéndolos entrecruzados a guisa de muro de sujeción, a fin de que la tierra no se desbordara mucho. Transportaban hacia él arbustos, piedras, tierra y cualquier otra cosa que pudiera ser útil echar. Emplearon setenta[41] días con sus noches, ininterrumpidamente, divididos en turnos de tal suerte que unos acarreaban mientras otros dormían o comían. Los xenagos[42], lacedemonios y los jefes de cada ciudad apremiaban al trabajo. Por su parte los de Platea, al ver cómo se alzaba el terraplén, trabaron un armazón de madera similar a un muro y lo colocaron sobre la muralla de la ciudad por la parte en

[40] Gustosamente nos adherimos a aceptar la lectura de algunos manuscritos que transmiten aquí una forma de imperativo.

[41] Una exageración parece la cifra de setenta días. Los trabajos de asedio más largos no pasaban de cuarenta.

[42] Zahiriendo a los perezosos, pues eran los jefes de las tropas mercenarias y aliadas, encargados de su disciplina.

que estaba levantándose el terraplén, y echaron en su interior los ladrillos que cogían de las casas próximas. La madera estaba bien asentada en su base, para que la construcción no se debilitara al ir ganando altura. Tenía como protección pieles y pellejos para evitar que los constructores y las maderas no resultaran alcanzados por dardos incendiarios y estuvieran seguros. Grande se hizo la altura del muro, más tampoco el terraplén se demoraba al elevarse enfrente. Los de Platea tuvieron la siguiente ocurrencia: horadaron su muralla en una parte que daba al terraplén, y se dedicaron a meter la tierra adentro.

76. Mas los peloponesios se dieron cuenta, y llenando de barro unas canastas de caña, las hacían rodar al socavón, a fin de que el barro se desparramase y no pudiese ser extraído como la tierra. Los otros, al verse interceptados en su trabajo cesaron en él, aunque excavaron desde la ciudad una galería, y cuando conjeturaron que estaban debajo del terraplén, comenzaron de nuevo a extraer la tierra. Durante mucho tiempo pasaron inadvertidos a los de fuera, de modo que a pesar de que éstos volcaban tierra encima progresaban muy poco, al serle retirada por debajo la tierra del terraplén y hundirse éste una y otra vez sobre la parte vaciada.

Pero tenían miedo de que ni así pudieran resistir, al ser muy pocos contra muchos, por lo que idearon la siguiente nueva estratagema: dejaron de trabajar en la gran construcción de encima del muro y empezaron a construir a ambos lados del mismo a partir del muro más bajo y desde la parte interior un nuevo muro con su lado convexo hacia la ciudad, a fin de que si resultaba capturado el muro alto, resistiera éste de ahora, y los enemigos tuvieran que amontonar contra él un nuevo terraplén, y tuvieran un trabajo doble al pasar adentro y fueran más vulnerables al fuego cruzado.

Al mismo tiempo que trabajaban en el terraplén, los peloponesios aproximaban arietes a la ciudad, uno de los cuales, mientras se le acercaba por el terraplén, derribó buena parte del muro grande; los plateenses se asustaron, pero en otras partes del muro les echaban lazos a los otros hacia arriba. Sujetaban con grandes cadenas de hierro largas vigas por ambos extremos de dos grúas que se apoyaban sobre el muro, del que sobresalían un poco, y las hacían subir a lo más alto,

en sentido perpendicular; y cuando el ariete iba a lanzarse contra alguna parte, liberaban la viga de sus cadenas dejando que éstas quedaran sueltas sin que nadie las sujetara con sus manos, y aquélla seccionaba en su violenta caída la cabeza del ariete.

77. Después de lo cual los peloponesios, como era poco el provecho que sus máquinas les proporcionaban, y el contramuro de los plateenses se alzaba frente al terraplén, consideraron que era inviable capturar la ciudad con los medios coercitivos de que a la sazón disponían, y por ello se decidieron a circunvalarla. Con todo, creyeron oportuno intentar primero incendiar la ciudad, que era pequeña, al haberse levantado un fuerte viento. Urdían, en efecto, toda suerte de planes por ver si se la anexionaban al menor costo y sin asedio. Transportaron gavillas de leña y las arrojaron desde lo alto del terraplén, primero al espacio que había entre el muro y éste, quedando enseguida lleno dada la abundante mano de obra; luego formaron montones en otras partes de la ciudad, en la medida en que pudieron alcanzarlas desde la altura en que se hallaban. Vertieron encima azufre y pez ardiendo, con los que hicieron que prendiera la leña. Se produjo una llama tan grande cual nadie había visto hasta entonces, al menos de entre las causadas por la mano del hombre, pues en ocasiones el viento frota las ramas en el monte las unas contra las otras, estallando de forma automática fuego, y de él grandes llamas. Este de ahora fue un incendio descomunal, y poco faltó para causar la ruina a los plateenses, que habían conseguido evitar otros riesgos.

No era posible aproximarse a gran parte de la ciudad, y de haber sobrevenido un viento en dirección a ella, según esperaban precisamente los enemigos, no hubieran podido salvarse. Ahora bien, se dice que ocurrió lo siguiente: una fuerte lluvia que sobrevino en el curso de una tormenta apagó las llamas, y que así desapareció el peligro.

78. Al fracasar los peloponesios también en este intento, dejando allí una parte de su ejército licenciaron a la mayoría, dedicándose a cercar la ciudad con un muro de circunvalación, repartiendo el perímetro entre las distintas ciudades. Se abrió una zanja entre el muro de la ciudad y el de circunvalación, y de ella extraían barro para ladrillos.

Y una vez que estuvo concluida toda la obra, en la fecha en que aparece Arturo [43], tras dejar unos centinelas para la mitad del muro (ya que la otra mitad la vigilaban los beocios) se retiraron con su ejército y se disolvieron, marchando cada cual a su ciudad. Por su parte los de Platea se habían adelantado a evacuar a Atenas a sus hijos, mujeres y viejos, así como a todos sus hombres inútiles para el servicio. Y los que allí habían quedado y sufrían el asedio eran unos cuatrocientos plateenses, más ochenta atenienses, y ciento diez mujeres encargadas de fabricar alimentos. A tal número ascendían en su total cuando se enfrentaron a este asedio, y no había nadie más en el recinto amurallado, ni esclavo ni hombre libre.

De esta forma quedó establecido el sitio de los de Platea.

79. En este mismo verano, y coincidiendo con la expedición contra Platea, los atenienses emprendieron una marcha con dos mil hoplitas propios y doscientos jinetes contra los calcídeos de Tracia y los botieos, en la época en que el grano está en sazón. Comandaba la expedición Jenofonte, el hijo de Eurípides, junto con otros dos. Llegaron a la altura de Espartolo, en el territorio de los botieos [44] y se pusieron a destruir las mieses. Daba la impresión de que la ciudad iba a pasárseles merced a los oficios de algunos que actuaban desde dentro. Mas los que se oponían a esto hicieron despachar emisarios a Olinto, a donde vinieron hoplitas y un ejército como guarnición. Al hacer éstos una salida desde Espartolo los atenienses se aprestaron a la lucha a las puertas mismas de la ciudad. Los hoplitas calcídeos y algunas de sus tropas auxiliares fueron derrotados por los atenienses, y se retiraron a Espartolo; en cambio, los jinetes calcídeos y sus tropas ligeras derrotaron a los jinetes y tropas ligeras atenienses, que contaban también con unos pocos peltastas que procedían de la llamada región de Crúside. Recién celebrada la batalla vinieron en ayuda nuevos peltastas desde Olinto. Al verlos la infantería ligera de Espartolo recuperó el ánimo, ante la llegada de nuevos refuerzos, y como antes no había sido derrotada atacó de nuevo a los atenienses en unión

[43] Más claramente: el 18 de septiembre.
[44] Al Noroeste de la ciudad de Potidea.

de los jinetes calcídeos y los recién incorporados. Estos se retiraron hacia donde estaban las dos compañías que habían dejado con los encargados de los bagajes.

Cuando los atenienses atacaban retrocedían los otros, pero cuando cedían terreno, los otros arremetían lanzando dardos. Los jinetes calcídeos los atacaban cabalgando por donde más oportuno les parecía, y atemorizaban no poco a los atenienses, a los que pusieron en fuga y persiguieron largo trecho. Los atenienses buscaron refugio en Potidea, recuperaron luego bajo una tregua a sus muertos y regresaron a Atenas con los supervivientes de su ejército. De ellos murieron cuatrocientos treinta, entre los cuales todos sus estrategos. Los calcídeos y los botieos erigieron un trofeo, y tras recoger a sus muertos se separaron cada cual a su ciudad.

80. En este mismo verano, no mucho después de estos sucesos, los ampraciotas y caones, deseosos de apoderarse de toda Acarnania y de que hiciera defección de los atenienses, convencieron a los lacedemonios para que promovieran la preparación de una flota de toda su alianza y enviaran mil hoplitas a Acarnania. Decían que si les acompañaban con una flota y tropas de infantería (al no poder los acarnanios, que viven lejos del mar acudir en socorro) se apoderarían fácilmente de Acarnania, haciéndose los dueños de Zacinto y Cefalenia, con lo que los atenienses ya no podrían circunnavegar el Peloponeso como hasta ahora; y que cabía incluso la esperanza de tomar Naupacto. Los lacedemonios les hicieron caso y enviaron al punto a Cnemo, que aún era navarco, y los hoplitas con unas pocas naves, y dieron órdenes a la escuadra de que se dispusiera a navegar cuanto antes rumbo a Léucade. Eran los corintios los que con mayor ardor apoyaban a los ampraciotas, pues éstos eran una colonia suya.

Estaba haciendo sus preparativos la escuadra de Corinto, Sición y demás ciudades de esta región; la de Léucade, Anactorio y Ampracia ya había llegado con anterioridad y aguardaban en Léucade. Cnemo y los mil hoplitas que con él iban, después de hacer la travesía pasando desapercibidos a Formión, que era el que estaba al frente de las veinte naves áticas que mantenían la vigilancia en torno a Naupacto, se pusieron a preparar al punto la expedición terrestre. Como griegos contaba con las tropas ligeras de los ampraciotas, leu-

cadios y anactorios, así como con los mil peloponesios que había traído a su llegada; de los bárbaros contaba con los mil caones sin rey, a cuyo frente estaban por turno anual Focio y Nicanor, miembros de una familia de mucho poder. Acompañaban en la expedición a los caones los tesprotios que no tenían rey. Guiaba a los molosos y atintanes Sabilinto, a la sazón regente del rey Tárupo, que era aún un niño; al frente de los paraveos iba su rey Oredo. Mil oresteos, cuyo rey era Antíoco, iban en la expedición con los paraveos, a quienes Antíoco había puesto a disposición de Oredo. Y también Perdicas envió mil macedonios a escondidas de los atenienses, que por cierto llegaron tarde. Cnemo emprendió la expedición con este ejército, sin aguardar a la flota de Corinto, y a su paso por el territorio de Argos saquearon Limnea, una aldea sin murallas. Fueron luego a Estrato, que es la ciudad más importante de Acarnania, pensando que si tomaban primero ésta, las demás se pasarían fácilmente a su bando.

81. Al advertir los arcananios que un numeroso ejército había invadido su territorio, y que los enemigos hacían acto de presencia con sus naves por el mar, no acudieron a prestarse auxilio, sino que cada cual defendía lo suyo, y mandaron unos embajadores a Formión rogándole que les auxiliara. Dijo éste, sin embargo, que no podía dejar sola Naupacto cuando estaba a punto de salir de Corinto una escuadra.

Por su parte, los peloponesios y sus aliados dividieron sus fuerzas en tres secciones, y se pusieron en camino contra la ciudad de Estrato con la intención de acampar en sus proximidades, y si no los convencían mediante conversaciones, pasar a la acción contra sus murallas.

Los caones y restantes bárbaros ocupaban en centro de la marcha; a su derecha los leucadios, anactorienses y sus aliados, y a la izquierda se hallaban Cnemo y los peloponesios, más los ampraciotas. Distaban buen trecho entre sí y en ocasiones ni siquiera se veían. Los griegos avanzaban en perfecto orden y manteniéndose en guardia, hasta que establecieron su campamento en un lugar favorable. Los caones, en cambio, ufanándose de sí mismos, y al ser tenidos por los habitantes de aquella parte del continente como los hombres más aguerridos, no detuvieron su marcha para instalar

un campamento, sino que avanzaron con ímpetu en compañía de los restantes bárbaros, creyendo que tomarían la ciudad al primer asalto, y que el éxito de la acción sería sólo suyo.

Pero los habitantes de Estrato los reconocieron mientras aún avanzaban, y pensaron que si los vencían ahora que aquellos estaban solos, los demás griegos ya no los atacarían, cosa que harían en caso contrario; tendieron al punto emboscadas en los alrededores de la ciudad, y cuando aquéllos estuvieron cerca salieron a su encuentro desde la ciudad y al mismo tiempo también cayeron sobre ellos desde los lugares en que se habían emboscado. Sembraron el pánico, resultando muertos buen número de caones, mientras que los demás bárbaros, al verlos en retirada, no resistieron más, sino que emprendieron la huida. Ninguno de los dos campamentos griegos se percató de la batalla, ya que aquéllos se habían adelantado un largo trecho, por lo que los griegos creyeron que los bárbaros se daban prisas sólo para establecer su campamento. Mas cuando éstos se les acercaron en plena huida, les dieron acogida y, reuniendo los campamentos, aguardaron allí ese día descansando, dado que los habitantes de Estrato no se acercaron a combatir mano a mano, al no haber acudido en su ayuda los demás acarnanios, sino que se limitaban a dispararles desde lejos con sus hondas y a ponerles en apuros, pues no era posible moverse sin la panoplia defensiva [45]. Los acarnanios parece que son los más capaces de disparar así.

82. Cuando se presentó la noche, Cnemo se retiró con su ejército apresuradamente hacia el río Anapo, que se encuentra a una distancia de ochenta estadios de Estrato, y recogió al día siguiente sus cadáveres en virtud de una tregua. Y como los eníadas habían comparecido en señal de amistad, se retiró al territorio de éstos antes de que llegaran refuerzos al enemigo. Desde allí cada cual emprendió el regreso a su ciudad. Por su parte, los de Estrato erigieron un trofeo por su batalla contra los bárbaros.

83. De otro lado, la escuadra que procedía de Corinto y

[45] No podían salir de los confines del campamento, y aun dentro de él debían llevar casco, escudo, etc., para protegerse de los disparos.

de los demás aliados del golfo de Crisa, que debía alinearse con Cnemo para evitar que los acarnanios de la costa acudieran como refuerzos de los del interior, no compareció, sino que se vieron obligados por los mismos días de la batalla habida en Estrato a entablar combate naval contra Formión y las veinte naves atenienses que estaban encargadas de la vigilancia de Naupacto.

Efectivamente, Formión acechaba el momento en que aquéllas navegaran a lo largo de la costa fuera ya del golfo, queriendo atacarlas en mar abierto. Pero los corintios y sus aliados navegaban sin intención de entrar en combate, sino prestos a hacer una expedición en Arcanania, y no podían creer que los atenienses con sus veinte naves se atrevieran a plantarles batalla a sus cuarenta y siete naves. Al verles, sin embargo, que navegaban contra ellos siguiendo la costa (también ellos mismos iban costeando) y mientras cruzaban desde la ciudad acaya de Patras hacia la parte del continente que está enfrente, en dirección a Acarnania, descubrieron que los atenienses navegaban en su busca desde Cálcide y el río Eveno. Echaron el ancla durante la noche, pero no los despistaron, por lo que se vieron obligados a entablar batalla en mitad del estrecho. Actuaron como estrategos los que habían sido designados por cada ciudad; de los corintios, Macaón, Isócrates y Agatárquides.

Los peloponesios formaron sus naves en círculos tan grandes como pudieron, sin dejar huecos por donde las naves enemigas pudieran cruzar, con las proas hacia afuera y las popas hacia adentro. Colocaron en el centro las embarcaciones pequeñas que los acompañaban y sus cinco naves más marineras, para que estuvieran a mano a fin de efectuar una salida, en el caso de que los enemigos atacasen por alguna parte.

84. A su vez los atenienses, alineados con sus naves en fila de a uno, navegaron en círculo alrededor de aquéllos, cerrándolos poco a poco; pasaban con sus naves casi rozándolas cada vez, haciéndoles creer que de un momento a otro los atacarían, aunque tenían órdenes de Formión de no poner manos a la obra hasta tanto no diera personalmente él la señal. En efecto, esperaba que la formación de éstos no resistiera, como si se tratara de infantería en tierra, sino que

las naves se entrechocarían, y que los cargueros provocarían la confusión; además, si el viento soplaba del golfo, cosa que suele suceder al amanecer, y que era lo que él aguardaba al mantenerse navegando en círculo, los enemigos no tendrían un momento de sosiego.

Pensaba también que estaba en sus manos lanzar un ataque cuando quisiera, dado que sus naves eran más marineras, y que en tal momento sería lo más acertado.

Cuando el viento estalló y las naves (que estaban ya constreñidas a un reducido espacio) fueron puestas en desorden por las dos causas que conjuntamente se abatieron sobre ellas, esto es, el viento y los barcos de transporte, las naves chocaban con sus vecinas, mientras intentaban separarlas con las pértigas. Además, como se daban gritos, contraindicaciones, y se insultaban unos a otros no oían lo que se les ordenaba a los cómitres, y al verse incapacitados, por ser gente inexperta, de sacar los remos del agua en medio de la turbulencia, hacían que las naves no obedecieran las órdenes de los timoneles; fue precisamente en ese momento cuando Formión dio la señal, y los atenienses atacaron primero y echaron a pique una de las naves insignias, y se dedicaron a destrozar las demás por donde quiera que pasaban.

Consiguieron que nadie del bando enemigo organizara la defensa, a causa del enorme alboroto, sino que huyeran a Patras y a Dima, en Acaya. Los atenienses continuaron persiguiéndolos y capturaron doce naves, dieron muerte a la mayor parte de los hombres de su tripulación y se retiraron a Molicrio; erigieron un trofeo en Río, hicieron a Posidón la ofrenda de una nave y regresaron a Naupacto. También los peloponesios emprendieron al instante un cabotaje con las naves que les quedaron desde Dima y Patras hacia Cilene, fondeadero de los eleos. A su vez llegaron a Cilene, desde Léucade, Cnemo y las naves leucadias (que debían reunirse con las anteriores) después que tuvo lugar la batalla de Estrato.

85. Los lacedemonios enviaron a Timócrates, Brásidas y Licofrón adonde estaba la flota en calidad de consejeros de Cnemo, con órdenes de que se prepararan para una batalla naval mejor llevada, y de no permitir que se les cerrara el acceso al mar por unas pocas naves. Les parecía, en efecto

—sobre todo al ser la primera vez que se embarcaban en una batalla naval— que había una gran paradoja; y pensaban que su escuadra no era tan inferior, sino que había habido una cierta falta de decisión. Y es que no sobrepasaban la experiencia marinera de los atenienses, que venía de antiguo, con su entrenamiento, que no había hecho sino empezar. Despacharon, pues, a éstos, indignados. Una vez hubieron llegado, reclamaron en compañía de Cnemo nuevas naves a las distintas ciudades, y equiparon las que ya tenían en disposición de combatir.

Por su parte, también Formión envió a Atenas a unos para que informaran de los preparativos y contaran la victoria naval que habían logrado, y con el ruego de que le hicieran llegar cuanto antes el mayor número de naves, pues cada día cabía esperar se produjeran combates en el mar. Los atenienses le enviaron veinte naves, pero encargaron al que iba a su frente que se dirigiera primero a Creta. En efecto, Nicias, un cretense de la ciudad de Gortina, que ostentaba la proxenía de esta ciudad, les había convencido de que mandaran una expedición naval contra Cidonia, asegurando que esta ciudad, que ahora les era hostil, se pasaría a su bando. Indujo a esta expedición por agradar también a los habitantes de Policna, que era ciudad vecina de Cidonia. Tras haberse puesto al frente de sus naves, se dirigió a Creta, dedicándose en compañía de los de Policna a arrasar el territorio de los cidoniatas, donde permaneció no poco tiempo a causa tanto del vendaval como por la imposibilidad de navegar.

86. Mientras, los peloponesios que estaban en Cilene, durante el tiempo en que los atenienses andaban entretenidos en Creta, fueron costeando, listos para presentar batalla, hasta Panormo, en Acaya, que era adonde había acudido en ayuda el ejército de tierra de los peloponesios. También Formión se puso a costear en dirección a Río, junto a Molicrio, y echó el ancla a cierta distancia con las veinte naves con que había librado la batalla. Esta ciudad de Río era aliada de los atenienses; la otra Río, la del Peloponeso, se halla frente por frente a ésta. Distan ambas entre sí unos siete estadios por mar, y forman la entrada al golfo de Crisa.

Así pues, los peloponesios anclaron también sus setenta y

siete naves en Río de Acaya, no muy lejos de Panormo, que era donde estaba su infantería, tras haber visto que también lo habían hecho los atenienses. Durante seis o siete días permanecieron anclados unos frente por frente a los otros, haciendo prácticas y preparando el combate naval. Los unos tenían planeado no salir fuera de los límites de las dos Ríos al mar abierto, temiendo lo que antes les había sucedido; los otros, no meterse en los estrechos, pues creían que un combate en lugar angosto redundaba en beneficio de los lacedemonios. Al cabo de estos días, Cnemo, Brásidas y los demás estrategos peloponesios querían entrar en combate antes de que llegaran nuevos refuerzos de Atenas; convocaron a una reunión primero a los soldados, y al ver que la mayor parte de ellos estaban aterrorizados por su anterior derrota y con escaso entusiasmo, los animaron con palabras como éstas:

87. *«La pasada batalla naval, peloponesios, si es que alguno de vosotros teme a causa de ella el próximo enfrentamiento, no es una razón justa para que sintáis miedo. Pues resultó aquélla, como sabéis, falta de preparativos, además de que no navegábamos tanto para entrar en combate cuando como simple expedición. Ocurrió también que muchas circunstancias que dependen del azar se nos pusieron en contra, y en cierta manera también algo de inexperiencia, al ser la primera vez que combatíamos en el mar, nos hizo fracasar; de suerte que el ser derrotados no nos acaeció por cobardía nuestra, ni es justo que un espíritu que no fue domeñado por la fuerza, sino que posee en sí algo que contradice ese resultado, se debilite por el desenlace de esta desgracia; sino pensar, por el contrario, que es posible que los hombres fracasen por mala suerte, pero que por su espíritu los hombres de auténtico valor lo continúan siendo siempre. Y no es justo, mientras el valor asista, poner la inexperiencia como pretexto razonable de haber llegado a comportarse en alguna ocasión como cobardes.*

Por otra parte, vuestra inexperiencia no os posterga tanto como lo que les aventajáis por vuestro valor. Y la pericia naval de éstos, que es lo que más teméis, se acordará de poner en práctica en el momento del peligro lo que aprendió, si va acompañada de valor; pero sin coraje ninguna pericia

técnica es válida ante los peligros. Pues el miedo agarrota la memoria, y la pericia sin valor nada aprovecha. Por tanto, frente a su mayor experiencia, y frente al temor que tenéis por la derrota anterior (con la que os encontrasteis por estar desprevenidos) replicad con vuestro superior valor. Les aventajamos por el número de naves, y por celebrar la batalla en un territorio aliado, y hallándose presentes nuestros hoplitas.

Y por lo común, el imponerse es de los más numerosos y mejor preparados, de suerte que no encontraremos, lógicamente, ni un solo motivo por el que fracasemos, y todo en lo que antaño nos equivocamos será lo que nos proporcionará una experiencia acumulada.

Así pues, timoneles y marineros, que cada cual continúe en su trabajo, pletórico de ánimos, sin abandonar el puesto que cada cual tenga asignado. Que nosotros no vamos a hacer los preparativos del intento peor que los anteriores almirantes, y a nadie daremos pretexto de comportarse cobardemente. Y si alguno quisiera ser así, será castigado con la pena correspondiente; en cambio, los valientes serán recompensados con los galardones que al valor convienen.»

88. Tales consejos dieron sus jefes a los peloponesios. Por su parte Formión, temiendo también él el pánico de sus soldados, y percatándose de que formaban grupos, temerosos ante el número de naves de aquéllos, quiso, al convocarlos, animarlos y elogiarlos en tal momento. Pues antes, siempre les hablaba y les predisponía el ánimo, en la idea de que no había un número de naves tal (en el caso de que se enfrentaran a ellos) al que no debieran hacer frente, y desde hacía tiempo los soldados habían tomado como divisa de honor propia el no ceder ellos, atenienses, ante ningún contingente de naves peloponesias por numeroso que fuera. En cambio ahora, al ver el presente espectáculo, descorazonados, quiso hacerles recordar que fueran valientes, y convocando a los atenienses les dijo lo siguiente:

89. *«Al ver, soldados, que estáis llenos de miedo ante el número de enemigos os he convocado, pues estimo que no hay que tener pánico ante algo que no es de temer. Pues ésos, en primer lugar, se han equipado con tan gran número de naves y no con uno igual al nuestro porque ya han*

sido derrotados, y ni ellos mismos se creen ser iguales a nosotros; en segundo lugar, respecto a esa idea de que el ser valientes es algo que les cuadra muy bien, que es lo que mayor confianza les da para atacarnos, son osados no por otro motivo sino porque frecuentemente tienen éxito, por su experiencia, en la guerra de infantería, y así creen que harán lo mismo en el combate naval.

Pero esto, en justicia, será una ventaja a nuestro favor, si es que la hay en aquello otro para ellos, puesto que en lo que no nos superan es en valor de ánimo, sino que en lo que cada uno de nosotros está más experimentado en eso nos mostramos más animosos. Los lacedemonios marchan al frente de éstos buscando su gloria personal, y conducen a la mayoría mal de su grado al peligro; pues, en otro caso, nunca hubieran intentado de nuevo, tras sufrir tan severa derrota, luchar en el mar. Por tanto, no temáis su osadía. Mucho mayor y más auténtico es el miedo que les infundís vosotros, tanto por haberlos derrotado con anterioridad, como porque no pueden pensar que os enfrentaríais a ellos si no os dispusierais a llevar a cabo algo verdaderamente digno. Pues la mayoría de los antagonistas, como éstos, atacan confiados más en la fuerza que en su resolución; en cambio, quienes lo hacen desde una situación de desventaja, y sin verse obligados a ello, se arriesgan teniendo una gran firmeza de espíritu. Pensando esto, los enemigos nos tienen más miedo por nuestro sorprendente comportamiento que por los preparativos que lógicamente tenemos. Muchos ejércitos antes de nosotros han sucumbido ante un contingente inferior por ser inexpertos, y hay ocasiones incluso en que por cobardía. Defectos ambos de los que por igual nosotros carecemos.

Por mi propia iniciativa no daré la batalla en el golfo ni me adentraré en él, pues veo que la angostura no conviene a unas naves, pocas en número pero más marineras, que navegan contra otras más numerosas e inexpertas, pues si uno no divisa al enemigo desde lejos no puede lanzarse a embestirle como hay que hacerlo, ni retirarse cuando se ve en la necesidad al ser acosado. Tampoco resultan útiles las maniobras de romper la línea enemiga o virar en redondo, que son movimientos propios de las naves más marineras, sino

que se hará necesario que el combate naval se transforme en combate de infantería, y en tal tesitura tienen las de ganar las naves más numerosas.

De todo esto, pues, me preocuparé yo, en la medida de lo posible. Vosotros permaneced bien alineados junto a vuestras naves, y acatad con diligencia lo que se os ordene (sobre todo dado que la flota estará fondeada a corta distancia). Y en el momento de la acción estimad por encima de todo el orden y el silencio, lo cual resulta muy conveniente en la mayoría de las acciones bélicas, y no menos en una batalla naval; y rechazad a éstos de manera digna a lo que ya antes habéis hecho. La batalla será transcendental para vosotros, porque o arruináis la esperanza de los peloponesios por un poderío naval, o hacéis nacer en los atenienses un temor más acuciante por las cosas del mar.

Os recuerdo de nuevo que ya habéis derrotado a la mayoría de éstos. Y los ánimos de los derrotados no suelen ser como los de antes, cuando se enfrentan a idénticos peligros.»

90. Dio así también ánimos Formión a los suyos. Por su parte los peloponesios, en vista de que los atenienses no se lanzaban contra ellos en dirección al golfo y los estrechos, querían llevarlos hacia el interior aun contra su voluntad. Levaron anclas al amanecer y se hicieron a la mar tras haber dispuesto sus naves en formación de a cuatro a lo largo de su costa, en dirección al golfo, con el flanco derecho abriendo la expedición, precisamente según estaban anclados. En este flanco situaron sus veinte naves más marineras para que en el caso de que Formión pensara que ellos navegaban hacia Naupacto y se pusiera también él en movimiento hacia allá a prestar ayuda, no escaparan los atenienses a la embestida de la flota, poniéndose fuera del alcance de su flanco, sino que estas naves les cortaran la retirada.

Y éste, como efectivamente esperaban aquéllos, temiendo por la plaza, pues estaba sin guarnición, cuando los vio hacerse a la mar, mandó a su gente subir a bordo a toda prisa, y muy a su pesar se puso a navegar en paralelo a la costa. Simultáneamente la infantería de los mesenios acudió en su ayuda.

Los peloponesios, al verlos navegar en fila de a uno y cómo se hallaban ya en el golfo y próximos a tierra, que era lo que

más deseaban, viraron repentinamente las naves a una señal, y se pusieron a navegar de frente contra los atenienses con la velocidad que cada uno podía alcanzar, esperando capturar todas las naves. Sin embargo, las once que abrían la formación consiguieron evitar el flanco extremo de los peloponesios y su maniobra envolvente enfilando al mar abierto. A las restantes, en cambio, las soprendieron y empujaron hacia tierra en su huida y las pusieron fuera de combate. Dieron muerte a todos los atenienses que no pudieron salvarse nadando. Fueron atando con cables algunas naves y las remolcaron sin tripulación (antes habían capturado una con sus hombres); en cambio, los mesenios que habían acudido en auxilio llegándose hasta el mar con sus armas, subieron a bordo de algunas otras y luchando desde sus puentes les arrebataron una que ya estaban arrastrando.

91. Así pues, en este combate se impusieron los peloponesios y echaron a pique las naves áticas. Y las veinte naves peloponesias del flanco derecho persiguieron a las once naves atenienses que escaparon a la maniobra envolvente al enfilar al mar abierto. Tomaron éstas la delantera, excepto una, y escaparon hacia Naupacto, donde se mantuvieron con las proas hacia el mar, junto al templo de Apolo, dispuestas a defenderse si los otros se dirigían a tierra contra ellos. Pero cuando aquellos hicieron acto de presencia más tarde, cantaron el peán como vencedores mientras continuaban navegando. Una nave de Léucade se puso a perseguir a gran distancia de las demás a la nave ateniense que había quedado rezagada. Dio la casualidad de que había en alta mar un barco de carga, por detrás del cual la nave ática, adelantándose, dio la vuelta y embistió en el centro a la nave de Léucade que le venía persiguiendo, y la hundió.

Sobrevino el pánico a los peloponesios al ocurrir esto de una manera tan inesperada y paradójica, y como además se dedicaban a la persecución en total desorden por haber obtenido la victoria, algunas naves, hundiendo sus remos en el agua, se detuvieron (haciendo algo verdaderamente insensato, dada la proximidad en que estaba fondeado el enemigo), porque querían aguardar al grueso de las otras; algunas a su vez encallaron por inexperiencia en aguas poco profundas.

92. Recuperaron los ánimos los atenienses al ver lo que

estaba pasando, y a una voz de mando se lanzaron contra ellos en medio de un gran griterío. Los otros resistieron muy breve rato, por causa de los errores que habían cometido y por el desorden en que se encontraban, y así al poco se dieron la vuelta hacia Panormo, que era de donde se habían hecho a la mar. Los atenienses, persiguiéndolos, capturaron las seis naves más cercanas y recuperaron las propias suyas, a las que los peloponesios habían averiado con anterioridad y amarrado junto a la orilla. Mataron a algunos hombres y a otros los hicieron prisioneros. El lacedemonio Timócrates que se hallaba a bordo de la nave leucadia hundida en las proximidades del barco mercante, al ser su nave destruida se degolló él mismo, y su cadáver fue escupido por el mar al puerto de Naupacto.

Los atenienses se retiraron y erigieron un trofeo en el punto desde el que se habían hecho a la mar cuando vencieron. Recogieron los cadáveres y despojos del naufragio próximos a su playa y devolvieron al enemigo los suyos bajo pacto. También los peloponesios erigieron un trofeo por haber vencido cuando causaron la huida en la que destrozaron las naves junto a la costa. Y consagraron como ofrenda junto al trofeo de Río, en Acaya, precisamente la nave que habían capturado.

A continuación, temiendo los refuerzos que venían de Atenas, emprendieron bajo la noche la navegación, dirigiéndose hacia el golfo de Crisa y Corinto, todos menos los leucadios. Los atenienses procedentes de Creta con veinte naves, que debían haberse reunido con Formión antes del combate naval, se presentaron en Naupacto no mucho después de la retirada de aquellas naves. Así terminó el verano.

93. Antes de disolver la escuadra que se había retirado a Corinto y al golfo de Crisa, Cnemo, Brásidas y los demás arcontes peloponesios quisieron, al comenzar el invierno, aconsejados por los de Mégara, hacer un intento contra el Pireo, el puerto de los atenienses. No había en él guarnición y estaba sin echar la cadena, como la cosa más natural, dada su enorme superioridad en el mar.

Acordaron que cada marinero cogiera su remo, su cojín y su estrobo, y que marcharan andando desde Corinto hasta la costa que está frente a Atenas, y que una vez que a toda

prisa hubieran llegado a Mégara botaran al mar en Nisea, que es su arsenal, cuarenta naves que allí tenían, y que navegaran al punto contra el Pireo. No había, en efecto, en él ninguna escuadra montando guardia, ni cabía sospecha alguna de que los enemigos los atacaran por mar tan rápidamente, puesto que ni se atreverían a hacerlo abiertamente tras haberse preparado cuidadosamente, ni si lo planeaban con tiempo dejarían de pasarles desapercibidos.

Y según acordaron se pusieron en marcha acto seguido. Llegaron de noche, echaron al mar en Nisea las naves, y navegaron (aunque no ya contra el Pireo, según habían tramado, pues temieron afrontar este peligro —se dice que también se lo impidió el viento—) sino contra el cabo de Salamina, que mira a Mégara. Había allí un fuerte y una vigilancia a cargo de tres naves con la misión de evitar que los mercaderes no importaran ni exportaran nada. Atacaron el fuerte, arrastraron al mar las trirremes, que estaban sin tripulación, y se dedicaron a arrasar el resto de Salamina, al sorprender a sus ciudadanos desprevenidos.

94. Se hicieron señales a Atenas mediante antorchas, indicando el peligro enemigo, lo que originó un pánico no inferior al de ningún otro momento de la guerra. En efecto, los que estaban en la ciudad creían que los enemigos habían desembarcado ya en el Pireo, y los del Pireo que Salamina había sido capturada y que casi navegaban ya contra ellos; cosa que si hubieran querido no mostrarse vacilantes, y el viento no se lo hubiera impedido, habrían podido llevar a cabo fácilmente. Los atenienses, con la aparición del día, acudieron en masa a auxiliar al Pireo y botaron algunas naves. Embarcaron en ellas a toda prisa, en medio de un gran tumulto, y navegaron hacia Salamina, mientras que con la infantería establecieron unas guarniciones en el Pireo. Por su parte los peloponesios, al ver a los que venían en socorro, tras hacer unas correrías por la mayor parte del territorio de Salamina, capturaron prisioneros y un buen botín, a más de las tres naves del fuerte de Búdoro, y se hicieron a la mar a toda prisa en dirección a Nisea. Pues ocurría que sus naves eran motivo de preocupación para ellos, ya que habían sido botadas tras haber estado varadas mucho tiempo y no dejaban de hacer agua. Una vez llegaron a Mégara emprendie-

ron el regreso a pie hacia Corinto. A su vez los atenienses, al no encontrarlos ya en Salamina, también ellos emprendieron el regreso por mar. Tras este incidente observaron en adelante una más estricta vigilancia del Pireo, cerrando sus puertos y mediante otras precauciones.

95. Por aquellas mismas fechas, al comienzo de este invierno, el odrisio Sitalces, rey de los tracios, hijo de Teres, hizo una incursión contra Perdicas, hijo de Alejandro, rey de Macedonia, y contra los calcídeos de Tracia, buscando, respecto a dos promesas, exigir el cumplimiento de una, y cumplir él mismo la otra.

En efecto, Perdicas le había hecho ciertas promesas que cumpliría (aunque luego no lo llevó acabo) en el caso de que le reconciliaran a él con los atenienses cuando, al comienzo de la guerra, se encontraban en apuros, y si no restituía a su hermano Filipo, a quien Sitalces tenía por enemigo, al reino [46].

Por otra parte, él había llegado a un acuerdo con los atenienses cuando pactó la alianza, a fin de poder acabar con la guerra calcídica de Tracia. Por estos dos motivos, pues, llevó a cabo esta incursión acompañado de Amintas, hijo de Filipo, para restituirlo en el trono macedonio, además de unos embajadores atenienses que habían acudido precisamente para esto, y del estratego Hagnón, ya que los atenienses debían acudir con sus naves y el ejército más numeroso que pudieran contra los calcídeos.

96. Se puso en marcha, pues, Sitalces, desde territorio de los odrisas, soliviantando en primer lugar a los tracios que vivían entre el monte Hemo y el Ródope, y sobre los que extendía sus dominios hasta el mar (esto es, el Ponto Euxino y el Helesponto); a continuación a los getas, con quienes se topa uno al atravesar el Hemo, y a cuantas otras tribus habitan entre el río Istro y la parte de mar que se orienta hacia el Ponto Euxino. Los getas de esta región son vecinos de los escitas y tienen sus mismas armas; todos son arqueros a caballo. También hizo un llamamiento a muchos de los tracios de la montaña, pueblo autónomo, diestros en

[46] Gracias a que Filipo estaba aliado con Atenas contra su hermano Perdicas, por haberle expulsado éste del reino de Macedonia.

el manejo del sable, a los que se conoce con el nombre de díos, y que habitan en su mayor parte en la región del Ródope. A algunos los convenció mediante el pago de un sueldo, mientras que otros le acompañaban como voluntarios. Y también puso en pie a los agrianes, leeos y cuantos otros pueblos peónicos le estaban sometidos y eran los aliados de sus súbditos. En efecto, su imperio se extendía desde los peones leeos y el río Estrimón, que fluye desde el monte Escombro por territorio de los agrianes y leeos, hata los peones ya autónomos. Y por la parte de los tribalos, que también son autónomos, eran los treres y tilateos quienes delimitaban su imperio. Estos viven al Norte del monte Escombro y en dirección Oeste se extienden hasta el río Oscio, el cual fluye desde el mismo sistema montañoso que el Nesto y el Hebro. Es una enorme cadena montañosa deshabitada, a continuación del Ródope.

97. El imperio de los odrisas tenía una extensión que alcanzaba por la costa desde la ciudad de Abdera hasta el Ponto Euxino, a la altura del río Istro. Esta región, en su trayecto más breve, supone un periplo de cuatro días con otras tantas noches para una nave de carga, con tal de que el viento sople siempre de popa [47]. Y el trayecto más breve por tierra desde Abdera al Istro lo recorre un buen caminante en once días. Tal era su extensión por la costa; y por el continente, desde Bizancio hasta los leeos y el Estrimón (pues es por aquí por donde más se adentraba desde el mar al interior) le resultaría posible a un buen andarín recorrerla en trece días. Los tributos procedentes de este territorio bárbaro y desde las ciudades griegas que llegaban a Seutes (quien comenzó su reinado después de Sitalces y agrandó muchísimo el reino) alcanzaban un monto de unos cuatrocientos talentos de plata, que iban en oro y plata. Y se contribuía también con regalos en oro y plata de no menos valor que éstos, aparte de bordados, telas lisas y otros ajuares, y no sólo al rey, sino también a los que junto a él participaban en el mando y eran de la nobleza odrisia. Y es que habían establecido entre sí la costumbre opuesta a la de la mayoría de

[47] Una nave de carga podía recorrer, de promedio, unos 12 Kms. durante el día, y 10 de noche. Lo que supone 1.000 kms. de navegación.

los persas, válida también para los demás tracios: recibir más que dar (y se reputaba más deshonroso no contribuir cuando uno era requerido, que no tener éxito cuando uno pedía). Sin embargo, los odrisios se sirvieron de esta práctica en mucha mayor medida, dado su enorme poderío, además de que no era posible obtener nada de ellos si no se les había ofrecido algún regalo. De suerte que la monarquía alcanzó enorme poderío. Llegó a ser, efectivamente, la más importante de las que se hallan en Europa entre el golfo Jónico y el Ponto Euxino, no sólo por sus ingresos en dinero, sino también por toda otra suerte de beneficios, aunque muy inferior a los escitas por su fuerza guerrera e importancia de su ejército. Pues con éste no es posible equipararse no ya a los imperios de Europa, sino que ningún pueblo del Asia puede hacer frente él sólo a los escitas, juicio en el que todo el mundo está de acuerdo. No obstante, no igualan a otros en las demás formas relativas al buen consejo e inteligencia en las diversas circunstancias de la vida.

98. Siltaces, pues, soberano de tan gran país, disponía su ejército, y una vez que estuvieron listos todos los preparativos, levantó el campamento, poniéndose en marcha hacia Macedonia, primeramente a través de sus propios dominios, y luego atravesando Cercina, una montaña desierta, que es frontera entre sintos y peones. Se abría paso a través de un camino que él mismo había antes hecho talando los bosques, cuando marchó en campañas contra los peones. Al atravesar el monte procedentes de Odrisia tenían a su derecha a los peones, y a su izquierda a los sintos y medos [48]. Tras cruzar el monte llegaron a Dobero, en Peonia. En su marcha no disminuyó el número de sus tropas, a no ser por enfermedad, sino que se acrecentó, ya que muchos de los tracios independientes, sin que nadie les invitara, se le agregaron con la esperanza del botín, de suerte que se dice que su número total llegó a ser no inferior a ciento cincuenta mil. De este contingente la mayor parte era infantería, y aproximadamente un tercio caballería. A su vez la mayoría de los jinetes la componían los propios odrisios, y tras ellos los getas. Y de

[48] En español resulta homófono con el nombre de los medos de Persia, con quienes no tienen nada que ver *(maîdoi/mêdoi)*.

la infantería, los soldados con sable que más destacaban por su ardor combativo eran los ródopes independientes que habían bajado de sus tierras, mientras que el resto era un contingente conglomerado que avanzaba infundiendo miedo, dado su gran número.

99. Se congregaron, pues, en Dobero e hicieron los preparativos para lanzarse desde lo alto de los montes contra la Macedonia inferior, gobernada a la sazón por Perdicas. Macedonios son también los lincestes, elimiotas y otros pueblos del interior que son aliados y súbditos de aquéllos, aunque tienen reyes propios. Respecto a la zona costera, ahora llamada Macedonia, fueron Alejandro, el padre de Perdicas, y sus antepasados, que eran Teménidas procedentes en su origen de Argos, los primeros que se la anexionaron. Y su poder como monarquía comenzó tras haber desalojado de Pieria a los piereos mediante un combate, los cuales se asentaron después al pie del Pangeo, más allá del Estrimón, en Fagrete y otros parajes (incluso todavía hoy se denomina valle de Pieria el territorio que se extiende desde la falda del Pangeo a la costa); también desalojaron a los botieos de la llamada Botía, los que ahora viven como vecinos de los calcídeos. Se apoderaron también de una estrecha franja de tierra de Peonia, paralela al río Axio, que se prolonga desde la parte alta hasta Pela y la costa, y también ocupan la llamada región Migdonia, al otro lado del Axio, hasta el Estrimón, tras haber desalojado a los edones.

Expulsaron por otra parte del territorio hoy llamado Eordia a los eordos, quienes en su mayor parte perecieron, y tan sólo un pequeño número se asentaron junto a Fisca; y también de Almopia a los almopes.

Estos macedonios, pues, sometieron también a las demás tribus, que aún hoy día permanecen bajo su control: las de Antemunte, Grestonia, Bisaltia y buena parte de los propios macedonios. El conjunto de todo ello se denomina Macedonia, y era su rey Perdicas, el hijo de Alejandro, cuando Sitalces se puso en marcha contra ella.

100. Estos macedonios, pues, al ser incapaces de defenderse ante el ataque de tan numeroso ejército, se dirigieron a lugares seguros y a los fuertes que tenían en la región. No

había muchos, sino que con posterioridad fue Arquelao[49], el hijo de Perdicas, al llegar a ser rey, el que erigió los que hay ahora en el país, trazó caminos rectos y organizó todo lo relativo a la guerra: caballos, armas y otros preparativos, en mayor cantidad que todos los otros ocho reyes que hubo antes que él.

El ejército de los tracios se internó primero desde Dobero por el que antes había sido imperio de Filipo, capturó por la fuerza Idómena, Gortina, Atalanta, y algunas otras plazas mediante convenios (pues se pasaban a su bando a causa de su amistad con Amintas, el hijo de Filipo, que participaba en la expedición). Pusieron sitio a Europos, pero no pudieron capturarla. A continuación Sitalces avanzó contra el resto de Macedonia, la que se halla a la izquierda de Pela y Cirro. No llegaron, en cambio, a Botiea y Pieria, más al Sur de aquéllas, sino que arrasaron Migdonia, Grestonia y Antemunte. Por su parte, los macedonios ni siquiera pensaron en defenderse con su infantería, sino que solicitando caballos de sus aliados del Norte se lanzaron, pocos contra muchos, contra el ejército de los tracios por donde mejor les parecía. En los puntos en que se producía la carga nadie aguantaba el empuje de unos soldados que eran excelentes jinetes e iban provistos de coraza, mas al ser copados por un número superior se ponían a sí mismos en peligro a causa de ser los otros un contingente mucho más nutrido, de suerte que al final se mantuvieron sin tomar la iniciativa, por considerar que no eran capaces de hacer frente a un número mayor.

101. A su vez Sitalces inició conversaciones con Perdicas acerca del por qué había organizado la expedición, y en vista de que los atenienses no comparecieron con sus naves, pues éstos desconfiaban de que él se presentara[50] (le habían enviado incluso unos embajadores con regalos), despachó a una parte de su ejército contra los calcídeos y botieos, y tras hacerlos guarecerse en sus fuertes se dedicaba a arrasar el territorio.

---

[49] Respecto a los nombres de los soberanos que le precedieron, Cf. Heródoto, VIII, 139. Arquelao vivió del 413 al 399.

[50] Repetidas veces se había visto frustrada la promesa de Sitalces de organizar esta expedición durante los veinte años que fueron aliados.

Asentado él en estos parajes, los tesalios que viven en la zona meridional, los magnesios, el resto de los vasallos de los tesalios y los griegos que habitan hasta el límite de las Termópilas, fueron presas del pánico de que el ejército cayera también sobre ellos, por lo que andaban haciendo preparativos. Llenáronse de espanto también los tracios que viven al Norte, más allá del Estrimón, y que habitan la llanura, a saber: los paneos, odomantos, droos y derseos, todos los cuales son independientes. Dio pie a pensar a los griegos enemigos de los atenienses que avanzarían contra ellos, inducidos por los atenienses en virtud de la alianza. El, en cambio, se mantenía ocupado en arrasar la Calcídica, Bótica y Macedonia, pero a la vista de que no conseguía los objetivos que habían sido la causa de la invasión, y que el ejército no disponía de víveres y pasaba apuros bajo los rigores del invierno, fue persuadido por Seutes, el hijo de Esparádoco, que era su sobrino y quien más poder tenía inmediatamente después de él, para retirarse cuanto antes.

Perdicas se había reconciliado con Seutes tras haberle prometido en secreto entregarle su hermana, y junto con ella una buena cantidad de dinero. Asintió éste, y tras haber permanecido allí un total de treinta días, de los cuales ocho en Calcídica, se retiró con su ejército a toda prisa hacia su patria. Más tarde Perdicas entregó a Seutes su hermana Estratónice, según había prometido.

Así resultaron, pues, los acontecimientos durante la expedición de Sitalces.

102. Por su parte, los atenienses que estaban en Naupacto, una vez que se disolvió la escuadra de los peloponesios, durante este mismo invierno y tras haber costeado hasta Astaco y haber desembarcado, lanzaron un ataque bajo las órdenes de Formión contra la zona interior de Acarnania, con cuatrocientos hoplitas atenienses de los de las naves [51], y otros cuatrocientos mesenios. Enviaron al destierro fuera de Estrato, Corontas y otras plazas a algunos ciudadanos que no les parecían leales, hicieron que regresara a Corontas el hijo de Teólito, Cinete, y se retiraron de nuevo a sus naves, pues no parecía posible, siendo pleno invierno, marchar en expe-

[51] A estos hoplitas embarcados se les llamaba *epibátai*.

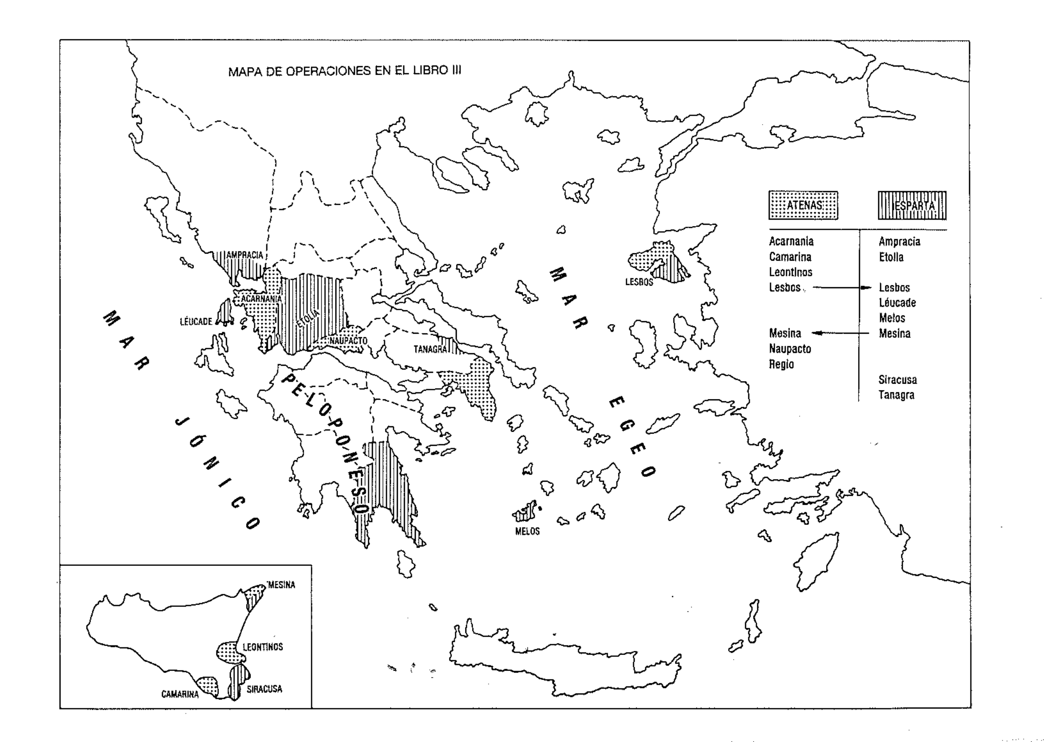
dición contra los eníadas, que desde siempre eran los únicos de los acarnanios enemigos de los atenienses. Y es que el río Aqueloo, que fluye desde el monte Pindo atravesando Dolopia, el territorio de los agreos, de los anfiloquios y la llanura de Acarnania, desde la zona alta junto a la ciudad de Estrato, y desembocando en el mar junto a los eníadas, rodea de lagunas su ciudad, por lo que imposibilita con su corriente, durante el invierno, cualquier expedición militar.

La mayor parte de las islas Equínadas se hallan frente por frente de Eníadas, a muy corta distancia de las desembocaduras del Aqueloo, de suerte que el río, que es tan caudaloso, deposita continuamente aluviones, y hay algunas islas que se han unido al continente, y es de esperar que a todas ellas en breve pueda ocurrirles lo mismo. En efecto, la corriente es impetuosa, caudalosa y turbia, y las numerosas islas se ayudan las unas a las otras a retener y no dejar escapar el depósito de aluvión, al hallarse ellas irregularmente situadas y no alineadas, por lo que no dejan salida directa del agua al mar. Están deshabitadas y de tamaño no son grandes.

Se cuenta que Apolo vaticinó a Alcmeón, el hijo de Anfiareo, cuando andaba vagabundeando tras haber dado muerte a su madre, que habitara esta tierra, por haberle sugerido que no habría liberación de sus temores hasta que encontrara y habitara esta región, que aún no había sido vista por el sol ni era tierra cuando él mató a su madre, en la idea de que el resto de la tierra había sido mancillada por él. Dudó éste, según dicen, y tras cierto esfuerzo reparó en este aluvión del Aqueloo, y le pareció que se habría formado un terraplén suficiente para establecer un habitáculo donde vivir, después de que comenzara su vagabundeo tras haber dado muerte a su madre. Se asentó en estos parajes próximos a los eníadas y comenzó a gobernar como rey, y dio nombre a esta región a partir del de su hijo, Acarnan. Tal es la tradición que hemos heredado acerca del Alcmeón.

103. Formión y los atenienses levaron anclas desde Acarnania, y llegando a Naupacto estuvieron de regreso en Atenas al comienzo de la primavera, llevando a los hombres libres del grupo de prisioneros habidos a consecuencia de las batallas navales, los cuales fueron intercambiados hombre por hombre, además de las naves que capturaron. Y concluyó este invierno, y acabó el tercer año de esta guerra que escribió Tucídides.

LIBRO III


MAPA DE OPERACIONES EN EL LIBRO III
ATENAS
ESPARTA
Acarnania
Camarina
Leontinos
Lesbos
Mesina
Naupacto
Regio
Ampracia
Etolia
Lesbos
Léucade
Melos
Mesina
Siracusa
Tanagra
MAR EGEO
MAR JÓNICO
PELOPONESO
AMPRACIA
ACARNANIA
ETOLIA
NAUPACTO
LÉUCADE
TANAGRA
LESBOS
MELOS
MESINA
LEONTINOS
SIRACUSA
CAMARINA

Libro III

1. En el verano siguiente [1], los peloponesios y sus aliados emprendieron una expedición contra el Atica, en el tiempo en que el trigo madura. A su frente iba Arquidamo, hijo de Zeuxidamo, rey de los lacedemonios. Acamparon en la región y se pusieron a saquearla. Se produjeron, según costumbre, algunas incursiones de la caballería ateniense por los lugares que parecían oportunos, impidiendo así que el grueso de las tropas ligeras abandonaran sus bases para devastar las zonas próximas a la ciudad. Permanecieron en la región mientras les duraron los víveres, luego se retiraron y regresaron a sus ciudades respectivas.

2. Inmediatamente después de esta invasión de los peloponesios, la isla de Lesbos (salvo Metimna) [2] hizo defección de los atenienses. Los lesbios lo habían querido hacer antes de la guerra, pero los lacedemonios no los habían acogido en su alianza. Y ahora se vieron obligados a llevar a cabo esta defección antes de lo que habían proyectado, ya que

[1] Al año cuarto de la guerra, o sea el 428.

[2] En la isla de Lesbos había cinco ciudades principales: Mitilene, Antisa, Pirra y Eresos —todas ellas de orientación oligárquica— y Metimna, con un gobierno democrático.

aguardaban a completar los diques de los puertos, la construcción de las murallas y la fabricación de naves, así como a recibir lo que debía llegarles desde el Ponto: arqueros, trigo y todo lo que habían solicitado. Pero los ciudadanos de Ténedos[3], que les eran hostiles, los de Metimna e incluso algunos de Mitilene que eran próxenos de los atenienses, actuando por su propia cuenta con motivo de unas discordias civiles, denunciaron a los atenienses que los mitileneos intentaban por la fuerza federar Lesbos a Mitilene, y que se apresuraban en disponer todos los preparativos para la sublevación ayudados por los lacedemonios y los beocios, parientes suyos de raza éstos. Y que si alguien no tomaba ya la iniciativa, los atenienses perderían Lesbos.

3. Pero los atenienses (se encontraban en efecto bajo la opresión de la peste y de la guerra, que acababa de empezar y se hallaba en pleno apogeo) consideraron asunto delicado emprender además una guerra contra Lesbos, que poseía una escuadra y un ejército intacto. Así que no atendieron en un principio las acusaciones, concediendo mayor peso a su deseo de que no fueran verdaderas. Sin embargo, después de haber enviado unos embajadores que no consiguieron persuadir a los mitileneos de que desistieran de hacer preparativos para la reunificación, sintieron miedo y se decidieron a tomar medidas preventivas. Enviaron, un tanto improvisadamente, cuarenta naves que se hallaban a la sazón dispuestas para emprender una expedición en torno al Peloponeso. A su frente iba Cleípides, hijo de Dinias, junto con otros dos. Efectivamente, les había llegado la información de que se estaba celebrando fuera de la ciudad de Mitilene la fiesta de Apolo Maloeis[4], en la que participaban en masa los mitileneos, y que había esperanza, si se apresuraban, de poder caer sobre ellos por sorpresa, por si el intento salía bien. En otro caso, debían ordenar a los militeneos que entregaran sus naves y derribaran los muros, y que si no obedecían, significaba ello la declaración de la guerra. Mientras estas naves emprendían la navegación, los atenien-

[3] Isla situada al Norte de la de Lesbos.

[4] Epíteto de Apolo de significado incierto, apenas usado fuera de la ciudad de Mitilene.

ses se apoderaron de las diez trirremes de los mitileneos que se encontraban en Atenas como naves auxiliares en virtud del tratado de alianza, y sometieron a vigilancia a su tripulación.

Mas un hombre que cruzó desde Atenas a Eubea, y fue a pie hasta Geresto, donde halló un barco de carga que se hacía a la mar, llegó a Mitilene dos días después de haber salido de Atenas gracias a una feliz travesía, e informó de la expedición. Por ello, los mitileneos no fueron a la fiesta de Apolo Maloeis, sino que por doquier montaron guardia sobre los muros y en los puertos, tras haber fortificado los tramos inacabados.

4. Y cuando los atenienses, llegados no mucho después, vieron esto, sus estrategos dieron a conocer las órdenes que traían, y en vista de que los mitileneos no las acataban, se prepararon para el combate. Los de Mitilene, obligados a entrar en guerra de improviso y sin preparativos, hicieron salir algunas naves un trecho ante el puerto, como si fueran a presentar batalla.

Mas poco después, al ser perseguidos por las naves áticas, propusieron platicar con los estrategos a fin de que sus naves se alejaran al punto de allí, si era posible, con un acuerdo honorable. Los estrategos atenienses acogieron la propuesta, pues también ellos temían no ser capaces de sostener una guerra contra toda Lesbos. Tras haber estipulado una tregua, los mitileneos enviaron a Atenas a uno de los delatores, que se había ya arrepentido, y a algunos otros, por si de algún modo les convencían para que retiraran sus naves, en la idea de que ellos no pensaban rebelarse. Al mismo tiempo despacharon también unos embajadores en una trirreme hacia Lacedemonia, que pasaron desapercibidos a la flota ateniense que estaba al ancla en el cabo Malea, al Norte de la ciudad, pues no confiaban en que las negociaciones con los atenienses dieran fruto. Arribaron estos embajadores a Esparta después de un penosa travesía, y trataron de conseguir se les enviara alguna ayuda.

5. Por otra parte, al regresar los embajadores enviados a Atenas sin haber logrado nada, los mitileneos y el resto de Lesbos se dispusieron para la guerra (excepto Metimna); éstos habían puesto sus fuerzas en ayuda de los atenienses, así

como los imbrios, lemnios y algunos otros pocos aliados. Los mitileneos efectuaron una violenta salida en masa contra el campamento ateniense, y se libró una batalla en la que aunque los mitileneos no llevaron la peor parte, no acamparon allí al no confiar en sí mismos, sino que se retiraron. A partir de entonces no emprendieron nuevas acciones, dispuestos sólo a correr riesgos si venían refuerzos del Peloponeso con nuevos preparativos. En efecto, habían llegado el lacedemonio Meleas y el tebano Hermeondas (que habían sido enviados antes de que ocurriera la defección, pero que al no poder anticiparse a la expedición ateniense, se presentaron en una trirreme a escondidas después de la batalla) y exhortaron a los mitileneos a que despacharan otra trirreme con embajadores que les acompañaran. Y la enviaron.

6. Los atenienses, envalentonados ante la inactividad de los mitileneos, convocaron a sus aliados, quienes acudieron con mayor celeridad, cuanto que no veían una reacción enérgica de parte de los lesbios. La flota echó el ancla en torno a la parte Sur de la ciudad, y construyeron dos campamentos a uno y otro lado de la misma, fijando el bloqueo a ambos puertos. Impedían ellos a los mitileneos el uso del mar, aunque los de Mitilene y el resto de los lesbios que ya se les habían sumado como aliados controlaban casi todo el territorio; los atenienses conservaban una pequeña zona en las proximidades de los campamentos, y Malea era má bien la base para sus barcos y su mercado. De tal modo se desarrollaban las operaciones de guerra en torno a Mitilene.

7. Por las mismas fechas de este verano, los atenienses despacharon también treinta naves en torno al Peloponeso, bajo las órdenes de Asopio, el hijo de Formión, al haberles exhortado los acarnanios que fuera como arconte alguien de la familia de Formión, un hijo u otro pariente. Según costeaban estas naves, arrasaron las ciudades costeras de Laconia. A continuación Asopio reexpidió a la mayor parte de estas naves a casa, excepto doce, con las que él mismo se dirigió a Naupacto. Más tarde puso en pie de guerra a los acarnanios y emprendió una expedición con todas sus fuerzas contra Eníadas. Avanzó con sus naves por el Aqueloo abajo, mientras la infantería saqueba el país. Pero como los habitantes no se le ponían de su parte, licenció estas tropas, na-

vegó hasta Léucade, y efectuó un desembarco en Nérico, donde murió él mismo junto con una parte del ejército, en el curso de una retirada, a manos de unos lugareños que habían acudido en socorro y de unos pocos soldados de una guarnición. Más tarde los atenienses, tras haberse hecho a la mar de regreso, recuperaron de los leucadios sus muertos mediante un pacto.

8. Los embajadores mitileneos enviados en la primera nave, en vista de que los lacedemonios les habían aconsejado presentarse en Olimpia a fin de que también el resto de los aliados pudieran deliberar tras haberlos oído, acudieron a Olimpia. Era la Olimpiada [5] en la que el rodio Dorieo obtuvo la victoria por segunda vez. Y después que la fiesta concluyó, comenzaron las negociaciones en las que expusieron lo siguiente:

9. *«La costumbre establecida entre los griegos ¡oh lacedemonios y aliados! nos es perfectamente conocida: quienes acogen en su bando a aquellos que en el curso de una guerra hacen defección y abandono de su alianza anterior, se complacen con ello en la medida en que obtienen algún beneficio, mas, en la medida en que los consideran traidores a sus anteriores amigos, los juzgan desfavorablemente. Y no es injusta esa valoración, en el caso de que los autores de la defección y aquellos de quienes se separan sean iguales en su concepción política y benevolencia, equiparables en sus recursos y fuerzas, y si no hubiera entre ellos motivo razonable alguno para la defección. Circunstancias que no se daban entre nosotros y los atenienses. Que a nadie parezcamos ser unos ruines, por suponer que hemos recibido trato de favor de ellos en tiempos de paz, y que en cambio en los momentos de peligro hacemos defección.*

10. *En primer lugar hablaremos de la justicia y de la honestidad, especialmente dado que estamos solicitando una alianza, y sabemos que ni la amistad entre individuos ni los pactos entre Estados resultan nada sólidos si no se tratan con recíproca y transparente honestidad y si las partes no son similares en su restante modo de actuar. Pues de las*

[5] Se trata de la número 88, que corresponde al año 428.

diferencias de principios se generan los desacuerdos al actuar.

La alianza entre nosotros y los atenienses se originó por haber abandonado vosotros antes la guerra contra los persas, mientras aquéllos permanecieron para terminar de hacer lo que quedaba. Además, nos hicimos aliados no para someter a la esclavitud de los atenienses a los griegos, sino para liberar a los griegos de los persas. Y mientras los atenienses estuvieron al frente en plano de igualdad, los hemos seguido de muy buena gana; mas una vez que vimos cómo deponían su hostilidad contra los persas y se afanaban por esclavizar a los aliados, ya no hemos estado libres de temor. Los aliados fueron incapaces de unirse para defenderse, dado que eran muchos a la hora de votar, y así los esclavizaron[6]*, salvo a nosotros y a los de Quíos. Y nosotros combatimos a su lado, no siendo autónomos y libres más que nominalmente. Pero ya no manteníamos (enseñados por los ejemplos precedentes) la confianza de que los atenienses fueran unos líderes de garantía; pues no era natural que hubieran sometido a aquéllos que habían pactado la alianza al mismo tiempo que nosotros, y que no fueran a hacer otro tanto, si alguna vez podían, con los demás.*

11. *Si todos hubiéramos permanecido autónomos, habríamos estado más seguros de que ellos no alterarían la situación existente. Pero desde el momento en que tenían a la mayoría de los aliados sometidos y trataban con nosotros solos en plan de igualdad, era natural que les fuera a resultar esto más insoportable, sobre todo dado que los demás cedían y sólo nosotros estábamos en el mismo plano que ellos, especialmente cuando su poderío iba a más y nosotros quedábamos en mayor aislamiento. El temor que se deriva del equilibrio de fuerzas es la única garantía de una alianza; pues el que quiere violarla en algo, renuncia por el hecho de no poder lanzarse al ataque desde una posición de superioridad. Nos dejaron ser autónomos, no por otro motivo que porque, con vistas al imperio, veían que la situación podía permanecer bajo control mediante bellas pa-*

[6] Debe entenderse esta «esclavitud» como pérdida del derecho a seguir siendo autónomos, y como obligación de contribuir con tributos.

labras y mediante el recurso a la inteligencia más que con la fuerza. En efecto, se servían de nosotros como ejemplo de que los aliados, sus iguales en derecho al voto, no estarían dispuestos a acompañarlos de buen grado en una expedición si aquellos contra quienes la emprendieran no hubieran cometido algún tipo de injusticia. Al propio tiempo, como ejemplo de que incitaban primero contra las más débiles a las ciudades más potentes, dejaron a éstas para el final, con vistas a encontrarlas debilitadas, una vez que las otras hubieran desaparecido. Ya que, de haber comenzado por nosotros, cuando todos disponían aún de sus propias fuerzas y un punto en que apoyarse, no hubieran impuesto su dominio de ese modo. Además, nuestra flota les daba cierto miedo, no fuera que unida en un solo bloque bien con vosotros o con cualquier otro, les pusiera en peligro.

De otra parte, nuestra supervivencia se mantenía gracias a que adulábamos al pueblo ateniense y a sus sucesivos dirigentes. Sin embargo, que esta situación pudiera sostenerse por mucho tiempo (de no haber estallado esta guerra) no lo creíamos tomando como ejemplo la suerte que cupo a los demás.

12. *Así pues, ¿qué confianza podía haber en esta amistad o en esta libertad, durante la cual manteníamos unas relaciones recíprocas en contradicción con nuestros sentimientos, ya que ellos nos adulaban por miedo en tiempos de guerra y nosotros nos comportábamos con ellos de igual modo en tiempos de paz? En los demás es la benevolencia la que refuerza sobre todo la confianza, en cambio para nosotros era el miedo el que nos la aseguraba; y así permanecíamos en calidad de aliados más por temor que por amistad. Y precisamente aquel bando a quien la seguridad daba más rápidamente osadía, era el primero que estaba dispuesto a violar los pactos.*

En consecuencia, si alguien tiene la impresión de que hicimos mal en desligarnos (en vista de que los atenienses vacilan en tomar medidas drásticas contra nosotros) sin haber aguardado a saber con certeza si iba a suceder algo de esto, ése tal se equivoca. Porque si pudiéramos responder desde un plano de igualdad a sus insidias y a sus contemporizaciones, ¿qué necesidad teníamos nosotros de marchar

contra ellos?[7]*. Pero como la iniciativa de atacarnos está siempre en sus manos, preciso es que tengamos nosotros la posibilidad también de preparar con anticipación nuestra defensa.*

13. *Tales son las causas y motivos, ¡oh lacedemonios y aliados! por los que hemos hecho defección, y prueban a las claras a quienes las oigan que hemos obrado con lógica, y son más que suficientes para hacernos sentir temor e inducirnos a buscar nuestra seguridad. Por cierto, que ya hace tiempo que queríamos esto, cuando, aún en paz, os enviamos una embajada acerca de nuestra sublevación, aunque nos vimos impedidos al no querer vosotros darnos acogida. En cambio ahora, tan pronto como nos invitaron los beocios, hemos prestado oídos, y consideramos que la defección que vamos a efectuar será doble: de los griegos, en tanto que no contribuiremos con los atenienses a maltratarlos, sino a liberarlos; de los atenienses, a fin de no ser nosotros aniquilados finalmente por ellos, sino a anticiparnos a esa acción.*

Con todo, nuestra defección se ha efectuado de un modo un tanto rápido y sin los debidos preparativos, motivo por el cual es sobre todo necesario que acogiéndonos como aliados nos enviéis pronta ayuda, a fin de que os vean proteger a quienes debéis y que al propio tiempo castigáis a vuestros enemigos. La ocasión es como ninguna otra anterior. En efecto, los atenienses están exhaustos por la peste y por el gasto de sus fondos; de sus naves, unas están por vuestras costas, y las otras se hallan alineadas contra las nuestras. De suerte que no es probable que tengan una ulterior disponibilidad de naves si vosotros lanzáis en el curso de este mismo verano una segunda invasión por tierra y mar simultáneamente; sino que o no se defenderán del ataque de vuestras naves o se retirarán de ambas partes. Y que nadie piense que va a correr un peligro propio por defender una tierra extraña. Pues si os parece que Lesbos está muy lejos, sus ventajas os alcanzarán muy de cerca. Ya que la batalla no se desarrollará en el Atica, como alguien piensa, sino en

[7] El texto de este pasaje, por su densidad, ha sido interpretado y corregido en multitud de ocasiones, quien desee profundizar en su exégesis deberá acudir al original y a las ediciones comentadas.

una zona de la que el Atica se beneficia. Y se trata del ingreso de los tributos de los aliados, que aún será mayor si los atenienses llegan a sometemos: pues ningún otro se sublevará y a sus tributos se acumularán los nuestros, ya que sufriríamos una suerte más triste que la de quienes ya estaban sometidos antes. En cambio, si con decisión acudís en nuestra ayuda, os granjeareis la alianza de una ciudad que dispone de una potente flota, que es precisamente de lo que más necesitados estáis, arruinaréis con mayor facilidad a los atenienses al quitarles sus aliados (pues todo el mundo se pasará a vosotros con mayor decisión que ahora), y escaparéis de la inculpación que se os hacía de no auxiliar a quienes hacen defección. Y si aparecéis como libertadores, tendréis mejor asegurado el control de esta guerra.

14. *Respetando, pues, las esperanzas que los griegos han depositado en vosotros, y por Zeus Olímpico, en cuyo santuario nos hallamos igualmente ahora como suplicantes, auxiliad a los mitilenos haciéndoos sus aliados. No nos abandonéis a nosotros, que exponemos nuestras vidas a un peligro personal, aunque compartiremos con todos las ventajas derivadas del éxito, y que más aún compartiremos un daño general si, por no llegaros a persuadir, fracasamos. Sed, pues, hombres tales cual lo que los griegos estiman que sois y nuestro miedo desea.»*

15. Este fue en esencia el discurso de los mitileneos. Por su parte los lacedemonios y sus aliados, tras haberlos escuchado, aceptaron sus propuestas y se hicieron aliados de los lesbios. Y para llevar a efecto la invasión del Atica ordenaron a los aliados que se hallaban presentes que acudieran cuanto antes al Istmo con los dos tercios de sus tropas; los propios lacedemonios fueron los primeros en llegar y prepararon allí máquinas para transportar las naves desde Corinto al mar de Atenas, atacando simultáneamente por mar y tierra. Mientras ellos hacían todo esto con gran decisión, el resto de los aliados se concentraban con la mayor parsimonia, fuera por hallarse en la recolección de la cosecha, fuera por la falta de ganas por esta expedición.

16. Advirtieron los atenienses que aquéllos hacían estos preparativos porque suponían que la situación de Atenas era débil, así que quisieron demostrar que tal opinión era

errónea y que ellos eran capaces de, sin retirar la flota que tenían en Lesbos, rechazar cómodamente la flota que venía contra ellos desde el Peloponeso, así que equiparon cien naves en las que se embarcaron ellos mismos (excepto los caballeros y los pentacosiomedimnos) [8], y los metecos. A continuación se hicieron a la mar y efectuaron una demostración de poderío a lo largo del Istmo, así como desembarcos en los lugares del Peloponeso en que les pareció oportuno.

Los lacedemonios, advirtiendo su enorme error de cálculo, creyeron que lo que les habían dicho los lesbios era incierto; y estimando que la situación era apurada (ya que sus aliados no hacían acto de presencia, y llegaban noticias de que las treinta naves que costeaban el Peloponeso arrasaban los aledaños) se retiraron a su patria. Más tarde prepararon una escuadra para despacharla a Lesbos y ordenaron a las diversas ciudades les proporcionaran cuarenta naves, de las que nombraron navarco a Alcidas, que estaba a punto de embarcarse. También los atenienses se retiraron con sus cien naves, cuando vieron la retirada de aquéllos.

17. Durante el tiempo [9] en que tuvieron lugar estas operaciones navales, el número de naves prestando servicio tanto en esta zona como en cualquier otra fue uno de los más elevados, aunque al comienzo de la guerra se alcanzó uno similar o incluso mayor. Cien naves, en efecto, vigilaban el Atica, Eubea y Salamina, y en torno al Peloponeso había otras cien, aparte de las de Potidea y de otros lugares, de suerte que el total general fue de doscientas cincuenta naves en un solo verano. Fue esto, junto al asunto de Potidea, lo que más fondos hizo gastar. Efectivamente, los hoplitas que hacían guardia en Potidea tenían una soldada de dos dracmas (pues cada uno recibía diariamente una dracma para sí y otra para su siervo), y el contingente primitivo fue de tres mil hombres, sin que fuera reducido hasta que el asedio concluyera, además de mil seiscientos que acompañaron a Formión y se retiraron antes del final. Todas las naves cobraban la misma soldada. Así pues, fue de este modo como el tesoro público

[8] Corresponde a las dos clases sociales de mayor rango.

[9] Los comienzos de este capítulo plantean problemas de interpretación, lo que ha llevado a algunos editores a considerarlo falso.

se consumió al principio, y como se equipó el mayor número de naves.

18. Durante la misma época en que los lacedemonios estaban en el Istmo, los mitileneos y sus tropas auxiliares lanzaron un ataque por tierra contra Metimna con la esperanza de que les fuera entregada a traición. Tras haber tomado al asalto la ciudad, y al no haber tenido éxito como esperaban se retiraron a Antisa, Pirra y Ereso. Consolidaron estas ciudades a su favor y tras haber reforzado los muros marcharon rápidamente a su país. A su vez, también los de Metimna, tras la retirada de aquéllos, hicieron una expedicion contra Antisa. Mas los habitantes de la ciudad y sus tropas auxiliares efectuaron una salida y los derrotaron, muriendo la mayor parte, mientras los restantes se retiraron apresuradamente.

Informados los atenienses de todo esto, a saber, de que los de Mitilene controlaban la región, y de que sus propios soldados no eran capaces de tenerlos bloqueados, enviaron, al inicio ya del otoño, a Paquete, hijo de Epicuro, al mando de mil hoplitas atenienses. Estos, que a bordo de las naves actuaron incluso como remeros [10], comparecieron allí y circundaron Mitilene en todo su perímetro con un muro simple. En determinados lugares naturalmente bien defendidos construyeron unas fortificaciones. De esta manera, cuando el invierno estaba iniciándose, Mitilene se encontró férreamente bloqueada de una y otra parte, esto es, por mar y por tierra.

19. Los atenienses, necesitados de mayor cantidad de dinero para el bloqueo, contribuyeron ellos mismos (por primera vez ahora con un impuesto de doscientos talentos) [11] y despacharon a los aliados doce naves encargadas de recoger el dinero, al mando de Lisicles y otros cuatro. Navegó éste a diversos lugares, en los que recogió el dinero, y luego en Caria, subiendo por la llanura del Meandro desde Miunte hasta la colina de Sandio, fue asaltado por los carios y los anetos y allí pereció junto a buen número de su ejército.

[10] Debido a la escasez de hombres. Cf. 16.

[11] La cantidad es muy considerable, si se compara con el monto de los impuestos totales que Atenas percibía anualmente de los aliados al comienzo de la guerra. Cf. II. 13.

20. En el transcurso del mismo invierno, los plateenses (que continuaban asediados por los peloponesios y los beocios) al verse apurados por la escasez de trigo, sin ninguna esperanza de ayuda por parte de Atenas, y sin otra posibilidad de salvación, maquinaron un plan tanto ellos como los atenienses que con ellos estaban asediados: salir todos en primer lugar y atravesar los muros enemigos en caso de poderlos forzar. Los inductores de esta tentativa fueron el adivino Teéneto, hijo de Tólmides, y Eupómpides, hijo de Daímaco, que precisamente era estratego. Más tarde, sin embargo, la mitad de ellos desistieron de un modo u otro, por estimar grande el peligro, aunque unos doscientos cincuenta hombres permanecieron firmemente decididos a efectuar la salida, que se realizó de la siguiente manera: hicieron construir unas escalas de la misma dimensión que la altura de los muros enemigos, que midieron a partir de las hiladas de ladrillos por una parte del muro situada frente a ellos y que no había sido encalado. Eran muchos los que contaban simultáneamente las hiladas, de modo que aunque algunos se equivocaran, la mayoría llegó a contar su número exactamente, sobre todo porque las contaron repetidas veces y porque no distaban mucho de él, sino que podían divisar fácilmente la parte del muro que les interesaba. Así pues, obtuvieron la dimensión de las escalas calculando el grosor de los ladrillos.

21. El muro peloponesio tenía la siguiente estructura: se trataba de un muro doble, uno por el lado de los plateenses y otro por si alguien atacaba desde el exterior, desde Atenas. Ambos circuitos distaban unos dieciséis pies entre sí. Este espacio interior estaba ocupado por las edificaciones asignadas a los soldados de guardia, y todo su conjunto formaba una estructura seguida, de modo que parecía un único muro, de gran espesor y con almenas a una y otra parte. Cada diez almenas se erguía una alta torre y de idéntico espesor al del muro, en una extensión que llegaba ininterrumpidamente de la parte interior a la exterior, de modo que no existía ningún paso en torno a cada una de las torres, que sólo podían ser atravesadas por su parte central. Por las noches, cuando el tiempo estaba de lluvia, los soldados abandonaban las almenas y hacían la guardia desde las torres, que

estaban poco distantes y cubiertas de un tejado. Tal era el muro por el que los plateenses permanecían cercados.

22. Estos, una vez tuvieron concluidos los preparativos, aguardaron una noche de temporal, con lluvia y viento, y además sin luna, y efectuaron su salida. Les guiaban aquellos que habían sido precisamente los inductores de la empresa. Atravesaron antes de todo el foso que les circunvalaba, y a continuación se aproximaron al muro enemigo, pasando desapercibidos a los centinelas, al no ver éstos a distancia a causa de la oscuridad, y porque no pudieron oír el ruido que hacían al caminar, apagado por el silbido del viento. Además, avanzaban manteniéndose a gran distancia, a fin de evitar que las armas, entrechocándose, llamaran la atención. Estaban equipados de un armamento ligero y con sólo su pie izquierdo calzado, por motivos de seguridad para andar por el fango [12]. Así pues, se acercaron a las almenas, sabiendo que estaban desguarnecidas, por el espacio comprendido entre dos torres; iban primero los que llevaban las escalas, que quedaron aplicadas al muro, y a continuación subieron doce hombres armados a la ligera, con puñal y coraza, conducidos por Ammeas, hijo de Corebo, que fue el primero en subir. Tras él sus acompañantes, seis a cada una de las dos torres. Ya luego subieron, a continuación, otros armados a la ligera, provistos de pequeñas jabalinas, cuyos escudos eran transportados por otros que venían detrás a fin de que los primeros pudieran avanzar más cómodamente, a quienes se los entregarían cuando estuvieran cerca del enemigo.

Pero cuando hubo ya muchos sobre el muro, los centinelas de las torres se dieron cuenta: en efecto, uno de los plateenses, al intentar agarrarse a ella, hizo rodar una teja, que al caer provocó un ruido. De repente se produjo un gran griterío, y los soldados echaron a correr en dirección al muro, pues en mitad de la oscuridad de la noche y de la tempestad no se podía saber cuál era el peligro; además los habitantes de Platea que permanecían en la ciudad, saliendo de ella se lanzaron a atacar el muro de los peloponesios por la parte opuesta a aquella por donde sus conciudadanos in-

[12] Aunque se trata de evitar que se produzcan resbalones al llevar un pie descalzo, no se debe descartar una motivación de carácter ritual.

tentaban atravesarlo, a fin de que el enemigo distrajera su atención lo más posible de aquéllos. Estaban, pues, desconcertados, y permanecieron en sus puestos, y ninguno se atrevió a intervenir abandonando su puesto de guardia, incapaces de conjeturar lo que estaba ocurriendo.

Por su parte los trescientos soldados, que tenían como misión acudir en socorro adonde se les necesitase, salieron fuera del muro, dirigiéndose adonde el griterío. Mientras, se prendieron unos fuegos para indicar a Tebas la presencia del enemigo. Pero a su vez, los plateenses de la ciudad encendieron desde sus muros también muchos fuegos que habían sido de antemano preparados con el propósito de confundir los avisos hechos por el enemigo con sus fuegos, para que así los tebanos, pensando que se tratase de cualquier otra cosa distinta de la que en realidad era, no acudieran en socorro antes de que los que habían efectuado la salida hubieran escapado y se hubiesen puesto a salvo.

23. Mientras tanto, los plateenses que estaban escalando el muro, una vez que sus primeros hombres estuvieron arriba, tras haber dado muerte a los centinelas, y haberse apoderado de las dos torres, tomaron posiciones en los accesos de las torres para cuidarse de que nadie acudiese con refuerzos a través de ellas. Apoyaron sobre lo alto del muro unas escalas hasta las torres e hicieron subir a muchos más hombres. Entonces los de las torres impedían desde allí el paso a los socorros enemigos, disparándoles proyectiles desde abajo y desde arriba; por su parte, los que formaban el grueso, apoyando numerosas escalas y al mismo tiempo abatiendo las almenas, consiguieron atravesar el muro por un paño entre dos torres.

Cada hombre que pasaba se detenía al borde del foso y desde allí disparaba flechas y jabalinas contra todo el que acudía por el muro dispuesto a cerrar el paso.

Una vez que todos hubieron atravesado el foso, los que estaban en las torres descendieron al final y se dirigieron apuradamente hacia el foso, siendo allí atacados por los trescientos a la luz de las antorchas que traían. Los plateenses, que se mantenían al borde del foso, veían mejor desde la oscuridad al enemigo, y les disparaban flechas y dardos sobre las partes del cuerpo que estaban desprotegidas, mientras que

ellos resultaban menos visibles en la oscuridad a causa de las antorchas. En consecuencia, hasta el último plateense tuvo tiempo de atravesar el foso, aunque no sin dificultad y a duras penas. Se había formado, en efecto, una capa de hielo poco consistente para poder caminar sobre ella, más bien garrapiñada, como acaece a menudo cuando sopla el viento del Este; y como la noche, durante la cual ese viento había hecho precipitarse una gran nevada, había acumulado en el foso gran cantidad de agua, los plateenses apenas hacían pie al atravesarla. Con todo, la escapada se produjo principalmente gracias a la violencia del temporal.

24. Alejándose pues del foso, los plateenses avanzaban todos juntos tomando el camino que conduce a Tebas, teniendo a su derecha el santuario dedicado al héroe Andrócrates, pues pensaban que nadie sospecharía que fueran ellos a tomar el camino que llevaba al enemigo. Veían al mismo tiempo que los peloponesios los perseguían provistos de antorchas, por los caminos del Citerón y de Drioscéfalas [13], que son los que conducen a Atenas. Avanzaron los plateenses seis o siete estadios por el camino en dirección a Tebas, y a continuación se dieron la vuelta y tomaron el camino de montaña que conduce a Eritras e Hisias. Una vez alcanzada la montaña se precipitaron hacia Atenas; eran un total de doscientos doce hombres de un contingente mucho mayor, ya que algunos habían regresado a la ciudad antes de franquear el muro; mientras que uno solo —un arquero— resultó capturado en el foso exterior. En cuanto a los peloponesios, desistieron de su ataque y regresaron a sus posiciones. Por su parte, los plateenses que habían quedado en la ciudad desconocían lo ocurrido, y como los que se habían vuelto les informaron que no había ningún superviviente, despacharon un heraldo tan pronto amaneció el día en solicitud de tregua para recoger los cadáveres; pero al enterarse de la verdad, desistieron de ello. De esta manera, pues, los hombres de Platea franquearon el cerco y se salvaron.

25. Al final de este mismo invierno, el lacedemonio Saleto fue enviado desde Lacedemonia a Mitilene en una tri-

---

[13] Drioscéfalas «cabeza de encina» era un camino a través del monte Citerón, los beocios lo llamaban «tres cabezas». Cf. Herodoto, IX, 39, 1.

rreme. Desembarcó en Pirra, y recorriendo a pie una torrentera que le permitía salvar el muro se introdujo sin ser visto en Mitilene. Anunció a los magistrados que iba a tener lugar una invasión en el Atica, y que simultáneamente llegarían a Mitilene las cuarenta naves que debían prestarles ayuda. Que él había sido enviado por delante con este motivo, y para ocuparse además del resto. Por su parte los mitileneos recobraron sus ánimos y se preocuparon menos de llegar a un acuerdo con los atenienses.

Así concluyó este invierno, y concluyó el cuarto año de esta guerra cuya historia escribió Tucídides.

26. Al verano siguiente los peloponesios, después de despachar las cuarenta y dos naves con destino a Mitilene, a cuyo frente iba Alcidas como navarco, invadieron el Atica en unión de sus aliados, a fin de que los atenienses, molestados en ambas partes, tuvieran menos posibilidad de intervenir contra las naves que navegaban hacia Mitilene.

La incursión iba dirigida por Cleómenes, en nombre de Pausanias, hijo de Plistoanacte, que era rey, pero aún en minoría de edad, Cleómenes era hermano de su padre. En el Atica arrasaron las comarcas ya devastadas con anterioridad si es que habían sido replantadas, además de las que habían quedado intactas de incursiones previas. Esta fue, tras la invasión segunda, la más desastrosa para los atenienses. Los peloponesios, en efecto, aguardando de un momento a otro recibir noticias de alguna acción de su escuadra en Lesbos, que a su juicio debía ya haber efectuado la travesía, proseguían devastando la mayor parte de la región. Pero como no se verificaba nada de lo que aguardaban, y se les habían terminado los víveres, se retiraron y se dispersaron cada cual a su ciudad.

27. Entre tanto, los mitileneos, en vista de que las naves procedentes del Peloponeso no llegaban, sino que se retrasaban, y el trigo se les había terminado, se vieron obligados a tratar con los atenienses por los siguientes motivos: Saleto, que ya no contaba con que las naves llegaran, procuró armamento pesado a la gente del pueblo (armada hasta entonces sólo con armas ligeras) a fin de atacar a los atenienses. Mas el pueblo, una vez provisto de armas, no obedeció ya a los magistrados, sino que comenzó a reunirse en grupos y

a exigir que los ricos trajeran y repartieran públicamente y entre todos sus víveres, y amenazaron con que, en caso contrario, tratarían con los atenienses de entregarles la ciudad.

28. Dándose cuenta los que ejercían el poder de que eran incapaces de impedírselo, y de que se exponían a un gran peligro en el caso de quedar excluidos del acuerdo, convinieron llegar a un acuerdo todos juntos con Paquete y sus tropas, bajo las siguientes condiciones: los atenienses podrían disponer de la suerte de los mitileneos como mejor les pluguiese; los mitileneos acogerían en la ciudad al ejército, pero enviarían una embajada a Atenas para tratar de su suerte, y que mientras ésta no regresara, Paquete no debía ni prender ni matar ni vender como esclavo a ningún mitileneo. Este fue el acuerdo. Pero aquellos mitileneos que más habían sobresalido en las negociaciones con los lacedemonios, presos de pánico al entrar el ejército en la ciudad, no pudieron contenerse y a pesar de lo pactado se sentaron como suplicantes en unos altares. Paquete los hizo levantar, con la promesa de no hacerles mal, y los condujo a Ténedos, en espera de que los atenienses decidieran. Envió luego unas trirremes contra Antisa y se apoderó de ella, tomando las medidas que consideró oportunas sobre sus tropas.

29. Por su parte, los peloponesios embarcados en las cuarenta naves, que debían haber llegado a toda prisa, habían perdido ya algún tiempo navegando en torno al Peloponeso, y ahora proseguían el resto de la travesía con toda calma. Pasaron desapercibidos a los atenienses de la ciudad, hasta el momento de alcanzar Delos, y al acercarse desde aquí a Icaro y Míconos recibieron las primeras noticias de la caída de Mitilene. En su deseo de obtener información exacta desembarcaron en Embaton, en el territorio de Eritras [14]. Unos siete días habían transcurrido desde la toma de Mitilene cuando ellos desembarcaron en Eritras. Informados puntualmente de la verdad, deliberaron en función de las presentes circunstancias, y Teutíaplo, natural de Elide, les dijo lo siguiente:

30. *¡Alcidas y demás peloponesios que conmigo vais al frente de esta expedición!, mi parecer es que debemos nave-*

[14]. Eritras se hallaba situada en la costa de Jonia, frente a la isla de Quíos.

gar contra Mitilene, según estamos, antes de que adviertan nuestra presencia. Es probable, en efecto, que encontremos poca vigilancia en una ciudad que acaba de ser conquistada hace tan poco; sobre todo por mar, por donde los enemigos no esperan que nadie pueda atacarlos, y donde precisamente radica nuestra principal fuerza. Es verosímil también que sus tropas de tierra estén dispersas por las casas sin excesivas precauciones, en la idea de estar victoriosos. Así pues, si cayéramos de improviso y durante la noche sobre ellos tengo esperanzas de que con la ayuda de los ciudadanos, si es que queda alguno que nos sea favorable, nos haremos dueños de la situación. No nos demoremos ante el peligro, convencidos de que el factor sorpresa en los asuntos de la guerra no significa otra cosa que esto: si un general se guarda de ella en lo que a él le concierne, y la observa para atacar al enemigo, ha de conseguir los mayores éxitos.

31. Así habló, mas no consiguió persuadir a Alcidas. A su vez algunos otros, desterrados de Jonia, y los lesbios que participaban en la expedición le aconsejaban, ya que temía este peligro, que ocupara alguna de las ciudades de Jonia, o la eolia Cumas, a fin de, contando con una ciudad como base de operaciones, provocar la defección de Jonia (y había esperanza de éxito, ya que su llegada no iba a desagradar a nadie), y así habría privado a Atenas de su principal fuente de ingresos, y al propio tiempo (en el caso de que Atenas estableciera un bloqueo contra ellos) se le originarían unos gastos. Creían, en fin, convencer a Pisutnes a combatir de su parte [15]. Mas Alcidas tampoco aceptó esta propuesta, sino que su intención era, ya que había llegado tarde a Mitilene, regresar cuanto antes al Peloponeso.

32. Zarpó, pues, de Embaton y se puso a navegar a lo largo de la costa. Se acercó a Mioneso, posesión de Teos, donde hizo degollar a la mayor parte de los prisioneros capturados durante el viaje. Después de echar el ancla en Efeso, se presentaron ante él unos embajadores de parte de los samios de Aneas, quienes le hicieron saber que no era buena su manera de liberar Grecia si daba muerte a unos hombres que ni habían empuñado las armas contra él ni eran sus ene-

[15] Este Pisutnes era sátrapa de la región vecina de Lidia.

migos, sino aliados de los atenienses sólo por necesidad. Y que si no cesaba en esa actitud, iba a atraerse a su amistad a muy pocos enemigos, mientras que sí se granjearía muchos más enemigos que sus actuales amigos. Alcidas les prestó atención y puso en libertad a todos los de Quíos que aún tenía prisioneros, junto a algunos otros. Y es que la gente, lejos de huir al ver las naves, se acercaban a ellas creyendo que eran atenienses, pues no tenían la más mínima esperanza de que, siendo los atenienses los dueños del mar, pudiesen unas naves peloponesias llegar a Jonia.

33. Sin embargo, a partir de Efeso Alcidas apresuró su navegación y en realidad emprendió la huida. Fue divisado, en efecto, por la Salaminia y la Páralos [16], que procedían precisamente de Atenas, estando aún anclado en Claros. Temiendo la persecución navegaba por alta mar, con la intención en cuanto de él dependía, de no tocar tierra que no fuera el Peloponeso.

Mientras tanto, Paquete y los atenienses recibieron la noticia desde Eritras, y también de otras partes. Pues al estar la costa de Jonia sin murallas, había mucho temor de que los peloponesios en su cabotaje (aunque ellos no pensasen quedarse, a pesar de las condiciones de indefensión) cayeran sobre sus ciudades y las arrasaran. La propia Páralos y la Salaminia, que lo habían visto ellas mismas en Claros, también trajeron noticias directas. Paquete se entregó a una desenfrenada persecución que prosiguió hasta la isla de Patmos [17], mas cuando se vio que ya no podía darle alcance, emprendió el regreso. Por su parte, consideró una suerte (ya que no se topó con ellas en alta mar) el no encontrarlas en ningún punto de la costa, donde le habrían obligado a establecer un campamento, y someter a los atenienses a su vigilancia y bloqueo.

34. Reemprendiendo el cabotaje, arribó a Notio, en el territorio de Colofón, adonde habían acudido a establecerse los colofonios tras haber sido capturada la ciudad alta por Itámanes y sus bárbaros, a los que se había hecho venir a con-

[16] Eran las naves «sagradas» especialmente bien equipadas, que se destinaban a misiones oficiales de sumo interés.

[17] Una de las islas Espóradas.

secuencia de una lucha intestina. La toma de esta ciudad tuvo lugar aproximadamente cuando se produjo la segunda invasión del Atica por los peloponesios. Los que se habían refugiado y establecido en Notio emprendieron de nuevo sus discordias internas; algunos de ellos lograron que Pisutnes les enviara auxiliares arcadios y bárbaros, a los que mantenían en una zona de la ciudad protegida por una muralla. También se habían reunido allí y tenían derecho de ciudadanía los partidarios de los medos que procedían de la ciudad alta. Por su parte, los otros, que se habían segregado de éstos y estaban en el destierro, llamaron a Paquete en su ayuda.

Invitó éste a parlamentar a Hipias, arconte de los arcadios de la ciudadela, con promesas de reintegrarle sano y salvo en sus muros si sus propuestas no resultaban de su agrado, mas cuando Hipias salió a su encuentro, Paquete lo hizo prisionero, aunque sin ponerle cadenas, lanzó un ataque de improviso e inesperado sobre la ciudadela apoderándose de ella y dio muerte a los arcadios y los bárbaros que en ella había. En cuanto a Hipias, se le hizo entrar de acuerdo con lo que había prometido, y una vez estuvo dentro lo amarró y lo mató a flechazos.

Devolvió Notio a los colofonios, salvo a los partidarios de los medos. Más tarde los atenienses enviaron oficialmente colonos y fundaron Notio de acuerdo con su constitución, tras haber reunido a todos los colofonios desde las distintas ciudades en que estuviesen.

35. LLegado a Mitilene, Paquete sometió Pirra y Eresos, detuvo al lacedemonio Saleto que se hallaba escondido en la ciudad, y lo envió a Atenas junto con los mitileneos que había transferido a Ténedos, así como a todo aquél que le pareció responsable de la sublevación. Reexpidió también a la mayor parte de sus tropas, mientras él se quedaba con los restantes, tomando respecto a Mitilene y a Lesbos en general las medidas que consideró más oportunas.

36. A la llegada de estos hombres y de Saleto, los atenienses dieron muerte de inmediato a Saleto, a pesar de sus promesas de, entre otras cosas, hacer que los peloponesios se retiraran de Platea, que aún continuaba asediada. Y deliberaron acerca de los prisioneros, y bajo los efectos de la indignación decidieron matar no sólo a los allí presentes, sino

también a todos los mitileneos adultos, y vender como esclavos a niños y mujeres. Les reprochaban el haber promovido la anterior sublevación a pesar de que no estaban sometidos en las mismas condiciones que los demás. Sin embargo, lo que más contribuyó a su irritación fue el hecho de que las naves peloponesias se hubieran atrevido a aventurarse hasta Jonia en su ayuda. Parecía, por tanto, que esta sublevación no se había efectuado a la ligera.

Así pues, despacharon una trirreme para informar a Paquete de sus decisiones, ordenándole diera muerte inmediatamente a los mitileneos. Pero al día siguiente comenzó de pronto el arrepentimiento y la reflexión acerca de que habían tomado una decisión cruel y severa: aniquilar a una ciudad entera en vez de a los culpables. Cuando la embajada de Mitilene que estaba en Atenas y sus partidarios atenienses se percataron, incitaron a los magistrados a que abrieran de nuevo una nueva deliberación. Los convencieron con facilidad, ya que ellos mismos veían claro que la mayor parte de los ciudadanos deseaban que se les brindara una nueva oportunidad de deliberar. Se celebró enseguida una asamblea, en la que diversos oradores sostuvieron opiniones diferentes; y Cleón, hijo de Cleéneto, que con anterioridad había logrado imponer la propuesta de que se les diera muerte, y que era en los demás asuntos el más violento de los ciudadanos, y el de mayor credibilidad entre el partido popular por aquel tiempo, se acercó a la tribuna y pronunció el siguiente discurso:

37. *«Muchas veces ya me he percatado yo mismo de que un régimen democrático resulta incapaz de ejercer el imperio sobre otros, pero debo reconocerlo sobre todo ahora, ante vuestro arrepentimiento sobre los mitileneos. En efecto, como en vuestras relaciones cotidianas vivís libres de temores y de intrigas, os comportáis de igual modo con respecto a los aliados. Y si incurrís en algún error, por dejaros convencer por sus razonamientos, o cedéis a la compasión, no os apercibís de que os ablandáis de modo peligroso para vosotros y sin procuraros la gratitud de los aliados.*

No tenéis presente que vuestro imperio es una tiranía [18]

[18] La misma idea ya la expresó Pericles en su discurso del libro II, 63.

ejercida sobre gentes que maquinan intrigas y permanecen sometidos contra su voluntad; gente que os obedece no por los favores que, con detrimento propio, podáis hacerles, sino por la superioridad que sobre ellos consigáis, más por fuerza que por su benevolencia. Y lo más terrible de todo es que en nuestras decisiones no vaya a haber nada estable, y no reconocemos que una ciudad dotada de leyes imperfectas, pero inmutables, es más fuerte que otra que esté dotada de leyes buenas que no se ejecutan; de que la ignorancia acompañada de disciplina es más ventajosa que la capacidad unida a la indisciplina: y de que en general los hombres más simples gobiernan la ciudad mejor que las grandes inteligencias. En efecto, suelen éstos querer aparecer más sabios que las leyes y triunfar sobre todas y cada una de las propuestas presentadas en público, como si no hubiera otras ocasiones más importantes de mostrar su juicio, y a resultas de tal comportamiento terminan frecuentemente por arruinar a la ciudad. Los otros, en cambio, que no confían en su propio ingenio, se conforman con aparecer como más ignorantes que las leyes, y menos capaces de censurar las palabras de un orador que tiene razón. Y al ser jueces imparciales más que contendientes, suelen por lo general tener éxito. Precisamente así, pues, debemos comportarnos nosotros: sin dejarnos arrastrar por la habilidad oratoria en contiendas de ingenio, daros a vosotros, pueblo de Atenas, consejos contrarios a nuestra opinión.

38. *Por mi parte, yo me mantengo en mi misma opinión, y me maravillo de quienes han propuesto de nuevo discutir sobre los mitileneos y han provocado una pérdida de tiempo, lo cual favorece sobre todo a los culpables (ya que la víctima en tal caso persigue al culpable con indignación más atenuada, mientras que el replicar lo más pronto posible a la ofensa permite conseguir normalmente un castigo proporcional). Y me maravillo también de que vaya a haber alguien que me contradiga y pretenda demostrar que los crímenes de los mitileneos son un beneficio para nosotros, y nuestros reveses resulten perjudiciales para nuestros aliados. Es evidente que el tal o se esforzará en demostrar, fiado en su elocuencia, que cuanto habéis acordado no es la opinión general, o movido por el soborno y esforzándose por encon-*

trar palabras especiosas, tratará de engañarnos. La ciudad, en ese tipo de certámenes, concede los premios a otros, y ella sola carga con los riesgos. Pero los responsables sois vosotros, por haber organizado estas funestas justas: vosotros, que habitualmente sois espectadores de discursos y oyentes de los hechos; que veis los hechos futuros como posibles a partir de las hermosas palabras de quienes saben hablar, y los ya ocurridos los juzgáis a partir de las críticas bellamente expuestas, sin otorgar más crédito a lo que ha sucedido ante vuestros propios ojos que a lo que habéis oído. Vosotros, que sois los mejores en dejaros engañar por la argumentación más novedosa y a no querer adheriros a lo ya probado: esclavos como sois de las originalidades de cada momento y menospreciadores de lo habitual. Cada uno de vosotros desea, sobre todo, poder por sí mismo tener dotes de orador, y si ello no es posible, emulando a quienes hacen discursos de esta especie, no dar la impresión de ir por detrás en inteligencia, sino la de ser capaces de aplaudir por anticipado cualquier agudeza de ingenio que alguien pueda decir: sois tan prontos a comprender de antemano lo que se os dice, cuanto lentos en prever sus consecuencias. Buscáis, por así decir, un mundo distinto de aquel en que vivimos, sin capacidad siquiera de pensar de modo adecuado sobre la situación presente: en suma, dominados por el placer del oído, os asemejáis más a un público que asiste a una exhibición de los sofistas que a unos ciudadanos que deliberan sobre la suerte de su ciudad.

39. *En mi intento de apartaros yo de estos hábitos, os voy a demostrar que la de los mitileneos, entre todas las demás, es la ciudad que más crímenes ha cometido contra vosotros. Por mi parte, en efecto, puedo mostrarme indulgente hacia quienes han hecho defección por no poder tolerar vuestro dominio, o hacia quienes se han visto constreñidos a ello por el enemigo: pero que los habitantes de una isla provista de murallas, que no habían de temer a nuestros enemigos más que por mar (un elemento respecto al que no estaban indefensos contra ellos gracias a disponer de trirremes), un pueblo que vivía con sus leyes propias y gozaba de nuestra más alta estima, hayan tenido un tal comportamiento ¿qué otra cosa es el comportamiento de esos tales, sino in-*

triga e insurrección más que defección (la defección, en realidad, se da cuando uno sufre violencia) y un intento, además, de aniquilarnos, alineándose con nuestros peores enemigos?

Pues bien, tal comportamiento es más grave que si se hubieran enfrentado en guerra a nosostos por sus propios medios para aumentar su poderío. No les han servido de ejemplo las desgracias de sus vecinos (cuantos hicieron antes defección y fueron sometidos) ni su presente prosperidad les ha hecho dudar de emprender acciones de peligro, sino que habiéndose hecho audaces ante el futuro y fomentando esperanzas mayores que sus posibilidades, aunque inferiores a su ambición, emprendieron una guerra, con la pretensión de anteponer la fuerza al derecho, pues cuando creyeron que iban a salir triunfantes, nos han atacado sin haber sido objeto de ofensa. Es frecuente que las ciudades que obtienen una prosperidad rápida e inesperada se entreguen al orgullo; pero por lo general el éxito es para los hombres más seguros cuando se basa en el cálculo más que en lo imprevisto, y por así decir resulta más fácil alejar la desventura que conservar la felicidad. Hubiera sido necesario que los mitileneos jamás hubieran recibido de nosotros un trato más favorable que los demás: en tal caso no hubieran llegado a este grado de insolencia. Pues tiene el hombre como cosa connatural el despreciar al que le adula y admirar al que se muestra firme. Sean castigados, aún a tiempo, según su crimen merece, y no hagáis recaer la responsabilidad sobre los oligarcas absolviendo al partido popular. Todos, en efecto, por igual os atacaron, cuando les era posible pasarse a nuestro bando y vivir ahora con sus derechos de ciudadanía, y sin embargo, considerando más seguro el riesgo con los oligarcas, se sumaron a su defección. Por otra parte, pensad en nuestros aliados: si vais a imponer idéntico castigo a quienes hicieron defección constreñidos por el enemigo y a quienes la hicieron voluntariamente ¿quién creéis no se rebelará con el más mínimo pretexto, desde el momento en que en caso de éxito va aconseguir la liberación, y en caso de fracaso no sufrirá nada irreparable? Nosotros, en cambio, deberemos poner en peligro frente a cada ciudad nuestra hacienda y nuestras vidas, y en caso de tener éxito, tras

haber reconquistado una ciudad destruida, nos veremos privados en adelante del tributo futuro (gracias al cual somos fuertes), y en caso de haber fracasado añadiremos nuevos enemigos a los actuales, y el tiempo que debemos dedicar a luchar contra nuestros actuales enemigos lo dedicaremos a combatir con nuestros propios aliados.

40. *No hay, pues, que ofrecerles esperanza alguna, ni basada en la elocuencia ni en el soborno, de que conseguirán indulgencia, en cuanto que han errado como es propio de la naturaleza humana. Pues no nos han causado daño sin querer, sino que han conspirado con plena conciencia. Y sólo es digno de perdón lo involuntario. Yo, así pues, como también entonces, me opongo ahora a que modifiquéis vuestro parecer sobre algo ya previamente acordado, para no equivocaros por las tres cosas más dañinas para un imperio: la compasión, el deleite por la elocuencia y la clemencia. En efecto, piedad es justo que se tenga con quienes están animados de idéntico sentimiento y no con quienes no la sentirán a su vez, y serán a la fuerza por siempre enemigos; por su parte, los oradores que os deleitan con sus discursos tendrán su certamen en ocasiones menos importantes, y no en una en la que la ciudad pagará alto precio por deleitarse un poco, mientras que ellos obtendrán un buen beneficio de su bella elocuencia; la clemencia, en fin, se otorga a quienes en adelante van a ser amigos antes que a quienes van a seguir siendo igualmente no menos enemigos. Resumiendo, os digo una sola cosa: si me escucháis, haréis lo que es justo respecto a los mitileneos y al mismo tiempo es lo ventajoso para vosotros; en cambio, si vuestro parecer es distinto, no os procuraréis su favor, sino que más bien os buscaréis vuestro propio castigo. Porque si ellos han hecho defección justamente, no deberíais vosotros ostentar vuestro imperio. En cambio, si pretendéis ejercerlo aun sin título alguno, debéis castigar a los mitileneos por vuestro interés, incluso contra la justicia, o en caso contrario poner fin a vuestro imperio, y vivir como hombres virtuosos apartados de los peligros. Tened a bien defenderos con idéntico castigo, y habiendo escapado a sus intrigas no os mostréis más insensibles que quienes las tramaron, teniendo presente lo que ellos hubieran hecho si os hubieran derrotado, tanto más que fue-*

ron ellos los primeros en cometer injusticia. Precisamente quienes hacen daño a alguien sin justificación son los que continúan hasta aniquilarlo, pues supone un peligro el que el enemigo sobreviva: ya que el que ha sido víctima de una ofensa sin justificación, en caso de escapar resulta más peligroso que un enemigo que se encuentra en condiciones de igualdad. No seáis, pues, traidores a vosotros mismos, sino que poniéndoos con el pensamiento lo más cerca posible a la ofensa y al sentimiento de que habríais preferido cualquier cosa por someterlos, devolvédsela ahora sin ablandaros ante las presentes circunstancias ni olvidaros del peligro que ahora nos amenazó.

Castigadlos como se merecen y dad a los demás aliados un ejemplo claro: el que haga defección será castigado con la muerte. Porque si llegan a entenderlo, no tendréis ya que bajar la guardia con vuestros enemigos para combatir a vuestros propios aliados.

41. Este fue, en esencia, el discurso de Cleón. Tras él, Diódoto[19], hijo de Eúcrates, quien se había opuesto más que nadie en la anterior asamblea a que se ejecutara a los mitileneos, se adelantó de nuevo y habló así:

42. *«Ni repruebo a quienes han propuesto de nuevo deliberar sobre los mitileneos, ni alabo a los que censuran que se discuta varias veces sobre cuestiones capitales, sino que pienso que son dos las cosas que más se oponen a una decisión sabia: la precipitación y la ira; la una suele ir acompañada de la insensatez, y la otra con la grosería y cortedad de mente. Y quien defienda que las palabras no son una guía de nuestros actos, o es un necio o tiene en ello algún interés particular. Es necio si cree que es posible explicar de cualquier otro modo el futuro cuando es tan incierto; tiene algún interés particular, si queriendo que se acepte una propuesta deshonesta, piensa que no sería capaz de hablar bien sobre una causa nada hermosa, pero espera desconcertar a sus adversarios y al auditorio con hábiles calumnias.*

Pues son los más peligrosos aquéllos que acusan de antemano de soborno al discurso de un orador. Porque si lo acu-

[19] Este personaje Diódoto no ha podido ser identificado, a pesar de que Tucídides haya puesto en su boca uno de los más importantes discursos.

saran de ignorancia, el orador que no consiguiera convencer se retiraría dando la impresión más de poco inteligente que de corrupto; pero cuando la acusación es de deshonesto, aunque consiga convencer queda como sospechoso, y en caso de no lograrlo, además de como poco inteligente, también como deshonesto. En tal situación, la ciudad no sale favorecida en nada, pues por miedo se ve privada de sus consejeros. Y más acertado sería para ella el que unos tales ciudadanos no pudiesen hablar[20]*, pues es así como ella se vería menos inducida al error. Por el contrario, es preciso que el buen ciudadano se muestre dando los mejores consejos, no atemorizando a los adversarios, sino oponiéndoseles en condiciones de igualdad; y que una ciudad prudente no acumule excesivos honores en quien es un buen consejero (ni le disminuya a su vez los que disfrutaba), y que tampoco imponga una multa ni deshonre a quien hace una propuesta que no tiene éxito. Pues de este modo, en efecto, quien tiene éxito con sus propuestas no se verá inducido por el deseo de mayores honores a expresar consejos contrarios a sus sentimientos por adulación; y por su parte, un orador desafortunado no buscará por el mismo procedimiento complaciente a seducir también él al pueblo.*

43. *Nosotros, en cambio, hacemos lo contrario a esto, y aún más, si alguien es tan sólo sospechoso de que persigue lucrarse al dar sus consejos, aun tratándose de los mejores, llevados de nuestra envidia privamos a la ciudad de un manifiesto beneficio a causa de una incierta presunción de lucro personal. Se ha llegado a establecer la práctica de que los buenos consejos, expresados con franqueza, suscitan no menos sospechas que los malos, hasta el extremo de que quien quiere hacer aprobar propuestas más dañinas debe atraerse a la multitud mediante engaños, y que, de igual guisa, quien aconseja lo mejor debe obtener la confianza mediante mentiras. Es esta ciudad nuestra la única en la que a causa de sus sutilezas no es posible hacer un buen servicio abiertamente y sin recurrir al engaño. Pues quien ofrece*

---

[20] Están de acuerdo los comentaristas en que debe de tratarse de la falta de habilidad oratoria, y no de la prohibición jurídica de que tales individuos hagan uso de la palabra.

de manera franca algo beneficioso, se expone a cambio a la sospecha de buscar por algún procedimiento oscuro su mayor provecho.

Pero en estas circunstancias, y a propósito de problemas de máxima importancia, es lícito pretender que nosotros los oradores hablemos con una previsión que alcanza más lejos que vuestra limitada visión, tanto más porque nosotros somos responsables de nuestros consejos, y vosotros un auditorio exento de responsabilidades. Porque, efectivamente, si el orador que consigue convencer y el que se le adhiere estuvieran expuestos a idénticos riesgos, demostraríais prudencia mayor en vuestras decisiones. En cambio, ahora sucede que obedeciendo a la cólera del momento, a veces os equivocáis e imponéis un castigo por su consejo sólo al orador que os ha convencido, y no también a vosotros, que siendo muchos os adheristeis a su error.

44. *Por mi parte, no he venido ni para hacer una propuesta contra lo que se ha dicho a propósito de los mitileneos, ni para acusarles. Ya que lo que discutimos, si tenemos un poco de sentido común, no versa sobre su culpabilidad, sino sobre la bondad de nuestras decisiones. Pues aunque consiga demostrar que son plenamente culpables, no por ello voy a reclamar su ejecución, si ello no conviene. Y aunque tuvieran algún derecho a la indulgencia, no la obtendrían si ello no reportase algún beneficio a la ciudad*[21]. *Pienso que estamos deliberando más sobre el futuro que sobre el presente. Y respecto a eso en lo que hace mayor hincapié Cleón, es decir, que nuestro interés futuro consistirá en establecer la pena de muerte a fin de que haya menos defecciones, también yo apoyándome a mi vez en lo que para nuestro futuro será mejor, opino lo contrario. Y os pido que no renunciéis a lo que de útil tienen mis razones, por lo especioso de las suyas. Pues como su discurso se ajusta mejor a la justicia, dado vuestro estado de cólera contra los mitileneos, os podría atraer. Pero es que nosotros no nos estamos querellando contra ellos ni tenemos necesidad de recu-*

[21] El texto plantea algunos problemas de interpretación debido a errores en la transmisión.

rrir a argumentos jurídicos, sino que estamos deliberando acerca de ellos a fin de que nos resulten de provecho.

45. *En nuestras ciudades está prevista la pena de muerte para muchos delitos, incluso no iguales a éste, sino inferiores. Sin embargo, dejándose llevar de la esperanza se ponen en peligro, y nadie ha marchado nunca al encuentro de un peligro con la convicción de no sobrevivir a su empresa. ¿O qué ciudad al hacer defección acudió a dicha empresa con unos preparativos a su juicio inferiores, sean suyos propios, sean procurados por sus aliados, para lo que pretenden? Mas es propio de la naturaleza humana el que todos, tanto en el ámbito privado como en el público, cometan errores, y no existe ley que pueda impedirlo, ya que los hombres han propuesto todas las escalas de penas, agravándolas cada vez más, por ver si aminoraban las ofensas de parte de los malhechores. Es natural que antiguamente, para los más graves delitos hubiera penas más suaves, pero que al ser transgredidas con el paso del tiempo, la mayor parte de ellas han desembocado en la pena de muerte. Y con todo y con ello, se las desafía.*

Así pues, o bien hay que buscar una amenaza que infunda mayor miedo que ésta, o bien admitimos que ésta no refrena el mal; sino que, de un lado la pobreza, que por efecto de la necesidad infunde audacia, y de otra parte la sobreabundancia, que induce a la ambición por su insolencia y su orgullo, así como otras diversas circunstancias que dependen de la vida de los hombres (en cuanto que cada una de ellas está sometida por algún impulso fuerte e irresistible) nos impelen a los peligros. Además de todo ello, la esperanza y el deseo (éste abriendo el camino y aquélla yendo en pos, pues el primero concibe el plan, mientras la otra le ofrece el favor de la fortuna) suelen causar los más graves daños; y aun siendo cosas que no se ven son más poderosas que los peligros manifiestos. Finalmente la fortuna, añadiéndose a todo esto, concurre en no menor medida al enardecimiento, ya que como a veces se nos presenta cuando menos se la espera, nos induce a correr riesgos incluso cuando nos encontramos en inferioridad de condiciones; y sobre todo a las ciudades, en la medida en que están en juego cuestiones de la mayor importancia (como la libertad o

el dominio sobre otros), y en la medida en que cada cual, inserto en el ámbito de su comunidad, sin razón se sobreestima.

En pocas palabras, resulta imposible (y es un ingenuo quien lo piense) que cuando la naturaleza humana aspira decididamente a realizar una empresa, pueda encontrarse algún impedimiento, sea en la fuerza de la ley o mediante cualquier otra amenaza, que la haga desistir.

46. *Por tanto, no debemos tomar una decisión incorrecta confiando en la garantía que ofrezca la pena de muerte, ni privar por completo de toda esperanza a quienes han hecho defección, en la idea de que no habrá posibilidad de modificar una decisión tomada y de cancelar su yerro en el más breve plazo de tiempo posible. Considerar, en efecto, que actualmente una ciudad que hace defección, si ve que no tiene posibilidad de triunfar, podría llegar a un acuerdo ahora que todavía es capaz de indemnizarnos y pagar sus tributos futuros.*

Pero en aquel otro caso, ¿qué ciudad según vosotros no se va a preparar mejor que ahora, y aguantará un asedio hasta sus últimas consecuencias, si significa lo mismo llegar a un acuerdo pronto que tarde? Y para nosotros, ¿cómo no va a ser un perjuicio el que gastemos dinero en el asedio por la imposibilidad de llegar a un acuerdo, y que en caso de victoria encontremos la ciudad en ruinas y vernos privados para el futuro de sus tributos? Y es precisamente en los tributos en donde radica nuestra fuerza frente a los enemigos.

De modo que no debemos dañarnos a nosotros mismos comportándonos como jueces en exceso severos con unas gentes que han cometido errores, sino más bien ver la manera, con un castigo moderado, de poder disponer en el futuro de ciudades potentes desde el punto de vista financiero; y en lugar de pensar en llevar a cabo su control mediante el rigor de las leyes, hacerlo mediante una vigilancia activa. Pero ahora hacemos precisamente lo contrario a esto: cuando una ciudad libre, incorporada a nuestro imperio por la fuerza, ha intentado, como es natural, sublevarse, si la conseguimos dominar, creemos que hay que castigarla con toda severidad. Sin embargo, lo que hay que hacer no

es castigar rigurosamente a las ciudades libres cuando se sublevan, sino, antes de que se produzca la defección, observar una estrecha vigilancia y tomar medidas de antemano a fin de que ni siquiera se les ocurra la idea; y si llegamos a reprimirlos debemos limitar las responsabilidades al menor número posible de ciudadanos.

47. *Considerad vosotros mismos cuán grande sería vuestro error en este punto si os dejáis convencer por Cleón. Pues en estos momentos el pueblo de todas las ciudades os es favorable*[22] *y o no hace causa común con las defecciones de los oligarcas, o si se ve obligado, se manifiesta al poco como enemigo de los sublevados, por lo cual entráis en guerra teniendo como aliados a la masa del pueblo de la ciudad rebelde. Pero si aniquiláis al pueblo de Mitilene, que no sólo no ha participado en la sublevación, sino que tan pronto dispuso de armas puso la ciudad a vuestra disposición espontáneamente, en primer lugar cometeréis la injusticia de dar muerte a vuestros benefactores, y en segundo lugar cumpliréis el deseo máximo de los oligarcas: en efecto, cuando provoquen la sublevación en otras ciudades, tendrán al instante como aliados a la gente del pueblo, desde el momento en que habéis demostrado que aguarda un idéntico castigo para los culpables y para los que no lo son. Por el contrario, debemos, aunque el pueblo sea culpable, fingir que no lo es, a fin de que el único sector que aún es nuestro aliado no se transforme en hostil. Y lo que estimo más conveniente para el mantenimiento del imperio es lo siguiente: sufrir de buen grado nosotros la injusticia, mejor que aniquilar justamente a quienes no deben serlo. Y la identificación que Cleón hace de justicia y utilidad del castigo no resulta posible en el presente caso.*

48. *Reconociendo, por vuestra parte, que mi propuesta es mejor, y sin ceder en exceso a la compasión ni a la clemencia (por las que os exhorto a no dejaros tampoco guiar) seguid mis consejos en consideración a mis anteriores palabras: juzgad con calma a aquellos mitileneos que Paquete os envió como culpables, y dejad vivir a los demás en paz en su ciudad. Pues esta solución será provechosa para el fu-*

[22] Parece que la realidad no era exactamente así. Cf. II, 8.

turo, y desde ahora es temible para nuestros enemigos. Pues quien toma prudentes decisiones resulta más fuerte frente al adversario que quienes proceden por la fuerza de los hechos de modo insensato.»

49. Así habló Diódoto. Y expuestas estas dos argumentaciones de forma tan equilibradamente contrapuestas entre sí, los atenienses se vieron abocados a un conflicto de opiniones, y en la votación quedaron casi empatados, aunque la propuesta de Diódoto resultó vencedora. En consecuencia, despacharon al punto otra trirreme a toda prisa, a fin de evitar encontrarse con la ciudad ya destruida, por haber llegado antes la otra trirreme, que les llevaba una ventaja de casi un día y una noche. Los embajadores de Mitilene prepararon vino y harina de cebada para la nave, y les habían prometido una gran recompensa si se anticipaban a la otra. De ahí que el trayecto se hiciera a tal velocidad que los hombres comían sin dejar de remar la harina de cebada amasada en vino y aceite; y mientras unos por turno dormían, los otros remaban.

Y como, por suerte, no soplara ningún viento que la obstaculizara, y de otra parte, la nave primera navegara sin prisas hacia una misión tan inaudita, mientras que ésta iba con toda rapidez, aquélla se le adelantó sólo el tiempo suficiente para que Paquete leyera el decreto y se dispusiera a ejecutarlo; pero la segunda nave entró en el puerto pisando su estela e impidió la ejecución. Hasta tal punto llegó el peligro que corrió entonces Mitilene.

50. Y a los otros mitileneos que Paquete había mandado a Atenas como principales culpables de la sublevación, los atenienses les dieron muerte siguiendo el criterio de Cleón —eran poco más de mil— [23], derribaron los muros de Mitilene y se incautaron de sus naves. No impusieron luego tributos a los lesbios, sino que en su lugar dividieron el territorio (excepto el de Metimna) en tres mil lotes, de los que reservaron trescientos para los dioses, y enviaron a los otros

[23] Aunque otras fuentes antiguas hablan de una gran masacre, tal vez esta cifra deba ser reducida a sólo 30 hombres. La confusión en griego pudo producirse fácilmente: Λʹ en vez de ͵A.

clerucos atenienses elegidos mediante sorteo [24]. Los lesbios, obligándose a pagarles un tributo de dos minas anuales por cada uno de los lotes, continuaron trabajando su tierra. Además los atenienses se apoderaron de todas las posiciones que los mitileneos tenían en el continente, que a partir de ahora quedaron sometidas a Atenas. Así ocurrieron los sucesos de Lesbos.

51. En el curso de este mismo verano los atenienses, tras la conquista de Lesbos, emprendieron bajo las órdenes de Nicias, hijo de Nicérato [25], una expedición contra la isla de Minoa, que está situada delante de Mégara. Los megarenses se servían de ella como plaza fuerte, tras haber construido allí una torre. Nicias quería que los atenienses montaran su vigilancia desde esta isla, que estaba más cerca, mejor que desde Búdoro y Salamina, a fin de que los peloponesios no pudieran efectuar desde allí incursiones navales con sus trirremes, sin ser advertidos, como la que había tenido lugar con anterioridad; y otro tanto con los ataques de los piratas; además quería que no se hiciera llegar a los megarenses nada por mar.

Conquistó en primer lugar desde el mar mediante unos ingenios mecánicos dos torres que se alzaban sobre la costa de Nisea, dejando libre así la entrada de naves por el estrecho que hay entre la isla y el continente. Luego fortificó mediante un muro aquella parte de la costa del continente por la que podía acudirse en ayuda de la isla (muy próxima a la costa) a través de un puente sobre aguas poco profundas. Una vez que consiguió se hiciera esto en pocos días, y tras haber dejado también en la isla un fuerte y una guarnición, se retiró con sus tropas.

52. Por las mismas fechas de este verano los plateenses, que ya no disponían de víveres ni podían resistir el asedio, llegaron a un acuerdo con los peloponesios de la siguiente manera. Atacaron éstos sus murallas sin que los otros pudieran ya defenderse; entonces, el arconte de los lacedemonios,

[24] A diferencia del colono, el cleruco conservaba su ciudadanía de origen ya que la cleruquía no suponía la fundación de un nuevo estado.

[25] Primera mención que hace Tucídides de Nicias, a pesar de que era ya un hombre de prestigio e influencia en Atenas, sobre todo a partir de la muerte de Pericles. Cf. VII, 86.

percatándose de que estaban exhaustos, no quiso sin embargo tomarla por la fuerza (en este sentido tenía órdenes de Lacedemonia, a fin de que, de llegarse alguna vez a un tratado con los atenienses en el que se conviniese que ambos bandos debían devolverse las posiciones conquistadas en lucha, no tuvieran que devolver Platea, en cuanto que sus ciudadanos se habían entregado voluntariamente a los lacedemonios), por lo que envió un heraldo a los de Platea que les dijera que si estaban dispuestos a entregar por propia iniciativa la ciudad a los lacedemonios y aceptarlos como jueces, que castigaría a los culpables, pero no a quien no lo fuera. Esto es lo que les transmitió el heraldo. Y los plateenses, que estaban ya en situación de extremo apuro, entregaron la ciudad. Los peloponesios alimentaron a los de Platea durante algunos días, en tanto llegaban desde Lacedemonia cinco jueces. A la llegada de éstos no se les hizo a los plateenses ninguna acusación previa, sino que los convocaron a juicio y les preguntaron sólo esto: si en la guerra presente habían prestado o no algún servicio a los lacedemonios y a sus aliados. Los plateenses, tras haber solicitado poder hablar más *in extenso,* delegaron en dos de los suyos, en Astímaco, hijo de Asopolao, y en Lacón, hijo de Eimnesto (que era próxeno de los lacedemonios), éstos se adelantaron a la tribuna y dijeron lo siguiente:

53. *«Os hemos hecho entrega de la ciudad ¡oh lacedemonios! porque confiábamos en vosotros, y no pensábamos tenernos que someter a un juicio de este género, sino que sería uno más regular; y no habríamos aceptado ser juzgados por nadie que no fuerais vosotros —ante quienes precisamente nos encontramos— porque pensábamos que así conseguiríamos la máxima equidad. Ahora, en cambio, tememos habernos equivocado en estas dos cosas a la vez: tenemos buenas razones, en efecto, para pensar que el proceso va a versar sobre cuestiones capitales y que vosotros no vais a ser jueces imparciales, si tomamos como indicios el que no ha habido acusación previa contra nosotros de la que tengamos que defendernos, sino que hemos sido nosotros mismos los que hemos solicitado la palabra, y porque al ser corta la pregunta, nuestra respuesta si es sincera se vol-*

verá contra nosotros, mientras que la mentira se presta a la refutación.

Por doquier constreñidos y sin salida, nos vemos obligados (y es lo que nos parece más seguro) a no exponernos al peligro sin haber hablado. Pues, en la situación en que estamos, el no exponer nuestros argumentos produciría en nosotros el remordimiento de que, de haber sido manifestados, hubieran representado nuestra salvación. Mas todavía nos resulta muy difícil el conseguir convenceros; pues si no nos conociéramos recíprocamente, podríamos aducir testimonios sobre hechos que os son desconocidos, y sacaríamos de ello algún beneficio; pero el caso es que en la situación actual, todo lo que se diga lo será ante personas informadas, y nos tememos no ya tanto el que hayáis prejuzgado que por ser nuestros méritos inferiores a los vuestros resulte de ahí una acusación contra nosotros, sino que por vuestro deseo de complacer a otros[26] *vayamos a encontrarnos ante un juicio ya sentenciado.*

54. *No obstante, aduciremos los argumentos jurídicos de que disponemos a propósito de nuestras diferencias con los tebanos, así como respecto a vosotros y a los demás griegos, y traeremos a la memoria cuanto de bueno hemos hecho, buscando con ello convenceros.*

Contestamos, en efecto, a vuestra escueta pregunta de si hemos rendido en esta guerra algún servicio a los lacedemonios y sus aliados, que si nos habéis hecho la pregunta como a enemigos, no podéis consideraros ofendidos por no haber recibido ningún beneficio; en cambio, si es como a amigos, sois vosotros mismos los más culpables al haber venido contra nosotros. Por otra parte, durante los años de paz y durante la guerra contra los medos, nos hemos comportado perfectamente; pues no fuimos los primeros en violar hoy aquella paz, y sí en cambio entonces los únicos[27] *beocios que combatimos junto a otros por la libertad de Grecia. En efecto, a pesar de que somos gente del interior, lu-*

[26] Alusión a sus vecinos, los tebanos.
[27] Falsedad histórica, ya que los ciudadanos de Tespias sobresalieron por sus valientes acciones en la batalla de las Termópilas. Cf. Heródoto, VII, 132.

chamos en la batalla naval de Artemisio [28], *y en la batalla que se libró en nuestro territorio estuvimos codo con codo con vosotros y con Pausanias. Y en cualquier otro peligro que por aquel tiempo sobrevino a los griegos participamos en medida superior a nuestras propias fuerzas* [29].

Y también a vosotros en particular, oh lacedemonios, en aquel momento en que sobrevino en Esparta un grandísimo terror, al haberse sublevado los hilotas en el monte Itome, después de ocurrido el terremoto, os enviamos en ayuda un tercio de nuestras tropas, acciones todas ellas de las que no es razonable olvidarse.

55. *Tal fue la manera de comportarnos que más oportuna nos pareció antaño, y a propósito de situaciones gravísimas; y sólo más tarde llegamos a ser enemigos. Y vosotros habéis sido los culpables. Efectivamente, cuando solicitamos vuestra alianza contra la violencia que nos hacían los tebanos, nos rechazasteis y nos invitasteis a acudir a los atenienses, en la idea de que eran vecinos nuestros, mientras que vosotros vivíais a gran distancia. Con todo, en el transcurso de esta guerra ni habéis sufrido, ni habéis estado cerca de sufrir nada que se nos pueda reprochar. Y si no quisimos desertar de los atenienses, a pesar de vuestra invitación a ello, no hemos actuado contra justicia; ellos, en efecto, nos ayudaron contra los tebanos en un momento en que vosotros nos dabais largas, y traicionarlos no era una cosa honorable, sobre todo dado que se trataba de un pueblo al que estábamos agradecidos; cuya alianza habíamos solicitado nosotros mismos, y de quienes habíamos recibido el derecho de ciudadanía. Por el contrario, lo natural era que atendiéramos con toda diligencia sus mandatos.*

Respecto a las acciones a las que en cada uno de los dos bandos guiáis a vuestros respectivos aliados, si tal o cual acción está mal hecha, los culpables no son los que os siguen, sino aquéllos que los conducen hacia un fin que no es correcto.

---

[28] El cabo Artemisio se encuentra en la parte norte de la isla de Eubea.

[29] Subyace una velada inculpación a los propios lacedemonios, quienes anduvieron rezagados con ocasión de la batalla de Maratón, en el año 490, en la que Platea tomó parte decisiva junto a Atenas frente a los persas.

56. *Los tebanos han cometido contra nosotros muchas injusticias, la última de las cuales vosotros mismos la conocéis, y es la que nos ha conducido a esta situación. Ellos, en efecto, trataban de apoderarse de nuestra ciudad estando vigente un tratado de paz, y además en días de fiesta, y nosotros nos hemos defendido con todo derecho, según la ley vigente para todo el mundo: es justo defenderse del ataque del enemigo. Y no sería normal que ahora sufriéramos algo por causa de ellos. Pues si hacéis justicia sobre la base de vuestra conveniencia del momento y de su hostilidad, demostraréis no ser jueces honestos con lo que está bien, sino más bien aduladores de lo que os conviene.*

Pues bien, si ahora los tebanos os parecen de mayor utilidad que nosotros, más lo fuimos nosotros y los demás griegos en aquella ocasión en que os encontrabais en situación mucho más peligrosa. Pues hoy en día sois vosotros los que atacáis a otros infundiendo miedo, pero en aquella ocasión, cuando los bárbaros venía a imponer sobre todos la esclavitud, éstos estaban de su parte. Es justo, por tanto, que a nuestro actual yerro —si es que en verdad en algo lo hemos cometido— se contraponga nuestro ardor de antaño; encontraréis que éste fue enorme frente a la pequeñez de aquél y en momentos en que era raro que ningún Estado griego se opusiera con su valor al poderío de Jerjes; cuando los máximos elogios se tributaban a aquellos que no buscaban ante la invasión su conveniencia desde una posición de seguridad, sino que estaban decididos a hacer frente a los mayores peligros por la empresa mejor.

Entre ellos estuvimos nosotros, y tras haber sido honrados de manera especial, tememos ahora ser aniquilados por haber observado un comportamiento idéntico: porque hemos elegido, en justicia, el partido de los atenienses, mejor que el vuestro, conforme a nuestro interés. Sin embargo, deberíais mostrar que mantenéis la misma opinión a propósito de situaciones idénticas, y considerar que el interés no consiste más que cuando vuestro supuesto interés del momento se asienta en el agradecimiento a aquellos de vuestros aliados que lo han merecido por su valor.

57. *Considerad aún que en estos momentos sois para la mayoría de los griegos un ejemplo de virtud, pero que si a*

propósito de nosotros emitís una sentencia que no sea razonable (y es evidente que vuestra sentencia sobre este asunto no pasará desapercibida, dado que gozáis de buena estima y nosotros no somos mal considerados) mirad que no sea que no aprueben el que se dicte una sentencia inconveniente a propósito de unos hombres valientes por parte de otros que aún lo son más; ni que los despojos que hagáis de nosotros (bienhechores de Grecia) sean ofrendas en nuestros santuarios comunes.

Cosa monstruosa va a parecer el que Platea sea devastada por los lacedemonios, y que mientras que vuestros padres inscribieron el nombre de nuestra ciudad en el trípode de Delfos debido a su valor, vosotros en cambio la vayáis a borrar, edificios y todo, del mundo griego a causa de los tebanos. Pues nuestra desgracia ha llegado hasta el siguiente extremo: conocimos la ruina con la victoria de los medos, y ahora, ante vosotros, un día nuestros mejores amigos, somos considerados menos que los tebanos en vuestra estimación; y así hemos debido hacer frente a los dos más graves peligros: sucumbir de hambre hace unos días, si no hubiéramos entregado la ciudad; y ahora, el de ser sometidos a un juicio capital.

Todos nos han rechazado de su lado, a nosotros los plateenses, dispuestos a ayudar a los griegos por encima de nuestras posibilidades, ahora solos e indefensos. Y ninguno de nuestros aliados de entonces nos auxilia, y vosotros ¡lacedemonios! nuestra única esperanza, tememos no sigáis siéndolo.

58. *Sin embargo, pretendemos todavía, por los dioses que sancionaron un día nuestra alianza, y por nuestros méritos en defensa de los griegos, que cedáis y modifiquéis vuestro parecer, si en algún punto os dejasteis persuadir por los tebanos; y que por vuestra parte les reclaméis os concedan el no tener que dar muerte a aquellos a quienes vuestro honor os impide. Ganaos un agradecimiento honesto en vez de uno vergonzoso, y no os procuréis infamia alguna por dar gusto a otros. Pues cosa de un momento es aniquilar nuestras vidas, pero borrar la infamia de una tal acción será difícil. Porque nosotros no somos enemigos a quienes con razón castigaréis, sino gente amiga a los que por las cir-*

cunstancias se obligó a entrar en guerra. En consecuencia, cumpliréis con un sagrado deber concediendo la salvación de nuestras vidas, y si tenéis presente al mismo tiempo que estamos en vuestro poder por habernos entregado voluntariamente, con las manos extendidas a vosotros (y es ley de los griegos no matar a nadie en tales circunstancias), y además que de por siempre hemos sido benefactores vuestros. Volved la mirada, en efecto, a las tumbas de vuestros antepasados, que muertos a manos de los medos, recibieron sepultura en nuestro territorio: los hemos honrado cada año públicamente con los vestidos y todas las ofrendas rituales[30], *y les hemos ofrecido también las primicias de cuantos frutos nos brinda la tierra, como tributo criado por gente amiga en una tierra amiga, y como aliados para quienes un día fueron compañeros de armas.*

Haréis lo contrario de todo esto, si no emitís una sentencia justa. Reflexionad: Pausanias los enterró aquí en la idea de que los dejaba en una tierra amiga de gentes igualmente amigas; mas si vosotros nos matáis, y hacéis tebana la tierra de Platea ¿qué otra cosa es ello sino abandonar a vuestros padres y vuestros parientes, privándoles incluso de los privilegios que hasta ahora disfrutaron, en una tierra enemiga y junto a sus asesinos?

Y como final, esclavizaréis la tierra en la que los griegos fueron liberados, dejaréis desiertos los templos de los dioses donde iban a orar antes de derrotar a los medos, y privaréis así de los sacrificios tradicionales al pueblo que los fundó y los instituyó.

59. *No concuerda con vuestro prestigio ¡oh lacedemonios! esto de faltar a las comunes costumbres de los griegos y a vuestros antepasados, así como tampoco que, por odio, nos aniquiléis a nosotros, vuestros benefactores, que no os hemos hecho daño alguno; sí lo es en cambio, el que nos perdonéis y se atenúe el rigor de vuestra decisión tomando las cosas con una sabia compasión. Tened presente a este propósito no sólo el infausto destino que sufriríamos, sino también quiénes somos los que íbamos a padecerlo, y cómo resulta del todo incierta la fortuna, que a veces puede abatir-*

---

[30] Sobre estas celebraciones nos habla Plutarco, *Vida de Arístides*, 21.

se incluso sobre un inocente. Nosotros, como conviene a nuestra condición y nos exige la necesidad, os suplicamos, implorando a gritos a los dioses que reciben en sus altares ofrendas comunes de los griegos, para que os convenzáis de estas cosas; e invocando los juramentos que vuestros padres juraron y que vosotros no debéis olvidar, nos transformamos en suplicantes de las tumbas de vuestros antepasados, y exhortamos a quienes ya no existen a que no permitan que quedemos bajo el poder de los tebanos, ni seamos entregados nosotros, sus mejores amigos, a sus peores enemigos. Traemos ahora a vuestra mente el recuerdo de aquel día en que con ellos logramos las más brillantes hazañas, mientras que ahora corremos el peligro de sufrir la más terrible de las suertes.

Pero ya es necesario ¡y resulta durísimo para quienes se hallan en nuestra situación, pues con él está próximo el fin de nuestras vidas! acabar nuestro discurso; concluiremos, sin embargo, diciendo que no hemos entregado nuestra ciudad a los tebanos (hubiéramos preferido morir de la más atroz muerte, de hambre), sino que nos hemos acercado a vosotros llenos de confianza; y es justo que si no conseguimos convenceros, permitáis, restableciendo la situación inicial, que elijamos nosotros el peligro que tengamos que afrontar, fuere el que fuere. Al mismo tiempo os suplicamos que nosotros, los plateenses, que un día fuimos los más ardientes defensores de la causa de los griegos, no seamos entregados ¡oh lacedemonios! a los tebanos, nuestros peores enemigos, siendo como somos vuestros suplicantes, de vuestras manos y de vuestra protección, sino que seáis nuestros salvadores. No nos reduzcáis a la ruina a nosotros, cuando estáis liberando a los demás griegos.»

60. Tales fueron las palabras que pronunciaron los plateenses. Por su parte los tebanos, temiendo que ante este discurso los lacedemonios hicieran alguna concesión, se adelantaron diciendo que también ellos querían hablar, desde el momento en que se había autorizado, en contra de su opinión, a los plateenses a exponer un discurso más largo que la simple respuesta a la pregunta. Y cuando les invitaron a ello, pronunciaron el siguiente discurso:

61. *«No hubiéramos solicitado tomar la palabra si los*

plateenses por su parte hubieran respondido brevemente a la pregunta, y no nos hubieran atacado con sus acusaciones, ni hubieran formulado por su cuenta y sobre sí mismos una amplia defensa fuera del asunto que se trataba y sin que nadie les acusara, así como el elogio de unos hechos a propósito de los cuales nadie les había censurado. Mas ahora es preciso que les repliquemos sobre el primer punto, y les refutemos en sus otras cuestiones, a fin de que no obtengan provecho de nuestra mala reputación ni de su buena fama, sino que juzguéis sobre unos y otros tras haber oído la verdad.

Empezamos nosotros a tener diferencias con ellos por primera vez cuando, al fundar Platea (la última en Beocia) y otras localidades junto con ella (de las que nos apoderamos tras haber expulsado a gentes muy heterogéneas) no quisieron ellos, a pesar de las normas previamente acordadas, someterse a nuestra hegemonía. Y violaron las costumbres tradicionales, apartados de los beocios. Y al quererles nosotros obligar, se pasaron a los atenienses, con quienes nos han causado muchos daños, en respuesta de los que también ellos los sufrieron.

62. *Una vez que los bárbaros cayeron sobre Grecia —dicen ellos— fueron los únicos beocios que no se pasaron al bando medo, y es de ello de lo que más se vanaglorian y lo que más nos reprochaban. Nosotros, en cambio, afirmamos que si no tomaron partido por los medos fue porque tampoco lo hicieron los atenienses, y que, de acuerdo con ese mismo principio, cuando los atenienses marcharon contra los griegos, fueron también los únicos beocios que tomaron partido por Atenas. Pues bien, considerad en qué circunstancias hemos actuado, tanto ellos como nosotros.*

Nuestra ciudad por aquel entonces no se hallaba gobernada ni por un sistema aristocrático basado en la igualdad frente a la ley, ni por uno democrático, sino que los asuntos se regían por un régimen que representaba exactamente lo más contrario a la legalidad y al sistema más sensato, y que era el más próximo a la tiranía: unos pocos hombres detentaban todo el poder. Y esta gente, esperando que si vencía el medo aumentaría posteriormente su poder, mantuvieron sometido al pueblo por la fuerza e hicieron venir a los

bárbaros. La ciudad en su conjunto no era dueña de sí misma cuando hizo eso, por lo que no es justo censurarla por errores cometidos sin ser ella soberana de sus leyes.

En todo caso debéis considerar que tras la retirada de los medos y una vez recuperada nuestra soberanía (cuando los atenienses, al poco, atacaron al resto de Grecia e intentaron someter nuestra región, y se habían apoderado ya de la mayor parte de ella merced a las facciones internas) combatimos en Coronea y derrotamos a los atenienses, liberando así Beocia; y ahora contribuimos con decisión a liberar a los demás, procurando caballería y otros recursos en cantidad que no iguala ninguno de los demás aliados.

63. *Y esto es lo que tenemos que decir como defensa contra la acusación de colaboracionismo con los medos. Y ahora vamos a intentar poner de manifiesto que vosotros, plateenses, habéis causado mayores daños a los griegos, y sois por ello más merecedores de cualquier castigo. Fue por defenderos de nosotros —según decís— por lo que os hicisteis aliados y conciudadanos de los atenienses. En tal caso deberíais llamarlos en ayuda sólo contra nosotros, pero no que marcharais junto con ellos contra otros. Además la cosa os resultaba fácil (si es que los atenienses os hubieran coaccionado contra voluntad) con sólo acudir al recurso de la alianza que habíais ya pactado con los lacedemonios, que también iban contra el medo, alianza de la que tanto os gloriáis. Pues era ella suficiente para que nos apartáramos de vosotros y, lo que es lo más importante, para permitiros deliberar libremente. Pero el hecho es que preferisteis alinearos con los atenienses por propia iniciativa vuestra y sin ser obligados a ello. Afirmáis cuán innoble sería traicionar a vuestros bienhechores; pero mucho más vergonzoso y más injusto es traicionar por completo a todos los griegos (con quienes os ataba un juramento) que sólo a los atenienses; siendo éstos los que trataban de esclavizar Grecia, y aquéllos de liberarla.*

Además, la gratitud que habéis devuelto a los atenienses era desproporcionada y no exenta de deshonor; ya que, según decís, llamasteis en ayuda a los atenienses porque habíais sido objeto de injusticia, pero habéis colaborado con ellos cuando atacaban injustamente a otros. Ahora bien, el

no devolver un agradecimiento proporcionado al favor recibido es vergonzoso, pero no cuando se trata de un agradecimiento que se contrajo conforme a justicia y su devolución comporta injusticia.

64. *Habéis dejado en claro de este modo que entonces fuisteis los únicos en no pasaros al bando de los medos, pero no por interés de los griegos, sino porque no lo hicieron los atenienses: vosotros queríais hacer lo mismo que éstos, y lo contrario que los demás. Y ahora pretendéis sacar provecho de unas empresas en las que os portasteis bien por causa de otros. Pero eso no es razonable; sino que al igual que elegísteis a los atenienses, permaneced en la lucha con ellos, y no aduzcáis vuestra antigua alianza en la idea de que gracias a ella debéis encontrar la salvación. Pues la habéis abandonado, y violándola habéis contribuido a esclavizar a los de Egina y a algunos otros que también la habían jurado en vez de impedirlo. Y todo ello por vuestra propia voluntad y rigiéndoos por las leyes que teníais hasta este momento, y sin que nadie, como nos ocurrió a nosotros, os forzara.*

En fin, la última exhortación que os hemos dirigido, antes del asedio, de permanecer neutrales y no tomar partido por ninguno de los dos contendientes, no la habéis atendido.

¿Quiénes, pues, serían odiados más justamente por todos los griegos que vosotros, que habéis hecho una demostración de vuestro valor para desgracia suya? Y en cuanto a los buenos servicios que —según vosotros— prestasteis en otro tiempo, habéis ahora demostrado que no os corresponden, y en cambio ha quedado patente en su aspecto más verdadero la tendencia constante de vuestro natural: os habéis alineado, en efecto, con los atenienses cuando tomaban la senda de la injusticia.

Esto es, pues, cuanto tenemos que revelar respecto a nuestra indeseada toma de posición junto a los medos, y respecto a vuestra voluntaria colaboración con Atenas.

65. *Y en cuanto a la última injusticia que decís haber sufrido (que hemos marchado, violando la ley, en tiempo de paz y en día de fiesta contra vuestra ciudad) pensamos que tampoco en esto hemos sido más culpables que vosotros. Si, en efecto, es cierto que nos hemos presentado ante vuestra*

ciudad, hemos librado batalla y hemos devastado vuestro territorio como enemigos, somos culpables; pero si es que algunos de vuestros ciudadanos, los más distinguidos por su fortuna y nacimiento, deseosos de poner fin a vuestra alianza con una potencia extraña y de reintegraros a las comunes tradiciones de todos los beocios, nos han llamado espontáneamente, ¿en qué hemos delinquido? Pues, de cierto, más transgreden la ley quienes hacen la llamada, que quienes la siguen. Pero —a nuestro juicio— ni aquéllos cometieron falta, ni nosotros. Pues eran ciudadanos de Platea al igual que vosotros, y con más intereses en juego, los que nos abrieron el muro y nos introdujeron en su ciudad con intenciones amistosas y no hostiles; y querían que los peores de entre vosotros no empeoraran aún más, y que los mejores tuviesen lo que merecían; eran hombres que buscaban moderar los ánimos, y no tenían intención de privar a la ciudad de vuestras personas, sino de reconciliarla con sus pueblos hermanos, sin hacerla enemiga de nadie, sino amigos de todos por igual y en paz.

66. *Y he aquí una prueba de que no hemos actuado como enemigos: nosotros no hemos cometido injusticia alguna contra nadie, y hemos hecho una proclama para que quien quiera vivir como ciudadano según la costumbre tradicional propia de todos los beocios, venga a unirse a nosotros. Y vosotros, tras haberos pasado de buen grado a nosotros y haber concluido un acuerdo, permanecisteis tranquilos en un primer momento, pero más tarde, al comprender que éramos pocos, no nos habéis correspondido (incluso en la hipótesis de que os haya parecido que hicimos algo aún más inconveniente al entrar en la ciudad sin la aprobación de la mayoría) con la misma moneda, esto es, evitar de hecho toda iniciativa violenta y convencernos de palabra para que nos marcháramos. Por el contrario, nos habéis atacado violando el acuerdo. Y no nos lamentamos tanto por los que matasteis en el transcurso de la acción (pues les ocurrió algo que tenía una cierta justificación); pero a los que asesinasteis, contra toda ley, cuando os tendían las manos tras haber sido hechos prisioneros, y tras habernos prometido vosotros que no los mataríais, ¿cómo no va a ser abominable lo que hicisteis? Fuisteis culpables en poco tiem-*

po de los siguientes tres delitos: la violación de un acuerdo, la posterior muerte de estos hombres y la falta de respeto a la promesa hecha de que no los mataríais si no os causábamos daños en vuestros campos. Sin embargo, aún sostenéis que hemos violado la ley, y pretendéis no ser castigados. No, si nuestros jueces al menos sentencian con justicia: seréis castigados por todos estos crímenes.

67. *Hemos pasado a discutir estos detalles ¡oh lacedemonios! en interés vuestro y nuestro: para que veáis claro que los condenaréis con toda justicia, y que nosotros seremos vengados de un modo más acorde a las leyes sagradas. No os dejéis conmover al oír, si es que en realidad existió alguno, méritos pasados, los cuales deben servir de ayuda a las víctimas de injusticia, pero deben suponer un castigo doble para quienes son autores de algún delito, porque obran mal en contra de lo que de ellos cabría esperar. Que no obtengan beneficio alguno tampoco de sus gemidos y sus súplicas lastimeras cuando a grandes gritos invoquen las tumbas de vuestros padres y el abandono en que ellos mismos quedan. Pues nosotros, por nuestra parte, queremos demostrar que mucho más triste es la suerte de nuestros jóvenes, masacrados a sus manos, de cuyos padres, unos murieron en Coronea tratando de conducir Beocia a vuestra alianza, mientras que otros, viejos ya, se han quedado solos en sus casas, desde donde con mayor justicia os suplican que castiguéis a éstos. Más dignos de alcanzar compasión son aquellos hombres que sufren un destino indigno, mientras que quienes —como éstos de aquí— lo sufren con razón, constituyen por el contrario motivo de alegría.*

Y su actual situación de aislamiento la sufren por su propia culpa, ya que rechazaron voluntariamente a sus mejores aliados. Violaron las leyes sin haber recibido antes daño alguno de parte nuestra, llevados en su juicio más por el odio que por la justicia, y ahora no quieren recibir el castigo que les corresponde. Pues sufrirán un castigo que es legítimo, ya que no lo harán como gente que nos tienden las manos a continuación de la batalla (como dicen), sino como quienes se han sometido a un juicio tras entregarse. Acudid en defensa ¡oh lacedemonios! de las leyes de los griegos, que han sido violadas por éstos, y concedednos a noso-

tros, que hemos sido víctimas de ilegalidad, una justa recompensa del celo que antes hemos demostrado. No nos rechacéis a causa de las palabras que ante vosotros pronuncian, antes bien, dad a los griegos ejemplo de que no proponéis debates verbales, sino de hechos: cuando éstos últimos son buenos, basta una escueta exposición, mientras que cuando son criminales, los discursos de acicaladas palabras no sirven más que a encubrirlos. Pero si los que mandan, como vosotros ahora, tomáis vuestras decisiones tras haber atendido brevemente lo que es esencial para todos, se buscará menos hacer bellos discursos a propósito de actos criminales.»

68. Este fue el discurso de los tebanos. Los jueces lacedemonios, por su parte, pensaron que lo más correcto era atenerse a la pregunta de «si habían recibido algún beneficio en aquella guerra por parte de los plateenses». Y ello porque, en el pasado habían pedido (al parecer) a los plateenses que no tomaran posiciones, en virtud del antiguo tratado de paz que Pausanias había concertado después de la guerra con los medos; y porque más tarde, habiéndoles ofrecido la posibilidad, antes de asediarlos, de permanecer neutrales de acuerdo con dicho pacto, no habían querido aceptarla.

Se consideraron, pues, los lacedemonios ya libres de los vínculos del tratado, y víctimas del trato de que habían sido objeto, a pesar de sus justas propuestas. En consecuencia, hicieron comparecer de nuevo a los plateenses, uno a uno, y les volvieron a preguntar si en el transcurso de la guerra habían prestado algún servicio a los lacedemonios o a sus aliados. Según decían «no», los llevaban fuera y los mataban; y no hicieron excepción con nadie. Dieron muerte así a no menos de doscientos plateenses y a veinticinco atenienses que estaban asediados junto a ellos. Las mujeres pasaron a la condición de esclavas. Respecto a la ciudad, la entregaron para que la habitaran durante un año a unos megarenses que habían sido desterrados a causa de una sedición interna, y a los plateenses supervivientes, que eran de su mismo partido. Más tarde la demolieron desde sus cimientos, y con sus piedras construyeron, cerca del santuario de Hera[31] un al-

[31] Detalles sobre esta construcción y su emplazamiento hay en Heródo-

bergue de unos doscientos pies cuadrados, con habitaciones en todo su alrededor, tanto en el piso alto como en la planta baja. A tal fin aprovecharon la madera de los techos y puertas de los plateenses; con el resto del material que encontraron dentro del recinto amurallado, bronce y hierro, fabricaron unas camas que dedicaron como ofrenda a Hera, en cuyo honor construyeron un templo de piedra de cien pies.

En cuanto a la tierra, la confiscaron y la arrendaron por diez años; la explotaron unos tebanos. Los lacedemonios se mostraron así de inflexibles con los plateenses en todos o casi todos estos asuntos por causa de los tebanos, pues pensaban que les eran muy útiles para esta guerra que acababa de comenzar.

De esta manera concluyó la cuestión de Platea, noventa y dos años después de que se hiciera aliada de Atenas [32].

69. Mientras tanto, las cuarenta naves del Peloponeso que habían salido para ayudar a Lesbos, mientras huían en mar abierto de la persecución de los atenienses, fueron arrastradas por un temporal hacia Creta, desde donde fueron llegando dispersas al Peloponeso. En Cilene se toparon con trece trirremes de los leucadios y de los ampraciotas, a cuyo frente iba Brásidas, hijo de Télide, como consejero de Alcidas. En efecto, los lacedemonios querían, tras el fracaso en Lesbos, reforzar la flota y navegar a Corcira, envuelta en luchas intestinas, aprovechando que sólo había en Naupacto doce naves atenienses, y para anticiparse antes de que desde Atenas enviaran como refuerzo una escuadra más numerosa. Brásidas y Alcidas hacían sus preparativos a tal fin.

70. Los corcirenses, en efecto, andaban en revueltas desde que habían regresado los prisioneros de las batallas navales celebradas cerca de Epidamno [33], y que habían sido puestos en libertad por los corintios, so pretexto de que sus próxenos habían depositado una caución de ochocientos talentos, pero de hecho porque los corintios los habían convencido para que les entregaran Corcira. Y éstos, entrando

---

to, IX, 52-53; Pausanias, IX, 2, 7, y Plutarco, *Vida de Arístides*, 18, 1.

[32] La fecha de la alianza fue, pues, el 519.

[33] Cf. al respecto libro I, 54-55.

en contacto con cada uno de los ciudadanos, intentaban apartar a la ciudad de la alianza ateniense.

Habiendo comparecido una nave ateniense y una corintia que traían embajadores, se iniciaron conversaciones, tras las cuales los corcirenses decidieron en votación ser aliados de los atenienses, en conformidad con los tratados, mas al mismo tiempo también amigos de los peloponesios como lo habían sido hasta ahora.

Por aquel entonces los antiguos prisioneros citaron a juicio a un cierto Pitias, que era próxeno de manera oficiosa de los atenienses, y dirigente del partido popular, con la acusación de que quería someter Corcira al vasallaje de Atenas. Mas resultó absuelto, y a su vez citó a juicio a los cinco ciudadanos más ricos de aquéllos, acusándoles de haber cortado los rodrigones en el recinto sagrado de Zeus y Alcínoo. La multa prevista por cada rodrigón era de una estatera [34]. Fueron condenados, y dado el gran importe de la multa se refugiaron como suplicantes en los santuarios para conseguir poderla pagar en determinados plazos, pero Pitias, que por entonces era también miembro del Consejo, convenció a los demás miembros para que se aplicara la ley. Cuando los condenados vieron que la ley no les dejaba salida alguna, y supieron además que Pitias, mientras fuera miembro del Consejo, tenía la intención de persuadir al pueblo de que tuviera por amigos y por enemigos a los que lo fueran de los atenienses [35], se reunieron y entraron repentinamente en el Consejo portando puñales, dando muerte a Pitias así como a algunos otros Consejeros y ciudadanos particulares hasta unos sesenta. Algunos partidarios de Pitias, muy pocos, consiguieron huir a la trirreme ateniense que aún estaba allí.

71. Tras haber llevado a cabo esto y haber convocado a los corcirenses les dijeron que aquélla era la solución mejor y la más segura para no ser reducidos al vasallaje de los atenienses. Y que de ahora en adelante se mantuvieran en paz y no dieran acogida a nadie de uno u otro bando a no

---

[34] La estatera corintia tenía un peso de 8,70 gramos, y equivalía a dos dracmas áticas.

[35] Jurídicamente esta propuesta suponía el cambio de una alianza meramente defensiva «epimachia», en ofensiva «symmachia».

ser que se presentaran con una sola nave, y que si lo hacían con más se les considerase enemigos. Una vez expuesto esto, coaccionaron a los demás a que se aprobara esta propuesta. Despacharon de inmediato una embajada a Atenas para que explicaran lo que había ocurrido, según mejor les convenía, y para persuadir a los que allí se habían refugiado de que no emprendieran ninguna acción inoportuna, a fin de evitar una revuelta.

72. Cuando la embajada llegó, los atenienses arrestaron a los embajadores como elementos perturbadores, y también a cuantos se habían puesto de su parte, y los deportaron a Egina. Mientras tanto, en Corcira, los que detentaban el poder, aprovechando la llegada de una trirreme corintia y de unos embajadores lacedemonios, atacaron al partido popular y los derrotaron. Sin embargo, al llegar la noche, el pueblo se refugió en la acrópolis y las zonas altas de la ciudad y tomaron allí posiciones todos juntos. Controlaban también el puerto Hilaico. Sus adversarios controlaron a su vez el ágora, que era donde habitaban precisamente la mayoría de ellos, así como el puerto vecino a ésta y que está orientado hacia el continente.

73. Al día siguiente se intercambiaron algunos disparos, y unos y otros enviaron emisarios por los campos para invitar a los esclavos a que se les unieran, con promesas de libertad. La mayoría de los habitantes se pasaron como aliados al partido popular, mientras que a los otros se unieron ochocientos auxiliares venidos del continente.

74. Transcurrido así un día, hubo nuevas escaramuzas en las que el partido popular obtuvo la victoria, pues tenía ventaja por la superioridad de sus posiciones y por ser más numerosos. Incluso las mujeres colaboraban con toda audacia, lanzando tejas desde las casas y haciendo frente al tumulto con un coraje superior al de su naturaleza. Y cuando se produjo la huida de los aristócratas, a eso del oscurecer, temiendo que el pueblo atacara el arsenal de las naves, lo conquistase al primer asalto y les diera muerte a ellos, prendieron fuego a las casas del recinto del ágora, tanto particulares como de vecinos, a fin de eliminar cualquier vía de acceso; no respetaron sus posesiones ni las ajenas, de suerte que ardieron muchas mercancías de los comerciantes, y la

ciudad corrió el peligro de arder toda entera, de haberse levantado un viento que soplara en esa dirección.

Cesando el combate, ambas facciones se mantuvieron tranquilas por la noche, aunque no cesaban de vigilarse. Tras la victoria del partido popular, la nave corintia zarpó furtivamente y la mayoría de los auxiliares fueron conducidos en secreto al continente.

75. Al día siguiente Nicóstrato, hijo de Diítrefes, almirante de los atenienses, llegó desde Naupacto en socorro, con doce naves y quinientos hoplitas mesenios. Negoció un acuerdo y consiguió convencer a los corcirenses de que hicieran un pacto entre sí: someter a juicio a los diez aristócratas más culpables (los cuales no aguardaron allí un minuto más), mientras que los demás continuarían viviendo allí tras haber llegado a un acuerdo entre sí y con los atenienses, según el cual se considerarían amigos y enemigos a los que los fueran de éstos.

Y el almirante, una vez que obtuvo esto, se disponía a zarpar, cuando los jefes del partido popular le convencieron de que les dejara cinco de sus naves, a fin de que sus adversarios se vieran menos inclinados a promover revueltas; ellos equiparían por su parte otras tantas naves y las enviarían con él. Nicóstrato aceptó, y los jefes del partido popular empezaron a alistar como tripulantes para las naves a sus enemigos, los cuales, temiendo ser enviados a Atenas, se refugiaron como suplicantes en el templo de los Dióscuros. Nicóstrato intentó hacerlos salir y darles ánimo, sin lograr convencerlos. Ante ello, el pueblo se pertrechó con armas, so pretexto de que su demora por embarcarse obedecía a que no tenían buenas intenciones. Se apoderaron de las armas de los aristócratas en casa de éstos y hubieran matado a algunos de ellos con quienes se toparon de no haber sido porque Nicóstrato se lo impidió. Viendo los demás lo que sucedía, se refugiaron como suplicantes en el templo de Hera, y eran no menos de cuatrocientos. Mas el partido popular, que temía cualquier intento de revolución a cargo de éstos, los convenció para que abandonaran el refugio, y los transportó a la isla que se encuentra frente al templo de Hera, adonde les hacían llegar los víveres necesarios.

76. Hallándose la revuelta en esta fase, y al cuarto o

quinto día después de que se hubiera trasladado a estos hombres a la isla, se presentaron las naves peloponesias de Cilene, ante la que habían estado fondeadas tras regresar de Jonia; se trataba de cincuenta y tres naves, bajo las órdenes, como antes, de Alcidas, con quien iba Brásidas como consejero. Fondearon en el puerto de Síbota, en el continente, y con el alba pusieron proa a Corcira.

77. Los corcirenses, en medio de esta gran confusión y con el miedo que les producía la situación interna de la ciudad y un eventual ataque por mar, se dispusieron a preparar sesenta naves, que enviaron contra el enemigo a medida que iban quedando prestas. Los atenienses, sin embargo, les aconsejaban que les dejaran zarpar primero a ellos y que más tarde se le reuniera toda la flota de Corcira al completo.

Y como las naves entraron en contacto con el enemigo de manera desperdigada, dos de ellas desertaron inmediatamente, mientras que en otras sus tripulaciones se pusieron a pelear entre sí; en suma, no había más que un caos en las maniobras. Viendo los peloponesios este desorden, se dispusieron con veinte naves contra los corcirenses, y las demás contra las doce naves atenienses, dos de las cuales eran la Salaminia y la Páralos.

78. Los corcirenses, atacando desordenadamente y con un número pequeño de naves, se encontraban ellos mismos en dificultad; mientras que los atenienses, por temor a la superioridad numérica y a verse cercados por el enemigo, no atacaron el grueso ni por el centro de las trirremes alineadas contra ellos, sino que se lanzaron contra una de las alas y hundieron una nave. Tras esto, los peloponesios formaron un círculo en torno al cual los atenienses comenzaron a girar intentando sembrar la confusión. Mas los que atacaban a los corcirenses se dieron cuenta de ello, y temiendo que sucediera lo ocurrido en Naupacto, acudieron en socorro, y una vez reunidas todas las naves se lanzaron juntas al ataque contra los atenienses. Emprendieron éstos la retirada ciando sus naves, pues su propósito era que a la vez consiguieran salvarse el mayor número posible de naves corcirenses, mientras ellos se retiraban lentamente atrayendo el interés del enemigo sobre sí mismos.

Tal fue, pues, el desenlace de esta batalla naval, que concluyó a la puesta del sol.

79. Los corcirenses, temerosos de que los enemigos, sintiéndose vencedores, atacasen con la escuadra su ciudad, o que rescatasen a los deportados a la isla o emprendiesen cualquier otra iniciativa peligrosa, transportaron de nuevo a los prisioneros desde la isla al templo de Hera y pusieron la ciudad en guardia. Sin embargo, los enemigos, a pesar de haber vencido en la batalla naval, no se atrevieron a dirigir su escuadra contra la ciudad, sino que se retiraron hacia el continente, desde donde se habían hecho a la mar, llevándose las trece naves apresadas a los corcirenses. Al día siguiente tampoco atacaron la ciudad, a pesar de que los corcirenses se encontraban en un estado de gran confusión y miedo, y aunque era eso lo que (según se dice) Brásidas aconsejaba a Alcidas, mas la autoridad de aquél era inferior a la de éste. Desembarcaron sin embargo en el cabo de Leucimna y se entregaron a arrasar los campos.

80. Mientras tanto, el partido popular de Corcira, presa del temor de un ataque naval, entabló contactos con los suplicantes y sus amigos a fin de salvar la ciudad. Convencieron incluso a algunos de ellos a que se embarcaran. En efecto, a pesar de todo equiparon treinta naves, a la espera de ser atacados. Pero los peloponesios devastaron la comarca hasta el mediodía y luego se retiraron; al caer la noche los fuegos de señales les trajeron la noticia de que desde Léucade habían zarpado sesenta naves atenienses, enviadas por éstos al enterarse de la revuelta y de la inminente salida para Corcira de las naves de Alcidas; iban a las órdenes de Eurimedonte, hijo de Tucles.

81. Así pues, los peloponesios, nada más anochecer, emprendieron a toda prisa la navegación a lo largo de la costa en dirección a su país. Transportaron sus naves a través del istmo de Léucade[36] a fin de no ser descubiertos mientras la bordeaban, y se retiraron. Por su parte, los corcirenses al ver que las nuevas naves áticas se acercaban y que las enemigas se habían retirado, tomaron consigo e introdujeron en la ciudad a los mesenios, que hasta aquel momento

[36] La isla estaba unida al continente por una lengua de arena.

habían permanecido fuera, y dieron órdenes a las naves que habían equipado de que pasaran al puerto Hilaico, y que en el trayecto dieran muerte a cuantos enemigos cogiesen. Además, hicieron descender de las naves a todos aquellos a quienes habían convencido de que se embarcaran y los mataron, y dirigiéndose luego al templo de Hera, consiguieron persuadir a cincuenta suplicantes para que se presentaran a juicio, y los condenaron a todos a muerte. La mayor parte de los suplicantes, que no se habían dejado convencer, cuando vieron lo que ocurría, comenzaron a matarse allí mismo unos a otros; algunos se colgaban de los árboles, mientras otros se mataban según cada cual podía. Durante los siete días que siguieron a la llegada de Eurimedonte con sus sesenta naves, los corcirenses se dedicaron a dar muerte a los conciudadanos que pasaban por ser sus oponentes; dirigían sus acusaciones contra los adversarios de la democracia, aunque unos murieron a causa de rencillas personales, y otros, a quienes les debían dinero, a manos de sus deudores. La muerte se instauró en mil formas diversas, y como ocurre de ordinario en situaciones parecidas, no hubo límite para nada, sino que aún se fue más lejos. En efecto, el padre mataba a su hijo, los suplicantes eran arrancados de los santuarios y junto a ellos recibían muerte, y algunos murieron incluso en el templo de Dioniso emparedados.

82. A tal punto de crueldad alcanzó aquella guerra civil, y aún pareció mayor porque fue una de las primeras, ya que más tarde toda Grecia, por así decir, sufrió las mismas convulsiones. En todas las ciudades, en efecto, aparecieron diferencias entre los jefes del partido popular, favorables a hacer venir a los atenienses, y los oligarcas, que eran pro-lacedemonios. Y es que en tiempos de paz no tenían pretextos y no osaban llamarlos; pero una vez en guerra, las ocasiones de recurrir a la alianza, con vistas tanto a causar daños al adversario como reforzar al mismo tiempo el propio partido, se brindaban con facilidad en ambas partes a aquellos que deseaban una acción revolucionaria. Recayeron sobre las ciudades con motivo de las revueltas muchas y graves calamidades, como las que se suceden y sucederán siempre, mientras la naturaleza humana siga siendo la misma, con violencia mayor o menor y cambiando de aspecto de acuer-

do con las alteraciones que se presenten en cada circunstancia.

En efecto, en tiempos de paz y en situación de prosperidad, tanto las ciudades como los individuos tienen mejores disposiciones de ánimo, porque no deben hacer frente a necesidades ineluctables. En cambio la guerra, al eliminar las facilidades de la vida cotidiana, es una maestra de modales violentos y modela el comportamiento de la mayoría de los hombres en consonancia con la situación del momento. Por consiguiente, la situación en las ciudades era de guerra civil; y aquellas en las que tardaba en prenderse, fuera donde fuera (como ya tenían conocimiento de lo que pasaba), llevaban mucho más lejos la búsqueda de nuevos expedientes y recurrían a iniciativas de una ingeniosidad extraordinaria y a represalias inauditas. Se modificó, incluso, en relación con los hechos, el significado habitual de las palabras, con tal de dar una justificación: la audacia irreflexiva pasaba por ser valiente lealtad al partido; una prudente cautela, cobardía enmascarada; la moderación, disfraz de cobardía; la inteligencia para comprender cualquier problema, una completa inercia. La precipitación impulsiva se contaba como cualidad viril; la circunspección al deliberar, como un pretexto para sustraerse a la acción. Los descontentos siempre eran considerados dignos de crédito, y quienes se les oponían aparecían como sospechosos. Quien tenía éxito en tramar alguna intriga era un inteligente; y aún más agudo quien la sospechaba.

En cambio, quien tomaba precauciones a fin de no tener necesidad de tales manejos, era considerado un elemento subversivo para su grupo, atemorizado por los enemigos. En suma, quien tomaba la iniciativa en llevar a cabo cualquier fechoría era elogiado, así como quien incitaba al mal a alguien que no pensaba en ello.

Y en realidad, los lazos de sangre pasaron a ser menos sólidos que los de partido, pues en el ámbito de éste se estaba más dispuesto a ser osado sin reserva alguna. En efecto, tales asociaciones no estaban constituidas de acuerdo con las leyes vigentes con vistas al bien común, sino que las violaban por mor de la ambición de poder. Las garantías de fidelidad recíproca se confirmaban no tanto por las leyes divi-

nas como por la cómplice violación de las leyes. Las buenas propuestas de los adversarios se aceptaban con precaución realista, cuando se estaba en situación ventajosa, pero no con espíritu generoso. El tomar venganza uno a su vez contra alguien se estimaba más que no haber sufrido ofensa inicial alguna. Y si en alguna ocasión se prestaba juramento a propósito de una tregua, tenía validez sólo momentáneamente, en tanto que se había prestado ante una situación apurada, y carecían de cualquier otro apoyo. Y cuando se presentaba la ocasión propicia, el primero en recobrar ánimos, al ver a la otra parte indefensa, obtenía mayor placer de tomar venganza violando su compromiso que si lo hiciera abiertamente. Calculaba a la vez no sólo la seguridad, sino además la gloria que su inteligencia conseguía, por añadidura, en caso de triunfar gracias a su astucia. En efecto, la mayoría de los hombres prefieren se les llame hábiles, siendo no más que unos canallas, a que se les considere necios siendo honestos: de esto se avergüenzan, de lo otro se enorgullecen.

La causa de todo esto fue la ambición de poder y de gloria; y de ellos se derivan, una vez que la rivalidad comienza, las fuertes pasiones. En efecto, los jefes de los partidos de las distintas ciudades, utilizando de uno y otro bando hermosas palabras (según sus preferencias por la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley o por la sabiduría de la aristocracia), y pretendiendo de palabra servir al interés público hacían de él botín de sus luchas. Y en sus luchas por prevalecer con cualquier medio sobre su respectivo enemigo osaron las más terribles acciones, persiguiendo venganzas aún más crueles, ya que no las ejecutaban dentro de los límites de la justicia y del interés público, sino que las fijaban según el capricho que en cada ocasión tenía en uno u otro bando. Fuera por una condena injusta, fuera por apoderarse del poder a la fuerza, siempre estaban listos para saciar su afán de pelea.

En consecuencia, ni los unos ni los otros observaban una conducta respetuosa con la piedad, sino que, gracias a las bellas palabras, aquel a quien correspondía ejecutar una empresa alentada por la envidia, era quien más fama obtenía. Respecto a los ciudadanos que ocupaban una posición intermedia, perecían a manos de una y otra facción: bien porque

no participaban en sus luchas, bien por envidia de que pudieran sobrevivir.

83. Fue así como a causa de las guerras civiles, la depravación bajo todas sus formas se expandió por el mundo griego; y la sencillez, de la que tanto participa la nobleza de sentimientos, desapareció en medio del escarnio, mientras que pasaron a un primer plano los antagonismos y los sentimientos desconfiados. Efectivamente, no existía ningún medio de pacificación, dado que ninguna palabra era segura, ni ningún juramento inspiraba temor. Los que estaban en posición de superioridad, al calcular lo incierta que era su seguridad, se preocupaban siempre más de no sufrir daños a manos de otros que de poder confiar en nadie. Por lo general eran los hombres de más mediocre inteligencia los que solían salir favorecidos: habituados, en efecto, a temer su propia cortedad y la inteligencia de sus adversarios (ante el miedo de ser derrotados en el campo de las palabras, y les aventajara la versatilidad de espíritu para tramar intrigas de sus adversarios) pasaban audazmente a la acción. En cambio los otros, contando despectivamente con poder prever las cosas y con no tener necesidad alguna de procurar con la acción lo que podían conseguir con su inteligencia, perecían en su mayor parte indefensos.

84. [Fue, pues, en Corcira[37] donde por primera vez se manifestaron la mayor parte de estos horrores. Tanto aquellos que realiza contra sus gobernantes una gente que, sometida a un gobierno de insolencia más que de moderación, consiguen la ocasión de vengarse, como aquellos otros que llevan a cabo, contra toda justicia, unos hombres que desean salir de una pobreza inveterada, especialmente cuando a causa de las pasiones están ansiosos por apoderarse de los bienes de otros; o como, finalmente, aquellos que ejecutan quienes se mueven no por poseer más, sino que partiendo desde una postura de igualdad se ven arrastrados por su irrefrenable cólera hasta llegar a ataques crueles e inexorables.

La vida de la ciudad se vio perturbada en esta crisis, y la

[37] Desde la antigüedad se ha considerado espúreo este capítulo, con todo, debe admitirse que se ha logrado reflejar el estilo de la lengua de Tucídides con gran fidelidad.

naturaleza humana, que de por sí suele cometer injusticia violando las leyes, tras someterlas a su capricho dejó ver que gozaba en no dominar su cólera, en ser más fuerte que la justicia, y enemiga de toda autoridad. Efectivamente, si la envidia no tuviera un poder maléfico no se preferiría la venganza al respeto de las normas sagradas y el afán de beneficio al respecto por la justicia. Pues los hombres no dudan, con tal de vengarse de otro, en abolir las leyes generalmente respetadas a este propósito (leyes de las que depende la esperanza de salvación para todo el mundo, incluso en caso de infortunio), y no las dejan subsistir para el día en que cualquiera de ellos pudiera necesitarlas por encontrarse en una situación de peligro.]

85. Así pues, los corcirenses de la ciudad fueron los primeros en desfogar sus furores unos contra otros; a continuación Eurimedonte y los atenienses se hicieron a la mar en sus naves. Algo más tarde, los corcirenses que estaban en el exilio (de los que habían logrado salvarse unos quinientos) ocuparon las fortificaciones que se encontraban en el continente y se adueñaron del territorio estatal que está frente a Corcira, y a partir de esta base practicaban la piratería en la isla, causando enormes daños, hasta que estalló en la ciudad una hambruna. Enviaron ésos además unos embajadores a Lacedemonia y a Corinto para tratar de su regreso. Mas como no obtuvieron ningún resultado satisfactorio, se procuraron más tarde naves de transporte y tropas auxiliares, y desembarcaron en la isla: eran en total unos seiscientos. Prendieron fuego a sus barcos, a fin de que no les quedara otra alternativa que conquistar la región, y subiendo al monte Istone construyeron en él un fuerte. Comenzaron a infligir daños a los de la ciudad, y conquistaron la comarca.

86. Al final de ese mismo verano, los atenienses enviaron veinte naves a Sicilia, bajo las órdenes de Laquete, hijo de Melanopo, y de Caréades, hijo de Eufileto. En efecto, los siracusanos y los leontinos habían entrado en guerra entre sí. Los siracusanos tenían como aliados todas las ciudades dorias, excepto Camarina, y ya antes en los comienzos de esta guerra se habían alineado en el bando de los lacedemonios, aunque no llegaron a tomar parte efectiva en los combates. Por su parte, con los leontinos se aliaron las ciudades calcí-

dicas y Camarina; por lo que respecta a Italia, los locros eran aliados de Siracusa, y Regio lo era de Leontinos en virtud de su afinidad étnica. Los de Leontinos y sus aliados enviaron una embajada a Atenas y convencieron a los atenienses en virtud de su antigua alianza [38] y por el hecho de ser jonios para que les enviaran barcos, ya que los siracusanos los tenían bloqueados tanto por tierra como por mar. Los atenienses se los enviaron, en efecto, so pretexto de sus lazos de parentela, pero en realidad porque querían impedir que desde allí se exportara trigo al Peloponeso, y porque querían hacer un ensayo preliminar para ver si podían someter Sicilia a su control. Se establecieron, pues, en Regio, el de Italia, desde donde luchaban al lado de sus aliados. Y así concluyó el verano.

87. Al invierno siguiente, la peste atacó a Atenas por segunda vez, pues aunque no había cesado del todo en ningún momento, sí que había habido una mitigación. Esta segunda epidemia duró no menos de un año, mientras que la primera fueron dos, de suerte que nada hubo que oprimiera y debilitara las fuerzas de Atenas como esta peste. En efecto, entre los hoplitas alistados murieron no menos de cuatro mil cuatrocientos hombres, y trescientos jinetes, a más de un número incalculable de otras bajas. En esta época se sucedieron también aquellos frecuentes terremotos en tierras de Atenas, Eubea, Beocia y sobre todo en Orcómeno de Beocia.

88. En aquel mismo invierno, los atenienses que estaban en Sicilia y los ciudadanos de Regio lanzaron una expedición con treinta naves contra las islas llamadas de Eolo [39]; en verano, en efecto, el ataque era imposible por la falta de agua. Las pueblan los liparenses, que son una colonia de Cnido; viven en una de ellas, no de gran tamaño, llamada Lípara, y desde ella van a cultivar las otras: Dídima, Estróngila y Hiera. Los indígenas creen que Hefesto tiene su fragua en Hiera, porque por la noche se ve que desprende una gran llama, y durante el día mucho humo. Se hallan estas islas en las proximidades del territorio de los sículos y de los mesi-

[38] Esta alianza aparece documentada en textos epigráficos: *IG* I^3, 53 y 54, que se fechan en el año 433.

[39] Se trata de las islas Lípari, situadas al Norte de Sicilia.

nios, y eran aliadas de los siracusanos. Los atenienses arrasaron este territorio, pero como la población no se pasó a su bando, regresaron con sus barcos a Regio. Así concluyó el invierno y el quinto año de esta guerra, cuya historia escribió Tucídides.

89. En el verano siguiente, los peloponesios y sus aliados, bajo las órdenes de Agis, hijo de Arquidamo, rey de los lacedemonios, avanzaron hasta el Istmo con intención de efectuar una invasión sobre el Atica; pero los numerosos terremotos que se produjeron les hicieron volverse y no tuvo lugar la incursión. Por esta época, mientras los terremotos continuaban, en Orobia (Eubea) el mar retrocedió lejos de lo que hasta entonces era costa, y avanzó luego en una inmensa ola sobre una parte de la ciudad: dejó una zona completamente sumergida, mientras que se retiró de otra; de modo que en la actualidad es mar lo que antes era tierra. Causó además la muerte de cuantas personas no pudieron refugiarse a tiempo corriendo hacia los altos de la ciudad. También en la isla de Atalanta, frontera a los locrios de Opuntia, hubo una inundación parecida, que arrasó parte de la fortificación ateniense y destrozó una de las dos naves que estaban varadas en la playa. Incluso en Pepareto se produjo un reflujo del mar, pero sin inundaciones esta vez.

Un terremoto abatió una parte de la muralla, el pritaneo y algunas pocas casas. Entiendo yo que las causas de tales fenómenos reside en que allá donde el terremoto resultaba más intenso el mar se alejaba, y luego repentinamente lo atraía en sentido contrario, provocando una inundación más violenta. Sin terremotos me parece que no podría haber sucedido un fenómeno así.

90. En este mismo verano sostuvieron una guerra en Sicilia, además de otros pueblos que participaban de acuerdo con las circunstancias, los propios siciliotas, que emprendían expediciones los unos contra los otros, y los atenienses junto con sus aliados. Mencionaré, sin embargo, sólo las acciones más importantes que llevaron a cabo los atenienses en unión de sus aliados o las de sus enemigos contra ellos.

Tras la muerte de Caréades, estratego de las tropas atenienses, en un combate con los siracusanos, Laquete, que tenía desde entonces el mando supremo sobre la escuadra,

emprendió una expedición en compañía de los aliados contra Milas, una ciudad de los mesinios. En Milas se encontraban de guarnición las tribus de mesinios, que habían tendido incluso una emboscada a las tropas desembarcadas. Mas los atenienses y sus aliados pusieron en fuga a los emboscados, y dieron muerte a muchos de ellos; asaltaron las fortificaciones y obligaron a los habitantes a entregar mediante un pacto la ciudadela y a marchar junto a ellos en su expedición contra Mesina. Después de esto, cuando los atenienses y sus aliados llegaron ante Mesina, sus habitantes se pusieron también de su parte, entregando rehenes y dando toda suerte de garantías.

91. En este mismo verano los atenienses enviaron treinta naves en torno al Peloponeso, bajo las órdenes de Demóstenes, hijo de Alcístenes, y de Proclo, hijo de Teodoro, así como otras sesenta con dos mil hoplitas a Melos, bajo las órdenes de Nicias, hijo de Nicérato. En efecto, querían someter a los melios, que eran unos isleños y rehusaban someterse a ellos e integrarse en su alianza. Pero como, a pesar de que les devastaron su comarca, no se les entregaban, levaron anclas desde Melos y se dirigieron hacia Oropo, en la región de Graica; atracaron en ella durante la noche, los hoplitas desembarcaron y emprendieron inmediatamente la marcha a pie hacia Tanagra, en Beocia. Por su parte, los atenienses de la ciudad, a una señal convenida, avanzaron en masa por tierra en la misma dirección al mando de Hipónico, hijo de Calias, y de Eurimedonte, hijo de Tucles. Acamparon aquel día en el territorio de Tanagra, lo devastaron y vivaquearon en él. Al día siguiente vencieron en una batalla a las tropas que habían salido de Tanagra y a algunos tebanos que habían acudido a ayudarlos. Tras haber recogido las armas y haber erigido un trofeo se retiraron, unos hacia Atenas, y otros hacia los barcos. Luego Nicias navegó con sesenta naves a lo largo de las costas de Lócride, y tras arrasarlas regresó a casa.

92. Por esta época, los lacedemonios fundaron su colonia de Heraclea, en Traquinia [40] con el siguiente propósito:

---

[40] Esta colonia estaba ubicada en las proximidades del río Esperqueo, junto al golfo maliaco, en la zona sur de Tesalia.

la población de los melieos en su conjunto está constituida por tres grupos étnicos: paralios, irieos y traquinios. De entre ellos, los traquinios, agotados por su guerra con sus vecinos del Eta, aunque habían pensado en un primer momento pasarse al bando de los atenienses, por miedo a que éstos no les fueran leales, enviaron una embajada a Lacedemonia, eligiendo como embajador principal a Tisámeno. Participaron también en esta legación los habitantes de la Dóride, metrópoli de los lacedemonios, que reclamaban lo mismo, pues también ellos estaban arruinados por los del Eta. Atendiendo a esta llamada, los lacedemonios tomaron la decisión de fundar esta colonia, a fin de defender a los traquinios y a los habitantes de la Dóride. Al mismo tiempo les parecía muy oportuno el establecimiento de la ciudad con vistas a su guerra con Atenas. Pues allí se podría equipar una flota contra Eubea, que no tuviera que efectuar más que una corta travesía, y la posición resultaría sumamente útil para el camino a Tracia. En resumen, estaban interesadísimos en colonizar esta zona. En primer lugar, pues, consultaron al dios de Delfos [41], y una vez obtenida su aprobación, despacharon los colonos (espartanos y periecos) invitando a que marcharan con ellos a cuantos griegos quisieran, excepción hecha de los jonios, aqueos y algunos otros pueblos. Dirigían la fundación tres colonos lacedemonios: Leonte, Alcidas y Damagón. Una vez establecidos construyeron desde el principio un muro para la ciudad, que en la actualidad se llama Heraclea, distante unos cuarenta estadios de las Termópilas y veinte del mar. Construyeron arsenales y fortificaron las Termópilas, justo a la altura del desfiladero, a fin de que su defensa resultara más fácil.

93. Los atenienses, ante la fundación de esta ciudad, sintieron en un principio miedo, pensando que su establecimiento constituía en primer lugar una amenaza contra Eubea, ya que el trayecto hasta Ceneo, en Eubea, era muy corto. Sin embargo, pronto la cosa resultó de modo distinto a como esperaban, ya que de Heraclea no les vino daño alguno. Y la causa fue que los tesalios, que eran los dueños de

---

[41] Como se sabe el santuario de Delfos jugó desde antiguo un papel primordial entre los griegos a la hora de tomar decisiones de importancia.

aquella región, y los pueblos que veían amenazado su territorio por esta colonia, temiendo tener por vecinos una gran potencia, hacían razzias y luchaban por todos los medios contra aquellas gentes recién venidas, hasta que las agotaron, a pesar de que en un principio habían sido muy numerosos [42], ya que todos, por el hecho de ser una colonia lacedemonia, habían acudido con la confianza de que se trataba de una ciudad segura.

Sin embargo, los magistrados, que procedían de la misma Lacedemonia, fueron en no menor medida los responsables del deterioro de la situación y de dejar la colonia despoblada, pues espantaban a la masa con la dureza de su gobierno, y su a veces mala dirección; en consecuencia, los pueblos vecinos se les impusieron desde ese momento con mayor facilidad.

94. En este mismo verano, y aproximadamente al mismo tiempo que los atenienses estaban ocupados en Melos, los atenienses que iban en las treinta naves costeando el Peloponeso tendieron emboscadas y dieron muerte antes que nada a unas guarniciones en Elómeno (Léucade); a continuación atacaron Léucade con una flota mayor, compuesta de todos los acarnanios —que, con la excepción de los eníadas, se habían unido a ellos—, los zacintios, cefalenios, y quince naves de Corcira. Los leucadios, a pesar de que su territorio estaba siendo devastado, no sólo el del lado de allá del istmo, sino también el de dentro (donde se encontraba la ciudad de Léucade y el santuario de Apolo) se mantenían en calma, obligados por su inferioridad numérica. Por su parte, los acarnanios pedían a Demóstenes, estratego ateniense, que cerrara con un muro los accesos a Léucade, pensando que de este modo la reducirían con facilidad, y así se desembarazarían de una ciudad enemiga desde siempre. Sin embargo, Demóstenes fue en aquellos momentos persuadido por los mesenios, quienes mantenían que era una bella ocasión (dado que se había reunido un ejército tan numeroso) para atacar él a los etolios, ya que eran enemigos de los de Naupacto, y que, en caso de que los consiguiera vencer, le resultaría fácil someter a los demás pueblos continentales de

[42] Diodoro Sículo, XII, 59, 3 da la cifra de diez mil habitantes.

aquella zona al control de Atenas. En efecto, los etolios constituían un pueblo numeroso y guerrero, pero como vivían en aduares carentes de murallas, muy desperdigados entre sí, y usaban armamento ligero, imaginaban los mesenios que no sería difícil someterlos antes de que se reagruparan para defenderse. Le aconsejaban que atacara en primer lugar a los apodotos, luego a los ofioneos, y tras ellos a los euritanos, que constituyen precisamente la mayor parte de los etolios, hablan la lengua más ininteligible y son (según se dice) omófagos. Pues una vez sometidos éstos, fácilmente se someterían los demás.

95. Demóstenes aceptó esto por complacer a los mesenios, y sobre todo porque creía que, teniendo como aliados a los del continente junto con los etolios, y sin ayuda de fuerzas venidas de Atenas, podría marchar contra Beocia, a través de los locrios ozolas en dirección a Citinion, en Dóride, dejando el Parnaso a la derecha, hasta bajar a Fócide. Esperaba que sus habitantes colaboraran vivamente en la operación, dada su tradicional amistad para con los atenienses o, en caso contrario, los podría conducir por la fuerza. Fócide es ya limítrofe con Beocia.

Partió, pues, desde Léucade con todas sus tropas en contra de la voluntad de los acarnanios, y continuó la navegación hasta Solion. Comunicó a continuación sus intenciones a los acarnanios, y como éstos no lo aprobaran por no haber él llevado a cabo el asedio de Léucade, emprendió su marcha contra los etolios con el resto de las tropas (cefalenios, mesenios, zacintios y los trescientos soldados atenienses de infantería embarcados en sus propias naves, ya que las quince de los corcirenses se retiraron) pero sin los acarnanios. Tomó como base de operaciones Eneón, en Lócride. Estos locrios ozolas eran aliados y debían acudir con todo su ejército al encuentro de los atenienses en el interior de su país; y como eran vecinos de los etolios y se equipaban con idénticas armas, se esperaba fuera muy útil su participación en la expedición, por su conocimiento de la táctica militar y del territorio de los etolios.

96. Demóstenes hizo acampar a su ejército por la noche en el santuario de Zeus Nemeo, donde, según se dice, murió el poeta Hesíodo a manos de la gente del país, des-

pués de que un oráculo le hubiera vaticinado su muerte en Nemea[43]. A la mañana siguiente se puso de nuevo en marcha hacia Etolia. El primer día se apoderó de Potidania, el segundo de Crocilio y al tercero de Tiquio; se quedó aquí y envió el botín a Eupalio, en Lócride. Su intención, en efecto, era someter primero a los demás pueblos y retirarse a Naupacto, y no atacar a los ofioneos más que en el caso de que éstos rehusaran ponerse de su parte.

Pero estos preparativos no pasaron desapercibidos a los etolios, ni siquiera en un primer momento, cuando se fraguaba el plan. Por ello, cuando el ejército comenzó la invasión, todos ellos se congregaron con muchas tropas, hasta el punto de que acudieron incluso los ofioneos que viven más lejos, gentes de Bomies y de Calies, que se extienden hasta el golfo malíaco.

97. Por su parte, los mesenios recomendaron a Demóstenes lo mismo que antes, y recordándole otra vez que era fácil la conquista de Etolia, le exhortaban a marchar lo más pronto posible contra las aldeas, sin aguardar a que todos se reunieran para hacerle frente, sino que intentara capturar cada una de las aldeas con que se topara. Convencido Demóstenes por estos argumentos y confiando en la fortuna, que de momento no se le había puesto de cara, marchó contra Egicio sin haber aguardado que llegaran los locrios, que debían acudir en su ayuda (pues carecía sobretodo de lanzadores de dardos entre sus tropas ligeras) y la tomó por la fuerza al asalto. Sus habitantes, en efecto, huyeron y se instalaron sobre unas colinas que dominan la ciudad, pues ésta se halla emplazada en una zona montañosa, distante del mar unos ochenta estadios. Pero los etolios, que habían acudido ya en ayuda de Egicio, atacaron a los atenienses y sus aliados con una lluvia de jabalinas descendiendo a todo correr desde los montes por diversos puntos. Cuando el ejército ateniense los atacaba, se retiraban, y lo perseguían cuando retrocedía. El combate se mantuvo así, con persecuciones y retiradas, durante mucho tiempo, y los atenienses llevaban la peor parte en estas maniobras.

---

[43] La ambigüedad del oráculo se debe a que hay otra ciudad de Nemea —más famosa ésta— en la Argólide, sede de unos importantes juegos.

98. Así pues, mientras sus arqueros dispusieron de flechas y fueron capaces de usarlas, los atenienses resistieron, ya que los etolios, que iban armados a la ligera, se replegaban ante los disparos. Mas cuando murió el jefe de los arqueros, los arqueros se dispersaron y los hombres se sintieron agotados de sostener un enorme esfuerzo durante largo tiempo, mientras los etolios los acosaban alcanzándolos con sus disparos, así que aquéllos se dieron la vuelta y emprendieron la huida. Como se precipitaban en barrancos que no tenían salidas y por lugares que no conocían, encontraban en ellos la muerte; pues además su guía, el mesenio Cromón, había resultado muerto. Los etolios, que eran buenos corredores e iban armados a la ligera, los alcanzaron poco a poco y dieron muerte a muchos mediante los disparos de sus jabalinas en el mismo lugar en que se produjo lo huida; sin embargo, a un grupo aún más numeroso, que habían perdido la senda y se habían internado en un bosque sin salida, los quemaron prendiendo fuego al bosque. Los hombres de la expedición ateniense recurrieron así a todo tipo de intento de escapar de la muerte en sus más diversas formas. Y sólo a duras penas consiguieron escapar los supervivientes al mar, hasta Eneón de Lócride, de donde precisamente había partido la expedición. Murieron muchos aliados, y de los atenienses unos ciento veinte hoplitas. Tal fue el número de muertos, todos de la misma edad y los mejores soldados de la ciudad de Atenas, que perecieron en esta guerra. También murió Procles, el segundo de sus estrategos. Recuperados los cadáveres gracias a una tregua con los etolios, los atenienses se retiraron a Naupacto y más tarde se trasladaron a Atenas con sus naves. Demóstenes, sin embargo, se quedó por Naupacto y su comarca, ya que después de cuanto había ocurrido tenía miedo a los atenienses.

99. Por estas mismas fechas también, los atenienses que costeaban Sicilia arribaron a Lócride. En el transcurso de un desembarco derrotaron a los locros que habían acudido a su encuentro, y conquistaron una fortaleza situada junto al Aleco [44].

100. En ese mismo verano, los etolios, que ya habían des-

[44] Río que separa el territorio de los locros de la ciudad de Regio.

pachado a Corinto y Lacedemonia a unos embajadores (el ofioneo Tólofo, el euritano Baríades y el apodoto Tisandro), consiguieron convencerlos de que les enviaran una expedición contra Naupacto, por haber llamado éstos a los atenienses. Y los lacedemonios, a principios del otoño enviaron tres mil hoplitas aliados. Quinientos de ellos procedían de Heraclea, la ciudad recién fundada en Traquis; iba al frente de la expedición el espartano Euríloco, acompañado por los otros dos espartanos, Macario y Menedaio.

101. Una vez concentrado el ejército en Delgos, Euríloco entró en negociaciones con los locros ozolas, pues el camino hacia Naupacto pasaba, en efecto, por su territorio, y además porque quería apartarlos de su alianza con los atenienses. Los locros de Anfisa eran su mejor apoyo, en cuanto que estaban preocupados por la enemistad de los focidios. Fueron los primeros en entregar rehenes, y persuadieron a los demás a hacer otro tanto, atemorizados por el avance del ejército. Así que convencieron a los mioneos (por esta región resulta dificilísima la invasión de Lócride), a continuación a los ipneos, mesapios, triteos, caleos, tolofonios, hesios y eanteos. Todos estos participaron en la expedición. En cambio, los olpeos proporcionaron rehenes, pero no participaban; mientras que los hieos se negaron a entregarlos, hasta que les tomaron una de sus aldeas, llamada Poli.

102. Una vez que todos los preparativos estuvieron a punto, y los rehenes habían sido trasladados a Citinio, en Dóride, Euríloco avanzó con sus tropas contra Naupacto a través del territorio de los locrios, y en su avance capturó Eneón y Eupalion, ciudades que no se habían puesto de su parte. Cuando estuvieron en territorio de Naupacto, auxiliados además ya por los etolios, se dedicaron a saquear la región y conquistaron las afueras de la ciudad, que no tenía murallas. Avanzaron luego contra Molicrion (colonia corintia, pero sometida a Atenas) y la tomaron.

Entre tanto, el ateniense Demóstenes (que tras los sucesos en Etolia se encontraba aún por la región de Naupacto) informado a tiempo del avance del ejército, temió por la ciudad y marchó a intentar convencer a los acarnanios de que acudieran en socorro de Naupacto. Una difícil empresa a causa de haberse retirado él de Léucade. Enviaron con él mil

hoplitas en las naves, cuya llegada salvó esa región. Pues el peligro era que siendo mucho el perímetro de sus murallas y pocos los defensores, no pudieran resistir. Por su parte, Euríloco y sus hombres, al enterarse de que el ejército había entrado en la ciudad y que resultaba imposible conquistarla al asalto, se retiraron, pero no hacia el Peloponeso, sino hacia Eólide (como se le llama ahora), a Calidón, Pleurón y otras localidades vecinas, y también a Prosquion, en Etolia. En efecto, los ampraciotas se dirigieron a Euríloco y lo convencieron de que acompañado por ellos atacara la ciudad de Argos en Anfiloquia, el resto de la región, e incluso Acarnania, afirmando que si conseguía apoderarse de estas posiciones, todos los pueblos del continente se pasarían a la alianza de los lacedemonios. Euríloco quedó convencido, y tras despachar a los etolios, se mantuvo con sus tropas en esta región, aguardando a que los ampraciotas pusieran en marcha su expedición y se hiciera necesario acudir en su ayuda a Argos. Mientras tanto, concluyó el verano.

103. Al invierno siguiente, los atenienses de Sicilia emprendieron una expedición en compañía de los griegos aliados suyos y de algunos sículos que (sometidos por la fuerza a los siracusanos habían hecho defección de éstos y se habían pasado a ellos) combatían en su bando. Atacaron Inesa, ciudad sícula, cuya acrópolis estaba en poder de los siracusanos, pero al no poderla conquistar se retiraron. Durante esta retirada los siracusanos atacaron desde la fortaleza a los aliados que constituían la retaguardia ateniense, y al caer sobre ellos pusieron en fuga a una parte del ejército y mataron a no pocos soldados. Después de esto, Laquete y sus atenienses efectuaron con la flota algunos desembarcos en Lócride, y en las proximidades del río Caicino derrotaron a los locros, que en número aproximado de trescientos acudieron como refuerzos bajo las órdenes de Próxeno, hijo de Capatón. Les arrebataron sus armas y se retiraron.

104. Todavía en este mismo invierno, los atenienses purificaron Delos, de acuerdo con cierto oráculo [45]. Con anterioridad ya había efectuado una purificación Pisístrato, el ti-

[45] El propio Tucídides ha hecho ya una mención de este ritual purificador en I, 8, 1; también Diodoro Sículo, XII, 58.

rano, pero no en toda la isla, sino tan sólo en la parte visible desde el santuario. Ahora en cambio, Delos fue purificada totalmente, del modo que sigue: cuantas tumbas había en Delos fueron trasladadas de allí, y para el futuro prohibieron que se muriera o se pariera en la isla, sino que se debían trasladar para ello a Renea.

Renea dista tan poco de Delos que Polícrates, tirano de Samos, que durante algún tiempo ejerció el control del mar y gobernó sobre todas las islas, conquistó también Renea y la consagró a Apolo Delio, enlazando ambas islas con una cadena. Fue ahora por primera vez cuando los atenienses, tras la purificación de Delos, celebraron las fiestas cuadrienales delias. Aunque ya desde los tiempos antiguos, los jonios y los habitantes de las islas vecinas se reunían en gran número en Delos, pues acudían en peregrinación con sus mujeres y sus niños, al igual que hacen ahora los jonios que van a Efeso. Se celebraban competiciones gimnásticas y musicales, y las ciudades enviaban sus coros. Y en particular, que era así nos lo demuestra Homero en los siguientes versos, extraídos del *Himno a Apolo:*[46].

Mas cuando con Delos, ¡oh Febo! regocijabas tu corazón
más que con ninguna otra cosa,
donde los jonios de luengas túnicas se reúnen
en la calle, con sus hijos y sus mujeres;
mientras ocupados en el pugilato, la danza y el canto
te alegran, cuando celebran sus juegos.

Y que había también un concurso musical en el que venía la gente a competir, lo prueba igualmente Homero en los versos siguientes del mismo *Himno;* pues, tras haber celebrado al coro de mujeres de Delos, terminaba su elogio con los versos siguientes, en los que hizo mención de sí mismo:

Ea, pues; que Apolo con Artemis me sean favorables,
y adiós todas vosotras. Mas acordaros de mí en el
tiempo venidero, cuando alguno cualquiera de los hombres

[46] Son los versos 146-150 y 165-172.

de la tierra, llegue aquí tras haber mucho sufrido,
y os pregunte: «Muchachas, ¿quién es para vosotras
el aedo de más dulce voz y el más agradable de oir
de cuantos aquí acuden?»
Vosotras, todas vosotras responded de mí esto:[47]
«Es un hombre ciego, habita en la escarpada Quíos.»

Tal es el testimonio de Homero acerca de que ya en los tiempos antiguos se celebraba en Delos una gran fiesta, con gran concurrencia de gentes. Posteriormente los isleños y los atenienses continuaron enviando coros, con ofrendas para el sacrificio, aunque los juegos y las principales celebraciones se suprimieron, a causa verosímilmente de acontecimientos poco favorables, hasta que los atenienses organizaron de nuevo los juegos con un concurso de carros que antes no existía.

105. En este mismo invierno los ampraciotas, de acuerdo con lo que habían prometido a Euríloco para hacer que permaneciera allí el ejército, partieron en expedición contra la ciudad anfiloquia de Argos con tres mil hoplitas, e invadiendo la comarca de Argos tomaron Olpas, plaza sólidamente defendida sobre una altura frente al mar, fortificada antaño por los acarnanios, y ahora empleada como tribunal común. De Argos, que es una ciudad costera, dista unos veinticinco estadios.

Entre los acarnanios, una parte acudió a socorrer a Argos, mientras que otros fijaron su campamento en una localidad de Anfiloquia que llaman Crenas[48], vigilando a los peloponesios de Euríloco, a fin de impedir que se reunieran con los ampraciotas sin ser advertidos. Enviaron además unos embajadores a Demóstenes (que comandaba las tropas atenienses contra Etolia) para que se pusiera al frente de las tropas acarnanias, así como a las veinte naves atenienses que a la sazón costeaban el Peloponeso bajo las órdenes de Aristóteles, hijo de Timócrates, y de Hierofón, el hijo de Antimnesto. Entretanto, también los ampraciotas de Olpas enviaron un mensajero a su ciudad, para pedir que acudieran en

[47] Texto conjetural.
[48] Es decir, «las fuentes».

su ayuda con todas sus fuerzas, ya que temían que las tropas de Euríloco no pudieran cruzar por el territorio de los acarnanios; en cuyo caso, deberían presentar batalla ellos solos, o bien, si optaban por retirarse, no podrían hacerlo con suficientes seguridades.

106. Mientras tanto, los peloponesios de Euríloco, al ver que los ampraciotas habían llegado a Olpas, partieron de Prosquion y corrieron en su ayuda; pasando el Aqueloo, avanzaron a través de Acarnania, que estaba desprovista de defensores a causa de los socorros enviados a Argos, teniendo a su derecha la ciudad de Estrato con su guarnición, y a la izquierda el resto de Acarnania. Cruzaron el país de Estrato, y avanzaron por el de Fitia, y a continuación por los confines de Medeón, y finalmente siguieron a través de Limnea. Entraron así en el territorio de los agreos, que ya no forman parte de Acarnania, pero que eran aliados suyos. Alcanzaron el monte Tíamo, que pertenece a los agreos, siguieron monte a través y descendieron, ya de noche, al territorio de Argos. Pasaron desapercibidos al infiltrarse entre la ciudad de Argos y los acarnanios, que montan guardia en Crenas, y se unieron a los ampraciotas de Olpas.

107. Una vez reunidos, tomaron posiciones y acamparon a eso del amanecer en la localidad llamada Metrópoli. No mucho después se presentaron los atenienses con sus veinte naves en el golfo de Ampracia, para ayudar a los argivos; y también compareció Demóstenes, con doscientos hoplitas mesenios y sesenta arqueros atenienses. Las naves bloquearon el promontorio de Olpas por mar, mientras que los acarnanios y unos pocos anfiloquios (pues la mayor parte fue obligada por los ampraciotas a someterse) se habían congregado ya en torno a Argos y se disponían a combatir contra el enemigo. Eligieron como comandante de todas las fuerzas aliadas a Demóstenes, auxiliado por los estrategos. Este los condujo cerca de Olpas y los hizo acampar allí; un gran barranco los separaba del enemigo. Durante cinco días permanecieron inactivos, pero al sexto ambos bandos se alinearon con intención de combatir. Y como el ejército de los peloponesios era más numeroso y desbordaba al suyo, Demóstenes, temeroso de quedar cercado, hizo que se emboscaran en los recovecos de un camino enmalecido algunos ho-

plitas y tropas ligeramente armadas, un total de cuatrocientos hombres, a fin de que en el momento de la batalla aparecieran a la espalda del enemigo, allá por dónde los peloponesios los rebasaban. Cuando estuvieron listos los preparativos en ambos bandos, vinieron a las manos; Demóstenes ocupaba el ala derecha con los mesenios y unos pocos atenienses; mientras el resto del frente estaba ocupado por acarnanios, dispuestos según sus tribus, y por los lanzadores de dardos anfiloquios que se habían presentado. Por su parte, los peloponesios y los ampraciotas estaban mezclados en sus líneas, excepción hecha de los mantineos, que ocupaban, todos apiñados, fundamentalmente todo el ala izquierda, aunque sin llegar al extremo de la formación; en cuanto al extremo izquierdo lo ocupaba Euríloco y los suyos, haciendo frente a los mesenios y a Demóstenes.

108. Cuando llegaron a las manos y los peloponesios desbordaban y envolvían con su flanco el ala derecha del enemigo, aparecieron los acarnanios que estaban emboscados a sus espaldas, y cayendo sobre ellos los pusieron en fuga; de suerte que no sólo no resistieron el ataque, sino que, llenos de espanto, arrastraron a la desbandada al resto del ejército. Pues el espanto del ejército aumentó, en efecto, enormemente al ver que las tropas de Euríloco, que eran las mejores, eran aniquiladas. Fueron los mesenios, que ocupaban ese sector junto a Demóstenes, quienes llevaron a cabo la mayor parte de la gesta.

Por su parte, los ampraciotas y las tropas desplegadas en el ala derecha habían derrotado a las tropas que les hacían frente, y las persiguieron en dirección a Argos; en efecto, los ampraciotas son la gente más belicosa de esta región, mas cuando al retroceder vieron que la mayor parte de su ejército había sido derrotado, y que los acarnanios se les echaban encima, se refugiaron a duras penas en Olpas; murieron buen número de ellos, al ser gente que atacaba de manera desordenada y sin ninguna disciplina, excepto los de Mantinea, que fueron los que de todo el ejército efectuaron una retirada mejor ordenada. La batalla terminó entrada la tarde.

109. Menedaio se hizo cargo del mando al día siguiente, al haber muerto tanto Euríloco como Macario. En vista de la severa derrota, no veía cómo poder sostener un asedio, en

caso de quedarse (pues estaba bloqueado por tierra, y también por mar por las naves atenienses) ni cómo ponerse a salvo mediante una retirada, así que entró en negociaciones con Demóstenes y los estrategos acarnanios para tratar de una tregua, de la retirada y al propio tiempo de recuperar los cadáveres. Estos les devolvieron sus muertos, erigieron un trofeo y recuperaron a su vez los cadáveres de los suyos, que eran aproximadamente trescientos. En cuanto a la retirada, en cambio, oficialmente la negaron a todos, pero de manera secreta Demóstenes y sus colegas acarnanios acordaron conceder a los de Mantinea, a Menedaio y a los demás jefes y personas relevantes de los peloponesios el poder escapar rápidamente. En efecto, quería aislar a los ampraciotas y al contingente de mercenarios, pero sobre todo deseaba desprestigiar a los lacedemonios y los peloponesios ante los griegos de esta región, por haberlos traicionado prefiriendo atender su interés personal. Así pues, recuperaron éstos sus muertos y les dieron pronta sepultura como pudieron, mientras comenzaban a organizar a escondidas la retirada aquéllos a quienes se les había concedido.

110. Le llegaron ahora noticias a Demóstenes y los acarnanios de que los ampraciotas de la ciudad, en respuesta al primer mensaje enviado por los de Olpas, acudían con todas sus fuerzas a través del territorio de los anfiloquios, con intención de unirse y ayudar a los de Olpas, sin saber nada de lo que había ocurrido. De inmediato envió Demóstenes una parte de su ejército a que les tendiera emboscadas a lo largo de los caminos y ocupara de antemano las posiciones fortificadas, mientras él mismo se preparaba con el resto de las tropas a intervenir contra ellos.

111. Entretanto los de Mantinea, así como aquellos otros a quienes se había autorizado mediante el pacto, saliendo de la ciudad so pretexto de recoger hortalizas y leña, comenzaron a alejarse disimuladamente en pequeños grupos, haciendo como que recogían aquello para lo que habían salido. Una vez estuvieron a distancia de Olpas se alejaron rápidamente. Los ampraciotas y otros que habían salido junto con aquéllos, al percatarse de que se escapaban, se lanzaron también ellos a todo correr, queriendo darles alcance. En un principio los acarnanios pensaron que se escapaban todos,

como si no hubiera mediado ningún pacto, y se pusieron al punto a perseguir a los peloponesios (incluso algunos de sus jefes que intentaban impedírselo diciéndoles que se había estipulado un acuerdo, resultaron golpeados por algún soldado que los creyó responsables de traición); acto seguido, dejaron escapar a los de Mantinea y a los peloponesios, mientras dieron muerte a los ampraciotas. Hubo gran discusión e incertidumbre a la hora de identificar a ampraciotas y peloponesios.

Mataron aproximadamente a unos doscientos, y los demás se refugiaron en el territorio vecino de los agreos, cuyo rey, Salintio, que era amigo suyo, les dio acogida.

112. Los ampraciotas de la ciudad llegaron a Idómena, ciudad que está formada por dos altos cerros. Durante la noche, los soldados que Demóstenes había enviado en vanguardia de su ejército se anticiparon y tomaron el más alto de los dos cerros, logrando pasar desapercibidos. En cambio, los ampraciotas habían tomado de antemano el más pequeño, y allí pasaron la noche. Por su parte Demóstenes, después de cenar, se puso en marcha con el resto del ejército, apenas caída la noche. Al frente él de la mitad de las tropas se dirigió hacia el desfiladero, mientras el resto atravesaba los montes de Anfiloquia. Al alba cayó sobre los ampraciotas, que estaban aún durmiendo, y que lejos de enterarse de lo que ocurría creyeron que eran soldados suyos. Y es que Demóstenes, a propio intento, había dispuesto en primera fila a los mesenios, con órdenes de que saludaran al enemigo dirigiéndoles la palabra en lengua doria, no despertando así la desconfianza de los centinelas, dado que además no se les distinguía bien a simple vista por ser aún de noche. Así pues, tan pronto cayó sobre los ampraciotas los puso en fuga, matando a la mayoría, mientra los demás se dieron a huir dispersándose por los montes. Pero como los caminos habían sido previamente tomados, y a la par los anfiloquios conocían perfectamente su territorio y combatían con armas ligeras contra hoplitas, que a su vez no lo conocían y no sabían adónde dirigirse, caían en barrancos y en las emboscadas de antemano preparadas, donde encontraban la muerte. Recurriendo a cualquier forma de escapatoria, algunos se dirigieron al mar, no muy distante; y al ver las naves atenienses,

que navegaban a lo largo de la costa justo en el momento de la batalla, empezaron a nadar hacia ellas, pensando en medio de su presente desesperación que era preferible ser aniquilados, si era inevitable, por los soldados de las naves, a serlo a manos de los anfiloquios, unos bárbaros y sus peores enemigos. De tal forma, pues, derrotados los ampraciotas, fueron muy pocos los que se salvaron, de muchos como eran, llegando a su ciudad. Por su parte, los acarnanios despojaron de sus armas a los muertos, erigieron varios trofeos, y se retiraron a Argos.

113. Al día siguiente se presentó ante ellos un heraldo enviado por los ampraciotas de Olpas que se habían refugiado en el país de los agreos; venía a solicitar que se les autorizara a recuperar los cadáveres de los que habían muerto tras la primera batalla, cuando salieron (sin estar ellos incluidos en el pacto) en compañía de los de Mantinea y de aquéllos a quienes el pacto protegía. Cuando este heraldo vio las armas de los ampraciotas de la ciudad, le extrañó su número, pues ignoraba, en efecto, el desastre y pensaba que tales armas eran de sus compañeros. Y como le preguntara alguien cuál era la razón de su extrañeza, y cuántos el número de sus muertos, pensando el que hacía la pregunta que el heraldo fuera uno de los combatientes de Idómena, su respuesta fue: «Unos doscientos.» A lo que le replicó su interlocutor: «Pues no parece que sean éstas sus armas, pues son de más de mil.» Y el heraldo a su vez preguntó: «¿No son de los que combatieron con nosotros?» El otro contestó: «Sí, si es que sois vosotros los que ayer luchasteis en Idómena.» «Pero, no; nosotros no combatimos ayer con nadie, sino antesdeayer, en el curso de nuestra retirada.» «Pues ayer, luchamos también contra éstos, cuando venían de su ciudad, Ampracia, como refuerzos.»

Al oir el heraldo estas palabras se percató de que el contingente enviado como refuerzos desde la ciudad había sido aniquilado, rompió en gemidos, y anonadado por la inmensidad de la presente desgracia se marchó inmediatamente sin haber conseguido nada y sin reclamar ya los cadáveres. Fue ésta, en efecto, la mayor calamidad que acaeció a una sola ciudad griega en el curso de esta guerra en un número igual de días. Yo no he consignado el número de muertos,

porque el cálculo de los que se dice que perecieron es increíble respecto a la magnitud de la ciudad.

En cambio, lo que sí sé bien es que si los acarnanios y los anfiloquios hubieran querido conquistar Ampracia, siguiendo el consejo de Demóstenes y los atenienses, la hubieran podido capturar al primer asalto. Pero temieron que los atenienses, una vez dueños de la ciudad, fueran a ser unos vecinos aún más difíciles.

114. Después de estos acontecimientos, asignaron a los atenienses un tercio del botín y dividieron lo restante entre las diversas ciudades. El botín de los atenienses les fue arrebatado en el transcurso de su travesía, y lo que ahora se contempla como ofrenda en los santuarios del Atica es la parte que correspondió a Demóstenes: trescientas armaduras completas, que trajo consigo a su regreso. Por otra parte, gracias a este triunfo (tras el desastre sufrido en Etolia) su retorno a Atenas le resultó además menos peligroso. Los atenienses que iban a bordo de las veinte naves, partieron rumbo a Naupacto. A su vez, después que los atenienses y Demóstenes se marcharon, los acarnanios, y anfiloquios llegaron a un acuerdo con los ampraciotas y peloponesios que se habían refugiado entre los agreos y bajo la protección de Salintio, que les permitía retirarse de Eníades, adonde habían ido tras abandonar a Salintio.

Para el futuro, los acarnanios y los anfiloquios estipularon con los ampraciotas un tratado de paz y una alianza por cien años, bajo las siguientes condiciones: los ampraciotas no emprenderán expediciones contra el Peloponeso al lado de los acarnanios; ni los acarnanios acompañando a los ampraciotas lo harán contra los atenienses; sino que ambos se auxiliarán recíprocamente en la defensa de su territorio. Los ampraciotas devolverán cuantas plazas y rehenes tengan de los anfiloquios, y no prestarán ayuda a Anactorio, al ser enemiga de los acarnanios.

Tras el acuerdo sobre estos puntos, pusieron fin a la guerra. Más tarde, los corintios enviaron a Ampracia, bajo las órdenes de Jenoclides, hijo de Euticles, una guarnición de cerca de trescientos hoplitas, que tras una difícil marcha por el continente llegaron a su destino. Tales fueron los acontecimientos de Ampracia.

115. En este mismo invierno, los atenienses que estaban en Sicilia [49], efectuaron un desembarco en territorio de Himera, apoyados por los sículos, que, desde el interior, habían acudido a la región fronteriza de Hímera. Atacaron también las islas de Eolo. Una vez de vuelta en Regio, los atenienses se encontraron con Pitodoro, hijo de Isóloco, que había sido nombrado estratego para suceder a Laquete en el mando de la escuadra. En efecto, los aliados sicilianos habían arribado a Atenas y habían logrado persuadir a los atenienses de que aumentaran su ayuda naval, pues los siracusanos eran ya los que dominaban en tierra, y en cuanto al mar (si no se les impedía ahora con unas pocas naves) estaban haciendo preparativos con vistas a reunir una flota para no tener más inquietudes en el futuro. Los atenienses equiparon, pues, cuarenta naves para enviárselas, pues pensaban no sólo que así la guerra en Sicilia terminaría antes, sino que querían además que su flota se ejercitase.

Por ello habían enviado a uno de sus estrategos, Pitodoro, con unas pocas naves, y se disponían a enviar luego a Sófocles, hijo de Sostrátides, y a Eurimedonte, hijo de Tucles, con el grueso de la escuadra. Entre tanto, Pitodoro, que ya había asumido el mando de Laquete sobre las naves, puso rumbo al final del invierno contra la plaza fuerte de los locros, que ya antes había sido conquistada por Laquete; mas fue derrotado por los locros en una batalla y se retiró.

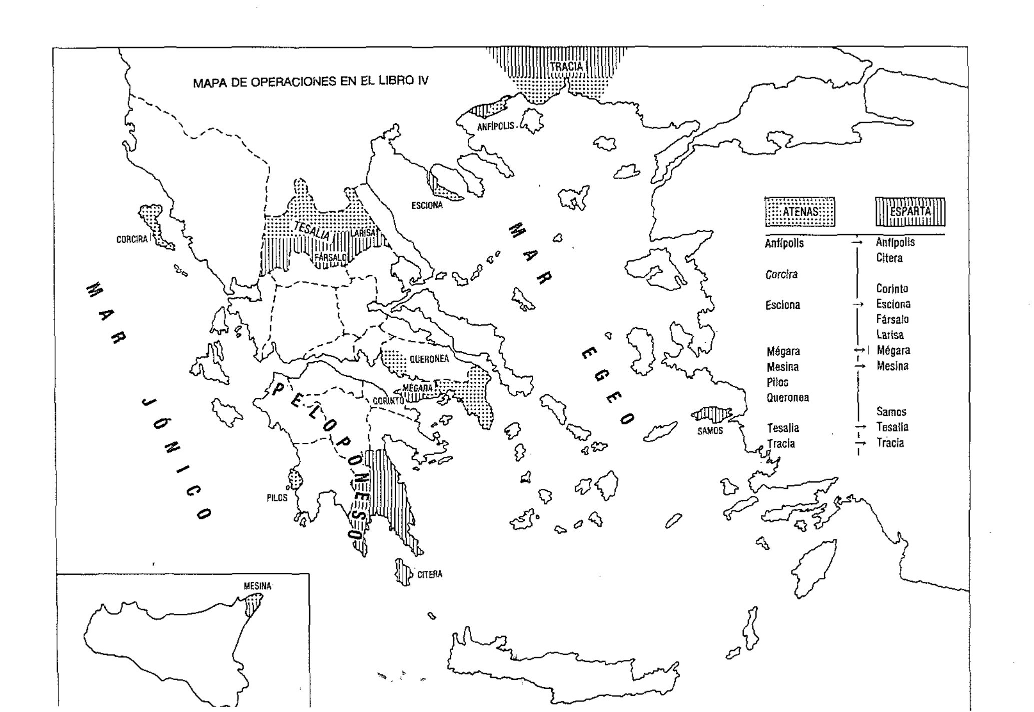
116. Al comienzo de la primavera siguiente, fluyó del Etna una corriente de lava, al igual que ya lo había hecho antes, y arrasó una parte de la región de los catanenses, que viven a las faldas del monte Etna, el mayor de Sicilia. Se dice que tuvo lugar esta erupción cincuenta años después de la anterior, y que ha habido tres en total desde que los griegos habitan Sicilia [50]. Estos fueron los acontecimientos ocurridos este invierno, con el que terminó el sexto año de esta guerra, cuya historia escribió Tucídides.

---

[49] Se reemprende ahora el relato, tal como quedó en 103.

[50] La presencia de griegos en Sicilia se remonta a la fundación del enclave siciliano de Naxos, fechada en el 734. Cf. más detalles en IV, 25.

LIBRO IV


MAPA DE OPERACIONES EN EL LIBRO IV
TRACIA
ANFÍPOLIS
ESCIONA
CORCIRA
TESALIA
LARISA
FÁRSALO
QUERONEA
MÉGARA
CORINTO
PELOPONESO
PILOS
CITERA
SAMOS
MESINA
MAR EGEO
MAR JÓNICO
ATENAS
ESPARTA
Anfípolis
Anfípolis
Citera
Corcira
Corinto
Esciona
Esciona
Fársalo
Larisa
Mégara
Mégara
Mesina
Mesina
Pilos
Queronea
Samos
Tesalia
Tesalia
Tracia
Tracia

Libro IV

1. El verano siguiente, en la época en que el trigo grana [1] diez naves de Siracusa y otras tantas de los locros se hicieron a la mar y capturaron la ciudad de Mesina, en Sicilia, cuyos habitantes les habían hecho venir. Y Mesina se apartó del bando de los atenienses. Efectuaron esta operación los siracusanos sobre todo porque veían que aquella localidad constituía un punto de acceso a Sicilia y porque temían que los atenienses se lanzaran desde allí y los atacaran con fuerzas más numerosas. Por su parte los locros lo hacían por odio a los de Regio, pues querían someter a esta ciudad atacándoles tanto por tierra como por mar. Al mismo tiempo los locros invadieron la región de Regio con todo su ejército, a fin de que éstos no pudieran acudir en socorro de los de Mesina; además de que algunos exiliados de Regio que se hallaban entre ellos les inducían a intervenir. En efecto, durante mucho tiempo Regio sufría disensiones civiles y por aquel momento no estaba en condicioones de defenderse de los locros, lo que suponía una especial ocasión para ser atacados. Los locros, tras hacer unas correrías por los campos retiraron su infantería, mientras que con sus naves man-

[1] Hacia el mes de abril, en el año 425.

tuvieron la vigilancia sobre Mesina. A su vez se dispusieron a equipar otras, para que vinieran a continuar las hostilidades por mar desde este nuevo emplazamiento.

2. Por estas mismas fechas de primavera, antes de que el trigo alcanzara su sazón, los peloponesios y sus aliados invadieron el Atica bajo las órdenes de Agis, rey de los lacedemonios, hijo de Arquidamo. Acamparon en su territorio y se dedicaron a arrasar la campiña. Por su parte los atenienses enviaron a Sicilia las cuarenta naves que habían equipado [2], bajo las órdenes de los dos estrategos que entre ellos quedaban: Eurimedonte y Sófocles, pues el tercero, Pitodoro, ya se encontraba desde antes en Sicilia. Se les dieron órdenes también de que pasaran a Corcira y se ocuparan de los corcirenses de la ciudad, que estaban siendo objeto de pillaje por parte de los exiliados que se habían refugiado en el monte. Hasta allí había llegado con anterioridad una flota peloponesia de sesenta naves con intención de ayudar a los que estaban en el monte, y calculando además que podrían hacerse fácilmente con el control de la situación, dada la gran hambre que reinaba en la ciudad.

Accedieron por otra parte a una demanda de Demóstenes —que desde su regreso de Acarnania no ejercía cargo público alguno —para que, si quería, utilizara estas naves en alguna operación en torno al Peloponeso.

3. Al llegar a las costas de Laconia, los atenienses se enteraron de que las naves de los peloponesios estaban ya en Corcira. Eurimedonte y Sófocles eran partidarios de marchar a toda prisa hacia Corcira, mientras que Demóstenes proponía detenerse primero en Pilos y proseguir la expedición depués de haber hecho allí lo que fuere menester. A pesar de la oposición de los otros dos, una tempestad que sobrevino por casualidad arrastró las naves hacia Pilos. Demóstenes propuso fortificar de inmediato la plaza (ya que se había incorporado a la expedición con este propósito), haciéndoles ver que había gran abundancia de madera y de piedra, y que el lugar constituía una fortaleza natural y estaba en su mayor parte, tanto él como sus aledaños, desprovisto de defensores. En efecto, Pilos dista unos cuatrocientos estadios de Es-

[2] Cf. III, 115.

parta, y se halla situada en la región que en tiempos se llamaba Mesenia; los lacedemonios la denominan Corifasio. Los otros le dijeron que había muchos promontorios desiertos por el Peloponeso, si es que quería ocuparlos y arruinar a su ciudad; a Demóstenes en cambio le parecía que aquel emplazamiento presentaba algunas ventajas sobre cualquier otro: ya que tenía un puerto, y porque los mesenios (que habitaban aquel lugar desde antiguo y hablaban la misma lengua que los lacedemonios) podrían infligir a éstos grandes daños utilizándolo como base, y porque además serían fieles defensores de la plaza.

4. Y aunque no convenció ni a los estrategos ni a los soldados (pues a continuación había comunicado sus planes a los taxiarcos)[3], las naves permanecieron inactivas a causa del mal tiempo, hasta que los soldados, que se hallaban en la ociosidad, tomaron la iniciativa de fortificar el recinto. Se pusieron manos a la obra y comenzaron los trabajos; mas como no tenían herramientas para labrar la piedra, las seleccionaban, las acarreaban y luego las ajustaban según conviniera a cada una. Y si necesitaban utilizar mortero en alguna parte, al no tener espuertas, lo transportaban sobre sus espaldas, encorvándose para sostener de la mejor manera la carga, con ambas manos entrelazadas a la espalda para que no se resbalara. Se apresuraban por todos los medios posibles a fortificar los sectores más expuestos a peligro adelantándose a que los lacedemonios enviaran refuerzos. En efecto, la mayor parte del puesto estaba algo protegido y no necesitaba muro alguno.

5. Los lacedemonios se hallaban precisamente en aquel momento celebrando una fiesta, y al ser informados de la situación no le dieron mayor importancia: estaban convencidos de que tan pronto como salieran en expedición, o bien aquéllos no les harían frente o bien ellos mismos conquistarían con toda facilidad al asalto la plaza. Además también los retenía el hecho de que su ejército continuaba en el Atica. Por su parte los atenienses, tras haber fortificado en seis

---

[3] Los taxiarcos son diez oficiales, representantes de cada una de las diez tribus, que tienen a su mando directo una sección del ejército. Cf. Aristóteles, *Constitución de lo atenienses,* 61, 3.

días la zona que está orientada al continente y aquellas otras partes que más lo necesitaban, dejaron allí como guarnición a Demóstenes con cinco naves, mientras que se dispusieron a marchar con el grueso de las naves hacia Corcira y Sicilia.

6. Cuando los peloponesios que estaban en el Atica tuvieron noticias de la toma de Pilos, regresaron a toda prisa a su país, pues tanto los lacedemonios como su rey, Agis, consideraban la cuestión de Pilos como algo que les caía muy de cerca. Ocurría además que por haber realizado la incursión algo pronto, cuando el grano estaba aún verde, la mayor parte de las tropas carecía de víveres [4]; finalmente, les sobrevino un tiempo excesivamente fresco para la estación en que estaban, que hizo pasar penalidades al ejército. De modo que razones múltiples les indujeron a retirarse rápidamente y a hacer de ésta su más corta incursión, pues permanecieron en el Atica quince días.

7. Por esta misma época, Simónides, un estratego ateniense, capturó la ciudad de Eión, en Tracia, que era colonia de Mende y enemiga de Atenas, valiéndose de una traición, y tras haber reclutado a unos pocos atenienses de entre los que estaban de guarnición, así como un buen número de aliados de aquella zona. Inmediatamente los calcídeos y botieos acudieron en socorro: Simónides fue expulsado y perdió muchos de sus soldados.

8. Una vez que los peloponesios que estaban en el Atica se hubieron retirado de allí, los propios espartanos y los periecos que vivían en las cercanías acudieron de inmediato en ayuda de Pilos. En cambio los demás lacedemonios demoraron algo más su salida, pues acababan de regresar de otra expedición. Cursaron además por todo el Peloponeso la orden de acudir cuanto antes a socorrer Pilos, y mandaron llamar también a las sesenta naves que tenían en Corcira, las cuales atravesaron por el istmo de Léucade y se presentaron en Pilos tras haber burlado la vigilancia de las naves áticas que se hallaban en Zacinto. Para entonces ya había llegado también la infantería. Por su parte Demóstenes, mientras las naves peloponesias aún estaban de camino, se anticipó a en-

[4] Los invasores solían contar para su avituallamiento con la producción del país ocupado.

viar secretamente dos naves a Eurimedonte y a los atenienses que estaban con la flota en Zacinto para que se presentaran cuanto antes, en la idea de que la plaza se hallaba en peligro. Las naves, de acuerdo con las órdenes de Demóstenes, acudieron a toda prisa, mientras los lacedemonios se disponían a atacar las fortificaciones por tierra y mar, con la esperanza de poder tomar con facilidad una construcción hecha tan precipitadamente y que contaba con tan pocos defensores. Además, como esperaban que aparecieran las naves áticas en socorro procedentes de Zacinto, habían planeado (para el caso de no haber podido tomar antes la plaza) obstruir los accesos al puerto a fin de impedir a los atenienses su entrada en él. En efecto, la isla llamada Esfacteria [5] se extiende delante del puerto a muy corta distancia, haciéndolo muy seguro y de accesos muy angostos: por la parte de la fortificación ateniense y Pilos hay espacio para dos naves, y por el otro lado del continente, para ocho o nueve [6]. La isla estaba toda recubierta de bosques y carecía de caminos por estar deshabitada, y su longitud es de unos quince estadios.

La intención de los peloponesios era, pues, cerrar los accesos con sus naves estrechamente unidas proa al enemigo. Y temiendo que utilizasen la isla para luchar desde ella, hicieron cruzar allí a algunos hoplitas y apostaron a otros a lo largo de la costa del continente. De este modo sería tierra hostil para los atenienses tanto la isla como el continente, ya que éste no brinda espacio para desembarcar (efectivamente, por lo que respecta a la propia Pilos en la parte que mira al mar abierto, más allá de la zona de accesos, carece de puertos, por lo que no puede ofrecerles base alguna desde donde ir en ayuda de los suyos); en cambio ellos, sin tener que presentar batalla por mar y sin peligros, podrían verosímilmente rendir la plaza, dado que en su interior no disponían de trigo y porque además aun en el caso de ser tomada contaba con muy pocas provisiones. De acuerdo, pues, con su proyecto, transportaron a la isla a unos hoplitas, sacados a

[5] Se trata de una isla pequeña, situada a la entrada de la bahía de Navarino.

[6] Desde la antigüedad hay constancia de algunas inexactitudes topográficas en esta descripción: la extensión de la isla a lo largo no es de 15 estadios, sino de 24. El texto en general debe de estar corrupto, la traducción es, por tanto, conjetural.

suerte de entre todas las compañías. Ya con anterioridad habían desembarcado otros en sucesivos relevos, pero éstos últimos, que son los que fueron hechos prisioneros, eran cuatrocientos veinte, además de los hilotas que los acompañaban. Estaba al mando de ellos Epitadas, el hijo de Molobro.

9. Viendo Demóstenes que los lacedemonios se aprestaban a atacarles simultáneamente con las naves y con la infantería, dispuso también él sus preparativos. Sacó a tierra, al pie de las murallas, las trirremes que le quedaban de entre las que le habían dejado, las protegió con una empalizada, y equipó a la tripulación con unos escudos de mediocre calidad (la mayoría de mimbre) ya que en aquel paraje desierto no era posible procurarse armas, sino que aun éstas se las habían agenciado tomándolas de un tricóntoro pirata y de una pequeña embarcación que pertenecía a unos mesenios, que por casualidad habían aparecido por allí. Estos mesenios proporcionaron además un contingente de cuarenta hoplitas, que entraron a su servicio al lado de los demás. Dispuso a la mayor parte de sus hombres, armados y no armados, en los lugares más fortificados y seguros de la parte del continente, ordenándoles defenderse de la infantería, en caso de que atacaran. Por su parte, él eligió de entre todos sus hombres a sesenta hoplitas y unos pocos arqueros y marchó fuera de la muralla, en dirección al mar, por donde esperaba que el enemigo intentara mayoritariamente el desembarco. Se trataba de parajes ásperos y rocosos que miraban abiertamente al mar, aunque él pensaba que por ser la muralla muy débil en aquellos puntos los enemigos se esforzarían en lanzar por allí el ataque. Y es que, en efecto, los atenienses no habían construido una fortificación sólida en este sector, porque no pensaban ser derrotados por mar, ni que la plaza pudiera ser conquistada durante un desembarco enemigo hecho por la fuerza. Así pues, avanzó por allí hasta la misma orilla y dispuso a los hoplitas de modo que impidieran, en la medida de lo posible, el desembarco, y los exhortó de la siguiente manera:

10. «*Soldados que afrontáis conmigo este peligro, que ninguno de vosotros en un momento tan difícil tenga la pretensión de pasar por inteligente calculando todos los peligros que nos rodean, en vez de marchar contra el enemigo*

despreocupadamente y lleno de confianza en que sobrevivirá a esta situación. Pues cuantas situaciones alcanzan, como ésta nuestra, un tal estado de necesidad, precisan muy poca reflexión, y reclaman que se haga frente al peligro cuanto antes. Yo personalmente considero que casi todo está a nuestro favor si nos mostramos dispuestos a resistir y no traicionar la superioridad de que gozamos, acobardados por el número de éstos. Estimo, en efecto, que la dificultad de este lugar para un desembarco redunda en nuestro provecho. En caso de que resistamos, eso será nuestro aliado; en cambio, si retrocedemos, aun siendo el avance penoso les resultará fácil al no haber nadie que se lo impida. Y entonces tendremos que combatir con un enemigo más peligroso, pues su retirada no les resultará fácil, aunque se vean obligados a ella por nosotros (en efecto, es más cómodo rechazarles cuando están embarcados; en cambio, una vez desembarcados se hallarán en situación de igualdad con nosotros). Su mayoría numérica, por tanto, no deberá atemorizaros en exceso.

Pues aunque el enemigo sea numeroso, tendrá que luchar en grupos a causa de la dificultad del desembarco. Y tampoco se trata de un ejército que combate en tierra siendo superior en número y en pie de igualdad, sino de un contingente que luchan desde las naves, para el que es necesario que se cumplan toda una serie de circunstancias favorables en el mar. De suerte que considero que las dificultades de éstos están equilibradas con nuestra inferioridad numérica.

Al propio tiempo, os pido a vosotros, que sois atenienses y sabéis por experiencia que nadie podría forzar un desembarco frente a un enemigo que está enfrente y que no retrocede por miedo al fragor de los remos ni ante la amenazante proximidad de las naves, que resistáis ahora y que rechazando al enemigo en el mismísimo acantilado os salvéis vosotros mismos y esta plaza fuerte.»

11. Tras haberles exhortado de esta manera Demóstenes, los atenienses recobraron ánimos, y bajando a la playa se alinearon a lo largo de la misma orilla. Por su parte, los lacedemonios pusieron en pie a la infantería y se lanzaron contra la fortificación, y a la par el espartano Trasiménidas, hijo de Cratesicles, navarco, dirigió el ataque por mar con cua-

renta y tres naves. Y lo hizo precisamente por donde Demóstenes esperaba. Los atenienses se defendían por entrambos lados, por tierra y por mar. Y los lacedemonios dividieron las naves en pequeños grupos (ya que no podían aproximarse yendo más), y lanzaban sus ataques turnándose en relevos, haciendo gala de gran ardor y animándose entre todos por ver si conseguían hacer retroceder al enemigo y tomar la fortificación.

Y fue Brásidas quien entre todos se distinguió de manera particular, el cual, siendo trierarco y viendo que a causa de la dificultad del terreno los trierarcos y pilotos vacilaban (incluso en aquellos puntos en los que el desembarco parecía factible) y se preocupaban sólo de evitar que sus naves entrechocaran, les lanzaba fuertes gritos diciendo que no era lógico consentir que, por salvar unas tablas [7] hubiera construido el enemigo un fuerte en ese territorio; les incitaba a efectuar el desembarco aun a costa de destrozar sus propias naves; y en cuanto a los aliados, les invitaba a que no dudaran en sacrificar en aquel momento sus naves en defensa de los lacedemonios, a cambio de los grandes favores que habían recibido, sino que se lanzaran a tierra y desembarcaran como pudieran a fin de apoderarse de la plaza fuerte y de sus defensores.

12. De este modo atosigaba Brásidas a los otros, a la par que obligaba a su piloto a atracar la nave mientras él corría hacia la pasarela. Sin embargo, en su intento de desembarco fue rechazado por los atenienses y resultó herido en varias partes, perdió el conocimiento, y al caer sobre la cubierta de proa de la nave, su escudo se precipitó al mar. Fue escupido a tierra, y los atenienses lo recogieron y lo destinaron más tarde para el trofeo que erigieron en memoria de este ataque.

Los demás peloponesios, aunque se afanaban, no fueron capaces de desembarcar, fuera por la dificultad de la zona, fuera porque los atenienses resistían y no cedían en absoluto. Hasta este extremo había cambiado la suerte: los atenienses rechazaban desde tierra —y tierra laconia— a los lace-

[7] Análogo argumento emplean Heródoto, VIII, 100, y Jenofonte, *Helénicas*, I, 1, 24.

demonios, que atacaban por mar y a su vez intentaban desembarcar en su propia tierra, ahora en poder del enemigo. En efecto, lo que por aquel entonces les hacía especialmente famosos consistía en que los lacedemonios eran esencialmente continentales y superiores por su infantería, mientras que los atenienses eran gente de mar, cuya superioridad radicaba sobre todo en su flota.

13. Tras haber librado algunos ataques durante todo este día y una parte del siguiente, los lacedemonios hicieron un alto; al tercer día enviaron algunas naves a Asine [8] en busca de madera para construir máquinas de asalto, pues confiaban en que aunque la muralla que está sobre el puerto era elevada podrían tomarla con su ayuda, ya que por allí resultaba fácil desembarcar. Entre tanto llegaron las naves atenienses de Zacinto, que eran cincuenta [9], pues se les habían incorporado algunas de guarnición en Naupacto, más cuatro de Quíos.

Cuando vieron la costa del continente y las islas llenas de hoplitas, mientras que la flota enemiga permanecía en el puerto sin salir, no sabiendo dónde echar el ancla, se dirigieron en un primer momento hacia la isla de Prote, que está deshabitada y se halla a corta distancia, y en ella pasaron la noche. Al día siguiente levaron anclas, dispuestos a presentar combate si el enemigo quería salir al mar abierto a combatir, y si no, a penetrar ellos mismos en el puerto. Por su parte los lacedemonios, ni movieron sus naves contra el enemigo ni llevaron a efecto el bloqueo del puerto, como habían proyectado; sino que se mantuvieron en tierra en relativa calma, equipando las naves y preparándose para librar batalla, en el caso de que alguien penetrara en el puerto, que era bastante amplio.

14. Los atenienses, al darse cuenta de ello, lanzaron un ataque por ambos accesos del puerto, y cayendo sobre las naves enemigas que en su mayor parte se encontraban ya en alta mar y con las proas al frente, las pusieron en fuga. Las

---

[8] Pequeña ciudad ubicada en el golfo de Mesenia.

[9] La mayor parte de los manuscritos antiguos leen 40; los más modernos 50; en la traducción latina de Lorenzo Valla encontramos 60. La cifra de 40 no es aceptada por casi nadie.

persiguieron durante un breve trayecto, dañaron la mayoría de ellas, capturaron cinco (una de éstas con toda su tripulación) y se lanzaron contra las otras, que habían encontrado refugio en tierra. Incluso algunas que aún estaban siendo equipadas y todavía no se habían hecho a la mar fueron destrozadas; y a algunas otras empezaron a remolcarlas mediante unos cables, en vista de que sus tripulantes se habían dado a la fuga. Al ver los lacedemonios lo que sucedía, extremadamente dolidos por la catástrofe (puesto que sus hombres que estaban en la isla quedaban bloqueados) acudían en socorro, y adentrándose en el mar incluso con sus armas se agarraban a las naves y tiraban de ellas hacia afuera. Y cada cual pensaba que la situación corría el riesgo de estar perdida, en tanto que en ella no participaba él personalmente. Se originó un tremendo tumulto, pues se había cambiado el modo de combatir de unos y otros sobre las naves: los lacedemonios, en efecto, animados del ardor derivado de su estupefacción sostenían, por así decir, un auténtico combate naval desde tierra, mientras que los atenienses, como vencedores que querían sacar el máximo provecho de su actual buena suerte, combatían desde las naves como un ejército de infantería. Tras haberse infligido mutuamente mucho daño y haber causado y recibido múltiples heridas, se separaron. Los lacedemonios salvaron las naves aún no equipadas, excepto las que habían sido apresadas con anterioridad. Ambos bandos se retiraron a sus respectivos campamentos; los atenienses erigieron un trofeo, devolvieron los cadáveres y se apoderaron de los restos de sus barcos; a continuación se dedicaron a circunnavegar la isla manteniéndola bloqueada, en la idea de que los soldados enemigos estaban sin escapatoria. Por otra parte, los peloponesios de la costa continental y las tropas de refuerzo que habían venido de todas partes en auxilio, permanecieron instalados en Pilos.

15. Cuando la noticia de lo acaecido en los alrededores de Pilos llegó a Esparta, se decidió, dada la gravedad de la catástrofe, que los magistrados acudieran al campamento y a la vista de ello acordaran de inmediato las medidas a tomar. Y como constataron que era imposible prestar ayuda a sus hombres, y de otra parte no querían correr el riesgo de que éstos perecieran de hambre o hubieran de sucumbir

ante la superioridad numérica del enemigo, decidieron estipular con los estrategos atenienses —si querían— una tregua sobre los asuntos de Pilos, así como enviar unos embajadores a Atenas para proponer un acuerdo, e intentar recuperar cuanto antes a sus soldados.

16. Desde el momento en que los estrategos aceptaron esta propuesta, se acordó una tregua en los siguientes términos: los lacedemonios llevarían a Pilos y entregarían a los atenienses las naves con que habían librado combate, así como todas las de guerra que había en Laconia; y no atacarían las obras de fortificación ni por tierra ni por mar. Por su parte, los atenienses autorizarían a que los lacedemonios hicieran llegar a los hombres de la isla una cantidad determinada de pasta ya amasada (dos quénices áticos de harina de cebada por cabeza), más dos cótilos de vino y algo de carne, y la mitad de estas cantidades para los sirvientes personales [10].

El envío de todo esto debían efectuarlo a la vista de los atenienses, y ningún barco debería pasar furtivamente. A su vez, los atenienses mantendrían la vigilancia sobre la isla no menos que antes, pero sin efectuar ningún desembarco en ella ni dirigir sus armas contra las fuerzas peloponesias ni por tierra ni por mar. En el caso de que alguna de las dos partes violase una cualquiera de estas cláusulas, desde ese momento quedaba rota la tregua. Duraría ésta hasta que regresaran de Atenas los embajadores lacedemonios. Los atenienses debían conducirlos y traerlos de vuelta en una trirreme. Y una vez que hubieran regresado, la tregua se daría por concluida y los atenienses tendrían que reintegrar las naves en las mismas condiciones en que las hubieran recibido. La tregua quedó concertada en dichos términos; las naves —unas sesenta— fueron dejadas en depósito y los embajadores partieron. Una vez estuvieron éstos en Atenas, dijeron así:

17. *«Nos han enviado los lacedemonios, oh atenienses, para intentar, a propósito de los soldados que se hallan en*

[10] El quénice equivale a aproximadamente un litro, mientras que el cótilo corresponde a algo más de un cuarto de litro, recordemos que este medio litro de vino por hombre era luego mezclado con agua.

la isla, un acuerdo que pueda encontrar consenso entre lo que son vuestros intereses y algo que nos permita salvaguardar en una situación desafortunada nuestro honor en las presentes circunstancias. Y aunque nos extenderemos algo en nuestro discurso, no irá ello contra lo que en nosotros es costumbre; pues es habitual en nosotros no usar muchas palabras cuando unas pocas bastan, pero también lo es emplear más cuando se brinde la oportunidad de aclarar alguna cosa importante y obtener por medio de la palabra cuanto es necesario. No las acojáis con ánimo hostil, ni como si estuviéramos dando una lección a gente ignorante, sino que debéis considerarlas como una invitación a que recuerden las buenas decisiones, unas gentes que bien las conocen. En efecto, tenéis la posibilidad de aprovechar la buena suerte que ahora disfrutáis, conservando cuanto poseéis, y añadiendo encima honores y fama, y de que no os ocurra como a los hombres que reciben un golpe de fortuna sin estar habituados a ello: que basándose en la esperanza de haber obtenido éxito de manera inesperada desean continuamente más y más.

En cambio, quienes han vivido tantísimas vicisitudes, sean en uno u otro sentido, es justo que se muestren particularmente desconfiados ante el éxito; lo que se debe aplicar a vuestra ciudad por su experiencia, y a nosotros con mayor razón todavía.

18. *Percataos de ello, al contemplar nuestra actual desgracia. Nosotros, que gozamos de la más alta reputación entre los griegos, hemos acudido ante vosotros, mientras que hasta ahora nos considerábamos capaces de conceder cuanto ahora venimos a solicitaros. Pues bien, nos ha ocurrido esto no por falta de poderío militar, ni por habernos vuelto soberbios a consecuencia de que dicho poderío haya aumentado, sino porque, partiendo de nuestros mismos supuestos de siempre, nos hemos equivocado en nuestros cálculos. Es decir, es algo que a todos puede acaecer de modo similar.*

De modo que no tenéis ninguna razón para pensar que, en virtud del actual poderío de vuestra ciudad y de vuestras últimas adquisiciones, la suerte vaya a estar siempre de vuestro lado. Hombres sensatos son aquellos que sitúan su fortuna al abrigo de lo incierto (al igual que en la adversidad

se comportarían con mayor inteligencia que los demás) y que tienen respecto a la guerra la convicción de que no es posible mantener el curso de los acontecimientos dentro de los límites que uno desea fijar, sino que se encuentra a merced de por donde la suerte los conduce. Hombres de esta clase son los que menos errores cometen, en cuanto que no se ensoberbecen por la confianza que nace de sus éxitos, y están particularmente dispuestos a concluir la guerra cuando la fortuna les es favorable. Y esta de ahora es una bella ocasión que tenéis, oh atenienses, de ponerla en práctica con nosotros. Y que más tarde no ocurra que, si tras no habernos hecho caso, sufrís algún revés —cosa que a menudo sucede— no se piense de vosotros que incluso vuestros actuales éxitos se deben a la buena suerte; en cambio tenéis la posibilidad, sin peligro alguno por vuestra parte, de dejar a la posteridad una reputación de poderío y de inteligencia.

19. *Los lacedemonios os proponen estipular un tratado y poner fin a la guerra, brindándoos paz y alianza, y que haya la mayor recíproca amistad y buenas relaciones; a cambio os solicitan los soldados que están en la isla. Piensan que es mejor para ambos no exponerse a nuevos riesgos: sea que éstos consiguieran escapar por la fuerza, aprovechando alguna circunstancia favorable, sea que, obligados a rendirse, vinieran a caer en vuestras manos. Nosotros creemos que las grandes enemistades son las que pueden reconciliarse con mayores garantías: no cuando una de las partes contendientes, tras obtener la mayoría de las victorias en la guerra, obliga a la otra con juramentos forzados a concertar un acuerdo que no se basa en condiciones de igualdad, sino cuando, teniendo la posibilidad de conseguirlo de modo razonable, aventaja también al enemigo en generosidad y estipula con él un acuerdo en términos de moderación, en contra de lo que aquél podía esperar. Desde este momento, en efecto, el enemigo no se siente obligado a tener que responder con represalias como si hubiera sido objeto de violencia, sino a devolver a cambio generosidad por generosidad, quedando por tanto más predispuesto, por su sentido del honor, a permanecer fieles a los acuerdos estipulados. Los hombres observan tal comportamiento más frecuentemente en casos de hostilidad grave que cuan-*

do median diferencias de poca monta. Pues de manera natural se dejan vencer con agrado por quienes de manera espontánea hacen concesiones; en cambio, se enfrentan a cualquier peligro, aunque vaya contra toda razón, cuando se hallan ante una postura arrogante.

20. *Para nosotros y vosotros, ahora más que nunca, se nos presenta una bella ocasión de lograr la reconciliación, antes de que algo irreparable se nos interponga y lo impida, y con ello tengamos que añadir a nuestro odio nacional por vosotros otro de carácter personal y duradero para siempre, mientras que vosotros os veréis privados de las ventajas que ahora os proponemos. Reconciliémonos ahora, cuando la situación está aún indecisa; vosotros podéis añadir a vuestra fama nuestra amistad, mientras que nosotros conseguimos en vez de una vergüenza, una buena salida en términos de moderación; prefiramos la paz en vez de la guerra, dando así tregua a las calamidades de los demás griegos. Ellos, así, os atribuirán a vosotros el mérito mayor, pues se ven envueltos en una guerra sin saber claramente quiénes de nosotros dos la comenzaron, pero una vez que ella concluya —y su final depende en estos momentos sobre todo de vosotros— reservarán su gratitud sólo para vosotros.*

Además, si os decidís por la paz, os será posible obtener la sólida amistad de los lacedemonios, ya que habiéndoos ellos hecho esta oferta, os estarán en mayor medida agradecidos por no haber sido obligados a aceptarla.

Considerad, pues, cuántas ventajas es natural que encontréis con un tal proceder. Pues si tanto vosotros como nosotros hablamos un mismo lenguaje, estad seguros de que también el resto de los griegos, por encontrarse en un estado de inferioridad, nos tendrá el máximo respeto.»

21. Así hablaron los lacedemonios, los cuales pensaban que los atenienses ya habían estado deseosos de firmar la paz antes, pero que habían encontrado un obstáculo al oponérseles ellos, pero que al ofrecérsela ahora la aceptarían de buen grado y devolverían a los soldados de la isla. Estos en cambio pensaban que mientras conservaran a los prisioneros en la isla, estaba en sus manos el firmar la paz cuando ellos quisieran, y por ello aspiraban a mayores concesiones. Y sobre todo quien más les enardecía los ánimos era Cleón,

el hijo de Cleéneto, jefe del partido popular por aquel entonces, y a quien la multitud prestaba mayor atención. Persuadió éste al pueblo a que contestara que los prisioneros de la isla debían ser entregados, junto con sus armas, y conducidos a Atenas; y que una vez que estuvieran aquí, devolvieran los lacedemonios Nisea, Pegas, Trozén y Acaya, plazas que no habían sido conquistadas durante la guerra, sino adquiridas en virtud del tratado de paz anterior, concertado por los atenienses en una situación desfavorable, en momentos en que tenía imperiosa necesidad de firmar la paz. Y que sólo entonces recuperarían los lacedemonios a sus hombres y se firmaría un tratado cuya duración quedaría fijada de común acuerdo entre ambos bandos.

22. Los embajadores no replicaron nada ante esta contestación, pero propusieron a los atenienses que eligieran una comisión que se reuniera con ellos para discutir cada uno de estos puntos, dando y oyendo sus propias razones, a fin de llegar con toda tranquilidad a un acuerdo recíproco. En cambio, Cleón insistía vehementemente diciendo que ya se había dado cuenta él con anterioridad de que los lacedemonios no tenían en su mente nada de acuerdo con la justicia, y que ahora de nuevo lo veía con claridad, desde el momento en que no estaban dispuestos a tratar nada en presencia del pueblo, sino que querían sostener reuniones con unos pocos comisionados. Y les invitó a hablar en público ante todos, si es que lo que pensaban era honesto. Viendo los lacedemonios que no les resultaba posible hablar en público, por si tenían que hacer alguna concesión en vista de la desgracia acaecida, por temor a perder prestigio ante sus aliados si hacían una propuesta que no tuviera acogida favorable; y como por otra parte los atenienses no habrían aceptado sus propuestas hechas en tono de moderación, se marcharon de Atenas sin haber conseguido nada.

23. Una vez que estuvieron de regreso los embajadores quedó al punto suspendida la tregua relativa a Pilos, y los lacedemonios reclamaron sus naves, de acuerdo con lo convenido. Pero los atenienses, que les acusaban de una incursión contra su fortificación que suponía una violación de la tregua, además de otras transgresiones que no merecían ser mencionadas, no se las devolvieron. Y se apoyaban en una

cláusula en la que se decía que si se cometía alguna transgresión, la tregua quedaba rescindida. Los lacedemonios protestaron y denunciaron como injusto el asunto de las naves; se retiraron y reemprendieron los combates.

Las hostilidades en torno a Pilos se reanudaron con extremado ardor por parte y parte. Los atenienses navegaban alrededor de la isla durante todo el día con dos naves en sentido contrario (mientras que durante la noche montaban el bloqueo con toda la escuadra, excepto por la parte que daba al mar abierto, si había viento). Les habían llegado además veinte naves de Atenas para reforzar la guardia, de suerte que su número total fue de setenta. A su vez, los peloponesios estaban acampados en la parte del continente y lanzaban ataques contra el muro, estando al acecho por si se les presentaba una ocasión idónea para salvar a sus hombres.

24. Mientras tanto, en Sicilia [11] los siracusanos y sus aliados, tras haber añadido a las naves que montaban guardia en torno a Mesina el resto de la flota que acababan de equipar, prosiguieron la guerra desde Mesina (quienes en mayor medida les incitaban a ella eran los locros, por su odio contra los de Regio, y ya se habían lanzado en masa contra el territorio de éstos). Quisieron tentar suerte en una batalla naval, pues veían que las naves con que allí contaban los atenienses eran muy pocas, y sabían además que el grueso de la flota estaba ocupada en el asedio de Esfacteria. Y si conseguían una victoria por mar, esperaban poder apoderarse cómodamente de Regio, atacándola simultáneamente con las tropas de tierra y con un bloqueo por mar, con lo que quedaría afianzada su situación. En efecto, dada la proximidad que hay entre Regio, que se halla en el extremo de Italia, y Mesina (en Sicilia) los atenienses no podrían fondear su escuadra delante del estrecho y controlarlo. Este estrecho está formado por el brazo de mar que separa Regio de Mesina, que es por donde se da la distancia mínima entre Sicilia y el continente. Se trata del paraje llamado Caribdis, por el que se dice que cruzó Ulises [12]. A causa de su angostura y por

---

[11] Se reanuda ahora el relato según había quedado en IV, 1.

[12] Se refiere el autor al famoso pasaje de la *Odisea* XII, 101-250. Adviér-

confluir allí las corrientes (que además son muy impetuosas) de dos grandes mares, el Tirreno y el de Sicilia, se le considera con toda razón peligroso.

25. Así pues, fue en este estrecho donde siracusanos y sus aliados se vieron obligados por un barco de carga que cruzaba el estrecho, a eso del atardecer, a entablar combate con poco más de treinta naves frente a dieciséis naves atenienses y ocho de Regio. Derrotados por los atenienses, se retiraron rápidamente cada cual como pudo a sus respectivos campamentos [el de Mesina y el de Regio] [13], tras haber perdido una nave. La llegada de la noche puso fin a la acción.

Después de esto, los locros se alejaron del territorio de Regio, y las naves siracusanas y de sus aliados se reunieron en Peloron, territorio de Mesina, y fondearon allí, donde vino a reunírsele su infantería. Los atenienses y los de Regio se aproximaron a ellos, y al ver que las naves estaban sin tripulación se lanzaron sobre ellas, aunque perdieron una de sus naves por haberles arrojado los enemigos una «mano de hierro». La tripulación se puso a salvo a nado.

Tras esto, los siracusanos se embarcaron de nuevo y, costeando, se hacían arrastrar desde la orilla por medio de unos cables en dirección a Mesina. Los atenienses los atacaron por segunda vez, aunque los otros viraron proa al mar y se les anticiparon en el ataque, con lo que los atenienses perdieron otra nave. Así que los siracusanos entraron en el puerto de Mesina sin haber llevado la peor parte ni durante el trayecto de su travesía ni en el encuentro naval, que se desarrolló de la manera dicha.

Entonces los atenienses, tras haber tenido noticias de que Camarina [14] estaba a punto de caer en manos de los siracusanos, entregada a traición por Arquias y sus partidarios, se dirigieron allá con su escuadra. Por su parte los de Mesina efectuaron en masa una expedición, tanto por mar como por

tase el intento de explicación racional del fenómeno, en vez de recurrir al mito.

[13] El texto entre corchetes es una interpolación, como se desprende del contexto.

[14] Camarina, al Sur de Sicilia, estaba enemistada con su metrópoli, Siracusa, y se había aliado con Leontinos, la ciudad natal del sofista Gorgias.

tierra contra Naxos[15], colonia de Calcis y vecina suya. El primer día obligaron a los naxios a permanecer recluidos en sus murallas, y se dedicaron a devastar el territorio; al día siguiente, mientras las naves recorrían los alrededores del río Acesines devastando la zona, las tropas de tierra atacaron la ciudad. Mientras tanto, los sículos descendieron de los montes para sumarse a la lucha contra los de Mesina. Al ver esto los naxios, recobraron ánimos y se exhortaban entre sí, convencidos de que los de Leontinos y otros aliados griegos acudían en su defensa. Efectuaron una repentina salida de la ciudad, y cayendo sobre los mesinios, los pusieron en fuga y mataron a más de mil, mientras los demás regresaron a duras penas a su ciudad, ya que por los caminos les salieron al encuentro algunos bárbaros que mataron a muchos de ellos. Las naves se detuvieron en Mesina, y más tarde se separó cada contingente en dirección a su patria.

Inmediatamente después, los leontinos y sus aliados emprendieron en unión de los atenienses una expedición contra Mesina, creyéndola exhausta. En dicho ataque los atenienses operaban con sus naves por la parte del puerto, mientras el ejército de tierra actuaba sobre la ciudad. Mas los mesinios efectuaron una salida apoyados por algunos locrios que habían quedado bajo las órdenes de Demóstenes como guarnición en la ciudad, después de la catástrofe que habían sufrido. Cayeron repentinamente sobre las tropas de los leontinos, los pusieron en fuga y mataron a buen número de ellos. Al darse cuenta de ello los atenienses, desembarcaron de las naves para acudir en socorro, y persiguieron a los mesinios de nuevo hasta su ciudad, pues los sorprendieron en pleno desorden. A continuación, erigieron un trofeo y se retiraron a Regio. Más tarde, los griegos de Sicilia efectuaron algunas expediciones por tierra unos contra otros, sin participación de los atenienses.

26. Entretanto, los atenienses proseguían en Pilos el asedio de los lacedemonios que estaban en la isla, mientras el ejército peloponesio del continente permanecía en sus posiciones. La vigilancia resultaba muy penosa para los atenienses a causa de la falta de víveres y de agua, ya que no había

[15] Situada en la costa oriental de Sicilia, próxima por tanto a Mesina.

sino una fuente en la acrópolis de Pilos, y no era muy grande. Por ello la mayoría de los soldados escarbaban en la arena cercana a la playa para beber un agua como ya nos podemos imaginar. Tenían además el problema de la estrechez de espacio al estar acampados en un lugar reducido; y como las naves no disponían de fondeadero alguno, parte de las tripulación iba a tierra por turnos a recoger alimento, mientras el resto de las naves fondeaban en alta mar.

Lo que más descorazonaba a los atenienses era que el asedio se prolongaba más de lo razonable, pues habían calculado que en muy pocos días iban a rendir a los sitiados que se encontraban en aquella isla desierta, en la que sólo disponían de agua salada. La razón de que continuaran resistiendo residía en que los lacedemonios habían hecho un pregón para que quien quisiera transportara a la isla grano molido, vino, queso y cualquier otro tipo de víveres que ayudaran a sostener el asedio. A tal fin habían ofrecido una paga excelente, y prometieron la libertad de cualquier hilota que introdujera víveres. Así pues, algunos introdujeron alimentos corriendo este riesgo, y sobre todo fueron los hilotas, los cuales se hacían a la mar desde cualquier punto del Peloponeso, y desembarcaban (todavía de noche) en la parte de la isla que mira al mar abierto. Esperaban preferentemente un viento que los arrastrase hacia la isla, pues cuando el viento soplaba del mar pasaban con mayor facilidad desapercibidos a la vigilancia de las trirremes, pues era díficil permanecer anclados en torno a la isla, mientras que los otros iban dispuestos a desembarcar sin escatimar en nada las naves, ya que las hacían encallar después de haberlas tasado en dinero, además de que los hoplitas montaban guardia en los lugares accesibles de la isla. Por el contrario, los que corrían este riesgo con el mar en calma, eran capturados.

También se introdujeron por el puerto unos buceadores que nadaban bajo el agua, arrastrando de una cuerda unos odres que contenían semilla de amapolas amasada con miel, y simiente de lino triturada. En un principio pasaron desapercibidos, pero más tarde pusieron vigilantes contra ellos. Cada parte se las ingeniaba con todo tipo de medios: unos para introducir los víveres, y otros para evitar que burlaran su vigilancia.

27. Cuando en Atenas se supo que el ejército se encontraba en dificultad, y que a los que estaban en la isla les llegaban víveres, los atenienses se quedaron perplejos y temían que los sorprendiera el invierno sin acabar el bloqueo. Veían, en efecto, que en tal caso les iba a resultar imposible el transporte de avituallamientos en torno al Peloponeso hasta aquel paraje deshabitado, al que incluso ni siquiera en verano fueron capaces de abastecer suficientemente. Por otra parte, no habría posibilidad de mantener el bloqueo por mar, desde el momento en que aquellas zonas carecían de puertos; por tanto, o bien los hombres de la isla conseguirían escapar al bajar ellos la guardia, o bien lograrían salvarse en los barcos que les traían las provisiones, aprovechando el mal tiempo. No obstante su mayor preocupación eran los lacedemonios, pues pensaban que éstos no les enviaban nuevas propuestas de paz porque tenían algo en que confiar; por ello se arrepentían de no haber aceptado antes el tratado.

Por su parte, Cleón, percatándose de que los demás le miraban con sospecha por haber impedido el tratado, aseguraba que las noticias que estaban refiriendo aquéllos no eran verídicas. Pero como los recién llegados les invitaban a que, si desconfiaban de ellos, enviaran a algunos observadores, fue entonces cuando eligieron los atenienses como inspector al propio Cleón, junto con Teágenes. Al darse cuenta en ese momento de que se iba a ver obligado o bien a confirmar lo mismo que habían contado aquéllos a quienes él había refutado, o a aparecer como embustero en caso de que dijera lo contrario, aconsejó a los atenienses (pues veía que tenían ahora el ánimo un poco más dispuesto a efectuar una expedición) diciéndoles que no había necesidad de enviar inspectores ni de demorarse más dejando pasar el momento oportuno; y que si ellos creían que las noticias eran fidedignas, que se emprendiera una expedición contra los hombres de la isla.

Y aludiendo a Nicias, hijo de Nicérato, a la sazón estratego, de quien era enemigo y a quien intentaba censurar, dijo que si los estrategos fueran hombres, resultaría fácil con las tropas adecuadas dirigirse a la isla y traer prisioneros a los

hombres que en ella estaban; y que él en persona ya lo habría hecho, de haber tenido el mando.

28. Entonces Nicias, al ver que los atenienses empezaron a formar un ligero alboroto contra Cleón, diciendo que por qué no se embarcaba de inmediato, si tan fácil le parecía la empresa, y advirtiendo también que éste le estaba criticando, le invitó a que tomara las fuerzas que quisiera y (al menos en cuanto de los dos estrategos dependía) intentara la empresa. Cleón pensó en un primer momento que Nicias consentía sólo de palabra, y se declaró dispuesto a ello, pero al ver luego que de verdad le transfería el mando, declinó diciendo que el estratego no era él, sino Nicias. Sintió miedo ahora, pues no había llegado ni a imaginarse que aquél fuera a atreverse a cederle el mando. Mas Nicias de nuevo le repitió la invitación, renunciando a su mando en el asunto de Pilos, y ponía a los atenienses por testigos. Estos, por su parte, y como suele hacer la muchedumbre, cuanto más intentaba Cleón sustraerse a la expedición y retirar sus palabras, tanto más exhortaban a Nicias a que se lo entregara y gritaban al otro que se hiciera a la mar. De modo que no sabiendo cómo librarse de cuanto había dicho, aceptó ponerse al frente de la expedición, y adelantándose declaró que no sentía miedo de los lacedemonios y que se haría a la mar sin llevar a nadie de la ciudad, sino que le acompañarían los lemnios y los imbrios que estaban en la ciudad, los peltastas que habían venido desde Eno como refuerzos, además de cuatrocientos arqueros de otras zonas. Dijo que con estas tropas, a las que se añadirían los soldados que estaban en Pilos, traería vivos en el plazo de veinte días a los lacedemonios, o les daría muerte allá mismo.

A los atenienses les invadió cierta risa ante la presunción de sus palabras, pero a los más sensatos, sin embargo, les resultaron muy gratas, pues creían que se conseguiría una de las dos cosas siguientes: o verse libres de Cleón —lo que más ansiaban— o, en caso de que se equivocaran en sus cálculos, hacer prisioneros a los lacedemonios.

29. Entonces Cleón hizo que la Asamblea dispusiera todo lo necesario, y los atenienses aprobaron en votación que se encargara de la expedición. Eligió luego como colega a uno solo de los estrategos de Pilos, Demóstenes, y zarpó al poco

tiempo. Se decidió por Demóstenes porque tenía noticias de que éste planeaba un desembarco sobre la isla, ya que los soldados estaban pasándolo mal por las estrecheces del lugar, lo que les hacía estar más como sitiados que como sitiadores, y por ello estaban decididos a correr este riesgo. Y también le dió nuevos ánimos el que la isla se hubiera incendiado, pues hasta ahora había estado llena de bosques, y carecía de senderos por haber estado siempre deshabitada; y tenía miedo, pues pensaba que todo ello favorecía más bien al enemigo, quien, de producirse un desembarco de un contingente importante de tropas, podía causar serios daños desde algún lugar oculto. Además, los errores tácticos y los recursos no quedarían al descubierto debido a la espesura, mientras que todos los errores de sus propias tropas sí serían claramente perceptibles, de suerte que el enemigo podría atacarlos inesperadamente por donde quisieran, pues estaría en sus manos la iniciativa de pasar al ataque. Y si, por otra parte, se decidía a entrar en la zona de bosque y atacarles, estimaba que las tropas menos numerosas, pero expertas conocedoras del terreno, tendrían las de ganar sobre otras más numerosas pero que no lo conocían. De suerte que su ejército podría ser masacrado antes de que se dieran cuenta, sin poder saber adónde habían de acudir en ayuda los únos de los otros.

30. El revés sufrido en Etolia (que se debió en parte a ser un lugar de bosque) era lo que en mayor medida le hacía concebir estos temores. Sin embargo, como los soldados se veían constreñidos a causa de la falta de espacio a atracar a los extremos de la isla para almorzar bajo la protección de unos centinelas, y uno de ellos, de modo involuntario, incendiara un trozo de bosque, al sobrevenir un poco de viento, el fuego quemó la mayor parte de la isla, sin que los lacedemonios se percataran.

De este modo, Demóstenes, al estar en mejores condiciones pudo ver que los lacedemonios eran más de los que él pensaba (había calculado anteriormente que los víveres que se habían transportado a la isla iban destinados a un número menor de hombres), y que ahora la isla brindaba un desembarco más cómodo, empezó a hacer los preparativos para efectuar un intento, en la idea de que los atenienses de-

bían empeñarse más decididamente en ello. Mandó buscar refuerzos de los aliados de las zonas limítrofes, y dispuso todos los demás preparativos.

Mientras tanto, Cleón, tras haber enviado un mensajero anunciando su llegada, y que traía las fuerzas que había solicitado, se presentó en Pilos. Y una vez que se hubieron reunido, despacharon antes de nada un heraldo al ejército que estaba en el continente, invitándole a que, si querían eludir los riesgos de un combate, invitasen a los hombres de la isla a que se rindieran y entregaran las armas sin combatir. En tal caso, les aguardaría un trato de prisioneros bajo condiciones moderadas, mientras se llegaba a un acuerdo de más vasto alcance.

31. Como los lacedemonios no aceptaron esta propuesta, los atenienses aguardaron aún un día. Pero al siguiente, tras haber embarcado a todos sus hoplitas en unas pocas naves, zarparon durante la noche, y un poco antes del amanecer desembarcaron a ambos lados de la isla, es decir, de la parte que da al mar abierto y por la del puerto. Eran unos ochocientos hoplitas, y se dirigieron a todo correr hacia el primer puesto de guardia de la isla, pues la disposición de las fuerzas enemigas era la siguiente: en este primer puesto de guardia había unos treinta hoplitas, mientras que en el del centro, que se hallaba situado en la parte más llana y próxima al manantial de agua, se encontraba el contingente más numeroso de ellos, con su jefe, Epitadas; finalmente, un grupo poco numeroso vigilaba el extremo de la isla que mira a Pilos; se trataba de un lugar escarpado por la parte del mar y difícilmente vulnerable desde tierra. Existía, en efecto, allí una antigua fortaleza, construida de piedras directamente ensambladas, y que —según pensaban— podría servirles de refugio en caso de que se produjera una retirada a la desesperada. Esta era, pues, la distribución de sus posiciones.

32. Por su parte, los atenienses fueron corriendo hasta estos guardias y los masacraron al momento. Los habían sorprendido aún en la cama, o intentando tomar sus armas, pues les había pasado desapercibido el desembarco, ya que creían que las naves enemigas se dirigían, como de costumbre, a fijar el bloqueo nocturno.

Más tarde, al despuntar el alba, desembarcó el resto del

ejército, esto es, las tripulaciones completas de unas setenta naves y pico (excepción hecha de los remeros de la fila inferior), equipados de manera diversa, además de ochocientos arqueros, un número no inferior de peltastas, los mesenios que habían llegado como refuerzos, amén del contingente completo que ocupaba Pilos, excepto los que vigilaban los muros.

Según las instrucciones de Demóstenes se dividieron en grupos de doscientos soldados o más —en algunos casos, menos— y se adelantaron a ocupar las alturas, a fin de causar dificultades al enemigo que se vería copado por todas partes, sin saber a quién hacer frente, ya que estarían expuestos por todos lados a los disparos de contingente tan numeroso, pues si atacaban a los de enfrente serían el blanco de los proyectiles de quienes estaban detrás, y si atacaban a los flancos se verían alcanzados por los hombres apostados a ambos lados. Por dondequiera que avanzaran los lacedemonios, tendrían siempre a sus espaldas a las tropas ligeras enemigas, que eran precisamene las más difíciles a combatir, pues se defendían a distancia con flechas, dardos, piedras y objetos lanzados por sus hondas, sin que fuera posible siquiera atacarles, ya que si huían obtenían alguna ventaja, y cuando era el enemigo el que se retiraba se les echaban ellos encima. Tal fue el proyecto con que Demóstenes concibió en un principio el desembarco, y fue así como de hecho lo ejecutó.

33. Los hombres de Epitadas, que representaban el grueso de las fuerzas lacedemonias en la isla, al ver que los soldados del primer puesto de guardia habían sido masacrados y que un ejército enemigo avanzaba contra ellos, se dispusieron para la batalla y se lanzaron contra los hoplitas atenienses, deseando llegar al cuerpo a cuerpo. En efecto, estos hoplitas estaban alineados frente a ellos, mientras que a ambos flancos y por la espalda se hallaban las tropas armadas ligeramente. No obstante, los lacedemonios no consiguieron trabar combate con los hoplitas, ni pudieron aprovecharse de su experiencia, pues las tropas de infantería ligera, disparándoles desde ambos lados, los mantenían a distancia, además de que los hoplitas atenienses no avanzaban contra ellos, sino que se mantenían quietos. Conseguían po-

ner en fuga a las tropas ligeras en aquellos puntos por donde más los acosaban, pero ellos se volvían y reemprendían luego sus ataques: se trataba, en efecto, de hombres equipados ligeramente, por lo que tomaban fácilmente la delantera al huir por un terreno accidentado y poco practicable, al haber estado la isla hasta entonces despoblada; los lacedemonios, en cambio, con sus armas pesadas, no podían perseguirlos en un terreno así.

34. Durante un corto período de tiempo combatieron así, disparándose desde lejos unos a otros; pero desde el momento en que las tropas lacedemonias no pudieron responder enérgicamente en los puntos por donde los atacaban, y las tropas de infantería ligera se dieron cuenta de que aquéllos se mostraban más lentos en su defensa, cobraron plena confianza en sí mismos al ver que eran mucho más numerosos. Además se habían habituado a que los lacedemonios no les parecieran ya tan temibles como al principio, pues no les habían infligido pérdidas como las que se temían cuando, abatidos en su ánimo por ir a combatir contra los lacedemonios, desembarcaron. Menospreciándolos, se lanzaron en medio de un gran griterío todos a una contra los lacedemonios, disparándoles piedras, flechas y dardos, según lo que cada cual tenía al alcance de su mano.

Y como el ataque se vio acompañado al mismo tiempo de un enorme griterío, el pánico se apoderó de los soldados lacedemonios, que no estaban habituados a esta clase de enfrentamientos. Por otra parte, las cenizas del reciente incendio del bosque se elevaban a considerable altura, haciendo imposible ver lo que ocurría delante de uno mismo a causa de las flechas y las piedras arrojadas por tantísimos soldados en medio de aquella nube de cenizas. La situación comenzó a hacerse crítica para los lacedemonios. Pues los yelmos no les protegían de las flechas, y los dardos disparados contra ellos quedaban clavados con las puntas astilladas. No tenían medio alguno de hacer nada, imposibilitados de ver lo que ocurría delante de ellos, y sin poder oir las órdenes que se les impartían, a causa del descomunal griterío del enemigo. El peligro, pues, les acechaba por todas partes, sin dejarles esperanza alguna de encontrar en el combate una manera de salvarse.

35. Finalmente, al ver que buena parte de sus hombres estaban heridos por su continuo dar vueltas en el mismo lugar, los lacedemonios apretaron las filas y comenzaron a retirarse hacia la fortaleza que estaba en el extremo de la isla, a poca distancia, y hacia sus propias guarniciones. Cuando comenzaron a retroceder, entonces sí que las tropas de infantería ligera, pletóricas de entusiasmo, se lanzaron a perseguirles con un griterío todavía mayor; cuantos lacedemonios quedaron copados en su retirada perecieron, aunque la mayoría consiguió encontrar refugio en la fortaleza y tomaron posiciones por todo su perímetro junto a las fuerzas de guarnición, a fin de asegurar la defensa de los puntos expugnables.

Los atenienses, que los habían ido persiguiendo, no podían rodearlos dada la naturaleza de aquella posición, ni tampoco envolverlos, por lo que intentaron atacarles de frente para hacerlos retroceder. Durante mucho tiempo (en realidad, casi durante todo el día) ambos bandos resistieron, a pesar del agotamiento a causa de la lucha, la sed y el sol; los unos intentando desalojar a los otros de las alturas, y éstos procurando no ceder. Sin embargo, los lacedemonios se defendían ahora más cómodamente, pues no era posible envolverlos por los flancos.

36. En vista de que la situación no presentaba visos de solución, el comandante de las tropas mesenias se acercó a Cleón y Demóstenes para decirles que se estaban tomando un trabajo inútil. Y que si querían poner a su disposición una parte del contingente de arqueros y de las tropas ligeras coparía al enemigo por la espalda, dando un rodeo por un acceso que podría encontrar, y forzaría (según pensaba) una entrada. Tras haber obtenido lo que solicitaba, se puso en marcha desde una posición inaccesible a la vista del enemigo, progresando por donde en cada momento se lo permitían los numerosos barrancos de la isla, y por donde los lacedemonios (confiados en la aspereza del terreno) no habían montado centinelas. A duras penas y con dificultad pasó desapercibido al dar el rodeo, así que al aparecer de improviso a la espalda de ellos y en una altura superior, los llenó de espanto dado lo inesperado de su aparición, al tiempo

que infundió mucho mayor ánimo a los atenienses, al ver que sus esperanzas se habían cumplido.

Alcanzados entonces los lacedemonios por los disparos desde dos frentes, se encontraron (si comparamos una cosa pequeña y una grande) en la misma situación que vivieron en las Termópilas. En efecto, al haber dado los persas un rodeo por un sendero, fueron aquéllos aniquilados. Y éstos de ahora, sometidos a fuego cruzado, no resistieron por más tiempo, sino que al combatir unos pocos contra muchos más, y hallarse debilitados por la escasez de víveres, se iban retirando, al tiempo que los atenienses se hacían con el control ya de los accesos.

37. Al percatarse entonces Cleón y Demóstenes de que si los lacedemonios retrocedían algo más iban a resultar aniquilados por sus tropas, hicieron cesar los combates y contuvieron a sus hombres, pues querían llevarse a Atenas a algunos hoplitas vivos, en el caso de que al oir éstos la proclama del heraldo se avinieran a decidirse a entregar las armas y se doblegaran ante su presente infortunio. Les dirigieron, pues, mediante un heraldo una proclama, por si querían entregarse a sí mismos y sus armas a los atenienses, quienes decidirían como mejor les pareciera.

38. Al oir al heraldo, la mayoría depusieron los escudos y comenzaron a agitar las manos, dando a entender que aceptaban la propuesta. A continuación se acordó la suspensión de hostilidades y se celebró una entrevista entre, de una parte, Cleón y Demóstenes, y de otra, Estifón, hijo de Fáraque, ya que de los jefes de guarnición que le habían precedido, el primero, Epitadas, había muerto, y el segundo, Hipágreto, elegido a continuación, yacía aún vivo entre los cadáveres, como si hubiera muerto. Estifón había sido elegido en tercer lugar, según costumbre, por si a los otros dos les sucedía algo.

Estifón y sus consejeros dijeron que deseaban enviar un heraldo a los lacedemonios que estaban en el continente, a fin de consultarles sobre qué debían hacer; sin embargo, los atenienses no se lo permitieron, sino que ellos mismos hicieron venir unos heraldos de la parte del continente. Tras dos o tres rondas de conversaciones, un emisario lacedemonio venido del continente les hizo la siguiente proclama final:

«Los lacedemonios os autorizan a que vosotros mismos decidáis por vosotros mismos, con tal de que no hagáis nada contra el honor.»

Deliberaron éstos, pues, entre sí y se entregaron junto con sus armas. Los atenienses los mantuvieron bajo vigilancia durante ese día y la noche siguiente. Al otro día erigieron un trofeo en la isla y comenzaron los preparativos para reembarcar, distribuyendo los prisioneros entre los trierarcos para que se encargaran de su custodia. Los lacedemonios recuperaron a sus muertos por medio de un heraldo enviado al efecto. Entre los que murieron en la isla y los que fueron hechos prisioneros tras desembarcar en ella había en total cuatrocientos veinte hoplitas; de ellos, doscientos noventa y dos fueron conducidos vivos a Atenas, y los demás murieron. Por su parte, de entre los prisioneros eran espartiatas [16] unos ciento veinte. Del bando ateniense no fueron muchos los muertos, pues la batalla no se desarrolló a pie firme.

39. El tiempo que permanecieron asediados los soldados en la isla, desde que se produjo la batalla naval hasta el momento del combate en la isla, fue de setenta y dos días. De ellos, recibieron víveres durante unos veinte días (es decir, mientras no hubo embajadores para tratar de la paz); durante los otros días se alimentaban de las importaciones clandestinas. Había, sin embargo, en la isla trigo y se encontraron otros víveres, pues Epitadas, el jefe de las tropas, distribuía a cada hombre un rancho inferior a lo que las existencias le permitían.

A continuación, atenienses y peloponesios se retiraron con sus ejércitos de Pilos, cada cual a su patria. Y se cumplió la promesa, insensata y todo como era, de Cleón, ya que les había llevado a los lacedemonios en el plazo prometido de veinte días.

40. Contra lo que cabía esperar, este desenlace supuso para los griegos la mayor sorpresa de la guerra. No podían admitir que los lacedemonios entregaran sus armas ni por hambre, ni por ninguna otra situación de necesidad, sino que morirían luchando con las armas en la mano mientras

[16] Es decir, espartanos puros.

pudieran. Desconfiaban incluso de que los que se habían entregado fueran hombres de talante igual a los que habían muerto. Por ello, como uno de los aliados atenienses quisiera afrentarles, preguntó a unos de los prisioneros de la isla si sus camaradas muertos eran gente que destacaban por su honor; a lo que aquél le respondió que el *átraktos* (llamaba así a la flecha) sería un arma inestimable si discerniera a los valientes. Quería indicar con ello que las piedras y las flechas habían causado las bajas al azar.

41. Conducidos los prisioneros a la ciudad, los atenienses tomaron la decisión de mantenerlos encadenados hasta llegar a un acuerdo, y si mientras tanto los peloponesios lanzaban una incursión contra el Atica, los sacarían de prisión y los matarían. Restablecieron la guarnición de Pilos, y los mesenios de Naupacto (que se consideraban Pilos como patria suya, pues se halla situada en la antigua región de Mesenia) despacharon hacia ella a sus mejores tropas. Se dedicaron al pillaje en Laconia, y aprovechando que hablaban el mismo dialecto, les causaban toda clase de daños. Por su parte los lacedemonios, que hasta entonces no habían experimentado [17] la piratería ni este tipo de guerra, al ver que sus hilotas comenzaban a desertar, sobrellevaban esta situación muy mal, temerosos de que las revueltas se extendieran a otros pueblos de la comarca. Y a pesar de que no querían que sus preocupaciones trascendieran a los atenienses, les enviaron unos embajadores buscando la restitución de Pilos y la devolución de sus soldados.

Mas como aquéllos tuvieran planes más ambiciosos, despidieron con las manos vacías las repetidas legaciones que a ellos se llegaban. Tales fueron los acontecimientos acaecidos en torno a Pilos [18].

42. Durante este mismo verano, inmediatamente después de estos sucesos, los atenienses emprendieron una expedición contra el territorio de Corinto con ochenta naves, dos mil hoplitas reclutados entre sus ciudadanos y doscien-

---

[17] Aceptamos la variante *apatheîs.*

[18] El lector interesado en detalles relativos a la topografía (el puerto, la ciudad de Pilos, la isla de Esfacteria, etc.) puede acudir al comentario de Gomme, volumen III, págs. 482-489.

tos jinetes embarcados en naves de transporte de caballos. Les acompañaban sus aliados de Mileto, Andros y Caristo; al frente de la expedición iba, junto a otros dos más, Nicias, hijo de Nicérato. Se hicieron a la mar y, al amanecer, desembarcaron en la costa corintia que se halla entre Quersoneso y Rito, en un punto de la playa sobre el que se alza la colina Soligea (sobre esta colina se asentaron antaño los dorios y desde ella combatían con los corintios de la ciudad, que a la sazón era eolios). Hoy día hay en esta colina una aldea que se denomina Soligea. Dicha aldea dista doce estadios de la playa a la que llegaron las naves, sesenta estadios de la ciudad de Corinto y veinte del Istmo.

Los corintios habían recibido noticias con anterioridad, a través de Argos, de la llegada del ejército ateniense, de modo que acudieron de casi toda la región todos a defender el Istmo, excepto los que viven al Norte de él, y tampoco se presentaron unos quinientos hombres que se encontraban como guarnición en Ambracia y en Léucade. Los demás observaban con expectación todos a una por dónde desembarcarían los atenienses. Sin embargo éstos, desembarcando durante la noche, les pasaron inadvertidos, y entonces los corintios izaron las señales de haberse producido el desembarco, dejaron la mitad de sus fuerzas en Quencrea, por si los atenienses marchaban contra Cromión, y acudieron en auxilio a todo correr.

43. Bato, uno de los dos estrategos (pues fueron dos los que participaron en la batalla) tomó bajo su mando una compañía y acudió a la aldea de Soligea para protegerla, ya que carecía de fortificaciones. Por su parte, Licofrón pasó al combate al frente de los demás. En un primer momento los corintios atacaron el flanco derecho de los atenienses, que acababan de desembarcar delante de Quersoneso, y a continuación lo hicieron contra el resto del ejército.

El combate fue violento y en continuo cuerpo a cuerpo. El flanco derecho ateniense y las tropas caristias (éstas estaban alineadas en su extremo) aguantaron el ataque de los corintios, y los hicieron retroceder a duras penas. Se retiraron éstos un trecho hasta un murallón (el terreno era todo él una pendiente continua) y disparándoles piedras desde esa posición más elevada, se lanzaron de nuevo sobre ellos tras

haber entonado el peán. Los atenienses resistieron el ataque, y se suscitó un nuevo combate cuerpo a cuerpo. Al acudir una compañía de tropas corintias en ayuda de su flanco izquierdo, puso en fuga el flanco derecho ateniense y lo persiguió hasta el mar. Sin embargo, atenienses y caristios les hicieron otra vez frente desde sus naves. El resto de ambos ejércitos proseguía sin interrupción la lucha, y de modo particular por el flanco derecho de los corintios (donde Licofrón dirigía la resistencia contra el flanco izquierdo de los atenienses). Y es que, efectivamente, esperaban que los atenienses hicieran una intentona contra la aldea de Soligea.

44. Los dos ejércitos continuaron enfrentándose durante bastante tiempo, sin ceder el uno al otro. Algo después (dado que los atenienses se beneficiaban del apoyo de la caballería, mientras que los otros carecían de ellas) los corintios se dieron a la fuga y se replegaron en dirección a una colina, donde depusieron sus armas, y allí se mantuvieron quietos sin volver a bajar. En el transcurso de esta retirada por el flanco derecho sufrieron las mayores pérdidas, entre ellas la de su estratego, Licofrón. Por su parte, el resto del ejército, al verse obligado a ello (sin que se originara una persecución larga ni una huida alocada) se replegó hacia las zonas altas tomando en ellas posiciones de manera similar. De otro lado, los atenienses, al ver que los enemigos renunciaban al combate, se dedicaban a despojar de sus armas a los cadáveres enemigos y a retirar a los suyos. Acto seguido, erigieron un trofeo.

A la otra mitad del ejército corintio (que se había quedado en Quencrea vigilando por si la flota ateniense se dirigía contra Cromión) no le fue posible divisar el campo de batalla, a causa del monte Onión. Mas al ver una nube de polvo se percataron de ello y acudieron al punto en ayuda. Al darse cuenta de lo sucedido también acudieron como refuerzos desde la ciudad los ciudadanos de mayor edad, que habían quedado en Corinto.

Al ver los atenienses cómo se les echaban encima todos éstos, y creyendo que se trataba de refuerzos peloponesios que acudían desde lugares limítrofes, se retiraron a todo correr en dirección a las naves llevándose consigo los despojos enemigos, así como a los cadáveres de los suyos, excep-

to dos, a los que dejaron en el campo por no haberlos podido encontrar. Una vez a bordo de las naves, pusieron proa a las islas vecinas, desde donde despacharon un heraldo y mediante un pacto recuperaron los cadáveres que habían dejado tras de sí. En esta batalla murieron doscientos doce corintios y algo menos de cincuenta atenienses.

45. Haciéndose a la mar desde las islas, los atenienses se presentaron con sus naves ese mismo día en Cromión, en territorio de Corinto, a ciento veinte estadios de la ciudad. Echaron allí el ancla, devastaron la región y vivaquearon por allá aquella noche. Al siguiente día, navegaron a lo largo de la costa, primero en dirección a Epidauro, donde efectuaron un desembarco, y más tarde llegaron a Metana, a mitad de camino entre Epidauro y Trecén, y aislaron con un muro el istmo de la península [en la que se halla Metona]. Construyeron un fuerte y se dedicaron el resto del tiempo a la rapiña por el territorio de Trecén, Halíade y Epidauro. Una vez concluidas las obras de fortificación en aquel terreno, regresaron con sus naves a su país.

46. Por la misma fecha en que estos acontecimientos ocurrían, Eurimedonte y Sófocles, que habían partido de Pilos con las naves atenienses en dirección a Sicilia, se presentaron en Corcira, donde emprendieron una expedición asociados a las tropas de la ciudad contra los corcirenses que se habían establecido en el monte Istone. Estos, en efecto, habían pasado allí tras las revueltas civiles y controlaban el territorio causando toda suerte de daños. Tras atacarlos tomaron su fortificación, aunque sus defensores lograron refugiarse todos juntos en sus alturas. Concluyeron por entregar sus tropas mercenarias, deponer sus armas y atenerse a lo que decidiera el pueblo ateniense. Los estrategos atenienses los hicieron conducir a la isla de Ptiquia, para mantenerlos vigilados según lo pactado hasta que pudieran ser trasladados a Atenas, con la condición de que si alguno de ellos era sorprendido intentando la fuga, quedarían anuladas para todos las treguas.

Mas los jefes del partido popular de Corcira, temiendo que los prisioneros no fueran condenados a muerte una vez llegaran a Atenas, tramaron la siguiente estratagema: intentaron convencer a unos pocos de los que estaban en la isla,

enviándoles en secreto algunos partidarios suyos para que les aconsejaran (como si fuera de buena fe) y les dijeran que lo que más les convenía era escaparse cuanto antes (para lo cual ellos les prepararían una embarcación), ya que los estrategos atenienses se disponían a entregarlos a los del partido popular de Corcira.

47. Y como los de la isla se lo creyeran, al proporcionarles los otros la embarcación fueron hechos prisioneros mientras intentaban hacerse a alta mar. Los pactos quedaron cancelados, y todos ellos fueron entregados a los corcirenses. Contribuyeron en no menor medida a este desenlace (haciendo que la estratagema pareciera verosímil y que los que la pusieron en práctica pudieran actuar con mayor libertad) los propios estrategos atenienses. Se les notaba, en efecto, que como ellos iban de camino a Sicilia, no querían que recayera sobre otros el honor de conducir estos prisioneros a Atenas.

Una vez que los corcirenses se hicieron cargo de los prisioneros, los encerraron en un gran edificio, del que más tarde los hacían salir en grupos de veinte, y los pasaban encadenados unos a otros por entre dos filas de hoplitas. Cada vez que alguien veía pasar delante de sí a algún enemigo personal lo llenaba de heridas a base de golpes. Unos soldados provistos de látigos iban a sus costados obligando a avivar el paso a quienes marchaban más despacio.

48. Unos sesenta hombres resultaron de este modo sacados de la prisión y muertos sin que los del interior se enteraran (pues creían que los sacaban para trasladarlos a cualquier otro lugar). Pero al percatarse de ello por haberles informado alguien, reclamaban la presencia de los atenienses para que los mataran, si tal era su deseo. A partir de este momento no quisieron salir de la prisión y dijeron que, en la medida de sus posibilidades, no iban a permitir que nadie entrara. Por su parte, los corcirenses renunciaron a entrar por la puerta a la fuerza, por lo que subieron al tejado del edificio y levantando la techumbre se pusieron a lanzar tejas y flechas a los de abajo.

Los otros se protegían como podían, aunque a la par la mayoría de ellos se suicidaron, clavándose en la garganta las flechas que les lanzaban, o bien ahorcándose con la cuerdas

de unos camastros que allí había, y con los jirones de sus vestidos hechos trozos. Durante la mayor parte de la noche que sobrevino a esta tragedia pusieron fin a sus vidas por cualquier procedimiento, mientras otros perecían por los disparos de los que estaban sobre el tejado. Al hacerse de día los corcirenses amontonaron los cadáveres entrecruzados unos con otros sobre unos carromatos y los sacaron fuera de la ciudad. Las mujeres capturadas en la fortaleza fueron todas vendidas como esclavas. Fue así como resultaron aniquilados por los miembros del partido popular los corcirenses que ocupaban la montaña. Y esta revuelta civil (tras haber alcanzado tan gran virulencia) concluyó de esta suerte, al menos durante el tiempo que duró esta guerra [19], pues uno de los dos bandos había quedado prácticamente aniquilado. Por su parte, los atenienses pusieron de nuevo rumbo a Sicilia (que era precisamente su destino desde el principio), donde prosiguieron luchando en compañía de sus aliados de aquel territorio.

49. Al final de este verano, los atenienses que estaban en Naupacto y los acarnanios emprendieron una expedición conjunta contra Anactorio, ciudad corintia que se halla a la entrada del golfo de Ampracia, y la capturaron mediante una traición. Los acarnanios hicieron venir a la región colonos de todos sus territorios y se instalaron allí. Así concluyó el verano.

50. Durante el invierno siguiente, Arístides, hijo de Arquipo, uno de los comandantes de las naves atenienses que habían sido comisionadas para recoger los tributos de los aliados, hizo prisionero en Eón (en la desembocadura del río Estrimón) al persa Artafernes, que se dirigía a Lacedemonia enviado de parte del Rey. Conducido el prisionero a Atenas, hicieron traducir y leyeron el mensaje que llevaba y que estaba escrito en caracteres asirios. Lo principal de lo que contenía este mensaje a los lacedemonios era que el Rey no sabía qué es lo que ellos querían; pues había recibido muchos embajadores de ellos, cada uno con un mensaje diferente. Por tanto, si deseaban darle a conocer algo con clari-

[19] Parece referirse aquí Tucídides a la guerra de los diez primeros años (del 431 al 421).

dad, que le enviaran unos representantes que acompañaran a su mensajero. Los atenienses algo después reexpidieron a Artafernes hacia Efeso en una trirreme, acompañado de una embajada. Mas éstos, enterados de que el rey Artajerjes, el hijo de Jerjes, acababa de morir (el óbito tuvo lugar, en efecto, en aquellas fechas) se volvieron a Atenas.

51. En el transcurso de este mismo invierno los habitante de Quíos derribaron por orden de los atenienses el muro que acababan de construir, pues sospechaban aquéllos que los quiotas tenían proyectado sublevarse. No obstante, no lo efectuaron sino después de haber obtenido garantías firmes (en la medida de lo posible) y seguridad de que los atenienses no tenían intención de cambiar el régimen de Quíos.

Y concluyó el invierno, y con él terminó el año séptimo de esta guerra cuya historia escribió Tucídides.

52. En los primeros días[20] del verano siguiente hubo un eclipse de sol durante la luna nueva, y a principios de ese mismo mes se produjo un seísmo. Fue entonces cuando los desterrados de Mitilene y de otras ciudades de Lesbos, partiendo la mayoría de ellos del continente, y con refuerzos de tropas mercenarias venidas del Peloponeso y otras reclutadas *in situ,* se apoderaron de Reteon; y tras haber cobrado dos mil estateras focenses[21] devolvieron la ciudad a sus habitantes, sin causarles daño alguno. A continuación atacaron Antandro, apoderándose de ella merced a una traición. Su plan era liberar todas las ciudades (y especialmente Antandro) conocidas con el nombre de «acteas», que aunque estaban a la sazón en manos de los atenienses, con anterioridad las habitaban los mitileneos. Una vez dueños de Antandro (dado que ésta les ofrecía toda suerte de facilidades de equipamiento, y en especial la de construir una escuadra, pues el Ida está muy próximo y en él hay abundante madera) sería muy fácil desde allí lanzarse contra Lesbos, que se halla a poca distancia, así como para apoderarse de otras pla-

---

[20] Según cálculo de los astrónomos fue, exactamente, el 21 de marzo del 424.

[21] Equivalentes, de modo aproximado, a ocho talentos.

zas eólicas del continente. Tales eran los planes que proyectaban.

53. Ese mismo verano los atenienses emprendieron una expedición contra Citera con sesenta naves, dos mil hoplitas y un reducido contingente de caballería, acompañados de los milesios y de algunos otros aliados. Estas tropas iban bajo las órdenes de Nicias, hijo de Nicérato, Nicóstrato, hijo de Diítrefes, y Autocles, hijo de Tolmeo. Citera es una isla que se extiende en las proximidades de Laconia, frente al cabo Malea. Sus habitantes son lacedemonios periecos, y cada año acudía a ella un magistrado de Esparta llamado citeródica. De manera regular enviaban a ella una guarnición de hoplitas y le prestaban muchísima atención a la isla, puesto que suponía un buen punto de contacto para las naves de carga lacedemonias que venían de Egipto o Libia, además de que así los piratas efectuaban menos incursiones desde el mar contra Laconia (única vía por la que era posible causar daños a esta región), pues, en efecto, Laconia se proyecta hacia el mar de Sicilia y el mar de Creta.

54. Los atenienses, pues, desembarcaron con sus tropas, y con sus diez naves y dos mil hoplitas milesios se apoderaron de una ciudad costera llamada Escandia, mientras que el resto de las fuerzas desembarcaron en aquella parte de la isla que da a Malea y avanzaron contra la ciudad de Citera, donde encontraron que toda la población se hallaba en pie de guerra. Iniciada la batalla, los citerenses resistieron durante un corto espacio de tiempo, pero al poco fueron puestos en fuga y se refugiaron en la ciudad alta. Acto seguido llegaron a un acuerdo con Nicias y sus compañeros, según el cual se entregaban a los atenienses con la condición de que respetaran sus vidas. Con anterioridad ya habían existido contactos entre Nicias y algunos ciudadanos de Citera, merced a lo cual el acuerdo resultó más rápido y satisfactorio para ambas parte, tanto en lo relativo al momento presente, como cara al futuro. En caso contrario, los atenienses hubieran expulsado a los citerenses, ya que éstos eran lacedemonios y habitaban una isla situada muy próxima a Laconia. Tras este acuerdo, los atenienses ocuparon Escandia, ciudadela anexa al puerto, y tras haber asegurado la custodia de Citera, se dirigieron hacia Asine, Helos y la mayor parte

de las ciudades de la costa. Efectuando desembarcos, devastaron la región por espacio de unos siete días, vivaqueando en los lugares más oportunos.

55. A su vez, los lacedemonios, en vista de que los atenienses estaban en posesión de Citera, y esperando incluso que efectuaran algún desembarco por el estilo sobre su territorio, no les hicieron frente en ninguna parte con todas sus fuerzas reunidas, sino que despacharon guarniciones aquí y allá con un número de hoplitas proporcionado a las necesidades de cada zona; por lo demás, se mantenían en atenta vigilancia, temerosos de que se produjera alguna sublevación contra el orden establecido, precisamente ahora que había ocurrido tan inesperado y grave revés en la isla; que Pilos había sido tomada, al igual que Citera, y que por doquier se veían amenazados por golpes rápidos e implacables. Así es que, contrariamente a lo que era su costumbre, equiparon cuatrocientos jinetes, así como algunos arqueros, más que nunca perplejos ahora acerca de las operaciones bélicas, pues se veían, en contraste con su habitual tipo de armamento, en un combate naval, y precisamente contra los atenienses, para quienes el mero hecho de no emprender una aventura significaba siempre una derrota respecto al resultado que esperaban conseguir.

Al propio tiempo, la fortuna, que repetidas veces en un intervalo escaso se había mostrado poco favorable en contra de lo que cabría esperar, les producía un miedo espantoso, y temían que les volviera a ocurrir algún percance semejante al que habían sufrido en la isla. Por este motivo estaban descorazonados ante la batalla, y creían que se equivocarían hicieran lo que hicieran, pues habían perdido la confianza en sí mismos, ya que hasta aquel momento no estaban habituados a sufrir reveses.

56. Por aquel entonces, cada vez que se producía un desembarco en una zona defendida por alguna guarnición, se mantenían en general inactivos frente a los atenienses (mientras éstos se dedicaban a devastar la costa), pues creían que eran inferiores en número y que se hallaban en la situación que he descrito. Tan sólo una guarnición, la que se defendió en Cotirta y Afrodisia, infundió el pánico mediante un ataque a las tropas ligeras, que se hallaban dispersas por el te-

rreno; aunque al hacerles frente los hoplitas se retiraron de nuevo, perdiendo a algunos pocos hombres y yendo sus armas a parar a manos del enemigo. Los atenienses, tras haber erigido un trofeo, se hicieron a la mar en dirección a Citera. Desde aquí costearon hasta Epidauro Limera, y tras haber saqueado una parte del territorio, llegaron a Tirea, que es parte de la llamada tierra Cinuria, y está en la frontera de Laconia y Argólide. Era una posesión de los lacedemonios, los cuales se la ofrecieron como residencia a los eginetas que habían sido expulsados de la isla, en agradecimiento por la ayuda que éstos les habían prestado con ocasión del terremoto y durante la sublevación de los hilotas, además de porque, aun siendo vasallos de Atenas, siempre se habían alineado con la política lacedemonia.

57. *Mientras la escuadra ateniense estaba aún aproximándose*, los eginetas abandonaron el muro que en aquellos momentos estaban construyendo sobre la costa, y se retiraron a la ciudad en la que vivían, a unos diez estadios distantes del mar. Había allí una guarnición lacedemonia de los hombres destacados en aquella región, que les ayudaba a construir el muro; rehusaron éstos refugiarse en el recinto amurallado, a pesar de que los eginetas se lo pedían, por parecerles muy peligroso verse bloqueados en el interior de la fortificación. Se retiraron, en cambio, hacia los lugares más altos, y allí se mantuvieron inactivos, por estimar que no estaban en condiciones de presentar batalla. Por su parte, los atenienses se aproximaron y avanzando de inmediato con todo su ejército, capturaron Tirea. La ciudad fue presa de las llamas y todos sus bienes fueron saqueados. Tomaron a todos los eginetas que no habían perecido a sus manos y regresaron con ellos a Atenas; entre los cuales se contaba el comandante lacedemonio que entre ellos estaba, Tántalo, el hijo de Patrocles, que fue cogido vivo, aunque malherido. Condujeron también consigo a unos pocos de Citera, a quienes por motivos de seguridad parecía conveniente deportar. Los atenienses hicieron aprobar en la Asamblea enviarlos a las islas, y que los demás citerenses permanecieran en su territorio y pagaran un tributo de cuatro talentos. Decidieron también condenar a muerte a todos los eginetas que habían caído prisioneros, a causa del eterno odio que desde anti-

guo se tenían. Respecto a Tántalo, acordaron mantenerlo atado junto a los demás lacedemonios capturados en la isla [22].

58. Ese mismo verano, en Sicilia, se concluyó primero un armisticio entre los habitantes de Camarina y de Gela en primer lugar; algo después se reunieron en Gela los demás sicilianos (representantes de todas las ciudades) y comenzaron las negociaciones para ver si era posible llegar a la reconciliación. Y entre otras muchas opiniones que allí se expresaron en uno y otro sentido (mostrando las disensiones y reclamaciones en la medida en que cada cual se sentía perjudicado en algo), también el siracusano Hermócrates [23], hijo de Hemón, que fue quien más contribuyó a convencerlos, pronunció en público el siguiente discurso:

59. «*Sin ser yo, sicilianos, de la ciudad menos importante, ni de la que más sufre a causa de la guerra, voy a hablaros y a poner de manifiesto en público lo que a mi parecer es la mejor decisión para Sicilia toda. Respecto a cuán grave sea la guerra, ¿para qué extenderse ante gente que lo sabe perfectamente exponiendo todo lo que ella arrastra? Pues nadie se ve obligado a entrar en la misma por desconocimiento, ni tampoco (si es que cree que va obtener algún provecho) se echa atrás por miedo. Antes bien, ocurre que a unos las ventajas les parecen superiores a los riesgos, mientras que otros están prestos a afrontar los peligros antes que sufrir un daño de momento. Mas si tanto los unos como los otros ponen en práctica estos supuestos en un momento poco oportuno, es entonces cuando resultan de utilidad los consejos en pro de la reconciliación. Y si nosotros ahora nos persuadimos de ello, sacaríamos el mayor provecho. En efecto, así como antes entramos en guerra pretendiendo cada cual disponer bien sus propios intereses particulares, ahora estamos intentando lograr la reconciliación recíproca por medio del correspondiente debate; y si no resultara posible que cada cual consiguiera lo que espera antes de marcharse, comenzaremos de nuevo a combatir.*

60. *Sin embargo, es necesario reconocer, si es que tene-*

---

[22] Ha de entenderse, la de Esfacteria.

[23] Este Hermócrates fue el hombre que junto a Gilipo dominó la escena política de la ciudad siciliana de Siracusa.

mos cordura, que esta asamblea no deberá ocuparse sólo de nuestros asuntos particulares, sino sobre si vamos a poder salvar aún a Sicilia, toda ella amenazada (según yo creo) por los atenienses; y considerar que más persuasivos mediadores que mis palabras son los propios atenienses, pues al disponer del mayor potencial militar de Grecia, vigilan aquí ahora con atención nuestros errores con unas pocas naves, y so capa de una alianza, legal de nombre, tratan de adaptar a sus intereses (salvando las apariencias) la hostilidad innata que entre ellos y nosotros hay. En efecto, si damos comienzo a la guerra y hacemos venir a éstos (tan prestos ellos siempre a intervenir con sus armas incluso sin ser llamados), y si empleamos nuestros propios recursos en causarnos daños, abriendo al mismo tiempo el camino de su imperio sobre nosotros, es natural que cuando nos vean ya triturados se presenten ellos con una flota más potente en cualquier momento e intenten dominar todo el territorio.

61. *Sin embargo, cada uno de nosotros debería (si es que tenemos cordura) atraernos aliados y afrontar peligros no para exponer cuanto poseemos, sino más bien para adquirir para su respectiva ciudad aquello de que carece. Y considerar que las luchas intestinas son la causa principal de la ruina de las ciudades, y especialmente en el caso de Sicilia, cuyos habitantes, a pesar de que somos víctimas de una conspiración, estamos divididos según las diversas ciudades. Esto es lo que debemos reconocer, para llegar a una reconciliación entre individuos y entre ciudades, e intentar en común la salvación de toda Sicilia: y que a nadie se le venga a la mente pensar que quienes de entre nosotros somos dorios tenemos como enemigos a los atenienses, mientras que el grupo de los calcídeos, por su afinidad étnica con los jonios, se pueden considerar seguros. Porque los atenienses no vienen contra Sicilia por una cuestión de etnias (por hostilidad hacia una de las dos de que nos componemos), sino atraídos por las riquezas que en Sicilia existen y que constituyen nuestra común propiedad.*

Y lo han demostrado ahora mismo con motivo de la llamada que le han hecho los calcídeos; en efecto, sin que jamás hasta ahora éstos les hubieran prestado ayuda en virtud de su tratado de alianza, aquéllos, por su parte, han

cumplido con sus obligaciones de aliados con celo superior al estipulado en el tratado.

Y es perfectamente disculpable que los atenienses alimenten esta ambición y hagan cálculos. Y no reprocho yo a quienes desean someter a otros, sino a quienes están dispuestos a someterse. Tal es, en efecto, la naturaleza humana: dominar siempre sobre el débil y defenderse de quien ataca. En cambio, quienes conociendo la situación no tomamos las precauciones necesarias, y si alguien ha venido aquí sin el convencimiento de que nuestro más importante objetivo es eliminar entre todos el peligro común, estamos equivocados. De este peligro podríamos librarnos rápidamente si nos pusiéramos de acuerdo entre nosotros, ya que los atenienses no tienen como base de operaciones su territorio, sino la de aquéllos que les han llamado. De suerte que no se trata de poner fin a la guerra con la guerra, sino que sin dificultad cesarán con la paz las controversias . Y en cuanto a los convocados que han venido aquí con propósitos injustos (aunque con un pretexto honesto) se marcharán sin haber conseguido nada, pero con buenas razones.

62. *Y en lo que respecta a los atenienses, tan grandes son las ventajas que conseguiremos si reflexionamos con cordura. Y en cuanto a la paz, a la que todo el mundo reconoce como el bien supremo ¿por qué razón no vamos a implantarla entre nosotros? ¿O acaso creéis que si uno goza de una situación favorable o sufre lo contrario, no es la paz más idónea que la guerra para poner fin a esta última y para preservar la primera a cada cual; y que la paz proporciona honores y glorias menos expuestas al peligro, así como otras muchas ventajas que sólo podrían exponerse en un discurso más extenso (al igual que las desventajas a propósito de la guerra)? Preciso es que consideréis esto y no desatendáis mis palabras, sino por el contrario aseguréis cada cual vuestra salvación.*

Y si alguien cree poder obtener cualquier cosa confiado en la justicia o mediante el recurso a la fuerza, procure no equivocarse con un duro fracaso en sus expectativas. Sepa el tal que ya antes muchos que buscaban castigar a quienes les habían injuriado, y otros que esperaban satisfacer sus ambiciones (confiados en las fuerzas de que disponían), los pri-

meros no sólo no consiguieron defenderse, sino que ni siquiera se salvaron ellos mismos; y los otros, en vez de realizar ulteriores conquistas, se vieron en peligro de perder encima incluso lo que tenían. Efectivamente, no se consigue la venganza conforme a la justicia por el simple hecho de que responde a una injusticia, al igual que tampoco la fuerza es garantía de éxito, por el hecho de que alimente buenas esperanzas. Lo imponderable del futuro domina la mayor parte de los acontecimientos, y aunque constituye el elemento más inseguro de todos, se muestra en cambio como el de mayor utilidad, ya que, sujetos en igual medida al temor, nos movemos los unos contra los otros con prudencia mayor.

63. *Y ahora, atemorizados por dos motivos: por un temor indefinible derivado de la incertidumbre del futuro y por la presencia también de los atenienses (convencidos de que las deficiencias en la ejecución de los planes que cada uno pensaba llevar a cabo encuentran una justificación adecuada en estos obstáculos) expulsemos de nuestro territorio a los enemigos que contra él han venido y reconciliémonos entre nosotros, preferentemente de forma definitiva, o en caso contrario, estipulando una tregua lo más duradera posible, posponiendo para otros momentos nuestras particulares discrepancias. Tomemos conciencia, en suma, de que si escucháis mis consejos, cada uno de nosotros vivirá en una ciudad libre, y desde ellas, en una situación de plena independencia, estaremos en condiciones de responder noblemente y de igual a igual a quien nos trate bien y a quien nos trate mal. Por el contrario, si desconfiáis de estos consejos y prestáis oídos a otros, no se trataría ya de tomar venganza, sino de (y eso en el mejor de los casos) hacernos amigos a la fuerza de nuestros peores enemigos, y adversarios de quienes no deberíamos serlo.*

64. *Así es que yo, que como al principio dije, represento a la más importante ciudad, y que soy más proclive al ataque que a la defensa, considero justo, por pura previsión, hacer algunas concesiones y no infligir a nuestros adversarios un daño tal que yo mismo sufra mayores perjuicios, y no dejarme arrastrar por un insensato afán de rivalizar hasta el punto de creerme con capacidad de dominar por igual a*

la fortuna (sobre la que no tengo poder) que a mis propios deseos; antes bien, dispuesto estoy a ceder dentro de unos límites razonables. Y estimo también justo que los demás hagan otro tanto; esto es, que lo afrontéis como una autoimposición propia, y no como del enemigo.

Nada vergonzoso es, en efecto, que quienes son afines hagan concesiones a sus afines: los dorios a los dorios, o los calcídeos a los de su estirpe, y en general entre vecinos y cohabitantes, como nosotros, de un mismo país, que es además una isla, y que llevamos un mismo nombre, el de sicilianos.

Y así, haremos la guerra cuando la ocasión se presente, y nos volveremos a reconciliar entablando negociaciones comunes entre nosotros. Mas frente a gente extranjera que marcha contra nosotros, siempre nos defenderemos todos a una (si somos sensatos), si es verdad que cuando cada uno de nosotros sufre algún daño, quedamos todos expuestos al peligro. Y de ahora en adelante jamás llamaremos a nadie como aliado ni mediador. Efectivamente, si actuamos de este modo, no privaremos en la hora presente a Sicilia de dos excelentes ventajas: liberarla de los atenienses y de la guerra civil; y así, la habitaremos en el futuro nosotros solos, libre y menos expuesta a amenazas externas.»

65. Tras haber expuesto lo anterior Hermócrates en su discurso, los sicilianos atendieron sus razones, por lo que llegaron al acuerdo de poner fin a la guerra, permaneciendo cada cual con lo que tenía; en concreto, Morgantina quedaba en poder de los de Camarina, quienes debían satisfacer a los siracusanos una cantidad de dinero fijada. Por su parte, los aliados de Atenas convocaron a los atenienses que ejercían entonces cargos públicos para informarles de que iban a pactar un acuerdo, y que las paces les atañían también a ellos. Tras haber otorgado éstos su consentimiento, se concluyó el acuerdo, tras lo cual las naves atenienses abandonaron Sicilia. Pero al llegar éstas a Atenas, los atenienses castigaron a los estrategos: a dos de ellos, Pitodoro y Sófocles, con el destierro, y al tercero, Eurimedonte, le impusieron una multa. Pensaban, en efecto, que habiendo podido aquéllos apoderarse de Sicilia, se habían dejado sobornar y se habían retirado de allí. Hasta tal extremo pretendían los ate-

nienses (habituados a disfrutar de su actual buena suerte) no encontrar ningún obstáculo a sus planes, y que tanto las empresas fáciles como las extremadamente difíciles podrían ser ejecutadas, independientemente de que pusieran en juego medios abundantes o insuficientes. La causa de ello estaba en el inesperado éxito que habían conseguido en gran número de ocasiones, infundiéndole gran fuerza a sus esperanzas.

66. Durante este mismo verano, los megarenses de la ciudad, agobiados por la guerra de los atenienses, que dos veces por año invadían en masa sus territorios, así como por sus conciudadanos desterrados en Pegas (los cuales habían sido expulsados por los partidarios del partido popular durante las revueltas civiles) que les causaban grandes molestias al dedicarse a actos de pillaje, comenzaron a hablar entre sí de la necesidad de acoger a los desterrados a fin de evitar que la ciudad, cogida entre dos fuegos, pereciera.

Cuando los amigos de los desterrados se enteraron de estos rumores, solicitaban más abiertamente de lo que hasta ahora habían hecho apoyo para esta propuesta. Y los jefes del partido popular, convencidos de la imposibilidad de que el pueblo (agobiados por tantos males) continuase sosteniendo su causa, sintieron miedo y entablaron negociaciones con los estrategos atenienses: Hipócrates, hijo de Arifrón, y Demóstenes, hijo de Alcístenes, con el propósito de entregar la ciudad, en tanto que ello representaba un peligro menor que el que se derivaría para ellos del regreso de quienes por causa suya habían sido desterrados. Llegaron, en primer lugar, al acuerdo de que los atenienses se apoderaran de los Muros Largos (que tendrían una longitud de unos ocho estadios desde la ciudad hasta Nisea, su puerto) a fin de impedir que los peloponesios acudieran en ayuda desde Nisea, donde ellos solos montaban guardia para garantizar la seguridad de Mégara. A continuación debían intentar entregar la ciudad alta, pues una vez sucedido lo anterior se entregarían con mayor facilidad.

67. Así pues, los atenienses, una vez que ambas partes hubieron puesto en práctica todos los preparativos y acuerdos verbales, se dirigieron durante la noche hacia la isla megarense de Minoa con seiscientos hoplitas bajo las órdenes de

Hipócrates. Se apostaron en un foso que en las cercanías había y del que extraían los megarenses barro para los ladrillos de la muralla. Mientras tanto, las tropas del otro estratego, Demóstenes, constituidas por los plateenses armados a la ligera y algunos *perípolos* [24], se emboscaron en las proximidades del templo Enialio, que está aún a más corta distancia. Y nadie se dio cuenta, salvo aquellos que durante aquella noche vigilaban y estaban al tanto. Y cuando ya iba a despuntar la aurora, los megarenses que iban a traicionar la ciudad hicieron lo siguiente: desde hacía no poco tiempo se habían asegurado la apertura de la puerta, pues tenían la costumbre de sacar durante la noche una barca de dos remos sobre un carromato, al modo de los piratas, haciéndola conducir por el foso hasta la orilla y embarcarse en ella, después de haber logrado sobornar al comandante del puesto. Antes de que fuera de día la transportaban de nuevo hasta la muralla en el mismo carromato y la introducían en el interior por la puerta. Su objetivo era (según decían) que los atenienses de Minoa no advirtieran nada sospechoso, al no verse en el puerto ninguna embarcación.

En aquella ocasión el carro estaba ya próximo a la puerta, y al abrir ésta para dejar pasar la barca según era habitual, lo advirtieron los atenienses (pues sucedía tal como se convino de antemano) y acudieron a todo correr desde donde estaban agazapados. Querían llegar antes de que la puerta volviese a cerrarse de nuevo, mientras el carro, por encontrarse en medio de ella, impedía ajustar las hojas de la puerta. Y sus cómplices megarenses, junto con ellos, mataron a los centinelas de la puerta. En un primer momento, los plateenses y los *perípolos* de Demóstenes penetraron hasta donde está ahora el trofeo, y apenas superada la puerta se enzarzaron en batalla contra los que venían en defensa, pues los peloponesios que estaban más proximos se habían percatado al instante de lo que ocurría. Los plateenses vencieron a sus oponentes y aseguraron así el paso por la puerta a los hoplitas atenienses que tras ellos venían.

68. Acto seguido los atenienses, según iban accediendo

[24] Se trata de jóvenes que aún no han alcanzado la ciudadanía de pleno derecho. Componían, por lo general, un contingente de tropas de reserva.

al interior, avanzaban hasta la muralla. Los guardias peloponesios al principio hicieron frente y se defendieron aun siendo unos pocos; algunos murieron, pero la mayor parte, en cambio, emprendió la huida, aterrorizados por la irrupción del ataque enemigo, efectuado en plena noche, y porque los megarenses traidores les hacían frente (motivo por el cual pensaron que todos los de Mégara los habían traicionado). Sucedió, en efecto, que el heraldo ateniense, por su propia iniciativa, empezó a proclamar que los megarenses que quisieran podían pasarse a las filas atenienses. Al oír esto los peloponesios ya no resistieron más tiempo, sino que pensaron que en realidad se trataba de un ataque conjunto entre las dos partes, y se refugiaron en Nisea. Al amanecer, cuando ya los muros habían sido capturados y los megarenses de la ciudad estaban sumidos en confusión, los que habían tratado con los atenienses (a más de otro grupo que era cómplice de aquéllos) dijeron que se debía abrir la puerta y salir al combate. Lo que se había convenido era que, al abrir la puerta, los atenienses se precipitaran al interior; y que ellos serían fácilmente reconocibles, por haberse untado con aceite, a fin de no ser atacados.

Además, tenían mayores garantías de éxito una vez que abrieran las puertas, por el hecho de que los cuatro mil hoplitas atenienses y seiscientos jinetes que habían sido enviados desde Eleusis, de acuerdo con lo pactado, habían estado de marcha durante toda la noche y acababan de llegar.

Sin embargo, cuando los conjurados se hallaban próximos a la puerta, untados ya de aceite, uno de ellos denunció el complot a los otros. Entonces éstos se reunieron todos juntos allí y declararon que ni se debía efectuar ahora una salida de la ciudad (ya que ni siquiera se habían atrevido a ello antes, cuando contaban con mayores fuerzas) ni poner a la ciudad en situación de evidente peligro. Y que si alguien no obedecía, la batalla iba a tener lugar allí mismo. Sin embargo, no dejaron ver que estaban al corriente de cuanto se tramaba, sino que se limitaban a insistir en el hecho de que su decisión era la más conveniente. Permanecieron así, pues, junto a la puerta vigilando, de suerte que los conjurados no tuvieron posibilidad de ejecutar su proyecto.

69. Los estrategos atenienses, percatándose de que había

ocurrido alguna contrariedad, y de que no podrían tomar la ciudad con un golpe de mano, bloquearon inmediatamente Nisea con un muro, pensando que si conseguían apoderarse de ella antes de que acudieran refuerzos, también Mégara se avendría más rápidamente a un acuerdo. A tal fin, recibieron de Atenas con toda urgencia hierro, canteros y cuanto era necesario. Partiendo, pues, del muro que estaba bajo su control, construyeron otro que cruzaba el acceso a Mégara. A continuación, desde aquel mismo punto y hasta el mar construyeron un foso y un muro, a ambos lados de Nisea, repartiéndose el trabajo por turnos, para lo que emplearon piedras y ladrillos procedentes de los arrabales. Cortaron árboles y parte de bosque para construir empalizadas en donde era necesario. Por otra parte, las casas de los suburbios, a las que adosaron unos parapetos, quedaron convertidas en fortificaciones.

Trabajaron, pues, durante todo ese día, y a la tarde del día siguiente el muro estaba casi concluido. Los que se encontraban en Nisea se llenaron de temor, pues el alimento escaseaba (ya que los traían diariamente de la parte alta de la ciudad) y desesperaban de que los peloponesios vinieran prestos a socorrerlos; y como pensaban, además, que los megarenses eran enemigos suyos, se rindieron a los atenienses, bajo las siguientes condiciones: cualquiera podría recuperar la libertad, una vez entregadas las armas, por medio de una suma de dinero determinada; y que los atenienses hicieran con los lacedemonios (esto es, el comandante del puesto y cualesquiera otros que en ella hubiera) como mejor gustaran. Convenido el acuerdo en estos términos, salieron de Nisea. Por su parte, los atenienses, tras haber abierto una brecha en los muros largos por la zona de Mégara y haber ocupado Nisea, adoptaron las demás disposiciones pertinentes.

70. Por aquel tiempo el lacedemonio Brásidas, hijo de Télide, se encontraba en las proximidades de Sición y de Corinto, preparando una expedición sobre Tracia. Al ser informado de la toma de los muros, temió por la suerte de los peloponesios que se hallaban en Nisea y porque Mégara pudiera ser capturada. Despachó por ello un mensaje a los beocios con órdenes de que se presentaran a toda prisa con un ejército en Tripodisco (que es una aldea de la Megáride, si-

tuada al pie del monte Gerania) mientras él mismo se dirigía hacia allí al frente de dos mil setecientos hoplitas de Corinto, cuatrocientos de Fliunte, seiscientos de Sición, así como con todos los hombres de su ejército que ya se habían congregado. El pensaba que llegaría a Nisea antes de ser capturada, pero una vez llegó a Tripodisco tras una marcha nocturna, fue informado de la toma de la ciudad. Seleccionó entonces a trescientos hombres de su ejército, y se dirigió hacia la ciudad de Mégara, pasando desapercibido a los atenienses, que se encontraban en la zona del mar. Su propósito era planear y (si podía) llevar a cabo una intentona contra Nisea, y especialmente entrar en Mégara y asegurarse su lealtad. Así pues, solicitó le dieran acogida, afirmando que tenía esperanzas de reconquistar Nisea.

71. No obstante, las dos facciones de los habitantes de Mégara tuvieron miedo (los unos, de que al hacer regresar Brásidas a los desterrados los expulsara a ellos; y los otros porque pensaban que el pueblo por temor a esto mismo los atacaría y la ciudad se vería así al borde de la ruina, sumergida en una contienda civil, mientras los atenienses se hallaban al acecho en las inmediaciones) y no le dieron acogida en la ciudad. A ambos bandos les pareció mejor aguardar tranquilamente y esperar los acontecimientos. Unos y otros esperaban, en efecto, que hubiera una batalla entre los atenienses y las tropas que habían venido a socorrer, y que les resultaría más cómodo unirse a sus simpatizantes una vez que hubieran éstos vencido. Pero como Brásidas no logró convencerlos, se retiró hacia donde estaba el resto del ejército.

72. A la aurora llegaron los beocios, quienes habían tenido la idea de acudir en ayuda de Mégara incluso antes de que Brásidas les hubiera enviado un mensaje, en la idea de que el peligro que la ciudad corría no les era indiferente, además de que ya se encontraban en Platea con todo su ejército. Y cuando llegó el mensajero, cobraron aún mayores ánimos, así que enviaron dos mil doscientos hoplitas y seiscientos jinetes, y se volvieron a su país con el resto. Se encontraba presente a partir de aquel momento todo el ejército, en número no inferior a los seis mil hoplitas.

Por su parte, los hoplitas atenienses se habían alineado en

torno a Nisea y junto al borde del mar, mientras que las tropas ligeras se hallaban desplegadas por la llanura. La caballería de los beocios atacó entonces inesperadamente a estas tropas armadas a la ligera, haciéndolas huir hacia el mar (ya que hasta ese momento no había llegado auxilio alguno desde ninguna parte para los de Mégara). Mas a su vez, la caballería ateniense cargó contra ellos y trabaron un combate que duró largo tiempo, y en el que ambos bandos pretendían no haber llevado la peor parte. En efecto, el comandante de la caballería beocia y algunos otros (aunque, en verdad, no muchos), que se habían adelantado hasta aproximarse a Nisea, perecieron y fueron despojados a manos de los atenienses. Estos devolvieron los cadáveres (que habían quedado en su poder) en virtud de un acuerdo, y erigieron un trofeo. Sin embargo, ambos bandos se separaron sin haber conseguido un resultado decisivo en el curso de toda esta acción. Los beocios lo hicieron en dirección a su país y los atenienses hacia Nisea.

73. Después de esto, Brásidas y su ejército se aproximaron un poco más a la parte del mar y a Mégara, y tras haber ocupado una posición ventajosa se mantuvieron quietos en perfecta formación. En efecto, pensaban que los atenienses vendrían contra ellos y que los de Mégara aguardarían hasta ver de quién era la victoria. Suponían que la situación les resultaría favorable desde dos puntos de vista: primero, por no tomar la iniciativa ni comenzar por propia decisión la batalla y el consiguiente riesgo (una vez que ya habían demostrado claramente que estaban dispuestos a defenderse y que podían atribuirse con toda justicia una victoria sin haber tenido que combatir; al propio tiempo, este proceder parecía acertado respecto a los megarenses. Ya que si no le hubieran visto venir, no tendrían ahora la más mínima posibilidad, sino que Mégara se habría perdido tan de cierto como si él y los suyos hubieran sido derrotados. Ahora, en cambio, podía sucederles que los atenienses no quisieran hacerles frente, con lo que podían conseguir, sin librar batalla, el objetivo por el que habían venido. Y esto precisamente es lo que ocurrió.

Los megarenses, en efecto, vieron que los atenienses habían salido y se habían desplegado por los muros largos

(aunque se mantenían quietos al no atacarles los otros); pues sus estrategos calculaban que era un riesgo desproporcionado para ellos, que ya habían logrado la mayor parte de sus objetivos, tomar la iniciativa en una batalla contra fuerzas más numerosas que las suyas, y con unas expectativas de (en caso de éxito) tomar la ciudad de Mégara, mas, en caso de derrota, de arruinar los mejores contingentes de hoplitas. Frente a todo esto, era natural que cada contingente de los tropas enemigas allí presente quisiera dar muestras de valor haciendo frente al peligro [25]. Aguardando, pues, un poco, al ver que ninguno de los dos bandos tomaba la iniciativa para atacar, los atenienses empezaron a retirarse hacia Nisea, y al poco hacían otro tanto los peloponesios en dirección al punto de partida de cada cual.

Fue entonces cuando los megarenses partidarios de los desterrados se envalentonaron y abrieron las puertas a Brásidas y a los comandantes de las diversas ciudades aliadas, en la idea de que éstos habían conseguido la victoria, mientras que los atenienses habían renunciado a combatir. Tras haberles dado acogida en la ciudad entablaron negociaciones con ellos, aprovechando que los que habían estado en trato con los atenienses se hallaban atemorizados.

74. A continuación, una vez que los aliados se volvieron a sus respectivas ciudades, regresó Brásidas a Corinto y se dedicó a preparar la expedición a Tracia, que era en realidad su objeto desde un principio. Por su parte, los megarenses de la ciudad que habían estado más implicados con los atenienses, una vez que éstos habían emprendido el camino de regreso a su patria, escaparon inmediatamente y a escondidas de la ciudad, porque sabían que habían sido descubiertos. Mientras tanto, los otros entraron en contacto con los amigos de los desterrados, e hicieron venir a los de Pegas, tras haberles hecho prestar juramento solemne de que no guardarían rencor y de que se ocuparían tan sólo del bienestar de la ciudad. Sin embargo, tan pronto como los desterrados se vieron reintegrados a las magistraturas y se les encargó de pasar revista a las tropas, separaron las diversas

[25] El pasaje muestra una redacción farragosa y nada clara. Tal vez el texto se haya corrompido en el proceso de transmisión.

compañías y entresacaron unos cien hombres de entre los que eran sus adversarios y de entre aquellas personas que parecían haber estado comprometidas de forma especial con los atenienses. Presionaron luego al pueblo para que tuvieran que decidir sobre la suerte de aquéllos mediante una votación pública. Les dieron muerte, e instauraron en la ciudad un régimen abiertamente oligárquico. Este nuevo régimen, aunque surgió por obra de muy pocos ciudadanos y a partir de unas luchas intestinas, se mantuvo durante muchísimo tiempo [26].

75. Durante este mismo verano, mientras la ciudad de Antandro iba a ser fortificada por los mitileneos, de acuerdo con lo que habían proyectado, los comandantes de las naves atenienses tributarias, Demódoco y Arístides, encontrándose a la sazón en el Helesponto (mientras el tercero de ellos, Lámaco, se había adentrado con diez naves en el Ponto), tuvieron noticias de los preparativos que se estaban llevando a cabo en la localidad y les pareció un peligro que la situación desembocara en algo similar a la de Anea frente a Samos [27]. En efecto, los desterrados de Samos se habían instalado allí, y ayudaban a la marina de los peloponesios enviándoles pilotos, además de que provocaban desórdenes entre los samios de la ciudad y daban acogida a los fugitivos.

Los comandantes atenienses, pues, reunieron tropas de las ciudades aliadas y pusieron rumbo a Antandro. Vencieron en combate a quienes desde allí les habían salido al encuentro y se apoderaron de nuevo de la plaza. No mucho más tarde, Lámaco, que había penetrado en el Ponto, fondeó sus naves en el río Calete, en territorio de Heraclea, porque al haber llovido copiosamente se había producido una crecida súbita del río. El y su ejército tuvieron que marchar a pie por el territorio de los tracios bitinios, que habitan al otro lado, en Asia, hasta llegar a Calcedón, colonia de Mégara situada a la entrada del Ponto.

76. En el transcurso de este mismo verano, inmediata-

---

[26] Volvemos a tener noticias de su existencia, en el capítulo 31 del libro V, cuando se están narrando los acontecimientos correspondientes al año 421.

[27] Más detalles en los capítulos 19 y 32 del libro tercero.

mente después de la retirada de la Megáride, el estratego ateniense Demóstenes llegó a Naupacto con cuarenta naves. En algunas ciudades beocias, en efecto, algunos ciudadanos intrigaban en pro de éste y de Hipócrates, deseosos de cambiar el régimen vigente y transformarlo en una democracia, según el modelo de los atenienses. Especialmente era Pteodoro, un desterrado tebano, quien estaba al frente de los preparativos de éstos. Unos estaban dispuestos a entregar a traición la ciudad de Sifas (se trata de una localidad marítima del territorio de Tespias, en el golfo de Crisa); a su vez, Queronea, ciudad tributaria de Orcómeno (que antes se llamaba Orcómeno de los minios, y ahora de los beocios) serían entregadas a traición por otros, gente de Orcómeno, con la valiosa ayuda de los desterrados de Orcómeno, que habían contratado mercenarios en el Peloponeso; y también participaban algunos de Fócide, toda vez que Queronea, por ocupar el extremo de Beocia, era vecina de Fanoteo, en Fócide.

Por su parte, los atenienses debían haber ocupado Delio, santuario de Apolo en el distrito de Tanagra, frente a Eubea. Y todo ello debía ocurrir simultáneamente, en un día previamente acordado, a fin de impedir que los beocios en tropel acudieran en socorro de Delio, al tener que ir cada cual en apoyo de las revueltas surgidas en sus respectivas ciudades.

Y si la intentona tenía éxito y se fortificaba Delio, esperaban conseguir fácilmente (aunque de momento no cambiaran los regímenes de las ciudades beocias) que las cosas por allí no siguieran igual, pues, al quedar en sus manos estas localidades, al verse esas tierras sometidas al pillaje, y al disponer cada uno de un refugio en poco tiempo, podrían hacer cambiar la situación para su conveniencia, contando además con que los atenienses apoyarían con el tiempo a los rebeldes y con que los enemigos no dispondrían del conjunto de sus fuerzas.

77. Tal era la conspiración que se preparaba. Hipócrates, quien por su parte debía salir de la ciudad con sus tropas y efectuar en el momento oportuno una expedición contra Beocia, había enviado con anterioridad a Demóstenes con cuarenta naves a Naupacto a fin de que, una vez que hubiera reunido tropas acarnanias y de otros aliados de aquella re-

gión, se dirigiera por mar hacia Sifas, pues se esperaba que ésta fuera entregada a traición. Se les dijo el día en que, de manera simultánea, debían llevar a efecto su cometido.

Una vez Demóstenes en su destino, se encontró con que los eníadas [28] habían sido obligados por el resto de los acarnanios a adherirse a la alianza con Atenas, así es que puso en pie de guerra a todos los aliados de aquel territorio y efectuó una expedición contra Salintio y los agreos. Se los atrajo a su bando y a continuación se dedicó a los preparativos necesarios para poderse presentar en Sifas cuando fuera menester.

78. A esas alturas del verano, Brásidas andaba en expedición por Tracia con un contingente de mil setecientos hoplitas; una vez llegado a Heraclea de Traquinia, despachó un mensajero a sus amigos de Fársalo, solicitándoles que les sirvieran de guía a él y a su ejército. Fue así como se unieron a él en la ciudad acaya de Melitia, Panero, Doro, Hipolóquides, Torilao y Estrófaco (que era próxeno de los calcídeos); en ese mismo momento se puso en marcha. También le acompañaba como guía, entre otros tesalios, Nicónidas de Larisa, un amigo de Perdicas.

En efecto, nunca había sido fácil atravesar Tesalia sin un guía, y mucho menos para un ejército armado, desde el momento en que los griegos todos sin excepción siempre habían visto con desconfianza que alguien atravesase sus territorios sin autorización. Además, la mayoría de los pueblos de Tesalia habían sido tradicionalmente simpatizantes de Atenas.

De tal suerte es esto así, que si los tesalios no hubieran tenido una tradición oligárquica, sino una democrática, Brásidas no hubiera podido avanzar a través de este territorio. Incluso en esta situación, algunos tesalios, adversarios políticos de los que estaban en el poder, le salieron al encuentro por el río Enipeo según marchaba, con intención de impedirle el paso, afirmando que actuaba contra toda legalidad al atravesar su territorio sin el consentimiento expreso de todos.

Los que guiaban a Brásidas dijeron que no le continuarían

[28] Hasta entonces habían observado un comportamiento hostil a Atenas.

acompañando si los tesalios se oponían, pues no hacían más que servir de acompañantes a quien, siendo huésped suyo, se había presentado de improviso. Ante estas palabras, Brásidas replicó que venía en calidad de amigo de la tierra de Tesalia y de sus habitantes y que conducía su ejército no contra ellos, sino contra los atenienses, sus enemigos; además, dijo que no sabía que existiera enemistad alguna entre tesalios y lacedemonios que impidiese el acceso de los unos al territorio de los otros; y que en el momento actual, si ellos se oponían, no continuaría su avance (la verdad es que tampoco hubiera podido hacerlo), aunque no esperaba que se lo impidieran. Los tesalios, al oír estas explicaciones se retiraron, y entonces Brásidas, siguiendo la indicaciones de los guías prosiguió el avance a toda prisa y sin detenerse, antes de que se reunieran fuerzas más numerosas para impedírselo. El mismo día en que salió de Melitia [29], llegó a Fársalo, y acampó junto al río Apidano; desde aquí avanzó hasta Facio, y desde ella a Perrebia. Desde este lugar regresaron a su país los guías tesalios, y los perrebios, que eran súbditos de los tesalios, lo condujeron hasta Dión, un poblacho de Macedonia (ya en el reino de Perdicas), ubicado a las faldas del Olimpo, del lado de Tesalia.

79. De este modo Brásidas se anticipó a cruzar Tesalia antes de que nadie se hubiera percatado para impedírselo, y así llegó ante Perdicas en la Calcídica. Efectivamente, a la vista del éxito ateniense, las ciudades de Tracia que habían hecho defección de Atenas, así como el propio Perdicas, habían sentido miedo, y por ello habían hecho venir a este ejército desde el Peloponeso. Los calcídeos pensaban que los atenienses se lanzarían en primer lugar contra ellos (al propio tiempo las ciudades vecinas, que aún no habían hecho defección, también les incitaban en secreto a venir); y Perdicas, aunque no se hallaba abiertamente en guerra con los atenienses, temía a causa de sus antiguas discordias con ellos. Además, quería someter a Arrabeo, el rey de los lincestos.

El hecho de que los lacedemonmios se encontraran a la

[29] En esta ciudad de Melitia, según la tradición recogida por Estrabón, IX, 5, 6, se hallaba la tumba del héroe epónimo de los helenos, Helén.

sazón en momentos apurados facilitó el que consiguieran se les enviara un ejército desde el Peloponeso.

80. En efecto, los atenienses agobiaban con ataques el Peloponeso, y no menos el territorio de los lacedemonios, por lo que éstos pensaron que el mejor modo de hacer desistir a aquéllos de este objetivo era crearles, a su vez, problemas enviando un ejército contra los aliados de los atenienses, especialmente dado que los aliados se mostraban dispuestos a mantenerlo y reclamaban la presencia lacedemonia para sublevarse.

Por otra parte y al mismo tiempo, deseaban acogerse a este pretexto para enviar fuera a los hilotas, a fin de evitar que se rebelaran aprovechando la situación presente y la ocupación de Pilos por parte del enemigo. Y es que como temían el ardor juvenil[30] y el gran número de éstos (de hecho, los lacedemonios siempre habían adoptado respecto a los hilotas medidas tendentes a su propia seguridad) habían llevado a cabo hacía algún tiempo lo siguiente: hicieron proclamar que quienes de entre ellos considerasen haber destacado por su valor en las guerras en defensa de los lacedemonios, se decidieran a someterse a una prueba, en la idea de que obtendrían la libertad (convencidos de que aquellos que pretendieran ser liberados los primeros serían precisamente quienes por su carácter serían los más capaces para rebelarse).

Seleccionaron unos dos mil, que se hicieron coronar, y marcharon en procesión alrededor de los santuarios, en calidad de hombres libres. Sin embargo, los lacedemonios los hicieron desaparecer no mucho tiempo después, y nadie llegó a saber de qué manera fue cada uno de ellos eliminado. De forma similar, ahora se mostraron especialmente interesados en enviar a setecientos hoplitas a Brásidas. Al resto del contingente lo reclutaron del Peloponeso mediante promesa de un sueldo.

81. En cuanto al propio Brásidas, los lacedemonios le encargaron de la expedición porque él mismo lo deseaba, y porque también los calcídeos lo querían así. Era un hombre que tenía en Esparta fama de enérgico para cualquier cosa

[30] Leyendo *neóteta.*

que emprendía; y, en efecto, desde que salió fuera de su país demostró ser muy útil a los lacedemonios. Desde el primer momento dio pruebas de justicia y de moderación para con las diversas ciudades, indujo a la mayoría de ellas a la defección y tomó a traición el resto de las poblaciones, a fin de que los lacedemonios pudieran devolver, en el caso de que les interesara entablar negociaciones —que es lo que hicieron— algunas localidades para recuperar a cambio otras [31] y aliviar así el peso de la guerra del Peloponeso.

Más tarde, en el curso de la guerra que continuó después de la expedición a Sicilia, el valor y la inteligencia de que Brásidas hizo gala en esta ocasión (cualidades que unos conocieron por experiencia directa y otros aceptaron de oídas) contribuyeron de manera sobresaliente a infundir en los aliados de los atenienses sentimientos de simpatía hacia los lacedemonios. Como fue el primer espartano que salió fuera de su país [32] y dio la impresión de ser un hombre honesto en todo, dejó tras de sí el firme convencimiento de que el resto de sus conciudadanos eran parecidos.

82. Nada más llegar éste a la región de Tracia, informaron de esto a los atenienses. Acto seguido declararon enemigo suyo a Perdicas (a quien hacían responsable de la expedición de Brásidas) y sometieron a sus aliados de aquella región a una vigilancia más estrecha.

83. Perdicas, por su parte, incorporó de inmediato el ejército de Brásidas a sus propias tropas y marchó contra Arrabeo, hijo de Brómero, rey de los macedonios lincestos y vecino suyo, con quien tenía ciertas desavenencias, y por eso quería someterlo. Sin embargo, al llegar con sus tropas y las de Brásidas al desfiladero de Linco, Brásidas hizo saber que prefería entrar en negociaciones con Arrabeo antes de iniciar la guerra, por si fuera posible hacerlo aliado de los lacedemonios. Es más, también el propio Arrabeo había entablado conversaciones de paz y se mostraba dispuesto a confiarse a Brásidas como juez mediador. Por otra parte, los em-

31 Para más detalles, cf. libro V, 17-18.

32 Existen otros precedentes de un jefe espartano en el extranjero que obtuviera éxitos importantes para su país. Recordemos las figuras de Pausanias, Alcidas, Cnemo, etc. Sin embargo, ninguno de éstos alcanzaron el prestigio de Brásidas.

bajadores calcídeos, que se hallaban presentes, le recomendaban que no liberara por completo de preocupaciones a Perdicas, a fin de poderlo tener más predispuesto cuando se tratara de asuntos de su interés.

Al propio tiempo, los embajadores de Perdicas que se hallaban en Lacedemonia se habían manifestado en el mismo sentido: que harían aliadas de los lacedemonios a muchas ciudades vecinas suyas. De esta manera, Brásidas prefería tratar el asunto de Arrabeo atendiendo al común interés. Sin embargo, Perdicas afirmaba que no había hecho venir a Brásidas como árbitro de sus controversias, sino para eliminar a aquellos enemigos que él le fuera indicando; y que Brásidas actuaría contra la ley si llegaba a un entendimiento con Arrabeo, mientras era él el que corría con el mantenimiento de la mitad del ejército de Brásidas.

Sin embargo, Brásidas, a pesar de la oposición de Perdicas, y en desacuerdo con él, concluyó el pacto, y persuadido por las razones aducidas retiró sus tropas antes de que hubieran penetrado en territorio de Arrabeo. Tras este incidente, Perdicas sufragaba la tercera parte de la manutención del ejército, en vez de la mitad, por estimar que había sido agraviado.

84. Inmediatemente después, en el transcurso de este mismo verano, Brásidas lanzó una expedición contra Acanto [33], colonia de Andros, llevando consigo también tropas de los calcídeos, en fecha previa a la vendimia. Los habitantes de Acanto estaban en desacuerdo entre sí acerca de si brindarle acogida o no. De un lado estaban los que, junto con los calcídeos, habían solicitado su comparecencia; de otra parte, el partido popular. No obstante, preocupados por la cosecha, que aún estaba en el campo, el pueblo se dejó convencer por Brásidas a darle acogida a él solo y a tomar una decisión una vez le hubieran escuchado. Y fue recibido. Llevado ante la Asamblea (para ser un lacedemonio, no carecía de elocuencia) expuso lo siguiente:

85. *«El hecho de que los lacedemonios me hayan enviado a mí con este ejército ¡oh, ciudadanos de Acanto!, ha ve-*

[33] Esta ciudad se hallaba ubicada en la Calcídica, en su parte más oriental. A la sazón era aliada de Atenas.

nido a verificar la acusación que adelantamos al comienzo de la guerra[34]*: que vamos a luchar contra los atenienses para liberar a Grecia. Y si hemos venido tarde, por habernos equivocado en la opinión que nos habíamos formado acerca de la guerra que allí se ha desarrollado, y en la que esperábamos poder haber aniquilado a los atenienses en poco tiempo nosotros solos, y sin involucraros en ningún peligro, nadie merece reproches. En efecto, ahora que se ha presentado la ocasión hemos acudido, e intentaremos con vuestra ayuda aniquilarlos.*

Me extraña, sin embargo, que me hayáis cerrado la puerta y que no hayáis acogido con gozo mi llegada. Pues nosotros, los lacedemonios, esperábamos encontrar aquí a una gente que, incluso antes de nuestra llegada, se consideraba en espíritu al menos aliados nuestros y que deseaban nuestra presencia. Con tal convencimiento hemos afrontado tan grandes peligros a través de tierra extranjera durante muchos días, poniendo además en ello todo nuestro entusiasmo. Mas si tenéis en mente otros proyectos, o si intentáis oponeros a vuestra propia libertad y a la de los demás griegos, eso sería muy grave.

Y ello no sólo porque os opongáis a mí vosotros, sino porque los diversos pueblos a los que me acerque se mostrarán menos inclinados a decantarse de mi parte, ya que considerarán preocupante el que no me hayáis dado acogida vosotros, que sois los primeros a quienes me he dirigido; que representáis además a una ciudad importante, y a quienes se os considera personas inteligentes. Y no podré ofrecer una explicación plausible, sino que daré la impresión o de traer una libertad deshonrosa o de venir con fuerzas escasas e insuficientes para aseguraros protección en el caso de que los atenienses os ataquen. Sin embargo, con el ejército del que en la actualidad dispongo he intervenido en auxilio de Nisea, y los atenienses, aunque eran superiores en número, no quisieron hacerle frente[35]*, de modo que no es verosímil que envíen contra vosotros, por mar, un contingente de tropas semejante al que tenían en Nisea.*

---

[34] Se refiere a lo expresado en el libro II, 8.
[35] Ambas afirmaciones son en cierta manera retóricas y algo inexactas.

86. *Por lo que a mí respecta, no he venido para causar males a los griegos, sino para liberarlos, y he comprometido a los magistrados lacedemonios con los más solemnes juramentos a que garanticen la autonomía a los pueblos que yo haga aliados. Y al mismo tiempo, no ha sido nuestro propósito contar con vuestra alianza mediando la fuerza o el engaño, sino, por el contrario, el de ofreceros la nuestra a vosotros, que vivís sometidos a los atenienses. No hallo justo, por tanto, ser objeto de sospechas yo, desde el momento en que os ofrezco las más sólidas garantías, ni tampoco de ser considerado incapaz de asegurar vuestra protección. Es preciso, por contra, que os pongáis confiadamente de mi parte. Y si alguien siente alguna aprensión a título personal, por temor a que yo vaya a entregar la ciudad a algunos, no tiene en absoluto razón alguna para desconfiar. Pues, en efecto, yo no he venido para participar en las luchas de las facciones, y creo que no os traería la auténtica libertad si, dejando de lado vuestras tradiciones patrias, esclavizara la mayoría a la minoría, o la minoría a la muchedumbre en masa.*

Pues esa sería una sumisión más dura que la de un extranjero, y nosotros los lacedemonios no obtendríamos reconocimiento alguno por nuestros esfuerzos, sino más bien reproches, en vez de honor y gloria. Y además nos haríamos acreedores a aquellas acusaciones por mor de las cuales hacemos la guerra a los atenienses, y en medida más odiosa que la que alcanza a quienes no hacen profesión de caballerosidad. Efectivamente, al menos para quienes disfrutan de una buena reputación, resulta más vergonzoso cometer un abuso so capa de bella apariencia, que hacerlo abiertamente. Pues esto último procede del derecho del fuerte (lo cual es un regalo de la suerte), mientras que aquello otro se deriva de la maquinación de una mente perversa.

87. *Y así, nos comportamos con gran circunspección en los asuntos en los que entran en juego nuestros intereses más vitales. Y no podréis hallar vosotros una mayor garantía (sumada a la de los juramentos) que la de quienes muestran un comportamiento (si se analiza atentamente a la luz de sus declaraciones) que conduce a la inevitable conclusión de que sus intereses coinciden con cuanto han dicho.*

Pero si, a pesar de que os ofrezco estas propuestas, me decís que no podéis aceptarlas, y pretendéis, merced a vuestros sentimientos de simpatía hacia nosotros, rechazarnos sin sufrir por ello daño alguno, sosteniendo que la libertad no se presenta a vosotros exenta de peligros, y que lo justo es ofrecerla a quienes están en condiciones de aceptarla, y no en cambio imponerla a quienes no la desean, tomaré entonces por testigo a los dioses y héroes de este país de que yo, que he acudido aquí por vuestro bien, no consigo disuadiros, por lo que tras someter a saqueo vuestro territorio intentaré obligaros a ello. Y en tal caso no tendré el convencimiento de estar actuando mal, sino por el contrario, de que tengo de mi lado dos motivos que justifican mi comportamiento: en primer lugar, por lo que respecta a los lacedemonios, el que no vayan a resultar perjudicados (en caso de que no os pongáis de nuestra parte, a pesar de que os decís nuestros amigos) por el dinero que vosotros enviáis a los atenienses; y en segundo lugar, a fin de que los demás griegos no hallen en vosotros un impedimento para librarse de la esclavitud.

En caso contrario, nuestro comportamiento no sería razonable. Los lacedemonios no tenemos la obligación de liberar a otros en contra de su voluntad, a menos qué esté en juego el interés de la comunidad. De otra parte, tampoco tenemos ambiciones imperialistas, sino que miramos más bien a poner un fin a las de los demás; por lo que seríamos culpables ante la mayoría si, mientras traemos la autonomía a todos los demás, os respetáramos a vosotros, que os oponéis a ello.

Ante estas consideraciones, tomad una decisión sabia y rivalizad con los demás griegos en ser los primeros en alcanzar la libertad y conseguir eterna fama. Así no sufrirán daños vuestros bienes particulares y toda vuestra ciudad adquirirá la más brillante reputación.»

88. Esto fue lo que Brásidas dijo. Los habitantes de Acanto, después de que se hubieran pronunciado diversos discursos en uno y otro sentido, efectuaron una votación secreta. Y a causa del seductor hablar de Brásidas, así como por el miedo que tenían por sus cosechas, la mayoría decidió hacer defección de los atenienses.

Y una vez que le hubieron requerido garantías mediante juramento en el mismo sentido en que los magistrados de los lacedemonios lo habían hecho cuando lo enviaron en expedición (a saber, que se garantizaría la autonomía a todos aquellos pueblos que se atrajera a su bando) dieron acogida al ejército en la ciudad.

No mucho tiempo después también se sumó a la defección Estagira, colonia de Andros. Tales fueron, pues, los acontecimientos acaecidos en este verano.

89. Recién comenzado el invierno siguiente [36], precisamente cuando las plazas de Beocia iban a ser entregadas a Hipócrates y Demóstenes, estrategos atenienses, y tenía este último que presentarse en Sifas con su escuadra, y el primero en Delio, se produjo un error al calcular las fechas en que ambos debían efectuar la expedición. Demóstenes, que se hizo primero a la mar en dirección a Sifas llevando en sus naves soldados acarnanios y muchos aliados de aquella región, no obtuvo ningún resultado, al haber sido denunciada la intentona por Nicómaco, un focio de Fanótide, que informó a los lacedemonios, y éstos, a su vez, a los beocios. Y al acudir en socorro todos los beocios (ya que Hipócrates aún no se hallaba presente en el país para hostigarles), se anticiparon a ocupar Sifas y Queronea. Y cuando los conjurados se percataron del error, renunciaron a todo intento de revuelta en las ciudades.

90. Por su parte, Hipócrates, después de haber efectuado una leva masiva en Atenas, en la que se enroló a los ciudadanos, metecos, y a cuantos extranjeros se hallaban como residentes, llegó más tarde a Delio, cuando los beocios ya se habían retirado de Sifas. Acampó a su ejército y comenzó a fortificar Delio [el santuario Apolo] de la siguiente manera: excavaron un foso circular en torno al santuario y al templo, y desde el interior del mismo amontonaron la tierra a modo de muro, a lo largo del cual clavaron unas estacas. Cortaron los sarmientos de las viñas de alrededor del santuario y los arrojaron sobre el terraplén, así como piedras y ladrillos que cogían de los edificios vecinos, tratando, en suma, por todos los medios de acrecentar la altura de la fortificación.

---

[36] Aproximadamente, noviembre del año 424.

Erigieron también unas torres de madera en donde parecían necesarias y de modo especial donde no existía ninguna edificación que perteneciese al santuario, como ocurría, en efecto, con un antiguo pórtico que estaba derruido.

Comenzaron al tercer día después de haber llegado de Atenas, y continuaron el trabajo durante todo éste, el cuarto, y hasta la hora de la comida del quinto día. A continuación, una vez concluida la mayor parte de la obra, el ejército se retiró de Delio diez estadios, como si regresara a Atenas. Los soldados armados con armas ligeras se reintegraron en su mayor parte a casa, mientras que los hoplitas hicieron alto y aguardaron allí.

Por su parte, Hipócrates permaneció todavía en Delio, ocupado en disponer los puestos de guardia y en completar como se debía cuantas tareas de fortificación habían quedado inconclusas.

91. En el transcurso de estos días los beocios se andaban congregando en Tanagra. Y una vez que se hubieron reunido los contingentes de todas las ciudades y se supo que los atenienses se estaban retirando a su país, y a pesar de que los demás beotarcos (en total son once) desaconsejaban presentar batalla, dado que ya los atenienses no se hallaban en territorio de Beocia (en efecto, los atenienses se encontraban aproximadamente en los confines del territorio de Oropo cuando hicieron alto) Pagondas, el hijo de Eóladas, que era beotarco representante de Tebas junto con Ariántadas, el hijo de Lisimáquidas, y que era quien ejercía el mando supremo, optó por entablar batalla, por creer preferible afrontar este riesgo. Convocó a las distintas compañías una a una, a fin de evitar que abandonasen sus posiciones todos a la vez, e intentó persuadir a los beocios a marchar contra los atenienses y a afrontar la prueba, hablándoles así:

92. *«Ni por la mente se nos tenía que haber pasado a quienes tenemos responsabilidades de mando ¡oh ciudadanos de Beocia!, el pensar que no es lógico librar batalla contra los atenienses, si no conseguimos cogerlos ya en territorio beocio. Pues ellos han venido hasta Beocia desde un país vecino, y tras haber construido un muro intentan arruinarnos; y además, son enemigos nuestros, sea cualquiera el lugar en donde los encontremos, y en especial si se trata del te-*

rritorio del que ellos han partido para tratarnos hostilmente. Con todo, si a alguien le pareció eso lo más seguro, cambie ahora de opinión: porque la prudencia no permite que calculen lo mismo acerca de su país aquéllos que sufren el ataque de parte de otro, y quienes además de conservar sus posesiones aspiran a poseer más y marchan por su propia iniciativa contra otros.

Es ya una costumbre tradicional en vosotros el rechazar a un ejército extranjero que os ataque, tanto si es en vuestra tierra, como si es en la del vecino. En mayor medida conviene hacerlo frente a los atenienses, dado que son además limítrofes vuestros. En efecto, en las relaciones con los vecinos el estar prestos para el combate es la mejor garantía de libertad. Por tanto, frente a quienes intentan esclavizar no sólo a sus vecinos, sino a los pueblos que viven alejados (tenemos como ejemplo a los habitantes de la cercana Eubea, y la situación en que se hallan la mayor parte del resto de Grecia en sus relaciones con los atenienses) ¿cómo no va a ser preciso emplearse por completo a fondo? Y ¿cómo no reconocer que mientras que los pueblos vecinos sostienen batallas acerca de la delimitación de su territorio, a nosotros se nos fijará, en caso de que resultemos derrotados, una frontera impuesta de modo unilateral y sin discusión para todo nuestro territorio? Efectivamente, nos atacarán y se apoderarán por la fuerza de todo lo nuestro. Hasta tal punto es más peligrosa para nosotros la vecindad de éstos que la de cualquier otro.

Por su parte, quienes, como es el caso ahora de los atenienses, atacan a sus vecinos con la arrogancia que le dan sus propias fuerzas, suelen hacerlo con mayor empeño contra quienes se mantienen inactivos y sólo se defienden en su tierra, en cambio contra quien les sale al encuentro fuera de sus confines y, cuando se presenta la ocasión, toma la iniciativa de la guerra, contra ésos están menos dispuestos a enfrentarse. Nosotros mismos tenemos una buena prueba de ello por lo que a éstos respecta:

En efecto, los derrotamos en Coronea[37] *cuando, aprovechando nuestras disensiones internas, se habían apoderado*

---

[37] Cf. libro I, cap. 11.

de nuestra tierra, y conseguimos una gran seguridad hasta hoy para Beocia. Acordándonos de aquello, debemos (los más viejos igualando nuestras hazañas del pasado y los más jóvenes comportándose como hijos de unos padres que entonces actuaron valerosamente) intentar no deshonrar las virtudes que constituyen su patrimonio. Hemos de confiar en que el dios, cuyo santuario han fortificado y ocupado contra toda ley, estará de nuestra parte, así como en los auspicios de las víctimas de los sacrificios, que se nos han mostrado favorables[38]*. Marchemos, pues, contra éstos y demostrémosles igualmente que podrán apoderarse de lo que desean cuando ataquen a gentes que no se defiendan, pero que no se irán sin saber lo que es combatir si lo hacen contra una gente a quienes su propia nobleza les obliga a luchar siempre por la libertad de su tierra, y a no consentir inicuamente la esclavitud de la tierra de los demás.»*

93. Tras haber exhortado Pagondas así a los beocios, los convenció para que marcharan contra los atenienses. Entonces, sin perder más tiempo (pues se había ya hecho tarde), levantó el campamento y se puso al frente del ejército. Una vez se hubo aproximado a las tropas del enemigo, se detuvo en un lugar desde el que, por interponerse una colina, no podían ambos ejércitos divisarse. Ordenó a sus hombres, e hizo los preparativos para entrar en combate.

Mientras tanto, Hipócrates, que se hallaba en Delio, fue informado de que los beocios se acercaban, por lo que dio a sus tropas órdenes de prepararse para el combate, y él mismo en persona se incorporó poco después, tras haber dejado unos trescientos jinetes en las proximidades de Delio, tanto con el encargo de vigilar la posición, por si acaso alguien la atacaba, como para que se lanzaran de improviso sobre los beocios, cuando se presentara una ocasión favorable en el transcurso de la batalla. A su vez, los beocios dispusieron contra éstos un contingente de tropas encargado de hacerles frente, y una vez que les pareció oportuno hicieron acto de presencia en lo alto de la colina, tomando posiciones en

[38] Tenemos aquí uno de los contadísimos episodios en los que Tucídides acude al presagio de los sacrificios. Consúltense también los capítulos 10 y 54 del libro V, y el 32 del libro VI.

armas, de acuerdo con lo previsto. Eran cerca de siete mil hoplitas, más de diez mil soldados de infantería ligera, mil jinetes, y quinientos peltastas.

Ocupaban el flanco derecho los tebanos y sus aliados; el centro, los de Haliarto, Coronea, Copas y restantes ciudades que se asientan en torno al lago; por su parte, ocupaban el flanco izquierdo los de Tespias, Tanagra y Orcómeno. Y sobre uno y otro lado se apostaron los jinetes y la infantería ligera. Los tebanos formaron de a veinticinco en fondo, y los demás según cada cual solía. Tal fue la formación y los preparativos de los beocios.

94. A su vez los atenienses se alinearon uniformemente de a ocho en fondo, estando equilibrados desde el punto de vista numérico con el enemigo; los jinetes se alinearon en ambos flancos. En aquella ocasión no formaron tropas ligeras regularmente equipadas (de hecho, Atenas nunca las tuvo). Y las que habían participado en la invasión, aunque eran mucho más numerosas que sus adversarios, habían acudido en su mayor parte sin armas (ya que se había efectuado una leva indiscriminada de extranjeros residentes en la ciudad y de ciudadanos). Además, como ya habían emprendido el regreso a casa, sólo quedaban allí unos pocos.

Una vez que ambos ejércitos se encontraron alineados en orden de batalla y a punto de entrar en combate, el estratego Hipócrates, pasando revista a las tropas atenienses, les exhortó hablándoles así:

95. *«¡Atenienses! breve va a ser mi arenga, pero igualmente eficaz para los valientes, y tiene más de recordatorio que de exhortación. Que a ninguno de vosotros se le ocurra pensar que no nos incumbe afrontar una situación de peligro tan grave como éste en tierra extranjera: de hecho, el combate será en territorio de éstos, pero en defensa del nuestro. Además, si resultamos vencedores, los peloponesios, al verse sin el apoyo de la caballería de éstos, no volverán a invadir nuestro país, y así, en una sola batalla os anexionaréis este territorio y reforzaréis la libertad de aquél. Marchad, pues, contra éstos de un modo digno de vuestra ciudad (que cada uno de vosotros se jacta con orgullo de tener como patria, en cuanto que es la primera ciudad de Grecia) y de vuestros padres, quienes después de haber vencido,*

a las órdenes de Mirón, a los beocios en Enófita [39], *se adueñaron un día de Beocia.»*

96. Mientras hacía estas exhortaciones, Hipócrates había llegado hasta el centro de la formación, y no tuvo tiempo de continuar más adelante, pues los beocios, a quienes también Pagondas acababa de exhortar allí brevemente, descendían de la colina entonando un peán. A su vez, los atenienses les salieron al encuentro y entrechocaron a todo correr. Los flancos de uno y otro ejérctio no llegaron a establecer contacto por ocurrirles a ambos una misma cosa: impedírselo unos torrentes. En cambio, el resto del ejército se vio empeñado en una batalla violenta, en la que los escudos entrechocaban. El flanco izquierdo de los beocios hasta el centro de su formación fue derrotado por los atenienses, que ejercían fuerte presión sobre las tropas enemigas de este sector y en particular sobre las de los de Tespias. Efectivamente, éstos, al haberse retirado poco a poco los contingentes situados a sus flancos, se vieron rodeados en un espacio muy pequeño, por lo que fueron masacrados en un combate cuerpo a cuerpo [los tespios que perecieron]. Incluso algunos atenienses, desorientados por el movimiento envolvente, no se reconocieron y se dieron muerte entre sí. Así pues, las tropas de los beocios llevaban las de perder en esta parte, por lo qué fueron a replegarse hacia los que seguían combatiendo.

En cambio, el ala derecha, que era en la que se encontraban los tebanos, empezaba a aventajar y a perseguir a los atenienses, tras haberlos rechazado poco a poco al principio.

Ocurrió lo siguiente: Pagondas había enviado, en vista de que su flanco izquierdo se encontraba en dificultad, dos escuadrones de caballería desde un lugar oculto en dirección a la colina, y como aparecieron inesperadamente en lo alto, el ala victoriosa de los atenienses creyó que se trataba de un nuevo ejército que avanzaba contra ellos, por lo que se llenó de pánico. A partir de este momento, y por ambos lados, sea a causa de este incidente sea a causa de los tebanos que los perseguían rompiendo sus líneas, todo el ejército de los atenienses se puso en fuga. Algunos se dirigieron hacia Delio y el mar, otros hacia Oropo, otros a su vez hacia el mon-

---

[39] Cf. Libro I, 108.

te Parnete, y otros, finalmente, hacia donde cada cual veía alguna esperanza de salvarse.

Los beocios los perseguían dándoles muerte, en especial con la caballería propia y la de los locros, que habían acudido en auxilio hacía poco, recién comenzada la desbandada. Pero como la noche sorprendiera las operaciones, la masa de fugitivos pudo ponerse a salvo más fácilmente. Al día siguiente, los tropas de Oropo y las de Delio, tras dejar allí una guarnición, ya que continuaban dueños del territorio a pesar de todo, fueron reexpedidas por mar a Atenas.

97. Por su parte, los beocios erigieron un trofeo, recuperaron a sus muertos y despojaron los cadáveres de los enemigos. A continuación dejaron una guarnición y se retiraron a Tanagra, empezando a pensar en un ataque contra Delio.

Mientras tanto, un heraldo que venía de Atenas para ocuparse de los cadáveres se encontró con un heraldo beocio, quien le hizo volverse diciendo que no iba a conseguir nada hasta que él mismo no estuviese de regreso. Una vez en presencia de los atenienses expuso el mensaje de parte de los beocios: que no habían actuado en conformidad con la justicia, violando las normas reconocidas por todos los griegos. Era, en efecto, consenso general el respetar los santuarios cuando se atacaba un territorio extraño, mientras que los atenienses habían fortificado y ocupado Delio, y habían hecho allí todo lo que se hace en los lugares profanos, e incluso se habían atrevido a usar para uso común el agua que ni ellos mismos podían tocar sino para las abluciones de los ritos sagrados.

En consecuencia, en nombre del dios y en el suyo propio, los beocios, invocando a Apolo y a las demás divinidades veneradas en el templo, conminaban a los atenienses a que marcharan del santuario llevándose consigo sus propiedades.

98. Ante estas palabras del heraldo, los atenienses enviaron a su vez otro suyo a Beocia para decir que no habían cometido injusticia alguna por lo que al templo respectaba, y que no tenían intención de provocarla de modo voluntario en el futuro. Es más, ni siquiera al principio habían venido con esta intención, sino para defenderse desde allí contra quienes les habían agraviado a ellos.

Y respecto a la norma vigente entre los griegos, preveía ésta que cualquiera que tuviera un territorio bajo su control, fuese grande o pequeño, debía disponer siempre de sus santuarios, aunque manteniendo en la medida de lo posible el ritual precedente.

En efecto, los beocios y la mayor parte de los otros pueblos que habían ocupado un territorio tras haber desalojado a sus habitantes por la fuerza, poseían en la actualidad como propios aquellos santuarios a los que en un principio habían llegado como extranjeros. Que también los atenienses, si hubieran podido apoderarse de una zona mayor del territorio beocio, lo tendrían bajo su control; y que en la actualidad retenían como propia la parte por ellos ocupada, y no estaban dispuestos a abandonarla por propia iniciativa. Y en cuanto al agua, en fin, se habían abastecido de ella sólo por satisfacer una necesidad que no habían sido ellos los que la habían originado con su insolencia, sino que defendiéndose de los beocios, que habían sido los primeros en venir a atacarles a su territorio, se vieron obligados a usarla. Además, era natural que cualquier comportamiento derivado como imposición de la guerra o de otra situación de peligro grave tuviera una cierta disculpa incluso ante los ojos del dios. Ya que, en efecto, los altares brindaban refugio en caso de culpas involuntarias; además de que se habla de «violación de una norma» cuando se trata de delitos cometidos no por fuerza mayor, ni cuando se ve uno compelido por las circunstancias a hacer algún gesto audaz.

Por otra parte, los beocios, que pretendían restituir los muertos a cambio de los santuarios, cometían una impiedad mucho mayor que los atenienses, quienes se negaban a usar los santuarios para intercambiarlo por algo a lo que creían tener derecho.

Les exhortaban, pues, abiertamente a que les autorizaran recoger sus muertos, no bajo la condición de que sus tropas abandonaran el territorio de Beocia (pues los atenienses ya no se encontraban en territorio de éstos, sino en una tierra conquistada por las armas), mas en base a un acuerdo, en conformidad con la costumbre tradicional.

99. Los beocios respondieron que si los atenienses se hallaban en territorio de Beocia se retiraran de él, llevándose

sus posesiones, pero que si estaban en territorio propio, que fueran ellos los que decidieran lo que tenían que hacer. Pensaban que la zona de Oropo, en donde se hallaban los cadáveres por haberse dado la batalla en sus confines, pertenecía a los atenienses por derecho de sumisión, pero que aquéllos no podrían recuperar por la fuerza a sus muertos. Por su parte, tampoco querían concluir una tregua relativa al territorio de los atenienses. En cambio, pensaban que era una buena respuesta contestar que «se retiraran del territorio beocio y se llevaran sus pertenencias». Tras haber oído tales cosas el embajador de los atenienses, se retiró a su país sin haber obtenido nada.

100. Entonces los beocios hicieron venir inmediatamente del golfo de Mélide lanzadores de dardos y honderos. Tras la batalla intervinieron en su ayuda dos mil hoplitas corintios, y la guarnición peloponesia que había evacuado Nisea, además de algunos megarenses, así que tras marchar contra Delio asaltaron la fortificación. Tras diversos intentos para tomarla, lo consiguieron gracias a un ingenio que aproximaron a la muralla y que era así: serraron una larga viga en dos trozos, la vaciaron totalmente por dentro y de nuevo ensamblaron las dos partes con toda precisión, a manera de una flauta. A un extremo ataron con unas cadenas un caldero, sobre el que descendía una embocadura de hierro en forma curva; el resto de la viga también estaba en su mayor parte revestida de hierro.

Con la ayuda de unos carros condujeron esta máquina desde muy lejos hasta la fortificación, precisamente sobre el tramo que se había construido con mayor cantidad de sarmientos y maderas. Cuando la máquina estuvo próxima, aplicaron grandes fuelles al extremo de la viga que estaba vuelta hacia ellos y comenzaron a soplar. El aire soplaba con una cierta presión en dirección al caldero, que contenía ascuas de carbón, azufre y pez, por lo que prendió una gran llamarada que se extendió a la fortificación, hasta el punto que nadie pudo permanecer en ella: los hombres la abandonaron y se dieron a la fuga, y de este modo fue así capturada la muralla. De entre los guardianes, algunos murieron y doscientos resultaron capturados prisioneros, mientras que los de-

más, en su mayor parte, se embarcaron en sus naves y fueron conducidos a su patria.

101. Una vez capturado Delio, diecisiete días después de la batalla, el heraldo enviado por los atenienses regresó poco después para recuperar los cadáveres, sin haberse enterado de nada de lo que había ocurrido. Los beocios devolvieron los cadáveres, aunque ya no le dieron la misma respuesta.

En la batalla perecieron poco menos de quinientos beocios, y algo menos de mil atenienses (entre los cuales el estratego Hipócrates), sin contar un gran número de soldados armados a la ligera y de acemileros.

Poco después de esta batalla, Demóstenes (una vez que no había tenido éxito en el asunto de Sifas, que le debía ser entregada a traición, cuando se presentó en ella con la escuadra) efectuó un intento de desembarco en el territorio de Sición, llevando en sus naves las tropas acarnanias y agreas, a más de cuatrocientos hoplitas de Atenas. Sin embargo, antes de que todas las naves alcanzaran la orilla intervinieron los de Sición, pusieron en fuga a los que habían desembarcado y los persiguieron hasta las naves, matando a unos y capturando a otros. Erigieron a continuación un trofeo y restituyeron los muertos, en virtud de una tregua.

Por los mismos días en que ocurrían los acontecimientos de Delio murió el rey de los odrisas, Sitalces, que había emprendido una expedición contra los tribalos, y había sido derrotado en batalla. Entonces Seutes, hijo de Esparadoco, y sobrino suyo, comenzó su reinado sobre los odrisas y las demás regiones de Tracia sobre las que aquél había reinado.

102. En este mismo invierno, Brásidas y sus aliados de Tracia efectuó una expedición contra Anfípolis, colonia ateniense situada junto al curso del río Estrimón. En esta localidad, donde en la actualidad se levanta la ciudad, había querido antiguamente Aristágoras de Mileto establecer un asentamiento, cuando huía del rey Darío, pero fue expulsado de aquí por los edones. Después, treinta y dos años más tarde, los atenienses enviaron diez mil colonos (atenienses y voluntarios de otras ciudades) todos los cuales perecieron a manos de los tracios en Dabresco.

Veintinueve años más tarde los atenienses retornaron con Hagnón, el hijo de Nicias, que fue enviado como colono. De-

salojaron a los edones, y fundaron esta localidad, que se llamó en un principio Nueve Caminos[40]. Su base de partida fue Eón, emporio marítimo que Atenas poseía en la desembocadura del río, a veinticinco estadios de la ciudad actual. Hagnón la denominó Anfípolis, pues la había edificado en un sitio tal que (rodeada por un meandro del Estrimón y encerrada en una muralla que iba de una parte a otra del río) se divisaba a la vez desde el lado del mar y del continente.

103. Contra esta ciudad, pues, marchó Brásidas con sus tropas, tras haber salido de Arnas, en la Calcídica. A eso del atardecer llegó a Aulón y Bromisco, que es por donde el lago Bolba desagua en el mar, dio de cenar a sus hombres y continuó avanzando durante toda la noche. El tiempo era malo, y caía un poco de nieve. Por dicha razón se daba aún mayores prisas, en cuanto que quería pasar desapercibido a los que se encontraban en Anfípolis, excepción hecha de los que querían entregar la ciudad.

Había, en efecto, en ella algunos habitantes de Argilio (los argilios son colonos de Andros) y otra gente, confabulada con él para esta empresa; los unos por instigación de Perdicas, otros, por la de los calcídeos. Pero eran sobre todo los argilios (que vivían en las proximidades, habían sido desde siempre sospechosos para los atenienses, y maquinaban contra esta localidad) quienes al presentarse la oportuniad con la llegada de Brásidas, planearon con sus conciudadanos residentes en Anfípolis la entrega a traición de la ciudad. Dieron acogida a Brásidas en ella, hicieron defección de los atenienses aquella misma noche y antes del amanecer condujeron el ejército de Brásidas al puente del río. La ciudadela está muy distante del cruce del río y no existían entonces, como en la actualidad, unos muros que se extendieran hasta allá, sino tan sólo un pequeño puesto de guardia. Brásidas se apoderó de él con facilidad, gracias a la traición, al mal tiempo y a haberse presentado de improviso. A continuación cruzó el puente y se adueñó acto seguido de los bienes extramuros de los anfipolitas que residían en toda la región.

104. Como cruzar el río había supuesto una sorpresa

[40] Las fechas de los tres acontecimientos, parece que corresponden a la de los años 497, 465 y 437 respectivamente.

para quienes estaban en el interior de la ciudad, mientras que muchos de los de fuera habían sido hechos prisioneros o buscaban refugio en la ciudad, los anfipolitas cayeron en una gran confusión, por el hecho sobre todo de que desconfiaban entre sí. Se dice, incluso, que Brásidas habría capturado la ciudad si en vez de dedicarse con su ejército al saqueo se hubiera dirigido contra ella de inmediato.

En cambio, en aquella ocasión acampó el ejército, y después de haber efectuado algunas incursiones por los exteriores (viendo que los de dentro no hacían nada de lo acordado), se mantuvo inactivo.

Mas los adversarios de aquellos que debían entregar la ciudad se impusieron, con ayuda del partido popular, para que no se abrieran las puertas de inmediato. Enviaron (de acuerdo con Eucles, que estaba en la ciudad como comandante de las tropas enviado por Atenas) un mensajero en solicitud de ayuda al otro estratego, a la sazón en Tasos, encargado de la defensa de Tracia; éste era Tucídides, el hijo de Oloro, el autor de esta historia. La isla es una colonia de Paros y dista de Anfípolis aproximadamente medio día de navegación. Enterado del mensaje, Tucídides se hizo rápidamente a la mar con siete naves que allí había. Su intención era adelantarse para ocupar Anfípolis antes de que se entregara ó, en otro caso, ocupar al menos Eón.

105. Mientras tanto Brásidas, temiendo la llegada de la flota de socorro proveniente de Tasos, y enterado de que Tucídides poseía el derecho de explotación de las minas de oro en esta región de Tracia [41], y de que en consecuencia gozaba de ascendencia sobre las personas más influyentes del continente, se daba prisas en ocupar de antemano la ciudad. Temía que si éste se presentaba, el pueblo de los anfipolitas, animados de la esperanza de que los salvara reuniendo las fuerzas aliadas procedentes del mar y de Tracia, no se pasara a su bando.

De modo que propuso condiciones moderadas para un acuerdo, mediante la siguiente proclama: que aquellos anfi-

[41] Las minas se localizaban en la región del Pangeo, y las posesiones familiares de Tucídides en la zona venían de antiguo, pues su padre, Oloro, estaba emparentado al parecer lejanamente con la monarquía tracia.

politas y atenienses residentes en la ciudad que lo desearan podían permanecer en ella, manteniendo sus posesiones y en condiciones de igualdad y paridad; quienes no quisieran, podían marcharse llevándose sus propiedades, en el plazo de cinco días.

106. La mayor parte de ellos, al oírlo, cambió de manera de pensar, tanto más que los atenienses que formaban parte de la población eran pocos, mientras que la mayoría eran una mezcla de gentes, y además los que residían en el interior eran parientes de muchos de los que habían sido capturados fuera.

Por otra parte, juzgaban la proclama benigma, en comparación con sus temores. Los atenienses estaban contentos de poder salir de la ciudad porque consideraban que los peligros que hubieran de afrontar no eran equiparables a los de los demás y porque no esperaban la llegada en corto plazo de auxilio. Los demás, por el hecho de que no debían renunciar a su ciudad, sino que podían vivir en ella en igualdad de derechos y libres de peligro, en contra de lo que temían. De modo que como los partidarios de Brásidas aprobaban abiertamente este acuerdo, en cuanto que habían visto que la masa se orientaba en este sentido y no prestaba ya atención al estratego ateniense que estaba en la ciudad, se pactó el acuerdo, y Brásidas fue acogido en las condiciones pactadas.

De esta manera entregaron éstos la ciudad, y en el mismo día llegó Tucídides con sus naves, a eso del atardecer, a Eón. Brásidas había entrado hacía poco en posesión de Anfípolis, y sólo por una noche de diferencia no capturó también Eón, pues de no haber acudido rápidamente las naves atenienses en su ayuda, se habría apoderado de ella al amanecer.

107. Después de esto Tucídides tomó posiciones en Eón, a fin de garantizar la seguridad de la plaza no sólo de momento (para el caso de que Brásidas la atacara), sino a largo plazo, dando acogida en ella a los que quisieran trasladarse desde la zona interior, de acuerdo con lo acordado.

Por su parte, Brásidas descendió de improviso con numerosas embarcaciones por el río contra Eón, para ver si podía apoderarse del promontorio tras haber controlado la lengua de tierra que se extendía fuera de los muros, y hacer una in-

tentona al mismo tiempo por tierra. Sin embargo, fue rechazado de ambas partes, por lo que se dedicó a organizar los asuntos en Anfípolis.

Se pasó de su parte Mircino, una ciudad de los edones, al haber muerto Pitaco, rey de los edones, a manos de los hijos de Goaxis y de su mujer, Brauro. Algo más tarde, también Galepso y Esima, colonias de Tasos, se pasaron a su bando. Perdicas llegó inmediatamente después de la conquista de Anfípolis y colaboró con él en las labores de organización.

108. Capturada Anfípolis, los atenienses fueron presa de gran temor, en particular por el hecho de que la ciudad les resultaba muy útil gracias a sus envíos de madera para construir naves y a causa de los ingresos financieros. Además, también porque los lacedemonios tenían posibilidad, contando con que los guiaran los tesalios, de llegar hasta los aliados de Atenas en los confines del Estrimón; más adelante, en cambio, no podrían proseguir, dado que no controlaban el puente y porque hacia el interior el río formaba un gran lago, mientras que la zona de Eón estaba vigilada por trirremes.

Ahora, en cambio, pensaban que la situación era más fácil, y por otra parte temían que sus aliados los abandonaran. Brásidas, en efecto, se mostraba moderado en todos sus actos, y en sus declaraciones dejaba bien en claro que había sido enviado para liberar a Grecia. Las ciudades [las sometidas a Atenas] enteradas de la toma de Anfípolis y de la oferta de Brásidas, así como de su moderación, se sintieron particularmente atraídas a la defección, y comenzaron a negociar en secreto con él, invitándole a venir: cada una de ellas quería ser la primera en hacer defección [42]. El caso es que ello

[42] La campaña de Brásidas por la Calcídica, y más en concreto su conquista de la ciudad de Anfípolis, supusieron el final de la carrera política de Tucídides, quien como es sabido, llegó tarde a socorrer Anfípolis. Hubo éste de hacer frente a sus responsabilidades. En Atenas le hicieron dimitir de su cargo, fue sometido a juicio, y desterrado. (Aristófanes, *Avispas*, 288-90 y *Paz*, 639-640 se hace eco del acontecimiento).

Resulta extraño que el propio Tucídides (quien sin duda, no sólo se sentía consciente de su fallo, sino incluso parcialmente responsable) sea poco explícito en su obra a propósito de un incidente como éste, que tuvo graves repercusiones políticas y personales para nuestro autor. Se ha intentado

les parecía algo libre de todo peligro; aunque se engañaron sobre el poderío de los atenienses en la misma medida con que más tarde éste se mostró, pues calculaban más según sus inciertas aspiraciones que según una previsión segura. Pues los hombres suelen entregarse a una incauta esperanza cuando anhelan algo y rechazar con razonamientos que no admiten réplica lo que no les resulta de su agrado.

Al mismo tiempo, como los atenienses acababan de sufrir una reciente derrota en Beocia, y Brásidas propalaba proclamas seductoras (aunque no reales), como que los atenienses no habían querido hacerle frente cuando acudió en ayuda de Nisea con un solo ejército, se sentían muy animados y estaban convencidos de que nadie intervendría contra ellos.

Finalmente (y ello era lo más importante) como de momento era algo agradable, y era la primera vez que podían tener la experiencia de conocer cómo actuaban los lacedemonios cuando se interesaban en algo, estaban dispuestos a afrontar este peligro a cualquier precio.

Los atenienses, dándose cuenta de esta situación, enviaron algunas tropas a las diversas ciudades, en la medida en que la urgencia del momento y el invierno permitían. Por su parte, Brásidas envió mensajes a Lacedemonia solicitando el envío de refuerzos, y se dispuso a construir él mismo trirremes en el Estrimón. Sin embargo, los lacedemonios, un poco por la envidia de los personajes más influyentes de la ciudad, y un poco porque preferían recuperar a sus hombres prisioneros en la isla y poner fin a la guerra, no atendieron su solicitud.

109. En ese mismo invierno, los megarenses reconquistaron los Muros Largos, ocupados por los atenienses, y los demolieron desde la base. Mientras tanto Brásidas, tras la

---

explicar esta parquedad de noticias autobiográficas recordando que Tucídides apenas acude a ellas en su obra, y que, de haberlo hecho en la presente ocasión, tal vez hubiera desproporcionado las dimensiones de este libro. Sea ello como fuere, lo cierto es que debido a esta ausencia casi total de noticias, a la posteridad le ha quedado una valoración sumamente incompleta del papel desempeñado por Tucídides en este asunto, hasta dónde le alcanzaron sus responsabilidades, y qué juicio ha de merecernos su actuación política en los incidentes en torno a la toma de Anfípolis.

captura de Anfípolis, hizo una expedición con las tropas aliadas de que disponían contra la región llamada Acta [43]: se trata de una zona que se prolonga más allá del canal del Rey [44]. El monte Atos, uno de sus altos picos, acaba en el mar Egeo. Comprende las siguientes ciudades: Sana, colonia de Andros, situada sobre el mismo canal y orientada hacia el mar de Eubea, así como las de Tiso, Cleonas, Acrotoo, Olofiso y Dión. Se trata de ciudades habitadas por una población mixta de bárbaros bilingües. También hay ciertos elementos calcídicos, aunque en su mayor parte son pelasgos, representantes de aquellos tirrenos que en un tiempo habitaron Lemnos y Atenas, así como bisaltos, crestones y edones. Todos éstos viven diseminados en aduares. En su mayor parte se unieron a Brásidas, aunque Sana y Dión opusieron resistencia, por lo que aquél acampó su ejército y se dedicó con sus tropas a saquear la zona.

110. Al ver que estas ciudades no se le sometían, marchó de inmediato contra Torona, en la Calcídica, que estaba en poder de los atenienses. Le invitaron a venir unos pocos ciudadanos, que se mostraban dispuestos a entregarle la ciudad. Llegó siendo aún de noche, antes del amanecer, y tomó posiciones con su ejército junto al santuario de los Dióscuros, que dista unos tres estadios de la ciudad. Pasó inadvertido a los ciudadanos de Torona en general, así como a los atenienses que componían la guarnición. En cambio sus partidarios, informados de que vendría, salieron a su encuentro a escondidas aguardando su llegada. Cuando supieron que había llegado, hicieron pasar dentro de la ciudad a siete hombres de infantería ligera con unos puñales (sólo ellos, en efecto, de un total de los veinte destinados en un principio a este cometido, no tuvieron miedo de entrar en la ciudad. Iba a su frente Lisístrato de Olinto). Penetraran éstos a través del muro que mira hacia el mar, pasando desapercibidos a los centinelas del puesto de guardia más alto de la ciudad

[43] Es la más oriental de las tres penínsulas de la Calcídica.

[44] Heródoto, VI, 44, y VII, 22-24, nos informa de que fue Jerjes el que hizo excavar este canal para que su flota pudiera cruzar la península sin tenerla que bordear.

(ésta está sobre una colina), subieron a él, mataron a los centinelas y abatieron el postigo del lado del Canastreo.

111. En cuanto a Brásidas, tras avanzar un poco se mantuvo quieto con el resto del ejército, aunque envió hacia adelante a cien peltastas, a fin de que tan pronto se abriera alguna puerta y se diera la señal convenida fueran los primeros en entrar a la carrera. Estos, al transcurrir el tiempo, estaban perplejos, por lo que avanzando poco a poco llegaron a situarse en las proximidades de la ciudad.

Los toronenses que preparaban desde dentro la acción en compañía de los que acababan de penetrar, abatieron el postigo y abrieron la puerta que daba a la plaza, una vez roto el cerrojo. En primer lugar, hicieron que algunos soldados, dando la vuelta, entraran por la puerta pequeña, a fin de atemorizar a los habitantes de la ciudad, que no estaban al tanto de nada, cayendo sobre ellos simultáneamente por la espalda y los lados. A continuación hicieron señales de fuego, según lo convenido, y facilitaron la entrada a los demás peltastas a través de la puerta que daba sobre la plaza.

112. Entonces Brásidas, al ver la señal, se lanzó a la carrera tras haber puesto en pie de guerra a su ejército, que sin cesar lanzaba gritos, causando un enorme pavor a los habitantes de la ciudad. Algunos se precipitaron al interior a través de la puerta, mientras otros lo hacían por medio de unas tablas cuadradas que estaban adosadas al muro, y que servían para izar piedras a lo alto en unos puntos por donde el muro se había derruido y estaba siendo reparado.

Así pues, Brásidas se dirigió a toda prisa con el grueso de sus tropas hacia la parte más alta de la ciudad, queriendo ocuparla definitivamente, y de arriba abajo. El resto de sus tropas, a su vez, se dispersó indistintamente por todas las direcciones.

113. Mientras tenía lugar la conquista de la ciudad, la mayor parte de los toronenses, que nada sabían, estaban confusos, mientras que los que se hallaban al corriente del complot y eran favorables al mismo, se pusieron de inmediato de parte de los invasores. Por su parte, los atenienses (había unos cincuenta hoplitas, que se hallaban durmiendo en la plaza) al percatarse de la situación, excepto unos pocos que resultaron muertos en combate mano a mano, los demás,

unos a pie y otros embarcándose en dos naves que permanecían de guardia, se pusieron a salvo refugiándose en la plaza fuerte de Lecito, que había sido conquistada y permanecía bajo control ateniense. Se trata de un promontorio de la ciudad que se proyecta en dirección al mar y que se encuentra separado en un extremo del istmo. También encontraron refugio en él los toronenses que eran partidarios de los atenienses.

114. Una vez se hizo de día y la ciudad se encontró de forma definitiva en sus manos, Brásidas promulgó una proclama a los toroneses que habían buscado refugio junto a los atenienses, diciéndoles que quien quisiera podía salir para recuperar sus propios bienes, y para ejercitar libremente sus propios derechos de ciudadano. Envió a su vez un heraldo a los atenienses, invitándolos a que salieran de Lecito, con garantías, llevándose sus pertenencias, en cuanto que se trataba de una localidad que pertenecía a la Calcídica.

Los atenienses, sin embargo, rehusaron abandonar la posición, aunque solicitaron se les concediera un día de tregua para recuperar sus cadáveres. Brásidas concedió dos días, durante los cuales se dedicó por su parte a reforzar las casas vecinas, mientras los atenienses reforzaban sus posiciones.

Convocó luego la asamblea de los toronenses, y repitió más o menos lo que había dicho a los ciudadanos de Acanto; a saber, que no era justo considerar peores ciudadanos ni traidores a quienes habían colaborado con él en organizar la ocupación de la ciudad (desde el momento en que no lo habían hecho ni para reducirla a esclavitud, ni por dinero, sino por el propio bien y libertad de la misma). De forma análoga, tampoco había que creer que quienes no habían participado no iban a obtener un trato idéntico. Pues por su parte, él no estaba allí para traer la ruina a ninguna ciudad, ni a ningún ciudadano individualmente.

Respecto a la proclama que había mandado pregonar dirigida a los que habían encontrado refugio entre los atenienses, la había hecho porque consideraba que no por ser amigos de los atenienses eran aquéllos peores; pensaba que, una vez que los conocieran [a los lacedemonios], experimentarían hacia ellos una simpatía no menor, sino mucho mayor, en la medida en que éstos observaban un comportamiento

más justo. Y que si ahora les tenían miedo, era sólo por no haberlos tratado.

Por tanto, invitaba a todos a que se prepararan a ser firmes aliados, y a responder de ahora en adelante de las faltas que eventualmente cometieran. Y respecto a las faltas del pasado, no eran los lacedemonios los que habían resultado agraviados, sino más bien los toronenses a manos de un pueblo mucho más poderoso. En consecuencia, si en algún momento se les habían resistido, la cosa podía tener cierta disculpa.

115. Tras haberse dirigido a los toronenses en estos términos, y haberles infundido ánimo, comenzó a atacar Lecito, una vez concluida la tregua. Los atenienses se defendían desde lo alto de una débil muralla, y desde unas casas almenadas, y durante un día consiguieron rechazarlos. Al día siguiente, cuando los enemigos se disponían a aproximar contra ellos una máquina, con la que intentaban prender fuego a las empalizadas, y cuando ya las tropas se hallaban avanzando, los atenienses levantaron una torre de madera sobre un edificio, justo en el punto hacia el que pensaban que los enemigos dirigirían la máquina por ser un lugar más vulnerable, y sobre ella colocaron muchas ánforas y orzas repletas de agua, así como grandes piedras, e hicieron subir a la misma gran cantidad de soldados.

Mas el edificio, sobrecargado con un peso excesivo, se desplomó súbitamente en medio de un gran estruendo. Los atenienses que se hallaban próximos y pudieron ver lo ocurrido se llenaron de pena más que de miedo; en cambio, los que se hallaban a cierta distancia, y en especial los que estaban más lejos, creyendo que la plaza había sido ya capturada en aquel sector, se dieron a la fuga de manera precipitada en dirección al mar y a las naves.

116. Al darse cuenta Brásidas de que los enemigos abandonaban las almenas, y al ver lo que ocurría, se lanzó a toda prisa con sus tropas contra la fortificación, se apoderó de ella y dio muerte a todos los que sorprendió en su interior. Por su parte, los atenienses, tras abandonar como se ha dicho la posición con sus barcos de transporte y naves de guerra, se dirigieron a Palene.

Existía un santuario de Atenea en Lecito, y Brásidas había

proclamado cuando se disponía a asaltarlo que daría treinta minas de plata al primero que escalara el muro. Pensando ahora que la conquista había acaecido merced a una intervención distinta de la humana, asignó las treinta minas al santuario de la diosa, destruyó Lecito y transformó toda la zona en un lugar sagrado.

Durante el resto del invierno se dedicó a organizar las plazas que estaban bajo su control y a preparar intervenciones contra los demás. Transcurrido este invierno, finalizó así el octavo año de la guerra.

117. Lacedemonios y atenienses, al comenzar la primavera del siguiente verano [45] estipularon un armisticio de un año. Los atenienses creían que de esta manera Brásidas no podría provocar nuevas defecciones antes de que ellos pudieran prepararse con calma, además de que (si les iba bien) podían prolongar el acuerdo. Por su parte, los lacedemonios suponían que los atenienses tenían miedo (como, efectivamente, ocurría), y que al haberse concedido una tregua a las desgracias y calamidades, aquéllos (tras haber tenido ya experiencia de esto) estarían más predispuestos a reconciliarse y a concluir un tratado válido por un período de tiempo más prolongado, una vez hubieran devuelto a sus hombres.

Efectivamente, su mayor preocupación era recuperar a sus hombres mientras duraba la buena suerte de Brásidas. Pues de otra manera, y aun en el caso de que continuara progresando y estableciera un cierto equilibrio, iban a verse privados de esos hombres [46], y a tener que combatir con los otros en un plano de igualdad, haciendo frente a peligros y éxitos [47].

En consecuencia, estipularon un armisticio entre sí y sus respectivos aliados, en los siguientes términos:

118. *«En lo que respecta al santuario y al oráculo de Apolo Pitio, acordamos que pueda consultarlo todo el que quiera, sin engaño y libremente, según las normas tradicionales. Este es el parecer de los lacedemonios y de sus aliados*

[45] Recordemos que el término «verano» incluye en Tucídides primavera-verano.

[46] Se refiere a los espartanos prisioneros en la isla de Esfacteria.

[47] Todo este capítulo plantea problemas de transmisión y de interpretación.

presentes. Y enviarán además heraldos a los beocios y a los focenses para intentar, en la medida de lo posible, convencerlos. Por lo que respecta al tesoro del dios, nos preocuparemos de buscar a los culpables de manera recta y justa, de acuerdo con las normas tradicionales: y esto vale para vosotros, para nosotros, y para cuantos otros quieran, actuando todos de acuerdo con las normas tradicionales. Acerca, pues, de estas cosas así es como mejor parece a los lacedemonios y sus aliados.

Y he aquí ahora cuanto han decidido los lacedemonios y sus aliados en el caso de que los atenienses concluyan una tregua: cada uno de nosotros deberá permanecer en nuestros territorios, conservando las posesiones que en la actualidad poseemos (la guarnición que está en Corifasio, que no salga de Búfrade y Tomeo; los que se encuentran en Citera, que eviten entrar en contacto con los aliados —ni nosotros con ellos, ni ellos con nosotros—; los que están en Nisea y Minoa, que no traspasen el camino que va de la puerta del santuario de Niso al de Posidón, ni el que va desde el de Posidón en línea recta hasta el puente que conduce a Minoa —tampoco los megarenses y sus aliados deben traspasar este camino—; y que mantengan la isla, que los atenienses han conquistado, y que ningún bando establezca relaciones con el otro en ninguna parte; y también el territorio de Trecén, cuanto poseen en la actualidad y según estipularon en un acuerdo con los atenienses.

En cuanto al uso del mar, los lacedemonios y sus aliados podrán navegar por el que baña sus costas y las de sus aliados, no con navíos de guerra, sino con embarcaciones de remo de distintos tipos, cuya capacidad máxima no exceda de quinientos talentos[48]*. Al embajador y la embajada (de cuantos acompañantes parezca conveniente) que acudan al Peloponeso o a Atenas para poner fin a la guerra o para resolver litigios, les protegerá una tregua, tanto en el camino de ida como de regreso, así por tierra como por mar. Durante este período no daremos acogida a desertores, sean libres o esclavos, ni vosotros ni nosotros. Vosotros y nosotros*

[48] Equivalentes a unas 13 toneladas. La restricción parece muy drástica. Según algunos autores nos encontramos ante un texto mal transmitido.

nos someteremos al arbitraje mutuo, de acuerdo con las tradiciones, resolviendo las controversias por vía jurídica, sin recurrir a la guerra.

Tal es el parecer de los lacedemonios y de sus aliados. Y si os parecen mejores y más justas otras propuestas, id a Lacedemonia y exponedlas, pues ni los lacedemonios ni sus aliados rechazarán ninguna propuesta justa que hagáis. Que los que vengan, vengan con plenos poderes, al igual que vosotros nos lo pedisteis. La tregua tendrá validez de un año.»

«Pareció bien al pueblo; la tribu Acamántide ejercía la pritanía [49]*, Fenipo actuaba de secretario, Niciades era el presidente, Laquete fue el autor de la propuesta (sea con buena fortuna para los atenienses) de que concertaran la tregua en las condiciones que los lacedemonios y sus aliados acordaron, y según aceptaron en la asamblea popular. El armisticio tendrá valor durante un año y comenzará este mismo día (el catorce del mes Elafebolión)* [50]*. En este tiempo irían embajadores y heraldos de uno a otro bando, para tratar sobre las condiciones en que se pondrá fin a la guerra.*

Los estrategos y los pritanos harán convocar una asamblea, en primer lugar sobre la paz... [51]*, en la que los atenienses deliberarán acerca de en qué condiciones se admitiría la embajada relativa a la conclusión de la guerra. Las delegaciones que se hallen presentes ratificarán la tregua en este mismo momento, ante la asamblea del pueblo, comprometiéndose a observarla durante un año.*

119. *Este fue el acuerdo estipulado y jurado por los lacedemonios y sus aliados ante los atenienses y sus aliados el día doce del mes lacedemonio Gerastio* [52]*. Lo estipularon y ratificaron las siguientes personas: por parte de los lacedemonios Tauro, hijo de Equetímidas; Ateneo, hijo de Peri-*

---

[49] Cada una de las diez tribus que componían el cuerpo cívico de Atenas tenía cincuenta representantes (buleutas) en la Bulé. Cada una de estas tribus ejercía la presidencia (pritanía) de la Bulé (Consejo de los 500) y de la Asamblea (Eclesía) durante la décima parte del año.

[50] Se trata del día siguiente al final de la celebración de las Dionisias ciudadanas.

[51] Hay una laguna en el texto.

[52] El mes Gerastio, de Lacedemonia, corresponde al Muniquio de Atenas (abril-mayo).

clidas; Filocáridas, hijo de Erixíladas; por parte corintia, Eneas, hijo de Ocito; Eufámidas, hijo de Aristónimo; por los sicionios, Damotimo, hijo de Náucrates, y Onásimo, hijo de Megacles. Por parte de los megarenses, Nicaso, hijo de Céfalo, y Menécrates, hijo de Anfidoro. Por parte de los de Epidauro, Amfias, hijo de Eupaida. Por parte de los atenienses, los estrategos Nicóstrato, hijo de Diítrefes, Nicias, hijo de Nicérato, y Autocles, hijo de Tolmeo.»

Este fue, pues, el armisticio, y durante todo el tiempo que estuvo vigente, ambos bandos mantuvieron conversaciones con vistas a un tratado de paz más amplio.

120. Por estos días en que se iniciaban las formalidades de la tregua, Esciona, ciudad de Palene, hizo defección de los atenienses, pasándose a Brásidas. Los escioneos sostienen ser originarios de la ciudad peloponesia de Pelene, y que sus primeros antepasados, a su regreso por mar desde Troya, fueron arrastrados a este lugar por la tempestad que sufrieron los aqueos, y se establecieron allí.

Brásidas se dirigió durante la noche hacia los que en Esciona se habían puesto de su parte, haciéndose preceder por una trirreme amiga, mientras él seguía detrás en un esquife, a fin de que si se encontraba con un barco mayor que su esquife le defendiera la trirreme. Creía que si aparecía una trirreme de pareja potencia combativa a la suya, no se dirigiría contra el esquife, sino contra la nave de guerra, y mientras tanto él podría ponerse a salvo.

Una vez concluida la travesía y reunida la asamblea de los escioneos, les expuso cuanto había dicho en Acanto y Torona, añadiendo que eran ellos los más dignos de elogio, dado que, aunque la península de Palene tenía cortadas las comunicaciones en la zona del istmo por los atenienses, que controlaban Potidea, y se hallaban ahora en la tesitura de ser unos simples insulares, se habían puesto por propia iniciativa del lado de la libertad, sin aguardar a que les sobreviniera, por cobardía, una situación de fuerza mayor en una cuestión que afectaba claramente a sus propios intereses. Y ello era una prueba de su capacidad de afrontar con valor cualquier otra situación de peligro grave. Y si los acontecimientos se desenvolvían según sus planes, los consideraría

a ellos como a los más fieles amigos de los lacedemonios y los colmaría de toda suerte de honores.

121. Los escioneos se llenaron de entusiasmo ante estas palabras, recobrando ánimos todos ellos, sin distinción, incluidos aquellos que en un principio no habían dado su aprobación a lo que ocurría. Se resolvieron a afrontar la guerra con todo ardor. Acogieron a Brásidas con toda clase de honores y le impusieron públicamente una corona de oro, como liberador de Grecia; y a título particular le adornaban con guirnaldas y le ofrecían las primicias como se suele hacer con los atletas.

Por su parte, Brásidas dejó por el momento una guarnición, y regresó por mar. No mucho después hizo pasar un ejército mucho más numeroso, con el propósito de efectuar, acompañado de los de Esciona, una intentona contra Mende y Potidea. Pensaba que los atenienses vendrían en ayuda de Palene, en cuanto que en la práctica era una isla, y quería adelantárseles. Además, mantenían ciertos tratos con estas ciudades para conseguir su entrega.

122. Y cuando se disponía éste a atacar dichas ciudades, llegaron en una trirreme adonde él estaba los encargados de anunciar el armisticio, esto es, el ateniense Aristónimo y el lacedemonio Ateneo. Mientras las tropas regresaban a Torona, éstos informaron a Brásidas del acuerdo. Todos los aliados de los lacedemonios en Tracia aceptaron cuanto se había hecho. Por su parte, Aristónimo, aunque dio su asentimiento a todo lo demás, se negó a que la tregua se hiciera extensiva también a Esciona, pues haciendo un cálculo de los días, se había percatado de que esta ciudad había hecho defección con posterioridad a la fecha del armisticio. En cambio, Brásidas sostenía insistentemente que la defección había tenido lugar antes, por lo que no quería abandonar la ciudad.

Cuando Aristónimo dio parte a Atenas de esta situación, los atenienses se dispusieron a efectuar una expedición contra Esciona. A su vez, los lacedemonios les despacharon unos embajadores que les advirtieron que en tal caso violarían el tratado. Dando por buenas las palabras de Brásidas, reivindicaban la ciudad, aunque se declaraban dispuestos a someterse a un arbitraje a este respecto. Los atenienses, en cam-

bio, no querían correr el riesgo de un arbitraje, sino que deseaban enviar cuanto antes las tropas; en verdad estaban indignados de que hasta los isleños pretendieran ahora hacer defección de su bando, confiados en el poderío terrestre (aunque inútil)[53] de los lacedemonios.

La verdad acerca de este asunto de la defección estaba más próxima a la interpretación de los atenienses, ya que, en efecto, los de Esciona se habían sublevado dos días después del armisticio.

Los atenienses aprobaron, persuadidos por una propuesta de Cleón, un decreto para destruir Esciona y matar a sus habitantes. Permanecieron inactivos respecto de otros asuntos, mientras se preparaban para este propósito.

123. En el ínterin hizo defección Mende, una ciudad de Palene, colonia de Eretria, Brásidas le dio acogida, convencido de que actuaba de acuerdo con la justicia, pues se habían pasado a él abiertamente, en pleno armisticio, pues también por su parte echaba en cara a los atenienses haber transgredido el armisticio. Por esto precisamente los habitantes de Mende acrecentaron su audacia, pues veían la firme decisión de Brásidas, a juzgar por el caso de Esciona, a quien no había traicionado. Además, quienes actuaban en favor de Brásidas no eran muchos, y una vez estuvieron decididos a intervenir no cejaron: temiendo por sí mismos, en el caso de ser descubiertos, habían obligado a la masa de ciudadanos en contra de sus propias convicciones.

Cuando los atenienses tuvieron noticias de esto, al punto se indignaron aún más, y comenzaron los preparativos contra estas dos ciudades.

Brásidas como esperaba la llegada de la flota, hizo trasladar a Olinto, en la Calcídica, a los niños y las mujeres de Esciona y Mende, y envió a estas ciudades quinientos hoplitas peloponesios y trescientos peltastas calcídeos. Al frente de todo este contingente iba Polidamida.

Mientras tanto éstos hacían sus preparativos en común

[53] Parece premonitoria esta afirmación de lo que ocurriría a los propios habitantes de Esciona (V. 32) y a los habitantes de la isla de Melos (V. 104-110).

para defenderse, en vista de que la llegada de los atenienses era inminente.

124. Por entonces, Brásidas y Perdicas efectuaron juntos una segunda expedición contra Arrabeo, en el territorio de Linco. El uno iba a la cabeza de los macedonios sujetos a sus órdenes,así como de los hoplitas griegos que habitaban el país. Y el primero mandaba, además de a los soldados peloponesios que le quedaban, a las tropas calcídeas, de Acanto, y de las demás ciudades, las fuerzas que cada una había podido aportar. El total de los hoplitas griegos ascendía a cerca de tres mil hombres, y les acompañaban casi mil jinetes macedonios y calcídeos. Además había una masa considerable de bárbaros.

Invadieron estas tropas el territorio de Arrabeo, y al encontrarse con que los lincestos estaban acampados cerrándoles el paso, tomaron a su vez posiciones contra aquéllos. La infantería de cada bando ocupaba una colina, y en medio había un llano. Las dos caballerías descendieron por él al galope, y se originó en primer lugar un combate ecuestre. A continuación, Brásidas y Perdicas (al adelantarse los hoplitas lincestos avanzando desde su colina, en unión de su caballería, prestos al combate) hicieron avanzar a su vez a sus tropas, entablaron combate y pusieron en fuga a los lincestos. Dieron muerte a muchos de éstos, mientras otros, refugiándose en las alturas, no se movieron de allí.

Después de esto, erigieron un trofeo y aguardaron dos o tres días, en espera de los ilirios, que debían venir enseguida en calidad de mercenarios a las órdenes de Perdicas. Luego Perdicas, en vez de permanecer inactivo, quiso avanzar contra las aldeas de Arrabeo, pero Brásidas, que estaba preocupado por la suerte de Mende, en tanto que temía que pudiera sufrir algún contratiempo si la flota ateniense se le adelantaba, y dado que además los ilirios no habían llegado, no se mostraba muy dispuesto a ello, sino, antes bien, a emprender la retirada.

125. Así, mientras ambos discutían, les llegó la noticia de que los ilirios habían traicionado a Perdicas y se habían pasado a Arrabeo. Pues bien, a ambos les pareció oportuno retirarse por temor a los ilirios, que era gente muy belicosa; sin embargo, a causa de la discusión no habían decidido nada

sobre el momento en que debían partir. Como sobreviniera la noche, los macedonios y la gran masa de bárbaros fueron presa del pánico (según suele ocurrir a los grandes ejércitos, que se atemorizan sin causa aparente) por creer que contra ellos venía un enemigo más numeroso de lo que en realidad era, y que casi estaba allí ya, por lo que se dieron de pronto a la huida marchando cada uno a su país.

Perdicas, que en un principio no se había percatado, se vio obligado (tan pronto como se enteró) a retirarse antes de haber podido ver a Brásidas; pues, efectivamente se encontraban acampados muy lejos el uno del otro.

Cuando Brásidas, a eso del amanecer, vió que los macedonios se habían marchado los primeros, y que Arrabeo y los ilirios estaban a punto de llegar, hizo formar a los hoplitas en un cuadro, disponiendo en el centro las tropas armadas a la ligera, con el propósito de retirarse así.

Dispuso a los más jóvenes de tal modo que pudieran efectuar una veloz salida contra el enemigo, si los atacaban en algún punto, mientras él mismo cerraba la marcha retirándose al frente de trescientos soldados selectos, con la intención de hacer frente y rechazar a la vanguardia enemiga cuando ésta acometiera. Mas antes de que los enemigos se hallaran próximos, dirigió a los soldados, con la brevedad impuesta por las circunstancias, la siguiente exhortación:

126. *Si no sospechara, soldados peloponesios, que os sentís atemorizados porque os han dejado solos y porque los que nos atacan son bárbaros y en gran número, no añadiría, como hago, una recomendación a mi exhortación. Mas ante el actual abandono de nuestros aliados y ante el gran número de nuestros enemigos, intentaré convenceros de lo que es más importante, mediante un breve recordatorio y consejo. En efecto, os cuadra ser valientes en la guerra no por la permanente presencia de tropas aliadas, sino por el valor que os es propio; y de igual manera lo es el no tener miedo ante el mayor número del enemigo, pues no venís de uno de esos regímenes políticos en los que la masa domina sobre unos pocos, sino una minoría a la mayoría, y no habéis conseguido ese mando por otro procedimiento que el de tener éxito en la guerra.*

En cuanto a los bárbaros, a quienes en estos momentos

teméis por falta de experiencia, debéis convenceros (basados en los combates precedentes que ya habéis librado con algunos de ellos —me refiero a los macedonios— y en lo que yo sospecho gracias a mis conjeturas y a las noticias que he recibido de otros) de que no serán de temer.

En efecto, una información exacta a propósito de aquellas cosas en las que el enemigo aparenta ser fuerte (siendo en realidad débil) confiere una mayor confianza a quienes se enfrentan con él. Y por el contrario, quien ataca a un enemigo que dispone de alguna ventaja indiscutible, sin haberse informado de antemano, puede hacerlo con una osadía excesiva. Así, ésos muestran una apariencia terrorífica para quienes no los conocen: terribles, en efecto, se muestran a la vista a causa de su número, e irresistibles por el estruendo de su griterío, y hasta su inútil agitar de armas les confiere un aspecto amenazante. Sin embargo, cuando se trata de llegar a las manos con un adversario que no se amedrenta, ya no resultan los mismos. Pues al no disponer de una formación en orden no se avergonzarían al abandonar una posición cuando se ven obligados a ello. Además, como entre sí consideran igualmente honrosa la huida como el ataque, no tiene ocasión de poner a prueba su valor (en verdad, una batalla en la que cada cual se comporta según sí mismo ofrece el mejor pretexto para ponerse a salvo de manera decorosa). Consideran, finalmente, más seguro infundir miedo sin correr ellos peligro, que llegar a las manos, pues en caso contrario usarían esta táctica en vez de aquélla.

Veis, pues, claramente que todo lo que en ellos parece a primera vista temible, de hecho se reduce a poca cosa, aunque a la vista y el oído se presente como algo impresionante. Si les aguardáis, pues, cuando os ataquen y en el momento oportuno emprendéis una retirada lenta conservando el orden y la formación, alcanzaréis más rápidamente un lugar seguro, y conoceréis para el futuro que las multitudes de esta clase se limitan a alardear de valor a distancia y con amagos sólo de amenazas ante quienes aguantan su primera embestida; en cambio, si se cede ante ellas, mostrarán su valor persiguiendo, sin peligro alguno, los talones del enemigo.

127. Tras haberles exhortado en estos términos, Brásidas comenzó a retirar su ejército. A la vista de ello, los bárbaros se les echaron encima en medio de un inmenso griterío y un enorme tumulto, creyendo que éste huía y que podían capturarlo y aniquilarlo. Pero al comprobar que por cualquier punto que atacaban hacían los enemigos rápidas salidas contra ellos, y que el propio Brásidas, al frente de sus hombres escogidos, resistía la acometida, y que el resto de las tropas (tras haber aguantado la primera embestida, en contra de lo que esperaban) resistían, retirándose cuando el enemigo permanecía inactivo, fue entonces cuando la mayor parte de los bárbaros se abstuvo de atacar en campo abierto a las tropas griegas de Brásidas. Dejaron que un pequeño contingente continuara molestándoles con algunas escaramuzas, mientras los demás se lanzaron a la carrera contra los macedonios que habían emprendido la huida, dando muerte a los que alcanzaban. Se anticiparon así a capturar la estrecha quebrada que entre dos alturas conduce al territorio de Arrabeo, pues sabían que Brásidas no tenía otra posiblidad de retirada. Y cuando éste se acercaba a la parte más peligrosa del sendero, lo rodearon para cerrarle el paso.

128. Mas Brásidas se percató de ello y dio órdenes a sus trescientos hombres (indicándoles cuál de las dos alturas le parecía más fácil de conquistar) de que a todo correr marcharan hacia ella, lo más rápidamente que cada cual pudiera, sin mantener la formación, a fin de desalojar de allí a los bárbaros que en ella estaban, antes de que se incorporaran las tropas que estaban efectuando el cerco.

Los hombres de Brásidas se lanzaron sobre la colina y derrotaron a los que allí estaban, y desde ese momento el grueso del ejército griego pudo avanzar más fácilmente hacia ella.

Los bárbaros, en efecto, cuando se produjo la huida de aquellos de los suyos que ocupaban las alturas, se llenaron de miedo y dejaron de continuar la persecución, considerando que los griegos habían alcanzado ya sus fronteras y se habían puesto a salvo. Por su parte, Brásidas, después de hacerse con el control de las alturas avanzaba con mayor seguridad, y en ese mismo día llegó a Arnisa, primera ciudad del reino de Perdicas.

Los soldados, indignados porque los macedonios se ha-

bían retirado al principio, al encontrarse en el camino carros tirados por bueyes y bagajes desparramados por el suelo (como era natural que ocurriera, al haberse producido la retirada durante la noche, y en medio de un gran pánico) desuncían y mataban a los animales, y se apoderaban de los bagajes.

A partir de este momento, Perdicas empezó a tratar a Brásidas como enemigo, y concibió contra los peloponesios un odio que en su corazón (a causa de los atenienses) no congeniaba con él. Sin embargo, sin atender ya más a las exigencias de la actual situación, buscó por todos los medios la mejor manera de llegar cuanto antes a un acuerdo con Atenas, y desembarazarse de su alianza con los peloponesios.

129. Al retirarse Brásidas de Macedonia, se dirigió a Torona, donde se encontró con que los atenienses controlaban Mende. Permaneció allí inactivo, pues veía que no estaba en condiciones de atravesar hasta Palene para llevar socorros a la ciudad, y se limitó a mantener vigilancia Torona.

Efectivamente, más o menos por la misma época en que había tenido lugar la expedición en territorio de Linco, los atenienses habían organizado una expedición sobre Mende y Esciona (según había planeado) con cincuenta trirremes, diez de las cuales eran de Quíos, mil hoplitas de Atenas, seiscientos arqueros, mil mercenarios tracios y un cierto número de peltastas proporcionados por los aliados de la zona. Iba al frente de la expedición Nicias, hijo de Nicérato, y Nicóstrato, hijo de Diítrefes. Zarparon de Potidea, echaron el ancla en la zona del santuario de Posidón, y avanzaron sobre Mende.

Las fuerzas de esta ciudad, junto a trescientos de Esciona que habían acudido a socorrerles, y algunas tropas auxiliares peloponesias (setencientos hoplitas en total, a las órdenes de Polodámidas) se encontraban en aquel momento acampados en las afueras de la ciudad, sobre una altura de fácil defensa. Contra ellos dispuso Nicias ciento veinte hombres de Metona, armados a la ligera, sesenta hoplitas selectos de Atenas, y todos los arqueros, e intentó aproximarse a través de un sendero de la colina, pero sometido al fuego de los disparos, no pudo desalojarlos.

A su vez Nicóstrato, que con el resto de las tropas se ha-

bía puesto en marcha por otra ruta más larga para atacar la colina, cuyos accesos eran difíciles, se vio envuelto en la más completa confusión, y a punto estuvo de ser derrotado todo el ejército ateniense.

Aquel día los atenienses, al no ceder los habitantes de Mende y sus aliados, se retiraron e instalaron un campamento, mientras los mendeos, al sobrevenir la noche, regresaron al interior de su ciudad.

130. Al día siguiente los atenienses, tras haber dado la vuelta con la flota en torno a la ciudad para alcanzar la parte que mira a Esciona, ocuparon los suburbios y se dedicaron durante todo el día a saquear el territorio, sin que nadie hiciera una salida contra ellos (en la ciudad había, efectivamente, ciertas disensiones). A la noche siguiente los trescientos ciudadanos de Esciona regresaron a su ciudad.

Al día siguiente, Nicias se dirigió con la mitad de las tropas a la frontera con Esciona, donde continuó saqueando la campiña, mientras Nicóstrato tomaba posiciones con el resto del ejército delante de la ciudad, junto a las puertas de arriba, por donde se va a Potidea.

Por su parte Polidámidas, (dado que las fuerzas de Mende y las tropas venidas en auxilio se encontraban acampadas dentro del recinto de las murallas) las formó en orden de batalla, mientras exhortaba a los de Mende a que efectuaran una salida. Y como uno del pueblo le contestara en tono insolente que no iban a salir y que no había necesidad de combatir, fue agarrado del brazo y zarandeado por Polidámidas tan pronto acabó su alegato. Entonces el pueblo tomó de pronto las armas y se lanzó, irritado, contra los peloponesios y contra quienes junto a éstos habían llevado a cabo una política opuesta a la suya.

Cayendo sobre ellos los pusieron en fuga, tanto por lo repentino del ataque como por el miedo que sintieron éstos al ver que les abrían las puertas a los atenienses: creyeron, en efecto, que el ataque contra ellos había sido algo previamente organizado.

Los que escaparon a la inmediata masacre, se refugiaron en la acrópolis, que tenían ya desde antes en su poder. A su vez, los atenienses (Nicias ya había regresado y se hallaba en las proximidades de la ciudad) se precipitaron en la ciudad

con todo el ejército, y como la apertura de las puertas no había sido consecuencia de ningún acuerdo, la sometieron al saqueo de todas las tropas, como si hubiera sido tomada al asalto. A duras penas consiguieron evitar los estrategos que los soldados masacraran a sus habitantes.

Después de esto aconsejaron a los de Mende que se rigieran según el régimen político tradicional, y que fueran ellos mismos quienes decidieran si había responsables de la defección. Respecto a los soldados que se habían refugiado en la acrópolis, los rodearon con un muro que llegaba hasta el mar, e hicieron colocar centinelas en él. Una vez que controlaron la situación en Mende, se dirigieron contra Esciona.

131. Los ciudadanos de Esciona y los peloponesios salieron a hacerle frente y se instalaron sobre una altura de fácil defensa que se halla delante de la ciudad. De no capturarla los enemigos, no tendrían posibilidad de bloquear la ciudad. Mas los atenienses se lanzaron con toda decisión contra ella y desalojaron con sus armas a quienes la ocupaban. Establecieron un campamento, y tras haber erigido un trofeo, se pusieron a cercar la ciudad con un muro de circunvalación.

No mucho después, cuando los atenienses se hallaban en pleno trabajo, las tropas auxiliares que habían quedado bloqueadas en la acrópolis de Mende forzaron la vigilancia del lado del mar, y llegaron durante la noche a Esciona. La mayoría de ellos consiguieron escapar de las fuerzas que estaban acampadas delante de la ciudad, y penetraron en ella.

132. Mientras tenía lugar el bloqueo de Esciona, Perdicas envió un embajador a los estrategos atenienses, y concertó un acuerdo con Atenas, a causa de la enemistad que había concebido contra Brásidas a resultas de la retirada del territorio de Linco, que fue precisamente el momento en que los pactos comenzaron [54].

Y como precisamente en aquel momento el lacedemonio Iscágoras se disponía a conducir por tierra un ejército a Brásidas, Perdicas, fuera por dar una respuesta a Nicias, quien tras el tratado le invitaba a que ofreciera a los atenienses alguna prueba clara de lealtad, fuera porque él mismo ya no

[54] Esta reconciliación entre Perdicas y los atenienses está documentada en una inscripción: *IG* I^3, 89.

deseaba que los peloponesios transitaran por su país, tomó todas las disposiciones necesarias con sus huéspedes de Tesalia (él siempre mantenía buenas relaciones con los personajes más influyentes) e impidió el paso de las tropas y los preparativos, de suerte que los lacedemonios ni siquiera intentaron nada contra los tesalios.

A pesar de ello, Iscágoras, Aminia y Aristeo se presentaron ante Brásidas, enviados por los lacedemonios para inspeccionar la situación. Traían de Esparta, en contra de toda costumbre, unos jóvenes, para que los pusiera al frente de las ciudades, evitando confiarlas al primero que apareciera. De este modo puso a Cleáridas, el hijo de Cleónimo, como gobernador de Anfípolis, y en Torona a Pasitélidas, hijo de Hegesandro.

133. En el transcurso de este mismo verano los tebanos derribaron los muros de Tespias, acusando a la ciudad de simpatizar con Atenas. Lo habían deseado hacer siempre, pero ahora se les presentaba mucho más fácil porque, en una batalla con los atenienses, había muerto la flor y nata de los ciudadanos de Tespias [55].

En este mismo verano se quemó el templo de Hera en Argos, al haber colocado la sacerdotisa Crisis una lámpara encendida junto a unas bandas y haberse quedado dormida, de suerte que todo se prendió y fue pasto de las llamas sin que nadie lo advirtiera. Crisis escapó a toda prisa en plena noche, por temor a los de Argos, y éstos, de acuerdo con las normas establecidas con anterioridad, nombraron a otra sacerdotisa, de nombre Faínide. Cuando Crisis huyó había sido sacerdotisa durante ocho años y medio de lo que iba durando esta guerra.

En cuanto a Esciona, quedó completamente bloqueada al final de este verano, y los atenienses dejaron allí una guarnición de hombres y se retiraron con el resto de sus tropas.

134. En el transcurso del invierno siguiente la situación permaneció tranquila entre atenienses y lacedemonios gracias al armisticio. En cambio, los de Mantinea y Tegea y sus respectivos aliados mantuvieron un enfrentamiento en Lao-

---

[55] Detalles, en el capítulo 96.

docio, en la Oréstide[56], siendo incierta la victoria. Cada uno de los dos ejércitos había puesto en fuga un flanco de las tropas que se le enfrentaron, por lo que ambos bandos erigieron un trofeo y enviaron los despojos a Delfos.

Ciertamente, hubo una gran matanza de una y otra parte, y el combate quedó indeciso cuando la noche puso fin a las acciones. Los tegeatas vivaquearon sobre el terreno y erigieron a toda prisa un trofeo, mientras que los de Mantinea se retiraron a Bucolión, y algo más tarde erigieron otro como réplica.

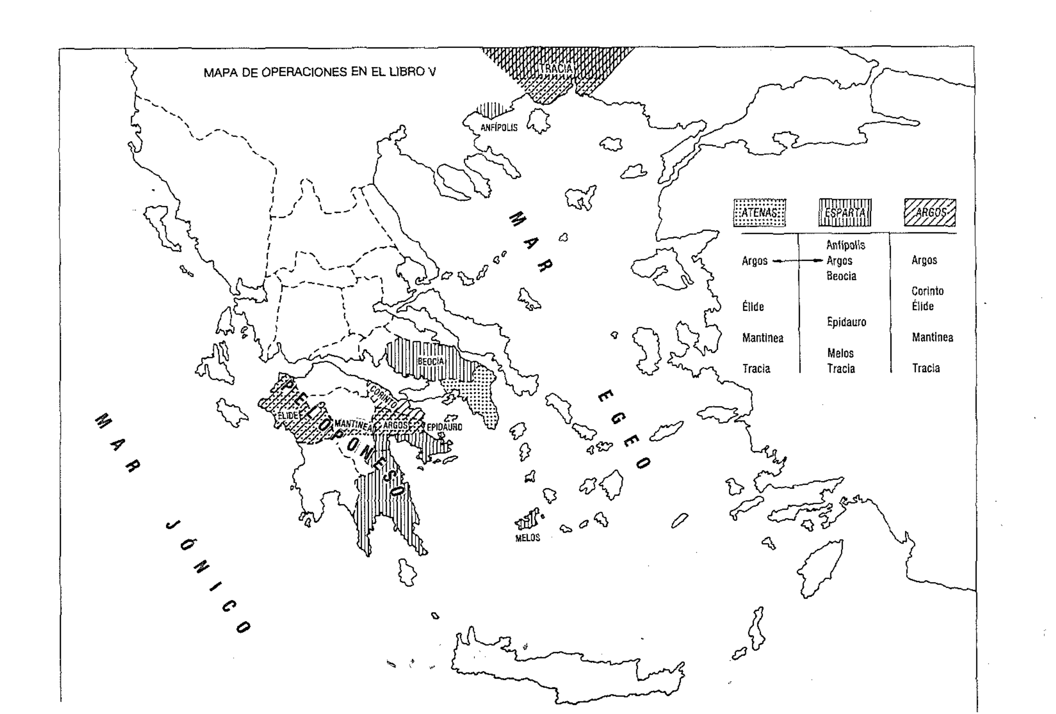
135. En este mismo invierno —hacia el final, cuando ya se aproximaba la primavera— también Brásidas hizo una intentona contra Potidea. En efecto, se acercó a ella de noche y aplicó una escala a la muralla, sin que nadie le hubiera visto hasta ese momento. Acababa de pasar la campanilla[57] y la escala fue adosada en el ínterin, antes de que regresara el que la había pasado. Sin embargo, enseguida se dieron cuenta, antes de que pudieran escalarla, y entonces Brásidas hizo retroceder rápidamente a su ejército, sin esperar la llegada del día.

Y concluyó el invierno, y con él el año noveno de esta guerra, cuya historia escribió Tucídides.

[56] Distrito de la región de Arcadia, en el corazón del Peloponeso.

[57] Los centinelas debían pasarse de mano a mano una campanilla para mantener la vigilancia, aunque momentáneamente quedaba sin vigilancia el sector del soldado que debía acercarla a su compañero.

LIBRO V


MAPA DE OPERACIONES EN EL LIBRO V
TRACIA
ANFÍPOLIS
MAR EGEO
MAR JÓNICO
PELOPONESO
BEOCIA
CORINTO
ÉLIDE
MANTINEA
ARGOS
EPIDAURO
MELOS
ATENAS
ESPARTA
ARGOS
Argos
Élide
Mantinea
Tracia
Anfípolis
Argos
Beocia
Epidauro
Melos
Tracia
Argos
Corinto
Élide
Mantinea
Tracia

Libro V

1. El verano siguiente expiró la tregua que había sido estipulada por un año y prorrogada luego hasta los Juegos Píticos [1]. Durante el armisticio los atenienses desalojaron de Delos a los delios. Estimaban que, a consecuencia de alguna culpa antigua, esta gente se hallaba en estado de impureza cuando fueron consagrados al servicio del dios. Y pensaban además que habían dejado de tomar esta medida cuando, con ocasión de llevar a cabo la purificación de la isla (según he dicho antes), creyeron haber dado cumplimiento a todo por el hecho de trasladar fuera los sepulcros de los muertos [2]. Entonces los delios, merced a una concesión de Farnaces, fueron a establecerse en Adramitio según cada cual prefirió.

2. Por su parte, Cleón, una vez concluido el armisticio, convenció a los atenienses y emprendió una expedición marítima hacia la región de Tracia con mil doscientos hoplitas y trescientos jinetes atenienses, un número superior de tro-

[1] Parece que el final de la tregua tuvo lugar a finales de marzo del 422, y la nueva tregua prorrogó la suspensión de hostilidades unos cinco meses, hasta la segunda mitad de agosto o primera mitad de septiembre.

[2] Con más detalles, se ha narrado la situación en el libro III, cap. 104.

pas aliadas y treinta naves. Se presentó primero en Esciona, que aún continuaba sometida a asedio, tomó consigo algunos hoplitas del contingente que estaba como guarnición y se dirigió hacia el puerto de Cofo, territorio de los toroneos, que se halla poco distante de esta ciudad. Informado por algunos desertores de que Brásidas no se encontraba en Torona, y de que las fuerzas de guarnición no estaban en condiciones de luchar con él, marchó desde allí con sus tropas de tierra contra la ciudad y al tiempo despachó doce naves a que bordearan la costa hasta el puerto.

Llegó primero al muro de circunvalación que Brásidas había hecho construir en torno a la ciudad con el propósito de dejar encerrado dentro los arrabales, y configurar así, mediante una abertura en la muralla antigua, una sola ciudad.

3. El comandante lacedemonio Pasitélidas y la guarnición que allí estaba corrieron en ayuda para intentar rechazar el ataque de los atenienses. Sin embargo, como sus tropas comenzaban a ceder, mientras que las naves que habían sido enviadas para entrar en el puerto se hallaban completando las maniobras, Pasitélidas fue preso de un doble temor: que las naves se anticiparan a capturar la ciudad mientras estaba desprotegida y que él mismo podía ser capturado si el enemigo ocupaba el muro exterior. Ante ello lo abandonó y se dirigió a todo correr a la ciudad.

Mas los atenienses le tomaron la delantera: los de las naves capturaron Torona y los de la infantería, lanzados en su persecución, irrumpieron al unísono en la ciudad a través de la brecha abierta en la antigua muralla. Mataron a una parte de los peloponesios y toronenses en el mismo transcurso de la acción, y a los que quedaron con vida los hicieron prisioneros, entre ellos al propio comandante Pasitélidas.

Mientras tanto Brásidas acudía en ayuda de Torona, mas cuando se enteró durante el camino que ya había sido tomada, regresó. Por sólo unos cuarenta estadios no consiguió llegar a tiempo.

Cleón y lo atenienses erigieron dos trofeos, uno en la zona del puerto y otro junto a la muralla; redujeron a esclavitud a las mujeres y a los niños de los toronenses, en cuanto a éstos mismos, a los peloponesios y a los calcídeos que allá se encontraban —hasta un total de setecientos— los envia-

ron a Atenas. De ellos, los peloponesios obtuvieron la libertad una vez se estipuló la tregua, y los demás fueron canjeados por los olintios, mediante un rescate hombre por hombre.

Por este tiempo, los beocios ocuparon, gracias a una traición, Panacto, una fortaleza ateniense en los confines del Ática. Mientras tanto, Cleón dejó instalada una guarnición en Torona, se hizo a la mar, y costeó el promontorio del Atos en dirección a Anfípolis.

4. Por aquel mismo tiempo, Féace, hijo de Erasístrato, junto a otros dos colegas, se dirigió con dos naves hacia Italia y Sicilia, en calidad de embajador de los atenienses. En efecto, los leontinos después de que los atenienses se hubieran marchado de Sicilia, una vez concluido el acuerdo de paz, hicieron inscribir muchos nuevos ciudadanos, y el pueblo tenía la intención de efectuar una redistribución de tierras. Pero los ricos se enteraron de ello, hicieron venir a los siracusanos y expulsaron a los del partido popular. Estos anduvieron errantes cada cual a su aire, mientras los ricos, tras haber llegado a un acuerdo con los siracusanos, abandonaron la ciudad dejándola desierta y se establecieron en Siracusa en calidad de ciudadanos.

Más tarde, sin embargo, algunos de ellos que se sentían a disgusto se marcharon de Siracusa y ocuparon Focea, un barrio de la ciudad de Leontinos, y Bricinias, una fortaleza en el mismo territorio leontino. La mayor parte de los miembros del partido popular (que habían sido desterrados con anterioridad) se unieron a ellos y estableciéndose allí se dedicaban a guerrear desde ambos lugares fortificados.

Al enterarse los atenienses de esto, enviaron a Féace para ver si conseguían convencer a sus aliados de aquella región y a los demás siciliotas que pudieran, para emprender una expedición conjunta contra los siracusanos, que andaban acrecentando su poderío, y salvar el partido popular de los leontinos.

A su llegada, Féace logró persuadir a los de Camarina y a los de Acragante, pero como su iniciativa no tuvo éxito en Gela, renunció a acercarse a las otras ciudades, pues se daba cuenta de que no podría convencerlas. Se retiró a Catania atravesando la región de los sículos; de paso hizo acto de pre-

sencia en Bricinias para infundirles ánimos, y a continuación se dio de nuevo a la mar.

5. Durante su viaje de ida hacia Sicilia y en el de vuelta entró en contacto con algunas ciudades de Italia para inducirlas a que establecieran relaciones de amistad con los atenienses. Se entrevistó con aquellos locros que habían sido desterrados de Mesina, donde se habían establecido como colonos. En efecto, después de haber concluido un acuerdo los sicilianos, mientras Mesina se encontraba dividida entre dos facciones en lucha (una de las cuales había solicitado la intervención de los locros), aquéllos habían sido enviados en calidad de colonos, con lo que durante cierto tiempo Mesina estuvo en su poder.

Al encontrarse Féace con estos hombres cuando regresaban a su patria, no les causó daño alguno, dado que los locros habían llegado con él a un acuerdo para concertar la paz con los atenienses. Y es que habían sido los únicos miembros de la alianza que no habían concluido un pacto con los atenienses, cuando los sicilianos se reconciliaron. Y ahora tampoco la habrían acordado, de no haberse visto empeñados en una guerra contra Hiponio y contra Medma, ciudades limítrofes y colonias suyas. Féace llegó más tarde a Atenas, pasado algún tiempo.

6. Cleón, por su parte, una vez que llevó a cabo su periplo desde Torona en dirección a Anfípolis, estableció su base en Eión, desde donde atacó Estagira, colonia de Andros, sin lograr capturarla. En cambio, tomó por la fuerza Galepso, que es una colonia de Tasos.

Envió entonces unos embajadores a Perdicas, a fin de que se presentara con sus fuerzas, de acuerdo con el tratado de alianza [3] y también otros a Tracia, ante Poles, rey de los odomantos, para obtener el mayor número posible de mercenarios tracios. Mientras tanto, él permanecía en Eión, sin tomar iniciativa alguna.

Sin embargo Brásidas, informado de esto, tomó posiciones frente a él en Cerdilio. Es ésta una localidad que pertenece a los argilios y ocupa una altura al otro lado del río, poco distante de Anfípolis. Desde dicho punto se divisaba

[3] Recuérdese lo dicho en IV, 132.

todo, de modo que Cleón no habría podido moverse con su ejército sin ser advertido. Y era esto precisamente lo que se esperaba que hiciera, iniciar la ascensión con sus tropas contra Anfípolis, despreciando el escaso número del enemigo.

Al propio tiempo comenzaba los preparativos, llamando en su ayuda a mil quinientos mercenarios tracios y a todos los edones, peltastas y jinetes. Contaba además con mil peltastas de Mircino y de los calcídeos, aparte de los que se hallaban en Anfípolis. El total del contingente de hoplitas ascendía a aproximadamente dos mil hombres, mientras los jinetes griegos eran trescientos.

Brásidas había tomado posiciones en Cerdilio con unos mil quinientos hombres de éstos, y en cuanto al resto, se hallaba en Anfípolis bajo las órdenes de Cleáridas.

7. Por su parte, Cleón permaneció quieto durante algún tiempo, pero enseguida se vio obligado a hacer lo que Brásidas esperaba. Sus soldados, en efecto, sobrellevaban mal la inactividad y hacían sus cálculos sobre la inexperiencia en el mando y sobre la cobardía de Cleón comparada con una experiencia y audacia tan grandes, así como sobre cuán contra su voluntad vinieron desde Atenas con él [4].

Entonces Cleón, percatándose de estas murmuraciones y no queriendo que sus hombres se apesadumbraran por permanecer inactivos siempre en el mismo sitio, se puso a su vez en marcha. Se comportó ahora del mismo modo que cuando logró el éxito de Pilos, a raíz del cual quedó convencido de sus capacidades.

En efecto, pensaba que nadie le saldría a presentar batalla, y sostenía más bien que avanzaba hacia la ciudad para reconocer el terreno, y que si esperaba refuerzos no era para conseguir la victoria con mayores seguridades (en caso de verse obligado a combatir), sino para rodear por completo la ciudad y tomarla por la fuerza. Avanzó, pues, hasta instalar a sus tropas sobre una altura bien defendida, delante de Anfípolis, y se dedicó a observar la zona pantanosa del Estrimón, y ver la situación de la ciudad como base contra Tra-

[4] El retrato que Tucídides nos pergeña aquí de Cleón (poco brillante, como se ve) coincide en sus rasgos generales con lo que nos dice el cómico Aristófanes.

cia. Pensaba, además, que podía volverse cuando quisiera sin necesidad de combatir, pues no se veía a nadie sobre los muros, ni nadie que saliera por las puertas, que permanecían todas cerradas. De modo que pensó que había cometido un error al no venir a la ciudad con las máquinas de asalto, pues la habría conquistado por hallarse sin defensores.

8. Mas Brásidas, tan pronto vio que los atenienses se ponían en movimiento, bajó de Cerdilio y regresó a Anfípolis. No efectuó ninguna salida contra los atenienses, ni les presentó batalla en campo abierto, pues tenía cierto temor a causa de su propio contingente de tropas, a las que consideraba inferiores (no por el número, ya que había entre ambos un cierto equilibrio, sino por su calidad), en tanto que las fuerzas atenienses estaban constituidas exclusivamente por ciudadanos y por los mejores soldados de Lemnos e Imbros; de modo que se disponía a combatir recurriendo a la astucia.

Pensaba, en efecto, que si revelaba al enemigo el número y el improvisado equipamiento de sus tropas, tendría menos oportunidades de alcanzar la victoria que si no los dejaba ver de antemano, evitando así —y no sin razón— que los miraran con desprecio.

Así pues, eligió ciento cincuenta hoplitas para sí, y tras encargar a Cleáridas el mando de los restantes, se preparó a lanzar un ataque repentino, antes de que los atenienses se retiraran, pues pensaba que no volvería a poderlos sorprender solos, una vez que se les incorporaran los refuerzos. Convocó, pues, a todos los soldados, ya que quería darles ánimos y exponer al propio tiempo su plan, y les habló así:

9. *«Soldados peloponesios, para recordaros que venimos de un país que siempre ha sido libre gracias a su valor, y que vais a luchar vosotros, unos dorios, contra jonios, a los que soléis mostraros muy superiores, debe bastar esta breve demostración. Y en cuanto al modo de efectuar nuestro ataque, os voy a exponer cómo pienso llevarlo a cabo, a fin de que a nadie parezca debilidad y cause descorazonamiento el hecho de afrontar el peligro en pequeños grupos y no todos a la vez.*

Conjeturo, en efecto, que los enemigos han subido a las alturas y se han desperdigado ahora despreocupadamente para observar el terreno, no sólo por el desprecio que sien-

ten hacia nosotros, sino porque creen también que nadie será capaz de salir a presentarles batalla. En cambio, es quien se percata con mayor clarividencia de estos errores del enemigo y efectúa el ataque teniendo en cuenta al mismo tiempo sus propias fuerzas (y no en campo abierto y con las tropas alineadas frente a frente, sino según la coyuntura ventajosa del momento) el que tiene mayores probabilidades de éxito. Y son estos expedientes, merced a los cuales engaña uno al enemigo de la mejor manera, al tiempo que se proporcionan las mayores ventajas a los amigos, los que ocasionan una gloria mayor. Por tanto, en vista de que los atenienses, gracias a la confianza que en sí mismos tienen, no se preocupan de estar en guardia, y —según me parece— tienen más la intención de retirarse que de permanecer en el sitio, aprovechando este momento de relajo y antes de que su espíritu se recupere, yo me lanzaré con mis hombres a la carrera sobre el centro de su ejército, tomando la delantera, en cuanto me sea posible. Entonces tú, Cleáridas, acto seguido, cuando veas que caigo sobre ellos y que, verosímilmente, los pongo en fuga, poniéndote al frente de los tuyos, tanto de los anfipolitas como de los demás aliados, abre de inmediato las puertas y lánzate a toda prisa a trabar combate con ellos.

Y cabe esperar que esta segunda acción sea lo que más los llene de temor, pues el ataque segundo resulta más temible para el enemigo que las tropas que ya se hallan luchando.

Por tu parte, compórtate como un valiente —según te es natural como espartano—, y vosotros, aliados, seguidlo con valor, y pensad que son tres los requisitos para combatir bien: la voluntad de hacerlo, el sentimiento del honor y la obediencia a los jefes. Estad convencidos además de que este día os reserva una de las dos alternativas: procuraros, en el caso de que os portéis valerosamente, la libertad y ser llamados aliados de los lacedemonios, o ser súbditos de los atenienses (y ello si conseguís, en el mejor de los casos, no ser vendidos como esclavos o condenados a muerte), y sufrir una servidumbre más penosa que la precedente, además de que habréis sido un obstáculo para la liberación de los demás griegos.

Así que no os ablandéis viendo cuánto está en juego en esta batalla, mientras que yo, por mi parte, os demuestro que no sirvo sólo par dar consejos a los demás, sino para acudir al ataque en el momento de la acción.»

10. Brásidas pronunció sólo estas palabras. Preparó personalmente la salida y colocó a los demás con Cleáridas delante de las llamadas Puertas Tracias, a fin de que se lanzaran fuera según se había acordado. Por lo que a Cleón respecta (una vez que se supo que Brásidas había bajado de Cerdilio, que ofrecía sacrificios en la ciudad —pues ésta se divisaba bien desde fuera—, junto al santuario de Atenea, y andaba ocupado en estos preparativos) le fue comunicado (Cleón se había acercado a la ciudad en el transcurso de la inspección) que en el interior de la ciudad se veía todo el ejército enemigo, y que por debajo de las puertas se divisaban muchos cascos de caballos y piernas que revelaban la inminencia de una salida.

Al oírlo éste, se acercó, y al percatarse de la situación no quiso presentar batalla antes de que le llegaran refuerzos. Creyendo que tendría tiempo de alejarse, mandó que se diera la señal de retirada, al tiempo que ordenaba a las tropas que según se ponían en marcha se dirigieran hacia Eón adelantando el flanco izquierdo, que era la única manera posible.

Pero al parecerle que esta maniobra se efectuaba con lentitud, hizo avanzar él mismo al ejército haciendo girar el ala derecha, presentando al enemigo un flanco descubierto.

Entonces Brásidas, al ver la oportunidad que se le brindaba, y al ejército de los atenienses en retirada, dijo a sus hombres y a los demás:

«Estos soldados no aguantan ante nosotros. Lo pone de manifiesto el movimiento de las lanzas y de las cabezas, pues quienes proceden de esa manera no suelen aguantar a quienes los atacan. Así es que alguien me abra las puertas que señalé, y marchemos cuando antes, llenos de confianza, contra ellos.»

Y al instante, saliendo él mismo por las puertas que daban sobre la empalizada y por las primeras del muro largo que entonces existía, se lanzó a la carrera por aquel camino recto, en el que en la actualidad hay erigido un trofeo, según

se va por la parte más alta del terreno. Cayó sobre el centro del ejército ateniense, que quedó amedrentado por hallarse en un completo desorden y por el golpe de audacia de éste, y los puso en fuga. Por su parte Cleáridas, según se había convenido, atacó a continuación con su ejército por las Puertas Tracias.

Y ocurrió que los atenienses se vieron en una gran confusión a causa de lo inesperado y repentino de ambos ataques, de modo que su flanco izquierdo, el del lado de Eón y que era el que más había progresado en el avance, perdió en un instante el contacto y se dio a la fuga. Mientras este flanco se batía en retirada, el propio Brásidas resultó herido según pasaba por el ala derecha. Los atenienses no se percataron de que había caído, por lo que los soldados que estaban en las inmediaciones lo levantaron y lo alejaron.

El flanco derecho de los atenienses, en cambio, ofreció mayor resistencia. Por su parte Cleón, que incluso desde el principio no pensaba resistir, enseguida emprendió la huida, resultando muerto por un peltasta de Mircino que le había acorralado, mientras que sus hoplitas buscaron refugio en una colina y rechazaron por dos o tres veces los ataques de Cleáridas, y no retrocedieron hasta que la caballería mircinia y calcídea y los peltastas los rodearon y los hicieron huir con sus disparos.

Fue entonces cuando ya todo el ejército de los atenienses, huyendo a duras penas, y por diversas sendas a través de los montes, se retiró a Eón, excepto los que encontraron la muerte inmediata en combate cuerpo a cuerpo o a mano de la caballería calcídea y de los peltastas.

A su vez los otros recogieron a Brásidas del campo de batalla y lo condujeron aún con aliento a un lugar seguro en la ciudad. Este supo que los suyos habían obtenido la victoria, aunque poco después murió. El resto del ejército, una vez que regresó de acompañar a Cleáridas de la persecución, despojó a los cadáveres y erigió un trofeo.

11. Después de esto, los aliados todos participaron con sus armas en las exequias de Brásidas, celebradas oficialmente, y le dieron sepultura dentro de la ciudad, a la entrada de la plaza actual. Desde entonces los habitantes de Anfípolis, tras cercar el sepulcro con una verja, hacen sacrificios en su

honor en calidad de héroe y han establecido en señal de reconocimiento juegos y sacrificios anuales, y le han dedicado la ciudad, como si fuera el fundador de la colonia, tras haber demolido las edificaciones de Hagnón [5] y haber hecho desaparecer cualquier cosa que pudiera persistir como recuerdo de su fundación de la colonia. Consideraban a Brásidas como a su salvador (además de que en ese momento buscaban asegurarse la alianza de los lacedemonios por temor a los atenienses) y calculaban que no les convenía ni les resultaba grato el que Hagnón continuara con sus honores de antes, dado el comportamiento hostil que manifestaban los atenienses. Así es que devolvieron sus cadáveres a los atenienses. De éstos perecieron unos seiscientos hombres, y sólo siete de sus enemigos, debido a que no se había tratado de una batalla librada en formación, sino condicionada por una serie de circunstancias y ante una situación de pánico precedente.

Tras haber recogido los cadáveres, los atenienses zarparon en dirección a su país, mientras Cleáridas y los suyos ponían orden en los asuntos de Anfípolis.

12. Por aquel mismo tiempo, acabando ya el verano, los lacedemonios Ranfias, Autocáridas y Epicídidas condujeron un refuerzo de novecientos hoplitas a la región de Tracia. Llegados a Heraclea de Traquinia, se pusieron a arreglar lo que les parecía que no estaba bien. Mientras ellos andaban ocupados en estos menesteres tuvo lugar la batalla descrita. Y así concluyó este verano.

13. Al comienzo del invierno siguiente, Ranfias y los suyos se dirigieron a Pierio, en Tesalia. Sin embargo, en vista de la oposición de los tesalios, y a causa de la muerte de Brásidas (que era precisamente a quien llevaban refuerzos) se volvieron a su país. Pensaban, en efecto, que ya no era momento oportuno, dado que los atenienses se habían retirado derrotados y que ellos no estaban en situación de llevar a cabo ninguno de los proyectos de Brásidas. Pero sobre todo reemprendieron el camino de regreso porque sabían que los lacedemonios, en el momento en que ellos habían partido, estaban más inclinados a hacer la paz.

---

[5] Tal vez fueran los edificios públicos, de tiempos de Hagnón. Cf. IV, 102.

14. Inmediatamente después de la batalla de Anfípolis y del retorno de Ranfias de Tesalia, ocurrió que ninguno de ambos bandos contendientes emprendió operación bélica alguna, sino que se mostraban partidarios de la paz. Los atenienses habían sufrido un serio revés en Delio, y de nuevo otro, recientemente, en Anfípolis, de modo que ya no tenían la confianza de antes en sus fuerzas, por mor de la cual se habían negado con anterioridad a aceptar el tratado, en tanto que suponían (basándose en la favorable situación del momento) que saldrían vencedores. Al mismo tiempo, temían que sus aliados hicieran defección en mayor medida, cobrando ánimo a la vista de sus derrotas, y se arrepentían de no haber llegado a un acuerdo después del incidente de Pilos, momento en el que habían tenido una buena ocasión.

De otra parte, los lacedemonios se daban cuenta de que el desarrollo de la guerra había tenido lugar en sentido contrario a sus previsiones, pues habían calculado poder aniquilar en pocos años el poderío ateniense si devastaban su territorio. Y como les había acaecido sufrir la derrota de la isla (una derrota sin precedentes en Esparta) su territorio se veía sometido a las incursiones procedentes de Pilos y Citera, mientras que los hilotas, o bien desertaban, o bien los que se quedaban constituían un motivo constante de temor a que se sublevaran como en ocasiones anteriores, apoyados en la ayuda exterior y aprovechando la situación actual de los lacedemonios.

Se añadía a todo ello el hecho de que el tratado estipulado por treinta años con la ciudad de Argos estaba próximo a expirar, y los argivos no se mostraban partidarios de renovarlo si no se les restituía Cinuria. De modo que les resultaba absolutamente imposible sostener simultáneamente una guerra contra argivos y atenienses. Tenían finalmente la sospecha de que algunas ciudades del Peloponeso se iban a pasar a los argivos, como de hecho ocurrió.

15. Calculando, pues, uno y otro bando estas circunstancias, les pareció necesario concertar un acuerdo. Los lacedemonios estaban particularmente interesados en ello, por su vivo deseo de recuperar a los prisioneros de la isla, ya que

los que de entre aquéllos eran espartanos pertenecían a las más ilustres familias y eran parientes suyos[6].

Las negociaciones habían comenzado inmediatamente después de producida la captura, pero como los atenienses estaban a la sazón pletóricos de poder, no habían querido tratar en condiciones de igualdad. Mas al ser derrotados ahora los atenienses en Delio, los lacedemonios, percatándose de que sus propuestas encontrarían mejor acogida, estipularon un armisticio por un año, en el curso del cual ambas partes deberían reunirse y deliberar sobre un período de tiempo mayor.

16. Una vez que, algo más tarde, los atenienses sufrieron la derrota de Anfípolis y murieron Cleón y Brásidas[7] (que eran los que más se oponían en uno y otro bando a la paz: este último porque conseguía éxitos y gloria a consecuencia de la guerra, y el otro porque creía que en caso de que se restableciera la calma quedarían más al descubierto sus malas acciones y se daría menor crédito a sus calumnias); entonces fue cuando en ambas ciudades, aquellos que más ardientemente ansiaban una posición hegemónica (Plistoanacte, hijo de Pausanias, rey de los lacedemonios, y Nicias, el hijo de Nicérato, que era quien por aquel entonces obtenía mayores éxitos en el ejercicio de las armas) mostraron una solicitud mayor por la paz.

En efecto, Nicias, aprovechando que hasta ahora estaba invicto y gozaba de buena estima, quería preservar su suerte, dar una tregua en el presente a sus esfuerzos y al de sus conciudadanos y mantener cara al futuro la reputación de haber sido un hombre que no ocasionó contratiempo alguno a su ciudad. Y pensaba que ello se podía conseguir evitando los peligros y confiándose lo menos posible a los caprichos de la fortuna; y que era la paz la que permitía evitar las situciones de peligro.

En cuanto a Plistoanacte, le acusaban sus adversarios a propósito de su regreso del exilio. Y cada vez que la ciudad su-

---

[6] Aun cuando el texto está mal transmitido, el pasaje queda claro, sobre todo si se compara con lo que leemos en Plutarco, *Vida de Nicias,* 10, 8.

[7] En la *Paz* de Aristófanes, 261 y ss., se acoge con alegría la muerte de ambos.

fría algún revés le calumniaban ante los demás lacedemonios insinuando que tales desgracias ocurrían a causa de su ilegal retorno.

Lo acusaban, en efecto, de haber persuadido, en unión de su hermano Aristocles, a la sacerdotisa de Delfos para que en repetidas ocasiones respondiera a los teoros [8] lacedemonios que allí llegaran el siguiente oráculo:

«Hacer regresar desde tierra extranjera a su patria la simiente del semidiós hijo de Zeus [9]; pues, en caso contrario, ararían con reja de plata» [10].

Con el tiempo, la sacerdotisa había conseguido que los lacedemonios lo trajeran a Esparta. A la sazón vivía exiliado cerca del Liceo [11] tras haberse retirado con anterioridad del Atica (bajo sospecha de soborno), ocupando la mitad de la casa del recinto sagrado del santuario de Zeus, por miedo a los lacedemonios. Lo hicieron regresar al cabo de diecinueve años, con los mismos coros e idénticos sacrificios con que antiguamente, cuando la fundación de Lacedemonia, entronizaron a sus reyes.

17. Enojado, pues, por estas calumnias, pensaba que no se produciría ninguna desgracia mientras hubiera paz, y que al recobrar los lacedemonios a sus hombres, sus enemigos no le atacarían; mientras que si había guerra era inevitable que las personas en el poder resultaran acusadas constantemente de ser los responsables de los fracasos, y por ello se mostraba ansioso por llegar a un acuerdo.

Durante este invierno ambas partes mantuvieron conversaciones; y después, cuando la primavera se aproximaba, comenzó a difundirse por parte de los lacedemonios (haciéndola circular de ciudad en ciudad, a fin de que los atenienses se enteraran mejor) la noticia de que hacían preparativos para construir fortificaciones en territorio ateniense.

---

[8] Se designan así los miembros de una comisión consultiva de carácter religioso que acuden a algún oráculo. En algunas ciudades tenían el rango de magistrados.

[9] La alusión atañe a Heracles, hijo de Zeus y Alcmena, a quien las más nobles familias espartanas hacían remontar su ascendencia.

[10] Se ha interpretado esta expresión en el sentido de que se produciría una gran escasez de alimento y que los cereales alcanzarían precios elevadísimos.

[11] Nombre de un monte, en el Suroeste de Arcadia.

Más tarde, tras una serie de encuentros en los que se presentaron simultáneamente una gran diversidad de reclamaciones recíprocas, convinieron en la necesidad de llegar a un acuerdo de paz, después de que entrambas partes hubieran restituido los territorios ocupados en el transcurso de la guerra. Los atenienses, sin embargo, conservarían Nisea (ya que cuando éstos solicitaron la devolución de Platea, los tebanos afirmaron que se habían apoderado de esta ciudad no por la fuerza, sino mediante un acuerdo entre sus habitantes y sin que en él mediara traición; a su vez, los atenienses decían otro tanto a propósito de Nisea).

Los lacedemonios convocaron entonces a sus aliados, los cuales, a excepción de los beocios, corintios, eleos y megarenses (a quienes no satisfacían las negociaciones) votaron por concluir las hostilidades. Cerraron, pues, el acuerdo, hicieron libaciones ante los atenienses —y éstos ante los lacedemonios— y además el siguiente juramento:

18. «Los atenienses y los lacedemonios, y sus respectivos aliados, han estipulado un tratado de paz con las siguientes condiciones, jurándolo ciudad por ciudad:

En relación con los santuarios comunes, que quien lo desee pueda ofrecer sacrificios, acudir, consultar los oráculos y enviar teoros según los usos tradicionales, libremente, tanto por tierra como por mar. El santuario y el templo de Apolo en Delfos, y los propios delfios, gozarán de autonomía tanto tributaria como judicial, tanto en lo referente a sus personas como a sus tierras, en conformidad con los usos tradicionales.

El tratado entre los atenienses y los aliados de los atenienses y los lacedemonios y los aliados de los lacedemonios tendrá una vigencia de cincuenta años, sin engaño ni provocación de daños, tanto por tierra como por mar.

No estará permitido empuñar las armas con intención hostil ni a los lacedemonios y sus aliados contra los atenienses y sus aliados, ni a los atenienses y sus aliados contra los lacedemonios y sus aliados, bajo ningún tipo de expediente o pretexto. Y si hubiere alguna disensión entre ellos, que recurran a una decisión arbitral y a los juramentos, en conformidad con lo acordado.

Los lacedemonios y sus aliados devolverán Anfípolis a los

atenienses. Los habitantes de cuantas ciudades devuelvan los lacedemonios a los atenienses, estarán autorizados para marchar a donde quisieren, llevándose sus pertenencias. Estas ciudades serán autónomas y pagarán el tributo de la época de Arístides. Una vez se concierte la paz, y mientras éstas abonen el tributo, no les será permitido a los atenienses y sus aliados empuñar las armas para hacerles mal. Tales ciudades son: Argilo, Estagira, Acanto, Escolo, Olinto y Espartolo [12]. Y no serán aliadas de ninguno de los dos bandos, ni de lacedemonios ni de atenienses. Pero si los atenienses las persuaden, les estará permitido, con el consentimiento de ellas, hacerlas aliadas suyas. Los habitantes de Meciberna, Sana y Singo habitarán sus propias ciudades, en idénticas condiciones que los de Olinto y Acanto.

Los lacedemonios y sus aliados devolverán a los atenienses Panacto. A su vez los atenienses restituirán a los lacedemonios Corifasio, Citera, Metana, Pteleo y Atalanta, amén de todos los soldados lacedemonios que se encuentran prisioneros en Atenas o en cualquier otro lugar sujeto al dominio ateniense, además de los peloponesios sitiados en Esciona, todos los aliados de los lacedemonios que están en Esciona, también a los hombres que Brásidas mandó allí, y finalmente, los aliados de los lacedemonios que eventualmente se encuentren en prisión en Atenas o en cualquier otro lugar sujeto al dominio ateniense.

También devolverán los lacedemonios y sus aliados en idénticas condiciones a cuantos atenienses y aliados suyos tengan en su poder.

En cuanto a las ciudades de Esciona, Torona y Sermila, y cualquiera otra que los atenienses tuvieren en su poder, decidirán los atenienses a propósito de ellas, al igual que respecto a las otras, como mejor les parezca.

Los atenienses prestarán juramento ante los lacedemonios y sus aliados, ciudad por ciudad. Deberán prestar el más solemne juramento, de acuerdo con el ritual de uno y otro país, diecisiete representantes de cada ciudad. La fórmula será ésta:

---

[12] Las seis ciudades quedaron incluidas en esta cláusula por el hecho de ser antiguas aliadas de Atenas.

Respetaré este acuerdo y este tratado de paz lealmente y sin engaño.

A su vez, los lacedemonios y sus aliados deberán prestar juramento en idénticas condiciones ante los atenienses. Ambas partes renovarán el juramento anualmente [13].

Se erigirán estelas con el tratado en Olimpia, en Delfos, en el Istmo, en la Acrópolis de Atenas y en el santuario de Amiclas en Lacedemonia. Y en el caso de que una u otra parte omita cualquier cosa a propósito de cualquier asunto, los juramentos autorizarán a que ambas partes, ateniéndose a la justicia, lo modifiquen según les convenga a unos y a otros, esto es, a atenienses y lacedemonios.

19. Entra en vigor el tratado siendo éforo Plístolas en Lacedemonia, el cuarto día precedente al fin del mes Artemisio, y bajo el arcontado de Alceo en Atenas, el sexto día precedente al fin del mes Elafebolión. Juraron e hicieron las libaciones las siguientes personas: por parte de los lacedemonios Plistoanacte, Agis [14], Plístolas, Damageto, Quiónide, Metágenes, Acanto, Dáito, Iscágoras, Filocáridas, Zéuxidas, Antipo, Télide, Alcínadas, Empedias, Menas y Láfilo; por parte de los atenienses, Lampón, Istmiónico, Nicias, Laquete, Eutidemo, Procles, Pitodoro, Hagnón, Mírtilo, Trasicles, Teágenes, Aristócrates, Yolcio, Timócrates, León, Lámaco y Demóstenes.»

20. Concluyóse este tratado al finalizar el invierno y comenzar la primavera, inmediatamente después de la celebración de las Dionisias urbanas [15], una vez transcurridos diez años y unos pocos días desde la primera invasión del Atica y el comienzo de esta guerra. Téngase en consideración a este propósito la división natural del año, mejor que el cómputo de los nombres de quienes en cada ciudad, en calidad de arcontes o de magistrados, sirven para fechar los acontecimientos pasados. Este sistema de cálculo no es exacto, ya

---

[13] Parece que con la renovación anual se aseguraba el compromiso de los magistrados elegidos cada año, ya que éstos solían desentenderse de los compromisos contraídos por sus antecesores.

[14] La adición se hace necesaria, para obtener el total de 17 signatarios.

[15] Estas Dionisias urbanas (llamadas también Grandes Dionisias) tenían lugar del 16 al 13 del mes Elafebolión, y estaban asociadas a la celebración de los grandes concursos dramáticos.

que un acontecimiento pudo ocurrir ya al comienzo, ya en medio, ya en cualquier otro momento de su mandato.

En cambio, calculando por veranos e inviernos (que es lo que yo he hecho) asignando a cada una de las dos estaciones la mitad de cada año, encontrará que esta primera guerra tuvo una duración de diez veranos y diez inviernos.

21. Los lacedemonios (a quienes correspondió por sorteo restituir en primer lugar los territorios en su poder) liberaron inmediatamente a los prisioneros de guerra, y enviaron como embajadores a las ciudades de Tracia a Iscágoras, Menas y Filocáridas, que llevaban órdenes para Cleáridas de devolver Anfípolis a los atenienses, y a los demás de que aceptaran el tratado, en las condiciones estipuladas para cada caso.

Pero ellos no quisieron, pues consideraban inaceptable el tratado de paz. Ni tan siquiera el propio Cleáridas entregó la ciudad, congraciándose con los calcídeos, pues decía que no estaba en condiciones de entregarla si ellos se oponían.

Marchó al punto a Lacedemonia, acompañado de unos embajadores del país, con el propósito de defenderse de las acusaciones que Iscágoras y sus colegas le imputaban por desobediencia y porque deseaba saber si aún podían modificarse los términos del acuerdo. Mas al comprobar que los lacedemonios ya se habían comprometido, regresó allí al instante, enviado por los lacedemonios con órdenes de entregar la ciudad (en caso de que aún fuera posible), y si no, de hacer salir de ella a toda prisa a cuantos peloponesios estuvieran en su interior.

22. Algunos representantes de los aliados se encontraban aún en Lacedemonia, por lo que éstos invitaron a que firmaran el tratado a quienes de entre aquéllos todavía no lo habían hecho. Sin embargo, éstos rehusaron, alegando las mismas razones que les habían llevado a manifestar antes su oposición, a menos que formularan un tratado más justo.

En vista de que los aliados no les prestaban atención, los lacedemonios los dejaron marchar, y concluyeron por su parte una alianza con los atenienses. Pensaban que de este modo no les crearían problemas los argivos (los cuales no habían querido renovar la tregua, a cuyo propósito los lacedemonios habían enviado una embajada formada por Ampé-

lidas y Licas) —ya que sin la ayuda de los atenienses los argivos no eran de temer— [16] y que los demás pueblos del Peloponeso se mantendrían en calma (aunque temían que éstos, en caso de poder, se pasaran a los atenienses).

Como a la sazón se hallaban presentes unos embajadores de Atenas, entablaron conversaciones y llegaron a un acuerdo, obligándose mediante juramentos al siguiente tratado de alianza:

23. «Los lacedemonios y los atenienses serán aliados durante cincuenta años en las condiciones que siguen: si algún enemigo invade el territorio de los lacedemonios provocándoles daños, los atenienses socorrerán a los lacedemonios del modo más eficaz que puedan hacerlo. Y si abandonan el país después de haberlo devastado, dicho pueblo será considerado enemigo de los lacedemonios y de los atenienses, y se verá expuesto a las represalias de ambos. La paz la habrán de concertar además entrambas ciudades de común acuerdo. Y ello se hará según la justicia, con diligencia y sin engaño.

Y si un ejército enemigo invade el territorio de los atenienses, provocándoles daños, los lacedemonios socorrerán a los atenienses del modo más eficaz que puedan hacerlo. Y si abandonan el país después de haberlo devastado, dicho pueblo será considerado enemigo de los lacedemonios y de los atenienses, y se verá expuesto a las represalias de ambos. La paz la habrán de concertar además entrambas ciudades de común acuerdo. Y ello se hará según la justicia, con diligencia y sin engaño.

Y en caso de que se produzca una nueva sublevación de esclavos [17], los atenienses acudirán en socorro de los lacedemonios con todas sus fuerzas, en la medida de lo posible.

Jurarán estas cláusulas las mismas personas que han jurado también el otro tratado por una y otra parte. La alianza se renovará anualmente: los lacedemonios acudiendo a Atenas en la fecha de celebración de las Dionisias, y los atenien-

[16] El texto presenta una redacción muy farragosa. Tal vez hay alguna corrupción en el proceso de transmisión.

[17] A pesar del carácter de reciprocidad de las diversas cláusulas, parece que aquí se alude directamente a los hilotas de Esparta.

ses acudiendo a Lacedemonia en la fecha de celebración de las Jacintias [18]. Cada una de las dos partes erigirá una estela: la de los lacedemonios junto al santuario de Apolo, en Amiclas; y la de los atenienses junto al santuario de Atenea, en la Acrópolis.

Si los lacedemonios y los atenienses estiman oportuno añadir o suprimir algo a este tratado, cualquier cosa que acuerden habrá de ser para ambos conforme a los juramentos.

24. Prestaron juramento las siguientes personas: por parte de los lacedemonios, Plistoanacte, Agis, Plístolas, Damageto, Quiónide, Metágenes, Acanto, Dáito, Iscágoras, Filocáridas, Zéuxidas, Antipo, Alcínadas, Télide, Empedias, Menas y Láfilo; por parte de los atenienses, Lampón, Istmiónico, Laquete, Nicias, Eutidemo, Procles, Pitodoro, Hagnón, Mírtilo, Trasicles, Teágenes, Aristócrates, Yolcio, Timócrates, León, Lámaco y Demóstenes.»

Esta alianza fue estipulada no mucho tiempo después del tratado de paz. Los atenienses devolvieron a los lacedemonios los prisioneros que tenían en la isla. Comenzaba por entonces el verano del año undécimo.

Aquí concluye el relato de la primera guerra, que se desarrolló de forma ininterrumpida durante diez años.

25. Después del tratado de paz y la alianza que concluyeron lacedemonios y atenienses al acabar la guerra de diez años, siendo éforo en Esparta Plístolas, y arconte en Atenas Alceo, los pueblos que la habían aceptado se mantuvieron en paz; en cambio, los corintios y algunas otras ciudades del Peloponeso intentaron alterar la situación.

Al poco surgió una nueva disensión entre los lacedemonios y sus aliados. Además, con el paso del tiempo, también los atenienses comenzaron a concebir sospecha contra los lacedemonios, pues éstos no ejecutaban algunas de las cláusulas previstas en los acuerdos.

Durante seis años y dieciséis meses unos y otros se abstuvieron de emprender expediciones contra el respectivo territorio del otro, pero desde fuera se infligían los más gra-

[18] Estas fiestas se celebraban en Amiclas, en honor de Jacinto. Sobre su ritual, cf. Ateneo, IV, 139.

ves daños (dado lo inestable que era la tregua). Finalmente, constreñidos a denunciar el tratado estipulado tras diez años de guerra, reemprendieron la guerra abierta.

26. También ha escrito la historia de estos acontecimientos el mismo Tucídides de Atenas [19] según cada uno de ellos fueron sucediendo, por veranos e inviernos, hasta el momento en que los lacedemonios y sus aliados pusieron fin al imperio ateniense y se apoderaron de los Muros Largos y el Pireo. La guerra tuvo una duración ininterrumpida hasta el final de veintisiete años. Y quien no quiera incluir en la guerra el período de paz intermedio, cometerá un error de apreciación. Pues, en efecto, si se examinan a la luz de los hechos cuáles son los elementos que lo han caracterizado, se verá que no es razonable considerar de paz a un período en el que los dos bandos no se restituyeron ni recuperaron lo que habían comprometido. Y aún más, ambas partes cometieron nuevas violaciones del tratado, aparte de la guerra de Mantinea y de Epidauro; los aliados de Tracia continuaron siendo tan hostiles como al principio a los atenienses, y, finalmente, los beocios se limitaban a observar una tregua que habían de renovar cada diez días.

En consecuencia, si se suman a los diez años de la primera guerra, la tregua (llena de recelos) que vino a continuación, y la guerra que después siguió, se encontrará uno con que resultan los años que yo he dicho, calculando por estaciones, y algunos días más. Y se verá que es esto en lo único en que han acertado plenamente los que se apoyaban en lo que decían los oráculos.

Recuerdo personalmente, en efecto, que desde que em-

[19] Desde época remota se ha querido ver en la redacción actual de los capítulos 25 a 83 de este libro la intervención, no de Tucídides, sino de otro compilador. A tal respecto se han hecho notar algunas consideraciones estilísticas y de contenido. Por ejemplo, la presencia repetitiva de argumentos (en ocasiones banales), incoherencias de detalle, etc. Como a ello se añade el hecho de que Jenofonte continúa en su obra *Helénicas* el relato de los acontecimientos posteriores a la Guerra del Peloponeso; que el propio Jenofonte fue «editor» de Tucídides, y que ambas obras circulaban juntas en la antigüedad, algunos críticos han atribuido a Jenofonte la redacción final de dichos capítulos 25-83, quien habría reelaborado, sistematizado y redactado en la forma actual el material en bruto recopilado antes por Tucídides.

pezó hasta que acabó la guerra, eran muchos los que sostenían que iba a durar tres períodos de nueve años.

Yo la he vivido toda ella en su desarrollo, y a una edad que me permitía comprenderla, y me esforcé con toda atención para lograr una información exacta. Sucedió, además, que hube de sufrir destierro de mi patria durante veinte años, tras haber acudido en socorro de Anfípolis en calidad de estratego. Y como fui testigo de lo que ocurría en uno y otro bando (y no en menor medida en el de los peloponesios, por causa del destierro) pude informarme mejor de ellos con toda tranquilidad.

Así pues, voy a relatar las desavenencias y la rotura del tratado que surgieron tras los diez años de guerra, así como el desarrollo de las hostilidades que siguieron.

27. Una vez concertado el tratado de paz por cincuenta años y la subsiguiente alianza, las embajadas peloponesias, a las que se había convocado para tal fin, regresaron a Lacedemonia. Los demás se volvieron a sus respectivas ciudades, aunque los corintios se dirigieron primeramente a Argos, donde entraron en contacto con algunos magistrados argivos. Se hacía necesario —desde el momento en que los lacedemonios habían estipulado, no por el bien del Peloponeso, sino para esclavizarlo, un tratado de paz y una alianza con los atenienses (que habían sido hasta entonces sus peores enemigos)— que los argivos previeran medidas para salvar el Peloponeso y decretar que cualquier ciudad griega que quisiera (con tal de que fuera autónoma y respetara la reciprocidad e igualdad de derechos) pudiera estipular con los argivos un tratado de defensa recíproca de sus territorios [20]. Debían también nombrar a algunos magistrados con plenos poderes, y no someter las negociaciones a la consideración del pueblo, a fin de evitar que quedaran en evidencia aquéllos que no lograran convencer a la mayoría.

Afirmaron los corintios que serían muchos los que se unirían a ellos por miedo a los lacedemonios. Una vez que les

[20] El término *epimachía* supone una alianza de carácter exclusivamente defensivo. Con esta política, Argos intentaba alzarse con la hegemonía de aquellas ciudades del Peloponeso que no veían con buenos ojos la alianza entre Esparta y Atenas.

hicieron estas reconvenciones, los corintios se dirigieron a su patria.

28. Cuando estos ciudadanos de Argos transmitieron a los magistrados y al pueblo las propuestas que habían escuchado, los argivos las aprobaron y eligieron a doce hombres, ante quienes podían concertar un tratado de alianza cualquier ciudad que quisiera, excepción hecha de atenienses y lacedemonios. Y no podría concluirse tratado de paz con ninguno de estos dos pueblos sin previa consulta a la asamblea del pueblo de Argos.

Los argivos acogieron esta propuesta de muy buen grado, pues veían que la guerra con los lacedemonios era inminente (el tratado que habían estipulado con ellos estaba a punto de expirar) y además porque esperaban conseguir la hegemonía sobre el Peloponeso.

Por estas fechas, efectivamente, los lacedemonios tenían una reputación singularmente adversa y se los despreciaba por los fracasos que habían sufrido; en cambio los argivos gozaban de una reputación óptima en todos los sentidos, al no haber participado en la guerra contra Atenas, e incluso habían obtenido provecho por estar en paz con ambos contendientes.

Así pues, los argivos acogieron en su alianza a todos los griegos que lo desearon.

29. Los de Mantinea y sus aliados fueron los primeros que se les unieron, por miedo a los lacedemonios. Los mantineos, en efecto, habían sometido a vasallaje una parte de Arcadia mientras tenía lugar la guerra contra Atenas, y pensaban que los lacedemonios no tolerarían ese expansionismo, ahora que estaban sin la preocupación de la guerra. De modo que se volvieron de muy buen grado a la alianza con los de Argos, a la que consideraban una ciudad importante, siempre rival de los lacedemonios, y regida —como ellos— por un sistema democrático.

Tras la defección de los de Mantinea, el resto del Peloponeso comenzó a propalar el rumor de que también ellos debían hacer otro tanto. Creían que los mantineos habían hecho defección porque tenían más información; además estaban molestos con los lacedemonios por varias razones, y en especial por el hecho de que en el tratado con los atenien-

ses se había redactado una cláusula según la cual resultaba compatible con el juramento el que ambas ciudades, esto es, los lacedemonios y los atenienses, podían añadir o suprimir lo que les pareciera oportuno.

Esta cláusula, en efecto, era la que mayor inquietud causaba en el Peloponeso y suscitaba la sospecha de que los lacedemonios querían someterlos a vasallaje con la ayuda de los atenienses. Pues lo justo era permitir a todos los aliados cualquier posibilidad de modificación.

En consecuencia, la mayor parte de ellos, presos de temor, deseaban hacer cada uno por su cuenta un pacto de alianza con Argos.

30. Mas los lacedemonios, cuando les llegaron noticias de que este rumor corría por el Peloponeso y de que habían sido los corintios los que lo habían propalado y se disponían a estipular un tratado con Argos, enviaron una embajada a Corinto, buscando adelantarse a los acontecimientos. Los acusaron de ser los instigadores de todo este asunto y afirmaban que si hacían defección de ellos para aliarse con Argos, estarían violando los juramentos; de hecho ya los habían quebrantado, al no haber aceptado el tratado de paz con Atenas, ya que se había acordado que tuviera valor vinculante cuanto se decidiera por la mayoría de los aliados, «a no ser que hubiera impedimento de parte de los dioses o de los héroes».

Por su parte los corintios, en presencia de todos los aliados que como ellos no habían aceptado el tratado (a quienes habían hecho venir con anterioridad) respondieron a los lacedemonios sin desvelar abiertamente los perjuicios que habían sufrido (por ejemplo, que los atenienses no les habían devuelto Solio ni Anactorio, así como otros perjuicios de que creían haber sido víctimas), aunque adujeron como pretexto que no abandonarían las ciudades de Tracia, ya que se habían comprometido con ellas mediante juramentos privados: primero, cuando hicieron defección por primera vez junto con Potidea, y más tarde otros.

No transgredían, por tanto, los juramentos de los aliados por no querer sumarse al tratado de paz con Atenas, ya que como habían jurado fidelidad a aquéllos en nombre de los dioses, sería perjurio traicionarlos.

Por otra parte, se había dicho: «a no ser que hubiera impedimento de parte de los dioses o de los héroes», y esto les parecía a ellos ser un impedimento de carácter divino.

Esto es cuanto dijeron a propósito de sus antiguos juramentos; y en cuanto a su alianza con los argivos, que iban a deliberar con sus amigos y que harían luego lo que fuera justo. Los embajadores lacedemonios se volvieron a su país. Dio la casualidad de que también se encontraban en Corinto unos embajadores de los argivos, que invitaron a los corintios a entrar en alianza y no demorarse más. Los corintios les dijeron que acudieran a la siguiente asamblea que iban a celebrar.

31. Poco después compareció también una embajada de los eleos, que concertaron una alianza con Corinto; a continuación, se dirigieron hacia Argos, donde, en las condiciones previstas, se hicieron sus aliados. Mantenían, en efecto, ciertas diferencias con los lacedemonios a causa de Lépreo [21]. En cierta ocasión en que los lepreatas sostenían una guerra contra algunos pueblos de Arcadia, solicitaron la alianza de los eleos a cambio de la mitad de su territorio. Concluida la guerra, los eleos dejaron a los lepreatas seguir disfrutando de la tierra, aunque debían pagar a Zeus de Olimpia un talento como tributo.

Aquellos lo pagaron hasta que comenzó la guerra con Atenas, pero después dejaron de hacerlo, aduciendo como pretexto la guerra. Los eleos entonces intentaron obligarlos, por lo que ellos acudieron a los lacedemonios.

Puesto el caso bajo el arbitraje de los lacedemonios, los eleos, que sospechaban que no se les iba a hacer justicia, rehusaron dicho arbitraje y se pusieron a saquear el territorio de los lepreatas.

Los lacedemonios no dejaron de emitir la decisión de su arbitraje: que los lepreatas eran independientes y que los eleos cometían un atropello. Y en vista de que éstos no se atenían al veredicto, despacharon a Lépreo una guarnición de hoplitas.

Entonces los eleos, estimando que los lacedemonios ha-

[21] Lépreo es una ciudad de la región de Trifilia, próxima al río Alfeo (el río de Olimpia).

bían dado acogida en su alianza a una ciudad que había hecho defección de ellos (alegando además la cláusula en la que se decía que cada ciudad debía conservar al salir de la guerra las mismas posesiones que tenía cuando empezó la guerra con Atenas) y como a su parecer habían sido víctimas de trato injusto, se pasaron a la alianza con Argos y suscribieron el pacto de alianza en las condiciones previstas.

Tras ellos, inmediatamente, se sumaron a la alianza con Argos los corintios y los calcídeos de la costa de Tracia. En cambio, los beocios y megarenses se mantuvieron sin tomar iniciativa, objetando idénticas razones. Querían esperar acontecimientos [22], y consideraban, además, que el régimen democrático de Argos les convenía menos a ellos (que tenían una constitución oligárquica) que el régimen de los lacedemonios.

32. Durante aquellos mismos días de este verano los atenienses se apoderaron de Esciona tras haberla asediado. Dieron muerte a todos los hombres adultos, redujeron a esclavitud a los niños y a las mujeres y cedieron a los plateenses el disfrute del territorio [23]. Reintegraron Delos a los delios, acordándose de las derrotas sufridas en la guerra y por haberlo vaticinado así el oráculo del dios de Delfos. Mientras tanto, los foceos y los locros se declararon la guerra.

Entonces, los corintios y los argivos, ya aliados, acudieron a Tegea con la intención de que se separara de los lacedemonios, pues veían que esta ciudad representaba una parte importante del Peloponeso y estimaban que si se ponía de su parte tendrían todo el Peloponeso a su disposición.

Mas como los tegeatas afirmaban que no harían nada contra los lacedemonios, los corintios, que hasta ahora habían actuado con el mayor entusiasmo, perdieron buena parte de sus ansias y empezaron a temer que ninguna otra ciudad quisiese pasarse a ellos. Sin embargo, se dirigieron a los beocios, rogándoles que se hicieran aliados suyos y de los argivos, y que obraran en todo de acuerdo con ellos.

---

[22] Estimamos muy plausible la propuesta de Dobree de considerar una interpolación *hypó tôn Lakedaimoníon.*

[23] El comportamiento ateniense en Esciona (sólo superado por el acto de crueldad cometido contra los habitantes de Melos) supuso un auténtico baldón para Atenas.

Exhortaron además a los beocios a que les acompañaran a Atenas y les ayudaran a negociar para sí una tregua renovable cada diez días, igual a la que estaba vigente entre atenienses y beocios desde no mucho después del tratado de paz por cincuenta años. Y que si los atenienses rehusaban, que denunciaran su tregua y no concluyeran para el futuro ningún nuevo tratado sin contar con ellos.

Mas los beocios respondieron a esta petición de los corintios que aguardaran un poco en lo concerniente a la alianza con los de Argos, y presentándose en Atenas en compañía de los corintios no consiguieron la tregua renovable cada diez días, pues lo atenienses contestaron que ya existía un tratado de paz entre ellos y los corintios, si es que éstos eran aliados de los lacedemonios [24].

Los beocios no denunciaron su tregua renovable cada diez días, a pesar de que los corintios pretendían que lo hicieran, acusándoles que se habían comprometido a ello. Los corintios habían suspendido las hostilidades con los atenienses, aunque no había sido formalmente ratificada.

33. Ese mismo verano los lacedemonios, a las órdenes de su rey Plistoanacte, hijo de Pausanias, emprendieron una expedición en masa contra los habitantes de Parrasia, en Arcadia, que eran súbditos de Mantinea. Estos los habían invitado a venir con ocasión de unas luchas internas. Además, los lacedemonios querían destruir, en caso de que les fuera posible, la fortaleza de Cípselas (situada en el territorio de Parrasia), la cual había sido construida y defendida por los matineos como bastión contra la región de Escirítide. Mientras los lacedemonios se dedicaban a arrasar el territorio de los parrasios, los mantineos confiaron la defensa de su ciudad a los argivos, encargándose ellos mismos de la defensa del territorio de sus aliados. Mas al verse incapaces de salvaguardar la fortaleza de Cípselas y las ciudades de Parrasia, se retiraron. Los lacedemonios, tras haber concedido la autonomía a los parrasios, destruyeron la fortaleza y se volvieron a su país.

34. En el transcurso aún de este mismo verano, después

[24] En una de las cláusulas del tratado se decía, en efecto, que Atenas firmaba la paz con los lacedemonios y también con los aliados de éstos.

de que hubieran regresado los soldados que habían ido con Brásidas a Tracia, conducidos a casa por Cleáridas después de la firma del tratado de paz, los lacedemonios hicieron aprobar un decreto por el que los hilotas que habían combatido junto a Brásidas quedaban en libertad y podían residir donde quisieran. No mucho después, sin embargo, los instalaron con los neodamodes[25] en Lépreo, ciudad que se encuentra en la frontera de Laconia y Elide, pues ya tenían divergencias con los eleos.

Por otra parte, temían que los hombres que habían sido hechos prisioneros en la isla y que habían tenido que entregar las armas (al creer éstos que a causa de su infortunio iban a ser postergados en su disfrute de la plenitud de derechos civiles) fueran a organizar alguna revuelta. Así que los privaron de sus derechos públicos, a pesar de que en aquel momento algunos ejercían incluso alguna magistratura. Esta privación de derechos consistió en la prohibición de ejercer cargos públicos, así como en la incapacidad jurídica de realizar compras y ventas. Sin embargo, pasado el tiempo adquirieron de nuevo la categoría de ciudadanos de plenos derechos.

35. En este mismo verano, los habitantes de Dión conquistaron Tiso, ciudad situada sobre el promontorio del Atos, y que era aliada de Atenas.

Durante todo el verano, atenienses y peloponesios mantuvieron relaciones entre sí, pero al poco tiempo de haberse firmado el tratado comenzaron a alimentar sospechas recíprocas atenienses y lacedemonios, a causa de que ninguna de la dos partes restituían las plazas que se había estipulado.

En efecto, los lacedemonios, a quienes había correspondido efectuar en primer lugar la devolución de Anfípolis y de otras localidades, no las devolvieron. Además tampoco lograron que sus aliados de Tracia, los beocios, ni los corintios aceptaran el tratado, a pesar de que andaban diciendo continuamente que a quienes no quisieran hacerlo les obligarían a ello por la fuerza, en unión de los atenienses. Habían fijado (aunque no por escrito) un plazo, al caducar el

[25] Constituían éstos un contingente muy numeroso de hilotas liberados, que gozaban de derechos limitados.

cual, quien no se hubiera adherido al tratado sería considerado enemigo de ambas ciudades.

Viendo, pues, los atenienses que ninguna de estas medidas se ponía efectivamente en práctica, dieron en sospechar que los lacedemonios no tenían sinceras intenciones. En consecuencia, no sólo no les devolvieron Pilos cuando aquéllos se lo reclamaron, sino que se arrepintieron incluso de haber devuelto a los prisioneros de la isla y continuaron conservando bajo su dominio las demás localidades, aguardando a que los lacedemonios ejecutaran lo estipulado con ellos.

Por su parte, los lacedemonios afirmaban que habían hecho todo lo posible: habían restituido, en efecto, los prisioneros atenienses en su poder, habían hecho regresar a casa a los soldados destacados en Tracia, y cualquier otra cosa que estaba en sus manos. Decían, sin embargo, que no eran los dueños de Anfípolis y que por tanto no estaba a su alcance restituirla; que se esforzarían en conseguir que los beocios y corintios se adhirieran al tratado; en recuperar Panacto y obtener la liberación y repatriación de los prisioneros atenienses que estaban en Beocia.

A cambio, pedían que se les restituyera Pilos o que al menos retirasen de allí los mesenios y los hilotas (al igual que ellos habían retirado sus tropas de Tracia), y que la guarnición de la plaza fuera exclusivamente de soldados atenienses, si querían. Tras repetidas y largas negociaciones que duraron todo el verano, convencieron a los atenienses para que retiraran de Pilos a los mesenios, los hilotas y a todos los desertores de Laconia. Los atenienses los asentaron en Cranio, Cefalenia.

Así pues, durante este verano hubo tranquilidad y contactos recíprocos.

36. En el invierno siguiente (encontrándose entonces en el poder éforos distintos de los que habían concertado el tratado, siendo algunos de ellos incluso contrarios al mismo) se reunieron diversas embajadas de ciudades aliadas, y con presencia también de atenienses, beocios y corintios, mantuvieron múltiples conversaciones entre sí, aunque no llegaron a ningún acuerdo.

En el momento en que emprendían el regreso cada cual a su ciudad, Cleóbulo y Jenares (que eran dos de los éforos

que más vivamente deseaban romper el tratado, hicieron, sin carácter oficial, a los beocios y corintios las siguientes propuestas: les aconsejaban que adoptaran un proceder lo más afín posible en el campo político; que los beocios intentaran (una vez se hicieran aliados de los argivos) inducir a éstos a entrar con los beocios en la alianza de los lacedemonios.

Y ésta era la mejor manera para los beocios de no verse constreñidos a adherirse al tratado con Atenas, porque los lacedemonios preferían la amistad y alianza con Argos, aun a costa de la hostilidad con Atenas y de la ruptura del tratado. Los éforos sabían, en efecto, que los lacedemonios desde siempre habían deseado que la ciudad de Argos se les hiciera su amiga y aliada, pues pensaban que ello favorecía su guerra en el exterior del Peloponeso.

Sin embargo, rogaron a los beocios que entregaran Panacto a los lacedemonios, a fin de que a su vez éstos (tras haber obtenido a cambio, si podían, Pilos), pudieran prepararse mejor para la guerra contra los atenienses.

37. Los beocios y los corintios, una vez recibidas estas instrucciones de parte de Jenares y Cleóbulo, así como de aquellos otros lacedemonios que eran amigos suyos, regresaron cada cual a su país, para transmitírselas a sus pueblos.

Mas dos ciudadanos de Argos (que ejercían a la sazón las más altas magistraturas de su país) les esperaban en el camino de regreso, se encontraron con ellos y empezaron a negociar, para ver si los beocios se incorporaban a su alianza, al igual que habían hecho ya los corintios, eleos y mantineos. Pensaban, en efecto, que una vez resuelta esta cuestión, les resultaría fácil adoptar por decisión común tanto declarar la guerra como firmar la paz, no sólo con los lacedemonios sino, si así lo querían, con cualquier otro pueblo, en caso de que fuera necesario.

Los embajadores beocios se alegraron de oír esto, pues daba la casualidad de que sus interlocutores solicitaban precisamente lo mismo que les habían encargado que hicieran sus amigos de Lacedemonia.

Los argivos, al darse cuenta de que estaban bien dispuestos a aceptar sus proposiciones, dijeron que enviarían unos embajadores a Beocia, y se retiraron. Una vez llegaron a su patria los beocios, expusieron a los beotarcas las propuestas

que les habían hecho los lacedemonios y las de los argivos que se habían entrevistado con ellos. Los beotarcas se alegraron de ello y se mostraban más interesados, pues ocurría que, tanto de una parte como de la otra, sus amigos lacedemonios solicitaban de ellos exactamente lo mismo que buscaban los argivos.

Poco después hicieron acto de presencia unos embajadores de Argos para presentar las propuestas ya dichas. Los beotarcas los despidieron, una vez aprobada su propuesta y tras haberles prometido que enviarían una embajada a Argos para tratar sobre la alianza.

38. Entretanto los beotarcas, los corintios, los megarenses y los embajadores que habían venido de Tracia decidieron juramentarse en primer lugar para acudir en ayuda de quien de entre ellos precisara, si se presentaba la ocasión; y para no entrar en guerra, ni estipular tratado de paz sin un acuerdo general, y que entonces ya podían los beocios y megarenses (que hacían, efectivamente, causa común) pactar un acuerdo con los argivos. Antes, sin embargo, del intercambio de juramentos, los beotarcas pusieron al corriente de estas decisiones a los cuatro Consejos de los beocios [26], que eran los que ejercían la suprema autoridad, y aconsejaron que juraran todas las ciudades que deseaban asociarse a ellos con fines de mutua defensa.

Pero los beocios que integraban el Consejo no aceptaron la propuesta, por temor a enfrentase con los lacedemonios si se juramentaban con los corintios, que se habían separado de ellos. Y es que los beotarcas no les habían informado de las propuestas que les habían hecho los lacedemonios, ni de que los éforos Cleóbulo y Jenares y sus amigos les exhortaban a que se hicieran primero aliados de los argivos y de los corintios, y a unirse más tarde a los lacedemonios.

Pensaban, en efecto, que el Consejo (aunque no lo dijeran) no votaría nada distinto de las propuestas que ellos de antemano le hubieran recomendado.

En vista de que el proyecto fracasó, los corintios y los embajadores venidos de Tracia regresaron sin haber consegui-

[26] Gracias a las *Helénicas* de Oxirrinco, 11, 2, sabemos que las ciudades de la Confederación tenían cuatro Consejos.

do nada, mientras que los beotarcas, que pretendían haber concluido la alianza con los de Argos antes de nada (caso de que su propuesta hubiera encontrado acogida) no formularon ya a los Consejos su propuesta sobre los argivos, ni enviaron a Argos los embajadores que habían prometido, sino que sobrevino el desinterés por estos asuntos, y que fueron pospuestos para otra ocasión.

39. Durante el mismo invierno, los olintios capturaron Mecíberna tras un repentino ataque, aunque contaba con una guarnición ateniense. Después de esto (los contactos entre lacedemonios y atenienses continuaban a propósito de los territorios que cada uno de ellos ocupaba) los lacedemonios, esperando que si los atenienses recuperaban Panacto de los beocios, también conseguirían ellos Pilos, enviaron una embajada a los beocios solicitando que les devolvieran Panacto y los prisioneros atenienses, a fin de ellos conseguir a cambio Pilos.

Mas los beocios se negaron, a menos que los lacedemonios estipularan con ellos una alianza particular, como la que tenían estipulada con los atenienses.

Los lacedemonios por su parte, aun conscientes de que con ello agraviaban a los atenienses (desde el momento en que se había pactado que no se podía firmar la paz ni hacer la guerra sin el consentimiento de ambos bandos), como deseaban conseguir Panacto a fin de recuperar a cambio Pilos (añadiéndose a ello el hecho de que los que deseaban anular el tratado apremiaban la aproximación a Beocia), concluyeron el tratado de alianza. Estaba terminando por entonces el invierno y se aproximaba la primavera. Acto seguido se procedió a la demolición de Panacto. Así concluyó el año undécimo de la guerra.

40. En el transcurso del verano siguiente, acabada la primavera, los argivos, en vista de que no venían los embajadores beocios que éstos habían prometido enviar, y se enteraron de que Panacto estaba siendo destruida, y de que los beocios habían concertado una alianza particular con los lacedemonios, temieron quedar solos y que todos sus aliados se pasasen a los lacedemonios.

Creían, en efecto, que los beocios se habían dejado convencer por los lacedemonios a destruir Panacto y a adherir-

se al tratado con Atenas, y que los atenienses estaban al corriente de este asunto. En consecuencia, suponían que habían perdido la oportunidad de hacer un tratado con Atenas, siendo así que antes esperaban que si su tratado de paz con los lacedemonios no se mantenía, podrían al menos (aprovechando las divergencias existentes) ser aliados de los atenienses.

Encontrándose, pues, los argivos sin saber qué hacer, temían verse en la obligación de tener que combatir al mismo tiempo contra los lacedemonios, tegeatas, beocios y atenienses (y a pesar de que al principio habían rechazado aceptar el tratado de paz con los lacedemonios, por pretender ejercer la hegemonía sobre el Peloponeso) enviaron con la mayor rapidez posible como embajadores de Lacedemonia a Eustrofo y Esón, quienes gozaban de la mejor estima entre ellos. Suponían, en efecto, que la mejor solución era concluir por el momento un tratado con los lacedemonios del mejor modo posible, y permanecer en paz.

41. Una vez que los embajadores llegaron, comenzaron a discutir con los lacedemonios sobre las condiciones en que tendría lugar el tratado. Antes de nada, los argivos pretendían acudir a un arbitraje (bien fuera encomendado a una ciudad o a un particular) a propósito del territorio de Cinuria, que desde siempre había sido motivo de disputa, situada como está en la frontera entre ambos países. Comprende las ciudades de Tirea y Antena, y se halla bajo soberanía lacedemonia.

A continuación, sin embargo, y en vista de que los lacedemonios no consintieron ni siquiera en mencionar este asunto, aunque sí se mostraban dispuestos a pactar un tratado, en las mismas condiciones de antes, si así lo querían, los embajadores de Argos consiguieron que los lacedemonios accedieran a lo siguiente: concertar de momento un tratado de paz por cincuenta años, quedando ambas partes en libertad para (salvo en caso de peste o guerra en Lacedemonia o Argos) decidir en el campo de batalla el destino de este territorio (al igual que habían ya hecho cuando ambas partes reclamaban para sí haber vencido); y no estaría permitido perseguir al enemigo más allá de los límites de Argos ni de Lacedemonia.

En un principio esto pareció a los lacedemonios una locura, aunque más tarde (dado que en todo caso querían contar con la amistad de Argos) accedieron a las condiciones requeridas y redactaron por escrito el tratado. No obstante, los lacedemonios invitaron a los embajadores de Argos a que, antes de que esto entrase en vigor, fueran y lo expusieran al conocimiento de la Asamblea del pueblo, y si merecía su aprobación, que regresaran durante los días en que se celebran las Jacintias para prestar el juramento. Y aquéllos se marcharon.

42. Por las fechas en que los argivos andaban ocupados en estas negociaciones, los embajadores lacedemonios Andrómenes, Fédimo y Antiménidas, que habían sido los encargados de recibir de manos de los beocios Panacto y los prisioneros, para restituírselos a los atenienses, se encontraron con que Panacto había sido arrasada por los propios beocios, so pretexto de que desde antiguo existían entre atenienses y beocios unos juramentos, surgidos a raíz de cierta disputa a propósito de esta localidad, según los cuales ni los unos ni los otros podrían habitarla, sino tan sólo disfrutarla compartidamente.

En cuanto a los prisioneros atenienses en poder de los beocios, Andrómedes y los demás embajadores se hicieron cargo de ellos, los condujeron a Atenas y se los devolvieron a los atenienses, al tiempo que les informaban de la demolición de Panacto, considerando que ello equivalía a su restitución, en cuanto que en ella ya no iba a habitar nadie que fuera enemigo de Atenas.

Mas los atenienses se enojaron terriblemente ante estas palabras, convencidos de que los lacedemonios les habían agraviado, tanto por la demolición de Panacto (que debía haberles sido restituido íntegro) como por haberse enterado de que los lacedemonios habían concertado una alianza de carácter particular con los beocios, a pesar de que con anterioridad habían declarado que debería forzarse con una acción común a quienes no quisieran aceptarlo.

Examinaban además todos los demás puntos del tratado que habían dejado de cumplir y pensaban que habían sido engañados, de modo que despidieron a los embajadores después de haberles respondido duramente.

43. Mientras lacedemonios y atenienses andaban en esta falta de entendimiento, los que en Atenas querían a su vez romper la tregua intensificaron al punto su acción. Entre ellos destacaba uno, Alcibíades [27], hijo de Clinias, un hombre a quien, por su edad, en cualquier otra ciudad se le habría considerado aún un joven, pero que gozaba de gran estima merced a la reputación de sus antepasados.

Estimaba él que era preferible aliarse con los argivos, y por otra parte, se oponía al tratado de paz por una cuestión de amor propio, ya que estaba celoso de que los lacedemonios lo hubieran negociado por mediación de Nicias y Laquete [28], sin tomarle a él en consideración, a causa de su edad, ni haberle demostrado ninguna consideración en atención a la antigua proxenía de otros tiempos, que él pensaba renovar ocupándose de los lacedemonios prisioneros en la isla (a pesar de que su abuelo había renunciado a ella).

Considerándose preterido bajo cualquier punto de vista, desde el principio se manifestó contrario a la paz, afirmando que los lacedemonios no eran gente de fiar, sino que una vez que hubieran firmado el tratado con Atenas, tenían el propósito de eliminar a Argos, para marchar a continuación contra los atenienses ya solos.

Y ahora, una vez que había estallado la discordia, tomó de inmediato la iniciativa de enviar por su cuenta un mensaje a Argos invitándoles a que acudieran cuanto antes en compañía de los mantineos y eleos a proponer un pacto de alian-

[27] Alcibíades es uno de los personajes más rutilantes y atractivos del mundo griego (450-404). De noble origen (descendiente por vía materna de la familia de los Alcmeónidas), entró en contacto con Pericles, fue conmilitón de Sócrates en Potidea y el incitador máximo de la expedición ateniense a Sicilia. Sospechoso de haber participado en la mutilación de los Hermes, fue requerido a Atenas. Se pasó a Esparta, avisando a los lacedemonios de que debían enviar refuerzos a Siracusa.

Perdió la confianza de los lacedemonios, y hubo de buscar refugio en la corte persa de Tisafernes. En el año 410 obtiene una brillante victoria en Cícico, como comandante de la armada ateniense, regresando a Atenas en el año 407, donde fue acogido como un héroe; en 404 ha de ausentarse nuevamente de su ciudad, muriendo asesinado ese mismo año en la región de Frigia. Cf. más noticias en el libro VI, 15.

[28] Con más detalles se refieren estas circunstancias en VI, 89, así como en la obra de Plutarco *Alcibíades,* 14, 1.

za, en la idea de que era un momento muy favorable, y de que él colaboraría con todas sus fuerzas.

44. Al recibir los argivos estas noticias y advertir que la alianza con los beocios se había pactado sin contar con los atenienses (que a su vez mantenían importantes desavenencias con los lacedemonios), se despreocuparon de sus embajadores que en aquel momento habían acudido a Lacedemonia para discutir el tratado y centraron su atención en los atenienses.

Pensaban, en efecto, que en caso de entrar en guerra, tendrían por aliada a una ciudad que era amiga suya desde hacía mucho tiempo, que vivía con un régimen democrático como el suyo y que disponía de una importante fuerza naval. En consecuencia, enviaron de inmediato unos embajadores a Atenas para tratar de la alianza, acompañados de una embajada de eleos y mantineos.

Mas también comparecieron a toda prisa unos embajadores lacedemonios, cuyos componentes (Filocáridas, León y Endio) eran personas gratas a los atenienses. Temían, en efecto, que éstos concertaran (indignados como estaban) una alianza con los argivos. Al mismo tiempo venían a reclamar Pilos en intercambio con Panacto y a justificarse por su alianza con los beocios, arguyendo que no la habían hecho en perjuicio de los atenienses.

45. Al exponer todo esto delante del Consejo, afirmando que habían venido con plenos poderes para lograr un acuerdo sobre todos los puntos de desavenencia, infundieron en Alcibíades el temor de que si decían lo mismo ante la Asamblea del pueblo se atraerían a la mayoría, con lo que la alianza con Argos sería rechazada.

Entonces Alcibíades maquinó la siguiente estratagema: dándoles su palabra, convenció a los lacedemonios de que si declaraban ante la Asamblea del pueblo que no habían venido con plenos poderes les devolverían Pilos (él mismo persuadiría a los atenienses a ello, al igual que ahora se oponía) y compondría todos los demás asuntos.

Actuó así porque quería apartarlos de Nicias y porque al mismo tiempo buscaba (acusando a los lacedemonios ante el pueblo de que era gente nada sincera y que jamás decían dos veces lo mismo) la alianza con los argivos, eleos y man-

tineos. Y así ocurrió. En efecto, una vez que comparecieron ante la Asamblea del pueblo, afirmaron, al ser interrogados, que no habían acudido con plenos poderes (contrariamente a lo que habían dicho al Consejo). Entonces los atenienses se impacientaron y empezaron a prestar oídos a Alcibíades, que vociferaba contra los lacedemonios mucho más violentamente que antes, y se declararon dispuestos a hacer pasar al instante los argivos y sus acompañantes a la Asamblea, y concertar con ellos la alianza.

No obstante, al haberse producido un seísmo antes de que fuera ratificada cualquier decisión, se suspendió esta sesión de la Asamblea.

46. En la Asamblea del día siguiente Nicias, a pesar de que al ser engañados los lacedemonios también él había sufrido engaño al reconocer que no habían acudido con plenos poderes, sostuvo que era preferible mantener la amistad con los lacedemonios y (suspendiendo las negociaciones con los de Argos) enviar de nuevo una embajada a Lacedemonia, a fin de conocer sus intenciones.

Decía que posponer la guerra era para ellos una cosa buena, mientras que para los lacedemonios representaba una desventaja: para ellos, en efecto, lo mejor era (dada la buena situación en que se hallaban sus asuntos) conservar lo más posible esta feliz situación, mientras que para aquéllos (que se hallaban en mal trance) sería una ventaja buscar cuanto antes el peligro de un enfrentamiento armado.

Convenció así a los atenienses a que enviaran embajadores (uno de los cuales fue él mismo) a los lacedemonios, invitándoles a que si tenían buenas intenciones devolvieran Panacto en buen estado y Anfípolis, y denunciaran la alianza con los beocios, a menos que éstos se adhirieran al tratado de paz aceptando la cláusula de que no podrían estipular acuerdo con nadie sin el consenso de la otra parte.

Se les encargó también que dijeran que también los atenienses, si hubieran querido comportarse injustamente, habrían concertado ya un tratado de alianza con los argivos, ya que éstos se encontraban allí precisamente por ese motivo. Y tras haber encomendado a Nicias y a los demás embajadores todas las instrucciones relativas a las reclamaciones, los hicieron partir.

Una vez que éstos llegaron y refirieron todas las reclamaciones concluyeron afirmando que si los lacedemonios no abandonaban la alianza con los beocios, y en caso de que éstos no se adhirieran al tratado, también ellos harían una con los argivos y sus aliados. Los lacedemonios respondieron que no denunciarían su alianza con los beocios (fueron, en efecto, el éforo Jenares y los partidarios suyos los que se impusieron para que así fuera) aunque, a petición de Nicias, renovaron el juramento.

Temía éste, efectivamente, regresar sin haber conseguido nada, y que se le calumniara (como de hecho ocurrió) por considerársele el responsable del tratado de paz con los lacedemonios.

A su regreso, los atenienses, enterados de que no se había llegado a ninguna conclusión en Lacedemonia, se encolerizaron al instante y creyéndose víctimas de una injusticia estipularon con los argivos y sus aliados (que a la sazón se hallaban allí presentes, traídos por Alcibíades) un tratado de paz y una alianza en los siguientes términos [29]:

47. «Los atenienses, de una parte, los argivos, mantineos y eleos, de otra, han acordado [entre sí] un tratado de paz válido por cien años, en nombre propio y en el de los aliados sobre quienes unos y otros ejercen autoridad, sin recurrir al engaño ni a la traición, sea por tierra o por mar. No estará permitido que empuñen las armas con intención hostil ni los argivos, eleos, mantineos y sus respectivos aliados contra los atenienses y los aliados sobre quienes ejercen autoridad, ni los atenienses y sus aliados [sobre quienes ejercen autoridad] contra los argivos, eleos, mantineos y sus respectivos aliados, por ningún medio ni artificio.

Los atenienses, argivos, eleos y mantineos serán aliados durante cien años de acuerdo con las siguientes estipulaciones: si unos enemigos invaden el territorio de los atenienses, los argivos, eleos y mantineos acudirán en ayuda de Atenas, a requerimiento de los atenienses, para ayudarles de la manera más eficaz, en la medida de sus posibilidades; y si los enemigos se retiran después de haber saqueado el territorio, su

[29] Conservamos una copia (fragmentaria) en piedra, hallada junto al teatro de Dioniso, en la Acrópolis.

ciudad será considerada enemiga por los argivos, mantineos, eleos y atenienses, y se verá expuesta a represalia por parte de todos estos pueblos. Y no estará permitido a ninguna de estas ciudades poner fin a la guerra con tal ciudad sin la decisión común de todas las otras. Y si unos enemigos invaden el territorio de los argivos, los eleos o los mantineos, los atenienses acudirán en ayuda de Argos, Mantinea y Elide, a requerimiento de estas ciudades, para ayudarles de la manera más eficaz, en la medida de sus posibilidades; y si los enemigos se retiran después de haber saqueado el territorio, su ciudad será considerada enemiga por los atenienses, argivos, mantineos y eleos, y se verá expuesta a represalia por parte de todos estos pueblos. Y no estará permitido [a ninguna de estas ciudades] poner fin a la guerra con tal ciudad sin la decisión común de todas las otras [ciudades].

Ninguna de las dos partes autorizará que gente armada para la guerra cruce su territorio ni el de los aliados sobre los que ejercen autoridad, ni tampoco por mar, a no ser que el tránsito sea autorizado por una decisión común de todas las ciudades, es decir, atenienses, argivos, mantineos y eleos.

A las tropas que acudan como socorro, les suministrará víveres la ciudad que las envía, durante treinta días a partir del momento en que se presenten en la ciudad que les ha llamado en ayuda; e igualmente al regreso. En cambio, si la ciudad que las ha llamado quiere servirse de estas tropas por un período mayor, deberá suministrarles víveres, tres óbolos eginéticos al día por hoplita, infantería ligera y arqueros, y una dracma eginética a los jinetes [30]. La ciudad que las ha hecho venir tendrá el mando [de las tropas] mientras la guerra tenga lugar en su territorio. Y si [todas] las ciudades deciden emprender juntas una expedición, todas ellas participarán en el mando por igual.

Los atenienses prestarán juramento al tratado en su nombre propio y en nombre de sus aliados; los argivos, mantineos, eleos y sus aliados lo jurarán separadamente, ciudad por ciudad. Y jurarán cada uno de ellos pronunciando el más

[30] La dracma de Egina pesaba algo más que la ática: 6,2 gramos frente a 4,36.

solemne juramento de su país, sacrificando víctimas perfectas. El juramento será éste:

"Me mantendré fiel a la alianza, en conformidad con lo estipulado, sin faltar a la justicia, sin causar daños, y sin recurrir a engaño, y no lo transgrediré ni mediante artimaña ni treta alguna."

En Atenas lo jurará el Consejo y los magistrados ciudadanos[31], siendo los prítanos quienes lo lean. En Argos será el Consejo, los Ochenta y los artinos[32], siendo los Ochenta quienes lo lean. En Mantinea, los demiurgos, el Consejo y los demás magistrados, siendo los teoros y los polemarcos quienes lo lean. En Elide, los demiurgos, los magistrados y los Seiscientos, siendo los demiurgos y los tesmofílaques quienes lo lean[33].

Los atenienses renovarán el juramento acudiendo a Elide, Mantinea y Argos treinta días antes de los Juegos Olímpicos; y los argivos, eleos y mantineos acudiendo a Atenas diez días antes de las Grandes Panateneas.

Las estipulaciones sobre el tratado de paz, sobre los juramentos y sobre la alianza serán grabadas en una estela de mármol que los atenienses colocarán en la Acrópolis, los argivos en el santuario de Apolo que está en el ágora y los mantineos en el templo de Zeus, que está en el ágora. Además se erigirá una estela de bronce en los próximos Juegos Olímpicos, en nombre de todos.

Y si a alguna ciudad le parece mejor añadir alguna otra cosa a lo acordado, lo que todas las ciudades decidan puestas de acuerdo, tenga fuerza de ley.»

48. El tratado de paz y la alianza quedaron estipulados en los términos expuestos; sin que por ello fuera denunciado por ninguna de las dos partes el tratado que ya existía entre lacedemonios y atenienses. Por su parte, los corintios, que eran aliados de los argivos, no se adhirieron a él, sino que a pesar de que mantenían con los eleos, argivos y man-

---

[31] En la *Constitución de los Atenienses,* de Aristóteles (capítulo 24), se distinguen los magistrados ciudadanos *(éndemoi)* de los comisionados en el extranjero *(hyperórioi).*

[32] Estos cargos o magistraturas, llamados *artynai,* también existían en la ciudad de Epidauro.

[33] La palabra significa «guardianes de la ley».

tineos una alianza a fin de tener los mismos enemigos y aliados, no se sumaron al juramento. Por contra, declararon que les era suficiente la primera alianza defensiva que ya habían acordado, y que consistía en prestarse ayuda mutua defensiva, pero no marchar juntos contra nadie.

Así, los corintios se separaron de sus aliados y volvieron de nuevo sus pensamientos hacia los lacedemonios.

49. Se celebraron durante ese verano los Juegos Olímpicos en los que el arcadio Andróstenes obtuvo por primera vez la victoria en el pancracio. Los eleos no permitieron a los lacedemononios el acceso al santuario, por lo que no pudieron éstos ni ofrecer sacrificios ni participar en los juegos. La razón de ello era que los lacedemonios no habían satisfecho a los eleos la multa que les habían impuesto, de acuerdo con la ley olímpica, al acusarles de que habían empuñado las armas durante la tregua olímpica contra la fortaleza de Firco y de que habían enviado hoplitas lacedemonios a Lépreo. La multa era de dos mil minas, a dos minas por cada hoplita, de acuerdo con la ley.

Los lacedemonios enviaron unos embajadores y replicaron que se les había condenado injustamente, ya que —decían— la tregua no había sido aún proclamada en Lacedemonia cuando enviaron los hoplitas. A su vez, los eleos replicaron que la tregua ya estaba vigente entre ellos (en efecto, la proclamación de la misma se hizo en primer lugar en Elide) y que como al estar en paz no esperaban ningún ataque, los lacedemonios les habían cogido desprevenidos cuando cometieron esa injusticia.

Ante esto los lacedemonios respondieron que, si se consideraban haber sido ya víctimas de una injusticia, no debían haber proclamado la tregua en Lacedemonia, y que en cambio lo habían hecho, dando con ello la impresión de que no pensaban eso; y que ellos no les habían atacado de ningún modo a partir de ese momento.

Sin embargo, los eleos se mantenían en su versión de que no podían convencerles de que no habían sido víctimas de una injusticia. No obstante, si los lacedemonios estaban dispuestos a restituirles Lépreo, renunciarían a su parte del importe de la multa y pagarían por ellos la cuota que correspondía al dios.

50. Mas como los lacedemonios no les hicieron caso, propusieron lo siguiente: que los lacedemonios no restituyeran Lépreo, si no querían, pero que subieran al altar de Zeus Olímpico (en vista de que estaban tan interesados en tener acceso al santuario) y que juraran en presencia de los griegos que pagarían en breve la multa. Mas al no acceder tampoco a esto, los lacedemonios fueron excluidos del santuario [del sacrificio y de los juegos] y celebraron los sacrificios en su país, mientras que los demás griegos, excepción hecha de los lepreatas, enviaron sus delegaciones de teoros.

No obstante, los eleos, ante el temor de que los lacedemonios realizaran los sacrificios a la fuerza, montaron guardia en armas en prevención de desórdenes. Acudieron en su ayuda también mil argivos y otros tantos mantineos, así como un contingente de jinetes atenienses, que aguardaban las fiestas de Arpina.

Entre los allí convocados hubo gran miedo de que los lacedemonios acudieran en son de guerra, sobre todo después de que el lacedemonio Licas, hijo de Arcesilao, resultara golpeado sobre la arena por los rabducos [34]. Al obtener la victoria su carro, fue proclamado vencedor el pueblo beocio, puesto que él no estaba autorizado a participar en los juegos. Entonces, se acercó a la pista y coronó al auriga queriendo demostrar que el carro era suyo. Ante ello todos quedaron presos de un miedo mayor, y parecía que iba a haber algún desorden peor. No obstante, los lacedemonios se mantuvieron tranquilos y la fiesta continuó sin más percance.

Después de los Juegos Olímpicos, los argivos y sus aliados acudieron a Corinto buscando que sus habitantes se pasaran a su bando. Se hallaba a la sazón presente también allí una embajada de Lacedemonia, y después de haberse celebrado diversas negociaciones no se llegó al final a ninguna conclusión. Y como se produjo un seísmo, cada delegación se marchó para su país. Así concluyó el verano.

51. Durante el invierno siguiente hubo una batalla entre los habitantes de Heraclea, en Traquinia, contra los eníadas, dólopes, melios y algunos tesalios. Estos pueblos, que habi-

[34] Especie de alguaciles, dotados de unos vergajos (que es el significado del término con que se les designa) responsables de mantener el orden.

taban en las proximidades de dicha ciudad, eran enemigos suyos, a causa de que la ciudad era una fortificación que amenazaba su territorio de forma exclusiva. Desde el momento mismo de la fundación se habían enfrentado a la ciudad, infligiéndole el mayor daño que podían. También en la presente ocasión derrotaron a los heracleotas en esta batalla. Murió en ella el lacedemonio Jenares, hijo de Cnidio, que era su comandante, y perecieron también algunos otros heracleotas.

Concluyó así el invierno y terminó el año duodécimo de la guerra.

52. Al comienzo mismo del verano siguiente los beocios, al ver que Heraclea había quedado en pésimas condiciones a resultas de la batalla, la tomaron bajo su protección y expulsaron al lacedemonio Agesípidas, a quien consideraban responsable del desgobierno de la ciudad. Asumieron el compromiso de protegerla por temor a que, al encontrarse los lacedemonios en una situación confusa por el Peloponeso, se apoderaran de ella los atenienses. Sin embargo, los lacedemonios se irritaron contra ellos.

En este mismo verano, Alcibíades, hijo de Clinias, que era uno de los estrategos de Atenas, contando con el apoyo de los argivos y sus aliados, pasó al Peloponeso con unos pocos hoplitas y arqueros atenienses. Tomó refuerzos de los aliados de aquella zona y, tras adoptar ciertas medidas relativas a la alianza, se adentró con su ejército por el Peloponeso; convenció a los de Patras para que construyeran unos muros hasta el mar, mientras que él mismo proyectaba levantar otras fortificaciones en Río de Acaya. Mas los corintios, sicionios y todos aquellos a quienes perjudicaba dicha fortificación, acudieron a impedírselo.

53. En este mismo verano estalló una guerra entre los epidaurios y los argivos, so pretexto de las víctimas de Apolo Pitaeo. Los epidaurios tenían la obligación de aportarlas (en compensación por sus derechos de pastizal) y no las habían traído. A su vez los argivos ejercían la autoridad suprema sobre el santuario.

A pesar de todo, y prescindiendo de este motivo, Alcibíades y los argivos habían tomado la resolución de atraerse a su bando a Epidauro, si podían, tanto porque así Corinto per-

manecería tranquila, como porque los atenienses podrían enviar socorros a Argos desde Egina por un camino más corto que dando la vuelta por mar en torno al cabo Escileo.

Así pues, los argivos se prepararon para invadir el territorio de Epidauro, exigiendo la exacción de las víctimas.

54. Aproximadamente por este mismo tiempo, también los lacedemonios emprendieron una expedición en masa contra Leuctra, ciudad fronteriza frente al monte Liceo. Al mando de las tropas marchaba su rey Agis, hijo de Arquidamo. Nadie conocía el objetivo de tal expedición, ni siquiera las propias ciudades que habían enviado las tropas.

Sin embargo, como los sacrificios que se hicieron para cruzar la frontera no les resultaron propicios, regresaron a su país y dieron aviso a sus aliados de que se prepararan a emprender la expedición después del mes siguiente (que era el mes Carneo [35], mes sagrado para los dorios).

Cuando éstos se retiraron, los argivos salieron de su ciudad el último cuarto día del mes anterior al Carneo, y prolongando este día a todo el período que duró su expedición [36], invadieron el territorio de Epidauro y lo saquearon. Los epidaurios hicieron una llamada a sus aliados, pero unos pusieron como pretexto que estaban en el mes Carneo, mientras que otros acudieron a la frontera del territorio de Epidauro y permanecieron allí quietos.

55. En el tiempo en que los argivos se encontraban en territorio de Epidauro, se reunieron en Mantinea diversas embajadas, por invitación de los atenienses. Iniciadas las conversaciones, el corinto Eufámidas puso de manifiesto la falta de coherencia entre las palabras y los hechos: pues ellos estaban en la asamblea para tratar de paz, mientras que los epidaurios, sus aliados y los argivos se hallaban allí en formación con sus armas. Así pues, lo primero que debía hacerse era que los encargados de uno y otro bando fueran a separar a ambos ejércitos y discutir así luego sobre la paz. Convencidos en este punto, se marcharon e hicieron que los argivos se retiraran del territorio de Epidauro.

---

[35] Corresponde al mes Metagitnión de Atenas: agosto-septiembre.

[36] Dicho de otra manera: computaron la duración de la expedición como un solo día, el 27 del mes anterior al festivo.

Algo más tarde volvieron a reunirse en el mismo sitio, pero tampoco pudieron llegar a ningún acuerdo. Los argivos invadieron de nuevo el territorio de Epidauro y se dedicaron a saquearlo. Por su parte, también los lacedemonios partieron en expedición contra Carias[37], pero como tampoco en esta ocasión le resultaron favorables los sacrificios para cruzar la frontera, retrocedieron. Mientras tanto, los argivos, después de haber devastado un tercio del territorio de Epidauro, regresaron a su patria. Mil hoplitas atenienses habían acudido en su ayuda, bajo las órdenes del estratego Alcibíades, a quien habían llegado noticias de que los lacedemonios habían emprendido su expedición. Y cuando ya no hubo necesidad de ellos, se retiraron. Así transcurrió el verano.

56. Al invierno siguiente, los lacedemonios, eludiendo la vigilancia de los atenienses, hicieron llegar por mar a Epidauro un contingente de trescientos soldados como guarnición, bajo el mando de Agesípidas. Entonces los argivos acudieron a Atenas y les echaron en cara que, constando por escrito en el tratado que ninguno de los dos bandos debía permitir el paso a fuerzas enemigas por su territorio, habían dejado que los lacedemonios cabotearan por sus costas.

Los argivos afirmaban que se considerarían agraviados si Atenas no llevaba a Pilos a los mesenios e hilotas a luchar contra los lacedemonios.

Entonces los atenienses, a propuesta de Alcibíades, hicieron grabar en la base de la estela del tratado con Lacedemonia que los lacedemonios no se habían mantenido fieles a los juramentos y condujeron a Pilos a los hilotas de Cranios para que se dedicaran al pillaje. Por lo demás, se mantuvieron tranquilos.

En el transcurso de este invierno, aun cuando argivos y epidaurios continuaron en guerra, no tuvo lugar ninguna batalla regularmente preparada, aunque sí emboscadas y diversas incursiones, en el curso de las cuales se produjeron algunas bajas por ambas partes, según el caso.

Al final del invierno, cuando ya se avecinaba la primavera, los argivos se dirigieron a Epidauro llevando buen número de escalas para tomarla por la fuerza, pensando encontrarla

[37] Ciudad del Norte de Laconia.

sin defensores a causa de la guerra. Pero al no obtener éxito, se retiraron. Concluyó así el invierno y con él el decimotercer año de la guerra.

57. Hacia la mitad del verano siguiente, los lacedemonios, viendo que los epidaurios, aliados suyos, se encontraban en dificultades, y que de entre las ciudades del Peloponeso unas habían hecho defección y otras no observaban un comportamiento correcto, pensaron que si no se anticipaban de inmediato a tomar la iniciativa, empeoraría la situación. Ante ello organizaron una expedición contra Argos con todas sus tropas, incluidos los hilotas. Iba al frente de las tropas Agis, hijo de Arquidamo, rey de los lacedemonios.

Los acompañaban los tegeatas y todos los demás arcadios que eran aliados de los lacedemonios, mientras que los aliados del resto del Peloponeso y los de otros lugares se concentraron en Fliunte: unos cinco mil hoplitas beocios y otros tantos soldados armados a la ligera, quinientos jinetes acompañados de un número igual de auxiliares a pie; dos mil hoplitas de Corinto, y otros contingentes diversos de otras ciudades; por su parte, los fliuntios participaban con todas sus fuerzas, debido a que la concentración de tropas tenía lugar en su territorio.

58. Los argivos ya habían recibido antes noticias de los preparativos de los lacedemonios, así que cuando éstos quisieron dirigirse hacia Fliunte para unirse a los otros, aquéllos ya estaban de campaña. En su ayuda habían acudido los mantineos con sus aliados y tres mil hoplitas de Elide. En su avance se encontraron con los lacedemonios en Metidrio[38], Arcadia.

Cada uno de los dos ejércitos ocupó una colina, y mientras los argivos se preparaban a dar la batalla a los lacedemonios ahora que estaban solos, Agis levantó el campamento en plena noche y sin ser visto se dirigió hacia Fliunte, donde estaban los demás aliados.

Los argivos se percataron de ello al amanecer y se pusieron en marcha, primeramente hacia Argos y luego al lugar

[38] Según el testimonio de Pausanias, VIII, 35-36, debía el nombre a su emplazamiento entre dos ríos. Se ubica a unos 35 kilómetros al Noroeste de Megalópolis.

por donde esperaban que los lacedemonios y sus aliados bajaran, esto es, por el camino que conduce a Nemea.

En cambio, Agis no tomó el camino por donde le esperaban, sino que tras haber dado las instrucciones oportunas a sus lacedemonios, a los arcadios y epidaurios emprendió otro más dificultoso y descendió a la llanura de Argos.

Los corintios, pelenenses y fliuntios se adentraron por otro camino distinto y escarpado, mientras que a los beocios, megarenses y sicionios se les ordenó bajar por el camino de Nemea, donde estaban apostados los argivos, a fin de que si éstos se lanzaban contra las tropas [39] atacándolas en la llanura, los persiguieran aquellos con su caballería por la retaguardia. Organizada así la situación, Agis se adentró en la llanura y se entregó a saquear Saminto y otras localidades.

59. Mas los argivos se dieron cuenta de ello y una vez que se hizo de día bajaron desde Nemea para prestar ayuda. Al encontrarse con el ejército de fliuntios y corintios, dieron muerte a unos pocos de Fliunte, sufriendo ellos mismos bajas no mucho más numerosas a manos de los corintios.

Mientras tanto, los beocios, megarenses y sicionios avanzaron, según las instrucciones que se les había dado, hacia Nemea. Pero no encontraron allí a los argivos ya que éstos, en vista de que su territorio estaba siendo devastado, habían descendido a la llanura y se preparaban para entablar batalla. Por su parte, también los lacedemonios hacían sus preparativos.

Los argivos habían quedado copados en medio: efectivamente, por la parte de la llanura estaban los lacedemonios y sus aliados impidiéndoles el paso a la ciudad; en las zonas altas se encontraban los corintios, fliuntios y pelenenses; y por la parte de Nemea, los beocios, sicionios y megarenses. Además, no disponían de caballería, ya que los atenienses eran los únicos de sus aliados que aún no habían aparecido [40].

Sin embargo, la mayoría de los argivos y de sus aliados no

---

[39] *Las del rey Agis.*

[40] Se ha de advertir la paradoja de que la «criadora de caballos» Argos (como la llamaba Homero), carecía ahora de jinetes, mientras que Atenas disponía de ellos en abundancia.

consideraba que la situación fuera en exceso adversa, sino que creían que la batalla se libraría en condiciones favorables, dado que los lacedemonios habían quedado recluidos en territorio de Argos, en las proximidades de la ciudad.

No obstante dos ciudadanos de Argos, Trasilo (uno de los cinco estrategos) y Alcifrón (que era próxeno de los lacedemonios) cuando ambos ejércitos estaban a punto de entrar en liza, fueron ambos juntos a parlamentar con Agis a fin de inducirlo a no entablar combate: los argivos se mostraban partidarios de someter las quejas recíprocas a un arbitraje, en condiciones de equidad e igualdad, si los lacedemonios tenían alguna acusación que hacer contra ellos, y a permanecer en paz en el futuro, después de haber concertado un tratado.

60. Los dos argivos autores de estas propuestas habían actuado por cuenta propia y no por delegación del partido popular. Por su parte, Agis las aceptó a título individual, sin acuerdo de la mayoría y sin haberlas sometido a deliberación. Se limitó, tan sólo, a contarlas a una de las personas de autoridad que participaba en la expedición.

Concluyó, pues, con ellos una tregua de cuatro meses, durante los cuales los argivos debían poner en práctica lo que habían prometido.

Al punto hizo retroceder al ejército, sin dar ningún tipo de explicación a los aliados. Los lacedemonios y sus aliados obedecieron la orden porque así lo disponía la ley, pero entre sí hacían graves acusaciones contra Agis, pues pensaban que aunque se había presentado una excelente ocasión para presentar batalla, ya que el enemigo estaba rodeado por todas partes, tanto por la caballería como por las tropas de a pie, se retiraban sin haber llevado a cabo ninguna hazaña proporcional a sus preparativos.

En efecto, aquél fue el más aguerrido ejército griego que hasta entonces se hubo reunido. En particular así se vio mientras estaban aún todos congregados en Nemea; incluía a los lacedemonios con todas sus fuerzas, a los arcadios, beocios, corintios, sicionios, pelenenses, fliuntios y megarenses. Todos ellos eran contingentes de tropas selectas de cada una de las ciudades, capaces de combatir no sólo contra la alianza argiva, sino contra cualquier otra que se le añadiera.

El ejército se retiró, así pues, haciendo a Agis estas acusaciones, y más tarde los diversos contingentes se separaron y cada uno se reintegró a su patria.

Por su parte, los argivos lanzaban aún más graves acusaciones contra aquellos ciudadanos que habían pactado la tregua sin consentimiento del pueblo. En efecto, también ellos estimaban que los lacedemonios se les habían escapado en una ocasión tal que nunca se volvería a presentar una más propicia, puesto que la batalla hubiera tenido lugar en las proximidades de su ciudad y asistidos por unos aliados numerosos y valientes.

En el camino de regreso, en las proximidades del Caradro [41], donde suelen juzgar los delitos militares antes de entrar en la ciudad, comenzaron a lapidar a Trasilo. Buscó refugio éste en un altar y consiguió salvarse, pero sus bienes fueron confiscados.

61. *Después de esto, los argivos* (quienes, a pesar de lo ocurrido, dudaban en romper la tregua pactada con los lacedemonios), al llegarles de Atenas un refuerzo de mil hoplitas y trescientos jinetes bajo las órdenes de Laquete y Nicóstrato, los invitaron a ausentarse, rehusando hacerlos comparecer ante la asamblea del pueblo (ante la que ellos pretendía gestionar estos asuntos), hasta que los mantinéos y eleos (que aún se hallaban allí) les forzaron a ello con su insistencia.

Los atenienses dijeron entonces (entre los miembros de la delegación se encontraba Alcibíades) a los argivos y sus aliados que no había sido correcto acordar la tregua sin contar con la presencia de los demás aliados y que ahora —ya que ellos habían llegado en el momento oportuno— había que reemprender las hostilidades.

Convencieron con estos argumentos a los aliados, y todos juntos, excepto los argivos, marcharon en seguida contra Orcómeno, en Arcadia. Los argivos, aunque quedaron convencidos, permanecieron al principio rezagados y sólo más tarde se incorporaron a ellos.

Tomaron posiciones todos junto a Orcómeno y, sitiándola, lanzaron contra ella algunos asaltos, pues estaban deseo-

[41] Torrente, seco en verano, a las afueras de Argos. Cf. Pausanias, II, 25.

sos de apoderarse de la ciudad, sobre todo porque en ella se encontraban unos rehenes arcadios que habían sido llevados allí por los lacedemonios.

Los habitantes de Orcómeno, temiendo la destrucción de su ciudad a causa de la poca resistencia de sus murallas, por el elevado número de asaltantes, y en vista de que nadie acudía a socorrerlos, acordaron incorporarse a la alianza, entregar como rehenes de los mantineos a algunos de los suyos y devolver aquéllos que los lacedemonios les habían confiado.

62. Después de esto, los aliados, dueños ya de Orcómeno, deliberaban acerca de qué ciudad de las restantes debía ser atacada en primer lugar. Los eleos querían que fuera Lépreo y los mantineos Tegea. Los argivos y los atenienses se adhirieron a la postura de los mantineos.

Entonces los eleos, molestos por no tomarse la decisión de atacar Lépreo, se retiraron a su país. Mientras tanto los demás aliados se prepararon en Mantinea para marchar contra Tegea. En ella, algunos de sus habitantes se disponían a ponerla a su disposición.

63. Los lacedemonios, a su regreso de Argos después de haber concertado una tregua por cuatro meses, reprochaban vivamente a Agis por no haber sometido Argos, siendo así que —a su juicio— había sido la más excelente ocasión que jamás se les había antes presentado, ya que no era fácil reunir tantos aliados y de tal categoría. Y una vez que circuló la noticia de que Orcómeno había sido capturada, se enojaron mucho más y dominados por la ira decidieron al punto (contrariamente a su habitual comportamiento) que había que destruir su casa y condenarle al pago de una multa de cien mil dracmas. El les rogó que no hicieran nada de esto, pues iba a organizar una nueva campaña para saldar la acusación con una bella hazaña, o que en caso contrario, hicieran ya lo que querían.

Los lacedemonios dejaron por el momento en suspenso la demolición de la casa y el pago de la multa, pero establecieron en ese momento una norma que hasta entonces no había tenido precedentes: eligieron a diez espartiatas y se los asignaron como consejeros suyos; y sin ellos no estaba autorizado a conducir el ejército fuera de la ciudad.

64. Por entonces sus amigos de Tegea les informaron de que, si ellos no se presentaban de inmediato allí, la ciudad se pasaría a los argivos y sus aliados; en la práctica, la defección estaba casi consumada. Entonces, los lacedemonios en persona, además de los hilotas en masa, acudieron en socorro, con una rapidez y diligencia cual nunca antes, dirigiéndose hacia Oresteo, en Menalia. También dieron órdenes a sus aliados de Arcadia que se concentraran y marcharan a Tegea, siguiendo sus pasos.

Mientras tanto ellos se dirigieron con todas sus tropas hacia Oresteo e hicieron regresar a su patria a una sexta parte de sus tropas (entre los cuales iban los de mayor edad y los más jóvenes) a fin de que atendieran la defensa del país, y con el resto del ejército acudieron a Tegea. Algo después se presentaron sus aliados de Arcadia.

Enviaron también mensajeros a Corinto, a los beocios, focenses y locrios, solicitándoles acudieran en su ayuda cuanto antes a Mantinea.

Pero para estos pueblos, al llegarles súbitamente esta solicitud, no les resultaba fácil (a menos que se esperaran los unos a los otros para reunir fuerzas) atravesar el territorio de un enemigo que les cerraba el paso, no obstante lo cual, actuaron con gran diligencia. Mientras tanto, los lacedemonios, tomando consigo a los aliados arcadios que se hallaban allí, invadieron el territorio de Mantinea y después de haber acampado junto al santuario de Heracles, se dedicaron a saquear el territorio.

65. Cuando los argivos y sus aliados los vieron, ocuparon una colina bien defendida y de difícil acceso y se prepararon para la batalla. Los lacedemonios avanzaron al punto contra ellos hasta situarse bajo el alcance de las piedras y dardos. Entonces, uno de los soldados más veteranos, al ver que marchaban contra una posición bien fortificada, dijo a gritos a Agis que se proponía remediar un mal con otro nuevo mal, dejando entender que el inoportuno celo que ahora mostraba quería ser un acto de reparación por la retirada de Argos, que tanto le habían censurado.

Entonces Agis, bien fuera por esta advertencia, bien porque se le ocurriera de pronto algo parecido o ligeramente

distinto, hizo retroceder a toda prisa al ejército, antes de que entrara en contacto con el enemigo.

Se presentó en el territorio de Tegea y se dedicó a desviar el curso de las aguas [42] en dirección a Mantinea. Los tegeatas y los mantineos andan casi constantemente en guerra por este motivo, ya que las aguas provocan graves pérdidas a unos o a otros, según hacia donde fluyan.

Lo que él quería, en efecto, era que los hombres [los argivos y sus aliados] que ocupaban las alturas de la colina, al ver el intento de desviación de las aguas, descendieran para impedirlo, y así la batalla tendría lugar en la llanura.

Así pues, Agis permaneció aquel día allí ocupado y efectuó la desviación. A su vez los argivos y sus aliados se quedaron sorprendidos en un primer momento ante la inesperada retirada del enemigo, cuando ya se hallaban tan próximos, y no sabían qué conjeturar. Algo después, una vez que el enemigo desapareció de su vista retirándose, mientras que ellos permanecían quietos sin seguirlos, comenzaron de nuevo a acusar a sus jefes de que ya antes habían dejado escapar a los lacedemonios (cuando quedaron cogidos en muy buena situación en las proximidades de Argos) y de que tampoco ahora los persiguieran mientras aquéllos se retiraban, sino que el enemigo tranquilamente se ponía a salvo, mientras ellos mismos se sentían víctimas de traición.

Los estrategos quedaron atónitos en un primer momento, más al poco tiempo hicieron descender de la colina a las tropas y avanzando hasta la llanura acamparon en ella, decididos a marchar contra el enemigo.

66. Al día siguiente los argivos y sus aliados dispusieron sus tropas en formación, según pensaban presentar batalla, en caso de toparse con el enemigo. A su vez, los lacedemonios, que regresaban desde la zona de la desviación de las aguas hacia el santuario de Heracles, donde estaba su campamento, se encontraron con que sus enemigos se hallaban a muy corta distancia, todos ellos en orden de batalla y apartados de la colina.

---

[42] Se trataba, al parecer, del curso de agua del Sarandopótamos. La utilización de corrientes de agua como recurso poliorcético está atestiguada en Jenofonte, *Helénicas,* V, 2.

Los lacedemonios experimentaron en este momento el pavor más inmenso de cuantos se recuerdan, ya que disponían de poquísimo tiempo para hacer sus preparativos. De inmediato, entregándose a ello con todo empeño, se organizaron en el orden que les era habitual, mientras el rey Agis conducía las operaciones de acuerdo con las normas.

En efecto, cuando un rey está al frente de las tropas, todas las órdenes parten de él: él mismo da las instrucciones necesarias a los polemarcos, éstos las transmiten a los locagos, éstos a los pentecónteros y éstos a su vez a los enomotarcos y éstos, finalmente, a su enomotía [43].

Así, las órdenes, cuando desean dar alguna, siguen siempre esta vía reglamentaria y llegan rápidamente a su destinatario. De hecho, el ejército lacedemonio está constituido (salvo algunas excepciones de poca monta) por una amplia jerarquía de mandos y la responsabilidad de las acciones recae sobre gran número de personas.

67. En esta ocasión, pues, el flanco izquierdo estaba ocupado por los escritas [44] (son los únicos entre los lacedemonios que ocupaban siempre este lugar, que se les reserva a ellos); junto a éstos formaban los soldados de Brásidas que procedían de Tracia, acompañados de los neodamodes. A continuación formaba ya, uno tras otro, los batallones lacedemonios propiamente dichos; y a continuación los arcadios de Herea, y tras ellos los menalios. Finalmente, en el flanco derecho formaban los de Tegea y unos pocos lacedemonios que ocupaban el extremo de la formación.

La caballería, a su vez, formaba a los flancos de ambas alas. Tal era, pues, la disposición de las tropas lacedemonias.

En cuanto a sus adversarios, los mantineos ocupaban el flanco derecho, ya que el combate tenía lugar en su territorio, y junto a ellos se encontraban los aliados arcadios; inmediatamente después venían los mil soldados escogidos de Argos (a quienes la ciudad ofrecía la posibilidad de hacer prácticas de milicia muy prolongadas a expensas del Estado)

---

[43] El polemarco tiene las funciones de comandante militar. La unidad inferior *(enomotía)* estaba integrada por 32 hombres a las órdenes directas de un enomotarco. Entre ambos grados se sitúan los mandos intermedios.

[44] Soldados con armas ligeras, reclutados de entre los periecos de la región de Escirítide, fronteriza con Arcadia.

y tras ellos los restantes argivos. Tras éstos, sus aliados cleonenses y orneatas [45]; y les seguían, por último, los atenienses, que ocupaban el flanco izquierdo, y con ellos su caballería.

68. Esta era la formación y los efectivos de uno y otro bando. El ejército de los lacedemonios resultaba mayor; aunque en cuanto a las cifras, no podría precisar con exactitud el número de hombres de los distintos contingentes de uno y otro bando, ni el número total de cada ejército. En efecto, el número de lacedemonios era desconocido, dado el secretismo que caracteriza a su régimen político; y en cuanto al de los otros, resultaba poco digno de crédito, dada la tendencia humana a exagerar las cifras de los asuntos que les afectan directamente.

No obstante, sobre la base del siguiente cálculo es posible hacerse una idea de los efectivos con que en esta ocasión contaron los lacedemonios. Participaron en los combates —sin contar a los escíritas, que eran seiscientos— siete batallones, cada uno de los cuales comprendía cuatro pentecostías [46], y cada una de ellas constaba de cuatro enomotías. En la primera fila de cada enomotía combatían cuatro hombres, y en cuanto al fondo no todas estaban constituidas igual, sino según cada locago quería. Lo más corriente era de ocho en fondo.

Por tanto, sin contar los escíritas, la primera fila contaba un total de cuatrocientos cuarenta y ocho hombres [47].

69. Cuando estaban a punto ya de trabar batalla, se produjeron las arengas de cada comandante a sus hombres, del siguiente tenor: a los mantineos, que el combate iba a ser por su patria, y al mismo tiempo por la hegemonía sobre los otros y por la esclavitud (a fin de no dejarse arrebatar la primera —después de haberla experimentado—, ni probar de nuevo la segunda); a los argivos, que iban a combatir por

---

[45] Habitantes de Cleón y Orneas, ciudades de Argólide.

[46] A pesar de su etimología, parece que en época de Tucídides esta unidad estaba formada por 128 hombres, según se deduce de lo dicho más abajo.

[47] Esta cifra es el resultado de multiplicar el número de batallones por el de pentecostías, por el de las enomotías y por el número de hombres de la primera fila: $7 \times 4 \times 4 \times 4 = 448$.

su antigua hegemonía y por la igualdad de derechos (igualdad que había existido una vez en el Peloponeso y a la que no tenían por qué renunciar para siempre), así como para castigar los muchos ultrajes de una nación que era rival y vecina suya; a los atenienses, que era algo bello, combatiendo junto a muchos y valientes aliados, no mostrarse inferiores a nadie; y además, que si vencían a los lacedemonios en el Peloponeso, afianzarían y extenderían ellos su imperio y evitarían al propio tiempo el riesgo de que cualquiera invadiera su país.

Tales fueron las arengas que dirigieron a los argivos y sus aliados. Por su parte, los lacedemonios se daban ánimos en cada uno de los distintos contingentes y con sus cantos militares traían a su memoria acontecimientos que les resultaban bien familiares, como hombres valerosos que eran, en cuanto que sabían que la experiencia que se deriva de la práctica de un continuo ejercicio ayuda más a la salvación que una bella exhortación hecha a ultimísima hora.

70. Después de lo cual, se produjo el encuentro. Los argivos y sus aliados comenzaron a avanzar con vehemente ímpetu, mientras que los lacedemonios lo hacían despacio y al ritmo de muchos flautistas que desfilaban con ellos, según era costumbre, no por razones religiosas, sino para que marchando al compás del ritmo pudieran avanzar en orden y sin que sus filas se abrieran, cosa que suelen hacer los grandes ejércitos al marchar.

71. Estaban aún avanzando los unos contra los otros, cuando al rey Agis se le ocurrió efectuar la siguiente maniobra: todos los ejércitos en el transcurso del combate tienden a desplazarse hacia la derecha, de tal modo que ambas formaciones desbordan con su flanco derecho el lado izquierdo enemigo; ello ocurre porque los soldados sienten miedo y acercan lo más posible su lado no protegido al abrigo del escudo del hombre alineado a su derecha, en la idea de que cuanto más apretada es la fila más protegidos quedan. El primer causante de este comportamiento es el hombre que va en cabeza por la derecha, preocupado continuamente de sustraer del enemigo su lado al descubierto. Y a él le siguen los demás, dejándose llevar de idéntico temor.

En esta ocasión los mantineos desbordaron ampliamente

el ala de los esciritas; y aún más lo hacían los lacedemonios y tegeatas con el flanco ateniense, en cuanto que el ejército de aquéllos era más numeroso. Por su parte, Agis, temeroso de que su flanco izquierdo quedara envuelto y fuera desbordado completamente por los mantineos, hizo una señal a los esciritas y a los soldados de Brásidas de que dejaran entre sí un intervalo mayor para igualarse a los mantineos. Luego dio órdenes a los polemarcos Hiponóidas y Aristocles de que acudieran con dos batallones desde el flanco derecho para rellenar el hueco en el intervalo que se había creado. El creía que su ala derecha aún conservaría su superioridad y que el sector que hacía frente a los mantineos quedaría más reforzado.

72. Pero como dio la orden mientras estaban avanzando y con poco tiempo de maniobrar, lo que sucedió fue que Hiponóidas y Aristocles rehusaron efectuar el desplazamiento (acusados luego por ello, fueron condenados al exilio de Esparta, por considerar que su comportamiento había sido cobarde); por otra parte, los enemigos habían podido anticiparse a establecer contacto.

En vista de que no se desplazaban los batallones hasta los esciritas, Agis ordenó a éstos buscar la unión de nuevo con las otras tropas, mas éstos ya no pudieron cerrar las líneas.

Sin embargo, los lacedemonios, que en cuanto a habilidad táctica se habían comportado en todo como inferiores, mostraron en aquella ocasión que no por ello dejaban de vencer gracias a su valor. En efecto, tan pronto como llegaron a trabar combate con el enemigo, el ala derecha de los mantineos puso en fuga a los esciritas y a los soldados de Brásidas; en este momento, los mantineos y sus aliados, más los mil soldados escogidos de Argos, se precipitaron por la brecha que había quedado abierta en la línea sembrando la muerte entre los lacedemonios. Con una maniobra envolvente los pusieron en fuga y los persiguieron hasta los carros, dando muerte a algunos de los soldados más ancianos, que estaban allí formados. Así es que, en este lado, eran derrotados los lacedemonios.

Mas en los demás frentes del ejército, y de modo especial en el centro (que era donde se encontraba el rey Agis junto

a sus llamados «trescientos caballeros») [48], cayendo sobre los soldados argivos de mayor edad y sobre los llamados «cinco batallones», así como sobre los cleonenses, orneatas y atenienses que formaban a su flanco, los pusieron en fuga, sin que los más de ellos resistieran a pie firme, sino que según los lacedemonios avanzaban, cedieron al instante y algunos de ellos resultaron pisoteados por sus compañeros, por miedo a no conseguir evitar su captura.

73. Al ceder en este sector las fuerzas argivas y de sus aliados, el contacto entre los dos extremos quedó interrumpido. Al mismo tiempo el ala derecha de los lacedemonios y tegeatas iba envolviendo a los atenienses, merced al contingente que desbordaba las filas enemigas. Lo cual significaba para ellos un doble peligro: pues de una parte estaban siendo rodeados y de otra eran derrotados. Y lo hubieran pasado mucho peor que el resto del ejército de no haber sido por la caballería, que estuvo a su lado para ayudarles.

Ocurrió además que Agis, al darse cuenta de que su flanco izquierdo se hallaba en apuros frente a los mantineos y los mil argivos, dio órdenes a todo el ejército de dirigirse hacia la zona donde sus tropas estaban siendo derrotadas. Al suceder esto, los atenienses aprovecharon entonces que el ejército pasaba de largo y se alejaba de ellos y se pusieron a salvo junto a las unidades argivas derrotadas.

Por su parte los mantineos y sus aliados, y las tropas selectas de los argivos, no se preocuparon por más tiempo de dar alcance al enemigo, sino que al ver que los suyos habían sido derrotados y que los lacedemonios avanzaban contra ellos, se dieron a la fuga.

Murieron muchos más del bando de los mantineos; en cambio, la mayor parte de las tropas escogidas de Argos se salvó. En verdad la fuga y la retirada de la zona del combate no fueron penosas ni largas, ya que los lacedemonios sostienen duras y obstinadas batallas a pie firme sólo hasta que provocan la huida del enemigo, y una vez que los hacen huir, los persiguen durante muy poco tiempo y sin alejarse.

74. La batalla, así pues, se desarolló de este modo, o de

---

[48] La denominación debe de remontar a una época muy antigua, pues sabemos que en el siglo v no eran soldados a caballo, sino hoplitas.

manera muy similar. Fue la más importante que los griegos libraron durante muchísimo tiempo, con participación de las ciudades más famosas.

Al punto los lacedemonios formaron armados delante de los cadáveres de los enemigos y erigieron un trofeo, tras haber despojado a los muertos. Recogieron los cuerpos de sus caídos y los llevaron a Tegea, donde les dieron sepultura. Devolvieron los de los enemigos en virtud de una tregua.

Setecientos fueron los muertos entre los argivos, orneatas y cleonenses; doscientos mantineos y otros doscientos de los atenienses y eginetas, incluidos sus dos estrategos.

Los aliados de los lacedemonios no sufrieron pérdidas dignas de ser mencionadas; y en cuanto a los propios lacedemonios, resultó difícil conocer la verdad, aunque se hablaba de que habían muerto unos trescientos.

75. Cuando la batalla estaba a punto de librarse, Plistoanacte, el otro rey, acudió en ayuda con las fuerzas integradas por los elementos de mayor edad y los más jóvenes y se presentó en Tegea. Mas al enterarse de la victoria, emprendió el regreso. Los lacedemonios despacharon mensajeros para hacer regresar también a las tropas aliadas de Corinto y de otras zonas de más allá del Istmo.

Y ellos mismos, después de retirarse y despedir a sus aliados, comenzaron a celebrar las fiestas (eran entonces las fechas de las Carneas).

Con esta sola acción contrarrestaron las acusaciones de cobardía que los demás griegos les imputaban por la catástrofe de la isla, de falta de decisión y de lentitud. Dieron así la impresión de que habían sido víctimas de la mala suerte, pero que en cuanto al valor seguían siendo los mismos de siempre.

El día anterior a esta batalla ocurrió que los de Epidauro invadieron en masa el territorio de Argos, en la idea de que la ciudad estaba sin defensores, y dieron muerte a muchos argivos que habían quedado como vigilancia al haberse ausentado el ejército. A su vez, marcharon prestos contra Epidauro los tres mil hoplitas eleos que habían acudido en ayuda de Mantinea después de la batalla, además de un contingente de mil atenienses que se les sumó, aprovechando el hecho de que los lacedemonios celebraban las Carneas, y co-

menzaron a construir fortificaciones alrededor de la ciudad, dividiéndose el trabajo.

Mientras que los demás abandonaron enseguida la empresa, los atenienses se apresuraron a terminar, de acuerdo con lo que les había correspondido, la fortificación de la colina del santuario de Hera. Coincidieron todos en que era necesario dejar allí algunas tropas como guarnición y luego se retiraron a sus respectivas ciudades. Y así concluyó el verano.

76. Recién comenzado el invierno siguiente, los lacedemonios, después de haber celebrado las Carneas, organizaron una expedición, y al llegar a Tegea enviaron a Argos unos emisarios con propuestas de paz.

Ya desde antes había en la ciudad algunas personas partidarias suyas, que querían derribar el régimen democrático; y una vez que tuvo lugar la batalla, tuvieron muchas más posibilidades de convencer a la masa para que se pactara un acuerdo. Su propósito era, en primer lugar, concluir un tratado de paz con los lacedemonios, y luego una alianza, y finalmente atacar al partido demócrata.

Se presentó, pues, en Argos como mensajero de los lacedemonios, Licas, hijo de Arcesilao, que era próxeno de los argivos, trayendo dos mensajes: uno, para el caso de que se decidieran por la lucha; y el otro, por si eran partidarios de promover la paz.

Después de muchas discusiones (a la sazón se encontraba también allí presente Alcibíades) los argivos partidarios de los lacedemonios, que ahora ya se atrevían a actuar a plena luz del día, convencieron a los argivos para que aceptaran las propuestas del acuerdo, que decía así [49]:

77. «La Asamblea de los lacedemonios acuerda pactar con los argivos en las siguientes condiciones: devuelvan éstos los niños [50] a los de Orcómeno, y los hombres a los me-

[49] El texto de este tratado (en dialecto laconio), así como el recogido más adelante en el capítulo 79, suscitan ciertas consideraciones de interés. Al tratarse de textos dialectales, surge una primera duda acerca de si Tucídides respetó la redacción original (dialectal) del documento en cuestión, o si los ha «retraducido», suprimiendo algunos dialectalismos. A ello se suman las variantes que ofrece la transmisión manuscrita, que ha tendido a regularizar las formas no áticas del texto.

[50] Estos niños de Orcómeno habían sido entregados como rehenes, según dijo en el capítulo 61.

nalios, y los prisioneros que están en Mantinea devuélvanlos a los lacedemonios; y evacuando el territorio de Epidauro, demuelan las fortificaciones.

Y si los atenienses no se retiran de Epidauro, sean considerados enemigos de los argivos y de los lacedemonios, así como de los aliados de los lacedemonios y de los aliados de los argivos.

Y si los lacedemonios tienen en su poder como rehenes algunos niños, que los restituyan a cada una de las ciudades.

Y en cuanto a la víctima que se debe al dios, los argivos, si quieren, prestarán juramento ante los epidaurios; ⟨en otro caso⟩ [51], que presten el juramento ellos mismos.

Las ciudades del Peloponeso, así las grandes como las pequeñas, serán todas ellas autónomas, de acuerdo con sus propias tradiciones.

Si cualquier pueblo de fuera del Peloponeso viene contra el territorio del Peloponeso a causar daños, las ciudades lo rechazarán actuando de común acuerdo, de la manera que parezca más justa a los peloponesios.

Cuantos fuera del Peloponesio son aliados de los lacedemonios, gozarán de los mismos derechos que los lacedemonios; y los de los argivos ⟨de los mismos derechos que los argivos⟩ , manteniendo la soberanía de sus territorios.

El tratado se someterá a los aliados, a fin de que se puedan adherir a él, si les parece. Y si a los aliados les parece oportuno, lo transferirán a sus ciudades.»

En cuanto los argivos aceptaron esta propuesta, el ejército de los lacedemonios abandonó Tegea y regresó a su patria. Más tarde, una vez restablecidas las relaciones recíprocas entre ambos Estados, las mismas personas de antes intrigaron para conseguir que Argos, denunciando su alianza con los mantineos, eleos y atenienses, concluyera un tratado de paz y una alianza con los lacedemonios. Su texto fue:

79. «Los lacedemonios y los argivos han acordado estipular en las siguientes condiciones un tratado de paz y una alianza, por un período de cincuenta años, dirimiendo las diferencias mediante arbitraje, en condiciones de equidad e igualdad, según la tradición.

---

[51] El pasaje plantea problemas de transmisión.

Las demás ciudades del Peloponeso podrán adherirse al tratado de paz y a la alianza, manteniéndose autónomas e independientes, siendo soberanas de sus territorios y dirimiendo las diferencias mediante arbitraje, en condiciones de equidad e igualdad, según la tradición.

Cuantos, fuera del Peloponeso son aliados de los lacedemonios, gozarán de los mismos derechos que los lacedemonios; y los aliados de los argivos, de los mismos derechos que los argivos, manteniendo la soberanía de sus territorios.

Y si ha lugar emprender una expedición común, los lacedemonios y los argivos se consultarán y tomarán las decisiones más justas para los aliados.

Y si alguna ciudad, sea en el interior, sea en el exterior del Peloponeso, se ve envuelta en disputas por causa de límites fronterizos o por cualquier otra razón, se someterá a arbitraje.

Y si una ciudad aliada contiende con otra, ambas ciudades se dirigirán a una tercera que se considere imparcial en el conflicto entre ambas. Los ciudadanos particulares se atendrán a los juicios según la tradición.»

80. Tal fue el tratado de paz y alianza. Y cada uno de los dos bandos restituyó al otro las posesiones que por derecho de guerra o por cualquier otro medio habían tomado. Adoptaron desde ahora una política común y decretaron no dar acogida a ningún heraldo ni embajada proveniente de Atenas hasta que éstos no salieran del Peloponeso abandonando sus fortificaciones, ni pactar ni hacer la guerra con nadie sino de común acuerdo.

No sólo se aplicaron a ello con gran celo, sino que ambos bandos enviaron además embajadores a las localidades de Tracia y a Perdicas, a quien convencieron de que se uniera a ellos mediante un juramento. Sin embargo, éste no abandonó de inmediato a los atenienses, aunque tenía proyectado hacerlo, al ver que Argos (de donde era originaria su familia) actuaba así.

Renovaron los antiguos juramentos a los calcídeos y se formularon otros. Por su parte, los argivos enviaron una embajada a los atenienses, invitándoles a que abandonaran las fortificaciones de Epidauro. Y éstos, viendo que los suyos eran poco numerosos en relación con el resto de la guarnición,

enviaron a Demóstenes para que repatriara a sus hombres. A su llegada, poniendo como pretexto la celebración de unas competiciones deportivas fuera de la fortificación, cerró las puertas una vez que hubieron salido los otros soldados de la guarnición.

Más tarde, los atenienses renovaron el tratado con los de Epidauro y les devolvieron la fortificación.

81. Después de que Argos hiciera defección de la alianza, también los mantineos (aunque al principio habían resistido, no fueron capaces de mantenerla sin los argivos) pactaron con los lacedemonios y renunciaron a la hegemonía sobre otras ciudades.

A su vez, los lacedemonios y los argivos emprendieron una expedición conjunta con mil hombres cada uno; los lacedemonios se dirigieron ellos solos a Sición, a fin de imponer un régimen de corte oligárquico, y a continuación, unidos ambos ejércitos, derribaron el régimen democrático de Argos, donde instauraron una oligarquía favorable a ellos.

Todo esto sucedía al comienzo de la primavera, yendo ya de paso el invierno, y así concluyó el año decimocuarto de la guerra.

82. En el verano siguiente, los dieos del Atos hicieron defección de Atenas para pasarse a los calcídeos y los lacedemonios intervinieron en las ciudades de Acaya, que hasta entonces tenían regímenes poco favorables a ellos.

Además, el partido popular de Argos, que se había ido organizando poco a poco y había recuperado confianza, atacó a los oligarcas aprovechando la celebración lacedemonia de las Gimnopedias [52].

Hubo un enfrentamiento en la ciudad y el partido popular resultó vencedor, dando muerte a algunos oligarcas y expulsando a otros. Los lacedemonios no acudieron cuando los llamaron sus amigos aunque, más tarde, aplazaron la celebración de las Gimnopedias y acudieron en su ayuda.

Al enterarse en Tegea de que los oligarcas habían sido derrotados, no quisieron ir más adelante (a pesar de que se lo

[52] Hay varios testimonios (Pausanias, III, 11, Plutarco, *Licurgo*, 21) que nos hablan de estas celebraciones, en las que participaban los jóvenes espartanos desnudos.

pedían los argivos supervivientes), sino que regresaron a su país a celebrar las Gimnopedias. Más tarde, se presentaron unos embajadores argivos, tanto de los que estaban en la ciudad como de los expatriados, y mantuvieron diversos discursos por parte de unos y otros, en presencia de los aliados. Su parecer fue que los argivos de la ciudad habían actuado contra justicia, por lo que creyeron correcto marchar en expedición contra Argos, aunque se produjeron diversas demoras y retrasos.

Por su parte, el partido popular de Argos, temiendo a los lacedemonios, se acercó de nuevo a la alianza con los atenienses, por estimar que era para ellos lo más conveniente. Empezaron a construir un largo muro hasta el mar, a fin de que, en caso de verse bloqueados por tierra, pudieran importar con ayuda de los atenienses cuanto necesitaran. Algunas ciudades del Peloponeso habían sido informadas de la construcción del muro.

Los argivos participaban en masa en su construcción —hombres, mujeres y niños—, viniendo de Atenas en su ayuda carpinteros y canteros. Así concluyó este verano.

83. En el invierno siguiente los lacedemonios, enterados de que los argivos estaban construyendo el muro, marcharon en expedición acompañados de sus aliados (excepto los corintios) contra Argos. Había unos elementos que actuaban desde dentro de Argos a su favor. El ejército iba a las órdenes de Agis, hijo de Arquidamo, rey de los lacedemonios. Los elementos con cuya ayuda parecían contar en la ciudad no prosperaron; sin embargo, los lacedemonios ocuparon y destruyeron las fortificaciones que estaban siendo construidas; tomaron Hisias [53], localidad de Argólide, y dieron muerte a todos los hombres libres que capturaron. Luego se retiraron y se separaron cada cual a su ciudad.

Por su parte, los argivos hicieron inmediatamente después una expedición contra el territorio de Fliunte y se retiraron tras haber devastado la región. La razón estaba en que habían acogido a los desterrados de su ciudad, que habían ido a establecerse en su mayoría allí.

Ese mismo invierno, los atenienses efectuaron un bloqueo

[53] Localidad de Argólide, en la frontera con Arcadia.

contra Macedonia, reprochando a Perdicas el que se hubiera juramentado con los argivos y lacedemonios y haber traicionado la alianza con ellos, cuando prepararon sus tropas para enviarlas contra los calcídeos de Tracia y contra Anfípolis bajo las ódenes de Nicias, hijo de Nicérato. Y entonces hubo que disolver la expedición por no haber comparecido él y por eso se consideró a partir de entonces enemigo suyo. Concluyó así este invierno y con él terminaba el decimoquinto año de la guerra.

84. Al verano siguiente, Alcibíades se dirigió a Argos con veinte naves y capturó a los argivos que parecían aún sospechosos y partidarios de la causa lacedemonia. Fueron trescientos hombres y los hombres los deportaron a las islas vecinas sometidas a su imperio.

Por otra parte, los atenienses organizaron una expedición contra Melos, con treinta naves propias, seis de Quíos y dos de Lesbos, además de mil doscientos hoplitas atenienses, trescientos arqueros de a pie y veinte de a caballo, más aproximadamente mil quinientos hoplitas de sus aliados isleños.

Los melios son una colonia de los lacedemonios y no querían someterse a los atenienses, como ya habían hecho los demás pueblos isleños.

En un principio intentaban permanecer tranquilos, sin tomar parte por ninguno de los dos bandos; pero más tarde, forzados por los atenienses, que se dedicaban a devastar su isla, entraron abiertamente en guerra.

Así pues, en cuanto acamparon en la isla con las fuerzas antes dichas los estrategos Cleomedes, hijo de Licomedes, y Tisias, hijo de Tisímaco, y antes de provocar ningún daño en el territorio, enviaron unos embajadores para entablar negociaciones.

Los melios no condujeron a estos embajadores a presencia del pueblo, sino que los invitaron a exponer ante los magistrados y los ciudadanos más influyentes los motivos de su venida.

Los embajadores atenienses se expresaron, en esencia, así [54]:

[54] Aquí comienza el famosísimo diálogo entre los melios y los atenien-

85. *«Ya que el presente debate no se desarrolla ante el pueblo (evidentemente para que la muchedumbre no se deje engañar al oír de nosotros en un solo discurso seguido argumentos sugestivos e irrefutables) —pues sabemos que es eso lo que significa el que se nos haya traído ante sólo unos pocos—, vosotros, los que aquí tenéis asiento, actuad con mayor seguridad aún: tomad vuestras decisiones, por tanto, punto por punto y no con un único discurso, sino interrumpiendo inmediatamente cada vez que digamos algo que no os parezca bien. Y, antes de nada, decid si os place el modo que os proponemos.»*

86. Y los delegados de los melios respondieron:

«No es reprochable la generosa oportunidad de darnos explicaciones los unos a los otros con toda tranquilidad. Pero la guerra, que es algo que está aquí ya presente y no algo futuro, se muestra como algo bien distinto de esa propuesta. Pues vemos, en efecto, que habéis venido en calidad de jueces de cuanto aquí se vaya a decir y que la conclusión, en consecuencia y como es natural, será para nosotros: si logramos triunfar en el campo del derecho (y por tanto no cedemos), la guerra; y si nos dejamos convencer, la esclavitud.»

87. Atenienses:

«¡Basta, pues! Si habéis venido para hacer suposiciones sobre el futuro o para cualquier otra cosa que no sea deliberar sobre la salvación de vuestra patria (a partir de la situación presente y de lo que ante vuestros ojos tenéis), acabáramos.

Pero si es sobre esto, podemos proseguir.»

---

ses: la quintaesencia del pensamiento político de Tucídides y uno de los pasajes más clásicos, bellos y difíciles de la literatura griega de todos los tiempos. Aun cuando en este libro quinto no hay propiamente discursos antitéticos (sólo en el capítulo 9 encontramos la arenga de Brásidas) en este diálogo aparecen algunos elementos claves de la composición tucididea. Ha de advertirse el carácter no sólo dialéctico, sino dramático del pasaje, teñido formalmente de la típica alternancia sofística en el orden de intervención de los representantes de uno y otro bando. Frente a la superioridad moral de las tesis sostenidas por los neutrales melios (que, aunque algo ingenuos, se captan la simpatía del lector), se alza el pragmatismo más racional de los atenienses. Frente a la moral y la razón se alzan las razones de Estado y el pragmatismo.

88. Melios:

«Es natural y comprensible que quienes se encuentren en una situación como la nuestra se desvíen con frecuencia en sus palabras e impresiones. Sin embargo, cierto es que esta reunión tiene por objeto nuestra salvación; que el debate, pues, se desarrolle, si os parece, en la forma que habéis propuesto.»

89. Atenienses:

«¡Y bien!, nosotros no vamos a recurrir por nuestra parte a un largo y poco persuasivo discurso (proclamando que es justo nuestro imperio porque derrotamos al medo, o que hemos emprendido esta expedición de ahora contra vosotros por habernos agraviado); pero tampoco esperamos que creáis que nos vais a convencer diciendo que, por ser una colonia de los lacedemonios, no os sumasteis a nuestro bando o que no nos habéis causado daños. Más bien se trata de que alcancemos lo que es posible sobre la base de los sinceros sentimientos de parte y parte. Lo sabemos igual que lo sabéis vosotros: en el cálculo humano, la Justicia sólo se plantea entre fuerzas iguales. En caso contrario, los más fuertes hacen todo lo que está en su poder y los débiles ceden.»

90. Melios:

«Según nosotros, al menos creemos, es útil (ya que es necesario usar este término, puesto que vosotros propusisteis hablar de lo útil en vez de lo justo) que no destruyáis un bien común, sino que aquél que llegue a estar en alguna ocasión en peligro disponga de lo que es equitativo y justo y que pueda obtener algún beneficio si logra persuadir a alguien con algo, aunque no sea estrictamente riguroso. Y esto es algo que no recae en menor grado en beneficio vuestro, en cuanto que en caso de sufrir una eventual derrota, dada la amplitud de la venganza, llegaríais a servir de ejemplo para los demás.»

91. Atenienses:

«Pero por nuestra parte, no nos angustiamos por el final de nuestro imperio, si es que llega alguna vez a ser destruido. Pues no son los que ejercen el imperio sobre otros (como los propios lacedemonios) los que resultan temibles para los vencidos (aparte de que no estamos ahora en lucha con los

lacedemonios), sino que lo son los súbditos, si alguna vez atacan ellos solos y derrotan a sus dominadores. De modo que sobre eso, déjesenos correr ese peligro.

Y ahora demostraremos que hemos venido aquí por el bien de nuestro imperio y que nuestras propuestas irán encaminadas a la salvación de vuestra ciudad, pues queremos, de una parte, someteros sin grandes trabajos y aseguraros, de otra parte, una salvación que sea de utilidad para unos y otros.»

92. Melios:

«¿Pero cómo podría resultar útil para nosotros ser esclavos y para vosotros dominarnos?»

93. Atenienses:

«El caso es que a vosotros os acontecería, en vez de sufrir lo peor, ser vasallos; y nosotros saldríamos ganando si nos ahorramos vuestro exterminio.»

94. Melios:

«¿De modo que no aceptaríais que, siendo nosotros neutrales, fuéramos amigos en vez de enemigos vuestros, pero no aliados ni de unos ni de otros?»

95. Atenienses:

«No. Porque no nos perjudica tanto vuestra declaración de hostilidad como vuestra amistad. A ojos de nuestros súbditos, ésta se interpretará como prueba de debilidad, mientras que vuestro odio sería una prueba de nuestro poderío.»

96. Melios:

«¿Es así como vuestros súbditos consideran lo que es verosímil poniendo en una misma situación a los que no tienen con vosotros ningún lazo de parentesco y a cuantos pueblos os están sometidos? (que en su mayoría son colonias vuestras, aunque algunos hayan hecho defección).»

97. Atenienses:

«Sí. Porque están seguros de que ni los unos ni los otros carecen de motivos. Los unos se mantienen libres gracias a su fuerza y nosotros por miedo no les atacamos. En consecuencia (aparte de que mandaremos sobre más súbditos), también vosotros nos proporcionaríais mayor seguridad al someteros, especialmente dado que sois unos isleños, menos

fuertes sin duda que otros, que quedaríais sometidos ante los amos del mar.»

98. Melios:

«¿Y no consideráis que haya seguridad también en aquello otro? Pues también es preciso que por nuestra parte (al igual que vosotros nos habéis hecho abandonar los argumentos basados en la justicia e intentáis que nos doblegemos a vuestro interés) enseñándoos lo que es útil para nosotros (por si acontece que también eso mismo lo es para vosotros) intentemos persuadiros.

Pues, respecto a cuantos en la actualidad no son aliados ni de unos ni de otros, ¿cómo no os los vais a enemistar, cuando al observar vuestro comportamiento, tengan por seguro que también algún día los atacaréis a ellos? Y con eso, ¿qué otra cosa hacéis sino acrecentar el número de los que son enemigos vuestros y atraeros como tales, en contra de su voluntad, a quienes ni siquiera pensaron en llegar a serlo?»

99. Atenienses:

«No. Porque no consideramos más peligrosos para nosotros a los pueblos que viven en cualquier parte del continente, pues por gozar de libertad, se tomarán mucho tiempo antes de ponerse en guardia contra nosotros; sino a los isleños que (en cualquier parte) no nos están sometidos, como vosotros, y a los que ahora ya están exasperados por un dominio que les es ineludible. Esos sí que, confiándose frecuentemente a un comportamiento irracional, podrían abocarse a sí mismos y también a nosotros a un peligro evidente.»

100. Melios:

«Pues entonces, si en verdad vosotros hacéis frente a tan gran peligro para que vuestro imperio no acabe y los que ya son vasallos para liberarse de él, para nosotros (que todavía somos libres) sería una extraordinaria vileza y cobardía el no acudir a todo antes que ser esclavos.»

101. Atenienses:

«No. Al menos si deliberáis con prudencia. Porque en vuestro caso no se trata de una lucha en igualdad de condiciones para demostrar el valor (esto es, para no sufrir un deshonor). Más bien se trata de una deliberación sobre el modo

de salvaros, esto es: no hacer frente a quienes son mucho más fuertes.»

102. Melios:

«Pero nosotros sabemos que hay veces que los avatares de la guerra toman unos derroteros más imparciales de lo que cabría esperar según la disparidad numérica de cada bando. Además, para nosotros, ceder significa automáticamente la desesperación; en cambio, con la acción todavía siguen vivas las esperanzas de mantenernos en pie.»

103. Atenienses:

«¡La esperanza! Es un consuelo en el peligro: a los que recurren a ella desde una situación de abundancia, aunque les dañe no los arruina. En cambio, quienes arriesgan en ella todo cuanto tienen (y ella es pródiga de su natural), llegan a conocerla justo en el momento del fracaso, cuando ya no queda recurso para precaverse de ella, ahora que ya la conocen.

No queráis vosotros, que sois débiles y os halláis a merced de una sola inclinación de la balanza, probarlo ni asemejaros a tantísimos que (cuando aún podían salvarse por medios humanos), abandonados por la esperanza de lo tangible, cuando se hallan en apuros, se inclinan hacia las esperanzas menos claras: la adivinación, los oráculos y cuántas cosas semejantes (con sus expectativas de esperanzas) causan estragos.»

104. Melios:

«Difícil, sabedlo bien, también consideramos nosotros luchar contra una potencia como la vuestra y contra la fortuna, si ésta no ha de repartirse por igual. Sin embargo, en cuanto a la suerte, confiamos en no ser peor agraciados por la divinidad (pues, hombres piadosos, nos enfrentamos a quienes no son justos) y en cuanto a la inferioridad de nuestras tropas, confiamos en que la alianza de los lacedemonios estará de nuestra parte, que se verán obligados, si no por otro motivo, por causa del parentesco y del honor. De modo que nuestra confianza no es tan irreflexiva.»

105. Atenienses:

«Bien; en cuanto a la divina benevolencia, tampoco nosotros creemos quedar en inferioridad, pues ni exigimos ni hacemos nada que esté fuera del juicio que los hombres tie-

nen de las cosas divinas, ni de los deseos en que basan sus relaciones recíprocas. En efecto, creemos que los dioses y los hombres (en el primer supuesto se trata de una opinión, y en el segundo, de una certeza) imperan siempre, en virtud de una ley natural, sobre aquéllos a los que superan en poder. Nosotros no hemos establecido esta ley, ni la hemos aplicado los primeros; ya existía cuando la recibimos, y habremos de dejarla como legado a la posteridad. Y sabemos que también vosotros, y cualquier otro, de llegar a estar en la misma situación de poder que nosotros, haríais lo mismo. Así que, por lo que respecta a la divina protección, no tememos, verosímilmente, sufrir menoscabo.

Y en cuanto a la opinión que tenéis sobre los lacedemonios (que a causa de su concepto del honor confiáis que van a venir a socorreros) os felicitamos por vuestra inexperiencia del mal, pero no envidiamos vuestro simplismo. Los lacedemonios, en efecto, usan en gran medida el honor en sus relaciones mutuas y en sus instituciones patrias, pero cuando se trata de su comportamiento con los demás (y podría uno decir muchas cosas de cómo proceden), lo aclararía diciendo, en resumidas cuentas, que de todos los pueblos que conocemos son los que del modo más claro consideran honorable lo placentero y justo lo útil. Y en verdad, tal manera de pensar no favorece esa vuestra actual e irracional esperanza de salvación.»

106. Melios:

«Pero precisamente por eso mismo, confiamos nosotros de manera especial en que no querrán, por su propio interés, traicionar a los melios (que somos colonos suyos), hacerse indignos de crédito ante los griegos que les son favorables y prestar en cambio un servicio a sus enemigos.»

107. Atenienses:

«¿Es que no os convencéis de que lo útil reside en donde está la seguridad, y que en cambio lo justo y honorable comportan siempre peligro, cosa que los lacedemonios suelen usar por lo general muy rara vez?»

108. Melios:

«Sí. Pero nosotros creemos que por nuestra causa ellos arrostrarán incluso esos peligros, y que los considerarán menos graves que los que corran por causa de otros, dado que

para una intervención nuestra patria está cerca del Peloponeso, y porque somos más dignos de confianza que otros, a causa de nuestro emparentado modo de pensar.»

109. *Atenienses:*

«Sin embargo, no es la buena voluntad de quien solicita la ayuda la que garantiza la seguridad de quienes la prestan, sino el hecho de que posea realmente una fuerza superior. Y esto es algo que los lacedemonios cuidan bastante más que los demás (al menos, por desconfianza de su propia preparación, atacan a sus vecinos con gran número de aliados), de suerte que no es verosímil que crucen hasta aquí, hacia una isla, siendo nosotros los amos del mar.»

110. Melios:

«Pero ellos podrían enviar también a otros[55]*, pues el mar de Creta es muy amplio y, en consecuencia, la captura de un enemigo es más difícil por parte de quien lo domina, que llevar a cabo una travesía por parte de quien desea pasar desapercibido. Y si fracasaran en esto, podrían volverse hacia vuestros territorios y contra vuestros restantes aliados, a cuantos no se llegó Brásidas. Y en tal caso, vuestros esfuerzos ya no serán por una alianza y un territorio que en nada os conciernen, sino por el vuestro propio.»*

111. Atenienses:

«Podría ser que algo de eso nos ocurriera (a una gente que ya tenemos experiencia al respecto), y a vosotros no os soprendería sin saber que los atenienses jamás se han retirado de ni un solo asedio por miedo a otros.

Por lo demás, nos estamos dando cuenta de que aunque habéis dicho que ibais a deliberar sobre vuestra salvación, en toda esta larga conferencia no habéis dicho nada basándose en lo cual los hombres creerían poder llegar a salvarse. Por el contrario, vuestros apoyos más fuertes están en esperanzas futuras; en cambio, los recursos de que ahora disponéis para salvaros son escasos comparados con las fuerzas que ya están desplegadas frente a vosotros. Daréis prueba de que vuestros planes son muy insensatos si, después de que nos hayáis despedido, no decidís algo más sensato. Porque no iréis a refugiaros ahora en ese sentimiento del ho-

[55] Clara alusión a la flota corintia.

nor, que las más de las veces arruina a los hombres en momentos de peligro manifiestos y vergonzosos. De cierto que a muchos que aún discernían hacia dónde se encaminaban, el llamado deshonor (por la fuerza de este nombre seductor) los atrajo (vencidos por esa palabra) a caer voluntariamente de hecho en desgracias incurables y a adquirir encima una vergüenza que es mayor porque se deriva de su insensatez más que del azar. Y esto es algo de lo que os guardaréis vosotros, si es que deliberáis cuerdamente.

Y no consideréis indecoroso ser vencidos por una ciudad, la más poderosa, cuando os propone cosas moderadas: que os convirtáis en aliados suyos, conservando vuestras posesiones de tierra, pagando tributos. Y no obstinaros en adoptar el partido peor, cuando se os da a elegir entre la guerra y la seguridad. Porque quienes precisamente no ceden ante sus iguales, se comportan razonablemente con el más fuerte, y tratan al débil con moderación, son los que suelen prosperar.

Examinadlo, pues, cuando nos hayamos retirado, y reconsiderad que estáis deliberando sobre vuestra patria, que es una sola; y que de una sola deliberación dependerá su prosperidad y su ruina.»

112. Los atenienses se retiraron de las conversaciones y los melios, una vez estuvieron solos, como su parecer era similar al de antes, o sea, de desacuerdo, contestaron:

«Nuestras opiniones, oh atenienses, no son distintas de las del principio, ni estamos dispuestos a privar de su libertad en un momento a una ciudad que está habitada ya hace setecientos años, sino que vamos a intentar salvarnos, confiando en la suerte que de los dioses proviene (que es la que hasta ahora la ha salvado), en la ayuda de los hombres, y en particular de los lacedemonios. Os proponemos ser amigos vuestros, pero no enemigos, ni de unos ni de otros, y que os retiréis de nuestro territorio después de concertar una tregua que parezca ser conveniente para ambos.»

113. Esto es cuanto respondieron los melios. Los atenienses, por su parte, dando con esto fin a las conversaciones, dijeron:

«En fin, vosotros sois los únicos, a juzgar por esas decisiones, que consideráis más seguro el futuro que lo que está

ante vuestros ojos, y veis (por desearlo) como ya acontecido lo que aún está oscuro. Confiados totalmente a los lacedemonios, a la suerte y a la esperanza, totalmente también seréis derrotados.»

114. Los embajadores atenienses regresaron adonde estaba su ejército. Y sus estrategos, en vista de que los melios no querían someterse, se dispusieron a atacarlos. Se dividieron el territorio por ciudades y construyeron un muro en torno a la capital de los melios. Más tarde, los atenienses dejaron una guarnición de tropas propias y aliadas y regresaron a Atenas por tierra y por mar con el grueso del ejército. Los que quedaron allí continuaron el asedio del territorio.

115. Por aquellas mismas fechas, los argivos efectuaron una expedición al territorio de Fliunte, cayeron en una emboscada que les tendieron los de Fliunte y sus propios desterrados y perecieron unos ochenta. Por otra parte, los atenienses que operaban en Pilos capturaron un gran botín a los lacedemonios. Estos, sin embargo, no denunciaron el tratado de paz por tal motivo ni entraron en guerra con los atenienses, sino que hicieron una proclama por la que daban total libertad a todo el mundo para emprender expediciones de saqueo contra los atenienses.

Mientras tanto los corintios entraron en guerra con los atenienses por causa de algunas diferencias de carácter privado entre ellos, pero los demás peloponesios se mantuvieron tranquilos.

Los melios, a su vez, conquistaron durante un ataque nocturno la parte del muro ateniense que miraba al ágora. Mataron a algunos soldados, introdujeron en la ciudad víveres y cuanto pudieron recoger que fuera de utilidad, se retiraron adentro y no se volvieron a mover. Los atenienses se preocuparon desde aquel momento en mejorar su vigilancia. Y así terminó el verano.

116. En el invierno siguiente, los lacedemonios iban a emprender una expedición contra el territorio de Argos, pero al no resultarles favorables los sacrificios del cruce de frontera [ofrecidos en las fronteras], se retiraron. Los argivos, sospechando de algunas personas de la ciudad a propósito de la tentativa de los lacedemonios, prendieron a algunas de ellas, mientras otras conseguían escapar.

Por las mismas fechas, los melios se apoderaron de nuevo de una parte del muro ateniense, en donde los hombres de vigilancia eran menos. Pero más tarde, al venir desde Atenas en vista de esto un nuevo cuerpo expedicionario bajo las órdenes de Filócrates, hijo de Demeas, el asedio fue efectuado con mayor severidad. Al producirse una traición en el campo de los melios, capitularon ante los atenienses, quedando a su libre disposición.

Los atenienses dieron muerte a todos los melios en edad adulta, redujeron a esclavitud a los niños y mujeres; y en cuanto al territorio, lo ocuparon ellos mismos, enviando más tarde quinientos colonos [56].

[56] Sobre el eco que tuvieron en Atenas estas medidas, cf. el testimonio de Isócrates, IV, 100, XII, 62, XV, 13, o Plutarco, *Alcibíades,* 16.

Decimosexto año de guerra (continuación) (416-415), 1-7:

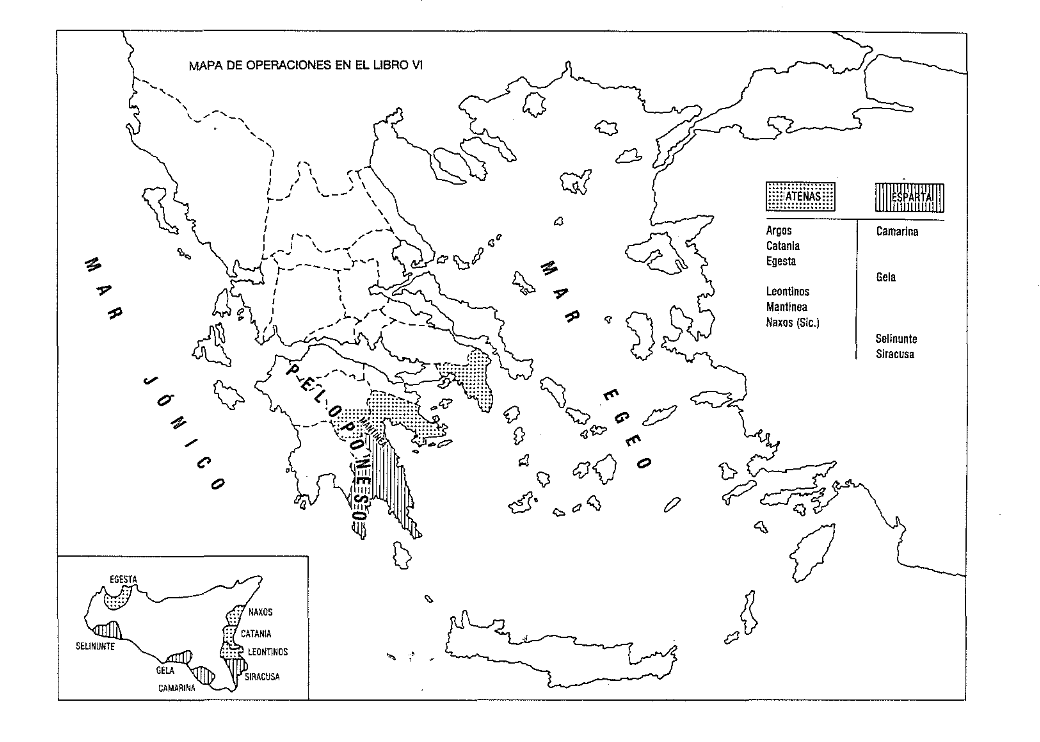
- Planes de Atenas sobre Sicilia, 1.
- Antigua colonización de Sicilia, 2-5.
- Embajada de Egesta a Atenas, 6.
- Operaciones en Macedonia, 7.

Decimoséptimo año de guerra (415-414), 8-93:

- Asamblea de estrategos, 8.
- *Discurso de Nicias,* 9-14.
- Alcibíades, 15.
- *Discurso de Alcibíades,* 16-18.
- *Segundo discurso de Nicias,* 19-23.
- Conclusiones del debate, 24-26.
- Mutilación de los Hermes, 27-29.
- Expedición ateniense a Sicilia, 30-32.
- Debate en la ciudad de Siracusa, 32.
- *Discurso de Hemócrates,* 33-34.
- Consecuencia y reacciones, 35.
- *Discurso de Atenágoras,* 36-40.
- *Discurso de un estratego siracusano,* 41.
- Las tropas atenienses llegan a Regio, 42-46.
- Reunión de los estrategos atenienses, 46-50.
- Los atenienses en Catania, actividad diplomática, 51-53.
- Narración del final de la tiranía en Atenas, 54-59.
- Se pide el regreso de Alcibíades, 60-61.
- Operaciones atenienses en Sicilia, 62-75.
- Negociaciones con Camarina, 75.
- *Discurso de Hermócrates,* 76-80.
- *Discurso de Eufemo,* 81-87.
- Prosiguen las negociaciones, 87-88.
- Alcibíades marcha a Esparta, 88.
- *Discurso de Alcibíades,* 89-92.
- Consecuencias del discurso, 93.

Decimooctavo año de guerra (414-413), 94-ss.:

- Operaciones en Sicilia, el Peloponeso y Beocia, 94-103.
- La llegada del lacedemonio Gilipo a Sicilia, 104.
- Luchas en el Peloponeso, 105.


MAPA DE OPERACIONES EN EL LIBRO VI
ATENAS
ESPARTA
Argos
Catania
Egesta
Leontinos
Mantinea
Naxos (Sic.)
Camarina
Gela
Selinunte
Siracusa
MAR EGEO
MAR JÓNICO
PELOPONESO
MANTINEA
EGESTA
SELINUNTE
GELA
CAMARINA
NAXOS
CATANIA
LEONTINOS
SIRACUSA

Libro VI

1. En el transcurso de este mismo invierno los atenienses tomaron la resolución de emprender una nueva expedición naval a Sicilia, con fuerzas superiores a las que habían ido con Laquete y Eurimedonte, con el propósito, si podían, de someterla. La mayor parte de ellos desconocían la extensión de la isla y que el número de sus habitantes era considerable, fueran griegos o bárbaros, así como que emprendían una guerra de importancia no inferior a la que estaban sosteniendo contra los peloponesios. Efectivamente, circunnavegar Sicilia con un barco de transporte requiere no menos de ocho días [1]; y siendo tan extensa, sólo la separa del continente un estrecho brazo de mar que mide cuando mucho veinte estadios.

2. Fue colonizada ya desde tiempos muy remotos, y la enumeración completa de los pueblos que la ocuparon es la siguiente: los más antiguos pobladores de una parte del territorio fueron —según se dice— los cíclopes y los lestrigones [2], aunque yo no puedo precisar ni su raza ni su lugar

[1] El perímetro de Sicilia mide unos 939 kilómetros. Según el historiador Eforo dicha navegación necesitaba cinco días y cinco noches.

[2] Se hace eco aquí Tucídides de las tradiciones literarias antiguas, según

de procedencia, ni adónde marcharon. Baste a este propósito lo que han dejado dicho los poetas y lo que cada cual sabe acerca de ellos. Parece claro que después de ellos fueron los sicanos los primeros que se establecieron allí. Y según su propio testimonio fueron incluso anteriores, ya que se dicen autóctonos. Aunque en verdad eran iberos que habían sido expulsados de la zona del río Sicano, en Iberia [3], por los ligures. Y de ellos tomó la isla el nombre de Sicania, siendo su anterior denominación Trinacria. Y todavía hoy habitan éstos en la parte occidental de Sicilia.

Cuando fue capturada Troya, algunos troyanos que consiguieron escapar de los aqueos alcanzaron con sus embarcaciones las costas de Sicilia y se establecieron como vecinos de los sicanos, tomando todos ellos el nombre de élimos; fueron sus ciudades Erice y Egesta [4]. A ellos se les unieron también algunos foceos que, tras haber abandonado Troya, habían sido arrojados por una tempestad primero a Libia y desde allí a Sicilia [5].

En cuanto a los sículos, se trasladaron a Sicilia desde Italia (donde vivían) huyendo de los ópicos [6]. Dice la tradición, y es verosímil, que hicieron la travesía en balsas, aguardando a que amainase el viento, aunque es también posible que hubiesen cruzado el mar de cualquier otra manera. Aun hoy en día hay sículos en Italia, y este país tomó el nombre de Italia de Italo, un rey sículo que tenía dicho nombre.

Llegados a la isla formando un ejército abundante derrotaron por las armas a los sicanos, a quienes rechazaron hacia la parte suroccidental de la isla, a la que impusieron el nombre de Sicilia en vez del de Sicania. Ocuparon desde su llegada las tierras más fértiles y en ellas habitaron durante

---

constaba ya en la *Odisea,* libros IX y X.

[3] Se ha querido identificar este río llamado Sicano con el río Júcar, o con el Segre, ambos en la vertiente mediterránea de nuestro país.

[4] No sabemos mucho del origen de este pueblo, a pesar de que se conservan algunos testimonios numismáticos (incluso con signos de escritura). Algunas referencias de él encontramos en el historiador Helánico.

[5] A este propósito resulta de interés el testimonio de Estrabón, libro VI, 1, 3.

[6] La tradición viene refrendada por multitud de autores de la antigüedad: Helánico, Antíoco, etc. Este pueblo, aunque emparentado con el de los oscos, no debe ser confundido con éstos.

todo el tiempo que transcurrió desde entonces hasta la llegada de los griegos a Sicilia, o sea, unos trescientos años. Y aun hoy día habitan las partes central y septentrional de la isla.

También los fenicios tenían asentamientos en todo el contorno de Sicilia, ya que se habían adueñado de los promontorios que dominan el mar, así como de las pequeñas islas vecinas a la costa, con vistas a sus intercambios comerciales con los sículos. Sin embargo, cuando los griegos comenzaron a arribar por mar en gran número, abandonaron aquéllos la mayor parte de sus posesiones y se limitaron a habitar, en las cercanías de los élimos, Motia, Solunte y Panormo. Y ello tanto porque confiaban en la alianza de los élimos, como porque desde allí es más corta la travesía desde Cartago a Sicilia. Así pues, éstos son los bárbaros que habitaron Sicilia y ésta la forma en que lo hicieron.

3. De entre los griegos, fueron los calcídeos los primeros que haciéndose a la mar desde Eubea con el fundador Tucles fundaron Naxos y erigieron un altar en honor de Apolo Arquegeta, altar que en la actualidad se encuentra fuera de la ciudad y sobre el cual, cuando van a salir teoros de Sicilia, ofrecen previamente sacrificios [7].

Al año siguiente, Arquias, uno de los heraclidas de Corinto, fundó Siracusa, tras haber expulsado antes a los sículos del islote (hoy en día ya no está rodeado totalmente por las aguas del mar) en el que se encuentra la parte interior de la ciudad. En efecto, en una época posterior la parte de fuera quedó unida a ella mediante una fortificación, formándose así un conjunto muy populoso.

Cuatro años después de la fundación de Siracusa, Tucles y los calcídeos partiendo de Naxos, y después de desalojar por las armas a los sículos, fundaron Leontinos, y a continuación Catania. Mas los catanenses, por su parte, hicieron nombrar fundador a Evarco.

4. Por aquel mismo tiempo llegó a Sicilia Lámide, pro-

---

[7] Las principales colonias griegas en Sicilia, fundadas durante los siglos VIII al VI fueron: en el 734, Naxos; Siracusa en el 733; Zancle y Mesina en el 730; en el 689, Gela; en el 664, Acras; Hímera en el 648, en el 628 Selinunte; en el 598 Camarina y Agrigento en el 581. Sobre todo ello véanse los siguientes capítulos de este mismo libro.

cedente de Mégara, al frente de una colonia, y se estableció en un lugar llamado Trótilo, al norte del río Pantacia. Después pasó a Leontinos, donde se asoció políticamente durante un tiempo con los calcídeos, quienes más tarde lo desterraron, y después de fundar Tapso murió. Sus compañeros abandonaron Tapso y bajo el mando de Hiblón, un rey de los sículos que les cedió el territorio, fundaron la llamada Mégara Hiblea. Allí vivieron durante doscientos cuarenta y cinco años y fueron expulsados de la ciudad y del territorio por Gelón, tirano de Siracusa [8]. Pero antes de su expulsión, precisamente a los cien años de haberse asentado, enviaron a Pámilo a fundar Selinunte, el cual había venido desde Mégara, la metrópoli, para fundar esta nueva ciudad.

En cuanto a Gela [9], la fundaron en común Antifemo, que traía colonos de Rodas, y Entimo, que los trajo de Creta, a los cuarenta y cinco años de la fundación de Siracusa. La ciudad recibió el nombre del río Gela, pero la localidad en la que se encuentra en la actualidad la acrópolis y que fue la primera en fortificarse se llama Lindios. A la colonia se le dio una constitución doria.

Aproximadamente ciento ocho años después de su fundación, los habitantes de Gela fundaron Acragante, llamando a la ciudad según el río Acragante, y confirieron el honor de fundadores a Aristónoo y a Pistilo, y adoptaron una constitución semejante a la de Gela.

Zancle [10] fue originariamente fundada por unos piratas que procedían de la zona de Cumas, ciudad calcídica en territorio de los ópicos; pero más tarde llegaron de Calcis y del resto de Eubea un gran contingente de colonos que se repartieron las tierras con aquéllos. Los fundadores de la colonia fueron Perieres de Cumas y Cratémenes de Calcis. Fueron los sículos quienes dieron a este emplazamiento su primera denominación de Zancle, dado que su configuración recuerda la forma de una hoz (los sículos llaman a la hoz

---

[8] Gelón fue tirano en Siracusa durante los años 485/4 al 478/7 y contribuyó a potenciar la ciudad en todos los aspectos.

[9] La ciudad de Gela se encuentra al Sur de Sicilia, próxima a Camarina. Sobre su fundación, cf. Heródoto, VII, 153, 1.

[10] Zancle fue fundada en el estrecho, donde posteriormente estaría Mesina.

zánklon). Pero más tarde, los primeros colonizadores fueron expulsados por algunos samios y otros jonios que, huyendo de los medos, se aproximaron a Sicilia. A su vez, Anaxilas, tirano de Regio, expulsó a los samios y repobló la ciudad con una población mixta, dándole el nuevo nombre de Mesina en recuerdo de su antigua patria.

5. Hímera fue fundada por Euclides, Simo y Sacón, procedentes de Zancle; y la mayor parte de los que fueron a la colonia eran calcídeos. Sin embargo, se unieron a ellos algunos desterrados procedentes de Siracusa, que habían resultado vencidos en las luchas civiles, los llamados milétidas. De ello resultó una lengua mezcla de calcídico y dorio, pero sus instituciones fueron mayoritariamente calcídeas.

Acras y Casmenas fueron fundadas por los siracusanos: Acras setenta años después de Siracusa, y Casmenas unos veinte años después de Acras. Por su parte, Camarina fue fundada primero por los siracusanos, aproximadamente ciento treinta y cinco años después de la fundación de Siracusa. Sus fundadores fueron Dascón y Menecolo. Sin embargo, los camarinenses fueron vencidos en una guerra por los siracusanos y salieron desterrados; más tarde, Hipócrates, tirano de Gela, obtuvo el territorio de Camarina a cambio del rescate de unos prisioneros siracusanos, fundó de nuevo la ciudad, siendo él mismo el fundador. Sin embargo, la ciudad cambió de moradores de nuevo por causa de Gelón y fue fundada ahora por tercera vez por los de Gela.

6. Tales son los pueblos griegos y bárbaros que se asentaron en Sicilia y tan grande la importancia de la isla contra la que los atenienses se dispusieron a emprender una expedición, deseosos —según la motivación más verídica— de someter toda la isla y porque querían —bajo un bello pretexto— socorrer al mismo tiempo a los pueblos afines a ellos desde el punto de vista étnico y a los aliados que se les habían incorporado.

Pero de manera especial fueron los embajadores de Egesta, presentes en Atenas, quienes más vivamente les indujeron a ello, invitándolos a venir en su ayuda. En efecto, éstos habían entrado en guerra con los de Selinunte, vecinos suyos, por ciertas divergencias relativas a los matrimonios y por un territorio objeto de reinvidicación por parte de am-

bos pueblos. Los de Selinunte, que habían hecho intervenir a Siracusa como aliada suya, hacían la guerra a los de Egesta tanto por tierra como por mar. Así es que los egestenses, invocando la alianza estipulada con Leontinos en tiempos de Laquete durante la guerra pasada, pedían a los atenienses que les enviaran una escuadra en su ayuda. Apoyaban su petición en toda suerte de argumentos y especialmente con el siguiente: si los siracusanos quedaban impunes después de haber expulsado a los leontinos y haber eliminado a los últimos aliados que Atenas aún tenía, haciéndose así con el control de toda Sicilia, se corría el peligro de que un día los siracusanos (que eran de origen dorio y colonos procedentes del Peloponeso) acudieran con grandes medios en ayuda de sus hermanos dorios del Peloponeso y contribuyeran así a destruir el poderío de Atenas. Lo sensato sería que Atenas hiciera frente a los siracusanos, apoyándose en los aliados que aún le quedaban, y sobre todo dado que Egesta aportaría el dinero necesario para la guerra.

Los atenienses, a fuerza de escuchar repetidas veces estos planteamientos expuestos en la Asamblea por los embajadores egestenses y sus partidarios, decretaron enviar en primer lugar una embajada a Egesta para verificar si, como afirmaban los otros, existía efectivamente esa disponibilidad de dinero en el tesoro del Estado y en los santuarios, y en segundo lugar para informarse sobre la situación en que se encontraba la guerra contra los de Selinunte.

7. Salieron pues hacia Sicilia unos embajadores atenienses. En este mismo invierno los lacedemonios y sus aliados, con excepción de los corintios, emprendieron una expedición contra Argólide, devastaron una parte pequeña del territorio y regresaron con algunos carros cargados de trigo. Además dejaron asentados en Orneas a unos exiliados argivos, con quienes dejaron un pequeño retén de soldados. Concertaron un acuerdo según el cual los orneatas y los argivos se abstendrían durante un cierto tiempo de cualquier agresión contra sus respectivos territorios y regresaron con su ejército a Lacedemonia.

Sin embargo, no mucho tiempo después se presentaron los atenienses con treinta naves y seiscientos hoplitas; entonces los argivos hicieron una salida con todas sus tropas y, su-

mándose a los atenienses, pusieron sitio durante un día a los de Orneas. Pero durante la noche, y en vista de que el ejército se hallaba acampado lejos de la ciudad, la gente de Orneas se dio a la fuga. El día después, cuando los argivos advirtieron lo sucedido, destruyeron la ciudad y se retiraron, y los atenienses regresaron acto seguido a su patria con sus naves. A su vez, Atenas había enviado también por mar a Metona —ciudad limítrofe con Macedonia— un contingente de caballería integrado por ciudadanos y por exiliados macedonios residentes en Atenas. Estos se dedicaron a devastar el territorio de Perdicas [11]. Entonces los lacedemonios mandaron aviso a los calcídeos que habitaban Tracia y que habían pactado con los atenienses una tregua renovable cada diez días, y les aconsejaron que ayudaran en la guerra a Perdicas. Pero los calcídeos no quisieron. Así concluyó el invierno y con él el año decimosexto de esta guerra cuya historia escribió Tucídides.

8. Al comienzo de la primavera del siguiente verano [12] los embajadores atenienses volvieron de Sicilia, acompañados de los de Egesta, que traían sesenta talentos [13] de plata sin acuñar, que equivalían al sueldo de un mes de las sesenta naves cuyo envío se disponían a solicitar. Los atenienses convocaron la Asamblea y después de oir las seductoras —aunque falsas— afirmaciones de los embajadores de Egesta y de los suyos propios (entre otras, que disponían en Egesta de muchas riquezas en los santuarios y en el tesoro público) decretaron enviar a Sicilia sesenta naves a las órdenes de Alcibíades, hijo de Clinias; Nicias, hijo de Nicérato, y Lámaco, hijo de Jenófanes, quienes actuarían como estrategos plenipotenciarios. Su objetivo sería ayudar a los egestenses contra los de Selinunte, contribuir al restablecimiento de los Leontinos en su ciudad y resolver, en caso de que la guerra se desenvolviera favorablemente, los demás asuntos de Sici-

---

[11] Perdicas había sido aliado antes de Atenas, pero a partir del 417 había optado por unirse a Esparta. Cf. V, 80.

[12] Comienza la época de verano del año 415/4.

[13] La tripulación de una trirreme solía ser de 200 hombres, de donde resulta un sueldo de una dracma diaria para cada uno.

El cálculo es: 200 hombres × 60 naves × 30 días = 360.000 dracmas = 60 talentos.

lia de la manera que les pareciera más conveniente para Atenas. Cuatro días después de ésta se convocó una nueva Asamblea para decidir los medios necesarios para asegurar cuanto antes el equipamiento de la flota y para conceder a los jefes militares todo lo que pudieran necesitar con vistas a la expedición. Pero Nicias, que había sido elegido como comandante contra su voluntad, estimando que la ciudad había tomado una decisión desacertada, y que bajo un pretexto especioso e insignificante ansiaba en realidad —empresa nada pequeña, por cierto— dominar Sicilia entera, se presentó ante la tribuna con intención de disuadir a los atenienses, a los que exhortó así:

9. *«La convocatoria de esta Asamblea tiene por objeto discutir sobre los preparativos necesarios para la expedición a Sicilia. Sin embargo, a mí me parece que aún debemos considerar antes este mismo asunto de si realmente es preferible enviar las naves o si no debemos emprender así, tras una decisión tan rápida a propósito de cuestiones tan importantes, una guerra que no nos concierne, inducidos por gentes de otra raza. Y que conste que una empresa como ésta me reporta a mí honores, y tengo menos que temer por mi vida que muchos otros. Por otra parte, pienso que no deja de ser un buen ciudadano aquél que se preocupa un poco de su vida y de sus bienes, ya que un hombre así, por su propio interés, será el que mayor interés tenga en que los asuntos de la ciudad prosperen. Sin embargo, al igual que hasta el momento presente jamás he hablado contra mis convicciones por conseguir honores, tampoco ahora diré nada distinto de lo que yo reconozca que es lo mejor. Frente a vuestra manera de ser, tal vez mis palabras resulten ineficaces (al aconsejaros que conservéis vuestra situación presente y no pongáis en peligro vuestras posesiones actuales por unas ventajas inciertas y futuras); sin embargo, os mostraré que la ocasión es poco propicia y que no es fácil conseguir el objetivo que vuestra expedición persigue.*

10. *Afirmo, en efecto, que vosotros, dejando aquí muchos enemigos, vais a buscaros deseosos otros nuevos yendo en expedición allá. Tal vez creáis que los tratados que habéis pactado ofrecen seguridad: mientras no emprendáis ninguna iniciativa, dichos tratados mantendrán una exis-*

tencia nominal (pues es ésta la situación a la que nos han conducido ciertas personas, tanto de nuestro bando como del enemigo), pero tan pronto como un contingente militar nuestro de cierta importancia sufra cualquier contratiempo, los enemigos nos atacarán de inmediato: porque, para empezar, ellos firmaron la paz por necesidad, como consecuencia de una serie de contratiempos y en condiciones más humillantes que las nuestras, y en segundo lugar, en ese mismo acuerdo mantenemos muchos puntos de litigio[14]*. Además, entre los enemigos hay algunos pueblos —y no se trata precisamente de los menos fuertes— que aún no han aceptado este acuerdo*[15]*. Unos están en guerra abierta contra nosotros, mientras que otros se mantienen refrenados por unas treguas renovables cada diez días sólo por el hecho de que los lacedemonios aún se mantienen en calma.*

Pero lo más probable es que, si encuentran nuestras fuerzas divididas en dos partes —que es lo que ahora estamos propiciando—, podrían atacarnos en unión de los sicilianos, una alianza que desde antiguo hubieran preferido antes que la de muchos otros pueblos. En consecuencia, debemos tener presentes estas circunstancias y no asumir la responsabilidad de exponer a un peligro a la ciudad, cuando ésta aún se halla en alta mar[16]*, ni ambicionar otro imperio antes de haber consolidado el que tenemos, si es verdad que los calcídeos de Tracia, que hace tanto tiempo que se nos sublevaron, aún continúan sin someterse, y si otros pueblos de diversos lugares de la costa sólo nos obedecen renegando. En cambio, nos disponemos a acudir con gran entusiasmo en socorro de los egestenses, unos aliados nuestros que dicen haber sido víctimas de algún enorme agravio, y dudamos todavía en tomar medidas contra aquellos otros pueblos que, sublevados desde hace tiempo, nos han inferido agravios directamente a nosotros.*

11. *Y el caso es que una vez que sometiéramos a éstos podríamos retenerlos bajo nuestro dominio, mientras que a*

[14] La situación era de una paz inestable. Atenas había perdido influencia en la Calcídica, pero a su vez los espartanos habían sufrido la humillación de Esfacteria y acababan de perder a su militar más brillante, Brásidas.

[15] Entre otros, por ejemplo, los corintios, eleos y megarenses.

[16] Clásica metáfora de la nave del Estado.

aquéllos otros, aunque lográramos vencerlos, difícilmente podríamos conservarlos bajo nuestro dominio por el hecho de que están muy distantes y son muy numerosos. Es una insensatez emprender una expedición contra unos pueblos a los que no se puede mantener sometidos una vez que se los hubiera derrotado, y cuando, en caso de no tener éxito, no íbamos a quedar en las mismas condiciones anteriores a haber emprendido la empresa.

Además, a mí me parece que dada la situación en que se encuentran actualmente los sicilianos, serían menos de temer para nosotros si estuvieran sometidos al dominio de los de Siracusa; que es la posibilidad con la que más nos amenazan los egestenses.

En las actuales circunstancias es posible que alguna ciudad aisladamente enviara tropas contra nosotros por complacer a los lacedemonios, pero en la otra hipótesis no es verosímil que un imperio lanzara una expedición contra otro imperio, toda vez que al igual que podrían aniquilar el nuestro unidos a los lacedemonios, cabría esperar que de esa misma manera fuera aniquilado también el suyo.

La mejor manera de infundir respeto a los griegos de aquella zona es abstenernos de ir allí, y en segundo término, contentándonos con hacer una rápida demostración de nuestras fuerzas y retirarnos (todos sabemos que nada se admira más que aquello que está lejos y menos se presta a someter a prueba su reputación). En cambio, si sufriéramos algún contratiempo, rápidamente nos despreciarían y nos atacarían uniendo sus fuerzas a los de aquí. Esta es precisamente la situación, atenienses, en que ahora os encontráis respecto a los lacedemonios y sus aliados. Por el hecho de que los habéis superado en un primer momento, sin esperarlo y en contra de lo que temíais, habéis llegado ahora a despreciarlos y a ambicionar también el control de Sicilia. Pero no hay que crecerse por los reveses de la fortuna que ha sufrido el enemigo, sino fundar nuestra confianza en que somos capaces de imponer nuestros planes estratégicos y no olvidar que los lacedemonios, a causa de la humillación que han sufrido, no buscan aún hoy día otra cosa que infligirnos, si pueden, una derrota que remedie su deshonor; y ello tanto más debido a que desde hace muchísimo tiempo

están preocupados, más que por cualquier otra cosa, por adquirir reputación de hombres valientes.

De modo que nuestro debate de ahora, si somos sensatos, no ha de versar sobre la situación de los egestenses de Sicilia, que no son más que unos bárbaros, sino cómo vamos a defendernos rápidamente de una ciudad que, dado su régimen oligárquico, constituye una amenaza grave contra nosotros.

12. *Debemos recordar, además, que acabamos de salir hace poquísimo de una grave epidemia y de una guerra, y que poco a poco empezamos a recuperarnos en recursos financieros y humanos. Lo justo es que gastemos estos recursos aquí en provecho nuestro y no en el de estos desterrados que nos solicitan ayuda; una gente a quienes interesa mentir hábilmente y que están dispuestos —exponiendo a los demás al peligro, mientras que ellos no ofrecen a cambio más que palabras— a demostrar una escasa gratitud en caso de éxito, o bien a arrastar a los amigos a la ruina si llegan a fracasar.*

Pero si hay alguien que, ufano de haber sido elegido como comandante, os aconseja emprender la expedición —teniendo presente sólo su interés personal, aparte de que es en exceso joven para ejercer este mando— a fin de que los demás lo admiren por dedicarse a la cría de caballos y por obtener del mando algún provecho con que subvenir sus generosos dispendios; a ese tal no le brindéis la oportunidad de brillar personalmente exponiendo al peligro la ciudad; por el contrario, pensad que esa clase de individuos atentan contra el bien común y malgastan su propio patrimonio. El asunto es demasiado serio y nada apropiado para que los jóvenes deliberen sobre él y lo tomen a la ligera en sus manos.

13. *A tales jóvenes, a quienes ahora veo aquí sentados apoyando a su compañero, les tengo pánico. Y por mi parte apelo a los de más edad (si alguno de aquéllos está sentado junto a él) a que no se avergüencen ni piensen que van a pasar por cobardes si no votan la guerra, y a que no se dejen atraer (tentación a la que podrían verse inclinados) por el funesto deseo de las cosas lejanas, en cuanto saben perfectamente que son rarísimos los éxitos que se logran me-*

diante la codicia y en cambio muchos más mediante la prudencia.

Por el contrario, en interés de su patria —en la idea de que se halla en el trance más peligroso de cuantos hasta ahora ha afrontado— les pido se opongan a la expedición y voten que los sicilianos se mantengan en sus actuales fronteras sin que las cuestionemos: el golfo Jónico para quien llega en navegación de cabotaje, y el golfo de Sicilia para quien lo hace desde mar abierto; y que puedan disfrutar de cuanto poseen y resuelvan entre sí sus desavenencias. Y que a los egestenses en particular se les conteste que al igual que han iniciado la guerra contra los de Selinunte sin consultarlo con los atenienses, resuelvan por sí solos también tal guerra. Y que de ahora en adelante no pactemos alianzas —como solemos— con gente a quienes debemos socorrer cuando se encuentran en apuros, pero de los que no podremos obtener ninguna ayuda cuando seamos nosotros quienes la necesitamos.

14. *Y tú, prítano, si crees que tu obligación es preocuparte de los asuntos de la ciudad y quieres ser un buen ciudadano, convoca de nuevo a los atenienses y somete a votación esta propuesta. Si tienes miedo a proponer que se vuelva a votar sobre un mismo asunto, piensa que violar la ley en presencia de tantos testigos no puede significar culpa alguna; antes al contrario, la ciudad que ha tomado una decisión equivocada encontrará en ti un médico para sus males; y que lo propio de un buen magistrado es prestar los mejores servicios a su patria, o al menos, procurar no perjudicarla voluntariamente.»*

15. Tales fueron las palabras de Nicias. La mayor parte de los atenienses que subieron a la tribuna aconsejaron efectuar la expedición y no anular la decisión ya acordada; aunque algunos manifestaron el parecer contrario. Quien con mayor ardor inducía a emprender la expedición era Alcibíades, hijo de Clinias. Deseaba oponerse a Nicias no sólo porque en general era su adversario político, sino por el hecho de que Nicias le había lanzado algunas alusiones calumniosas; pero sobre todo era porque estaba deseoso de ejercer el mando, del que esperaba poder conquistar Sicilia y Cartago, y que al tener éxito en estas empresas conseguiría ven-

tajas personales, tanto en dinero como en reputación. Efectivamente, gozaba de la estima de sus conciudadanos y se dejaba arrastrar por caprichos superiores a las posibilidades de su hacienda, tanto en lo referente a la cría de caballos como en otros gastos. Todo esto contribuyó luego, en no pequeña medida, a arruinar la ciudad de Atenas. En efecto, la mayoría de los ciudadanos, inquietos ante el extremo desorden de su modo de vivir y ante la grandeza de los proyectos que ponía de manifiesto en las empresas de que de vez en cuando se encargaba, se enemistaron con él convencidos de que aspiraba a la tiranía [17]. En el desempeño de sus obligaciones públicas había tomado las más acertadas decisiones en lo relativo a la guerra, pero su vida privada disgustaba a todos, por lo que pusieron la dirección de las operaciones en manos de otros y no tardaron mucho en provocar la ruina de la ciudad. En esta ocasión, pues, se presentó ante la tribuna y aconsejó a los atenienses en los términos siguientes:

16. *«Me corresponde sin duda a mí más que a ningún otro, atenienses, ejercer el mando (pues no hay más remedio que empezar por aquí, ya que Nicias me ha atacado) y estimo además que soy digno de él. Porque los actos que me recrimina el vulgo procuran honores a mis antepasados y a mí mismo, y a nuestra patria, además, gran provecho. En efecto, los griegos, que creían que nuestra ciudad estaba exhausta a consecuencia de la guerra, se han formado de nuestra ciudad una idea que es mayor que la realidad, gracias al esplendor de mi participación en las fiestas de Olimpia, al hacer que compitieran siete carros —un número nunca alcanzado por ningún ciudadano particular antes que yo—, donde fui vencedor, quedé segundo y cuarto y dispuse todos los demás preparativos en forma digna de tal victoria. Todo lo cual constituye de por sí habitualmente motivo de honor, pero es que con tales acciones se deja entrever además un poderío efectivo. Por otra parte, el hecho de ser famoso en la ciudad a causa de las coreguías* [18] *y por otras*

[17] A pesar de que los días de Hiparco e Hipias estaban lejos, los atenienses guardaron siempre vivo el temor de que la tiranía pudiera volverse a implantar en su ciudad. De ahí estos recelos contra Alcibíades.

[18] Se trata de una de las cargas públicas *(leitourgía)* que asumían los ciudadanos ricos para sufragar la celebración de los festivales dramáticos.

razones puede despertar la natural envidia de otros conciudadanos, pero cara a los extranjeros ello supone una demostración de poderío. Por tanto, no se trata de una locura inútil la de quien, a sus propias expensas, no sólo se beneficia a sí mismo, sino también a su ciudad. Por otra parte, no hay nada malo, cuando uno tiene un alto concepto de sí mismo, en no situarse en un plano de igualdad con los demás, si es verdad que quien se encuentra afligido por un infortunio no halla a nadie con quien compartir su desgracia. Antes bien, al igual que nadie nos dirige la palabra cuando caemos en desgracia, se debe tolerar que nos miren por encima del hombro aquéllos que tienen éxito. O en otro caso, sólo después de haber tratado a todos de la misma forma puede pretenderse recibir un trato análogo. Yo sé que tales personas, y todos los que han brillado en cualquier actividad, han resultado molestos durante su vida, primero a sus iguales, y secundariamente, a aquellos otros con quienes trataron. Son gentes que dejan para algunos la pretensión de ser parientes suyos (aunque no lo hayan sido), y su patria, lejos de renegar de ellos como si fueran extranjeros o gente errada, se siente orgullosa de reivindicarlos como hijos propios y autores de bellas gestas. A esto es a lo que yo aspiro, y es ello lo que provoca que se hable tanto de mi vida privada; pero vosotros considerad si dirijo los asuntos públicos peor que algún otro. Después de haber reunido a las mayores potencias del Peloponeso, sin graves riesgos ni gastos para vosotros, he forzado a los lacedemonios a jugarse el todo por el todo en un solo día en Mantinea. Y aunque quedaron vencedores en la batalla, ya no se sienten hoy tan confiados como antes.

17. *Fue mi juventud, y lo que llaman extravagante locura mía, las que negociaron mediante discursos muy oportunos con aquellas potencias del Peloponeso y las convencieron gracias al entusiasmo de mi carácter. Por tanto, no tengáis ahora miedo de ella, sino que mientras aún me hallo en pleno esplendor juvenil y Nicias parece ser el favorito de la fortuna, aprovechad las ventajas que tanto uno como otro podemos brindaros. Y en cuanto a la expedición a Sicilia no os arrepintáis, con el pretexto de que se trata de ir contra una gran potencia. Sus ciudades son efectivamente*

muy populosas, pero de masas heterogéneas y fácilmente cambian de ciudadanos y admiten otros nuevos. En consecuencia, al faltar la sensación de vivir en la propia patria, nadie se preocupa de procurarse armas adecuadas para defender la ciudad, ni disponen de instalaciones estables para vivir en el país. Al contrario, cada cual toma del bien común —sea mediante la persuasión de su palabra, sea mediante la sedición— cuanto considera necesario para establecerse en otra tierra en caso de que las cosas le vayan mal. No es razonable predecir que una masa de tales características preste oído unánime para ponerse a obrar de común acuerdo. Todo lo contrario, uno tras otro se pasarán rápidamente al bando de quien los halague de palabra, y ello tanto más si, como dicen las noticias que a nosotros llegan, tienen discordias internas. Además, no disponen de tantos hoplitas como se jactan de poseer, del mismo modo que se ha demostrado que los demás griegos no eran tan numerosos como indicaban los cálculos que cada uno daba de sí. Sino que Grecia se ha engañado muchísimo a este propósito y a duras penas ha podido reunir un contingente suficiente de hoplitas.

Así pues, ésta debe ser o más o menos la situación allá, según las informaciones que me han llegado de oídas, o aún más favorable (pues hallaremos a muchos bárbaros que por odio a los siracusanos se unirán a nosotros para combatirlos), y por otra parte, no será la situación aquí en Grecia la que nos creará obstáculos, si es que tomáis las decisiones adecuadas. En efecto, nuestros padres, que tuvieron que enfrentarse a estos mismos enemigos —a los que se nos dice que dejaremos a nuestras espaldas si nos embarcamos— además de a los Medos, adquirieron el imperio sin disponer de ninguna otra fuerza que la superioridad de la flota. Por otra parte, los peloponesios jamás han tenido menos esperanza de éxito frente a nosotros que ahora, y aunque estén muy seguros de sus fuerzas, podrán invadir nuestro territorio aun cuando no emprendiéramos la expedición, pero nunca podrían causarnos daño con la flota, dado que la que aquí dejaremos será capaz de hacerle frente a la suya.

18. *De modo que ¿qué pretexto razonable podríamos aducir para demorarnos o para no acudir en ayuda de*

nuestros aliados? Debemos ayudarlos, ya que estamos obligados a ello por juramento, y no contraargumentar con que ellos no han hecho otro tanto con nosotros. Les hemos dado acogida en nuestra alianza, efectivamente, no para que a su vez vinieran aquí a ayudarnos, sino para que crearan problemas a nuestros enemigos de aquella región y les impidieran venir aquí a atacarnos. Nosotros y cualquier otro pueblo que ha conquistado un imperio lo ha hecho acudiendo animosamente en ayuda de aquéllos, bárbaros o griegos, que en cada ocasión la solicitaban. Porque si todos permanecieran tranquilos o distinguieran según la raza a quién hay que ayudar y a quién no, no sólo no agrandaríamos nada nuestro imperio, sino que incluso pondríamos en peligro su propia existencia. Porque contra el poderoso no sólo hay que defenderse cuando ataca, sino que hay que ver el modo de prevenirse para que no pueda atacar.

No nos resulta posible determinar con precisión la extensión del territorio sobre el que queremos mandar, pero desde el momento en que nos hallamos en esta tesitura, estamos obligados a atacar a unos y no dejar en paz a los otros, en tanto que sobre nosotros pende el peligro de caer bajo el dominio de otros si no lo ejercitamos nosotros mismos sobre ellos. Además, vosotros no podéis considerar la tranquilidad desde la misma perspectiva que los demás, a menos que no queráis modificar vuestro modo de vivir y lo equiparéis al suyo.

Calculando, pues, que aumentaremos nuestro poderío de aquí marchando allá, emprendamos la expedición a fin de abatir el orgullo de los peloponesios, a los que demostraremos que al ir a Sicilia despreciamos la paz actual. Y al propio tiempo o —como parece más verosímil— acrecentaremos nuestro imperio sobre toda Grecia, una vez que hayamos anexionado aquellos pueblos a nuestros dominios, o cuando menos infligiremos serios daños a los siracusanos, con lo que nos beneficiaremos nosotros y nuestros aliados. Garantías de permanecer, en caso de que todo vaya bien, y de regresar, nos la brindará la escuadra, pues seremos los dueños del mar incluso frente a todos los sicilianos juntos.

Y que no os aparten de la empresa ni la invitación de Nicias a la inactividad, ni su contraposición entre jóvenes y

viejos. Al contrario, y de acuerdo con nuestro comportamiento tradicional, y al igual que nuestros padres elevaron nuestra posición hasta este punto, deliberando juntos jóvenes y viejos, buscad también ahora del mismo modo que nuestra ciudad prospere. Pensad que la juventud y la vejez no pueden nada la una sin la otra, sino que la verdadera fuerza consistirá en reunir los elementos débiles con los medianos y con los completamente perfectos. Además, nuestra ciudad si se mantiene inactiva terminará por agotarse por sí sola como cualquier otra cosa y declinará su conocimiento en cualquier campo, mientras que si se mantiene permanentemente en lucha adquirirá nuevas experiencias y al mismo tiempo reforzará sus hábitos de defenderse no con palabras, sino con hechos. En resumen, afirmo que a mi parecer una ciudad que está habituada a la actividad caerá rápidamente en la ruina si renuncia a la acción y que pueblos que viven en la mayor seguridad son aquéllos que se apartan lo menos posible en su política de los hábitos e instituciones tradicionales, aun cuando éstas sean menos buenas.»

19. Tales fueron las palabras de Alcibíades. Los atenienses, tras haberlo escuchado a él y a los desterrados egestenses y leontinos que, presentándose ante la tribuna les rogaban y les pedían (recordándoles sus juramentos) que les ayudaran, estaban ahora aún más proclives que antes a emprender la expedición. Entonces Nicias, percatándose de que no iba a conseguirlos persuadir con los mismos argumentos de antes y de que tal vez pudiera hacerlos cambiar de opinión si hacía hincapié en la enormidad de preparativos necesarios, se presentó de nuevo ante la tribuna y les habló así:

20. *«Atenienses, ya que os veo resueltamente decididos a emprender la expedición, ¡ojalá que las cosas salgan como queremos!; sin embargo, y por cuanto se refiere a la situación presente, os expondré cómo la veo. Según las noticias que sé de oídas, nos disponemos a marchar contra unas ciudades importantes que no están sometidas las unas a las otras ni tienen necesidad de ese tipo de cambios gracias a los cuales uno puede pasar de muy buen grado de una esclavitud forzada a una situación menos opresiva.*

Por tanto, no es verosímil que acepten de buen grado so-

meterse a nosotros a cambio de su libertad. Además, para tratarse de una isla, son muchas las ciudades griegas. Porque, si exceptuamos Naxos y Catania, que espero se pongan de nuestro lado por su afinidad étnica con los leontinos, hay otras siete que están equipadas de un armamento muy similar al de nuestras fuerzas, y en especial precisamente aquéllas contra los que se dirige nuestra expedición: Selinunte y Siracusa. Disponen, en efecto, de numerosos hoplitas, arqueros y lanzadores de dardos, así como de numerosas trirremes y tripulación para embarcar en ellas. Poseen también abundantes riquezas, tanto de particulares como en los santuarios de Selinunte. Los siracusanos, además, reciben tributos de algunos pueblos bárbaros. Y con todo, nos aventajan especialmente en que poseen una caballería numerosa y que consumen grano producido en el país y no importado.

21. *Contra una potencia de tal envergadura no basta por tanto con una fuerza naval escasa, sino que es necesario que nos acompañe en la expedición un gran contingente de infantería, al menos si es que queremos llevar a cabo algo que esté a la altura de nuestros planes y que una caballería numerosa no nos impida el paso en tierra. En especial si las ciudades, presas del pánico, se coaligan y no contamos con otros aliados que los egestenses que puedan proporcionarnos fuerza de caballería con la que defendernos de aquéllos (sería verdaderamente vergonzoso tener que regresar a la fuerza o pedir refuerzos más tarde por haber tomado inicialmente decisiones poco meditadas). Por el contrario, debemos salir de aquí con fuerzas suficientes, sabiendo que nos disponemos a navegar muy lejos de nuestra ciudad, y que la expedición no se realizará en condiciones idénticas a cuando marchasteis, apoyados en vuestros súbditos de aquí, como aliados contra alguna ciudad, a lugares desde donde resulta fácil procurarse en un país amigo cualquier cosa que se necesite, sino que ahora os vais a alejar por una región que es completamente extraña, desde donde, en los cuatro meses que dura el invierno, no es fácil que pueda llegar un mensajero.*

22. *Me parece necesario, por tanto, llevar muchos hoplitas, tanto propios como de los aliados, no sólo de nues-*

tros súbditos, sino de cuantas ciudades del Peloponeso podamos convencer o atraer a nuestra causa mediante un sueldo; e igualmente muchos arqueros y honderos para que hagan frente a la caballería enemiga; en fin, será necesario asegurarse una gran superioridad en cuanto a la escuadra para transportar con más facilidad los aprovisionamientos necesarios y llevar desde aquí en naves de carga los cereales —trigo y cebada tostada—, así como molineros a sueldo, requisados de los molinos en una proporción oportuna, a fin de que, en el caso de que un temporal nos retenga, puedan las tropas disponer de víveres (su número será tal que no todas las ciudades podrán darles acogida). En cuanto a todo lo demás, debemos prepararnos en la medida de lo posible y no depender de los demás; en especial, llevar desde aquí la mayor cantidad de dinero posible. En cuanto al de los egestenses, que se nos dice que está a nuestra disposición, tened por cierto que estará presto sobre todo de palabra.

23. *En efecto, aunque partiéramos de aquí provistos no sólo de fuerzas iguales a las del enemigo (excepto en el caso de sus mejores tropas de combate, como son los hoplitas), sino superiores desde cualquier punto de vista, incluso en tales circunstancias apenas seríamos capaces de someter a unos y afianzar lo que queremos salvar. En resumen, será necesario pensar que somos como unos colonos que van a fundar una ciudad entre naciones hostiles y de otras razas y que desde el primer día que desembarquen deben apoderarse del territorio o saber que, en caso de fracasar, todo lo que encuentren les será hostil. Esto es precisamente lo que yo me temo y precisamente porque sé que hemos de tomar multitud de decisiones acertadas y contar aún más con la ayuda de la suerte (todo lo cual es difícil siendo hombres) quiero zarpar confiando lo menos posible en la fortuna y hacerme a la mar, en la medida en que es previsible, con la seguridad que se deriva de mis preparativos. Estimo, en efecto, que esta es la manera que ofrece mayores garantías a toda la ciudad y la salvación a quienes participamos en la expedición. Si a alguien le parece de otro modo yo le cedo el mando.»*

24. Esto fue cuanto dijo Nicias y, a la vista de las medidas a tomar, esperaba o bien hacer desistir a los atenienses

de tal empresa, o bien, si se veía obligado a efectuarla, embarcarse con la máxima seguridad. Sin embargo, la complicación de los preparativos no les arrebató su vivo deseo por la expedición; antes al contrario, se enardecieron mucho más, por lo que Nicias obtuvo el resultado contrario: el parecer general fue que había dado excelentes consejos, por lo que ahora la seguridad estaba ampliamente garantizada. Y de todos por igual se apoderó el deseo de partir: los de más edad, en la idea de que un ejército tan numeroso o bien conquistaría el territorio contra el que zarpaban, o cuando menos, que no podría ser derrotado; los más jóvenes, por afán de ver y conocer aquella tierra lejana y porque tenían fe en regresar sanos y salvos; y la gran masa de soldados porque esperaban conseguir de momento dinero y hacer de la ciudad una potencia que les garantizara por siempre una paga permanente.

De suerte que a causa del excesivo entusiasmo de la mayoría, si alguien desaprobaba la expedición se mantenía callado, por temor a dar la impresión de, si alzaba la mano en contra, pasar por enemigo de la ciudad.

25. Finalmente, un ateniense se presentó ante la tribuna para rogar a Nicias que ahora ya no había que buscar pretextos ni demorarse más, sino que debía declarar en presencia de todos qué fuerzas creía que debían los atenienses concederle. Entonces, Nicias, contra su voluntad, dijo que le hubiera gustado decidirlo con más tranquilidad junto a sus colegas en el mando, pero que, según el juicio que ahora tenía sobre esto, deberían partir con no menos de cien trirremes atenienses (destinando al transporte de hoplitas aquéllas que pareciese conveniente y que se deberían pedir más a los aliados), además de con un contingente de hoplitas atenienses y aliados no inferior a cinco mil y si fuera posible incluso más numeroso. Finalmente, y respecto al resto del equipamiento, él y sus colegas deberían procurarse, en similar proporción, arqueros de Atenas y de Creta, honderos y cualquier otro tipo de tropa que pareciera oportuno.

26. Después de escucharle, los atenienses hicieron aprobar inmediatamente en votación que se les otorgaran plenos poderes para que actuaran respecto a los efectivos del ejército y al conjunto de la expedición como mejor les

pareciera [para los atenienses]. Acto seguido comenzaron los preparativos, enviaron mensajeros a sus aliados y en Atenas se procedió a un alistamiento de tropas. La ciudad estaba recién recuperada de la epidemia y de la continua guerra, pues, gracias al armisticio, había aumentado el número de jóvenes en edad militar y las disponibilidades de dinero, de suerte que resultaba más fácil procurárselo todo. Los atenienses se pusieron, pues, manos a la obra.

27. Por entonces ocurrió que los hermes [19] de piedra que había en la ciudad de Atenas —se trata de unos bloques de estructura cuadrangular y que de acuerdo con la costumbre local se erigen en gran número delante de las mansiones particulares y de los santuarios— aparecieron en su mayoría con la cabeza mutilada una noche. Nadie supo quienes fueron los autores, a los que se buscó con promesas de una gran recompensa a cargo de los fondos públicos y se dictó un decreto por el que si alguien conocía algún otro acto de impiedad, que lo denunciara libremente, bajo garantía de impunidad, tanto si se trataba de un ciudadano como de un extranjero o un esclavo.

Concedieron a este asunto la mayor importancia, porque se interpretó como un presagio para la expedición y al mismo tiempo como una conjura urdida con fines revolucionarios y para acabar con la democracia.

28. Por parte de unos metecos y de unos esclavos se efectuó una denuncia según la cual y aunque no afectaba a la cuestión de los hermes, se tuvo noticias de que había habido con anterioridad otras mutilaciones de estatuas divinas a cargo de ciertos jóvenes, entre bromas y copas, así como que en algunos domicilios particulares se parodiaban las celebraciones mistéricas [20] de modo ultrajante. Estas inculpaciones alcanzaban también a Alcibíades. Sus enemigos políticos les prestaron fácil oído, ya que éste era un obstáculo para que ellos pudieran acaudillar al pueblo con total libertad. Calcularon que si conseguían desterrarlo serían los más

[19] A lo largo de las calles principales, edificios públicos y mansiones, los atenienses erigían estas estatuas dedicadas al dios Hermes, protector de los caminantes.

[20] Sin duda se trata de los misterios eleusinos, en honor de Deméter y Core.

influyentes de la ciudad, exageraron el asunto y difundieron la noticia de que tanto la parodia de los misterios como la mutilación de los hermes iban encaminadas a acabar con la democracia, y que nada de ello se había llevado a cabo sin el concurso de aquél; aducían como prueba adicional su habitual desprecio por la ley, indicio de un comportamiento no democrático.

29. Por su parte él se defendió de inmediato de tales acusaciones y se declaró dispuesto a someterse a juicio antes de emprender la expedición (cuyos preparativos se hallaban a la sazón dispuestos) a sufrir el correspondiente castigo en caso de haber llevado a cabo cualquiera de estas acciones y a «tomar el mando, en caso de resultar absuelto» [21].

Rogaba encarecidamente a sus conciudadanos que no aceptaran las acusaciones que otros pudieran dirigirle estando ausente, sino que lo condenaran a muerte ahora mismo si lo creían culpable; y que sería más prudente ante una acusación de esta gravedad no ponerlo al frente de una expedición de tal magnitud, antes de haberlo juzgado.

Pero sus enemigos, temerosos de que los expedicionarios se decantaran a favor de él si se le sometía en ese momento a juicio y que el pueblo se ablandara y le protegiera porque gracias a él participaban en la expedición los argivos y se habían incorporado algunos ciudadanos de Mantinea, intentaban por todos los medios disuadir a los atenienses de ello; animaban a otros oradores a que insistieran en que por el momento debía emprender la navegación sin retrasar la salida de la expedición y que a su regreso sería sometido a juicio en el plazo de un tiempo determinado. Deseaban, en efecto, que se sometiera a acusaciones más graves (que podrían tramar mejor estando él ausente) cuando se le hiciera venir, reclamado para ello. Se decidió, pues, que Alcibíades partiera.

30. Después de todo esto, cuando el verano andaba por su mitad, tuvo lugar la salida hacia Sicilia. Anteriormente se habían dado órdenes a la mayoría de los aliados, a las naves de carga que transportaban los víveres, a las demás embarcaciones y al resto del acompañamiento, de reunirse en Con-

---

[21] Probablemente pueden atribuirse estas palabras al propio Alcibíades.

cira, para efectuar todos juntos la travesía del golfo Jónico en dirección al promontorio de Yapigia.

Por su parte los atenienses y algunos aliados presentes en Atenas bajaron al Pireo al amanecer del día fijado y se pusieron a equipar las naves para zarpar. Junto con ellos bajaron también, por así decir, toda la población restante que había en la ciudad, tanto ciudadanos como extranjeros. Los atenienses querían acompañar cada cual a los suyos: unos a los amigos, otros a los parientes y otros a sus hijos. Iban esperanzados de conquistar nuevas tierras, pero también entre gemidos y sollozos por si volverían o no a verlos de nuevo, al pensar cuán lejos de su tierra iban a partir.

31. En el presente momento, cuando se disponían a separarse los unos de los otros para afrontar los riesgos de esta aventura, se adueñó de ellos un sentimiento de temor mayor que cuando votaron emprender la expedición. Sin embargo, ante la magnitud de cada uno de los elementos con que contaban en las fuerzas que a la vista tenían, recobraban el ánimo. A su vez, los extranjeros y la restante multitud acudían a presenciar el espectáculo convencidos de que se trataba de un acontecimiento de gran relieve y casi increíble. En efecto, fue ésta la más importante fuerza militar que se hizo a la mar, reclutada por una sola ciudad, constituida exclusivamente de componentes griegos y superó a todas la anteriores hasta aquel momento, al ser la más costosa y la mejor pertrechada.

En cuanto al número de naves y de hoplitas no fue inferior la expedición de Pericles contra Epidauro e incluso la que Hagnón condujo contra Potidea (ya que en éstas se hicieron conjuntamente a la mar cuatro mil holplitas, trescientos jinetes y cien trirremes atenienses, así como cincuenta trirremes de Lesbos y de Quíos, sin contar a otros muchos aliados)[22]; pero partieron para una breve travesía y equipadas de unos pertrechos mediocres, mientras que esta expedición de ahora se proyectaba para una larga ausencia e iba provista por igual, según se necesitara, para el combate en tierra como desde las naves.

Los enormes gastos de la escuadra fueron soportados por

---

[22] Recuérdese el pasaje del libro II, 56-58.

los trierarcos y por los fondos de la ciudad: el Estado abonaba, efectivamente, una dracma al día a cada marinero y había proporcionado sesenta naves de guerra sin equipar, además de cuarenta naves destinadas al transporte de hoplitas, dotadas de los mejores especialistas a bordo. Por su parte los trierarcos daban a los tranitas[23] y a los especialistas de a bordo un suplemento sobre el sueldo oficial y además habían provisto a las naves de mascarones y otros costosos aparejos. Cada uno de ellos se esforzaba al máximo porque su nave destacara sobre las demás tanto por su bello porte como por su velocidad de navegación. También la infantería se había seleccionado de entre las mejores listas y los hombres rivalizaban con el máximo empeño a propósito de las armas y el equipamiento personal. De suerte que, además de que cada cual competía con los demás en el puesto que se le había asignado, aquello se asemejaba más a una demostración de fuerza y de medios ante los demás griegos que a unos preparativos frente al enemigo. En efecto, si se hubiera hecho un cálculo de los gastos desembolsados por la ciudad con cargo a los fondos públicos, y de los que participaban a título particular en la expedición (de la ciudad, las sumas ya desembolsadas y aquéllas que los estrategos encargados de la expedición llevaban consigo; de los particulares, las sumas que cada cual había gastado en equiparse personalmente; de los trierarcos, lo ya invertido en sus naves y el que aún habrían de gastar; a ello se añade el dinero que, prescindiendo del sueldo abonado por la ciudad, cada uno se había procurado, como es natural, para las necesidades de una expedición tan larga, y el que cada soldado y cada comerciante había tomado en el momento de embarcarse) se hubiera visto que fueron muchos en total los talentos que salieron de Atenas.

En conclusión, la expedición no resultó menos famosa por el estupor que produjo la audacia con que estuvo animada y por el esplendor del espectáculo que ofrecía, que

[23] La trirreme, como su nombre indica, cuenta con tres filas de remeros, a saber, de arriba abajo: *thranitai, zygitai* y *thalamitai*. Los primeros, al tener que trabajar con un remo de palo más largo, debían aplicar mayor fuerza al remo, de ahí esta compensación o sobresueldo.

por la superioridad militar sobre los enemigos contra los que se dirigía. Se trató de la expedición marítima que más se había alejado del país hasta el momento y la que había hecho concebir mayores esperanzas para el futuro, en proporción a los medios disponibles en ese momento.

32. Una vez que las tripulaciones de las naves quedaron completas y se depositó a bordo todo el material con el que pensaba partir, la trompeta tocó silencio. Todos a una, y no cada nave por separado, recitaron las plegarias que habitualmente se rezan antes de la partida, siguiendo la voz de un heraldo; y después de mezclar el vino en las crateras, por todo el ejército —las tropas embarcadas y los comandantes— hicieron libaciones con copas de oro y plata. A las plegarias de éstos se unió una muchedumbre de ciudadanos y amigos suyos congregados en la playa. Entonando el peán y concluidas las libaciones, las naves se hicieron a la mar y navegaron inicialmente en fila y luego compitieron en velocidad hasta Egina. Estos, pues, se esforzaban en llegar a toda prisa a Corcira, donde se estaba concentrando el resto de las fuerzas aliadas.

A su vez llegaban a Siracusa de todas partes noticias sobre la expedición. Y durante mucho tiempo no se les daba crédito. Pero cuando al fin se reunió la Asamblea, varios oradores pronunciaron diversos discursos: unos daban crédito a las noticias relativas a la expedición ateniense, mientras otros sostenían lo contrario. Entre ellos se presentó ante la tribuna Hermócrates, hijo de Hermón, convencido de estar perfectamente informado sobre el asunto, y les habló dirigiéndoles los siguientes consejos:

33. *«Noticias increíbles quizá os parezcan las que yo, al igual que otros, voy a contaros sobre la realidad de la expedición; y sé que quienes cuentan o anuncian noticias poco creíbles no sólo no convencen, sino que dan la impresión además de ser unos insensatos. Sin embargo, no me abstendré de hacerlo por temor a ello, desde el momento en que la ciudad está en peligro y en cuanto que estoy convencido de que puedo hablar con información más segura que ningún otro.*

Los atenienses, en efecto, se han puesto en marcha contra vosotros —cosa que tanto os maravilla— con un poten-

te ejército naval y terrestre, con el pretexto de su alianza con los egestenses y de restablecer a los leontinos en su patria, pero en realidad los mueve el deseo de conquistar Sicilia y en especial nuestra ciudad, pues saben que si llegan a apoderarse de ella, fácilmente lograrán adueñarse del resto.

Haceos cuenta, por consiguiente, de que en breve llegarán aquí y mirad de qué manera podréis rechazarlos a partir de los medios con que contáis; y no les despreciéis para no ser sorprendidos indefensos, ni os despreocupéis de todo este asunto por no dar crédito a la expedición. En cambio, si alguno cree en su existencia, que no se deje asustar por la audacia y el poderío de los atenienses. Efectivamente, aquéllos no están en condiciones de infligirnos daños mayores que los que van a sufrir y el hecho de que se dirijan contra nosotros con una gran escuadra no deja de ser una ventaja por lo que respecta a los demás sicilianos (ya que, atemorizados, estarán mejor predispuestos a aliarse con nosotros); y si lográramos aniquilarlos o hacerlos que regresasen sin haber conseguido nada de lo que pretendían (yo no temo que consigan lo que pretenden) se tratará de nuestra más bella hazaña, algo, por cierto, que —a mi parecer al menos— podemos esperar. Pocas han sido, en efecto, las expediciones navales, emprendidas por griegos o bárbaros, que enviadas a territorios lejos de su patria, han alcanzado un final feliz; se debe ello a que nunca van en número superior a los habitantes del lugar y sus vecinos (el miedo, ciertamente, provoca la unión de todos) y si sufren alguna derrota en una tierra extranjera al faltarles los aprovisionamientos, aunque tal fracaso se deba en su mayor parte a sus propios errores, procuran buena reputación a los pueblos contra quienes dirigían su ataque. Esto es precisamente lo que ocurrió a los propios atenienses; cuando los medos sufrieron, contra lo que se esperaba, una gran derrota, los atenienses vieron incrementada su fama en tanto que se decía que los medos marcharon contra Atenas; en cuanto a nosotros, no faltan razones para esperar que nos acaezca algo similar.

34. *Llenos de confianza, pues, dispongamos nuestros preparativos aquí en la ciudad y enviando mensajeros a los*

sículos, reforcemos nuestros lazos con los unos e intentemos concertar pactos de amistad y alianza con los otros. Despachemos embajadores al resto de Sicilia para demostrar que se trata de un peligro común, e incluso a Italia, a fin de o hacerla aliada nuestra o para que no ofrezca acogida a los atenienses. Incluso me parece muy oportuno enviar legados a Cartago, pues no será cosa que les sorprenda a los cartagineses, ya que viven continuamente en el temor de que un día los atenienses emprendan una expedición contra su ciudad; de modo que tal vez sea posible que, considerando que si se desentienden de nuestra situación, también ellos podrán llegar a verse en apuros, se mostrarán dispuestos a ayudarnos, oculta, abiertamente o de cualquier otra manera. Y en caso de que quieran, son los más capaces de hacerlo actualmente, pues poseen en grandes cantidades oro y plata, que es con lo que se obtiene éxito en la guerra y en cualquier otra empresa. Enviemos también embajadores a Lacedemonia y a Corinto, en solicitud de que acudan cuanto antes aquí en nuestra ayuda y de que renueven la guerra allá en Grecia.

Hay todavía una medida que me parece particularmente oportuna, pero que vosotros, debido a vuestra habitual indolencia de carácter, no estaréis dispuestos a aceptar con prontitud. No obstante la expondré. En efecto, si quisiéramos todos los sicilianos y si no, al menos, el mayor número posible unidos a nosotros, sacar al mar todos los barcos de que disponemos con los víveres necesarios para dos meses y salir al encuentro de los atenienses hasta Tarento y el promontorio de Yapigia, para demostrarles que, antes de luchar por Sicilia, deberán hacerlo para cruzar el mar Jónico, los atemorizaríamos enormemente y les haríamos meditar sobre el hecho de que nosotros nos movemos desde una base situada en territorio amigo bajo nuestra protección (ya que Tarento está presta a brindarnos acogida), mientras que para ellos el mar es tremendamente extenso para ser atravesado con toda la flota. Además, les resultará difícil mantener la formación a causa de la larga duración de la travesía, mientras que para nosotros será fácil atacarlos al avanzar ellos lentamente y en grupos pequeños.

En caso de que se nos acercaran a remo, tras haber ali-

gerado la escuadra y concentrado todas sus naves más marineras, los atacaríamos cogiéndolos ya cansados, y en caso de que ello no nos pareciera conveniente, siempre nos sería posible retirarnos a Tarento. Entonces ellos, al haberse lanzado a la travesía con pocas provisiones, en la idea de que la batalla naval sería inminente, se encontrarían desabastecidos de pertrechos en las proximidades de unos territorios deshabitados, y entonces, una de dos, o tendrían que permanecer allí y los cercaríamos, o intentarían avanzar en paralelo a la costa, abandonando al resto de la expedición, y se descorazonarían al no tener seguridad de recibir buena acogida en ninguna ciudad. En consecuencia, creo por mi parte que, entretenidos por estos razonamientos ni siquiera zarparían de Corcira. Al contrario, después de haber empleado largo tiempo en deliberar y en informarse acerca de nuestro número y de nuestra ubicación, o bien se les vendría encima la estación invernal, o bien renunciarían a la expedición, contrariados por un imprevisto. Tanto más que, según he oído decir, el más experto de sus jefes ha aceptado el mando contra su voluntad, y de sumo grado aprovecharía cualquier pretexto si viera que por nuestra parte contamos con importantes preparativos. Seguro estoy de que nuestra fama llegaría a ellos muy exagerada, pues las opiniones de los hombres se originan a partir de los rumores que circulan: aquéllos que toman la iniciativa en el ataque o que de antemano demuestran a quien le ataca que piensan defenderse, son los que infunden más temor al enemigo, en cuanto que ponen de manifiesto que se hallan a la altura del peligro de la situación. Y esto es precisamente cuanto puede ocurrir ahora a los atenienses. En efecto, vienen contra nosotros con el convencimiento de que no nos defenderemos y con toda razón nos desprecian, pues no hemos colaborado con los lacedemonios a su destrucción. En cambio si frente a lo que podían esperar, nos vieran actuar con audacia, se asustarían más por lo inesperado de esa reacción que por nuestra fuerza real.

Prestadme, pues, atención, ejecutando antes de nada este gesto audaz, o en caso contrario, llevemos al menos a cabo rapidísimamente todas las demás disposiciones para la guerra y que cada cual se imagine que el desprecio por los agre-

sores se demuestra con la fuerza de los hechos y que nada podría resultar más útil que actuar como si estuviéramos ya en peligro, considerando que los preparativos que se disponen bajo el influjo del miedo son los más seguros. Por otra parte, los atenienses están en camino contra nosotros y sé perfectamente que su expedición se encuentra en marcha y que dentro de muy poco estarán aquí.»

35. Esto fue cuanto dijo Hermócrates. Mas el pueblo de Siracusa se hallaba completamente dividido entre sí: según unos, los atenienses no vendrían de ninguna de las maneras, ni era verdad nada de lo que éste decía; en cambio, otros sostenían que, aunque vinieran, ¿qué mal podrían causarles sin sufrir aquéllos a cambio otro mucho mayor? Otros incluso despreciaban el asunto y se lo tomaban a risa. Pocos eran los que daban crédito a Hermócrates y temían por su futuro. Entonces, se presentó ante la tribuna Atenágoras, jefe del partido popular y a la sazón el ciudadano de mayor predicamento entre la mayoría y pronunció un discurso en los siguientes términos:

36. *«Un necio o un mal patriota debe ser aquél que no desee que los atenienses sean tan insensatos como para venir a Sicilia a sucumbir a nuestras manos. Y aunque no me extraño de la osadía de quienes propalan tales noticias, haciéndoos concebir todo tipo de temores, sí me extraño ante su estupidez, si es que creen que no se les ve claro su juego. En efecto, quienes no se sienten personalmente tranquilos son los que quieren infundir terror a la ciudad, a fin de ocultar el suyo propio con el miedo generalizado. Eso es lo que significan estas noticias que ahora nos llegan y que no han surgido espontáneamente, sino que proceden de unos hombres que constantemente perturban en momentos como éstos. Pero vosotros, si sois sensatos, no juzgaréis la verosimilitud de la situación prestando oídos a las noticias que aquéllos propalan, sino a partir de cuánto serían capaces de llevar a cabo unos hombres hábiles y dotados de gran experiencia, según pienso yo que son los atenienses. Efectivamente no es verosímil que, dejando a sus espaldas a los peloponesios y sin haber puesto fin de forma definitiva a la guerra de allá, acudan de buen grado aquí para emprender otra guerra no menos importante. Por mi parte, pienso que*

se dan por contentos con que no acudamos contra ellos nosotros, que contamos con tantas y tan importantes ciudades.

37. *Pero incluso si, como se dice, vinieran, estimo que Sicilia es mucho más capaz que el Peloponeso para combatir con ellos hasta el final puesto que en todo está más abastecida y nuestra ciudad, a su vez, es mucho más fuerte por sí sola que la expedición que —según se dice— viene de camino para atacarla, y aunque viniera con el doble de tropas. Sé muy bien que no traerán consigo caballos (y que mucho menos podrán procurárselos aquí, aparte de unos pocos de los egestenses) ni un contingente de hoplitas que pueda equipararse al nuestro. Ya que ellos vienen en barcos (y de hecho ya es gran empresa incluso llegar hasta aquí, teniendo que efectuar una travesía tan larga, con naves ligeras de carga) y sé también que no es pequeño el resto de recursos que hay que procurarse contra una ciudad tan grande como ésta nuestra. En consecuencia —tan seguro estoy de lo que pienso— me parece que aunque vinieran aquí trayendo una ciudad similar a Siracusa y se instalaran en nuestro territorio para combatir, encontrarían dificultad en no resultar completamente aniquilados. Con mucha mayor razón, por tanto, les ocurriría eso mismo en medio de una Sicilia completamente hostil (ya que, efectivamente, hará causa común) en un campamento construido con lo que traían en sus naves, con unas tienduchas y con el equipo más indispensable, y sin poderse alejar en exceso por impedírselo nuestra caballería. En resumen, opino que apenas podrían asentarse en nuestro territorio: tan superiores estimo que son nuestras fuerzas.*

38. *Pero los atenienses, como os acabo de decir, conocen todo esto y estoy seguro que se preocupan de conservar cuanto poseen. En cambio, aquí hay unos hombres que inventan fábulas sobre cosas que ni existen ni existirán jamás. Estos tales —lo sé, no de ahora, sino desde siempre— desean aterrorizar al pueblo o con discursos semejantes a éstos y aun con otros más peligrosos, o mediante acciones, para ejercer ellos el poder en la ciudad. Y en verdad que me temo que, a fuerza de intentarlo, lo logren en algún momento, pues somos completamente incapaces de adoptar las precauciones necesarias antes de sufrir las consecuencias y de cas-*

tigarlos tan pronto nos damos cuenta de ello. Precisamente por esto nuestra ciudad raramente vive en tranquilidad, sino que se encuentra inmersa en multitud de luchas internas y no menos enfrentamientos civiles que contra enemigos del exterior; e incluso a veces soporta regímenes tiránicos e injustos gobiernos dinásticos. Por mi parte, si estáis dispuestos a seguirme, intentaré que nada de todo esto nos suceda en nuestro tiempo, convenciéndoos a vosotros, que sois la mayoría, de que castiguéis a los responsables de tales maquinaciones, no sólo cuando los cojáis in fraganti *(pues resulta difícil sorprenderlos), sino también por todo aquello que desean llevar a cabo y no pueden (ya que contra el enemigo hay que estar preparados no sólo ante sus acciones, sino ante sus intenciones, si es que resulta verdad que quien no se precave el primero será la primera víctima). Y en cuento a los oligarcas, me preocuparé de ponerlos al descubierto, de tenerlos bajo control y de darles algunas lecciones. Creo, en efecto, que éste será el mejor método para apartarlos de que cometan delitos.*

Pues bien, muchas veces me lo he planteado ¿qué es lo que buscáis, jovenzuelos? ¿Tal vez ejercer ya cargos públicos? La ley lo prohíbe. Y la ley se dictó así porque no sois capaces de ejercerlos, no para, siéndolo, privaros de un derecho. ¿O acaso no deseáis la igualdad legal con la mayoría de ciudadanos? Pero entonces, ¿cómo va a ser justo que personas que son iguales no tengan los mismos derechos?

39. *Alquien dirá que la democracia no se basa ni en la inteligencia ni en la igualdad y que quienes poseen el dinero son también lo más aptos para ejercer el poder de la mejor manera. Yo, en cambio, afirmo antes de nada que el término pueblo designa a la totalidad de la ciudad, mientras que el término oligarquía sólo a una parte; en segundo lugar, que los ricos son los que mejor guardan el dinero, pero que son las personas inteligentes quienes dan los mejores consejos y que es el conjunto del pueblo quien mejor juzga una vez que se ha informado de la cuestión; y que estos tres elementos, cada uno por separado y los tres en conjunto, participan de iguales derechos en una democracia. La oligarquía en cambio hace al pueblo partícipe de los peligros, pero cuando se trata de beneficios, no se limita a tomar la*

parte mayor, sino que se apropia de todos ellos y los conserva para sí. Un régimen como éste es el que buscan las personas influyentes y los jóvenes, pero se trata de algo imposible de conseguir en una ciudad importante como ésta.

40. *Todavía hay tiempo para vosotros, que de entre todos los griegos que conozco sois lo más necios si no os dais cuenta de que estáis buscando cosas funestas, o los más culpables si, sabiéndolo, os atrevéis a hacerlas. En cambio, aumentaréis la prosperidad común de la ciudad si comprendéis esto y cambiáis vuestra opinión, convencidos de que los hombres más honrados de entre vosotros participarán de ella por igual o incluso en mayor medida [que la masa del pueblo], y que si, por el contrario, preferís otros objetivos, correis el riesgo de perderlo todo.*

Absteneos de propalar ese tipo de noticias, en la idea de que tratáis con ciudadanos que se percatan del asunto y no os van a dejar actuar. En efecto, esta ciudad, si de verdad los atenienses se presentan aquí, se defenderá de ellos en forma digna de sí misma, pues disponemos de estrategos que se ocuparán de este asunto. Pero si, como creo, no hay nada de cierto en estos rumores, no se va a asustar por vuestras noticias, ni os confiará el poder a vosotros para someterse por su propia voluntad a la condición de esclava. Sinó que preocupándose de su propia suerte, juzgará vuestras palabras como si fueran verdaderos actos y no se dejará despojar, por prestaros oídos, la libertad de que disfruta, sino que se esforzará por salvaguardarla tomando precauciones concretas para impedir que realicéis vuestros propósitos.»

41. Así habló Atenágoras. Entonces, se levantó uno de los estrategos y sin dejar que nadie más se acercara a la tribuna, se expresó así a la vista de la presente situación:

«No es prudente proferir recíprocas acusaciones, ni que quienes las oyen les presten oídos; sino que, ante las noticias que nos llegan, es preferible ver de qué manera cada ciudadano en particular y la ciudad en su conjunto adopta las medidas necesarias para rechazar eficazmente al invasor. Incluso en el caso de que estas medidas resultaran luego poco necesarias, no perjudicará al bien común que se apertreche de caballos y armas y de cuantas otras cosas son ornamento de la guerra (nosotros nos ocuparemos de su

cuidado y su control), ni tampoco que se envíen legados a las diversas ciudades, sea para obtener información, sea para cualquier otra misión que parezca útil. De algunos de estos pormenores ya nos hemos ocupado y os mantendremos informados de cuanto lleguemos a enterarnos.»

Acabada la intervención del estratego, los siracusanos disolvieron la asamblea.

42. Mientras tanto los atenienses y todos sus aliados ya estaban en Corcira. En primer lugar los estrategos pasaron revista al conjunto de la expedición y dictaron órdenes relativas a cómo debían fondear y establecer el campamento. Dividieron las fuerzas en tres sectores y, a fin de evitar que, navegando todos en bloque, encontraran dificultades en abastecerse de agua, en encontrar puertos y cuantas cosas se necesitan al desembarcar y para que, en fin, los soldados fueran más disciplinados y más fáciles de mandar, asignaron mediante sorteo un estratego a cada sector.

A continuación despacharon por delante tres naves a Italia y Sicilia para que se informaran sobre qué ciudades estaban dispuestas a darles acogida. Se les encargó además que regresaran al encuentro de la expedición, a fin de que ésta pudiera proceder al desembarco de acuerdo con las informaciones que aportaran.

43. A continuación, los atenienses zarparon de Corcira y pusieron rumbo a Sicilia con la fuerzas siguientes: un total de ciento treinta y cuatro trirremes y dos pentecóntoros rodios (de las trirremes, cien eran atenienses —de la cuales, sesenta eran de guerra y el resto transportes de tropas— y las demás procedían de Quíos y de las restantes ciudades aliadas); el total de hoplitas subía a cinco mil cien hombres, de los que mil quinientos eran atenienses, enrolados mediante el reclutamiento ordinario, y setecientos tetes [24], enrolados como tropas de a bordo. Los demás participaban en la expedición como aliados: unos, como tropas de las ciudades aliadas, y los otros, quinientos argivos y doscientos cincuenta mantineos y mercenarios. El total de arqueros ascendían a cuatrocientos ochenta, de los que ochenta eran cre-

[24] Los tetes constituían la última clase del censo de Solón. Cf. lo dicho en el libro III, 16.

tenses, setecientos honderos rodios, ciento veinte desterrados de Mégara ligeramente armados y treinta caballeros embarcados en una nave de transporte de caballos.

44. Tales eran las fuerzas de esta primera expedición que partió para la guerra. A ella se unieron treinta naves de carga que transportaban las provisiones, así como panaderos, albañiles, carpinteros, junto a las herramientas necesarias para la construcción de fortificaciones; además de cien barcos de transporte más pequeños que habían sido requisados por el Estado. Finalmente, numerosas otras pequeñas embarcaciones y barcos de carga acompañaban a la expedición por propia iniciativa con vistas al comercio. Todos estos barcos partieron con la flota desde Corcira para cruzar el golfo Jónico. La flota recaló en el promontorio de Yapigia, en Tarento o donde cada cual pudo y prosiguió costeando Italia, mientras las ciudades les cerraban sus mercados y sus puertas, aunque les dejaban repostar agua y anclar en el puerto (Tarento y los locros ni siquiera esto) hasta que alcanzaron Regio, en el extremo de Italia. Entonces se congregaron allí, y al no admitirles en la ciudad, dispusieron el campamento en las afueras, junto al santuario de Artemis, donde abrieron para ellos un mercado. Sacaron las naves a tierra y se dieron un descanso.

Entraron entonces en negociaciones con los de Regio, invitándoles a que ayudaran, en cuanto que calcídeos, a los de Leontinos, que también lo eran. Estos en cambio respondieron que no se aliarían ni con unos ni con otros, sino que harían lo que mejor pareciera al conjunto de los demás italiotas [25].

Los atenienses estudiaban la situación en Sicilia para ver de qué forma era preferible proceder; además aguardaban el regreso de las naves que habían enviado antes a Egesta, pues deseaban saber si existían realmente las riquezas de que habían hablado en Atenas sus embajadores.

45. A la sazón llegaban a los siracusanos, ya desde todas partes y de sus propios emisarios, noticias ciertas de que las naves estaban en Regio, a la vista de lo cual se preparaban con todo empeño y sin alimentar ya duda alguna. Enviaban

---

[25] Se trata de los pueblos griegos asentados en Sicilia.

legaciones a diversos pueblos sículos: a unos les mandaban guarniciones, a otros embajadores; despachaban guarniciones a los fuertes desperdigados por el territorio y en la ciudad pasaban revista de armas y caballería para asegurarse que estuvieran en perfecto estado; y en general, disponían todo como para una guerra inminente y casi ya a las puertas.

46. Mientras tanto, las tres naves que se habían adelantado a ir a Egesta regresaron a Regio e informaron a los atenienses que las riquezas que les habían prometido eran inexistentes y que lo disponible eran tan sólo treinta talentos. Los estrategos cayeron al punto en un gran desaliento, a causa de haberles sobrevenido este primer contratiempo y por no haber querido unírseles los habitantes de Regio, que habían sido los primeros a quienes habían intentado convencer, como la cosa más natural, desde el momento en que los reginos eran étnicamente afines a los leontinos y desde siempre mantenían buenas relaciones con los atenienses.

Las noticias venidas de Egesta no sorprendieron a Nicias, que las esperaba de antemano, pero para los otros dos estrategos eran incomprensibles. Los egestenses, en efecto, habían acudido a la siguiente estratagema cuando los primeros embajadores atenienses llegaron a la ciudad para efectuar un control de sus riquezas: los condujeron al santuario de Afrodita que hay en Erice y les mostraron las ofrendas votivas: copas, vasos para escanciar el vino, incensarios y una gran cantidad de otros objetos que, al ser de plata, daban una impresión mayor de sus escasos recursos efectivos. Además, los ciudadanos que acogían hospitalariamente a los tripulantes de las trirremes en casas particulares reunían copas de oro y plata de la propia ciudad de Egesta y pedían otras prestadas a las ciudades vecinas, tanto fenicias como griegas, y las usaban en los banquetes dando cada uno a entender que eran de su propiedad.

En general, se trataba de las mismas vajillas usadas por todos y, como en todas partes eran muy numerosas, causaban el estupor de la tripulación de las trirremes atenienses, quienes a su regreso a Atenas propalaron a los cuatro vientos que habían visto grandes riquezas. En consecuencia, cuando las noticias de que en Egesta no existían tales riquezas se difundieron, aquellos soldados que, engañados ellos mismos

primero, habían engañado luego a los demás, recibían múltiples críticas de los soldados. Por su parte, los estrategos deliberaban a la vista de la situación presente.

47. Nicias era de la opinión de zarpar con todo el ejército contra Selinunte, que constituía el objetivo principal para el que se les había enviado. Si los egestenses, en este momento, estaban dispuestos a proporcionar dinero suficiente para el total de la expedición, actuarían en consecuencia; y en caso contrario, les exigirían que abastecieran a las sesenta naves que habían solicitado, y permanecerían ellos allí a fin de reconciliar, por la fuerza o mediante acuerdos, a los egestenses con los de Selinunte; luego, bordearían costeando las demás ciudades, a fin de hacer una demostración del poderío de la ciudad de Atenas, probar su apoyo en defensa de sus aliados y amigos y regresar a casa. A menos que por sorpresa e inesperadamente se presentase la oportunidad de favorecer a los leontinos o de atraerse a su bando a alguna ciudad, sin exponer a Atenas a ningún nuevo peligro y sin contribuir con sus fondos propios.

48. Alcibíades, en cambio, sostenía que no era posible, después de haber zarpado con un contingente de fuerzas tan importantes, volverse vergonzosamente sin haber conseguido nada; sino que era preciso entrar en negociación con todas las ciudades, excepción hecha de Selinunte y Siracusa, e intentar a propósito de los sículos que unos hicieran defección de los siracusanos y hacerse los atenienses amigos de los otros a fin de recibir de ellos víveres y fuerzas para el ejército. En primer lugar, se debía convencer a los mesinios (su ciudad, efectivamente, se halla en el punto exacto por el que se cruza el estrecho de Sicilia y sería, además de un puerto, una óptima base de operaciones para las fuerzas de la expedición) [26]. Y que una vez que se hubieran atraído a su bando a algunas ciudades, sabiendo con quién lucharía cada cual, atacarían Siracusa y Selinunte, a menos que esta última llegase a un acuerdo con Egesta y la otra consintiese en restaurar a los leontinos en su ciudad.

[26] Alcíbiades, a la vista de la situación real, parece haber moderado su belicosidad anterior (según consta en el capítulo 15), adoptando una postura ecléctica entre los propósitos de Nicias y de Lámaco.

49. Lámaco a su vez respondía que había que navegar directamente contra Siracusa y presentar batalla cuanto antes contra esta ciudad, mientras éstos estaban aún poco preparados y totalmente amedrentados. Pues al principio cualquier ejército es capaz de infundir el mayor miedo, pero que si se dejaba pasar tiempo antes de hacer acto de presencia, los enemigos recobrarían sus ánimos y llegarían a despreciarlos cuando aparecieran a su vista. En cambio, si caían de improviso, mientras aún los esperaban llenos de temor, era cuando mejor podrían imponerse e infundirles total pánico: por la contemplación del ejército (ahora, efectivamente, daría la impresión de ser numerosísimo), por la preocupación de lo que fuera a sucederles, y sobre todo por el riesgo inminente de la batalla.

Era verosímil incluso que muchos resultaran sorprendidos fuera, en el campo, por creer que los atenienses nunca irían allí, y que mientras aquéllos intentaban recoger sus enseres, no faltarían víveres al ejército en caso de que acampara victorioso junto a la ciudad. De este modo el resto de los sicilianos no se aliaría con los siracusanos, sino que se uniría a los atenienses, sin aguardar hasta ver cuál de los dos bandos obtendría la victoria. Afirmó también que, una vez se hubieran retirado después del ataque, deberían utilizar como puerto y base naval Mégara, que estaba desierta y no distaba mucho de Siracusa, ni por mar ni por tierra.

50. A pesar de haberse expresado en estos términos, se adhirió a la opinión de Alcibíades. Después de esto, Alcibíades cruzó a Mesina a bordo de su propia nave y entabló negociaciones con los ciudadanos acerca de una alianza. Pero no logró disuadirlos a este propósito, sino que le contestaron que no le recibirían en la ciudad, aunque dispondrían en las afueras un mercado; en consecuencia regresó a Regio. A continuación los estrategos, equipadas de inmediato sesenta naves de entre las de la flota y subidos a bordo los víveres, se dirigieron hacia Naxos bordeando la costa. El resto de la expedición se quedó en Regio bajo el mando de uno de ellos. Los naxios los recibieron en la ciudad y ellos prosiguieron hacia Catania. Y como los habitantes de Catania no quisieron recibirlos (había allí, en efecto, algunas personas partidarias de los siracusanos) se encaminaron hacia

el río Terias [27], donde vivaquearon; al día siguiente se dirigieron hacia Siracusa, llevando las naves dispuestas en fila. Poco antes habían despachado diez naves de la flota con el encargo de que se adentraran en el gran puerto para observar si habían botado nuevas naves y para anunciar al mismo tiempo mediante un heraldo, desde las naves, acercándose a tierra, que los atenienses habían venido a restablecer a los leontinos en su ciudad, en virtud de su alianza y afinidad de parentesco. Y que, por tanto, los leontinos que se encontraban en Siracusa debían pasarse sin miedo a los atenienses, sus amigos y benefactores. Efectuada esta proclama, e inspeccionada la ciudad, los puertos y la situación del territorio circundante que pensaban tomar como base para combatir, regresaron a Catania.

51. Reunida la Asamblea, los catanenses no acogieron al ejército, pero invitaron a los estrategos a que entraran a exponer lo que quisieran. Estaba hablando Alcibíades, y los habitantes de la ciudad andaban enfrascados en la asamblea, cuando unos soldados, sin ser vistos, forzaron un postigo mal ajustado en la muralla y penetrando en el interior se congregaron donde estaba la asamblea. Los catanenses que eran partidarios de los siracusanos, al ver las tropas dentro de la ciudad, fueron al punto presa del pánico, por lo que emprendieron una disimulada huida (se trataba de no muchas personas), mientras los demás votaron una alianza con los atenienses, invitándoles a que trajeran desde Regio el resto del ejército.

Después de esto, los atenienses volvieron a Regio, desde donde zarparon ahora ya con toda la escuadra hacia Catania, y una vez llegaron aquí establecieron su campamento.

52. Desde Camarina les llegaron noticias de que si aparecían por allí se pasarían a su bando; por otra parte les anunciaron que los siracusanos estaban equipando una flota. Así pues, costearon con toda la escuadra primero en dirección a Siracusa, y al no encontrar ninguna escuadra equipada, prosiguieron su cabotaje en dirección a Camarina, y desembarcando en la playa enviaron una embajada a la ciudad. Pero

[27] Según el testimonio de Diodoro, XIV, 14, 3, puede identificarse con la moderna ciudad de San Leonardo, al Sur de Catania.

los de Camarina no los recibieron, alegando que lo que se decía en el acuerdo jurado era que acogerían a los atenienses si venían en una sola nave, a menos que ellos reclamaran un envío mayor. No habiendo conseguido nada, se retiraron en sus naves. Al desembarcar en algún punto de la región de Siracusa y dedicarse al pillaje, acudió la caballería siracusana y mató a algunos infantes que iban ligeramente armados y se habían alejado de los demás; después regresaron a Catania.

53. Aquí se encontraron con la nave Salaminia, que había venido de Atenas a por Alcibíades, para que lo invitaran a regresar a fin de defenderse de las acusaciones que la ciudad le hacía y a por algunos otros soldados, de los que unos habían sido acusados de impiedad junto con él a propósito del asunto de los misterios y otros por la cuestión de los hermes. Los atenienses, en efecto, una vez que la expedición hubo partido, prosiguieron con no menor celo la investigación relativa a los misterios y los hermes. Y sin someter a verificación a los delatores, sino prestando oídos a todo de modo muy suspicaz, arrestaban y mandaban a la cárcel, bajo la simple palabra de hombres de pocos escrúpulos, a ciudadanos absolutamente respetables, pues estimaban que era más útil indagar a fondo el asunto y descubrirlo que permitir que se sustrajera a la investigación, por mor de la vileza del delator, cualquier ciudadano, por muy buena reputación que tuviera, si había sido objeto de denuncia.

El pueblo, en efecto, sabía por tradición que la tiranía [28] de Pisístrato y de sus hijos había degenerado al final en algo intolerable y que además no había caído por obra del pueblo y por Harmodio, sino por obra de los lacedemonios, de modo que vivía en un continuo temor y sospechaba de todo.

54. Efectivamente, el acto de osadía de Aristogitón y de Harmodio fue el resultado de una cuestión amorosa que describiré con detalles para demostrar que ni los demás griegos ni los propios atenienses dan informes precisos sobre sus tiranos ni de lo que ocurrió. Pues al morir Pisístrato, a avanzada edad y ejerciendo de tirano, no fue Hiparco, como

[28] De pasada, trató Tucídices sobre la tiranía de los Pisistrátidas en el libro I, capítulo 20. Ahora vuelve a insistir con más detalles.

cree la mayoría, quien se hizo con el poder, sino Hipias, que era el hijo mayor.

En cuanto a Harmodio, era éste un joven hermoso, en la flor de su vida, y Aristogitón, un ciudadano perteneciente a la clase media, que se enamoró vivamente de él y fue su amante. Harmodio atrajo el interés de Hiparco, el hijo de Pisístrato, pero aquél no se dejó seducir, aunque le comentó el asunto a Aristogitón. Este, extremamente dolido en su amor y temeroso de que Hiparco, gracias a su influencia, lograse por la fuerza atraerse a Harmodio, se dedicó de inmediato a intentar derrocar la tiranía con los medios con que contaba.

Entre tanto, Hiparco, que de nuevo había requerido, también sin éxito, a Harmodio, no quería recurrir a ningún tipo de violencia, pero se dispuso a infligirle alguna humillación de un modo encubierto, ocultando la verdadera razón. Por lo demás, no ejercitaba su poder de una manera odiosa a la mayoría, sino que su instauración en el mismo resultó irreprochable. En realidad, estos tiranos dieron pruebas durante mucho tiempo de valor y de inteligencia, y recabando de los atenienses la vigésima parte de sus bienes [29] embellecieron espléndidamente la ciudad, sostuvieron los gastos de la guerra y se preocuparon de los sacrificios de los santuarios. Por lo demás, la ciudad se gobernaba por sus anteriores leyes, excepto que los tiranos se ocupaban de que uno de ellos estuviera siempre presente en las magistraturas [30]. Entre otros de su familia que ejercieron alguna magistratura anual en Atenas estuvo en particular Pisístrato, el hijo del tirano Hipias, que tenía el mismo nombre que su abuelo. Siendo arconte dedicó el altar de los Doce Dioses en el ágora y el de Apolo en el santuario de Apolo Pítico. El pueblo de Atenas amplió más tarde el tamaño del primero, con lo que hizo desaparecer la inscripción. En cambio, la inscripción del santuario de Apolo Pítico aún permanece visible hoy día, aunque sus letras están algo borrosas, y dice así:

---

[29] Aristóteles, *Constitución de los Atenienses,* 16, nos atestigua que la recaudación impositiva era sólo la mitad: la décima parte.

[30] Sabemos por una inscripción del siglo v (R. Meiggs-D. Lewis, *A Selection of Greek historical inscriptions to the end of the Fith century B. C.,* Oxford, 1969, número 6) que Hipias fue arconte en 526/525.

Recuerdo de su magistratura, Pisístrato el hijo de Hipias erigió este altar en el recinto sagrado de Apolo Pítico

55. Y que fue Hipias, dado que era el de más edad, quien subió al poder, lo aseguro porque estoy mejor informado que otros por la tradición, pero también es posible convencerse de ello por lo que sigue:

Resulta, en efecto, que fue él solo, de entre los hermanos legítimos, el que tuvo hijos, según se deduce del altar y de la estela funeraria erigida en la Acrópolis de Atenas en recuerdo de la iniquidad de los tiranos; en ella no figura ningún hijo de Tésalo ni de Hiparco y sí en cambio cinco hijos de Hipias, habidos con Mirrina, una hija de Calias, hijo de Hiperóquides. Y lo más verosímil era que el hermano mayor se hubiera casado el primero.

Por otra parte, en dicha estela está grabado el nombre de Hipias a continuación del de su padre y en ello no hay nada de extraño, dado que era el de mayor edad tras él y su sucesor como tirano. Por lo demás, me parece que Hipias difícilmente hubiera podido erigirse de inmediato en tirano si Hiparco hubiese muerto mientras aún desempeñaba el poder y hubiese tenido aquél que conseguir que se le reconociera su autoridad el mismo día del asesinato. Al contrario, gracias a los hábitos instaurados con anterioridad (de temor por parte de los ciudadanos y de obediencia por parte de los soldados de la guardia) consiguió mantenerse seguro en medio de tantos sucesos inesperados y no encontró las dificultades con que se habría topado de haber sido el hermano más joven, pues en este caso no habría estado familiarizado con el mando. Ocurrió, sin embargo, que Hiparco, al hacerse célebre a causa de su infortunio, se atrajo sobre sí el que la posterioridad le otorgara fama de tirano.

56. Así pues, y de acuerdo con sus proyectos, Hiparco infligió a Harmodio, que había rechazado sus requerimientos, la siguiente humillación: tras haber invitado a una hermana suya, aún doncella, para que viniera a participar como canéfora en una procesión, la despidieron afirmando que no la habían invitado, por considerarla indigna de ese honor. Grandemente ofendido se sintió Harmodio, pero mucho más aún, por amor a él, se indignó Aristogitón. Adoptaron todas

las medidas necesarias, en unión de quienes debían participar en la acción con ellos, y esperaron a la celebración de las Grandes Panateneas, que es el único día en que no resultaría sospechoso que acudieran con armas un grupo de ciudadanos que debían participar en la procesión. Lo acordado fue que ellos dos tomarían la iniciativa y que los demás les ayudarían de inmediato a luchar contra la guardia. Los conjurados no eran muchos, por motivos de seguridad, aunque esperaban que incluso quienes no estaban al corriente (independientemente del número de los que tomaran la iniciativa) no dudarían en empuñar de inmediato las armas que llevaban para contribuir a su propia liberación.

57. Y cuando llegó el día de la fiesta, mientras Hipias se encontraba con su guardia fuera de la ciudad, en el llamado Cerámico, organizando los detalles de cómo debía desarrollarse la procesión, Harmodio y Aristogitón, con las armas ya en la mano, se disponían a comenzar su plan. Sin embargo, al ver a uno de los conjurados hablar con Hipias en tono de confianza (Hipias era un hombre fácilmente accesible para cualquiera) sintieron miedo y pensaron que les había delatado y que de un momento a otro iban a ser hechos prisioneros. Entonces, queriendo tomar venganza en primer lugar, si podían, del hombre que les había ofendido y por cuya causa se veían arruinados, se introdujeron por la puerta tal y como estaban, donde se encontraron con Hiparco junto al llamado Leocorio [31]. Cayeron sobre él de improviso, en un arrebato de ira (el uno por celos y el otro por el ultraje recibido) y lo golpearon hasta matarlo. Uno de ellos, Aristogitón, consiguió de momento eludir la guardia, aprovechando la estampida de la gente, aunque más tarde fue capturado y recibió un trato nada suave [32]. Harmodio, en cambio, pereció allí mismo de inmediato.

58. Informado Hipias mientras aún estaba en el Cerámico, se dirigió a toda prisa no hacia el lugar del atentado, sino adonde estaban los hoplitas que participaban con sus armas

[31] La ubicación de este templo debe de localizarse en la parte noroccidental del ágora.

[32] Aristóteles, *Constitución de los Atenienses,* 18, nos narra con más detalles la muerte de Aristogitón.

en la procesión, antes de que éstos, que se hallaban algo lejos, se enteraran de lo ocurrido. Disimulando su aspecto externo, a fin de no revelar la desgracia acaecida, les indicó un lugar y les ordenó que se dirigieran allí sin las armas. Ellos acudieron allí, pensando que Hipias tenía algo que decirles; mas éste, tras haber mandado a sus guardias que retiraran las armas, puso aparte a los que pensaba que eran los culpables, así como a aquellos otros a quienes se les halló un puñal, toda vez que la costumbre ateniense era participar en la procesión sólo con escudo y lanza.

59. De este modo, pues, la conjura de Harmodio y Aristogitón tuvo su origen en una afrenta amorosa y su irreflexiva intentona fue consecuencia de su repentino miedo. Tras estos sucesos, la tiranía se hizo más dura para los atenienses, e Hipias, dominado cada vez más por el miedo, ejecutó a muchos ciudadanos, mientras al mismo tiempo buscaba fuera de Atenas algún sitio donde poderse poner a salvo para el caso de que se produjese un cambio brusco de situación. Tras estos acontencimientos, en efecto, entregó en matrimonio una hija suya, Arquédica, al lampsaqueño Ayántide, hijo de Hipocles —¡un ateniense a uno de Lámpsaco!—, pues veía que esta familia gozaba de gran influencia ante el rey Darío. En Lámpsaco está la tumba de Arquédica, con una inscripción en la que se lee:

De la hija de Hipias, el hombre que más sobresalió en la Grecia de su tiempo, de Arquédica, yace aquí la ceniza;
hija, mujer, hermana y madre de tiranos
su espíritu no se exaltó hasta los límites de la arrogancia.

Tras haber ejercido como tirano en Atenas durante tres años más, Hipias fue derrocado al año siguiente por obra de los lacedemonios y de algunos exiliados (concretamente los alcmeónidas). Mediante un acuerdo con la ciudad, marchó a Sigeo, y luego junto a Ayántide, en Lámpsaco, y desde aquí más tarde a la corte del rey Darío. Veinte años más tarde, siendo ya un viejo, partió desde aquí a Maratón, para participar en la expedición de los medos.

60. El pueblo ateniense, reflexionando sobre estos hechos y acordándose de cuanto sabía acerca de ellos por tra-

dición, se mostraba proclive a ser duro y desconfiado contra quienes habían sido acusados en la cuestión de los misterios. Les parecía que todo aquello se había llevado a cabo con vistas a una conjura oligárquica y de corte tiránico. Como consecuencia de la irritación nacida de estas circunstancias, eran ya muchos los ciudadanos influyentes que habían ido a parar a la cárcel, sin que se vislumbrara un final para este asunto, sino que cada día los ánimos se hacían más ásperos y aumentaba el número de las detenciones. En estos momentos, uno de los detenidos, considerado como el máximo responsable[33], se dejó persuadir por uno de sus compañeros de prisión a hacer una confesión, fuera o no verdadera. Se hacían conjeturas en un sentido y en otro, pero nadie, ni entonces ni después, pudo decir nada sobre los autores de los hechos. Su compañero lo convenció diciendo que debía —aunque no hubiera participado en los hechos— obtener la impunidad para asegurarse su salvación y para liberar a la ciudad del clima de sospecha en que se vivía. En efecto, su salvación sería más segura si confesaba bajo garantía de inmunidad que si afrontaba el juicio por seguir negándolo. De modo que se confesó a sí mismo como autor junto con otros del asunto de los hermes. El pueblo de Atenas acogió con gran satisfacción esta denuncia —a la que daba crédito—, por considerar algo verdaderamente grave el no poder descubrir a los que conspiraban contra la democracia; puso en libertad inmediatamente al delator y con él a todos cuantos no habían sido acusados.

En cambio, celebraron un proceso contra los inculpados, ejecutaron a cuantos lograron detener, condenaron a muerte a cuantos se dieron a la fuga, ofreciendo una recompensa pública para quienes los mataran. No quedó claro si los que sufrieron tal suerte fueron castigados de modo injusto; sin embargo, el resto de la ciudad salió de momento claramente favorecida.

61. En cuanto a Alcibíades, instigados los atenienses por aquellos enemigos que ya le habían atacado incluso antes de emprender la expedición, se mostraban muy irritados con

---

[33] Se trataba de Andócides, el orador, y de su primo Cármides, o tal vez, de un tal Timeo.

él. Una vez que creyeron haber conocido la verdad a propósito del asunto de los hermes, se reafirmaron más y más en su opinión de que la profanación de los misterios, de la que también se le acusaba, había sido obra suya, con idéntica intención, a saber, atentar contra la democracia. Además, precisamente durante el tiempo en que anduvieron revueltos por estos incidentes, ocurrió que un pequeño ejército lacedemonio se presentó en el Istmo, en apoyo de los beocios. Creyeron que aquéllos habían venido a solicitud y mediante un pacto con Alcibíades y no por causa de los beocios, y que de no haberse anticipado a detener a las personas denunciadas, la ciudad se habría visto entregada al enemigo. Pasaron incluso una noche, con todas sus armas, en el Teseo, situado dentro de la ciudad. Por aquellas mismas fechas también fueron acusados de conspirar contra la democracia los huéspedes que Alcibíades tenía en Argos, por lo que los ateniense entregaron al partido popular de Argos los rehenes argivos que se encontraban en las islas, a fin de que les dieran muerte [34]. Por doquier se cernían sospechas sobre Alcibíades, de modo que deseando someterlo a juicio y darle muerte, despacharon a Sicilia la nave Salaminia a que fuera por él y por los otros que habían sido denunciados. Se había dado instrucciones a los comisionados de que le dijeran que les debía acompañar para presentar su defensa, pero que no lo arrestaran, pues se trataba de no crear alboroto entre los soldados atenienses de Sicilia ni entre los enemigos y sobre todo porque deseaban que los mantineos y argivos (cuya incorporación a la expedición se atribuía a haberlos convencido personalmente Alcibíades) no se retiraran.

Alcibíades, yendo en su propia nave, y los demás acusados abandonaron Sicilia dando escolta a la nave Salaminia, como si fueran en dirección a Atenas. Pero cuando llegaron a Turios [35] no prosiguieron con ellos, sino que desembarcaron furtivamente y desaparecieron, por temor a regresar para

[34] Según se nos dijo en V, 84, se trataba de trescientos hombres, parientes de las familias oligárquicas.

[35] La ciudad de Turios, colonia fundada por los atenienses, se hallaba en la costa oriental de la península de Calabria.

someterse a un juicio bajo acusaciones calumniosas. Los hombres de la Salaminia buscaron a Alcibíades y sus compañeros durante un tiempo, mas al no encontrarlos en ninguna parte, se hicieron a la mar y se marcharon. Y Alcibíades, convertido ya en un exiliado, cruzó poco tiempo después a bordo de un barco de carga desde el territorio de Turios al del Peloponeso, y los atenienses lo condenaron a muerte en rebeldía, tanto a él como a sus compañeros.

62. Después de estos hechos, los estrategos atenienses que permanecían en Sicilia dividieron el cuerpo de la expedición en dos partes y se las adjudicaron entre sí mediante sorteo. A continuación se dirigieron por mar con todas las tropas hacia Selinunte y Egesta, pues querían saber si los egestenses iban a entregar el dinero prometido y a fin de observar la situación en que se encontraban los de Selinunte y hacerse una idea precisa de sus desavenencias con los de Egesta. Costeando, pues, Sicilia por la parte de la izquierda, es decir, por la parte que mira al golfo Tirrénico, se detuvieron en Hímera, que es la única ciudad griega en esta parte de Sicilia. Y al no darles acogida, prosiguieron navegando. En el transcurso de su cabotaje se apoderaron de Hícaras, un poblado de los sicanos, enemigo de Egesta, situado en el litoral. Redujeron a esclavitud a sus habitantes y entregaron la ciudad a los egestenses, quienes habían acudido a ayudarles con su caballería.

Por su parte, ellos se pusieron de nuevo en marcha con la infantería a través del territorio de los Sículos hasta llegar a Catania, mientras las naves bordeaban la costa transportando los prisioneros. A su vez Nicias se dirigió desde Hícaras directamente a Egesta caboteando y después de haber tratado otros asuntos y haber recogido treinta talentos se reunió con el ejército. Procedieron entonces a vender los prisioneros, por los que obtuvieron ciento veinte talentos. Enviaron a continuación una embajada a sus aliados sículos, en solicitud de que les enviaran tropas, y a su vez marcharon con la mitad de su ejército contra Hibla Geleatis [36], que era una ciudad enemiga, pero no pudieron tomarla. Entre tanto concluyó el verano.

---

[36] Mencionada por Pausanias, V, 23, era vecina de Catania.

63. Recién comenzado el invierno siguiente los atenienses prepararon el ataque contra Siracusa, mientras que los siracusanos, a su vez, se disponían a marchar contra ellos. En efecto, en vista de que aquéllos no los habían atacado de inmediato (que era lo que al principio habían esperado y temido) aumentaban su confianza con cada día que pasaba. Y cuando después vieron que los atenienses se dirigían a la costa opuesta de Sicilia, muy lejos de su ciudad, y que después de haber marchado contra Hibla no habían conseguido conquistarla por la fuerza, su desprecio por ellos se acrecentó aún más y comenzaron a pedir a sus estrategos (como suele hacer la masa cuando cobra audacia) que los condujeran contra Catania, en vista de que el enemigo no marchaba contra ellos. Además, los jinetes de la caballería siracusana, que continuamente salían a hacer incursiones para observar a los atenienses, insultaban constantemente a éstos, con preguntas del tipo de si habían venido para asentarse en tierra extraña junto a los siracusanos, o para restablecer a los leontinos en su ciudad.

64. Los estrategos atenienses, que estaban al tanto de todo esto, querían conseguir que el enemigo en masa saliera lo más lejos de la ciudad. Mientras tanto ellos costearían durante la noche con su flota, a fin de ocupar una posición favorable donde instalarse tranquilamente. Sabían, en efecto, que no les resultaría igualmente fácil hacerlo si desembarcan ante un ejército enemigo prevenido, o si iban por tierra y los veían venir.

En este caso, en efecto, la caballería siracusana, que era muy numerosa, mientras que ellos carecían casi por completo de jinetes, podría provocar graves pérdidas entre sus hombres, armados a la ligera, y entre la masa de gente que acompañaba al ejército. En cambio, haciéndolo del otro modo, se apoderarían de una posición en la que la caballería no les podría causar serios daños. Algunos desterrados siracusanos que iban con ellos fueron quienes les informaron de un lugar situado junto al Olimpieo, que fue el que efectivamente ocuparon. Para conseguir este deseo suyo, los estrategos planearon la siguiente estratagema. Enviaron a Siracusa a un hombre de su confianza y que en apariencia no era menos amigo de los estrategos siracusanos: se trataba de un indivi-

duo de Catania y dijo que venía de parte de algunos ciudadanos de Catania (cuyos nombres eran bien conocidos por los estrategos, que sabían que eran de la gente que quedaba en la ciudad partidarios de la causa siracusana). Les informó de que los atenienses vivaqueaban en la ciudad, lejos del campamento, y que si los siracusanos se decidían a marchar con todas sus tropas al amanecer de un día previamente acordado, los catanenses encerrarían en la ciudad a los que se hallasen allí y prenderían fuego a las naves, mientras los siracusanos, lanzándose contra la empalizada, se apoderarían fácilmente del conjunto del ejército. Les dijo que en esta operación participarían muchos catanenses, que ya estaban preparados para ello, y que eran los que le habían enviado a él.

65. Los estrategos siracusanos, que en general estaban muy animados y pensaban marchar contra Catania aun sin la ayuda de éstos, prestaron el mayor crédito al relato de este hombre, y tras haber fijado el día en que harían acto de presencia, lo despacharon de inmediato. Por su parte (ya habían acudido los selinuntios y algunos otros aliados) dieron órdenes a los siracusanos de efectuar una salida en masa. Una vez que estuvieron dispuestos todos los preparativos y se aproximaban las fechas en que habían prometido acudir, se pusieron en marcha hacia Catania y vivaquearon junto al río Simeto, en territorio de los leontinos. Los atenienses, informados del avance de aquéllos, concentraron todas sus tropas a más de las de los sículos y los demás que se les habían unido, se embarcaron en sus naves de guerra y en los barcos de transporte y emprendieron durante la noche la navegación con destino a Siracusa.

Los atenienses desembarcaron al amanecer en la zona de Olimpieo para establecer un campamento; por su parte, los jinetes de la caballería siracusana, que fueron los primeros en llegar a Catania, al darse cuenta de que todo el ejército se había hecho a la mar, regresaron de inmediato para informar de ello a las fuerzas de infantería. Entonces retrocedieron todos juntos y acudieron en socorro de su ciudad.

66. Mientras tanto, los atenienses, dado que el trayecto que debían recorrer aquéllos era enorme, establecieron con toda tranquilidad su campamento en una posición favorable, desde donde podían presentar batalla cuando quisieran y

donde la caballería siracusana no podía importunarlos seriamente ni en el transcurso de la acción ni durante sus preparativos. En efecto, por un lado estaban protegidos por unas tapias, unas casas y unos árboles, a más de por una laguna, y del otro lado había unos barrancos. Además, cortando los árboles vecinos y transportándolos hasta la playa construyeron una empalizada cerca de las naves; y en Dascón, donde el terreno presentaba accesos más fáciles al enemigo, levantaron a toda prisa un fuerte hecho de piedras recogidas aquí y allá y de troncos de árboles y cortaron el puente sobre el Anapo. Mientras andaban ocupados en estos preparativos nadie salió de la ciudad a importunarlos. Los primeros en intervenir fueron los jinetes siracusanos, a los que más tarde se añadieron las fuerzas de infantería en su totalidad. En un primer momento se acercaron al campamento ateniense, pero luego, como aquéllos no les salieron a su encuentro, se retiraron y cruzando el camino de Eloro vivaquearon allí.

67. Al día siguiente los atenienses y sus aliados se prepararon para la batalla y dispusieron sus tropas de la siguiente manera: los argivos y los de Mantinea ocuparon el ala derecha, los atenienses el centro y los demás aliados el ala izquierda. La mitad del ejército estaba formada en primera línea, en filas de a ocho hombres, mientras que la otra mitad permanecía en las proximidades del campamento, en formación cuadrada, también de a ocho en fondo. Estos habían recibido orden de permanecer en observación y de acudir a aquellos puntos donde las tropas flaquearan más. Protegidos en el interior de estas tropas de reserva iban los acemileros.

Por su parte, los siracusanos dispusieron a todos sus hoplitas de a dieciséis en fondo. Se trataba de todos los hoplitas siracusanos enrolados en masa además de los aliados que se encontraban allí (en su ayuda habían acudido sobre todo los selinuntios, a más de un contingente de jinetes de Gela —doscientos en total— y ciento veinte jinetes y cincuenta arqueros de Camarina). En cuanto a la caballería, compuesta por no menos de mil doscientos jinetes, la colocaron en el flanco derecho, y junto a ella a los lanzadores de dardos. Cuando los atenienses se disponían a iniciar los primeros el ataque, Nicias, pasando revista a cada uno de los contingen-

tes, les daba ánimos, y a todos en conjunto los exhortó en los términos siguientes:

68. *«¿Qué necesidad de una gran arenga tenemos, soldados, quienes nos hallamos ante una misma prueba? En efecto, los preparativos de este ejército nuestro me parecen más idóneos para inspirar confianza que unas palabras bien pronunciadas contando con un ejército más débil. Pues cuando, como en el caso presente, nos encontramos unidos argivos, mantineos, atenienses y los más valerosos isleños, ¿cómo es posible que cada uno, con tales y tantos aliados, no sienta una gran esperanza en la victoria, especialmente si consideramos que tenemos frente a nosotros a unos hombres que se han alistado para defenderse en masa, y no son soldados selectos como nosotros ¡y encima tratándose de siciliotas!, gentes que nos desprecian, pero que no serán capaces de resistir nuestro ataque, desde el momento en que su experiencia como soldados es inferior a su osadía?*

Tenga presente cada uno de vosotros lo que sigue: nos hallamos muy lejos de nuestra patria y no tenemos en estos confines ninguna tierra amiga, como no sea la que vosotros mismos os conquistéis combatiendo. Os traigo a la memoria el argumento contrario al que sé que emplean los enemigos para exhortarse a sí mismos: ellos dirán que la batalla será por la patria; y yo os digo que no tendrá lugar en vuestra patria, sino en una región en la que os es preciso vencer, pues si no, la retirada no os será fácil, pues su numerosa caballería os perseguirá. Acordaos, pues, de vuestra valía y marchad decididamente contra el enemigo, convencidos de que el presente estado de necesidad y las dificultades actuales son peores que los enemigos.

69. Nicias, tras estas recomendaciones, hizo avanzar inmediatamente al ejército. Por su parte, los siracusanos no estaban todavía preparados para tener que entrar de inmediato en combate e incluso algunos de ellos (aprovechando que la ciudad estaba cerca) se habían ido a sus casas. Otros acudieron a toda prisa para prestar ayuda, y aunque llegaron tarde, cada uno de ellos se integraba en las filas a medida que se iban encontrando con el grueso de las tropas. De hecho, ni en esta batalla ni en las otras dieron muestras de faltarles el ardor o la audacia, pero, aunque no eran inferiores en va-

lor en cuanto su experiencia de la guerra se lo permitía, cuando ésta se mostraba insuficiente, se encontraban con que, en contra de su voluntad, no podían mantenerse a la altura de sus buenos deseos. Así pues, sorprendidos de ver que los atenienses tomaban la iniciativa de atacarlos y que por ello se veían obligados a defenderse de manera apresurada, tomaron no obstante las armas y se lanzaron a su vez a su encuentro.

En un primer momento entraron en combate los lanzadores de piedras, los honderos y los arqueros de uno y otro bando, provocando, como es natural tratándose de tropas armadas ligeramente, desbandadas de parte y parte. A continuación los adivinos trajeron las víctimas rituales, los trompeteros dieron la señal de ataque a los hoplitas y los dos ejércitos se pusieron en marcha. Por una parte los siracusanos iban a un combate por su patria y por su propia salvación particular en el momento presente y por su libertad en el futuro; en el otro bando, los atenienses lo hacían por apoderarse de una tierra extranjera y por no causar daño a la suya propia en caso de ser derrotados. Por parte de los argivos y de los aliados autónomos se trataba de ayudar a los atenienses en las conquistas que habían venido a hacer y de volver a ver su propia patria tras la victoria. En cuanto a los aliados sometidos a vasallaje [37], lo que más ánimos les daba era el deseo de salvarse de inmediato, cosa para la que no tendrían la más mínima esperanza en caso de no vencer, y en segundo lugar, por la esperanza de hacer más llevadera su servidumbre si contribuían al sometimiento de otros.

70. Al llegarse al combate cuerpo a cuerpo, ambos bandos resistieron durante mucho tiempo; entonces se puso a tronar y a relampaguear y empezó a llover torrencialmente, de modo que quienes combatían por primera vez y tenían una escasa familiaridad con la guerra vieron aumentar su miedo, mientras que aquéllos que tenían más experiencia pensaban que cuanto estaba sucediendo era una simple consecuencia de la época del año y lo que de verdad les causa-

[37] Encontramos aquí la distinción entre aliados autónomos y aliados sometidos a vasallaje, reflejo del distinto tipo de dependencia con que Atenas trataba a sus aliados.

ba miedo era el hecho de que los enemigos no se dejaban derrotar. Sin embargo, al comenzar los argivos a rechazar el ala izquierda de los siracusanos, y tras ellos hacer otro tanto los atenienses con los que tenían enfrente, el resto del ejército siracusano quedó ya desbaratado y emprendió la fuga. Los atenienses no los persiguieron largo trecho (dado que la caballería siracusana, que era muy numerosa y no había sido derrotada, se lo impedía y hacía retroceder a aquellos hoplitas que veía que se alejaban durante la persecución, cayendo sobre ellos), sino que se limitaron a perseguirlos manteniendo la formación compacta mientras su seguridad se lo permitía; luego se retiraron y erigieron un trofeo.

Por su parte, los siracusanos se congregaron en el camino de Eloro, rehicieron de nuevo su formación en la medida en que las circunstancias se lo permitían y enviaron, a pesar de todo, a algunos a montar una guardia en el Olimpieo, por temor a que los atenienses cogieran las riquezas que en él había; el resto de las tropas regresó a la ciudad.

71. Pero los atenienses no marcharon hacia el santuario, sino que tras haber recogido sus cadáveres y haberlos depositado en una pira vivaquearon allí mismo. Al día siguiente devolvieron a los siracusanos sus muertos en virtud de una tregua (habían éstos perdido, junto con sus aliados, cerca de doscientos sesenta hombres) recogieron los restos[38] de los suyos (murieron unos cincuenta hombres de ellos y de sus aliados) y se dirigieron por mar a Catania llevando los despojos del enemigo.

Era ya pleno invierno y no les pareció posible continuar aún desde allí con la guerra. Era preciso hacer que vinieran primero jinetes de Atenas y reunir otros de los aliados de aquella región, a fin de no estar en permanente inferioridad ecuestre; debían también recoger dinero de allí mismo y del que viniera de Atenas, así como atraerse a su bando a algunas ciudades, pues esperaban que tras la batalla les prestarían mayor atención, y en general debían procurarse grano y todo lo necesario con vistas a preparar un ataque contra Siracusa en primavera.

---

[38] Los restos eran transportados a Atenas, donde recibían honras públicas antes de ser definitivamente inhumados en el Cerámico.

72. Así pues, los atenienses se pusieron rumbo a Naxos y Catania con el propósito de pasar allí el invierno; los siracusanos, por su parte, después de enterrar a sus muertos convocaron la Asamblea. Se presentó ante la tribuna Hermócrates, hijo de Hermón, un hombre que no era inferior a ningún otro en inteligencia y que en la guerra había dado pruebas de gran experiencia y de notable valor y les dio ánimos, sin dejarles que se descorazonaran ante lo que había ocurrido. En efecto, no era su voluntad la derrotada, sino que había sido el desorden el que les había perjudicado. Y ni siquiera se habían mostrado tan inferiores cuanto cabía esperar, especialmente si se tenía en cuenta que habían tenido que combatir —ellos, que eran, por así decir, unos profanos— con los más expertos guerreros de toda Grecia. Y que otra cosa que les había perjudicado mucho había sido el excesivo número de estrategos y la pluralidad de mandos (sus estrategos, efectivamente, fueron quince), así como la desordenada anarquía del grueso de la tropa.

En cambio, si se eligieran unos pocos estrategos que fueran expertos, y en el transcurso del invierno se entrenara un contingente de hoplitas (dotando de armas a quienes no las tuvieran) a fin de ampliar al máximo posible sus efectivos, obligándoles además a entrenarse en el manejo de las armas, aseguró que verosímilmente derrotarían al enemigo, ya que era gente de valor que adquiriría la disciplina necesaria para la acción. En efecto, estas dos cualidades se potenciarían recíprocamente: la disciplina, al ponerse en práctica en medio del peligro; y el valor ganaría mayor confianza en sí mismo gracias a la confianza que se deriva de la experiencia. Y en cuanto a los estrategos, se debían elegir sólo unos pocos y dotarlos de plenos poderes, así como prestarles juramento de dejarles ejercer el mando como mejor supieran. De esta manera quedaría mejor guardado en secreto cuanto hay que mantener oculto y en general los preparativos se llevarían a cabo de forma ordenada y sin vacilaciones.

73. Los siracusanos, después de haberle escuchado, votaron todo lo que aquél les había aconsejado y eligieron estratego al propio Hermócrates, así como a Heraclides, hijo de Lisímaco, y a Sicano, hijo de Ejécestes, tres en total. A continuación enviaron embajadores a Corinto y a Lacedemonia

para solicitar el envío de tropas aliadas y para convencer a los lacedemonios de que reemprendieran, en su apoyo, con la mayor decisión y sin reservas la guerra contra los atenienses, a fin de que o tuvieran éstos que retirarse a Sicilia, o no pudieran enviar nuevos refuerzos al ejército que estaba en Sicilia.

74. Entre tanto el ejército ateniense que estaba en Catania zarpó de inmediato hacia Mesina, en la creencia de que iba a ser entregada a traición. Pero el complot no obtuvo éxito. Efectivamente, cuando Alcibíades dejó el mando al ser reclamado desde Atenas, sabiendo que iba a convertirse en un desterrado, reveló a los partidarios de Siracusa que había en Mesina el complot que se estaba fraguando, ya que él tenía noticias de lo que iba a pasar. Estos mataron primero a los implicados y luego se amotinaron y consiguieron con sus armas hacer que prevaleciera su voluntad de no dar acogida a los atenienses [los que así lo querían]. Los atenienses estuvieron esperando durante trece días, pero como estaban expuestos a las inclemencias del invierno, carecían de víveres y no lograban ningún resultado, se volvieron hacia Naxos; hicieron algunas obras de fortificación, circundando el campamento con una empalizada y se dispusieron a pasar allí el invierno. Enviaron también una trirreme a Atenas para solicitar dinero y fuerzas de caballería, a fin de que llegaran para primavera.

75. Por su parte los siracusanos construyeron durante este invierno, en las cercanías de la ciudad, un muro a lo largo de toda la zona que mira a las Epípolas (dejando en su interior el Temenites)[39], a fin de no verse expuestos, en caso de una eventual derrota, a un bloqueo desde cerca. Construyeron también una plaza fuerte en Mégara y otra en el Olimpieo; y sembraron de estacas el mar por aquellos lugares por donde era posible un desembarco. Sabiendo, además, que los atenienses invernaban en Naxos, hicieron una expedición en masa contra Catania, arrasaron una parte de su territorio y después de prender fuego a las tiendas y el campamento de los atenienses regresaron a su ciudad. Informados, a su

[39] Templo dedicado a Apolo, situado en la parte occidental del primitivo núcleo de la ciudad.

vez, de que los atenienses habían despachado una embajada a Camarina (alegando la alianza concertada en tiempos de Laquete) para intentar atraérsela de algún modo a su bando, enviaron también ellos una a su vez. Sospechaban, en efecto, que los habitantes de Camarina no habían enviado de muy buen grado los efectivos que mandaron con ocasión de la primera batalla, ya que de cara al futuro no iban a querer ayudarlos, al ver que los atenienses habían obtenido éxito en el combate, sino que se pasarían al bando de éstos, en virtud de su antigua amistad.

Así pues, se presentó en Camarina Hermócrates, de parte de los siracusanos, y Eufemo, de parte de los atenienses, al frente de sus respectivas delegaciones, y Hermócrates, reunida la Asamblea de Camarina, queriendo predisponer a los miembros de ésta contra los atenienses, se expresó así:

76. *«Ciudadanos de Camarina, hemos acudido aquí en embajada no porque temamos que os atemoricéis por la presencia de estas fuerzas atenienses, sino más bien por el temor de que os dejéis persuadir por los discursos que vayan a pronunciar, antes de haber escuchado también los nuestros. En efecto, se han presentado en Sicilia con el pretexto que conocéis, pero su intención es la que todos nos sospechamos; yo creo que su deseo no es restablecer a los leontinos en su ciudad, sino más bien desalojarnos a nosotros de la nuestra. Ya que no es razonable que expulsen de sus ciudades a la gente de allá y que en cambio repueblen las de aquí; ni tampoco que se preocupen de los leontinos en virtud de la afinidad étnica, en cuanto que son calcídeos y que mantengan en estado de esclavitud a los calcídeos de Eubea*[40]*, de quienes precisamente son éstos de aquí una colonia. Con idéntico propósito se hicieron con sus posesiones de allá y pretenden ahora adueñarse de lo de aquí. En efecto, tras haberse erigido con la hegemonía, por libre voluntad de los jonios y de todos los aliados de origen ateniense, con el pretexto de tomar venganza sobre el medo, acusando a unos de escasa participación en la lucha, a otros de*

[40] Por ejemplo, en el año 446 la ciudad de Hestia (cf. I, 114) fue desalojada por los atenienses, quienes la repoblaron con nuevos colonos, e impusieron importantes limitaciones a la soberanía de otras ciudades vecinas.

promover guerras recíprocas y a otros de acuerdo con algún bello pretexto para cada caso, los han reducido a completo vasallaje. Pero, en realidad, ni los atenienses se enfrentaron a los medos por la libertad de los griegos, ni los griegos lo hicieron por la suya propia, sino que para los atenienses se trataba de esclavizarlos en beneficio propio en vez de en beneficio de los bárbaros y para los otros suponía un cambio de amo, un amo no menos inteligente, sino más malvadamente inteligente.

77. *Pero, no obstante, no nos encontramos aquí para revelar, a quienes tan bien conocen sus injusticias, que la ciudad de Atenas perpetra desafueros fáciles de denunciar, sino más bien para inculparnos a nosotros mismos de que teniendo el ejemplo de cómo han sido sometidos a esclavitud los griegos de allá por no haberse defendido a sí mismos y de que hallándonos ahora ante idénticos sofismas (el restablecimiento de los leontinos en virtud de su afinidad étnica y el apoyo a los egestenses en cuanto aliados suyos) no estamos dispuestos a unirnos y a demostrar a los atenienses con la mayor decisión que estos pueblos de aquí no son jonios ni helesponteños ni isleños —gente que vive siempre en esclavitud cambiando una y otra vez de amo, ya sea el medo o cualquier otro—, sino dorios libres que habitan Sicilia procedentes de la región libre del Peloponeso. ¿O esperaremos a ir siendo conquistados uno a uno, ciudad tras ciudad, sabiendo que es ese el único modo en que se nos puede capturar, y viendo cómo ellos adoptan esta táctica de dividirnos a unos con sus palabras, lanzarnos a la lucha recíproca entre nosotros con la promesa de una alianza y causarnos daños a los demás usando para cada caso un lenguaje apropiado? ¿Pensamos tal vez que si resulta arruinado primero un vecino que viva lejos de nosotros, no nos va a alcanzar el peligro a cada uno de nosotros y que aquél que sufra la desgracia el primero va a ser el único en afrontar su mala suerte?*

78. *Y si a alguien se le ocurre pensar que son los siracusanos, y no él, quienes constituyen el enemigo para los atenienses y considera absurdo afrontar un peligro en defensa de mi tierra, que se convenza de que al combatir en mi tierra lo hará no tanto por ella cuanto también por la suya*

propia y desde una situación de seguridad tanto mayor cuanto que podrá contar con el hecho de tenernos como aliados, sin que hayamos sido previamente aniquilados, y de no encontrarse solo en la lucha. Piense que los atenienses no quieren castigar la enemistad de los siracusanos, sino que con este pretexto nuestro buscan reforzar los lazos de amistad con otros[41]*. Por otra parte, si alguien nos envidia o nos teme (la grandeza, en efecto, está expuesta a provocar estos dos sentimientos) y desea por ello que Siracusa resulte castigada a fin de que nos hagamos más moderados, pero que a pesar de ello no sea por completo arruinada (por el bien de su propia seguridad) alimenta una esperanza basada en un deseo que no tiene cabida en las posibilidades humanas. No resulta, en efecto, posible para un hombre controlar al mismo tiempo sus deseos y su suerte. Y si errara en sus planes, tal vez un día deseara (afligido por su propia desgracia) volver a sentir envidia de nuestra buena prosperidad. Mas ello será imposible si de antemano nos ha abandonado y no ha querido afrontar parte de nuestros mismos peligros, que por cierto no son sólo cuestión de palabras, sino de realidades. En efecto, ese tal habrá salvaguardado nominalmente nuestro poderío, pero de hecho se habrá asegurado su propia salvación.*

Lo más natural de todo habría sido que vosotros, habitantes de Camarina, en tanto que vecinos nuestros que estáis expuestos al peligro en segundo lugar, previerais todo esto, y no os comportarais como aliados tan poco entusiastas como en el momento presente; antes al contrario, acudierais espontáneamente a nosotros ahora en solicitud de aquello que, de igual manera, habríais pedido en el caso de que los atenienses se hubieran dirigido en primer lugar a Camarina: a no ceder por completo. Pero hasta ahora ni vosotros ni tampoco los demás os habéis movido lo más mínimo en este sentido.

79. *Por cobardía, tal vez asumáis un comportamiento respetuoso con lo que es justo respecto de nosotros y respec-*

---

[41] El sentido irónico del pasaje es manifiesto. Se trata, por una parte, de castigar a Siracusa, pero también de aherrojar a las demás ciudades sicilianas a la sumisión de Atenas.

to de los invasores, diciendo que tenéis una alianza con los atenienses. Tal alianza, sin embargo, no la pactasteis para ir contra vuestros amigos, sino contra vuestros enemigos, para el caso de que alguno os atacara, así como para acudir en ayuda de los atenienses cuando fueran ellos víctimas de otros y no cuando, como ahora, son ellos los que cometen injusticias contra los demás. Efectivamente, ni siquiera los habitantes de Regio, que son calcídeos, quieren contribuir a restaurar a los leontinos, que también son calcídeos. Extraño sería que aquéllos, sospechando ante el valor real de aquella bella justificación, se comportaran prudentemente a despecho de toda racionalidad y que vosotros, en cambio, bajo un pretexto especioso quisierais ayudar a quienes son vuestros enemigos naturales y provocar la ruina, asociándoos a vuestros enemigos, de quienes están ligados a vosotros de la forma más natural gracias a vuestra afinidad étnica. ¡Esto no es justo! Lo justo es defenderse y no tener miedo de sus preparativos militares. Ciertamente, si todos nosotros nos unimos, no tendremos que temerlos; pero sí serán de temer si, como pretenden ellos, nos dividimos; ya que ni siquiera cuando vinieron contra nosotros solos y obtuvieron la mejor parte de la batalla, consiguieron lo que querían, sino que se retiraron a toda prisa.

80. *En consecuencia, no tenemos motivo racional para desanimarnos si permanecemos unidos, sino para marchar con más decisión a la lucha, tanto más que nos vendrán refuerzos del Peloponeso, cuya gente es superior en todo a nuestros adversarios desde el punto de vista militar. Y que a nadie se le ocurra pensar que es igualmente justo para nosotros como seguro para vosotros ese otro comportamiento prudente que consiste en no intervenir en ayuda de ninguna de las dos partes, en tanto que aliados de entrambos. Pues no lo es de hecho, sino sólo de derecho. Pues si la víctima resulta derrotada y el más fuerte se impone por no prestar vosotros vuestro concurso ¿qué otra cosa habéis logrado con vuestra inhibición si no es el no haber ayudado a los unos a que se salvaran y no haber impedido a los otros cometer un crimen? Más hermoso sería, de cierto, que uniéndoos a los que son víctima de la injusticia (y además que son de vuestra misma raza) salvaguardéis los intereses co-*

munes de Sicilia y evitéis al mismo tiempo que los atenienses que son amigos vuestros cometan una mala acción.

En resumen, los siracusanos afirmamos que no es tarea nuestra demostrar en detalle ni a vosotros ni a los demás algo que ya conocéis mejor que nosotros. Solicitamos vuestra ayuda y al mismo tiempo proclamamos que, si no os convencemos, vamos a sufrir el ataque de unos jonios, raza siempre enemiga nuestra, y vamos a ser traicionados por vosotros, un pueblo dorio, siendo también nosotros dorios. Y si los atenienses nos aniquilan, lo conseguirán gracias a vuestra decisión, aunque sean ellos solos los que disfruten el honor de este éxito y no recibirán otro premio por su victoria que la propia ciudad que se la procuró. En cambio, si somos nosotros quienes nos imponemos, seréis entonces vosotros, en tanto que responsables de los peligros que hayamos corrido, quienes sufriréis la correspondiente venganza. Reflexionad, pues, y elegid desde ahora o bien una esclavitud inmediata sin correr ningún riesgo o, en caso de vencer a nuestro lado, no tener que aceptar vergonzosamente a los atenienses como dueños y veros libres de una hostilidad como la nuestra, que no sería de breve duración.»

81. Tal fue el discurso que pronunció Hermócrates, tras el cual Eufemo, embajador de los atenienses, habló así:

82. *«Habíamos venido para renovar nuestra antigua alianza, pero en vista de que el representante siracusano nos ha atacado, debemos hablar sobre nuestro imperio, para demostrar que lo poseemos por motivos justificados. El testimonio más eficaz lo ha brindado él mismo, afirmando que los jonios son desde siempre enemigos de los dorios. La realidad es la siguiente: nosotros, que somos jonios, buscamos la manera de estar lo menos sometidos posible a los peloponesios, que son dorios, vecinos nuestros y mucho más numerosos. Después de las Guerras Médicas nos hicimos con una escuadra para liberarnos del imperio y de la hegemonía de los lacedemonios, pues no había mayor razón de que ellos nos mandaran a nosotros que nosotros a ellos, excepto que por aquel entonces ellos eran más poderosos. Entonces instauramos nuestra hegemonía sobre los pueblos que antes estaban sometidos al Rey, porque estimamos que estaríamos menos sometidos a los peloponesios si dispusiéramos*

de una fuerza con que defendernos; además, a decir verdad, no obramos injustamente al someter a los jonios e isleños (a quienes los siracusanos dicen que hemos esclavizado a pesar de que somos de la misma raza) ya que aquéllos vinieron en unión de los medos a atacarnos a nosotros, su metrópoli, y no se atrevieron a hacer defección de ellos sacrificando sus bienes (como hicimos nosotros, que abandonamos nuestra ciudad), sino que querían la esclavitud para sí e imponérnosla a nosotros.

83. *A cambio de esto, es justo que tengamos un imperio, ya que, de una parte, pusimos a disposición de los griegos la flota más numerosa y un valor sin reservas, y porque los demás, comportándose complacientemente con el medo, nos causaron no pocos daños; y de otra parte, porque aspiramos a un poderío frente al de los peloponesios. Por tanto, no es que recurramos a bellas expresiones cuando decimos que es natural que ejerzamos nuestro imperio, ya que derrotamos nosotros solos a los bárbaros y afrontamos el peligro por la libertad de estos pueblos en mayor medida que por la libertad de todos los griegos y la nuestra propia. A todo el mundo se le tolera sin reproche el procurarse sus propios medios de salvación.*

Además, también en esta ocasión hemos venido aquí por razón de nuestra seguridad; y vemos que los intereses nuestros y los vuestros coinciden. Y os lo vamos a demostrar partiendo precisamente de las calumnias que éstos nos lanzan y que para vosotros son motivo de sospecha y de alarma; sabemos, en efecto, que quienes por estar atemorizados conciben alguna sospecha se dejan seducir por la fascinación de las palabras aunque, más tarde, cuando se trata de actuar, hacen lo que les conviene. Por tanto, como hemos afirmado, ejercemos el imperio de allá porque tenemos miedo y por este mismo motivo hemos venido aquí, a fin de poner orden en esta región con la ayuda de nuestros amigos y para seguridad nuestra, y no para esclavizarla, sino para impedir más bien que le ocurra eso.

84. *Que nadie suponga que no nos afecta el que nos ocupemos de vosotros; sepa ese tal que, asegurada vuestra salvación y por el hecho de ser vosotros bastante fuertes para resistir a los siracusanos, nos veremos nosotros menos ex-*

puestos a los daños que puedan derivarse del envío de fuerzas de éstos al Peloponeso. Ya sólo por este motivo nos interesáis muchísimo. Por esto también es razonable el que queramos restablecer a los leontinos en su ciudad, no en posición de vasallaje como sus parientes de Eubea, sino en las condiciones más ventajosas posible, a fin de que desde su territorio (ya que son vecinos de éstos) les causen problemas en beneficio nuestro.

Allá, en efecto, nos bastamos nosotros mismos para hacer frente a nuestros enemigos; y cuando a los calcídeos (a propósito de los cuales se nos dice que no es razonable que hayamos esclavizado a los de allá y queramos liberar a los de aquí), nuestro interés reside en que los de Eubea estén desarmados y se limiten a aportarnos dinero, mientras que los de aquí, leontinos y demás amigos nuestros, gocen de la máxima autonomía posible.

85. *Para un individuo que ejerce una tiranía, como para una ciudad que tiene un imperio nada que le convenga carece de razón, al igual que tampoco existe parentesco cuando no hay fidelidad. En cada caso particular debe comportarse como amigo o enemigo, de acuerdo con la coyuntura. Y en cuanto a la situación de aquí, a nosostros nos interesa no debilitar a nuestros amigos, sino conseguir que nuestros enemigos resulten impotentes merced al poderío de nuestros amigos. No tenéis por qué desconfiar: allá ejercemos nuestra hegemonía sobre los aliados de la manera en que a cada uno le resulta más útil (a los Quíos y a los de Metimna, concediéndoles la autonomía a cambio de que nos aporten naves; a la mayoría exigiéndoles una contribución en dinero más rigurosamente; a otros, permitiéndoles vivir en plena libertad como aliados, a pesar de ser isleños y fáciles de conquistar, debido a que están emplazados en lugares estratégicos en torno al Peloponeso). De suerte que es natural que también enfoquemos la situación de aquí de acuerdo con nuestra utilidad, y —según decíamos— el miedo que nos inspiran los siracusanos. Estos, efectivamente, aspiran a imponer su dominio sobre vosotros y quieren coaligarse con vosotros apoyándose en las sospechas que hay hacia nosotros, hasta establecer su dominio en Sicilia, bien por la fuerza, bien por haber quedado abandonada (una vez*

que nos hayamos retirado nosotros sin haber logrado nada). Y fatalmente ocurrirá así si os unís a ellos, porque no resultará fácil para nosotros vencer a una fuerza tan grande una vez que se haya coaligado, ni ellos dispondrían de pocas fuerzas (una vez que nosotros no estemos aquí) para haceros frente a vosotros.

86. *Y si alguien no es de esta opinión, la realidad misma le refuta. En efecto, la vez anterior nos hicisteis venir intimidándonos con un único motivo de temor: que si consentíamos que cayerais bajo el dominio de los siracusanos, también nosotros peligraríamos*[42]. *No es justo que ahora desconfiéis de una argumentación que es idéntica a aquella otra con que intentasteis convencernos entonces, ni tampoco lo es el que nos consideréis sospechosos por el hecho de haber venido con un contingente de fuerzas mayor que el que se requiere para los siracusanos; lo verdaderamente injusto es que no la creáis.*

Nosotros, a buen seguro, no estamos en condiciones de permanecer aquí sin vuestra ayuda, y aun suponiendo que obrando como malvados sometiéramos la región, seríamos incapaces de mantenerla bajo control, dada la gran distancia de mar que nos separa y por la gran dificultad de guardar unas ciudades importantes, semejantes por sus recursos a las del continente. En cambio, los siracusanos os tienen bajo la constante amenaza no de un ejército acampado, sino de una ciudad que es más potente que todas nuestras fuerzas aquí presentes, y cuando se presenta una ocasión favorable para ir contra alguno no la dejan escapar (lo han demostrado ya, entre otros casos, contra los leontinos). Y ahora se atreven a solicitar vuestra ayuda, como si fueseis por completo necios, para oponerse a quienes han impedido y evitado hasta ahora que Sicilia cayese bajo su dominio. Por nuestra parte, os reclamamos vuesta ayuda con vistas a una seguridad mucho más real. Os pedimos que no traicionéis tal seguridad (que existe para ambos y que de ambos depende), y que penséis que ellos, incluso sin aliados, siempre tendrán el camino expedito para marchar contra vosotros, dada su superioridad numérica: en cambio, en

[42] Se refiere a la situación relatada en el libro III, 86.

cuanto se refiere a vosotros, no serán frecuentes las ocasiones en que podáis defenderos disponiendo de tropas de refuerzo tan importantes como éstas. Si consentís, a causa de vuestras sospechas, que se marchen sin haber hecho nada o incluso derrotadas, llegará el día en que las querréis volver a ver (aunque sólo fuera una pequeñísima parte de ellas) cuando su presencia ya no pueda seros de ninguna utilidad.

87. *Antes bien, camarinenses, no os dejéis convencer por las calumnias de ésos, ni vosotros ni tampoco los demás. Os hemos contado toda la verdad sobre las sospechas de que somos objeto. Ahora las vamos a recordar en resumen, con la esperanza de convenceros. En efecto, afirmamos que ejercemos allá nuestro imperio a fin de no tener que obedecer a otros, y que queremos liberar a los de aquí a fin de no recibir daño de otros; que nos vemos obligados a involucrarnos en muchas empresas porque son muchos los peligros de que debemos guardarnos, y finalmente, que tanto ahora como la vez anterior hemos acudido aquí como aliados de quienes sufrían injusticia, no espontáneamente, sino porque hemos sido requeridos.*

En cuanto a vosotros, no asumáis ahora el papel de jueces de nuestros actos, ni el de moderadores de los mismos —lo cual es ya ahora difícil— para intentar hacernos desistir, sino que en la medida en que en nuestra predisposición a intervenir en diversos asuntos y en nuestro carácter pueda haber algo de provecho tanto para vosotros como para nosotros, servíos de ella, y pensad que estas características nuestras no sólo no provocan daño a todos por igual, sino que redundan en beneficio de la mayor parte de los griegos. En efecto, en cualquier lugar (incluso donde no estamos presentes) todo el mundo (tanto el que cree que va a ser víctima de una injusticia como el que la está tramando) debido a la expectativa segura de nuestra intervención (para el uno de encontrar en nosotros una ayuda proporcionada a la amenaza, y para el otro el temor de que su seguridad peligra si vamos allá nosotros) se ven ambos obligados, el uno, aun de mala gana, a moderarse, mientras que el otro se ve a salvo aun en su indolencia.

No rechacéis, pues, esta seguridad, que es accesible a cualquiera que la solicita y que en este momento también está

a vuestra disposición. Asimilad vuestra conducta a la de los demás, y en vez de veros obligados a estar siempre en guardia contra los siracusanos, cambiad de política unidos a nosotros para replicarles por igual de una vez por todas.»

88. Así habló Eufemo. Y los camarinenses se encontraron con que, de un lado, eran partidarios de los atenienses, aunque con la reserva de que creían que iban a someter Sicilia; y de otra parte, mantenían continuas diferencias con los siracusanos, por motivos de vecindad.

Temerosos de que los siracusanos, vecinos suyos, consiguieran imponerse aun sin su ayuda, ya les habían enviado con anterioridad unos pocos jinetes, y cara al futuro consideraban más oportuno seguirles prestando ayuda, aunque fuera lo más parcamente posible. Por el momento, sin embargo, y a fin de no dar la impresión de tratar peor a los atenienses, que acababan de resultar los vencedores en el campo de batalla, darían verbalmente una respuesta idéntica a uno y otro bando. Tomada una determinación en este sentido, les contestaron que en vista de que eran aliados de ambos bandos en conflicto, les parecía conforme a juramento el no prestar ayuda por el momento a ninguno de los dos bandos. Los embajadores de ambas partes se marcharon.

Los siracusanos por su parte disponían todos los preparativos para la guerra, mientras que los atenienses, acampados en Naxos, mantenían conversaciones con los sículos a fin de que se pasaran a su bando el mayor número posible. De entre los sículos, los que vivían en la llanura y eran vasallos de los siracusanos, no hicieron defección en masa; en cambio, las aldeas de los que vivían en la zona del interior y que eran desde siempre autónomas, se pasaron de inmediato al bando de los atenienses, excepto unas pocas; llevaron víveres al ejército, y algunas incluso dinero.

Los atenienses emprendían expediciones contra los que no se les pasaban a su bando: a algunos los obligaban a ello, en cambio en otras ocasiones se vieron impedidos de hacerlo por los siracusanos, que enviaron guarniciones y acudieron en ayuda.

Durante el invierno transfirieron la flota de Naxos a Catania, y tras haber reconstruido el campamento que los siracusanos habían incendiado, pasaron allí el resto del invier-

no. Enviaron además una trirreme a Cartago en son de amistad, y para ver si podían obtener alguna ayuda; y también otra a Tirrenia[43], ya que algunas ciudades les habían prometido su ayuda en la guerra. Despacharon también embajadores por todo el territorio de los sículos, así como una legación a Egesta, solicitando que les enviaran el mayor número posible de caballos. Finalmente prepararon todo lo necesario para cincunvalar la ciudad (ladrillos, hierro y demás elementos que se precisan) con vistas a reanudar la guerra con el comienzo de la primavera.

Por su parte, los embajadores siracusanos que habían partido en dirección a Corinto y Lacedemonia, al recorrer con sus naves las costas de los italiotas intentaban convencerles de que no miraran con indiferencia las operaciones de los atenienses, en la idea de que también se dirigían igualmente contra ellos. Una vez que estuvieron en Corinto, tomaron la palabra para solicitar que los ayudaran, en nombre de su parentesco étnico. Los corintios fueron los primeros que votaron ayudarlos de inmediato y con todo entusiasmo enviaron además una embajada a Lacedemonia acompañando a éstos, a fin de contribuir a convencer a los lacedemonios de que debían hacer la guerra contra los atenienses más resueltamente, y mandar también algún tipo de ayuda a Sicilia. De modo que llegaron a Lacedemonia estos embajadores procedentes de Corinto al mismo tiempo que Alcibíades y sus compañeros de exilio. Este en un primer momento había cruzado en un carguero desde la región de Turios a la ciudad de Cilene, en Elide, y algo más tarde había acudido a Lacedemonia, invitado por los lacedemonios, que le habían dado garantías de inmunidad. El les tenía cierto miedo a causa de su participación en los asuntos de Mantinea[44]. Ocurrió, pues, que en la asamblea de los lacedemonios las peticiones de los corintios y siracusanos coincidieron con las de Alcibíades para convencer a los lacedemonios de la misma cosa. Los éforos y demás magistrados pensaban enviar embajadores a Siracusa para impedir que concertaran un pacto

---

[43] En sucesivos pasajes (VI, 103; VII, 53-57) se atestigua la presencia de etruscos luchando al lado de los atenienses.

[44] Relatado en el capítulo 66 de este mismo libro.

con los atenienses, pero en cambio no estaban muy decididos a intervenir en su ayuda. Entonces Alcibíades, adelantándose a la tribuna, incitó y estimuló a los lacedemonios hablando así:

89. *«Necesario es antes de nada que os hable acerca de las imputaciones que se me hacen, a fin de evitar que, por prevenciones contra mí, prestéis poca atención a lo que en común nos interesa. Mientras que mis antepasados renunciaron a vuestra proxenía por cierta causa, yo me he esforzado personalmente en recuperarla preocupándome de vuestros asuntos, señaladamente en ocasión de la desgracia de Pilos. A pesar de que yo continuaba en buena disposición, vosotros habéis llegado a un pacto con los atenienses, habéis conferido gran poder a mis enemigos al conducir la negociación a través de ellos y me habéis infligido una gran humillación.*

Por esta razón habéis merecido con toda justicia los contratiempos que os ocasioné cuando me pasé a los mantineos y los argivos, y en cuantas otras ocasiones me opuse a vosotros. De modo que ahora, si alguien se enojó entonces indebidamente al tenerlo que soportar, analice la cuestión a la luz de la verdad y modifique su opinión. Y si alguien tenía una mala imagen de mí por el hecho de ser yo adicto a la democracia, verá que ni siquiera por ese motivo es justo que me odie. En efecto, nosotros siempre nos hemos opuesto a la tiranía[45] *(y todos los que se oponen al poder despótico reciben el nombre de demócratas) y de ahí se deriva el que ejerzamos la presidencia del partido popular. Al mismo tiempo, como la ciudad se gobernaba según el régimen democrático, no teníamos más remedio que adecuarnos en general a las condiciones existentes. Sin embargo, nos hemos esforzado por observar en política un comportamiento más moderado, dada la situación de libertinaje. Mas había otros hombres que, tanto en el pasado como en nuestros días, inducían a la multitud a los objetivos más indeseables: son precisamente esos tales los que me desterraron. En cambio nosotros estuvimos al frente de la ciudad en su conjunto, y es-*

[45] La familia de los Alcmeónidas (a la que pertenecía Alcibíades) se había destacado, efectivamente, en su lucha contra la tiranía.

timamos justo contribuir a conservar la forma de gobierno en que la ciudad había logrado su mayor grandeza y su máxima libertad según la habíamos heredado. En cuanto a la democracia, todos los que somos personas sensatas sabemos lo que vale, y yo mismo (mejor que ningún otro) podría denigrarla, en cuanto que he recibido de ella el peor trato. Pero nada nuevo podría decir sobre lo que todo el mundo reconoce que es una insensatez. En cambio, nos parecía empresa algo arriesgada fomentar el cambio político, estando vosotros, enemigos nuestros, a nuestras mismas puertas.

90. *Tales son, en líneas generales, los motivos de los ataques personales que se me hacen. Escuchad a continuación las cuestiones sobre las que tenéis que deliberar y sobre las que yo he de aconsejaros, si es que estoy mejor informado. Emprendimos la expedición a Sicilia, en primer lugar para, si podíamos, someter a los siciliotas, y a continuación a su vez también a los italiotas, y para efectuar acto seguido una intentona contra el imperio cartaginés y contra Cartago. Y si estos proyectos prosperaban, en su totalidad o en parte, nuestra intención era atacar entonces el Peloponeso, trayendo todos los efectivos griegos que pudiéramos procurarnos allí y contratando a sueldo además a muchos bárbaros, como iberos y otros más, a los que se considera unánimamente los más belicosos de aquellas regiones, y construyendo finalmente muchas trirremes (Italia es, en efecto, rica en madera) que se sumarían a las nuestras. Bloqueando con ellas el Peloponeso y poniendo cerco al mismo tiempo con la infantería a las ciudades tomaríamos algunas por la fuerza y otras mediante asedio; y esperábamos poder así aniquilarlos fácilmente y después impondríamos nuestro imperio sobre toda Grecia.*

En cuanto al dinero y los víveres con los que facilitar la ejecución de estos proyectos, nos los proporcionarían en cantidad suficiente los territorios de aquel país incorporados a nuestro imperio, sin necesidad de recurrir a los ingresos de Grecia.

91. *Acabáis de escuchar por boca de quien mejor los conoce cuáles eran nuestros planes a propósito de la expedición actualmente en curso. Y los estrategos que allí han quedado la llevarán igualmente a cabo, si pueden. Y ahora vais*

a conocer que la situación allí no se podrá sostener si no acudís en ayuda. En efecto, aunque los siciliotas son inexpertos, aún podrían sobrevivir ahora si todos se unieran. En cambio los siracusanos solos, que ya han sido derrotados en una batalla a la que acudieron con todas sus fuerzas, y que se encuentran ahora bloqueados por una escuadra, no estarán en condiciones de resistir a las fuerzas que los atenienses tienen ahora allí destacadas. Y si esta ciudad es capturada, también lo será Sicilia entera, y de inmediato Italia. Y el peligro que hace un momento os he anunciado no tardará mucho en recaer sobre vosotros venido de allí. De suerte que no piense nadie que la deliberación versa sólo sobre la suerte de Sicilia, sino sobre la del Peloponeso también, si no ponéis en práctica, y ahora mismo, las siguientes medidas: enviad allí un ejército tal que sus soldados vayan como remeros y sirvan enseguida allí como hoplitas. Además, y esto lo considero mucho más importante que el ejército, enviad como jefe a un espartano, a fin de que coordine las fuerzas ya destacadas y obligue a quienes no quieren hacerlo. De este modo, la moral de vuestros actuales amigos aumentará y los que aún vacilan se pondrán más fácilmente de vuestra parte.

Debéis además promover la guerra aquí más decididamente, a fin de que los siracusanos resistan con más firmeza, convencidos de que os preocupáis por ellos, y los atenienses tengan menos facilidades para enviar tropas de refuerzos a los suyos. También es preciso que fortifiquéis Decelia, en el Atica, que es lo que de siempre han temido más los atenienses, y piensan que es la única prueba que aún no han sufrido en el curso de esta guerra. La forma más segura en que uno podría causar daño a sus enemigos consistiría en hacer recaer sobre él las acciones militares que más teme, habiéndose uno informado de antemano; pues es natural que sea el propio enemigo quien mejor conozca sus puntos débiles, y los tema.

Y respecto a las ventajas que lograréis y los problemas que le procuraréis al enemigo procediendo a esa fortificación, os resumiré las principales, dejando de lado otras muchas. En efecto, los recursos con que el país cuenta pasarán a vuestras manos, la mayoría mediante captura y otros por sí mis-

mos os llegarán. Además se verán privados de inmediato de los ingresos procedentes de las minas de plata del Laurión, así como de los beneficios que obtienen en la actualidad de la tierra y de los tribunales[46]*, y en especial de los tributos de los aliados (que les llegarán en menor cantidad), pues éstos, al ver que vosotros les hacéis la guerra con mayor decisión, se despreocuparán del pago.*

92. *Que una parte al menos de estos proyectos se realicen, con rapidez y decisión, depende de vosotros, lacedemonios; pues de que sean viables (y no creo estar equivocado en mis apreciaciones) estoy plenamente convencido.*

Por lo demás, considero justo que ninguno de vosotros crea que soy despreciable si ahora actúo resueltamente contra mi patria, aliado a sus mayores enemigos, cuando antes pasaba por ser un buen patriota; y también que mis palabras no sean sospechosamente interpretadas como expresión despechada de un desterrado. Soy, ciertamente, un desterrado de la maldad de los que me exiliaron, pero no me sustraigo a los servicios que, si me escucháis, puedo prestaros. No sois más enemigos míos vosotros, que en ocasiones habéis causado daños a vuestros enemigos, que aquéllos que obligan a sus amigos a convertirse en enemigos. En cuanto atañe a mi patriotismo, no lo experimento cuando se me agravia, sino cuando ejercía libremente mis derechos ciudadanos. Y tampoco pienso que me dirijo ahora contra una ciudad que es todavía mi patria; al contrario, considero que estoy intentando ganarme una que no tengo. Auténtico patriota es no aquél que se abstiene de atacarla tras haber perdido injustamente la suya, sino aquél que por todos los medios posibles, por desearlo vivamente, intenta recuperarla.

De modo que, lacedemonios, os pido que utilicéis sin temor mis servicios para cualquier empresa, por peligrosa o penosa que sea, conscientes de esa argumentación que todos repiten: que si como enemigo os infligí duros golpes, puedo también, como amigo, seros de mucha utilidad, dado que conozco los problemas de Atenas perfectamente, mientras que de los vuestros sólo podía hacer conjeturas.

---

[46] Traducimos la lectura de los manuscritos, *dikasteríon*, a pesar de las diversas propuestas de corrección.

Y en cuanto a vosotros, convencidos de que estáis deliberando sobre cuestiones de la máxima importancia, no vaciléis ante el envío de una expedición a Sicilia y otra al Atica, a fin de aseguraros allí intereses importantísimos por medio de una pequeña parte de vuestras fuerzas y para arruinar el poderío presente y futuro de los atenienses; después de ello podréis vivir en paz y tener la hegemonía de toda Grecia, una hegemonía libremente aceptada y no impuesta por la fuerza, sino aceptada por adhesión a vosotros.»

93. Tales fueron las cosas que dijo Alcibíades. Los lacedemonios, que ya antes tenían la intención de efectuar una expedición contra Atenas, aunque aún dudaban y se mantenían a la expectativa, se llenaron de nuevos ánimos ante los detallados informes de Alcibíades, convencidos de que los habían oído por boca de quien mejor los conocía. De modo que se decidieron a pensar en serio en la fortificación de Decelia y enviar enseguida alguna ayuda a la gente de Sicilia. Designaron a Gilipo, hijo de Cleándridas, como jefe de los siracusanos, y le encargaron que poniéndose de acuerdo con éstos y con los corintios viera la forma de hacer llegar en las presentes circunstancias alguna ayuda a los que estaban en la isla, de la mejor y más rápida manera. De inmediato pidió a los corintios que le enviaran dos naves a Asine, y que tuvieran equipadas todas las demás que pensaran enviar, de modo que estuvieran dispuestas para hacerse a la mar en el momento oportuno. Alcanzado este acuerdo, los embajadores partieron de Lacedemonia.

También llegó a su destino la trirreme ateniense que había partido por orden de los estrategos en solicitud de dinero y de caballería. Los atenienses, oída la solicitud, votaron el envío de abastecimiento y de fuerzas de caballería para sus tropas. Así concluyó el invierno y con él el año decimoséptimo de esta guerra, cuya historia escribió Tucídides.

94. Al verano siguiente [47], recién terminada la primavera, los atenienses que estaban en Sicilia zarparon de Catania y costearon hasta Mégara de Sicilia, cuyo territorio pasó a poder de los siracusanos, quienes, como antes he dicho, expulsaron a sus habitantes en tiempos de la tiranía de Gelón. Efec-

[47] Es decir, el año 414.

tuaron un desembarco, se dedicaron a devastar los campos y marcharon contra una fortaleza siracusana. Mas al no poderla tomar retrocedieron por tierra y por mar hasta el río Terias, dedicándose, tierra adentro, a devastar los campos y a prender fuego a los trigales. Se toparon con un pequeño destacamento de siracusanos, dieron muerte a algunos de ellos, y tras haber erigido un trofeo se retiraron a las naves. Zarparon en dirección a Catania y, tras haberse aprovisionado allí de víveres, se dirigieron con todo el ejército hacia Centoripas [48], aduar de los sículos, y tras atraérselos a su bando mediante un acuerdo se retiraron, después de haber prendido fuego a los trigales de los ineseos e hibleos. De regreso a Catania, encontraron a los jinetes venidos de Atenas; se trataba de doscientos cincuenta hombres equipados con sus arneses, pero sin caballos, pues los atenienses pensaban que podrían procurárselos allí; además habían traído treinta arqueros a caballo y trescientos talentos de plata.

95. En esta misma primavera los lacedemonios efectuaron también una expedición contra Argos, y llegaron hasta territorio de Cleonas, mas al producirse un terremoto se volvieron. Por su parte los argivos, después de esto, invadieron la región fronteriza de Tirea, cogiendo a los lacedemonios un importante botín que fue vendido en no menos de veinticinco talentos. Aún en este mismo verano, no mucho después de estos acontecimientos, el partido popular de Tespias se sublevó contra los que estaban en el poder, aunque la intentona no prosperó, sino que como acudieron los tebanos en ayuda, algunos insurrectos fueron hechos prisioneros y otros buscaron refugio en Atenas.

96. Este mismo verano, enterados los siracusanos de que a los atenienses se les habían incorporado las fuerzas de caballería y que se disponían ahora a marchar contra ellos, convencidos de que si los atenienses no se apoderaban de las Epípolas (una escarpada meseta, situada inmediatamente por encima de la altura de la ciudad) Siracusa no podría ser bloqueada fácilmente, aunque ellos fueran derrotados en una batalla, se propusieron guardar sus vías de acceso, para evi-

[48] Se ha identificado con la moderna villa de Centorbi, un poco al norte de Catania.

tar que el enemigo subiera por ellas sin ser visto, ya que por otro camino era imposible que lo lograran. En efecto, el resto de la meseta es muy elevado y desciende en pendiente hasta la ciudad, desde cuyo interior resulta perfectamente visible. Los siracusanos las llaman Epípolas [49] por ser más altas que el resto de la zona.

Así pues, los siracusanos salieron en masa al despuntar el alba hacia los prados vecinos del río Anapo (en efecto, Hermócrates y los otros estrategos ya se habían hecho cargo del mando por estas fechas) y pasaron una revista de armas, tras haber constituido un cuerpo de seiscientos hoplitas selectos a las órdenes de Diómilo, un desterrado de Andros, para que vigilaran las Epípolas y estuvieran prestos a intervenir rápidamente si surgía alguna otra cualquier necesidad.

97. Pero los atenienses, en el transcurso de la noche precedente al día en que aquellos efectuaron la revista, salieron de Catania y desembarcaron con sus fuerzas, ahora al completo, *sin que nadie los viera*, en una zona llamada Leonte [50], que dista de las Epípolas seis o siete estadios. Después de desembarcar las tropas de tierra, fondearon las naves ante Tapso, que es una pequeña península que se adentra en el mar mediante un estrecho istmo, y que no dista mucho de la ciudad de Siracusa ni por tierra ni por mar. Mientras la flota ateniense permanecía en Tapso bloqueando el istmo con una empalizada, las tropas de tierra se dirigieron a la carrera hacia las Epípolas, subiendo por el camino del Euríalo, antes de que los siracusanos se dieran cuenta y acudieran desde la pradera en que estaban pasando revista. Entonces corrieron todos en auxilio, cada cual con la celeridad que le fue posible, y entre ellos los seiscientos soldados de Diómilo. Pero antes de entrar en contacto con el enemigo debían recorrer no menos de veinticinco estadios por la pradera. En estas condiciones, por tanto, los siracusanos cayeron en completo desorden sobre los atenienses, y derrotados en las Epípolas, se refugiaron en la ciudad. Diómilo y otros trescientos perecieron. Después de esto, los atenienses erigie-

[49] Es precisamente el significado del término Epípolas, «más elevado».

[50] Situado al noroeste de Siracusa, a algo más de un kilómetro de las Epípolas.

ron un trofeo y devolvieron a los siracusanos sus muertos mediante un tratado. Al día siguiente bajaron en dirección a la ciudad, pero al no salirles los siracusanos a su encuentro se retiraron y construyeron una plaza fuerte en Lábdalo, en un extremo de las escarpadas Epípolas, orientado hacia Mégara, a fin de disponer de un lugar donde depositar sus útiles y pertrechos cuando avanzaran, fuera para combatir o para construir trabajos de fortificación.

98. No mucho más tarde les llegaron de Egesta trescientos jinetes, además de otros cien de los sículos, los naxios y otros pueblos. Como ya contaban con doscientos cincuenta jinetes atenienses (a los que se habían procurado caballos, en parte entregados por los egestenses y catanenses, y en parte comprados) se reunieron un total de seiscientos cincuenta jinetes.

Tras dejar una guarnición en Lábdalo, los atenienses marcharon a Sica, se establecerion allí y construyeron a toda prisa un fuerte circular. La celeridad con que lo construyeron llenó de consternación a los siracusanos, por lo que saliendo de la ciudad decidieron plantar batalla y no consentir aquello. Cuando ya estaban ambas formaciones una frente a la otra, los estrategos siracusanos, viendo que sus tropas no presentaban una línea continua y que no estaban cómodamente formadas, las volvieron a hacer entrar en la ciudad, excepto a una parte de la caballería; éstos, permaneciendo en su sitio, trataban de impedir que los atenienses acarrearan piedras y se alejaran en exceso. Pero el contingente de hoplitas de un batallón, y con ellos toda la caballería ateniense, atacaron a los jinetes siracusanos y los pusieron en fuga; mataron a algunos de ellos y erigieron un trofeo en recuerdo de la batalla.

99. Al día siguiente, algunos atenienses se pusieron a construir el muro septentrional de la fortificación, mientras los otros acarreaban piedras y maderas, amontonándolas en dirección al llamado Trógilo, por donde pasaba la que para ellos era la línea más corta de circunvalación desde el Gran Puerto al otro mar.

Y los siracusanos —entre los estrategos era sobre todo Hermócrates quien aconsejaba en este mismo sentido— no querían ya afrontar los peligros de un enfrentamiento en

masa con los atenienses, sino que les parecía mejor construir un muro transversal al que pensaban hacer los atenienses y —en caso de que les tomaran ventaja— cerrarles el paso. Y si los enemigos les atacaban entonces por aquel lugar, enviarían contra ellos a su vez una parte de sus fuerzas. Pensaban que les daría tiempo de adelantarse a interceptar con empalizadas los caminos de acceso y que los atenienses tendrían que abandonar la construcción y volverse con todas sus fuerzas contra ellos. Así pues, salieron fuera y tomando la ciudad como punto de partida, se pusieron manos a la obra, a construir un muro transversal por la parte sur de la fortificación circular de los atenienses, para lo cual cortaban los olivos del recinto sagrado y levantaban torres de leña.

Por su parte, las naves atenienses aún no habían pasado de Tapso al Gran Puerto, sino que los siracusanos aún dominaban la zona del litoral y los atenienses se hacían llegar provisiones por tierra, desde Tapso.

100. Cuando los siracusanos estimaron que el muro transversal era suficiente, tanto en lo relativo a la empalizada como a la construcción, y vieron que los atenienses no se adelantaban a importunarlos (éstos temían a su vez que si se dividían en dos partes facilitarían a los enemigos el ataque, y además tenían interés en completar cuanto antes su muro de circunvalación) dejaron el contingente de un solo batallón como guardia de las construcciones y se retiraron a Siracusa. Por su parte los atenienses destruyeron las conducciones que bajo tierra llevaban agua potable a la ciudad, esperaron el momento en que, por ser mediodía, los siracusanos estaban en sus tiendas o habían en parte acudido a la ciudad, y los de la empalizada montaban guardia de forma muy negligente; dieron entonces orden a trescientos hoplitas, selectos, y a un contingente escogido de infantería ligera equipada pesadamente, de que corrieran de improviso contra el muro transversal. El resto del ejército se dividió en dos sectores, uno, al mando de un estratego, se dirigió hacia la ciudad para hacer frente a un hipotético ataque enemigo, y el otro, bajo las órdenes del otro estratego, se puso en camino hacia la parte de la empalizada donde había un portillo. Los trescientos se lanzaron al ataque y conquistaron la empalizada, mientras los soldados que hacían guardia la

abandonaron y buscaron refugio en el interior de la fortificación avanzada en torno al Temenites. Sus perseguidores penetraron en el interior junto con ellos, pero una vez dentro fueron expulsados a la fuerza por los siracusanos; murieron allí algunos argivos y unos pocos atenienses. Entonces se retiró el conjunto del ejército, sin dejar de derruir el muro transversal y deshacer la empalizada, llevando consigo las estacas; luego erigieron un trofeo.

101. Al día siguiente los atenienses comenzaron a construir un muro, partiendo de su fortificación circular, a lo largo de la pendiente que desciende hacia el pantano, y que por esta zona de las Epípolas mira hacia el Gran Puerto. Era por aquí por donde más corto les resultaba el muro de circunvalación, yendo a través de la llanura y el pantano en dirección al puerto. Entre tanto los siracusanos, por su parte, salieron de la ciudad y comenzaron a construir de nuevo una empalizada que partía de la ciudad y debía atravesar el pantano. Y próximo a ella cavaban un foso, para que a los atenienses les resultara imposible concluir su bloqueo hasta el mar. Mas éstos, una vez hubieron concluido la empalizada en la pendiente, volvieron a atacar la empalizada y el foso de los siracusanos y dieron órdenes a sus naves de que se dirigieran desde Tapso hasta el Gran Puerto de Siracusa. A la hora del alba descendieron de las Epípolas al llano; echaron puertas y tablas sobre las zonas fangosas y más sólidas de la laguna, y la cruzaron pasando sobre éstas. Al amancer se apoderaron de la empalizada, salvo un pequeño trecho, y del foso, y algo más tarde conquistaron también el resto. Se produjo entonces una batalla, en la que ganaron los atenienses. Los siracusanos se dieron a la fuga; los que ocupaban el flanco derecho se dirigieron a la ciudad y los del flanco izquierdo en paralelo al río. Queriendo cortarles el paso, los trescientos soldados selectos atenienses se pusieron a correr a toda prisa en dirección al puente, pero los siracusanos, llenos de miedo, cargaron sobre los trescientos (se encontraba allí la mayor parte de su caballería), los pusieron en fuga y cayeron sobre el ala derecha de los atenienses. Ante este ataque, el contingente del primer batallón de este flanco fue presa del pánico. Viendo Lámaco lo que ocurría, acudió en socorro desde el flanco izquierdo acompañado de unos po-

cos arqueros y los argivos; mas al atravesar un foso se quedó aislado con unos pocos hombres y pereció con cinco o seis de los suyos.

Los siracusanos se apresuraron a recoger los cadáveres y ponerlos a seguro al otro lado del río, y en vista de que el resto del ejército ateniense avanzaba contra ellos, se retiraron.

102. Entre tanto, los siracusanos que en un primer momento habían encontrado refugio en la ciudad, al ver lo ocurrido, recobraron nuevos ánimos. Salieron de nuevo de la ciudad para enfrentarse a los atenienses, que estaban formados allí delante. Enviaron también un destacamento de ellos contra el fuerte circular de las Epípolas, esperando poderlo conquistar, al encontrarlo sin defensores. Consiguieron, en efecto, conquistar la parte más avanzada de la fortificación, que medía diez pletros[51], y la destruyeron, pero Nicias impidió que ocuparan el fuerte circular (dio la casualidad de que se había quedado allí por encontrarse enfermo); mandó, en efecto, a los esclavos que prendieran fuego a las máquinas de guerra y las maderas que estaban desparramadas delante del muro, al ver que no tenían otro medio de sobrevivir, dada la falta de hombres. Y así ocurrió, porque los siracusanos no prosiguieron avanzando a causa del fuego, sino que de nuevo se dieron la vuelta. Además, los atenienses, que habían rechazado ya en la parte baja a sus enemigos, se dirigían corriendo en ayuda del fuerte circular, mientras que al mismo tiempo su flota, conforme a las órdenes recibidas, había salido de Tapso y estaba entrando en el Gran Puerto.

Al ver todo esto los siracusanos que estaban arriba se retiraron a toda prisa, y todo su ejército se recogió en la ciudad, pensando que con las fuerzas de que ahora disponían no les era posible impedir los trabajos de fortificación ateniense hasta el mar.

103. Después de esto, los atenienses erigieron un trofeo, y en virtud de una tregua devolvieron a los siracusanos sus muertos y recuperaron los cadáveres de Lámaco y de sus compañeros. Al estar ya congregadas allí todas sus fuerzas,

---

[51] El pletro es la sexta parte del estadio, esto es, aproximadamente 30 metros. Por tanto, diez pletros, 300 metros.

tanto terrestres como marítimas, se dedicaron a bloquear Siracusa con la construcción de un muro doble, desde las Epípolas y las zonas escarpadas hasta alcanzar el mar. De todas partes de Italia llegaban pertrechos para el ejército. Se agregaron a los atenienses muchos aliados sículos, que hasta entonces se habían limitado a estar expectantes, así como tres pentecóntoros procedentes de Tirrenia. Y todo lo demás marchaba según sus esperanzas. En efecto, los propios siracusanos desconfiaban ya de poder imponerse por las armas, en vista de que no les había llegado ninguna ayuda ni siquiera del Peloponeso; de modo que hablaban de conversaciones de paz tanto entre sí, como de las propuestas que había que hacer a Nicias. Este, en efecto, muerto Lámaco, era quien desempeñaba el mando él solo. No se llegó a sancionar nada, pero —como es natural entre hombres que se encuentran oprimidos por la dificultad, y asediados más rigurosamente que antes— fueron muchas las propuestas que se le presentaron, y muchas más aún las que se discutían por la ciudad. Las desgracias del momento provocaron entre ellos ciertas recíprocas sospechas; destituyeron a los estrategos bajo cuyo mando se habían producido estos hechos, en la idea de que se debían o a la mala fortuna o a la traición de aquéllos; y en su lugar fueron elegidos otros: Heraclides, Eucles y Telias.

104. Para entonces, el lacedemonio Gilipo y las naves procedentes de Corinto se hallaban ya en Léucade, con la intención de acudir rápidamente en ayuda de Sicilia. Pero como las noticias que les llegaban eran todas alarmantes, e igualmente falsas en cuanto que aseguraban que Sicilia estaba ya completamente bloqueada, Gilipo ya no mantenía esperanza alguna sobre Sicilia, pero decidido a salvar Italia, él y el corintio Pitén, con dos naves lacedemonias y dos de Corinto, atravesaron lo más rápidamente posible el mar Jonio y llegaron a Tarento. Los corintios iban a hacerse a la mar inmediatamente después, equipando dos naves de Léucade y tres de Ambracia, además de las diez suyas.

Gilipo despachó en primer lugar una embajada desde Tarento a Turios, en nombre del derecho de ciudadanía del que había disfrutado en tiempo su padre, pero al no poder atraerse a su bando la ciudad, se hizo a la mar y navegó costeando Italia. Fue arrastado por un violento viento del Norte

que sopla en el golfo de Terina, que le llevó a alta mar, y luego, sorprendido de nuevo por una tempestad, recaló en Tarento. Sacó a tierra las naves que habían sufrido la tempestad y las hizo reparar. Por su parte, Nicias, aunque tuvo noticias de que éste se aproximaba, despreció el escaso número de naves con que venía, al igual que ocurrió a los de Turios. Pensó que venía navegando en plan pirata, y de momento no tomó medida alguna contra él.

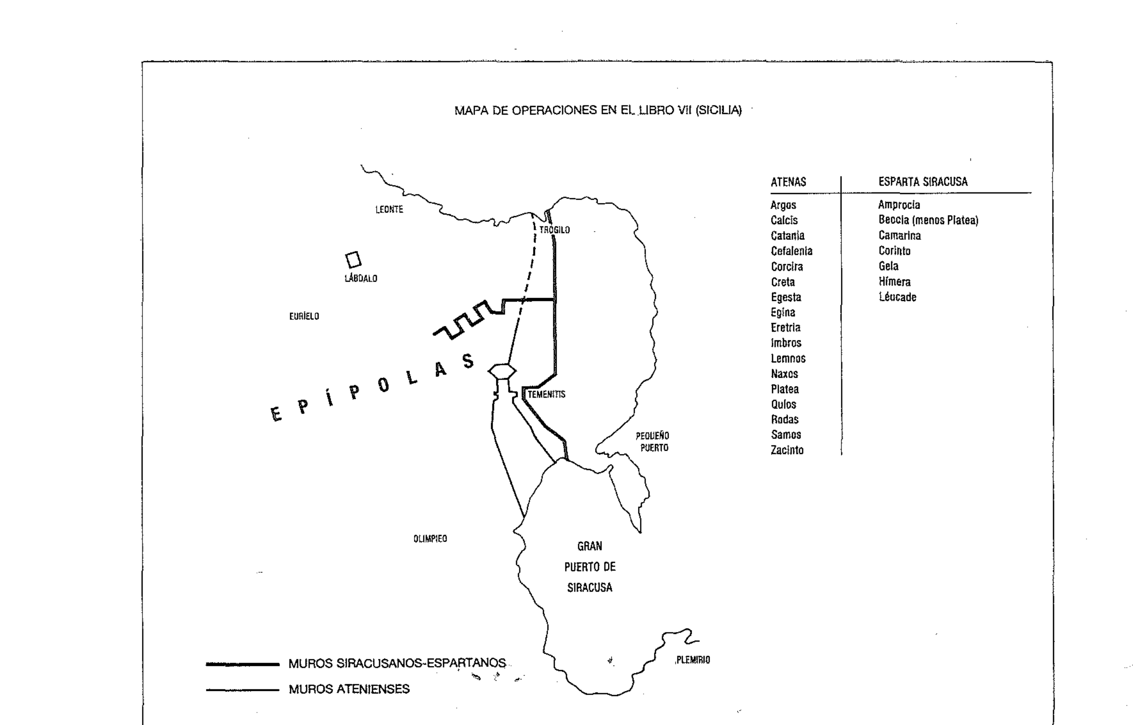
105. Por la misma época de este verano los lacedemonios y sus aliados efectuaron una incursión contra Argos y saquearon buena parte de su territorio. Los atenienses acudieron en ayuda de los argivos con treinta naves, y fueron éstas las que de manera más evidente violaron el tratado que habían estipulado con los lacedemonios [52]. Hasta entonces, en efecto, los atenienses habían participado en la guerra en apoyo de los argivos y los mantineos efectuando incursiones desde Pilos, y mediante desembarcos en otras zonas de Peloponeso, pero no en Laconia. Los argivos les habían invitado muchas veces a efectuar sólo un desembarco con sus tropas en Laconia y a devastar junto a ellos una mínima parte del territorio, para a continuación retirarse, pero ellos no quisieron hacerlo así.

En esta ocasión, sin embargo, desembarcaron en el Epidauro de Limera, en Prasias, y en algunas otras localidades a las órdenes de Pitodoro, Lespodias y Demárato. Saquearon estos territorios, con lo cual dieron a los lacedemonios un motivo más que justificado para defenderse contra los atenienses.

Una vez que los atenienses se retiraron con sus naves de la Argólide, y los lacedemonios hubieron hecho otro tanto, los argivos invadieron la región de Fliunte, devastaron su comarca, mataron a algunos habitantes y regresaron a su patria.

[52] Según este tratado (Cf. V, 18) los atenienses y lacedemonios no emprenderían acciones militares el uno contra el otro.

LIBRO VII


MAPA DE OPERACIONES EN EL LIBRO VII (SICILIA)
LEONTE
TRÓGILO
LÁBDALO
EURÍELO
EPÍPOLAS
TEMENITIS
PEQUEÑO PUERTO
OLIMPIEO
GRAN PUERTO DE SIRACUSA
PLEMIRIO
MUROS SIRACUSANOS-ESPARTANOS
MUROS ATENIENSES
ATENAS
Argos
Calcis
Catania
Cefalenia
Corcira
Creta
Egesta
Egina
Eretria
Imbros
Lemnos
Naxos
Platea
Quíos
Rodas
Samos
Zacinto
ESPARTA SIRACUSA
Amprocia
Beocia (menos Platea)
Camarina
Corinto
Gela
Hímera
Léucade

Libro VII

1. Mientras tanto, Gilipo y Pitén, después de haber reparado sus naves, costearon desde Tarento hasta el territorio de los locros epicefirios. Informándose ahora con mayor precisión de que Siracusa aún no estaba bloqueada por completo, sino que todavía era posible acercarse a la ciudad y penetrar en ella a través de las Epípolas, deliberaban acerca de si debían correr el riesgo (manteniendo siempre Sicilia a estribor) de entrar en el puerto, o si debían dirigirse en primer lugar a Hímera (dejando la isla a babor) para incorporar a sus tropas las de los himerenses y cualesquiera otras que pudieran atraerse, y dirigirse por tierra contra Siracusa. Decidieron navegar rumbo a Hímera, en especial dado que aún no habían aparecido en aguas de Regio las cuatro naves áticas que Nicias —a pesar de su negligencia inicial— había enviado una vez que supo que ellos estaban en territorio de los locros. Adelantándose, pues, a la vigilancia de éstas cruzaron el estrecho y tras haber recalado en Regio y Mesina llegaron a Hímera. Durante su estancia en la ciudad convencieron a los himerenses a que los ayudaran en la guerra, fuera uniéndose a ellos, fuera proporcionando armas a cuantos hombres de su tripulación no las tuvieran (habían sacado las naves, en efecto, a tierra en Hímera); despacharon también

unos enviados a los selinuntios invitándoles a que vinieran a su encuentro con todas sus fuerzas a un lugar determinado. También prometieron enviarles un reducido contingente los habitantes de Gela y algunos sículos, que a la sazón se mostraban mucho mejor dispuestos a ponerse de su parte, al haber muerto recientemente Arcónides [1], que reinaba sobre algunas poblaciones de la zona, era hombre poderoso y amigo además de los atenienses, y porque pensaban que Gilipo había venido de Lacedemonia ansioso de combatir.

Entonces Gilipo tomó consigo aquellos de sus marineros e infantería de marina que estaban armados (unos setecientos hombres), así como a las tropas de Hímera (mil en total, entre hoplitas y soldados de infantería ligera, además de cien jinetes), a algunos selinuntios (soldados de infantería ligera y jinetes), a unos pocos de Gela y a un total de otros mil sículos, y con estas fuerzas se puso en marcha en dirección a Siracusa.

2. Mientras tanto, los corintios zarparon de Léucade y a toda prisa acudieron en ayuda con las otras naves. En particular Góngilo [2], uno de los arcontes corintios, que había sido el último en zarpar con una sola nave, se presentó el primero en Siracusa, poco antes de la llegada de Gilipo. Se encontró con que los siracusanos se disponían a convocar la Asamblea para tratar sobre los medios de poner fin a la guerra; se lo impidió y les dio nuevos ánimos anunciándoles que otras naves se hallaban de camino y que como arconte de ellas venía, por encargo de los lacedemonios, Gilipo, el hijo de Cleándridas.

Los siracusanos recobraron ánimo y salieron enseguida de la ciudad con todas sus tropas al encuentro de Gilipo, pues se enteraron de que éste estaba ya cerca. Por su parte, Gilipo, en el curso de su avance, había tomado Ietas [3] (una fortaleza de los sículos), y se presentó en las Epípolas con sus

[1] Se trata de un rey local, en conflicto casi constante con sus vecinos de Siracusa y por tanto partidario de la política ateniense. Cf. Diodoro, XII, 8.

[2] En su *Vida de Nicias,* 19, 7, Plutarco nos aporta algunas noticias sobre este ciudadano corintio.

[3] Los manuscritos fluctúan al transmitir este topónimo. Gracias a un fragmento del historiador Filisto, *FGrHist* 556, F, 25, se ha conseguido restituir el nombre correcto.

tropas formadas para el combate. Ascendió por el Eurielo, precisamente por donde lo habían hecho anteriormente los atenienses, y en unión de los siracusanos comenzó a avanzar contra las fortificaciones de los atenienses. Su llegada vino a coincidir con el momento en que los atenienses habían construido ya el doble muro de siete u ocho estadios que llegaba hasta el Gran Puerto, salvo un pequeño tramo muy próximo ya al mar, en el que estaban ahora trabajando. En cuanto al resto del muro que desde arriba [4] de la fortificación circular debía llegar hasta el otro mar en dirección a Trógilo, ya se habían amontonado gran cantidad de piedras sobre la mayor parte del trayecto. Algunos tramos del muro fueron abandonados a medio construir y otros completamente construidos. Hasta este extremo estuvo expuesta al peligro Siracusa.

3. Los atenienses, al atacarlos de improviso Gilipo y los siracusanos, en un primer momento se desconcertaron, pero lograron establecer la formación de combate. Gilipo hizo un alto con su ejército en las cercanías y les envió un heraldo para decirles que, si querían salir de Sicilia en el plazo de cinco días llevándose todas sus pertenencias, estaba dispuesto a concertar una tregua. Pero los atenienses ni lo tomaron en consideración, y lo hicieron regresar sin respuesta alguna. Tras lo cual ambos bandos se prepararon para la batalla. Entonces Gilipo, viendo que entre los siracusanos reinaba la confusión y que encontraban dificultad en formar, retiró sus tropas a un espacio de mayor amplitud. Por su parte, Nicias no lanzó a los atenienses tras él, sino que se mantuvo quieto junto a sus fortificaciones. Al darse cuenta Gilipo de que el enemigo no avanzaba, retiró sus tropas a la colina llamada Temenitis [5] donde vivaquearon.

Al día siguiente formó a la mayor parte de sus tropas y las condujo ante las fortificaciones de los atenienses para impedir que éstos pudieran enviar refuerzos a ninguna otra par-

---

[4] Aunque el sentido general está claro, hemos aceptado la lectura propuesta por Marchant *(ánō)*. Para entender bien el pasaje conviene, en todo caso, acudir al correspondiente mapa topográfico de Siracusa y las Epípolas, así como al detallado apéndice «The topography of Syracuse and the siege», páginas 466-484, en el volumen IV del comentario de Gomme.

[5] Barrio de Siracusa que ocupaba la zona alta al Oeste de la ciudad.

te; a su vez despachó un pequeño contingente al fuerte de Lábdalo, se apoderó de él y dio muerte a todos los prisioneros que allí cogió. Esta posición se hallaba fuera de la vista de los atenienses.

Ese mismo día fue capturada por los siracusanos una trirreme ateniense que estaba fondeada en el puerto.

4. Después de esto, los siracusanos y sus aliados se dedicaron a construir un muro sencillo a través de las Epípolas, partiendo de la ciudad, hacia el interior y en sentido transversal, con vistas a que los atenienses no tuvieran posibilidad de bloquearlos, a menos que fueran capaces de impedirles esta construcción.

A su vez los atenienses habían recuperado las zonas altas, tras haber completado el muro próximo al mar. Y Gilipo (dado que una parte del muro ateniense era poco sólida) formó a su ejército durante la noche y marchó a ese lugar. Mas los atenienses, que se encontraban vivaqueando fuera del recinto amurallado, se apercibieron de ello y salieron a su encuentro. Entoces Gilipo, al verlos, hizo que los suyos volvieran a retirarse. Los atenienses elevaron la altura de esta parte del muro y montaron guardia allí ellos mismos, y dispusieron a los demás aliados en las zonas restantes, asignándoles a cada uno su zona de vigilancia.

Por su parte, Nicias decidió fortificar la zona llamada Plemirio; se trata de un promontorio enfrente de la ciudad [6] y que al proyectarse hacia adelante estrecha la boca del Gran Puerto. Pensaba que si este lugar se fortificaba, resultaría más fácil la llegada de las provisiones. En efecto, las naves atenienses podrían vigilar el puerto de Siracusa fondeadas más cerca y no tendrían que salir, como ahora, de la ensenada más profunda del puerto si la flota enemiga hacía alguna tentativa. Por lo demás, Nicias prestaba mayor atención en estos momentos a la guerra naval, al ver que las operaciones en tierra les ofrecían menos esperanzas de éxito tras la llegada de Gilipo. En consecuencia, trasladó allí las tropas de tierra y las naves y construyó tres fortificaciones. Depositó en ellas la mayor parte del material y desde este momento fijaron allí

[6] Configura, por la parte suroriental, el otro extremo del Gran Puerto de Siracusa.

su fondeadero las grandes embarcaciones de transporte y las naves de guerra. Fue sobre todo a partir de ahora cuando las tripulaciones comenzaron sus penalidades. En efecto, disponían de poca agua y además estaba lejos, y por otra parte cuando los marineros se alejaban en busca de leña, la caballería siracusana (al ser los dueños del campo) los diezmaba cómodamente. Efectivamente, los siracusanos habían destacado un tercio de sus jinetes junto a la pequeña aldea de Olimpieo para impedir que los atenienses que ocupaban Plemirio realizaran salidas y se dedicaran al saqueo.

Por otra parte, Nicias había tenido noticias de que las restantes naves corintias estaban próximas a llegar. Envió veinte naves para mantenerlas vigiladas y les ordenó que fondearan en las proximidades de los locrios y de Regio o en los accesos a Sicilia para cerrarles el paso.

5. Por su parte, Gilipo continuaba la construcción del muro a través de las Epípolas, usando las piedras que los atenienses había acumulado para sí con anterioridad, y al mismo tiempo formaba una y otra vez delante del muro las tropas siracusanas y de los aliados, mientras que los atenienses tomaban posiciones siempre frente a ellos. Cuando Gilipo creyó llegado el momento oportuno, inició el ataque. Pero al originarse un combate mano a mano, luchando en el espacio que había entre los dos muros, no resultaba posible sacar provecho alguno de la caballería siracusana. Los siracusanos y sus aliados resultaron derrotados, y mientras recuperaban sus muertos merced a una tregua, los atenienses erigieron un trofeo. Entonces Gilipo, convocando al ejército, les dijo que el error no había sido de ellos, sino personalmente suyo, al haberles hecho formar en un espacio demasiado al interior de los dos muros, con lo que les había privado de las ventajas de la caballería y de los lanzadores de dardos. Así pues, iba a conducirlos de nuevo ahora al ataque. Los invitaba a que se convencieran de que en lo tocante a preparativos militares no iban a estar en condiciones peores que el enemigo, mientras que desde el punto de vista de la moral de sus ánimos sería intolerable que ellos, que eran peloponesios y dorios, no fueran a ser capaces de vencer y desalojar del territorio a un ejército de jonios, isleños y otra gente reclutada aquí y allá.

6. Después de esto y en el momento oportuno, los condujo por segunda vez al combate. Nicias y los atenienses se daban cuenta de que no podían tolerar (aunque los enemigos no se mostraran dispuestos a presentar batalla) que el muro de aquéllos superase al suyo. En efecto, el muro del enemigo casi superaba ya el extremo del muro ateniense, y en caso de que lo sobrepasara, ya no habría diferencia alguna para ellos entre luchar y vencer en cualquier enfrentamiento, y no combatir en absoluto; de modo que se pusieron en marcha contra los siracusanos. Gilipo adelantó a los hoplitas fuera del muro, en una posición más adelantada que la vez anterior, y estableció contacto con los atenienses. Desplegó la caballería y los lanzadores de dardos por el flanco de los atenienses, en un amplio espacio, donde terminaban las construcciones de uno y otro muro. En el curso de la batalla los jinetes cayeron sobre el flanco izquierdo de los atenienses, desplegados precisamente frente a ellos, y lo pusieron en fuga. Como consecuencia de ello, también resultó derrotado por los siracusanos el resto del ejército y rechazado hacia el interior de las fortificaciones.

Durante la noche siguiente los siracusanos se anticiparon a prolongar su muro y superar el de los atenienses, de modo que a partir de ahora los atenienses ya no podían obstáculizarlos, y además se veían completamente privados en el futuro, aun en el caso de que obtuvieran alguna victoria, de toda posibildiad de bloquear a los siracusanos.

7. Después de estos acontecimientos, las doce naves restantes de Corinto, de Ambracia y de Léucade (bajo las órdenes del corintio Erasínides) burlaron la vigilancia de la escuadra ateniense y entraron en el puerto. Su tripulación ayudó a los siracusanos a completar lo que faltaba del muro transversal.

Mientras tanto Gilipo partió hacia otras localidades de Sicilia para reclutar un ejército (reuniendo tanto fuerzas navales como de infantería), así como para atraerse a su bando a aquellas ciudades que o bien no mostraban gran entusiasmo, o bien se mantenían todavía por completo al margen de la guerra. También partieron hacia Esparta y hacia Corinto otros embajadores siracusanos y corintios para conseguir el envío de otro ejército en la forma en que resultara posible:

mediante naves de carga, barcos de transporte, o cualquier otro medio viable, en vista de que los atenienses también solicitaban refuerzos. Por su parte, los siracusanos equipaban la flota y hacían maniobras con ella para efectuar alguna intentona aun con estos medios, pues en general se hallaban muy animados.

8. Nicias se percataba de todo esto y veía además que las fuerzas enemigas aumentaban de día en día, a la par que la dificultad de su situación. Por ello enviaba también él embajadores a Atenas, informando repetidas veces sobre cada detalle de lo que sucedía. Y de modo especial los enviaba ahora, porque veía que se encontraba en una situación crítica, y que si no se los hacía regresar de inmediato o se les enviaba cuanto antes importantes refuerzos, no habría ninguna posibilidad de salvación. Temiendo, sin embargo, que los embajadores no reflejaran la realidad de la situación (fuera por una deficiente capacidad oratoria, por falta de memoria, o por el deseo de agradar a la masa) escribió una carta [7]. Pensaba que así los atenienses, enterándose de su opinión de la mejor manera y sin ser alterada por culpa del mensajero, podrían deliberar sobre la verdadera situación. Los embajadores se pusieron en camino llevando el mensaje escrito, así como las instrucciones orales sobre lo que debían decir. Por su parte, se preocupó entonces más de proteger al ejército que de exponerlo a riesgos voluntarios.

9. Al final de este verano el estratego ateniense Evecio emprendió, junto con Perdicas, una expedición contra Anfípolis con el apoyo de un ejército muy numeroso de tracios, aunque no logró apoderarse de la ciudad. Llevó entonces sus trirremes por el Estrimón y estableciendo su base de operaciones en Himereo, puso sitio a la ciudad avanzando por el río. Y así concluyó el verano.

10. Al invierno siguiente llegaron a Atenas los embajadores de Nicias. Expusieron de viva voz las instrucciones que se les habían dado, contestaron a todo lo que se les pregun-

[7] Aun cuando hay precedentes, no se trata de un procedimiento habitual éste de despachar a un embajador con una carta redactada.

tó, y entregaron la carta. El secretario de la ciudad[8] se adelantó para leerla a los atenienses; decía así:

11. *«Lo anteriormente sucedido, atenienses, lo sabéis por muchos otros documentos. Pero ahora más que nunca conviene que os informéis de la situación en que nos encontramos, y que deliberéis consecuentemente. En efecto, tras haber derrotado en la mayor parte de los combates a los siracusanos (contra quienes fuimos enviados) y haber construido las fortificaciones en las que ahora nos encontramos, se presentó el lacedemonio Gilipo con un ejército sacado del Peloponeso y de algunas ciudades de Sicilia. En un primer combate lo derrotamos, pero al día siguiente, presionados por una caballería muy numerosa y por lanzadores de dardos, nos retiramos a los muros. Así pues, ahora hemos interrumpido las obras de circunvalación a causa del gran número de los enemigos, y estamos inactivos: no podemos, en efecto, servirnos al completo de nuestro ejército, pues la vigilancia de los muros nos absorbe una parte de nuestros hoplitas. Por su parte, ellos han construido un muro sencillo en sentido transversal al nuestro, de suerte que no es posible bloquearlos, a menos que se consiga conquistar esa fortificación transversal atacándola con fuerzas muy numerosas. Ha sucedido, por tanto, que creyendo que estábamos sitiándoles, somos nosotros los sitiados, al menos por tierra. En efecto, a causa de su caballería no podemos hacer largas incursiones por la zona.*

12. *Además han enviado embajadores al Peloponeso para buscar otro ejército, mientras Gilipo se dirige a otras ciudades de Sicilia a fin de persuadir a que se incorporen con ellos a la guerra a aquellas ciudades que aún se mantienen en paz y para obtener de las demás, si es posible, otras tropas de infantería y refuerzos navales. Según las informaciones de que dispongo, tienen pensado hacer una intentona con sus fuerzas de infantería contra nuestras fortificaciones y al mismo tiempo efectuar una por mar con ayuda de sus naves. Y no deberá parecerle a ninguno de vosotros*

[8] Se trata del funcionario encargado de dar lectura ante la Asamblea de cualquier tipo de documento. Cf. Pseudo Plutarco, *Vida de los doce oradores*, 841.

extraño que diga yo que también por mar. En efecto, nuestra escuadra (y es algo que también ellos conocen perfectamente) al principio se hallaba en las mejores condiciones, tanto por la impermeabilidad de las naves como por estar los equipos intactos. Pero en este momento, nuestras naves están empapadas de agua a causa del mucho tiempo que llevan en el mar y los equipos han sufrido pérdidas. Y no nos resulta posible sacar las naves a tierra y ponerlas a secar, ya que las naves del enemigo, iguales o incluso superiores en número, de continuo nos hacen temer que están dispuestas a efectuar una salida. Se las ve hacer maniobras, disponen de las mejores iniciativas de ataque y de mayores posibilidades de carenarlas, ya que no bloquean a nadie.

13. *Difícilmente nos sería posible a nosotros hacer esto, sólo si dispusiéramos de superior número de naves y no estuviéramos obligados (como en la actualidad) a emplearlas todas para vigilarles. Porque si aflojamos aunque sea un poco la vigilancia, no recibiremos los víveres, que nos llegan no sin dificultad ahora pasando por las proximidades de su ciudad. En cuanto a nuestras tripulaciones, han sufrido pérdidas y las continúan sufriendo por el motivo siguiente: obligados, en efecto, a alejarse en busca de leña para efectuar pillaje o recoger agua, los marineros mueren a manos de la caballería; por otra parte los esclavos, una vez que ambas fuerzas hemos llegado a una situación de equilibrio, desertan; de entre los extranjeros, aquellos que se embarcaron a la fuerza, se escapan a cualquier ciudad en cuanto pueden, mientras que aquellos otros que se sintieron en un primer momento atraídos por un sueldo alto, y que pensaban se iban a dedicar a los negocios más que a la guerra, al ver (en contra de sus expectativas) en el bando enemigo una flota y otros contingentes dispuestos a hacernos frente, los unos se marchan so pretexto de deserción*[9], *y los demás como cada cual puede (pues Sicilia es muy extensa). Hay incluso algunos que adquiriendo algunos esclavos de Hícara, han convencido a los trierarcos a enrolarlos en su puesto, y de este modo han minado la valía de nuestra escuadra.*

[9] El texto es un tanto confuso.

14. *Escribo esto a una gente como vosotros que conocéis a la perfección cuán poco dura la eficacia máxima de una tripulación, y cuán raros son los marinos que una vez puesta en movimiento la nave saben mantener la cadencia al remar. Y la más grave de todas estas dificultades reside en el hecho de que yo, que soy el estratego, no estoy en condiciones de impedir estos abusos (vuestra manera de ser es, en efecto, difícil de gobernar) y también del hecho de que no tenemos la menor posibilidad de completar la tripulación (cosa que los enemigos pueden llevar a cabo en cualquier parte); por el contrario, nos vemos obligados a sacar nuestras actuales fuerzas y las pérdidas que se van produciendo a partir del contingente de hombres que trajimos cuando llegamos. En efecto, Naxos y Catania, las ciudades que en la actualidad son nuestras aliadas, no pueden prestarnos ayuda. Y en el caso de que una nueva ventaja se añada a los enemigos (que las ciudades de Italia que nos suministran víveres, al ver en qué situación nos encontramos, y considerando que vosotros no nos enviáis auxilio, se pongan de su bando) conseguirán poner fin a la guerra sin combatir, pues nos veremos obligados a rendirnos por hambre.*

Habría podido tal vez enviaros yo otras noticias más agradables que éstas, aunque no, de cierto, más útiles, si es necesario que deliberéis disponiendo de una exacta información de lo que aquí hay. Además, como conozco vuestra manera de ser, que deseáis escuchar las palabras más placenteras, pero que luego, cuando los resultados no concuerdan con lo dicho, buscáis al culpable, he considerado más seguro revelaros la verdad.

15. *Y ahora, por cuanto concierne a los objetivos originales para los que vinimos, estad seguros de que ni los soldados ni los jefes nos hemos hecho merecedores de ningún reproche por vuestra parte. Pero una vez que toda Sicilia se coaliga contra nosostros, y el enemigo espera otro ejército venido del Peloponeso, deliberad ahora ya teniendo presente que las fuerzas que se encuentran aquí no son suficientes para afrontar las exigencias del momento, y que por tanto es necesario o bien hacerlas regresar o enviarles otro ejército que no sea inferior en fuerzas de infantería, naves y di-*

nero en abundancia, así como a un sucesor para mí, pues no puedo mantenerme en mi puesto a causa de una nefritis. Os ruego, por otra parte, seáis comprensivos conmigo, pues mientras tuve salud os rendí muchos y buenos servicios ejerciendo el mando. Y lo que decidáis hacer, realizadlo enseguida, al comienzo de la primavera, en la idea de que los enemigos se asegurarán enseguida nuevas ayudas en Sicilia, y algo más tarde las procedentes del Peloponeso. No obstante, si no estáis atentos a esto, una parte de ellas os cogerán por sorpresa, como ya ha ocurrido antes, y otras se os anticiparán.

16. Tal era el contenido de la carta de Nicias. Los atenienses, después de haber escuchado su lectura, no destituyeron a Nicias, sino que mientras eran elegidos y llegaban a Sicilia otros estrategos para colaborar con él, le asignaron dos hombres que se encontraban allá, Menandro y Eutidemo, a fin de que no tuviera que hacer frente él solo —enfermo como estaba— a tales dificultades. Aprobaron además enviar otro ejército con fuerzas de tierra y mar, con una leva hecha sobre las listas de ciudadanos atenienses y de otros aliados. Como colegas en el mando designaron a Demóstenes, hijo de Alcístenes, y a Eurimedonte, hijo de Tucles. A Eurimedonte lo enviaron a Sicilia de inmediato, en la época del solsticio de invierno [10], con diez naves. Llevaba consigo ciento veinte talentos de plata y tenía el encargo de anunciar a las tropas de la isla que llegarían refuerzos y que la ciudad se preocupaba de ellos.

17. Demóstenes, mientras tanto, permanecía en Atenas preparándose para partir en expedición al comienzo de la primavera. Imponía a los aliados el suministro de tropas y recaudaba dinero, naves y hoplitas en Atenas. Los atenienses enviaron además veinte naves en torno al Peloponeso, para vigilar que nadie cruzara desde Corinto y desde el Peloponeso a Sicilia. Efectivamente los corintios, al llegar los embajadores y anunciarles que la situación en Sicilia era más favorable, se reafirmaron en el convencimiento de que su pri-

[10] El hecho de que los atenienses procedan a despachar con toda urgencia este contingente de tropas en plena estación invernal (el 21 de diciembre de 414) da una idea de lo comprometido de la situación.

mer envío de trirremes no había sido inoportuno, por lo cual cobraron mayores ánimos y se disponían a enviar hoplitas a Sicilia a bordo de barcos de carga, mientras los lacedemonios se disponían a hacer otro tanto desde otros lugares del resto del Peloponeso. Por su parte, los corintios equiparon veinticinco naves a fin de intentar una batalla contra la flota que estaba de vigilancia en las aguas de Naupacto y para que los atenienses que se encontraban en Naupacto no encontraran tantas facilidades en impedir qus sus naves de carga se hicieran a la mar, al tener que hacer frente a la vigilancia de sus trirremes alineadas delante.

18. Los lacedemonios, por otra parte, preparaban una invasión contra el Atica, tanto por haberlo decidido con anterioridad como porque los siracusanos y los corintios se lo solicitaban en cuanto se enteraron de que los atenienses enviaban refuerzos a Sicilia, a fin de que dicho envío se viera estorbado al producirse esta invasión. Además, Alcibíades insistía en demostrarles que debían fortificar Decelia [11] y no aflojar la presión militar. Pero lo que más ánimos daba a los lacedemonios era el que creían que los atenienses, empeñados en una guerra doble (contra ellos y contra los pueblos de Sicilia) resultarían más fáciles de vencer, y porque pensaban además que habían sido ellos los primeros en quebrantar el tratado. En la primera fase de la guerra, efectivamente, la violación del tratado había sido sobre todo asunto suyo, ya que los tebanos habían entrado en Platea mientras estaba vigente un tratado de paz, y ellos mismos no habían querido aceptar un arbitraje (a pesar de que en el tratado anterior estaba prescrito no empuñar las armas contra nadie si éste quería someterse a arbitraje) a pesar de que los atenienses les habían invitado a ello. Pensaban que por este motivo habían merecido, como algo natural, su mala suerte, y se acordaban del desastre sufrido en Pilos y de algún otro que les había ocurrido.

En cambio, ahora, desde el momento en que los atenienses habían salido de Argos con sus treinta naves y habían arrasado una parte del territorio de Epidauro y de Prasias, además de otras regiones, y se habían dedicado a la piratería des-

---

[11] Sobre este fuerte de Decelia, cf. libro VI, 91 y 93.

de Pilos, y que cuantas veces surgía algún desacuerdo a propósito de los puntos litigiosos del tratado rehusaban aceptar el arbitraje que los lacedemonios les ofrecían; a partir de este momento los lacedemonios creyeron que la violación del derecho (en la que ellos habían previamente incurrido) era ahora cosa de los atenienses y por ello estaban llenos de ardor para acudir a la guerra.

En el transcurso de este invierno reclamaron a los aliados que les proporcionaran hierro y se hicieron con todas las herramientas necesarias para llevar a cabo la fortificación. Al mismo tiempo, y con vistas a enviar refuerzos a sus tropas de Sicilia en barcos de carga, ellos mismos reclutaban tropas y también obligaban a hacer otro tanto a los demás pueblos del Peloponeso. Así concluyó el invierno, y con él el año decimooctavo de esta guerra cuya historia escribió Tucídides.

19. Recién comenzada la primavera siguiente, en sus primeros días los lacedemonios y sus aliados lanzaron una incursión contra el Atica, bajo las órdenes de Agis, hijo de Arquidamo, rey de los lacedemonios. Primeramente devastaron la región próxima a la llanura y a continuación se dedicaron a fortificar Decelia, distribuyendo el trabajo entre las diversas ciudades. Decelia dista aproximadamente ciento veinte estadios [12] de la ciudad de Atenas y otros tantos o pocos más de Beocia. La fortificación se construyó en una posición que dominaba la llanura y la zona más fértil de la comarca, con vistas a efectuar saqueos, y se divisaba perfectamente desde Atenas.

Así pues, los peloponesios y sus aliados que se encontraban en el Atica andaban ocupados con la fortificación, mientras los del Peloponeso, más o menos por las mismas fechas, se disponían a enviar a Sicilia a los hoplitas con las naves de carga: los lacedemonios, tras haber hecho una leva selecta de entre los hilotas y los neodamodes, enviaron a seiscientos hoplitas entre unos y otros, bajo las órdenes del espartano Ecrito; por su parte los beocios despacharon trescientos hoplitas, bajo el mando de los tebanos Jenón y Nicón, y del tespiense Hegesandro. Así pues, éstos fueron los prime-

---

[12] Unos 20 kilómetros.

ros que salieron del cabo Ténaro en Laconia y se adentraron en alta mar. Poco después de su partida, los corintios enviaron quinientos hoplitas (algunos alistados en Corinto y otros contratados mediante sueldo de Arcadia) asignándoles como jefe el corintio Alejarco. Por su parte, los de Sición enviaron en unión de los corintios a doscientos hoplitas, bajo las órdenes del sicionio Sargeo. Entretanto, las veinticinco naves corintias que habían quedado equipadas durante el invierno permanecían fondeadas frente a las veinte naves áticas que estaban en Naupacto, hasta el momento en que zarparon los hoplitas que habían embarcado en las naves de carga. Pues el motivo por el que desde un principio se habían embarcado era precisamente éste: inducir a los atenienses a que prestaran menos atención a las naves de carga que a las trirremes.

20. Entre tanto los atenienses, mientras Decelia estaba siendo fortificada al comenzar la primavera, despacharon treinta naves en torno al Peloponeso bajo el mando de Caricles, hijo de Apolodoro. Llevaba éste instrucciones de presentarse en Argos para enrolar hoplitas argivos en las naves, de acuerdo con el tratado de alianza [13]. Además, de conformidad con lo planeado, enviaron a Demóstenes a Sicilia con sesenta naves de Atenas y cinco de Quíos, así como con mil doscientos hoplitas atenienses reclutados de acuerdo con las listas oficiales, a más de los isleños que habían reclutado de todas partes en el mayor número posible; en fin, se procuraron todo aquello que los demás aliados, sometidos al imperio, podían tener de útil para la guerra.

Había recibido instrucciones en primer lugar de unirse a Caricles y realizar juntos algunos ataques contra Laconia, mientras bordeaba el Peloponeso. Demóstenes se acercó a Egina, donde esperó por si alguien de la expedición se había retrasado y a que Caricles enrolara a los argivos.

21. Mientras tanto, en Sicilia, por las mismas fechas de esta primavera, Gilipo regresó a Siracusa llevando de cada una de las ciudades que había logrado convencer el mayor contingente de tropas que pudo. Convocó a los siracusanos y les dijo que era necesario equipar el mayor número posi-

[13] El tratado concertado en el año 417 entre ambas ciudades. Cf. V, 82.

ble de naves e intentar una batalla naval, pues confiaba lograr en ella algún resultado que compensara, respecto al desarrollo de la guerra, el riesgo que se corriera. Por otra parte, Hermócrates colaboraba en gran medida con él para convencerlos de que no debían acobardarse por el hecho de atacar a los atenienses con su escuadra. Afirmaba que tampoco aquéllos gozaban de su experiencia naval como si fuera un bien hereditario ni eterno; antes al contrario, eran más continentales que los siracusanos y sólo por causa de los medos se habían convertido en un pueblo de marineros. Además, quienes se atrevían a hacer frente a unos hombres audaces como eran los atenienses, eran los que podrían parecer a éstos más peligrosos: adoptando los procedimientos con los que los atenienses infunden miedo a los demás (sin disponer en ocasiones de un poderío superior, sino atacándolos tan sólo con mayor decisión) también podrían ellos, de manera análoga, producir el mismo efecto sobre sus enemigos. Añadió, además, que sabía perfectamente que los siracusanos (por el hecho de tener la osadía de hacer frente, de manera inesperada, a la flota ateniense) se asegurarían una ventaja superior (asustados los atenienses a la vista de tal comportamiento) al daño que éstos pudieran infligir, merced a su conocimiento del oficio, a la inexperiencia de los siracusanos. Por tanto, les exhortaba a poner a prueba su flota, sin la más mínima vacilación.

Así pues los siracusanos, persuadidos por Gilipo, por Hermócrates y algún otro, se animaron a presentar batalla naval y equiparon las naves.

22. Por su parte Gilipo, una vez estuvo lista la escuadra, condujo fuera durante la noche a todas las fuerzas de infantería, decidido a atacar por tierra él personalmente las fortificaciones del Plemirio. Al mismo tiempo las trirremes siracusanas, a una señal convenida, se lanzaron al ataque: treinta y cinco saliendo del Gran Puerto y cuarenta y cinco del puerto pequeño, que era donde estaba su arsenal. Estas últimas iban costeando, con intención de unirse a los que provenían del interior [14] y lanzar en común un ataque sobre el Plemi-

[14] Es decir, unirse a los que venían del interior del Gran Puerto.

rio, a fin de que los atenienses fueran presa del pánico ante un ataque de ambos lados.

En cambio los atenienses equiparon a su vez a toda prisa sesenta naves y con veinticinco de ellas presentaron batalla a las treinta y cinco naves siracusanas que estaban en el Gran Puerto; y con las restantes acudieron al encuentro de las que venían costeando desde el arsenal. Al punto tuvo lugar el encuentro, en la misma boca del Gran Puerto, y durante mucho tiempo se enfrentaron unos y otros: unos querían forzar la entrada, mientras los otros se empeñaban en impedirlo.

23. Entretanto, mientras los atenienses que estaban en Plemirio habían bajado a la playa, atentos al combate naval, Gilipo se anticipó a atacar de improviso, al amanecer, las fortificaciones. En primer lugar conquistó el fuerte mayor y a continuación los dos más pequeños, ya que los soldados de la guardia, en vista de que el primero había caído en sus manos con facilidad, no opusieron resistencia.

Los hombres del fuerte conquistado en primer lugar que se habían refugiado en las naves de transporte y en una nave de carga, encontraron grandes dificultades en llegar al campamento. En efecto, como los siracusanos se estaban imponiendo en la batalla naval del Gran Puerto, enviaron una trirreme muy rápida en persecución de éstos. Por el contrario, cuando fueron capturados los otros dos fuertes, los soldados que huyeron de allí consiguieron recorrer la costa con mayor facilidad, pues los siracusanos estaban siendo, a su vez, derrotados. En efecto, las naves siracusanas que luchaban a la entrada del puerto, tras haber obligado a retirarse a las naves atenienses, se precipitaron al interior del puerto en total desorden y al embarullarse ellas mismas entre sí, proporcionaron a los atenienses la victoria. Estos, en efecto, pusieron en fuga tanto a éstas como a las que al principio les habían derrotado a ellos en el puerto.

Los atenienses echaron a pique once naves siracusanas y dieron muerte a la mayor parte de sus tripulaciones, excepto las de tres naves que fueron hechos prisioneros. Por su parte, perdieron tres trirremes. Tras haber recogido los pecios de las naves siracusanas y haber erigido un trofeo en el islote que está frente al Plemirio, regresaron a su campamento.

24. Tal fue el resultado obtenido por los siracusanos en la batalla naval, aunque en cuanto a Plemirio controlaban las fortificaciones, por las que erigieron tres trofeos. Demolieron una de las dos fortificaciones conquistadas en último lugar, repararon las otras dos y dejaron en ellas una guarnición. En la conquista de los fuertes fueron muchos los hombres que murieron y resultaron prisioneros, y también se capturó todo el botín, que era muy copioso. En efecto, como los atenienses los utilizaban como almacenes, había en ellos gran cantidad de bienes pertenecientes a los comerciantes, y abundante trigo, así como muchas propiedades de las trierarcos. Se recogieron allí, en efecto, cuarenta velas de trirremes con todos sus aparejos, así como tres trirremes que habían sido sacadas a tierra. Sin embargo, y con todo lo que más perjudicó a las fuerzas atenienses, fue la captura del Plemirio, pues ya no resultaba igualmente seguro acercarse al puerto para introducir provisiones (en efecto, los siracusanos anclaban allí sus naves y se lo impedían, y el aprovisionamiento sólo era posible ahora a costa de un combate), y por lo demás causó ello en el ejército gran consternación y desánimo.

25. Después de estos sucesos, los siracusanos enviaron doce naves bajo las órdenes del siracusano Agatarco. Una de ellas se dirigía al Peloponeso y llevaba a bordo unos embajadores con el encargo de informar que su situación permitía albergar esperanzas y de incitarles a que intensificaran aún más la guerra en Grecia. Las once restantes naves pusieron rumbo a Italia, enterados de que hacia allá se dirigían unos barcos cargados de refuerzos para los atenienses. Cayeron por sorpresa sobre estos barcos y echaron a pique a la mayoría; por otra parte, en el territorio de Caulonia[15] prendieron fuego a una partida de madera para construir naves preparadas para los atenienses. A continuación se dirigieron a territorio de los Locros y mientras estaban allí fondeados, arribó a puerto una nave de carga procedente del Peloponeso que traía a bordo unos hoplitas de Tespias. Los siracusanos los trasladaron a sus naves y emprendieron la navegación a lo largo de la costa con destino a su país. Por su

[15] En la zona de Calabria, próxima a los locros epicefirios.

parte, los atenienses, que estaban acechándolos fondeados con veinte naves en las inmediaciones de Mégara, capturaron una nave con su tripulación, pero no pudieron apoderarse de las demás, que lograron ponerse a salvo en Siracusa.

Tuvo lugar también una escaramuza en el puerto, en torno a la empalizada que los siracusanos habían plantado en el mar delante de su viejo arsenal a fin de que sus naves pudieran fondear en su interior y evitar que los atenienses las atacaran y las dañaran con sus embestidas. A su vez los atenienses, tras haber equipado un barco de gran tonelaje [16] con unas torres de madera y unos parapetos, lo condujeron contra esta empalizada; de él salieron unos botes desde los que, pasando una cuerda entre las estacas, las izaban mediante unas poleas y las destrozaban; o bien, sumergiéndose en el agua, las aserraban.

Los siracusanos, por su parte, les lanzaban proyectiles desde el arsenal, pero los otros les replicaban desde el barco. Finalmente, los atenienses consiguieron arrancar casi la totalidad de las estacas. La mayor dificultad la presentaban las estacas que no se veían; en efecto, algunas estaban clavadas sin que sobresalieran del agua y, en consecuencia, resultaba muy peligroso acercarse a ellas, pues al no advertirlo a tiempo, podía uno lanzar su nave como contra un escollo.

Pero incluso éstas las aserraron unos nadadores, que se sumergían bajo el agua ante la promesa de una recompensa. No obstante, los siracusanos volvieron a reconstruir la empalizada. De una y otra parte, como es natural que ocurra entre dos ejércitos desplegados a corta distancia el uno frente al otro, recurrieron a diversas estrategemas, mediante escaramuzas y toda suerte de intentonas.

Los siracusanos despacharon también a diversas ciudades de Sicilia unos embajadores de Corinto, de Ambracia y de Lacedemonia, con el encargo de anunciar la ocupación de Plemirio y de explicar, a propósito del combate naval, que habían sido derrotados no tanto por la superioridad del enemigo como por su propio desorden. Por lo demás, debían

---

[16] La palbra griega *myriophóros* significa «que lleva 10.000 unidades», pero sin especificar qué clase de objetos (¿ánforas de grano, de líquido?). Por eso parece más prudente traducirlo sin precisar el peso.

informarles que alimentaban buenas esperanzas y pedirles que acudieran en auxilio con fuerzas navales y de tierra contra los enemigos, en cuanto que se esperaba que los atenienses acudieran con un nuevo ejército, de modo que si se adelantaban ahora a aniquilar las fuerzas atenienses allí presentes, la guerra quedaría definitivamente ganada. Esto era, pues, lo que hacían los que se encontraban en Sicilia.

26. Entonces Demóstenes, una vez reunido el ejército que debía llevar a Sicilia como socorro, zarpó de Egina y dirigiéndose al Peloponeso se unió a Caricles y las treinta naves atenienses. Enrolaron en sus naves algunos hoplitas argivos y reemprendieron el viaje rumbo a Laconia. En un primer momento devastaron la región de Epidauro Limera y más tarde se acercaron a la costa de Laconia frente a Citera, donde se halla el santuario de Apolo. Saquearon parte del territorio y fortificaron una lengua de tierra en forma de istmo, tanto para que en ella pudieran encontrar refugio los hilotas lacedemonios, como para que en plan pirata pudieran efectuar desde ella, como desde Pilos, acciones de saqueo.

Mas Demóstenes, tras haber colaborado en la ocupación de la plaza, se dirigió directamente a Corcira a fin de embarcar un contingente de aliados de aquella región y emprender cuanto antes la travesía de Sicilia. Por su parte, Caricles permaneció allí hasta completar los trabajos de fortificación y después de dejar soldados de guardia partió a su vez con las treinta naves de regreso a Atenas. Con él iban los hoplitas argivos.

27. Este mismo verano llegaron también a Atenas mil trescientos peltastas tracios equipados con una espada corta, de la tribu de los díos, que debían marchar con Demóstenes a Sicilia. Pero los atenienses, en vista de que aquéllos habían llegado con retraso, hacían planes para reexpedirlos a Tracia, de donde habían venido, ya que les parecía muy costoso retenerlos con destino a la guerra de Decelia, toda vez que cada uno recibía un sueldo de una dracma diaria. Desde que Decelia fue ocupada —en un primer momento por todas las tropas que la habían fortificado durante este verano y, más tarde, por las guarniciones que las distintas ciudades enviaban por turnos— causó ello no pocos daños a los atenienses; fue una de las principales causas que provocaron el ma-

yor deterioro de la situación ateniense, tanto por la destrucción de sus propiedades como por la pérdida de hombres. En anteriores ocasiones, efectivamente, las invasiones tenían una duración muy corta [17], por lo que no impedían el aprovechamiento de la tierra durante el resto del año; pero ahora, establecidos los enemigos allí de forma ininterrumpida, pasaban a veces al ataque con contingentes aún más numerosos y otras veces era la propia guarnición regular de la plaza la que, para atender sus necesidades, hacía correrías por la región saqueándola [18]; en fin, al hallarse presente Agis, rey de los lacedemonios, que dirigía la guerra con gran aliento, los atenienses sufrían grandes daños.

Se les había privado de todo su territorio; más de veinte mil esclavos [19], en gran parte artesanos, se habían pasado al enemigo, y además habían perdido todas las ovejas y bestias de carga. En cuanto a los caballos, dado que la caballería efectuaba diariamente salidas, bien para lanzar incursiones contra Decelia, bien para vigilar la región, muchos de ellos dañaban los cascos contra el terreno rocoso sobre el que continuamente se fatigaban, mientras que otros resultaban heridos por el enemigo.

28. Por otra parte, el transporte de víveres desde Eubea, que hasta entonces se efectuaba más rápidamente por tierra desde Oropo, pasando por Decelia, se había hecho ahora muy caro al efectuarse por mar, bordeando el cabo Sunion. La ciudad tenía que importar ahora cuanto necesitaba y se convirtió en una plaza fuerte asediada, en vez de una ciudad. En efecto, los atenienses montaban guardia por turnos durante el día sobre las almenas, mientras durante la noche, movilizados todos a excepción de la caballería —unos aquí y allá, y otros en el muro— sufrían las inclemencias del tiempo tanto en verano como en invierno. Pero lo que más les oprimía era que tenían que sostener dos guerras simultáneamente. Y llegaron a tal grado de ardor combativo en la lu-

---

[17] En el libro II, 57, se nos ha narrado la invasión del año 430, que duró cuarenta días y había sido la de más larga duración hasta entonces.

[18] Texto corrupto. La traducción es en consecuencia conjetural.

[19] Esta cifra de esclavos, ciertamente considerable, da una idea de la situación social de Atenas en esta época. El propio Tucídides ya temía que se produjera una fuga en masa de esclavos. Cf. I, 142, y VI, 91.

cha que, de no haber oído hablar antes de él, no le habría dado uno crédito. En efecto, asediados ellos por los peloponesios mediante un fuerte en su propio territorio, ni aun por ésas abandonaron Sicilia; antes al contrario, pusieron sitio a su vez con idéntico procedimiento a Siracusa (una ciudad que en sí misma no era inferior a Atenas); además, engañaron hasta tal punto a los griegos respecto a su fuerza y su audacia (al inicio de la guerra se los consideraba capaces de resistir un año; según otros, dos; mientras que nadie les otorgaba una resistencia de más de tres años, si los peloponesios invadían su territorio) que al año decimoséptimo de la primera invasión (cuando bajo todo punto de vista estaban ya exhaustos por la guerra) llegaron a Sicilia y asumieron el peso de una guerra no menos importante que la que ya antes sostenían contra los del Peloponeso.

Por estas razones, a causa de los muchos daños sufridos en Decelia, y por otros gastos que en cantidades importantes les sobrevinieron, se encontraron en grandes apuros financieros. Fue entonces cuando impusieron a sus súbditos la tasa del cinco por ciento sobre el tráfico marítimo en vez del tributo, calculando que de este modo incrementarían sus ingresos. Efectivamente, los gastos no eran como al principio, sino que habían aumentado notablemente, en la misma proporción en que la guerra había crecido, mientras que los ingresos iban disminuyendo.

29. Por tanto, hicieron regresar de inmediato a los tracios que habían llegado demasiado tarde para acompañar a Demóstenes, pues dada la actual escasez de dinero no querían afrontar nuevos gastos. Encargaron de conducirlos a su país a Diitrefes, a quien le dieron instrucciones de que durante el transcurso del viaje (debían, en efecto, cruzar a través del Euripo)[20] provocara los daños que pudiera al enemigo. Este les hizo desembarcar en el territorio de Tanagra, donde efectuó un rápido saqueo; luego, al atardecer, salió de Calcis en Eubea y tras atravesar el Euripo los desembarcó en Beocia y los condujo contra Micaleso. Durante la noche, sin ser vistos por nadie, vivaquearon en las proximidades del

[20] El Euripo es el canal que separa la isla de Eubea de la parte continental de Beocia.

santuario de Hermes, que dista de Micaleso unos dieciséis estadios. Apenas fue de día se lanzó al asalto de la ciudad (que era poco importante) y la conquistó, al sorprender a sus habitantes desprevenidos y que no se esperaban que nadie se internase mar adentro tanto para caer sobre ellos. La muralla no era muy fuerte, y en algunos puntos estaba derruida, en otros no alcanzaba mucha altura y, al mismo tiempo, a causa de su sensación de plena seguridad, las puertas se encontraban abiertas.

Los tracios se precipitaron en Micaleso y se dieron al saqueo de casas y santuarios, dando muerte a la población, sin respetar ni a los viejos ni a los más jóvenes, sino que mataban indistintamente a todos los que encontraban, incluidos mujeres y niños, y además a las bestias de carga y a cuantos seres vivos se topaban. En efecto, el pueblo tracio, de modo parecido a los bárbaros más sanguinarios, cuando se sienten seguros son particularmente ávidos de sangre. En esta ocasión ocurrió así: en medio de una gran confusión, en la que tuvo lugar toda suerte de amenazas, penetraron en el interior de una escuela de niños (la más importante de la ciudad) cuando los niños acababan de entrar y los asesinaron a todos. Esta fue la desgracia peor que sobrevino a toda la ciudad y se abatió sobre ella de la forma más inesperada y más terrible que cualquier otra.

30. Informados los tebanos de lo ocurrido, acudieron en socorro y sorprendieron a los tracios cuando ya éstos se habían retirado un corto trecho. Les arrebataron el botín, los pusieron en fuga persiguiéndoles hasta el Euripo y el mar, donde estaban ancladas las naves en que habían llegado. La mayor parte de los que cayeron encontraron la muerte en el momento de embarcar, tanto porque no sabían nadar como porque la tripulación de los barcos, al ver lo que ocurría en tierra, los había anclado fuera del alcance de las flechas. Durante el resto de la retirada, en cambio, los tracios se defendieron hábilmente frente a la caballería tebana, que fue la primera en echárseles encima, pues avanzaron rápidamente contra ella y luego cerraron filas, según la táctica de su país, de modo que en esta refriega fueron pocos los que murieron. Un pequeño número, sorprendido en la ciudad dedicados al pillaje, pereció allí mismo.

En total perecieron doscientos cincuenta tracios, de mil trescientos que eran. Por su parte, mataron a unos veinte hombres, entre jinetes y hoplitas tebanos y de otros pueblos que habían acudido en auxilio, y entre ellos al beotarca tebano Escirfondas. Y también fue aniquilada una parte de la población de Micaleso. Y en cuanto a Micaleso, sufrió un desastre tal que, dada sus dimensiones, suscitó no menos compasión que cualquier otra en el curso de la guerra.

31. Por entonces Demóstenes, tras haber construido la fortificación de Laconia, marchaba en navegación hacia Corcira. En Fía de Elide encontró anclada una nave de carga en la que iban a hacer la travesía hasta Sicilia los hoplitas de Corinto, y la echó a pique, aunque sus hombres consiguieron escapar y más tarde, a bordo de otra nave, hicieron la travesía.

Después de esto, presentándose Demóstenes en Zacinto y Cefalenia, enroló unos hoplitas y pidió otros a los mesenios de Naupacto. Pasó luego a la región de enfrente, a Alicia y Anactorio (en Acarnania) que estaban en poder de los atenienses. Mientras se encontraba él allí se le presentó Eurimedonte de regreso de Sicilia, adonde había sido enviado durante el invierno para llevar dinero al destacamento. Entre otras cosas le anunció éste que mientras aún se encontraba de navegación se había enterado de que los siracusanos habían conquistado Plemirio. También llegó Conón, el comandante de Naupacto, quien les informó que las veinticinco naves corintias que estaban ancladas frente a su flota no deponían su actitud, sino que se disponían a presentar batalla. Les exhortaban, por tanto, a que enviaran algunas naves, ya que las dieciocho de que él disponía eran insuficientes para mantener un combate contra las veinticinco del enemigo. Demóstenes y Eurimedonte prepararon para Conón diez naves, las mejores que tenían, para que se unieran a las de Naupacto. Por su parte, ellos se dedicaron a reunir tropas. Eurimedonte zarpó hacia Corcira y les invitó a que le equiparan quince naves, mientras él alistaba a los hoplitas (en efecto, había interrumpido el regreso y ejercía ya el mando compartiéndolo con Demóstenes, de acuerdo con lo previsto en su elección), mientras Demóstenes a su vez reunía

honderos y lanzadores de dardos por el territorio de Acarnania.

32. Mientras tanto, los embajadores que habían salido de Siracusa tras la ocupación de Plemirio con destino a diversas ciudades de Sicilia, después de haberlas convencido de que debían reunir un ejército, se disponían a conducirlo a Siracusa. Informado a tiempo Nicias, mandó aviso a los sículos que controlaban el territorio por el que las tropas debían atravesar y que eran aliados de los atenienses (a los de Centoripas, a los alicios y a otros más) para que no dejaran pasar a sus enemigos, sino que unieran sus fuerzas y les impidieran el tránsito. Estos, en efecto, no disponían de otro sitio por el que pasar, dado que los de Agrigento no les autorizaban a cruzar por el suyo.

Cuando los siciliotas se encontraban en plena marcha, los sículos, de acuerdo con lo que les habían pedido los atenienses, les tendieron una emboscada en tres puntos diversos y al caer sobre ellos de improviso y sin que lo esperaran, mataron a cerca de ochocientos (de entre los cuales a todos los embajadores excepto a uno, el de Corinto). Este condujo a Siracusa a los supervivientes, unos mil quinientos.

33. También por estas fechas llegaron auxilios de Camarina: se trataba de quinientos hoplitas, unos trescientos lanzadores de dardos y trescientos arqueros. Por su parte los de Gela enviaron una flota de cinco naves, cuatrocientos lanzadores de dardos y doscientos jinetes. Efectivamente, en aquel momento casi toda Sicilia (con excepción de Agrigento, que permaneció neutral) incluidas aquellas otras ciudades que al principio permanecían en expectativa aguardando el curso de los acontecimientos, se unieron a los siracusanos en contra de los atenienses.

Los siracusanos, a la vista del desastre que habían sufrido en el territorio de los sículos, se abstuvieron de atacar de inmediato a los atenienses. Por su parte, Demóstenes y Eurimedonte, dado que ya estaba listo el ejército reclutado en Corcira y en el continente, emprendieron con todas las tropas la travesía del mar Jonio con dirección a Yapigia. Haciéndose a la mar desde allí hicieron un alto en las islas Quérades, que pertenecen a Yapigia, donde subieron a bordo unos ciento cincuenta lanzadores de dardos yapigios (de la tribu

de los mesapios); renovaron un antiguo pacto de amistad con Arta, que era el señor de aquel territorio y quien les había proporcionado los lanzadores de dardos y se presentaron en Metaponto, ciudad de Italia.

Convencieron a los metapontinos, en virtud del pacto de alianza, a que enviaran con ellos trescientos lanzadores de dardos y dos trirremes, y haciéndose cargo de esos refuerzos costearon hasta Turios. A su llegada se encontraron con que recientemente habían sido expulsados de la ciudad, como consecuencia de las luchas intestinas, los adversarios de la política ateniense.

Como querían efectuar un recuento de todas sus tropas, tras haber reunido a quienes hubieran eventualmente podido quedar rezagados y persuadir además a los turios a que participaran en la expedición con el máximo empeño y a que estipularan con Atenas (en vista de lo favorable de la situación) una alianza que implicase tener los mismos amigos y enemigos que los atenienses, se detuvieron en Turios para llevar a cabo estos proyectos.

34. Aproximadamente por estas mismas fechas los peloponesios embarcados en las veinticinco naves que se encontraban ancladas frente a la flota ateniense de Naupacto a fin de hacer posible el paso de los barcos de carga con destino a Sicilia, se dispusieron a presentar batalla. Tras haber equipado otras naves, de modo que su número fuese sólo ligeramente inferior al de las naves atenienses, fondearon junto a Erineo de Acaya, en la región de Ripa. Y como el lugar donde estaban anclados tenía forma de media luna, las tropas de tierra, formadas por corintios y otros aliados de la zona, se situaron en el promontorio que se adentraba por ambos lados en el mar para prestarles ayuda, mientras las naves ocupaban el espacio intermedio, cerrando por completo el paso. El comandante de la flota era el corintio Poliantes.

Por su parte, los atenienses se pusieron en marcha contra ellos desde Naupacto con treinta y tres naves bajo las órdenes de Dífilo. En un primer momento los corintios aguardaron quietos, pero cuando pareció llegado el momento oportuno y se dio la señal, se lanzaron contra los atenienses y se entabló la batalla naval. Durante mucho tiempo se hicieron frente recíprocamente. Tres naves corintias resultaron des-

truidas, mientras que de los atenienses no se hundió ninguna, aunque unas siete se fueron a pique al ser atacadas de frente y averiadas en sus proas por las naves corintias, que disponían precisamente para este fin de *epotides*[21] reforzadas.

Combatieron en situación de equilibrio y en tal manera que cada uno de ellos pretendía haber vencido. Sin embargo, los atenienses se apoderaron de los pecios, fuera porque el viento los arrastró hacia alta mar, fuera porque los corintios no hicieron ninguna nueva incursión; ambos bandos se separaron, no hubo persecución, ni fueron capturados prisioneros de ninguna de las dos partes. En efecto, los corintios y peloponesios, que combatían en las proximidades de la costa, estaban en condiciones de ponerse a salvo con facilidad, y en cuanto a los atenienses, no les hundieron ni una sola nave.

No obstante, cuando los atenienses se retiraron a Naupacto, los corintios erigieron de inmediato un trofeo, en tanto que se creían vencedores, por haber puesto fuera de combate a un mayor número de naves enemigas, y porque consideraban que no habían sido derrotados, precisamente por las mismas razones por las que los enemigos no se podían considerar vencedores. En efecto, los corintios pensaban que el éxito había sido suyo por el solo hecho de no haber sido batidos totalmente, mientras que los atenienses estimaban que habían sufrido una derrota por el hecho de no obtener la victoria total. Sin embargo, cuando la flota peloponesia se retiró y las fuerzas terrestres se dispersaron, los atenienses, considerándose vencedores, erigieron también un trofeo en territorio de Acaya, a una distancia de aproximadamente veinte estadios de Erineo, donde anclaban los corintios. La batalla naval, pues, tuvo este desenlace.

35. Por su parte, Demóstenes y Eurimedonte, una vez que los turios se declararon dispuestos a participar en su expedición con setecientos hoplitas y con trescientos lanzadores de dardos, dieron órdenes a la escuadra de que navegara costeando hacia el territorio de Crotona, mientras ellos, a

[21] Se trata de unas vigas transversales situadas a ambos lados de las amuras.

su vez, tras pasar revista a todas las fuerzas de tierra junto al río Síbaris, las condujeron a través del territorio de los turios. Cuando llegaron al río Hilias, al decirles los crotoniatas que no deseaban que el ejército atravesara su territorio, descendieron hasta la orilla del mar y vivaquearon en la desembocadura del Hilias. Mientras tanto, la flota acudió a su encuentro en este punto. Al día siguiente se embarcaron y continuaron navegando a lo largo de la costa; hicieron escala en las diversas ciudades excepto en Locros, hasta llegar a Petra, en territorio de Regio.

36. Mientras tanto los siracusanos, enterados de la llegada de los atenienses, desearon hacer una nueva tentativa con la flota y con el resto de las fuerzas de tierra, que habían estado reuniendo precisamente con el propósito de anticiparse a la llegada de aquéllos. A propósito de la flota adoptaron aquellas medidas que, con la experiencia de la batalla anterior, habían visto que más les convenían, y en particular ésta: aserraron las proas de las naves, las hicieron más sólidas y adosaron en ellas unas *epotides* muy robustas, bajo las cuales colocaron unos arbotantes de unos seis codos, apoyados en los flancos tanto por fuera como por dentro. También los corintios habían reforzado de esta misma forma la proa de sus naves cuando combatieron contra la flota de Naupacto.

Los siracusanos, efectivamente, pensaban obtener gran ventaja con este sistema en su enfrentamiento con las naves atenienses, ya que éstas no estaban construidas igual a las suyas, sino que tenían la parte de la proa muy delgada, ya que los atenienses no practicaban tanto el ataque frontal de proa contra proa, sino el efectuado mediante una maniobra lateral. Además, como la batalla se libraría en el Gran Puerto (insuficiente para tan gran número de naves) se resolvería de modo favorable para ellos. En efecto, practicando el ataque proa contra proa, destrozarían las amuras de las naves enemigas, al golpearlas con sus gruesos y robustos espolones en sus huecas y débiles amuras. A su vez, los atenienses, por la falta de espacio, no podrían efectuar ninguna maniobra envolvente ni de rompimiento de líneas (que eran las maniobras en las que más confiaban gracias a su experiencia naval). En efecto, ellos mismos les impedirían, en la medida de lo posible, la maniobra de rompimiento de líneas, mien-

tras que la angostura del lugar les imposibilitaría cualquier maniobra envolvente. En fin, pondrían en práctica de forma especial la táctica del choque proa contra proa, algo que hasta entonces se consideraba una prueba de la escasa experiencia de los pilotos, ya que con ella esperaban obtener la máxima ventaja. En efecto, una vez que los atenienses resultaran rechazados no podrían retirarse más que en dirección a la costa, una tierra que por lo demás estaba a poca distancia y era de extensión reducida —precisamente en la dirección donde se hallaba el campamento siracusano—. El resto del puerto quedaría en su poder. Y una vez que los atenienses se retiraran, obligados a hacerlo todos juntos en un espacio pequeño, caerían unos sobre otros originando una gran confusión (cosa que causaba los mayores daños a los atenienses en todos los combates navales, ya que no podrían ciar a cualquier punto del puerto como los siracusanos). Y en cuanto a la maniobra de rebasarlos por los costados para alcanzar espacios más abiertos, tampoco tendrían los atenienses ninguna posibilidad (ya que estaba en manos de los siracusanos tanto al entrar al ataque desde alta mar, como el retirarse ciando) y ello tanto más que Plemirio les resultaría un territorio hostil y la embocadura del puerto no era muy amplia.

37. Los siracusanos, haciéndose estos cálculos en función de su experiencia y sus fuerzas, y más animados ahora como consecuencia del combate naval precedente, se decidieron a atacar simultáneamente por tierra y mar. Gilipo sacó de la ciudad las tropas de tierra un poco antes y las condujo contra aquel sector de la fortificación ateniense que está orientado hacia la ciudad. Mientras tanto, desde el Olimpieo (todos los hoplitas que allí estaban, la caballería y las tropas ligeras siracusanas) se pusieron en marcha contra el sector opuesto del muro. Inmediatamente después las naves de los siracusanos y sus aliados salieron contra las de los enemigos.

Por su parte los atenienses, pensando en un primer momento que el ataque se produciría sólo con las fuerzas de tierra, al ver que también las naves caían repentinamente sobre ellos, se llenaron de turbación. Algunos se apostaron sobre los muros y aun delante de ellos para hacer frente al avance de las tropas; otros acudieron a enfrentarse a los que

procedían del Olimpieo y del exterior (se trataba de abundantes fuerzas de caballería y de lanzadores de dardos que venían contra ellos a todo correr); otros, en fin, se dedicaron a aparejar las naves acudiendo al mismo tiempo a la playa para ayudar desde allí. Una vez estuvieron las naves equipadas, las lanzaron al ataque en número de setenta y cinco. Las de los siracusanos eran aproximadamente ochenta.

38. Durante la mayor parte del día se mantuvieron con escaramuzas, avanzando o retrocediendo, aunque ninguno de los dos bandos fue capaz de conseguir ningún resultado digno de mención, a no ser el que los siracusanos echaron a pique una o dos naves atenienses y finalmente se separaron. Al mismo tiempo las fuerzas de tierra se retiraron de la zona de los muros. Al día siguiente los siracusanos se mantuvieron inactivos, sin dar señales de cuáles iban a ser sus intenciones. Entonces Nicias, en vista de que en la batalla naval las fuerzas habían quedado equilibradas, y como esperaba que los enemigos volvieran a atacar, dio órdenes a los trierarcos de poner a punto todas las naves que habían sufrido algún daño, e hizo atracar a unas naves de carga delante de la empalizada que los atenienses habían plantado en el mar delante de su flota a fin de que sirviera de puerto de refugio. Situó las naves de carga dejando un intervalo entre ellas de dos pletros [22], de modo que si alguna nave venía siendo perseguida encontrara una retirada segura para poder salir de allí de nuevo sin dificultad. Los atenienses pasaron todo este día hasta la llegada de la noche ocupados en estos preparativos.

39. Al día siguiente los siracusanos, en esta ocasión a una hora más temprana, pero siempre con la misma táctica de ataque simultáneo por tierra y mar, entablaron contacto con los atenienses. Por ambas partes dispusieron sus flotas una frente a la otra, y así ocuparon de nuevo la mayor parte del día midiendo recíprocamente sus fuerzas. Hasta que el corintio Aristón, hijo de Pírrico, que era el mejor piloto de las fuerzas siracusanas, convenció a los arcontes de su propia flota a que enviaran un aviso a las autoridades competentes de la

[22] Cada pletro mide aproximadamente 30 metros. Por tanto, el intervalo entre nave y nave es de 60 metros.

ciudad para que ordenaran el urgente traslado del mercado de productos alimenticios a la playa y que obligaran a todo aquél que tuviera algún género comestible que lo llevara allá y lo pusiera en venta. Todo ello con vistas a desembarcar allí a las tripulaciones de las naves, hacerles comer junto a ellas y atacar de nuevo a los atenienses poco después, en ese mismo día, cuando éstos ya no lo esperaran.

40. Persuadidos por él enviaron a la ciudad un mensajero. El mercado quedó preparado y los siracusanos regresaron de improviso remando con las popas orientadas a la ciudad, desembarcaron al poco tiempo y comieron allí. Por su parte los atenienses, suponiendo que se retiraban a la ciudad por considerarse en inferioridad de condiciones, desembarcaron con la mayor tranquilidad y se dedicaron a sus asuntos, y de modo particular se pusieron a comer, en la idea de que aquel día ya no habría un nuevo combate naval.

Mas de súbito los siracusanos ocuparon sus naves y lanzaron de nuevo un ataque. A su vez los atenienses, en medio de una total confusión y la mayoría sin haber comido, se embarcaron desordenadamente, y al fin y con grandes dificultades se hicieron a la mar. Durante algún tiempo ambos bandos se abstuvieron de atacar, limitándose a montar guardia. Pero algo más tarde, los atenienses estimaron conveniente no demorarse más para no ser presa de su propia fatiga, sino lanzar un ataque cuanto antes, de modo que exhortándose con gritos de ánimo entablaron combate.

Los siracusanos aguantaron el ataque y utilizando la táctica de atacar proa contra proa, de acuerdo con lo que habían programado, abrían grandes brechas con sus espolones reforzados en las amuras de las naves atenienses, mientras que los soldados que estaban en los puentes infligían a los atenienses severos daños lanzándoles dardos, y aún mucho mayores eran los que les causaban aquellos siracusanos que, a bordo de embarcaciones ligeras, daban vueltas alrededor de las naves enemigas, y metiéndose por debajo de las filas de remos y navegando a lo largo de los costados, disparaban dardos desde sus botes contra los marineros.

41 Al fin los siracusanos, combatiendo con gran tenacidad con esta táctica, consiguieron la victoria, mientras que los atenienses, puestos en fuga, buscaron refugio en su fon-

deadero, después de haber atravesado por donde estaban las naves de carga. Las naves de los siracusanos los persiguieron hasta llegar a las naves de carga, pero se detuvieron ante las vergas provistas de delfines[23] que se habían levantado sobre las naves de carga en las vías de acceso. Dos naves siracusanas que con el entusiasmo de la victoria se habían aproximado demasiado a las vergas fueron destruidas, y una de ellas fue capturada con toda su tripulación. Entonces los siracusanos, después de haber echado a pique siete naves atenienses y haber destrozado muchas otras, y de haber hecho prisioneros a la mayor parte de la tripulación y haber dado muerte a otros, se retiraron. Erigieron dos trofeos en recuerdo de ambas batallas navales y a partir de entonces comenzaron a tener la convicción cierta de que eran muy superiores en fuerzas navales, y esperaban llegar a serlo también en cuanto al ejército de tierra.

42. Mientras los siracusanos se disponían a atacar de nuevo tanto por mar como por tierra, se presentaron Demóstenes y Eurimedonte con las tropas enviadas desde Atenas como socorro: unas setenta y tres naves, contando las extranjeras; unos cinco mil hoplitas atenienses y aliados, además de un buen número de lanzadores de dardos, tanto griegos como bárbaros, así como de honderos, arqueros y todo el correspondiente equipamiento.

De momento los siracusanos y sus aliados fueron presa de una no pequeña consternación y se preguntaban si acabarían por librarse alguna vez de aquel peligro, pues veían que a pesar de la fortificación de Decelia acababa de llegar un nuevo ejército igual o poco menos al anterior, y que el poderío de Atenas aparecía como algo enorme por doquier. En cambio las fuerzas atenienses enviadas al comienzo recuperaron su moral, después de sus recientes desventuras.

Por su parte Demóstenes, en cuanto vio cuál era la situación, se percató de que no había tiempo que perder ni exponerse a los riesgos que corrió Nicias (en efecto cuando llegó Nicias resultó temible en un primer momento, pero más tarde fue objeto de desprecio al no atacar de inmediato Si-

---

[23] Se trata de gruesas y pesadas piezas de metal que al desplomarse sobre una nave que pasa por debajo le causan serios desperfectos.

racusa y haber pasado el invierno en Catania; y dio además tiempo a que se le anticipara Gilipo con su ejército, a quien los siracusanos ni siquiera hubieran mandado llamar, de haber atacado Nicias inmediatamente. Estos, en efecto, creyendo poder hacer frente por sí solos a la situación, sólo se hubieran percatado de su inferioridad después de haber quedado bloqueados, de modo que, aun en el caso de que hubieran reclamado tropas de refuerzo, éstas no les habrían sido de igual utilidad); reflexionando, pues, Demóstenes sobre estas cuestiones, y consciente de que también él resultaba particularmente temible al enemigo en este preciso momento del día de su llegada, quiso aprovechar cuanto antes el miedo que en la actualidad provocaba su ejército. Al ver que el muro transversal de los siracusanos, con el que éstos habían impedido que los atenienses les bloquearan por completo, era un muro sencillo, y que si uno se apoderaba de la salida hacia las Epípolas y del campamento instalado en ellas, fácilmente quedaría también el muro en su poder (ya que nadie estaría en condiciones de ofrecerles resistencia), tenía una prisa enorme por intentar esta empresa, y suponía que era ésta la manera más rápida de poner fin a la guerra, ya que, o bien en caso de éxito conquistaría Siracusa, o bien sacaría de allí al ejército, con lo que evitaría agotar en vano el cuerpo expedicionario ateniense y la ciudad entera. En los primeros momentos, pues, los atenienses hicieron algunas incursiones y saquearon el territorio siracusano en torno al Anapo, y recuperaron gracias a sus fuerzas terrestres y marítimas la supremacía de que antes gozaron, ya que los siracusanos no osaban responder a sus ataques en ningún frente, excepción hecha de la caballería y de los lanzadores de dardos que procedían del Olimpieo.

43. A continuación Demóstenes decidió antes que nada hacer una intentona con las máquinas sobre el muro transversal. Pero cuando las aproximó se las quemaron los enemigos, que se defendían desde lo alto del muro; además, el resto de las tropas, que atacaban por diversos puntos, también fueron rechazadas, por lo que le pareció que ya no podía demorarse más, así que tras convencer a Nicias y a los demás estrategos, dispuso el asalto a las Epípolas en conformidad con sus planes. Durante el día parecía imposible apro-

ximarse al muro y escalarlo sin ser vistos, dio órdenes por ello de tomar víveres para cinco días, así como a todos los albañiles y carpinteros, además del material necesario —armas arrojadizas y cualquier otra cosa que pudiera necesitar para continuar la construcción del muro, en caso de que tuvieran éxito— y a la hora del primer sueño se puso en marcha él mismo junto con Eurimedonte y Menandro al frente de todas las tropas en dirección a las Epípolas. En cambio Nicias se quedó en el recinto amurallado. Una vez que alcanzaron éstas por la zona de Eurielo (precisamente por donde había subido la vez anterior el primer ejército ateniense) burlando la vigilancia de la guarnición siracusana, prosiguieron el avance y se apoderaron del fuerte que los siracusanos tenían en aquel lugar, dando muerte a algunos soldados de guardia. Aunque la mayor parte de ellos corrieron a ponerse a salvo de inmediato en dirección a los campamentos (había allí tres, en la zona de vanguardia de las Epípolas: uno de los siracusanos, otro de los demás siciliotas y el tercero de los aliados). Estos informaron del ataque, tras haber dado también noticias del mismo a los seiscientos siracusanos que formaban la primera línea de vigilancia en esta zona de las Epípolas. Estos acudieron de inmediato en ayuda, y Demóstenes y los atenienses les salieron a su encuentro y los pusieron en fuga a pesar de que se defendían valerosamente. Continuaron de inmediato el avance a fin de conseguir, gracias al impulso que en aquel momento llevaban, no retrasarse en lograr los objetivos que habían sido el motivo de su ataque. Simultáneamente otras fuerzas suyas se apoderaron del muro transversal de los siracusanos, en vista de que los soldados de guardia no les oponían resistencia, y demolieron las almenas.

Entonces los siracusanos y sus aliados, al igual que Gilipo y sus hombres, acudieron en ayuda desde las fortificaciones de vanguardia. Pero como aquel golpe de audacia había tenido lugar durante la noche, y los había cogido de sorpresa, acometieron contra los atenienses sin haber salido de su espanto, y por ello se vieron obligados a retroceder y retirarse en un primer momento. Pero más tarde, cuando los atenienses se entregaron ya a avanzar en desorden, en tanto que se consideraban vencedores y querían abrirse camino cuanto

antes por entre medio de todas aquellas fuerzas enemigas que aún no habían entrado en combate (para evitar que, si ellos disminuían el ímpetu de su ataque, éstos se reagruparan de nuevo), los beocios les hicieron frente los primeros, y lanzándose sobre ellos les hicieron dar la vuelta y los pusieron en fuga.

44. A partir de estos momentos los atenienses se precipitaron en una situación de gran confusión y dificultad, tal que no me resultó fácil informarme con detalle ni por unos ni por otros, de qué modo se desarrollaron los acontecimientos. Durante el día, en efecto, éstos son más claros, y aun con todo y con eso los que asisten a ellos a duras penas conocen la situación en su conjunto, sino tan sólo cada cual lo que le afecta más de cerca; por tanto, en una batalla nocturna (y ésta fue la única que se produjo en el curso de esta guerra entre dos grandes ejércitos) ¿cómo podría saber nadie nada con exactitud? Había desde luego luna llena y se veían unos a otros como es normal verse a la luz de la luna: distinguían la silueta de una persona, pero era incierto el reconocimiento de los rasgos individuales. Por lo demás, el número de hoplitas de uno y otro bando que se revolvían en un espacio reducido era enorme. Entre los atenienses, unos ya estaban derrotados, mientras que otros aún continuaban, invictos, el avance del primer impulso. Una buena parte del resto del ejército o acababa de subir a las Epípolas o estaba aún subiendo, de modo que los soldados no sabían adónde debían dirigirse.

Efectivamente, las tropas de vanguardia, al haberse producido la desbandada, estaban en una total confusión, y resultaba difícil distinguirlos de los demás a causa del griterío. Por su parte, los siracusanos y sus aliados, considerándose ya vencedores, se daban ánimos a grandes gritos en vista de que resultaba imposible comunicarse durante la noche mediante ningún otro procedimiento, y al mismo tiempo resistían el ataque de los asaltantes.

Por su parte, los atenienses se buscaban unos a otros y tomaban por enemigo a cualquiera que viniera de la parte opuesta, aunque se tratara de alguno de los suyos que se retiraba huyendo. Y como se pedían constantemente y todos a la vez la contraseña (dado que no disponían de otro medio

para reconocerse) causaron una enorme confusión entre los suyos y dieron a conocer la contraseña al enemigo. En cambio no conocían la de los enemigos, dado que éstos (vencedores y menos dispersos) se conocían mejor. En consecuencia, si los atenienses se topaban siendo ellos superiores en número con un grupo de enemigos, éstos se les escapaban con gran facilidad, ya que conocían su contraseña; mientras que si ellos no contestaban, resultaban aniquilados. Pero lo que más les perjudicó —y no poco— fue el canto del peán, ya que al tratarse de un canto muy similar en ambos bandos causaba una gran desorientación. En efecto, cuando entonaban el peán los argivos, corcireos y otros pueblos dorios que iban en el bando ateniense infundían miedo a los propios atenienses, y lo mismo ocurría cuando eran los enemigos los que lo entonaban. Como consecuencia, y una vez que por doquier reinaba la confusión, caían unos sobre otros —amigos con amigos y ciudadanos con ciudadanos— por muchos puntos del campamento, y no sólo llegaron a asustarse, sino que pasaron a las manos y sólo a duras penas se separaban. Además, al verse perseguidos por el enemigo, muchos se mataban despeñándose por las quebradas, toda vez que el camino para descender de las Epípolas era muy estrecho. En cuanto a los que conseguían salvarse después de haber descendido de las alturas a la llanura, en su mayor parte (sobre todo los que pertenecían a la vanguardia de la expedición) gracias a su mejor conocimiento del territorio, lograron alcanzar refugio en el campamento; en cambio, de los que venían detrás hubo algunos que se equivocaron de camino y anduvieron errantes por el campo; cuando se hizo de día, la caballería siracusana les dio caza y los mató.

45. Al día siguiente los siracusanos erigieron dos trofeos, uno en las Epípolas, por donde había tenido lugar el ataque, y otro en el sitio por donde los beocios hicieron frente la primera vez al enemigo. Por su parte, los atenienses recuperaron a sus muertos en virtud de una tregua. Fueron no pocos los que murieron, tanto atenienses como de sus aliados, pero el número de armas que les capturaron fue aún muy superior al de los muertos, ya que muchos se vieron obligados a desprenderse de sus armas [y escudos] al saltar por las quebradas, y de ellos unos murieron, pero otros se salvaron.

46. Tras esto, los siracusanos de nuevo recobraron sus ánimos de antes, a la vista de este éxito tan inesperado, por lo que enviaron a Sicano con quince naves a la ciudad de Acragante, convulsionada por luchas intestinas, a fin de atraérsela a su bando, en caso de que fuera posible. Por su parte, Gilipo marchó por tierra otra vez a varias zonas de Sicilia para alistar nuevas tropas, pues concebía la esperanza de poder conquistar al asalto el recinto amurallado de los atenienses, una vez que la batalla de las Epípolas había tenido aquel desenlace.

47. Por su parte, los estrategos atenienses deliberaban acerca de las medidas a tomar ante el desastre sufrido y la completa desmoralización del ejército. En efecto, veían que sus intentonas no se coronaban con el éxito, y que los soldados soportaban cada vez peor su permanencia allí, pues se vieron abrumados por las enfermedades debido a dos circunstancias: por hallarse en la situación del año en que las enfermedades atacan más a los hombres y porque el lugar en que estaban acampados era pantanoso e insano; además y sobre todo porque la situación se les presentaba por completo desesperada. Así pues, Demóstenes creyó que no convenía continuar allí, sino que, de acuerdo con lo que habían sido sus planes se arriesgó a asaltar las Epípolas; ahora que había fracasado votaba por la retirada y por no demorarse más, ahora que todavía era posible cruzar el mar e imponerse al ejército enemigo, merced al menos a las naves recién llegadas. Sostenía además la idea de que era más conveniente para la ciudad llevar la guerra contra aquéllos que se habían fortificado en su propio territorio que hacerlo contra los siracusanos, a quienes ya no resultaba fácil someter. Y tampoco era natural continuar gastando en un asedio inútil grandes sumas de dinero.

48. Este era el parecer de Demóstenes. Por su parte Nicias, aun estimando también él que su intención era crítica, no quería manifestar de palabra tal debilidad, ni que al votar públicamente ellos en un acto multitudinario la retirada se enterara de ello el enemigo, ya que en este caso resultaría mucho más difícil pasar desapercibidos en el momento en que decidieran partir. Además, la situación del enemigo, según las informaciones que en mayor medida que los demás

tenía, aún dejaba alimentar ciertas esperanzas de que se tornaría peor que la suya, en caso de que se mantuviera el asedio. Podían en efecto agotarles por falta de recursos financieros, y ello tanto más porque ahora disponían de una mayor superioridad naval, gracias a las nuevas naves.

Y todavía más: en Siracusa había una facción que quería entregar la ciudad a los atenienses, que le mandaba a él continuamente mensajes instándole a no levantar el cerco.

Aun disponiendo de toda esta información, en realidad vacilaba entre las dos alternativas sopesando la situación. Pero en las palabras que entonces pronunció se negó a retirar al ejército. Sabía, en efecto, perfectamente que los atenienses no habrían aceptado que los estrategos retiraran las tropas sin haberse decidido ello en la ciudad mediante votación [24]. Efectivamente, los ciudadanos que fueran llamados a enjuiciar la conducta de los estrategos no conocerían la situación por haberla visto directamente (como la habían visto ellos), sino por haber escuchado las críticas de otros: dejándose convencer por las calumnias de cualquiera que hablara elocuentemente. Afirmó además que muchos de los soldados ahora presentes en Sicilia —que eran los más— que andaban gritando que se encontraban en una situación desesperada, una vez de regreso en Atenas gritarían todo lo contrario, que los estrategos los habían traicionado y retirado de allí por dinero. De modo que, por su parte al menos, no deseaba (conociendo el natural carácter de los atenienses) morir por una calumnia vergonzante e injusta, sino que prefería —si era inevitable— sufrir eso mismo a manos de los enemigos, después de haber arrostrado por propia iniciativa los riesgos del combate.

Añadió, además, que a pesar de todo, la situación de los siracusanos era peor que la suya, ya que mantenían a sueldo unas tropas extranjeras, gastaban al mismo tiempo mucho dinero en las guarniciones de los fuertes, así como en equipar

[24] Es verdad que los estrategos habían partido a la expedición con plenos poderes en lo relativo al desarrollo de la guerra (cf. VI, 8), pero no parece que los recelos de Nicias carecieran por completo de fundamento, dado el carácter tan proclive de los atenienses (y en general —pensamos— del género humano) a buscar alguien a quien echar las culpas de cualquier contratiempo o infortunio.

desde hacía ya un año una gran flota; por lo cual no sólo se encontraban ya en apuros, sino que de seguir así les resultaría insostenible. En efecto, ya habían desembolsado dos mil talentos, y aún debían muchos más. Y si reducían una pequeña parte de sus actuales fuerzas por no poderlas mantener, el resultado sería desastroso, desde el momento en que dependían más de ayudas foráneas que del enrolamiento forzoso, como era el caso de las tropas atenienses. Así pues, concluyó, había que agotarlos continuando el asedio y no retirarse de allí derrotados por el dinero, cosa en la que ellos eran con mucho muy superiores.

49. Nicias, pues, expuso su opinión y la defendió con decisión, pues estaba bien informado de cuál era la situación en Siracusa, de la escasez de dinero de los siracusanos y de cuán importante era la facción que, deseando entregar la ciudad a los atenienses, mantenían tratos con él para evitar que levantara el asedio; y además estaba seguro de controlar la situación más que antes, al menos daba su superioridad naval.

Demóstenes en cambio, de ninguna de las maneras aceptaba la idea de proseguir el asedio. Y si no era posible retirar las tropas sin un decreto de los ciudadanos de Atenas, y había que permanecer allí [25], dijo que había que levantar el campamento y marchar a Tapso o a Catania, desde donde podrían hacer incursiones con las tropas de tierra por la mayor parte de la zona, sustentarse mediante el saqueo de las propiedades del enemigo y causarles daños; por otra parte, las naves plantarían así batalla en mar abierto y no en lugares angostos (circunstancia que favorecía más a los enemigos), sino en unos amplios (circunstancia en la que podía obtenerse ventajas de su superior experiencia naval), donde podrían efectuar retiradas y maniobras de ataque sin verse constreñidos a moverse desde una base próxima y de dimensiones reducidas.

En resumen, dijo que no le agradaba en absoluto permanecer en el mismo sitio, sino levantar el campamento lo más pronto posible y sin demorarse. También Eurimedonte dijo

[25] Admitimos la corrección de Krüger *(autoû)*, y no el acusativo de los manuscritos.

que estaba de acuerdo con él en esto. Pero como Nicias se les oponía, hubo dudas y vacilaciones, y al mismo tiempo surgió la sospecha de que Nicias insistía en su postura por saber alguna otra cosa. De este modo, los atenienses pospusieron la decisión y continuaron en la región.

50. Mientra tanto Gilipo y Sicano regresaron a Siracusa. Sicano había fracasado en su misión a Acragante (estando él aún en Gela, la facción filosiracusana fue expulsada de la ciudad). En cambio, Gilipo llegó al frente de numerosas tropas traídas de Sicilia, además de los hoplitas que habían sido enviados en primavera desde el Peloponeso en naves de carga, y que habían llegado a Selinunte desde Libia. En efecto, transportados por los vientos hasta las costas de Libia, los habitantes de Cirene les proporcionaron dos trirremes y un piloto para la travesía. Durante su viaje prestaron ayuda a los evesperitas [26], que sufrían un asedio por parte de los libios, a los que derrotaron; desde aquí costearon hasta Neápoli [27], un centro comercial cartaginés que es de donde Sicilia está menos distante (dos días y una noche de travesía), y desde este punto atravesaron el mar y llegaron a Selinunte.

Inmediatamente después de su llegada, los siracusanos comenzaron a hacer los preparativos para lanzar un nuevo ataque contra los atenienses, tanto por tierra como por mar. Por su parte, los estrategos atenienses, al ver que se había incorporado al enemigo un nuevo contingente, y que al mismo tiempo su situación no mejoraba, sino que cada día se les tornaba peor a todos, en especial dado que los hombres sufrían un estado de salud precario, se arrepintieron de no haber levantado antes el campamento.

Y como ni siquiera Nicias se oponía ahora (sino que se limitaba a decir que la decisión no se tomase en una votación pública) dieron instrucciones a todos, lo más discretamente que pudieron, de estar preparados a abandonar el campamento y zarpar con las naves tan pronto se diera la señal. Pero cuando, hechos ya todos los preparativos, se disponían

---

[26] La ciudad de Cirene era una colonia de Tera, que a su vez lo era de Esparta, de modo que resulta lógico el apoyo de Cirene a los hoplitas que procedían del Peloponeso y se encontraban ahora en apuros.

[27] Emplazamiento cerca de Cartago, se ha identificado con la actual Nabeul.

a partir, tuvo lugar un eclipse de luna[28] que en aquel momento se hallaba en plenilunio. La mayor parte de los atenienses, víctimas de los escrúpulos, pidieron a los estrategos el aplazamiento de la salida, y aun el propio Nicias (que era tremendamente sensible a la adivinación y otras prácticas semejantes) dijo que ni siquiera aceptaría discutir sobre la salida antes de que, de acuerdo con las indicaciones de los adivinos, transcurrieran tres veces nueve días. Esta fue la razón por la que los atenienses demoraron la salida, y permanecieron allí.

51. Los siracusanos, una vez informados de esto, se sintieron mucho más resueltos a no dar tregua a los atenienses, en cuanto que éstos mismos reconocían ya no ser superiores a ellos ni por mar ni por tierra (ya que en caso contrario no hubieran planeado la retirada), además de porque no querían que se asentaran en ninguna otra parte de Sicilia, donde les resultara más difícil combatirlos. Por el contrario, pretendían obligarlos a presentar batalla naval allí mismo, cuanto antes y en las condiciones que mejor los favorecieran a ellos mismos. En consecuencia, se dedicaron a equipar sus naves y a entrenarse durante los días que creyeron suficiente. Llegado el momento oportuno, se dedicaron a atacar durante el primer día las fortificaciones atenienses, y como un contingente poco numeroso de hoplitas y jinetes atenienses saliera por una puerta, aislaron a algunos de los hoplitas y tras haberlos obligado a replegarse se dedicaron a perseguirlos. Al ser muy estrecha la entrada, los atenienses perdieron setenta caballos y unos pocos hoplitas.

52. El ejército siracusano se retiró ya por este día, pero al siguiente salieron con las naves (que eran setenta y seis) y avanzaron al mismo tiempo con las fuerzas de tierra contra las fortificaciones. A su vez los atenienses se hicieron a la mar con ochenta y seis naves y una vez establecido contacto se entabló la batalla. Eurimedonte, que iba al frente del ala derecha ateniense con el propósito de envolver las naves enemigas, acercó sus tropas excesivamente a tierra; entonces, los siracusanos y sus aliados (que habían ya derrotado el centro de la línea ateniense) lo aislaron de los demás en

[28] Se fecha este eclipse en el 27 de agosto del año 413.

la cala más profunda del puerto, donde le dieron muerte, aniquilando también las naves que con él iban. A continuación, se dedicaron a perseguir a toda la flota ateniense, empujándola a tierra.

53. Entonces Gilipo, al ver que las naves del enemigo eran derrotadas y empujadas fuera de los límites de la estacada y del campamento ateniense, deseoso de aniquilar a los hombres que desembarcaban y permitir a los siracusanos remolcar más fácilmente las naves (al ser suya la costa), corrió en ayuda con una parte de sus efectivos en dirección al dique. Sin embargo, los tirrenos (que eran los que montaban allí guardia para los atenienses) al verlos avanzar en desorden, acudieron a su vez en auxilio y cayendo sobre los de vanguardia los pusieron en fuga y los rechazaron en dirección al pantano llamado Lisimelia. Sin embargo, más tarde, al presentarse los siracusanos y sus aliados con fuerzas más numerosas, los atenienses (temiendo por sus naves) acudieron en socorro de los suyos y les presentaron batalla. Resultando vencedores, los persiguieron y dieron muerte a unos pocos hoplitas; en cuanto a las naves, salvaron la mayor parte y las reunieron junto a su campamento. Por su parte, los siracusanos y sus aliados capturaron dieciocho y dieron muerte a toda su tripulación. Además, para incendiar las restantes llenaron de sarmientos y de ramas de pino secas una vieja nave de carga y la lanzaron contra ellas tras haberle prendido fuego —el viento, efectivamente, soplaba en dirección a los atenienses—. A su vez éstos, temiendo por sus naves, idearon un remedio para impedir la propagación del fuego, apagaron las llamas y evitando que la nave de carga se acercara conjuraron el peligro.

54. Después de esto, los siracusanos erigieron un trofeo por la batalla naval y por haber aislado a los hoplitas junto a las fortificaciones del interior, lo que les permitió apoderarse de los caballos; a su vez los atenienses erigieron otro por la derrota que los tirrenos habían infligido a la infantería, a la que persiguieron hasta el pantano, y por la que ellos mismos causaron al resto del ejército enemigo.

55. Como la victoria se había decantado ahora de manera brillante de parte de los siracusanos (y conseguida además con la escuadra, siendo así que hasta ahora temían a las

naves que habían venido con Demóstenes) los atenienses se encontraban en una situación de desánimo completo. Grande era su sorpresa y aún mayor era su arrepentimiento por haber iniciado la expedición. En efecto, de todas las ciudades que habían atacado, éstas eran las únicas que presentaban características similares a las de Atenas [29], se regían por un gobierno democrático y poseían naves, caballos y recursos en gran cantidad. Por tanto, se encontraban en la imposibilidad de imponerse a ellas, fuera provocando un cambio de régimen que al introducirles algún elemento de discordia les pudiera procurar un gobierno más favorable a ellos, fuera con la ayuda de una fuerza militar mucho mayor (ya que no habían obtenido más que fracasos en la mayoría de sus tentativas). Ya antes de estos últimos acontecimientos se encontraban en difícil situación, pero al ser ahora derrotada su escuadra (algo que no habrían creído posible) sus dificultades crecieron aún mucho más.

56. Los siracusanos, por su parte, al momento empezaron a maniobrar con sus naves por el puerto con total libertad, con la intención de bloquear su boca, para evitar que los atenienses, aunque quisieran, pudieran salir pasando desapercibidos. En efecto, ahora no se preocupaban sólo de su salvación, sino de impedírsela a los enemigos, pues pensaban —y era verdad— que en la situación actual su posición era mucho más ventajosa que la de aquéllos, y que si acertaban a rechazar a los atenienses y sus aliados por tierra y por mar, dicha empresa aparecería como algo grandioso a los ojos de los griegos. Todos los demás griegos, en efecto, recuperarían de inmediato la libertad o alejarían su temor (desde el momento en que el poderío que quedaría a los atenienses no les consentiría mantener la guerra que de inmediato se les echaría encima); por otra parte, ellos, por el hecho de que se les consideraría los responsables de la situación, serían merecedores de gran admiración ante los demás pueblos y ante la posteridad.

La empresa era meritoria tanto desde este punto de vista como por el hecho de que habían demostrado ser superio-

[29] En el libro VIII, 96, reaparece este paralelismo entre Atenas y las ciudades de Sicilia.

res no sólo a los atenienses, sino a sus numerosos aliados. Además se demostró que no estaban solos, sino que en unión de quienes habían venido en su ayuda, habían asumido junto a los corintios y los lacedemonios la dirección de una coalición en el seno de la cual habían expuesto a su ciudad en la primera línea del peligro, y habían realizado grandes progresos navales. En efecto, el número de pueblos que se congregaron en torno a esta única e importante ciudad fue el más alto, si se exceptúa la cifra global de los que se aliaron durante esta guerra al lado de atenienses y lacedemonios.

57. En efecto, los pueblos que vinieron y combatieron en Siracusa (ya contra Sicilia, ya por Sicilia: para ayudar a la conquista o a la defensa de la isla) fueron tan numerosos como sigue (y no se alinearon con unos ni con otros por razón de justicia o debido a su afinidad étnica, sino que lo hicieron a raíz de la situación en que cada cual se encontraba respecto a sus propios intererses o por verse constreñidos a ello): en primer lugar, los atenienses vinieron por su propia voluntad, en tanto que eran jonios, contra los siracusanos, que eran dorios. A su expedición se unieron algunos pueblos que hablaban su misma lengua y conservaban sus mismas instituciones, a saber, los lemnios, imbrios y eginetas (los que a la sazón ocupaban Egina) además de los hestieos, que habitaban la ciudad de Hestiea en Eubea; todos eran colonos de Atenas. En cuanto a los demás, unos participaron en la expedición en calidad de pueblos sometidos, o como aliados autónomos, y algunos otros incluso se enrolaron como mercenarios.

Entre los pueblos sometidos y obligados a tributo eran de Eubea los eretrieos, calcídeos, estireos y caristios; de las islas procedían los ceios, andrios y tenios; de Jonia los milesios, samios y quiotas. De entre estos últimos, los quiotas no estaban obligados a tributo, sino que les acompañaban como aliados autónomos, obligados a proporcionarles naves. Estos pueblos eran todos o casi todos jonios y descendientes de los atenienses, excepto los caristios (que son dríopes). Se trataba de pueblos que eran vasallos y estaban obligados a acompañarlos, y al menos eran jonios que iban contra unos dorios. A ellos se añadieron también algunos eolios: los de Metimna, que aun no sometidos al pago de tributos debían

aportar naves; los tenedios y los enios, que sí eran tributarios. Estos, que eran eolios, se vieron obligados a luchar contra otros eolios, a saber los beocios, sus fundadores, que se hallaban de parte de los siracusanos. Los plateenses, por su parte, fueron los únicos beocios que empuñaron las armas abiertamente contra los beocios, y no sin fundamento, debido a su odio. En cuanto a los rodios y a los citerenses (que eran dorios unos y otros) los citerenses, que eran colonos de los lacedemonios, empuñaron las armas junto a los atenienses contra los lacedemonios de Gilipo, mientras que los rodios, que eran de estirpe argiva, se veían obligados a combatir contra los siracusanos (que también eran dorios) y contra los de Gela, que eran colonos suyos y participaban en la guerra al lado de los siracusanos. De entre los que habitaban las islas en torno al Peloponeso, los cefalenios y zacintios acompañaron la expedición ateniense en calidad de aliados autónomos, aunque en realidad fue a causa de que eran isleños, siendo los atenienses dueños del mar. Y los corcirenses, que eran no sólo dorios sino claramente corintios, marcharon contra los corintios y siracusanos, siendo colonos de unos y parientes de los otros; formalmente lo hicieron obligados a ello, pero en realidad y no en menor medida por odio contra los corintios. También acudieron a participar en la guerra los que ahora se llaman mesenios, viniendo desde Naupacto y desde Pilos, que entonces estaba en poder de los atenienses. Además, unos pocos desterrados megarenses, a causa de su infortunio, se enfrentaron a los selinuntios, que a su vez también son megarenses.

La participación de los demás en la expedición fue en mayor medida voluntaria; en efecto, los argivos, que eran dorios, acompañaron a los atenienses, que eran jonios, no tanto por causa de una alianza cuanto por el odio que sentían contra los lacedemonios y para conseguir ventajas individuales de inmediato. Por su parte, los mantineos y demás arcadios lo hicieron en calidad de mercenarios, en cuanto que estaban habituados a marchar contra quienes en cada ocasión se les designaba como enemigos, y por ello en esta ocasión consideraron no menos enemigos, por su afán de lucro, a sus compatriotas arcadios, que habían venido en unión de los corintios. Los cretenses y los etolios lo hicieron atraí-

dos también por una soldada, aunque para los cretenses se dio la circunstancia de que, habiendo sido los fundadores de Gela en unión de los rodios, participaron en la guerra, por propia voluntad y en calidad de mercenarios, no del bando de sus colonos, sino contra ellos. Algunos acarnanios acudieron en ayuda de los atenienses por obtener algún beneficio y sobre todo por amistad hacia Demóstenes y por simpatías hacia los atenienses, sus aliados. Estos pueblos vivían en los límites del *golfo Jónico*.

De entre los italiotas participaron en la expedición los turios y metapontinos, que se vieron constreñidos a hacerlo a resultas de las luchas internas en que por entonces estaban envueltos. Entre los siciliotas, los naxios y los catanenses, y de los bárbaros, los egestenses (que fueron precisamente quienes los hicieron venir), así como la mayor parte de los sículos; finalmente, de entre los pueblos de fuera de Sicilia, algunos tirrenos (a causa de sus divergencias con los siracusanos) y algunos yapigios en calidad de mercenarios. Todos estos fueron los pueblos que participaron en la guerra al lado de los atenienses.

58. Por otra parte, acudieron en ayuda de los siracusanos los habitantes de Camarina, que eran sus vecinos; los gelenses, que habitan a continuación. Más tarde, al permanecer neutrales los acragantinos, se incorporaron los selinuntios, asentados más adelante. Tales fueron los pueblos que habitan la zona de Sicilia orientada hacia Libia; de la parte que mira al mar Tirreno se incorporaron los himerenses, que son los únicos griegos de la zona y los únicos que acudieron desde allí en ayuda. Tales son los pueblos griegos de Sicilia, todos dorios y autónomos, que combatieron del lado siracusano. De entre los bárbaros, sólo lo hicieron los sículos, que no se pasaron a los atenienses. En cuanto a los griegos de fuera de Sicilia, acudieron los lacedemonios, que proporcionaron un comandante espartano[30], así como un contingente de hilotas y neodamodes [el término neodamodes

---

[30] Se trata de Gilipo. Por otra parte, la explicación del significado del término «neodamodes» debe considerarse una glosa incorporada al texto, toda vez que dicho término ya ha sido utilizado con anterioridad por Tucídides en el libro V, 34.

significa «ser ya libre»]; también los corintios, que fueron los únicos que acudieron con naves y tropas de infantería, así como los leucadios y ampraciotas, por razón de su afinidad étnica; de Arcadia acudieron mercenarios enviados por los corintios; también los sicionios, que participaron en la guerra obligados a hacerlo, y finalmente, de entre los pueblos de fuera del Peloponeso, los beocios.

En relación con los que acudieron de fuera, los sicilianos aportaron contingentes de tropas superiores en todos los aspectos, de acuerdo con lo que cabía esperar al tratarse de pueblos que habitaban importantes ciudades. En efecto, se reunieron numerosos hoplitas, naves y caballos, así como un gran número de tropas de otras clases. A su vez, los siracusanos fueron los que aportaron —por así decir— más tropas que todos los demás juntos, y ello tanto a causa de la importancia de su ciudad como por el hecho de que corrían el mayor peligro.

59. Tales fueron exactamente las tropas que se unieron en ayuda de cada uno de los dos bandos. En este momento, cada uno de los dos contendientes disponía ya de todas ellas y a ninguno de ellos les llegaron ya nuevos refuerzos.

Así pues, los siracusanos y sus aliados pensaron entonces con razón que sería una bella hazaña por su parte (tras la victoria naval que habían conseguido) hacer prisionero a la totalidad del ejército ateniense, con todo lo numeroso que era, y no consentirle ninguna escapatoria ni por mar ni por tierra. Por tanto, bloquearon de inmediato el Gran Puerto, cuya embocadura es de aproximadamente ocho estadios[31] con trirremes atravesadas, naves de transporte y barcos puestos al ancla. Efectuaron además toda suerte de preparativos para el caso de que los atenienses se atrevieran a presentar combate naval. Y en nada de lo que planeaban había nada que no fuera grande.

60. Por su parte, los atenienses, al percatarse del bloqueo del puerto y de los planes del enemigo, estimaron oportuno deliberar sobre la situación. Se reunieron los estrategos y los taxiarcos a la vista de las diversas dificultades presentes y en especial a causa de la carencia de víveres en aquellos

[31] Algo más de un kilómetro.

momentos (estando, en efecto, a punto de zarpar habían enviado hacía poco un mensaje a Catania pidiendo que no se los mandaran); y tampoco cabía esperar que los pudieran lograr de inmediato, a menos que se hicieran con el control del mar, por lo que decidieron abandonar las fortificaciones de la zona alta, aislar un espacio de lo más próximo posible a las naves, que fuera reducido y suficiente para acoger la impedimenta y los enfermos, y fortificarlo a continuación. Y con el resto de las tropas de tierra equipar todas las naves (tanto las aún en servicio como las inutilizadas) haciendo embarcar en ellas a todo el mundo. Una vez presentada una batalla naval decisiva, en caso de salir vencedores, marcharían a Catania, y en caso contrario, prenderían fuego a las naves y se retirarían ordenadamente a pie por donde pudieran encontrar cuanto antes una localidad bárbara o griega que fuese amiga.

Así que, como les pareció esto lo mejor, lo pusieron en práctica. Descendieron sigilosamente y sin ser vistos desde las fortificaciones de la zona alta y equiparon todas las naves, obligando a embarcarse a todo aquel que, hallándose en edad militar, parecía apto para cualquier servicio. En total equiparon unas ciento diez naves, en las que hicieron embarcar a muchos arqueros y lanzadores de dardos acarnanios y otros extranjeros. Se procuraron además cuanto era necesario, dentro de los límites que les posibilitaba su indigente situación y la ambición de sus planes. Por su parte Nicias, una vez que la mayor parte de los preparativos estuvieron listos, viendo que los soldados estaban muy desanimados por haber sufrido (contra lo que era habitual) una derrota con las naves, y que deseaban afrontar cuanto antes el riesgo decisivo por causa de la escasez de víveres, reunió a todos, y les comenzó a dar ánimos diciéndoles lo que sigue:

61. *«¡Soldados de Atenas y de las demás ciudades aliadas!: el combate que se avecina supondrá para todos por igual una misma cosa, tanto para cada uno de nosotros como para los enemigos: la salvación y la propia patria. En efecto, si ahora vencemos con nuestras naves, cabrá a cada uno de nosotros volver a ver su propia patria. Y no hay que estar desanimados ni debéis comportaros como los hombres más inexpertos, los cuales cuando han fracasado en los pri-*

meros intentos, conservan ya para siempre un estado de expectante temor, semejante a la desgracia sufrida. Por el contrario, cuantos atenienses estáis aquí presentes, expertos ya en muchas batallas, y cuantos sois aliados, que habéis participado siempre en nuestras expediciones, acordaos de las sorpresas que se presentan en la guerra. Confiando en que tal vez la fortuna se ponga de nuestra parte, disponeos a librar este nuevo combate de una manera que sea digna a este contingente de soldados que vosotros mismos estáis viendo con vuestros ojos.

62. *Los remedios que hemos visto pueden servir de ayuda ante la previsible confusión de naves, dada la estrechez del puerto, y ante los dispositivos que el enemigo ha colocado sobre los puentes de sus barcos (que son los elementos que mayor daño nos han causado anteriormente) han sido íntegramente adoptados ahora por nosotros (en la medida de nuestras actuales posibilidades) tras haber consultado con los pilotos. En efecto, subirán a bordo numerosos arqueros, lanzadores de dardos y gran número de soldados, a quienes no recurriríamos si el combate naval se fuera a celebrar en mar abierto, a fin de no obstaculizar con el exceso de peso la habilidad de nuestra experiencia marinera; en cambio, nos resultarán de máxima utilidad en el combate de infantería que nos vemos constreñidos a librar aquí a bordo de las naves. Por lo demás, hemos ideado cuanto es preciso para replicar con la construcción de nuestras naves, y más en particualr en lo concerniente al reforzamiento de las «epotides» enemigas (que es lo que más daño nos causó). Se trata de «manos de hierro» que una vez arrojadas sobre la nave asaltante le impedirán que retroceda, si los soldados de a bordo aciertan a hacer lo que en tales ocasiones se les encomienda. En efecto, nos vemos obligados a librar sobre las naves un combate terrestre, y lo que más conveniente parece es que ni nosotros ciemos ni consintamos que lo haga el enemigo, sobre todo por el hecho de que la costa, excepto el tramo ocupado por nuestras tropas de tierra, nos será hostil.*

63. *Preciso es que acordándoos de todo esto, combatáis hasta el límite de vuestras fuerzas y no os dejéis empujar hacia la costa, sino que cuando una nave embista a otra, de-*

béis estar decididos a no soltar la presa hasta haber desalojado del puente enemigo a todos los hoplitas. Hago estas exhortaciones no menos a los hoplitas que a los marineros, en cuanto que es tarea más propia de los hombres de cubierta. Y resulta a favor nuestro el hecho de que al menos por ahora nuestra infantería logra imponerse la mayoría de las veces. Por otra parte, a los marineros les exhorto y al mismo tiempo les ruego que no estén excesivamente abatidos por las desgracias precedentes, ya que ahora disponen de mejores preparativos en los puentes y de mayor número de naves; pensad además que merece la pena que preservéis aquel placentero sentimiento de ser considerados atenienses (aunque no lo fuerais)[32] *debido al conocimiento de nuestra lengua y a la imitación de nuestro comportamiento, de resultas de lo cual erais admirados en toda Grecia, y participabais no menos que nosotros de las ventajas derivadas de nuestro imperio, tanto por lo que respecta al miedo que inspiráis a nuestros vasallos, como porque vuestros derechos no son conculcados. En consecuencia, ya que sois los únicos que libremente participáis de nuestro imperio, comportaos ahora como es justo y no lo traicionéis. Mostrad desprecio por los corintios (a quien tantas veces habéis vencido) y por los sicilianos, ninguno de los cuales osó hacernos frente mientras nuestra flota estuvo en pleno esplendor; rechazadlos y demostradles que a pesar de la situación de debilidad y de la mala fortuna vuestro conocimiento es superior a la fuerza de otros, aunque la fortuna les sonría.*

64. *Y a quienes de entre vosotros sois atenienses, os recuerdo de nuevo otra vez que no habéis dejado tras vosotros en las dársenas otras naves semejantes a éstas, ni a otros hoplitas en edad militar, y que si ocurre otra cosa distinta a la victoria, nuestros enemigos de aquí se dirigirán de inmediato allá, mientras que nuestros conciudadanos en Atenas no podrán defenderse de los enemigos de allí ni de los nuevos atacantes. De modo que vosotros caeríais de inme-*

---

[32] Se deduce de este pasaje que la tripulación de las naves que componían la expedición a Sicilia no estaba formada por ciudadanos atenienses. Debía de tratarse de metecos o extranjeros residentes en Atenas, asimilados en gran medida a la lengua y las costumbres de la ciudad.

diato en poder de los siracusanos (y bien sabéis con qué intenciones vinisteis contra ellos), mientras que los de Atenas quedarán a merced de los lacedemonios. En consecuencia, ya que os halláis empeñados en esta prueba que vale por sí sola para ambas causas, manteneos con mayor valor que nunca y convenceos, cada uno individualmente y todos en conjunto, que aquellos de vosotros que vais a embarcar ahora en las naves representa al mismo tiempo para los atenienses sus fuerzas de tierra y su escuadra; cuanto aún queda de la ciudad y la gran fama de Atenas. En defensa de todo lo cual, si alguien aventaja a otro en conocimiento o en valor, nunca podría encontrar una mejor ocasión de demostrarlo, siendo útil a la vez a sí mismo y en pro de la salvación de todos.»

65. Tras haberles exhortado de esta manera, Nicias ordenó de inmediato embarcarse. Gilipo y los siracusanos por su parte, al ver los preparativos, podían darse cuenta de que los atenienses se disponían a combatir por mar. Y como les habían informado previamente de que el enemigo arrojaría las «manos de hierro», dispusieron una a una las contramedidas necesarias y más en particular contra este dispositivo. En efecto, forraron con pieles las proas y las amuras de las naves, a fin de que las «manos» resbalaran sin hacer presa al ser lanzadas. Una vez que todo estuvo preparado, Gilipo y los estrategos exhortaron a sus hombres, hablándoles así:

66. *«Que las hazañas ya realizadas son gloriosas, y que la inmediata batalla se librará por futuras glorias, oh siracusanos y aliados, me parece que ya lo sabéis la mayor parte de vosotros (pues en caso contrario no lo habríais buscado con tanto celo); sin embargo, si alguno no se ha percatado de ello suficientemente, lo explicaré. Los atenienses han venido a este país para esclavizar en primer lugar Sicilia, y luego, en caso de tener éxito, incluso el Peloponeso y el resto de Grecia, siendo ya dueños del mayor imperio que un pueblo griego jamás haya tenido, tanto en el pasado como en la actualidad. Pues bien, vosotros habéis sido los primeros de todos en hacer frente a su flota —con cuya ayuda conquistaron todo— y los habéis derrotado ya en combate naval, y es verosímil que los derrotéis en el de ahora.*

En efecto, cuando los hombres sufren un revés en aquello

que creen ser superiores, la opinión que de sí mismos les queda resulta más debilitada de lo que sería si antes no se hubieran considerado superiores. Defraudados contra toda expectativa en su orgullo, se desaniman mucho más de lo que corresponde a su poderío real. Y esto es lo que verosímilmente les ha pasado ahora a los atenienses.

67. *En cuanto a nuestra anterior confianza, gracias a la cual y aunque carentes de conocimientos náuticos tuvimos una osadía tal, se ve ahora redoblada en cada uno desde el momento en que a ella se añade la convicción de ser los más fuertes, si es verdad que hemos derrotado a los más fuertes. En general, ante cualquier empresa la mayor esperanza infunde en los ánimos el mayor valor.*

Y en cuanto a que hayan imitado nuestros preparativos de guerra, resultan familiares a nuestro modo de combatir, y no estaremos desprevenidos ante ninguno de ellos; mientras que por su parte el enemigo, al disponer contra toda costumbre una gran cantidad de hoplitas y de lanzadores de dardos en los puentes, es decir, gente de tierra como son los acarnanios y otros, que ni siquiera sabrán qué posición tienen que adoptar para poder disparar sus proyectiles, ¿cómo no van a poner en peligro sus propias naves y producir el mayor desconcierto al no poderse mover en la manera en que suelen hacerlo? Además, tampoco obtendrán ventaja del mayor número de naves —si es que alguno de vosotros siente miedo al tener que combatir con fuerzas navales superiores—. En efecto, tantas naves en un reducido espacio serán muy lentas en maniobrar como quieren y en cambio resultarán fácilmente dañadas por los dispositivos que hemos adoptado.

Conoced la más auténtica verdad, a partir de cuanto creemos saber de fuentes bien seguras: abrumados por las desgracias y obligados por los apuros en que se encuentran han tomado la desesperada resolución (confiando menos en los medios de que disponen que en la suerte) de arriesgarlo todo y sea como sea en una batalla decisiva, a fin de, o romper el bloqueo y retirarse por mar, o tras haber intentado esto, efectuar la retirada por tierra, en cuanto que están convencidos de que no podrán encontrarse en situación peor que en la presente.

68. *Lancémonos furiosamente contra una tal situación de desorden y contra la fortuna —que a sí misma se ha traicionado— de nuestros peores enemigos. Pensemos que es perfectamente legítimo el comportamiento de quienes (tratándose de enemigos) sacian la indignación de sus ánimos castigando al agresor, además de que vamos a poder vengarnos del enemigo, lo cual es —según se dice— el más dulce de los placeres. Y que ellos son enemigos nuestros —y aun los peores— es algo que sabéis todos. Vinieron a nuestra tierra para esclavizarla, y si hubieran tenido éxito, habrían infligido a los hombres el más duro trato, a los niños y a las mujeres los más graves ultrajes y a la ciudad entera la más afrentosa denominación. Y es por ello por lo que nadie debe ablandarse ni considerar ventajoso el que se marchen con tal de que no corramos peligro, pues ellos harán eso mismo, en el caso de que se impongan. Por el contrario, si conseguimos —como es verosímil— lo que deseamos, a saber, que el enemigo reciba un castigo y que devolvamos a toda Sicilia una libertad más segura que la que ya antes disfrutaba, ello será una bella hazaña. Y en cuanto a los peligros, son más escasos aquellos que originan los menores daños en caso de fracasar y grandes ventajas cuando se tiene éxito.»*

69. Los estrategos siracusanos y Gilipo, después de que también ellos exhortaran en parecidos términos a sus propios soldados, comenzaron a embarcar sus hombres tan pronto vieron que los atenienses hacían otro tanto. Por su parte Nicias, desanimado ante la situación presente, y viendo la magnitud e inminencia del peligro que se les venía encima (puesto que se hallaban ya a punto de hacerse a la mar) pensó (como suele ocurrir en las grandes ocasiones) que todo lo que hasta entonces se había hecho era insuficiente, y que aún quedaban algunas advertencias que decirles; de nuevo, pues, se dirigió a cada uno de los trierarcos, llamándoles además de por su nombre por el nombre de su padre y el de su tribu. Pedía a cada uno de ellos, cuando podían jactarse de alguna hazaña personal, que no traicionaran la fama adquirida, y cuando podían contar con algún antepasado ilustre, que no oscurecieran esta reputación; les traía también a la memoria los recuerdos de su patria, la ciudad más libre de todas, y la absoluta libertad con que en ella vivía

todo el mundo su vida diaria, añadiendo todas aquellas exhortaciones que suelen hacer los hombres cuando se encuentran en una coyuntura semejante, sin preocuparse de estar dando la impresión de que dice tópicos comunes y casi idénticos en todo (referencias a las mujeres, los niños y los dioses patrios), sino que las exponen porque les parecen que son útiles ante la presente situación de desánimo.

Tras haber hecho estas exhortaciones, que él estimaba más necesarias que adecuadas, se retiró y condujo las tropas de tierra junto al mar, situándola a lo largo de la orilla de manera que ocuparan el mayor espacio posible, a fin de contribuir a levantar la moral de los que iban en las naves. Mientras tanto, Demóstenes, Menandro y Eutidemo (fueron éstos, en efecto, los que embarcaron como estrategos de las naves atenienses) zarparon de su emplazamiento y pusieron de inmediato rumbo a la barrera del puerto y al paso libre que se había dejado en él, con la intención de abrirse camino hacia el exterior por la fuerza.

70. Pero los siracusanos y sus aliados se habían puesto ya en movimiento con un número de naves similar al de antes y montaban guardia con una parte de ellas en la salida del puerto, y con otras, dispuestas en círculo, en las restantes partes del puerto, a fin de caer sobre los atenienses simultáneamente por todos lados. Por su parte, el ejército de tierra acudía a auxiliar a las naves allá donde éstas se acercaban a la costa. Al frente de la escuadra siracusana iban Sicano y Agatarco, ocupando cada uno el flanco de la formación, mientras que Pitén y los corintios formaban en el centro. Cuando el resto de los atenienses establecieron contacto con la barrera, derrotaron en un primer ataque a las naves que allí estaban para defenderlo e intentaron romper las cadenas. Más tarde, sin embargo, como los siracusanos y sus aliados cayeran sobre ellos desde todos lados, la batalla ya no se limitó a la zona de la barrera, sino que se libró en el interior del puerto, y fue de tal violencia cual ninguna otra de las precedentes. Grande, en efecto, era el ardor bélico de los marineros en una y otra formación por lanzarse al ataque cuando se les ordenaba, y grande también la recíproca rivalidad de los pilotos en contramaniobrar. Por su parte, la infantería de a bordo prestaban atención, cuando una nave

abordaba a otra, para que el comportamiento de la gente del puente no desmereciera de la habilidad náutica de la restante tripulación. En general, cada cual se interesaba por sobresalir en el cometido que se le había asignado. Por otra parte, como fueran muchas las naves que combatieron en un espacio muy reducido (de hecho se trató del mayor número de ellas librando batalla en el espacio más reducido, pues faltaron muy pocas para llegar a doscientas)[33] los ataques frontales no eran frecuentes, pues no resultaba posible retirarse ni maniobrar rompiendo las líneas enemigas, en cambio sí abundaban las colisiones, como ocurría cuando una nave bien porque huyera o porque persiguiera a otra se cruzaba en el camino de una tercera.

Y mientras una nave se dirigía a embestir a otra, los que estaban sobre el puente de ésta lanzaban sobre la otra incesantemente dardos, flechas y piedras; y una vez que entraban en contacto, los soldados embarcados acudían al cuerpo a cuerpo, intentando pasar unos y otros a la nave del enemigo. Con frecuencia ocurría que a causa de la falta de espacio una nave abordaba a otra y a su vez ella misma era abordada por otra, y así dos o más naves se veían obligadas a permanecer unidas a una misma. Los pilotos debían por consiguiente preocuparse no sólo de ponerse en guardia respecto a unas naves, sino atacar simultáneamente a otras (y no de vez en cuando en un punto concreto, sino continuamente y por doquier). Al propio tiempo el estruendo del entrechocar de muchas naves producía miedo e impedía también oir las órdenes de los cómitres. En efecto, múltiples eran las exhortaciones y el griterío de los cómitres de uno y otro bando, tanto por las maniobras como por su actual afán de vencer. A los atenienses les daban gritos de que forzaran la salida, y de que era ahora —o nunca— cuando debían buscar con toda decisión la salvación, que no era otra cosa que poder regresar a la patria; a su vez, a los siracusanos y sus aliados les deban gritos de que sería una bella hazaña impedir que el enemigo se pusiera a salvo huyendo, y enaltecer la patria de cada uno con una victoria. Y los estra-

[33] De ellas eran 110 atenienses, según se nos ha dicho en el capítulo 60, y más de 70 del bando siracusano.

tegos de uno y otro bando, tan pronto veían que alguna nave retrocedía sin motivo, llamaban por su nombre al trierarco y le preguntaban, los atenienses, si se retiraba por considerar aquella tierra, la tierra de sus peores enemigos, más familiar que el mar, conquistado a costa de no pocos esfuerzos; y los siracusanos, a su vez, si es que huían de unos enemigos ya puestos en fuga, es decir, de los atenienses, de quienes les constaba con toda certeza que no deseaban otra cosa que ponerse a salvo huyendo.

71. Mientras tanto el ejército de tierra de uno y otro bando, desde el momento en que la batalla naval se mostraba indecisa, mantenían una gran tensión de ánimo y ansiedad; los siracusanos deseando coronar en este día su triunfo, mientras que los *invasores temían* llegarse a encontrar en una situación aún peor que la presente. Dado que todas las esperanzas de los atenienses se basaban en su flota, sus temores sobre el futuro eran superiores a cualquier cosa, y como la fortuna con las armas era desigual de un sitio a otro, también resultaba forzosamente desigual la impresión que desde tierra se forjaban los espectadores. En efecto, como el teatro de operaciones estaba muy próximo y no todos miraban simultáneamente al mismo sitio, si algunos veían que los suyos llevaban las de ganar en alguna parte recobraban el ánimo y se ponían a invocar a los dioses para que no les privaran de alcanzar la salvación; en cambio, aquellos que dirigían su atención a un punto en el que los suyos llevaban la peor parte, se entregaban a grandes lamentos y gritos, y en calidad de simples espectadores de cuanto ocurría, se desmoralizaban aún más que los propios combatientes. Aun otros, que dirigían sus ojos hacia un lugar donde la batalla se presentaba indecisa porque la contienda se prolongaba sin llegar a un resultado, vivían en la mayor angustia, moviendo el cuerpo, llenos de miedo, de acuerdo con sus sentimientos; en efecto, constantemente se veían a punto de conseguir la salvación y a punto de perecer. Mientras la batalla estuvo indecisa se podía oír de todo en el ejército ateniense: lamentos, voces, gritos de victoria, de derrota, y toda suerte de voces de toda clase, como las que se ve obligado a emitir un gran ejército en una situación de máximo peligro. Sentimientos análogos a éstos experimentaban los hombres que

estaban en las naves, hasta que al final los siracusanos y sus aliados (después de que la batalla se hubiera prolongado enormemente) hicieron huir a los atenienses, persiguiéndolos con la mayor decisión, y dando grandes gritos de ánimo fueron tras ellos hasta la orilla. Entonces, la totalidad de las fuerzas navales (excepción hecha de las que fueron capturadas en alta mar) fueron empujadas hacia tierra, aquí o allá, y sus tripulantes se precipitaron en dirección al campamento. Por su parte, el ejército de tierra, cesando ahora en su disparidad de ánimo y todos a una, se pusieron a gemir y a lamentarse, desesperados por completo ante lo que sucedía. Unos se echaron a correr en dirección a las naves para auxiliarles; otros en dirección a los restos de fortificación, con el fin de guardarla; mientras finalmente otros —precisamente el grupo más numeroso— no pensaban ahora más que en sí mismos y en el modo de poder salvarse. Se originó entonces un pánico no inferior al de ninguna otra ocasión. Se encontraron en una situación análoga a la que ellos mismos habían provocado en Pilos. En efecto, al haber perdido sus naves, los lacedemonios habían perdido también a los soldados que habían cruzado a la isla; de igual modo ahora los atenienses habían abandonado toda esperanza de salvarse por tierra, a menos que ocurriera alguna cosa extraordinaria.

72. Una vez librada esta violenta batalla naval en la que se perdieron gran número de naves y de hombres en uno y otro bando, los siracusanos y sus aliados, que resultaron vencedores, recogieron los pecios y sus muertos y poniendo rumbo a la ciudad erigieron un trofeo. Los atenienses, en cambio, consternados ante la presente desgracia ni siquiera se preocuparon de solicitar permiso para recoger sus muertos ni sus pecios, sino que decidieron emprender la retirada de inmediato aquella misma noche. Demóstenes, sin embargo, se dirigió a Nicias y le comunicó su plan de equipar de nuevo las naves que quedaban y forzar, si resultaba posible, la salida al amanecer, afirmando que el número de naves útiles que les quedaban a ellos era superior a las enemigas; en efecto, los atenienses aún tenían unas sesenta y los enemigos menos de cincuenta. Sin embargo, aunque Nicias se mostró de acuerdo con el plan y ambos eran partidarios de efectuar el embarco, los marineros no quisieron embarcar, pues

se hallaban abatidos por la derrota y pensaban que jamás podrían obtener la victoria.

73. Desde este momento, todos estuvieron de acuerdo en emprender la retirada por tierra. Pero el siracusano Hermócrates, sospechando los planes del enemigo, consideró de suma gravedad que un ejército enemigo tan importante (después de haberse retirado por tierra e instalarse en cualquier zona de Sicilia) se decidiera de nuevo a hacerles la guerra; se presentó, pues, ante las autoridades para comunicarles —y con ello no hacían más que exponerles su opinión— que no debían consentir que el enemigo se retirara durante la noche, sino que todos los siracusanos y aliados debían salir de inmediato a bloquear los caminos y, anticipándose al enemigo, apoderarse de los parajes donde existían pasos angostos. Los magistrados se mostraron de acuerdo con él en todo esto y pensaban que había que actuar así, aunque creían que no iba a resultar fácil hacer que los soldados (exultantes ahora por haber puesto fin hacía poco a una batalla tan importante) obedecieran, al hallarse celebrando además una fiesta (pues se daba también la circunstancia de que en ese día ofrecían un sacrificio a Heracles). En efecto, la mayoría de los soldados se habían dado a la bebida en el transcurso de la fiesta, en medio de la gran alegría de la victoria, por lo que cabía esperar convencerles de hacer cualquier cosa menos empuñar las armas en aquel momento y salir a campaña.

A los magistrados, tras hacerse estas reflexiones, la situación les parecía inviable. Entonces, Hermócrates, que no lograba convencerles, recurrió por sí mismo a la siguiente estratagema, ante el temor de que los atenienses se anticiparan durante la noche a atravesar tranquilamente las zonas más difíciles: al atarceder, envió a algunos de sus amigos personales acompañados de algunos jinetes al campamento de los atenienses. Avanzaron éstos hasta llegar a una distancia desde la que pudieran ser oídos y empezaron a llamar a unos, como si fueran confidentes de los atenienses (Nicias contaba, efectivamente, con algunos informadores que le daban noticias de cuanto ocurría en la ciudad) y les dijeron que comunicaran a Nicias que no sacara durante la noche el ejército, ya que los siracusanos montaban guardia en los ca-

minos, sino que se retiraran de día, tras haber dispuesto tranquilamente los preparativos. Dicho lo cual, los comisionarios se retiraron, mientras que los que recogieron el mensaje pasaron la información a los estrategos atenienses.

74. Estos, consecuentemente con la información, demoraron la partida esa noche, sin sospechar que se trataba de un engaño. Además, dado que en cualquier caso no se habían puesto en marcha inmediatamente, decidieron esperar también el día siguiente a fin de que los soldados tomaran consigo, en la medida de lo posible, sus pertrechos de mayor utilidad; dejar allí todo lo demás, llevarse sólo las provisiones necesarias para la subsistencia y ponerse en marcha.

Entre tanto los siracusanos y Gilipo se anticiparon a salir con tropas de tierra a bloquear los caminos de la zona por donde previsiblemente iban a pasar los atenienses, montaron guardia en los vados de los torrentes y de los ríos y tomaron posiciones en los lugares que les parecían más oportunos para escapar y cerrar el paso al ejército enemigo. Por otra parte, se acercaron con sus naves a las de los atenienses y las remolcaron lejos de la playa. Los atenienses habían prendido fuego a unas pocas, de acuerdo con sus planes; en cuanto a las demás, los siracusanos las remolcaron hasta la ciudad (echándoles unos cables según donde cada una había ido a parar) con toda tranquilidad y sin que nadie se lo impidiera.

75. A continuación, una vez que Nicias y Demóstenes creyeron que los preparativos ya estaban convenientemente dispuestos, tuvo lugar la partida del ejército, al día tercero después de la batalla naval. Se trataba de algo horrible no sólo desde el punto de vista de que debían retirarse tras haber perdido las naves y en vez de con las grandes esperanzas anteriores, sometidos a peligros que les amenzaban no sólo a ellos mismos, sino a su ciudad; además, al abandonar el campamento tuvieron que contemplar un espectáculo doloroso para sus ojos y su ánimo. En efecto, como los cadáveres no habían recibido sepultura, cuando alguien veía el de uno de sus compañeros tirado por tierra, quedaba preso de una mezcla de pena y de temor; mientras que los que quedaban abandonados vivos por estar heridos o enfermos, eran motivo de aflicción mayor par los supervivientes, y más desgra-

ciados que los que habían muerto. Entregándose a súplicas y lamentos creaban grandes apuros; les pedían que los llevaran consigo, llamándoles a cada uno por su nombre cuando veían pasar a algún camarada o pariente. Se colgaban de sus compañeros de tienda cuando éstos emprendían ya la marcha, y les seguían todo el tiempo que podían; y si a alguno le fallaban las fuerzas por su estado físico, quedaba abandonado no sin múltiples invocaciones a los dioses en medio de lamentos. En consecuencia, la totalidad del ejército se vio en un mar de lágrimas y en una situación de incertidumbre tal que no era fácil decidir la partida (aunque se trataba de salir de un territorio enemigo y después de haber sufrido y tener expectativas de sufrir en el incierto futuro desgracias más que dignas de lágrimas). Grande era el sentimiento de vergüenza y también de autocensura. Semejaban, en efecto, una ciudad expoliada que intentara poco a poco huir —ciudad, por cierto, nada pequeña, pues eran no menos de cuarenta mil hombres en total los que componían la marcha[34]—. Todos los miembros de la expedición llevaban consigo, en la medida de lo posible, cualquier cosa que pudiera resultarles útil e incluso los hoplitas y jinetes (en contra de la costumbre) llevaban sus propios víveres junto a sus armas, ya por falta de esclavos, ya por desconfiar de ellos (pues ya algunos se habían pasado al enemigo hacía tiempo y muchos más lo hacían por aquellas fechas). Sin embargo, no resultaba suficiente lo que llevaban, debido a que ya no había provisiones en el campamento. Por otra parte, el conjunto de sus penas (aunque se hallaba algún consuelo por el hecho de ser compartidas por muchos) no parecían fáciles de sobrellevar en la actualidad, especialmente al tener en mente la situación de esplendor y orgullo de que habían partido y el humillante final al que habían llegado.

En efecto, este fue el peor desastre jamás sobrevenido a un ejército griego, pues les ocurrió que, habiendo acudido aquí para esclavizar a otros, se retiraron temiendo sufrir ellos esto mismo; y en vez de las súplicas y peanes con que zarparon, regresaban en cambio en medio de clamores de sen-

[34] Deben contarse también, sin duda, los esclavos, acemileros, etc. Isócrates nos confirma (VIII, 86) dicha cifra.

tido contrario; no a bordo de las naves, sino a pie; confiando más en los hoplitas que en la flota. Sin embargo, todo esto, a la vista de la magnitud del peligro que sobre ellos pendía, les parecía llevadero.

76. En este momento, al ver Nicias el abatimiento de las tropas y el cambio producido en sus ánimos, recorría las filas dando ánimos y reconfortándoles en la medida de lo posible. Con su mejor intención, gritaba aún más fuerte que antes a las tropas por las que pasaba y alzaba la voz deseoso de alcanzar más lejos y serles de alguna utilidad.

77. *«Incluso en las presentes circunstancias, atenienses y aliados, hay que mantener esperanzas (pues ya ha habido quienes se han salvado de situaciones peores incluso que ésta) y no reprocharos en exceso a vosotros mismos ni las desgracias que hemos sufrido ni estos inmerecidos sufrimientos de ahora. También yo, que a ninguno de vosotros aventajo en fuerza física (veis, en efecto, cómo me encuentro a causa de mi enfermedad), y que en cuanto a fortuna no creo ir por detrás de nadie, ni en mi vida privada ni en lo demás, me encuentro en estos momentos en idéntico peligro que el último de vosotros. Y eso que he pasado mi vida observando escrupulosamente las normas divinas y me he comportado siempre de forma justa e irreprochable con los hombres. Por todo ello y a pesar de la gravedad del momento presente mi esperanza en el futuro permanece firme y las desgracias no me asustan tanto como cabría esperar. Tal vez lleguen incluso a cesar. La fortuna, en efecto, ya ha favorecido suficientemente a nuestros enemigos y aunque hayamos suscitado la envidia de alguna divinidad con nuestra expedición, ya hemos sido castigados en modo más que suficiente. También otros emprendieron una expedición contra otros pueblos, y por haber cometido errores propios de hombres, sufrieron un castigo soportable. Es natural que podamos esperar de la divinidad ahora un trato más liviano (ahora, en efecto, más dignos somos de su compasión que de su envidia); además, al contemplaros a vosotros —cuántos y qué hoplitas marchando en perfecto orden— no os descorazonéis en exceso; pensad, por el contrario, que vosotros constituís de inmediato una ciudad donde quiera que os asentéis y que ninguna ciudad de Sicilia podría resistiros si la ata-*

carais, ni podría desalojaros si os asentarais en cualquier parte. Preocupaos vosotros mismos de que la marcha se efectúe en orden y seguridad, y que cada cual no piense en otra cosa sino que el lugar en que se vea obligado a luchar será —si vence— su patria y su muro. Tanto de día como de noche el ritmo de marcha será vivo, pues los víveres que tenemos escasean. Y si llegamos a alcanzar algún poblado sículo que sea amigo (ya que aún continúan siéndonos fieles debido al miedo que tienen a los siracusanos), pensad entonces que nos hallamos en lugar seguro. Ya se les han enviado unos emisarios con el encargo de que salgan a nuestro encuentro y traigan víveres.

En suma, soldados, daos cuenta de que os es forzoso comportaros como hombres valientes, en la idea de que no hay ningún lugar próximo en el que encontrar salvación en caso de que os ablandéis, y que si ahora conseguís escapar de los enemigos, los demás conseguiréis volver a ver todo aquello que anheláis y los atenienses restauraréis el poderío —ahora demolido— de vuestra ciudad. Una ciudad son sus hombres y no unos muros ni unas naves sin hombres.»

78. Nicias recorría las tropas exhortando así mientras a los suyos, y si veía que en alguna parte se separaban y marchaban en desorden, las reagrupaba haciéndoles recuperar su puesto. Por su parte, Demóstenes hacía otro tanto con los suyos, hablándoles en términos parecidos. El ejército avanzaba en formación cuadrangular[35]; abrían la marcha los hoplitas de Nicias y en retaguardia iban los de Demóstenes, dejando en el centro a los acemileros y la mayor parte de las restantes tropas. Una vez llegaron al cruce del río Anapo, encontraron a unos siracusanos y aliados suyos alineados a lo largo del río; tras ponerlos en fuga y apoderarse del paso continuaron su avance. Por su parte, la caballería siracusana los acosaba, cabalgando en paralelo a ellos y las tropas ligeras les disparaban sus dardos.

Este día los atenienses recorrieron unos cuarenta estadios y vivaqueron junto a una colina. Al día siguiente se pusieron

---

[35] Es la formación más corriente: los hoplitas en vanguardia, en retaguardia y a los lados, protegiendo a las tropas ligeras y acemileros, que ocupaban el centro de la formación.

en marcha muy de mañana y avanzaron unos veinte estadios y descendieron a un llano, donde empezaron a instalar el campamento, deseosos de obtener en las casas algo de comer (se trataba de una zona habitada) y llevarse provisiones de agua para el camino, pues en la dirección en que debían seguir durante muchos estadios el agua era de todo menos abundante. Por su parte, los siracusanos se les adelantaron y se dedicaron a bloquear el camino de delante. Se trataba de una colina fácil de defender, a ambos lados de la cual había un barranco profundo llamado Roca de Acras. Al día siguiente los atenienses prosiguieron su avance, mientras la caballería y los lanzadores de dardos siracusanos y sus aliados (que eran muchísimos) les estorbaban el avance desde uno y otro lado, lanzándoles dardos y cabalgando en paralelo. Los atenienses los combatieron durante un buen rato, pero más tarde regresaron al mismo campamento. Ahora ya no disponían de víveres en la misma medida, pues no era posible alejarse a causa de la caballería.

79. Al amanecer levantaron el campamento y se pusieron nuevamente en marcha. Se abrieron paso hasta llegar a la colina que había sido fortificada, donde se encontraron con que delante de ellos estaba formada la infantería enemiga para defender el muro; como el paso era angosto, la formación era de no pocos escudos en fondo. Los atenienses se lanzaron al ataque con la intención de abatir el muro, pero al resultar alcanzados por numerosos disparos desde la colina (que era muy abrupta, con lo que los que estaban arriba les alcanzaban con suma facilidad) y no poder forzar la travesía, se retiraron nuevamente y cesaron de combatir. Se dio la casualidad también de que se produjeron truenos y lluvias, como suele ocurrir cuando el año llega al otoño; ante lo cual los atenienses se desanimaron más y pensaban que todo aquello estaba ocurriendo para ruina suya. Mientras éstos descansaban, Gilipo y los siracusanos despacharon una parte de su ejército a bloquear, ahora por la espalda, el camino por el que habían venido aquéllos. Pero éstos enviaron a su vez a algunos de los suyos y se lo impidieron. A continuación los atenienses se retiraron con todas sus fuerzas a un parte más llana, donde vivaquearon.

Al día siguiente reemprendieron la marcha, pero los sira-

cusanos los atacaban por toda partes y herían seriamente a muchos. Y si los atenienses los atacaban, retrocedían; pero si retrocedían aquéllos, ellos los atacaban, cayendo especialmente sobre los rezagados, buscando la manera de sembrar el pánico en todo el ejército, poniendo en fuga poco a poco a grupos reducidos. Los atenienses aguantaron esta clase de combate durante largo rato, pero luego, después de haber avanzado cinco o seis estadios, se detuvieron en el llano; por su parte, los siracusanos se alejaron de ellos en dirección a su propio campamento.

80. En el transcurso de la noche, Nicias y Demóstenes, en vista de que el ejército estaba apuradísimo por carecer ahora de toda clase de provisiones, así como por la presencia de muchísimos heridos a resultas de los numerosos ataques del enemigo, decidieron encender el mayor número posible de fuegos y alejar de allí al ejército, aunque no por el mismo camino que habían planeado, sino hacia el mar, en dirección contraria a aquella en que los siracusanos los esperaban. La retirada del ejército no era, en su conjunto, hacia Catania, sino hacia la otra parte de Sicilia, hacia donde se encuentra Camarina, Gela y otras ciudades griegas o bárbaras de esta región.

Prendieron, pues, muchos fuegos y se pusieron en marcha durante la noche. Pero, como suele ocurrir en todos los ejércitos y en particular en los que son numerosos, hicieron su aparición los miedos y los temores; en especial porque marchaban de noche, por una tierra enemiga y a corta distancia del enemigo, se originó en la tropas un desconcierto. Las fuerzas de Nicias, que iban en vanguardia, continuaron en formación compacta y se adelantaron considerablemente; en cambio el grupo de Demóstenes —que representaban la mitad o algo más del ejército— se segregó de él y continuó el avance desordenadamente. No obstante, al amanecer alcanzaron el mar. Subieron por el camino llamado Eloro y continuaron la marcha con intención de, una vez alcanzado el río Cacíparis [36], proseguir su curso tierra adentro, pues esperaban que los sículos (cuya ayuda habían reclamado) les salieran al encuentro por allí. Pero una vez llegaron al río,

[36] Identificado con el actual Casibil, próximo a Siracusa.

encontraron en él un destacamento siracusano que estaba bloqueando el paso con un muro y empalizada. Rechazaron el destacamento y cruzaron el río, continuando su avance hacia otro río, el Erineo, ya que los guías les aconsejaban tomar dicha dirección.

81. Mientras tanto, los siracusanos y sus aliados, al hacerse de día y percatarse de que los atenienses habían escapado, acusaron en su mayor parte a Gilipo de que los había dejado escapar deliberadamente. Se pusieron a perseguirlos a toda prisa, por donde había pocas dudas de que se habían retirado, y les dieron alcance a la hora del almuerzo. Tan pronto entraron en contacto con las tropas de Demóstenes, que iban en retaguardia y avanzaban más lenta y desordenadamente desde la noche en que se había producido aquel desconcierto, cayeron de inmediato sobre ellos dando comienzo a la batalla. Los jinetes siracusanos los cercaron con gran facilidad, al estar separados de los otros, y les estrechó más y más el cerco. Por su parte, el ejército de Nicias se encontraba a una distancia de cincuenta estadios más adelantado. En efecto, Nicias había aligerado la marcha, pues pensaba que su salvación, en una situación como ésta, no residía en esperar deliberadamente al enemigo y presentar batalla, sino en alejarse lo más rápidamente posible, luchando sólo cuando se vieran obligados a ello.

Demóstenes, en cambio, se encontraba expuesto en general a una situación de apuro más continuo, ya que al ir en retaguardia de la marcha era el primero al que atacaban los enemigos; además, en aquella ocasión, al darse cuenta de que los siracusanos le perseguían, se preocupaba más de organizarse para la batalla que de continuar avanzando, hasta el extremo de que, rodeado por el enemigo, quedaron tanto él como los atenienses que le acompañaban en gran desconcierto. En efecto, obligados a retirarse hacia un lugar cercado por un pequeño muro, con un camino a uno y otro lado y no pocos olivos, recibían una lluvia de proyectiles desde todas partes. Los siracusanos practicaban este tipo de escaramuzas con preferencia —y con razón— al combate a pie firme, ya que arriesgarlo todo en un combate contra unos hombres desesperados no jugaba tanto a favor suyo como de los atenienses; al mismo tiempo, como el éxito era ya se-

guro, cada cual procuraba evitar la muerte antes de que se produjera, pensando además que con esta forma de combate también terminarían doblegando y capturando al enemigo.

82. Así pues, después de haber estado todo el día disparando proyectiles desde todas partes contra los atenienses y sus aliados, y ver que éstos se encontraban ya en una situación apuradísima a causa de las heridas y otros sufrimientos, Gilipo y los siracusanos con sus aliados hicieron una proclama prometiendo la libertad, dirigida en primer lugar a los isleños que se pasaran a su bando. Efectivamente, algunas ciudades —no muchas— hicieron defección. Algo más tarde se llegó a un acuerdo con las restantes tropas de Demóstenes, según el cual éstos depondrían las armas a cambio de que ninguno muriera ni de muerte violenta, ni en prisión, ni por privársele de la indispensable comida[37]. En total se entregaron unos seis mil hombres, y depositaron sobre unos escudos vueltos hacia arriba todo el dinero que llevaban, llenando cuatro escudos. De inmediato enviaron estos prisioneros a Siracusa.

Por su parte, Nicias y sus hombres llegaron aquel día al río Erineo, lo cruzaron e instaló el campamento sobre una zona algo elevada.

83. Los siracusanos les dieron alcance al día siguiente y les hicieron saber que los hombres de Demóstenes se habían entregado, por lo que les invitaban a que ellos hicieran otro tanto. Pero Nicias desconfiaba, por lo que convino con el enemigo en enviar un jinete a verificarlo. De regreso éste, confirmó que sí se habían entregado. Nicias hizo saber por medio de un heraldo a Gilipo y a los siracusanos que estaba dispuesto a llegar a un pacto con ellos en nombre de los atenienses: reintegrar a los siracusanos en su totalidad la suma de dinero que hubieran gastado en la guerra si dejaban marchar a su ejército; y hasta que se efectuara la entrega del dinero, dejar como rehenes a algunos atenienses, uno por cada talento.

Pero los siracusanos y Gilipo no aceptaron estas propuestas, sino que se lanzaron al ataque y los rodearon, lanzándo-

[37] En los capítulos siguientes 86 y 87 comprobamos que tales promesas no se cumplieron, pues el trato que recibieron fue bastante peor.

les proyectiles desde todos los lados hasta llegada la noche. También estas tropas se hallaban en una situación apuradísima por falta de trigo y demás cosas necesarias. Sin embargo, esperaron la hora del descanso nocturno y se dispusieron a reemprender la marcha. Pero tan pronto tomaron las armas, los siracusanos se dieron cuenta de ello y empezaron a cantar el peán. Al haberse percatado los atenienses de que los habían descubierto, depusieron nuevamente las armas, excepto unos trescientos hombres. Estos, abriéndose paso a la fuerza a través de la guardia, marcharon durante la noche por donde pudieron.

84. Una vez se hizo de día, Nicias puso en marcha el ejército. Por su parte los siracusanos y sus aliados se dedicaron a atacarlos con la misma táctica: disparándoles y lanzándoles dardos desde todas partes. Los atenienses abreviaban el paso en dirección al río Asínaro, pues no sólo se veían acosados por el ataque generalizado de muchos jinetes y del resto de las tropas (y pensaban que todo les iría mejor si conseguían cruzar el río), sino también por causa de su desesperada situación y por la necesidad de beber.

Cuando llegaron al río se precipitaron en él sin orden alguno; y como cada cual quería ser el primero en cruzarlo y los enemigos presionaban, la travesía resultaba muy difícil. En efecto, obligados a avanzar en filas apretadas, caían unos sobre otros pisoteándose; algunos murieron al caer sobre sus propios dardos y armas, mientras otros se enredaban y eran arrastrados por la corriente. Entre tanto, los siracusanos, apostados sobre la otra orilla del río —que era muy escarpada— disparaban desde arriba sobre los atenienses, quienes, en su mayoría, se dedicaban ávidamente a beber agua, amontonados unos sobre otros dada la estrechez con que el río discurría. A su vez, los peloponesios descendieron sobre ellos, masacrando sobre todo a los que se encontraban en el río. El agua de inmediato se tornó turbia, pero la seguían bebiendo, a pesar de que era una mezcla de sangre y lodo, disputándosela muchos incluso con las armas.

85. Finalmente, cuando ya muchos cadáveres se apiñaban unos sobre otros en el río y el ejército estaba aniquilado (unos en el río, otros —si alguien había escapado— a manos de la caballería), Nicias se entregó a Gilipo, confiando

más en él que en los siracusanos. Autorizó a Gilipo y a los lacedemonios a que hicieran con él lo que quisieran, con tal de que pusieran fin a la matanza de sus hombres. Entonces Gilipo dio órdenes de que se limitaran a hacerlos prisioneros. Reagruparon a los supervivientes, excepción hecha de un buen número de ellos, a quienes los soldados escondieron como posesión suya. Enviaron un destacamento en persecusión de los trescientos que habían cruzado la línea de vigilancia durante la noche y los capturaron. Así pues, la parte de ejército que pasó a posesión del Estado no fue muy numerosa, aunque sí lo fue la robada, de modo que Sicilia entera se llenó de prisioneros, ya que no habían sido obtenidos —como los de Demóstenes— a resultas de un acuerdo. Por lo demás, una buena parte del ejército pereció, pues la masacre llegó a alcanzar proporciones descomunales, superando a todas las anteriores durante la guerra de Sicilia[38]. También murieron muchos durante los repetidos ataques que se produjeron en el transcurso de la retirada. Sin embargo, también fueron muchos los que consiguieron escapar, unos en estos mismos momentos y otros más tarde, después de haber vivido como esclavos y haberse fugado. Estos encontraron refugio en Catania.

86. Los siracusanos y sus aliados se congregaron y, una vez recogido el mayor número posible de prisioneros y despojos, se retiraron a su ciudad. Arrojaron a las canteras a todos los demás atenienses y sus aliados que hicieron prisioneros por parecerles que era el lugar más seguro para vigilarlos. A Nicias y a Demóstenes, sin embargo, y a pesar de la oposición de Gilipo, los degollaron. En efecto, Gilipo pensaba que sería una bella hazaña para él, amén de sus otros méritos, llevar ante los lacedemonios a los estrategos del ejército enemigo. Se daba la circunstancia, además, de que uno de ellos, Demóstenes, era considerado por los lacedemonios su peor enemigo a causa de los sucesos de Pilos; mientras que el otro, por el contrario, gozaba de su más alta

[38] Preferimos mantener la lectura de los manuscritos «guerra de Sicilia», a pesar de que la mayor parte de los editores eliminan la palabra «Sicilia». Se origina de esto último un cambio de sentido importante, confiriendo mayor magnitud a esta catástrofe, al ponerla por encima de todas las ocurridas no ya en Sicilia, sino en el transcurso de toda la guerra del Peloponeso.

estima por estos mismos acontecimientos, ya que Nicias se interesó vivamente en que los lacedemonios de la isla fueran puestos en libertad y convenció a los atenienses para que concluyeran el tratado. Por esta razón los lacedemonios estaban bien dispuestos para con él y no por otro motivo se entregó, lleno de confianza, a Gilipo. Sin embargo, según se cuenta, algunos siracusanos que habían mantenido contactos con él, temerosos de que si fuera sometido a tormento les pudiera procurar problemas en aquel feliz momento, y otros —en particular los corintios— temían que sobornara a alguien (pues era hombre rico) [39] y escapara para volver a causarles nuevas dificultades; así que convencieron a los aliados para que lo ejecutaran.

Por dicho motivo, o por otros muy parecidos, murió Nicias, el hombre que de entre los griegos de mi tiempo menos mereció haber alcanzado tan infeliz fin, por su conducta constantemente orientada a la práctica de la virtud.

87. Respecto a los prisioneros de las canteras, los siracusanos los trataron al principio muy duramente. En efecto, al ser muchos en un espacio profundo y reducido sufrían primero los rigores del sol y del calor al estar al descubierto, y luego, al llegar las frías noches del otoño, a causa del brusco cambio de temperatura, provocaban la aparición de enfermedades. Además, al verse obligados por falta de espacio a hacerlo todo [40] en el mismo sitio, y acumularse unos sobre otros los cadáveres de los que morían a consecuencia de las heridas, del cambio de temperatura y por otras causas parecidas, se originaban unos olores insoportables. Al propio tiempo sufrían hambre y sed (les dieron, efectivamente, a cada uno durante ocho meses un cótilo de agua y dos de pan) [41]. En resumen, no se vieron libres de ninguno de cuantos sufrimientos es verosímil que padecieran unos hombres arrojados a un lugar de esta clase. Durante unos setenta días vivieron en estas condiciones todos juntos; más tarde, exclui-

---

[39] Los dos testimonios principales sobre la fortuna de Nicias, Lisias, XIX, 47, y Jenofonte, *Rentas*, IV, 14, nos hablan de sus riquísimas posesiones en las explotaciones mineras del Laurión.

[40] Eufemismo escatológico.

[41] El cótilo es una medida de capacidad equivalente a algo más de un cuarto de litro, unos 270 cm^3 más exactamente.

dos los atenienses y algunos sicilianos e italiotas que habían luchado de su parte, fueron todos vendidos. El total de hombres hechos prisioneros (aunque no resulta fácil calcularlo con exactitud) no fue inferior a siete mil. Se trató del episodio más importante durante esta guerra [griega], e incluso —al menos según a mí me parece— de cuantos acontecimientos griegos conocemos por tradición. Fue el más esplendoroso para los vencedores y el más desafortunado para los perdedores. En efecto, en todos los campos, totalmente derrotados, y sin sufrir ninguna derrota que fuera pequeña bajo ningún punto de vista, supuso la ruina total —según se suele decir— de sus fuerzas de tierra, de sus naves y de todo lo demás. Sólo unos pocos, de los muchos que eran, regresaron a la patria. Estos fueron los acontecimientos de la expedición a Sicilia.

LIBRO VIII

Decimonoveno año de guerra (413-412, continuación):

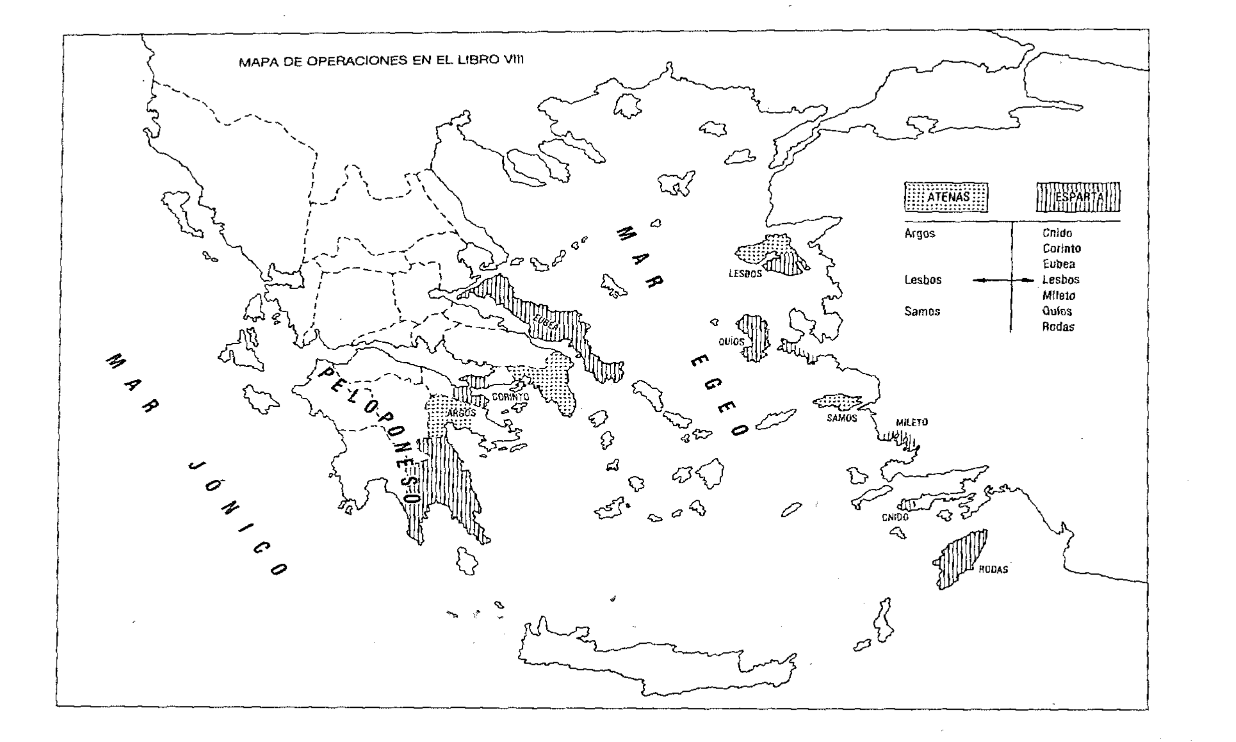
— Llegan a Atenas las noticias de lo ocurrido en Sicilia, 1.
— Nuevos preparativos para proseguir la guerra, 2-6.

Vigésimo año de guerra (412-411):

— Revuelta en Quíos, 7-15.
— La revuelta aumenta. Tratado entre Esparta y los persas, 16-22.
— Contraofensiva de Atenas. Batalla de Mileto, 23-28.
— Prosiguen los enfrentamientos. Segundo tratado entre Esparta y los persas, 29-44.
— Alcibíades y Tisafernes. La oligarquía de Samos se organiza, 45-52.
— Los atenienses negocian con Tisafernes. Tercer tratado entre Esparta y los persas, 53-60.

Vigésimo primer año de guerra (411-410):

— Operaciones en Quíos y el Helesponto, 61-63.
— Revuelta oligárquica de los Cuatrocientos en Atenas, 64-72.
— Contrarrevolución en Samos, 73-77.
— Operaciones en Samos y Mileto. Alcibíades, 78-88.
— Caída de los Cuatrocientos. Gobierno de los Cinco Mil, 89-98.
— Los peloponesios en el Helesponto. Batalla de Cinosema, 99-109.


MAPA DE OPERACIONES EN EL LIBRO VIII
ATENAS
ESPARTA
Argos
Lesbos
Samos
Cnido
Corinto
Eubea
Lesbos
Mileto
Quíos
Rodas
MAR EGEO
MAR JÓNICO
PELOPONESO
LESBOS
QUÍOS
SAMOS
MILETO
CNIDO
RODAS
EUBEA
CORINTO
ARGOS

1. Cuando llegaron a Atenas las noticias del desastre, desconfiaron durante mucho tiempo de que se hubiera producido una aniquilación tan completa del ejército, a pesar de que las estaban oyendo de boca de sus propios soldados, que acababan de escapar de la masacre y estaban muy bien informados. Sin embargo, una vez convencidos de la realidad, se indignaron contra los oradores que los habían animado a emprender la expedición (como si no hubieran sido ellos los que la habían votado) y también se irritaron contra los intérpretes de oráculos, contra los adivinos y contra todos aquellos que con sus profecías les habían hecho concebir esperanzas de que conquistarían Sicilia. Todo tipo de pesar, por todas partes, les abrumaba y después de lo que había ocurrido, sentían una consternación y un miedo mayor que nunca. En efecto, en aquel momento cada uno en particular y la ciudad en su conjunto se sentían apesadumbrados por la pérdida de muchos hoplitas y jinetes, es decir, de una juventud que no tenían manera de reemplazar. Además, como veían que en sus astilleros no había naves suficientes, ni dinero en el tesoro público, ni tripulaciones para las naves, desesperaban de sus posiblidades actuales de salvación. Creían que sus enemigos de Sicilia se lanzarían inmediata-

mente con su flota sobre el Pireo (sobre todo por haber obtenido una victoria tan decisiva) y que sus enemigos de Grecia (que también ahora habían duplicado todos sus preparativos) caerían sobre ellos con todas sus fuerzas, tanto por tierra como por mar, y que sus propios aliados harían defección para añadirse a aquéllos.

Sin embargo, en la medida de las posibilidades presentes, les pareció que no debían ceder, sino preparar además una escuadra, procurándose madera y dinero de donde pudieran; asegurarse el apoyo de los aliados, en especial de Eubea; introducir en la administración de la ciudad ciertas reformas tendentes al ahorro [1] y elegir, en fin, una comisión de ancianos [2] con el fin de que prepararan las medidas que más oportunas parecieran ante la presente situación. Ante la adversidad de aquellos momentos estaban dispuestos (como suele hacer el pueblo) a comportarse disciplinadamente en todo. Una vez tomadas estas decisiones, fueron en efecto puestas en práctica, y así concluyó el verano.

2. El invierno siguiente, ante el gran desastre sufrido por los atenienses en Sicilia, se produjo en Grecia una repentina y general conmoción. Quienes no eran aliados de ninguno de los dos bandos, estimaban ahora que (aunque nadie se lo solicitara) no debían permanecer al margén de la contienda, sino que debían marchar espontáneamente contra los atenienses. Cada cual pensaba, en efecto, que éstos les habrían atacado en caso de que hubieran tenido éxito en Sicilia y que era poco, por otra parte, lo que quedaba de guerra, en la que sería muy honroso participar. Los aliados de los lacedemonios, a su vez, se afanaban más que antes en un esfuerzo común, para poner fin rápidamente a sus muchos sufrimientos. Pero sobre todo, eran los pueblos sometidos a los atenienses los más dispuestos a hacer defección (al margen de sus posibilidades), pues evaluaban la situación dejándose llevar de la pasión, sin conceder a los atenienses la posibilidad de sobrevivir más allá del verano si-

[1] Detalladas más adelante, en los capítulo 4 y 86.

[2] Tanto Aristóteles, *Constitución de los Atenienses,* 29, 2, como Aristófanes, *Lisístrata,* 421, 467, nos dan noticias de este Consejo de ancianos, que funcionó durante los años 413 a 411.

guiente. A su vez, la ciudad de Esparta se sentía muy confiada ante todo esto y sobre todo porque sus aliados de Sicilia se dispondrían, como era natural, a acudir en su ayuda con fuerzas importantes al comienzo de la primavera (siendo así que ahora ellos habían tenido que procurarse una flota, obligados por las circunstancias). Pletóricos de buenas esperanzas, pensaban dedicarse de lleno a la guerra, en cuanto que calculaban que, una vez concluida felizmente ésta, se verían libres para el futuro de peligros como los que los atenienses les hubieran ocasionado en el caso de haber anexionado Sicilia a sus posesiones. Además, una vez eliminados los atenienses, quedarían ellos con la libertad más absoluta para ejercer su hegemonía sobre toda Grecia.

3. Así pues, su rey Agis partió este mismo invierno desde Decelia con un contingente de tropas y se dirigió a los aliados para recoger los tributos destinados a la flota. Se dirigió hacia el golfo Meliaco, donde se apoderó de la mayor parte del ganado de los eteos (a causa de la enemistad que entre ellos había desde antiguo) a cambio del cual consiguió gran cantidad de dinero. Impuso una contribución de rehenes y dinero a los aqueos de Ptía y a los demás pueblos de esta región sometidos a los tesalios (a pesar de las protestas y la oposición de los tesalios); envió los rehenes a Corinto e intentó atraerse a estos pueblos a su alianza. Mientras tanto, los lacedemonios dieron órdenes a las ciudades de construir cien naves, tras haberse asignado a sí mismos y a los beocios la construcción de otras veinticinco, quince a los locros y foceos, quince a los corintios, diez a los arcadios, pelenenses y sicionios, y otras diez a los megarenses, trecenios, epidaurios y hermionenses. Por lo demás, se prepararon para reemprender la guerra tan pronto llegara la primavera.

4. Por su parte, también los atenienses hacían sus preparativos navales durante este invierno de acuerdo con lo que habían proyectado: se procuraron madera y fortificaron Sunio a fin de que el tránsito de sus transportes de víveres resultara seguro; abandonaron la fortificación que habían construido en Laconia cuando costeaban hacia Sicilia y efectuaron una reducción de gastos en todo lo que parecía una inversión inútil, y sobre todo vigilaban a sus aliados para evitar que hicieran defección.

5. Mientras uno y otro bando llevaban a cabo estas medidas, en una situación semejante a los preparativos del comienzo de la guerra, fueron los habitantes de Eubea los primeros en enviar a Agis una embajada en el transcurso de este invierno, para tratar de su defección de los atenienses. Este aceptó sus propuestas e hizo venir de Lacedemonia a Alcámenes, hijo de Esteneledas y a Melanto, como arcontes de las tropas que se decía irían contra Eubea. Acudieron con unos trescientos neodamodes y Agis les preparó la travesía. En el ínterin se presentaron también los lesbios, que deseaban hacer también defección. Dado que los beocios colaboraban con ellos, Agis se dejó persuadir para aplazar todo lo relativo a Eubea y preparar en cambio la defección de los lesbios; les asignó como harmosta [3] a Alcámenes, quien se disponía a cruzar a Eubea, mientras los beocios prometieron diez naves y Agis otras tantas. Todo esto se llevó a cabo sin contar con Esparta, pues Agis, mientras estuvo de expedición con sus tropas por la zona de Decelia, tenía atribuciones para enviar tropas adonde quisiera, así como de recolectarlas y exigir dinero. En esta época los aliados le obedecían a él, por así decir, mucho más que a los lacedemonios de Esparta, ya que al disponer de un ejército, infundía pavor en cualquier parte que se presentara.

Este, pues, estaba en tratos con los lesbios, y mientras los quiotas y los eritreos (que también se hallaban prestos a hacer defección) se dirigieron no a Agis, sino a Esparta, adonde acudió simultáneamente una embajada de Tisafernes [4], que era sátrapa de Darío, hijo de Artajerjes, en la región de la costa. También Tisafernes solicitaba la intervención de los lacedemonios, a quienes prometía suministrarles avituallamiento. En efecto, hacía poco que el Rey le había reclamado los tributos correspondientes al territorio bajo su control y al no haberlos podido recaudar de las ciudades griegas a causa de los atenienses, estaba en deuda. Pensaba, pues, que po-

[3] Se trata del comandante militar que Esparta nombraba en las ciudades sometidas bajo su control. Esta es la única vez que aparece este término en Tucídides. Por Plutarco, *Vida de Licurgo,* 30, 5, sabemos que en época posterior se generalizó esta figura del harmosta.

[4] Por Ctesias, *FGrHist,* 688, F, 15, sabemos que Tisafernes fue sátrapa de la región de Sardes.

día cobrar mejor los tributos si debilitaba el poderío ateniense y que al mismo tiempo haría a los lacedemonios aliados del Rey, capturando vivo o dando muerte de paso a Amorges, hijo de Pisutnes (que se había pasado al enemigo en Caria), de acuerdo con las órdenes que del propio Rey había recibido.

6. Así pues, los quiotas y Tisafernes actuaban en común para conseguir un mismo objetivo. Por el mismo tiempo, sin embargo, llegaron también a Esparta el megarense Calígito, hijo de Laofonte, y Timágoras, un ciciquense, hijo de Atenágoras; ambos estaban desterrados de sus ciudades y vivían en la corte de Farnabazo, hijo de Farnaces. Los había enviado Farnabazo por la misma cuestión, esto es, a fin de conseguir el envío de una flota al Helesponto, con la que él llevaría a cabo los planes de Tisafernes: apartar de Atenas a las ciudades del territorio bajo su soberanía para imponerles tributos y obtener él en persona la alianza de los lacedemonios con el Rey. Como ambas legaciones —la de Farnabazo y la de Tisafernes— llevaban sus gestiones por separado, se suscitó en Esparta una gran disputa entre aquellos que pretendían que se enviaran primero naves y tropas a Jonia y a Quíos, y aquellos otros que pretendían fueran primero al Helesponto.

Los lacedemonios, sin embargo, prefirieron con mucho las propuestas de los quiotas y de Tisafernes, en cuanto que éstos contaban con el apoyo de Alcibíades, que estaba ligado por tradición familiar mediante vínculos de hospitalidad con el éforo Endio. Y así fue como la familia del ateniense adoptó este nombre laconio de Alcibíades, que era también el nombre del padre de Endio. No obstante, los lacedemonios despacharon antes de todo como observador a Quíos al perieco Frinis, para verificar si los quiotas disponían efectivamente de cuantas naves decían, y si la ciudad estaba a la altura de su fama en todo lo demás. Una vez que les informó que era verdad todo lo que habían oído decir, los lacedemonios se aliaron de inmediato con los quiotas y eritreos y acordaron mediante votación enviarles cuarenta naves, en vista de que —según decían los de Quíos— allí había no menos de otras sesenta. Se disponían a enviar primero diez naves bajo las órdenes de Meláncridas, que era su navarco. Pero

luego, al haber tenido lugar un terremoto, mandaron a Calcídeo en vez de a Meláncridas y redujeron de diez a cinco las naves que iban a equipar en Laconia.

Concluyó así este invierno y con él se llegó al fin de año decimonoveno de esta guerra, cuya historia escribió Tucídides.

7. Tan pronto comenzó el verano siguiente, los habitantes de Quíos reclamaron insistentemente el envío de las naves, temerosos de que los atenienses llegaran a enterarse de lo que tramaban (de hecho, todos habían enviado sus legaciones a espaldas de éstos). Los lacedemonios despacharon entonces a Corinto a tres espartanos con la misión de transportar cuanto antes a través del istmo hasta el mar que mira a Atenas las naves que se encontraban al otro lado y dieron órdenes de que toda la flota —tanto las que Agis había equipado para Lesbos, como las demás— se dirigiera a Quíos. El total de las naves aliadas allí concentradas fue de treinta y nueve.

8. Sin embargo, Caligito y Timágoras, que actuaban por cuenta de Farnabazo, no se incorporaron a la flota que se dirigía a Quíos, ni entregaron los veinticinco talentos que habían traído para el envío de la expedición, sino que planeaban partir algo más tarde con otra expedición organizada por ellos mismos.

Por su parte, Agis, al ver que los lacedemonios estaban decididos a acudir primero a Quíos, pensó que no había otro plan mejor. Así que los aliados se reunieron en Corinto y tras deliberar les pareció que lo más conveniente era dirigirse primero hacia Quíos, bajo las órdenes de Calcídeo, que estaba en Laconia equipando las cinco naves, después a Lesbos, bajo las órdenes de Alcámenes (que era el jefe en quien había pensado Agis), y finalmente marchar al Helesponto (el mando de esta región lo ejercía Clearco, hijo de Ranfias). También creyeron conveniente que cruzaran el Istmo en un primer momento sólo la mitad de las naves y que éstas pusieran de inmediato rumbo a alta mar, a fin de que los atenienses no concentrasen su atención tanto sobre las que se hacían a alta mar como sobre las que cruzarían el istmo más grande. Pensaban, en efecto, efectuar la expedición así, a la vista de todos, como muestra de desprecio a la debilidad de

los atenienses, dado que por ningún lado se divisaba ninguna flota suya de importancia. De modo que, según les pareció oportuno, trasladaron inmediatamente veintiuna naves.

9. Sin embargo, los corintios, aun cuando los demás urgían para que la expedición partiera, no se mostraron dispuestos a participar en la misma mientras no hubieran concluido los Juegos Istmicos [5], que se estaban celebrando precisamente entonces. Por su parte, Agis era partidario de realizar él solo la expedición, permitiendo que ellos no quebrantaran la tregua ístmica. Pero como los corintios no estuvieron de acuerdo con ello, y se produjera la consiguiente pérdida de tiempo, los atenienses se enteraron ahora ya más claramente de los planes de los quiotas, por lo que enviaron a uno de sus estrategos, Aristócrates, a presentarles sus quejas. En vista de que los quiotas lo negaban, los atenienses les invitaron a que como muestra de garantía les enviaran una flota para que se sumara a la de los aliados. Estos enviaron siete naves. El motivo del envío de estas naves fue que la mayoría de la población de Quíos no estaba enterada de lo que se estaba tramando. Y también el hecho de que la minoría que estaba al corriente no quería atraerse la enemistad de la masa sin haber obtenido previamente alguna garantía de éxito (en estos momentos no contaban ya con que los peloponesios acudieran, en vista de lo que se retrasaban).

10. Mientras tanto se iban celebrando los Juegos Istmicos, en los que participaron los atenienses como teoros [6] (dado que se había proclamado la tregua de los juegos). Fue así como se percataron ahora con mayor claridad de todo el asunto de Quíos. Cuando los delegados regresaron, se organizaron inmediatamente para evitar que las naves que zarparan de Cencreas les pasaran inadvertidas. A su vez los peloponesios, concluida la fiesta, se hicieron a la mar con veintiuna naves a las órdenes de Alcámenes con destino a Quíos. Los atenienses salieron en un primer momento a su encuentro con un número igual de naves, con el propósito de atraer-

[5] Estos juegos se celebraban en honor de Posidón, en la ciudad de Corinto, cada dos años.

[6] Significa originariamente «observadores». Son los representantes oficiales que una ciudad envía a los festivales de otra ciudad o a algún célebre santuario.

los a alta mar. Pero como los peloponesios sólo los siguieron un corto trecho, y luego cambiaron el rumbo, los atenienses también dieron la vuelta, pues no se fiaban demasiado de las siete naves quiotas que formaban parte de su escuadra. Sin embargo, algo más tarde, equipando nuevas naves hasta alcanzar el número de treinta y siete, persiguieron al enemigo, que navegaba costeando, hasta Espireo, en territorio de Corinto: se trata de un puerto desierto, situado al extremo de los límites con Epidauro. Los peloponesios perdieron una nave en alta mar, pero consiguieron reagrupar las demás y fondearlas. Entonces los atenienses lanzando un ataque por mar con las naves y desembarcando a tierra produjeron una enorme confusión y desorden, durante el cual averiaron en tierra la mayor parte de las naves enemigas y dieron muerte a Alcámenes, su arconte. De ellos murieron también algunos hombres.

11. Una vez se separaron, los atenienses apostaron un número de naves suficiente para bloquear a las del enemigo y con las restantes anclaron junto a un pequeño islote de las proximidades en el que habían instalado el campamento, mientras reclamaban nuevos refuerzos a Atenas. En efecto, al día siguiente se presentaron los corintios con sus naves en ayuda de los peloponesios, y poco después aparecieron también los demás pueblos vecinos. Y al ver los peloponesios que la protección de las naves resultaba muy difícil en un lugar desierto como éste, dudaban. Pensaron incluso quemar las naves, pero más tarde decidieron sacarlas a tierra y protegerlas con las fuerzas de tierra situadas a su alrededor, hasta aguardar un momento favorable para huir.

Por su parte Agis, enterado de la situación, les envió al espartano Termón. A Esparta llegaron en primer lugar las noticias de que las naves habían abandonado el Istmo (los éforos efectivamente, habían dado órdenes a Alcámenes de que les mandara un jinete tan pronto como ello ocurriera), por lo que querían enviar de inmediato sus cinco naves bajo las órdenes de Calcídeo, acompañado de Alcibíades.

Más tarde, sin embargo, cuando estaban a punto de zarpar, recibieron la noticia de las naves que se habían refugiado en Espireo, y se descorazonaron al ver que su primer intento de trasladar la guerra a Jonia había sufrido aquel re-

vés. No sólo no tenían intención ya de enviar las naves que estaban en Laconia, sino que querían incluso reclamar algunas de las que habían partido.

12. Informado Alcibíades de esto, intentó convencer de nuevo a Endio y los demás éforos de que no demoraran más la expedición, afirmando que tendrían tiempo de llegar antes de que los quiotas conocieran las noticias de la derrota de las naves, y que él mismo, tan pronto estuviera en Jonia, convencería fácilmente a las ciudades para que hicieran defección, tan sólo con hablarles de la debilidad ateniense y del ardor bélico de los lacedemonios. En efecto, su credibilidad era superior a la de cualquier otro. En cuanto al propio Endio, le decía en privado que conseguiría gran fama al ser el organizador de la sublevación de Jonia y al procurar para los lacedemonios la alianza del Rey, evitando así que este éxito fuera de Agis, con quien, en efecto, se hallaba el propio Alcibíades enemistado. Tras haber convencido, pues, a Endio y a los restantes éforos, se hizo a la mar con las cinco naves, en unión del lacedemonio Calcídeo, e hicieron la travesía a toda prisa.

13. Más o menos por estas mismas fechas regresaron también de Sicilia las dieciséis naves peloponesias que habían combatido hasta el final de la guerra al lado de Gilipo. Fueron interceptadas junto a Léucade y seriamente averiadas por las veintisiete naves atenienses que, bajo el mando de Hipocles, hijo de Menipo, acechaban a las naves procedentes de Sicilia. Todas, salvo una, consiguieron sin embargo escapar a los atenienses y alcanzar Corinto.

14. Por su parte, Calcídeo y Alcibíades retenían consigo a todos aquellos con quienes se toparon durante su travesía, a fin de que éstos no los delataran. Se acercaron en primer lugar a Córico [7], en el continente, donde dejaron en libertad a sus rehenes y establecieron un primer contacto con algunos quiotas partidarios suyos, quienes les aconsejaron que pusieran rumbo a la isla sin previo aviso; y en efecto, se presentaron inesperadamente en Quíos. Los habitantes quedaron estupefactos y atemorizados, mientras que los oligarcas

---

[7] Córico se encuentra en el extremo meridional de la península de Eritras, entre las islas de Quíos y Samos.

lo habían previsto todo de manera que el Consejo estuviera entonces reunido. Al difundir Calcídeo y Alcibíades la noticia de que otras muchas naves se hallaban de camino (callando, en cambio, que había una flota bloqueada en Espireo) los quiotas primero, y a continuación los eritreos, hicieron defección de Atenas. A continuación zarparon hacia Clazómenas en tres naves, causando también su defección. Los clazomenios pasaron inmediatamente al continente, donde fortificaron Policna, para poderse retirar aquí en caso de tener que abandonar la pequeña isla en que viven.

Todos los pueblos que se habían sublevado se dedicaron a construir fortificaciones y a prepararse para la guerra.

15. Las noticias de lo ocurrido en Quíos llegaron enseguida a Atenas, donde tomaron al punto conciencia de que el peligro que ahora los amenazaba era grave y manifiesto y de que los demás aliados no estarían dispuestos a permanecer tranquilos ahora que la ciudad más importante se había pasado al otro bando. De modo que, respecto a los mil talentos que habían prometido no tocar durante el transcurso de esta guerra, abolieron de inmediato, dada la consternación del momento, las penas previstas para quien propusiera o sometiera a votación utilizarlos[8]; decretaron acudir a ellos para equipar un buen número de naves y enviar de inmediato ocho naves de las que estaban bloqueando Espireo, precisamente las que habían abandonado su puesto para perseguir las naves de Calcídeo y habían regresado sin haberle dado alcance (a su mando estaba Estrombíquides, hijo de Diotimo) y que al poco las reforzaran otras doce unidades bajo las órdenes de Trasicles, abandonando también el bloqueo.

En cuanto a las siete naves quiotas, que ayudaban a las suyas en el bloqueo de Espireo, las retiraron de allí y concedieron la libertad a los esclavos de a bordo, mientras que a los hombres libres los redujeron a prisión. Para continuar el bloqueo del Peloponeso, y en sustitución del conjunto de naves que habían retirado, equiparon a toda prisa y envia-

[8] En el libro II, 24, ya se nos habló de este tipo de reservas en dinero y de la prohibición de acudir a ella, a menos que se tratase de un caso de extrema necesidad.

ron otras diez[9], y tenían la intención de equipar otras treinta. Enorme era su entusiasmo y no se reparaba en gastos para ayudar a restablecer la situación de Quíos.

16. Mientras tanto Estrombíquides se presentó en Samos con sus ocho naves, y tras incorporar una nave samia a las suyas se dirigió hacia Teos, donde invitó a sus habitantes a permanecer tranquilos. Por su parte, también Calcídeo salió de Quíos para dirigirse a Teos con sus veintitrés naves, mientras simultáneamente se acercaban por tierra la infantería de los clazomenios y eritreos.

Advertido a tiempo Estrombíquides, zarpó de allí y una vez en alta mar, al ver que las naves procedentes de Quíos eran muy numerosas, huyó en dirección a Samos, mientras los otros lo persiguieron. Los habitantes de Teos en un primer momento rehusaron dar acogida al ejército de tierra, pero una vez que los atenienses emprendieron la huida, los dejaron pasar. Las tropas se mantuvieron durante un tiempo a la expectativa, aguardando que Calcídeo regresara de la persecución, pero como éste se retrasara, comenzaron a demoler el muro que los atenienses habían levantado en la zona de la ciudad de Teos que mira al continente. Con ellos colaboraron unos pocos bárbaros que habían acudido a las órdenes de Estages, lugarteniente de Tisafernes.

17. Por su parte, Calcídeo y Alcibíades, tras haber perseguido a Estrombíquides hasta Samos, equiparon de armas a los marineros de las naves que habían traído del Peloponeso y los desembarcaron en Quíos. Reemplazaron las tripulaciones de estas naves y de otras veinte con hombres de Quíos y zarparon hacia Mileto para invitarla a que hiciera defección. Alcibíades, en efecto, que mantenía buenas relaciones con algunas personas de relevancia en Quíos, quería atraerse esta ciudad a su causa antes de que llegaran las na-

---

[9] La tradición manuscrita no transmite el número de naves, aunque puede llegarse a él mediante un cálculo de los datos que proporciona el propio Tucídides. A las 37 naves primeras se les restan las 20 que levantaron el bloqueo a las órdenes de Estrombíquides y Trasicles, más las siete naves de Quíos que lo hicieron después. Nos quedan así sólo diez naves. y como más adelante en el capítulo 20 se nos dice que el total de naves que hay en Espireo es precisamente de veinte, son diez las que ahora debieron incorporarse.

ves que venían del Peloponeso; con ello conseguiría para los quiotas, para sí mismo, para Calcídeo y, en fin, para el propio Endio (que era quien le había enviado) aquel título de gloria que les había prometido: el mérito de haber provocado la defección del mayor número posible de ciudades, con la ayuda de las tropas de Quíos y de Calcídeo.

Realizaron la mayor parte de la travesía sin que los enemigos se percataran y se anticiparon por muy poco a la llegada de Estrombíquides y Trasicles (este último acababa de llegar de Atenas con doce naves y colaboraba con su compañero en la persecución), e indujeron a Mileto a hacer defección. Los atenienses, que iban con diecinueve naves siguiéndoles los pasos, al ver que los milesios no los acogían, anclaron junto a la isla de Lada, situada enfrente.

Inmediatamente después de que los milesios hubieran hecho defección, tuvo lugar el primer tratado de alianza entre el Rey y los lacedemonios, por mediación de Tisafernes y Calcídeo. Fue éste:

18. «Los lacedemonios y sus aliados han estipulado un pacto de alianza con el Rey y con Tisafernes en las siguientes condiciones:

Cuantos territorios y ciudades posee el Rey y poseyeron sus antecesores que sean del Rey[10]. Y en cuanto a los ingresos, tanto en dinero como de cualquier otra forma, que los atenienses obtenían de estas ciudades, el Rey por una parte, y los lacedemonios y sus aliados por otra, impedirán de común acuerdo a partir de ahora que los atenienses los reciban, sea en dinero o en cualquier otra forma.

La guerra contra los atenienses la sostendrán en común, el Rey por una parte, y los lacedemonios y sus aliados por otra. Y no estará permitido poner fin a la guerra contra los atenienses sin una decisión común de ambas partes: del Rey, y de los lacedemonios y sus aliados. Y si alguna ciudad hiciere defección del Rey, sean declarados enemigos de los lacedemonios y de sus aliados. Y si alguna ciudad hiciere de-

[10] Esta cláusula retroactiva (más claramente expresada en el capítulo 37) suponía entregar al Rey no sólo las ciudades griegas de Jonia, sino también algunas islas del Egeo y de Grecia septentrional. Las reacciones contra esta medida no tardaron en producirse, como veremos en el capítulo 43 de este mismo libro.

fección de los lacedemonios y de sus aliados, sean declarados, por lo mismo, enemigos del Rey.»

19. Este fue, pues, el tratado de alianza.

Inmediatamente después de esto, los quiotas equiparon otras diez naves y se dirigieron hacia Anea, pues querían informarse de la situación en Mileto y provocar al mismo tiempo la defección de otras ciudades. Pero al enviarles Calcídeo el mensaje de que regresaran dado que Amorges estaba a punto de llegar con un ejército por tierra, pusieron rumbo a Dios Hieron [11], donde divisaron dieciséis naves enemigas, que a las órdenes de Diomedonte acababan de llegar de Atenas, de donde habían salido con posterioridad a Trasicles. Al verlas huyeron, una nave en dirección a Efeso, y las demás hacia Teos. Los atenienses capturaron cuatro, después de que sus tripulaciones hubieran saltado a tierra; las demás consiguieron encontrar refugio en la ciudad de Teos. Entonces los atenienses marcharon a Samos, y los quiotas también se hicieron a la mar con las naves que les quedaban, y con la ayuda de su ejército de tierra consiguieron que hiciera defección Lébedo, y algo más tarde Heras. Después de todo esto, la flota y el ejército de tierra regresaron cada cual a su respectiva patria.

20. Por aquellas mismas fechas, las veinte naves peloponesias que se encontraban en Espireo tras haber sido perseguidas y bloqueadas allí por un número igual de naves atenienses, efectuaron inesperadamente una salida y se impusieron en el combate. Capturaron cuatro naves atenienses, y tras retirarse a Cencreas, se disponían a pasar de nuevo a Quíos y el territorio de Jonia. Desde Lacedemonia había venido a incorporarse como navarco Astíoco, a quien se confió la dirección de toda la flota.

Una vez que las tropas de tierra se retiraron de Teos, se presentó allí el propio Tisafernes con un ejército, y tras demoler lo que quedaba del muro de Teos, se retiró. No mucho después de su partida llegó Diomedonde con diez naves atenienses y estipuló con los habitantes de Teos un acuerdo, según el cual también los atenienses recibirían acogida

[11] Nombre de un pequeño poblado (el topónimo significa «Santuario de Zeus») próximo a Colofón.

en la ciudad. Luego navegó costeando hasta Heras y lanzó contra ella un ataque, mas al no capturarla se marchó de nuevo con sus naves.

21. Acaeció también por este tiempo la sublevación del pueblo de Samos contra los aristócratas, apoyada por los atenienses, que a la sazón se encontraban allí con tres naves. El partido popular dio muerte a un total de unos doscientos aristócratas de entre los más influyentes, condenó al exilio a unos cuatrocientos y se repartieron sus tierras y sus casas. Por su parte los atenienses, pensando que ahora ya podían confiar en los samios, les confirieron la autonomía mediante un decreto; en consecuencia, el partido popular mantuvo el gobierno de la ciudad, sin conceder a los terratenientes ningún derecho, y llegaron incluso a prohibir a los hombres del pueblo que autorizaran a sus hijas a casarse con ellos, así como a tomar ellos por esposa a las hijas de los nobles [12].

22. Después de estos acontecimientos, y aún en el curso del mismo verano, los quiotas, con el mismo entusiasmo del primer día, empezaron a acudir con sus tropas a las diversas ciudades (sin aguardar a que llegaran los peloponesios) para inducirlas a la sublevación. Y como querían que fueran los más posibles los que con ellos compartieran este riesgo, hicieron una expedición contra Lesbos con trece naves (de acuerdo con las instrucciones de los lacedemonios, esta isla debía ser el segundo objetivo al que dirigirse, y desde ella luego al Helesponto); al propio tiempo las tropas de tierra de los peloponesios allí presentes y de los aliados de la región, avanzaron a lo largo de la costa en dirección a Clazómenas y Cumas. Estas fuerzas iban a las órdenes del espartano Evalas, mientras que el mando de las naves lo ejercía el perieco Diníadas. Estas naves se presentaron en Metimna, provocando en primer lugar la defección de esta ciudad, donde se quedaron cuatro de ellas; las restantes, a su vez, provocaron la sublevación de Mitilene.

23. A su vez, el navarco lacedemonio Antíoco partió de Cencreas con cuatro naves y de acuerdo con sus planes se

[12] Se trata de evitar que los terratenientes puedan acceder de nuevo a sus antiguos derechos y posesiones por medio de lazos de parentesco. Plutarco, *Vida de Teseo,* 13, nos recuerda alguna situación semejante.

presentó en Quíos. Dos días después de su llegada, las veinticinco naves atenienses que estaban a las órdenes de León y de Diomedes zarparon hacia Lesbos (León, en efecto, había venido con posterioridad desde Atenas con diez naves más) [13]. Por su parte, también Astíoco se hizo a la mar ese mismo día, hacia el atardecer, incorporando a sus naves una de Quíos, y se dirigió a Lesbos para prestar la ayuda que pudiera. Llegó primero a Pirra, y desde allí llegó a Ereso al día siguiente, donde tuvo noticias de que los atenienses habían tomado Mitilene al primer asalto. En efecto, los atenienses, tras haber efectuado la navegación de improviso, penetraron en el puerto y derrotaron a las naves quiotas. A continuación desembarcaron, y tras derrotar a las tropas que les salieron al encuentro, se apoderaron de la ciudad.

Astíoco fue informado de todo esto por los habitantes de Ereso y por las tripulaciones de tres naves quiotas que venían con Eubulo procedentes de Metimna; tales naves habían quedado allí por orden de Astíoco, y al ser tomada Mitilene se dieron a la fuga, encontrándose ahora con él. Se trataba de tres naves, pues una fue apresada por los atenienses. Ante todo ello, ya no se dirigió hacia Mitilene, sino que invitó a la sublevación a los eresios (procurando armas a su población) y envió por tierra hacia Antisa y Metimna a los hoplitas de sus naves, a cuyo frente puso a Eteónico. Por su parte, se puso a costear con sus naves y las tres de Quíos con la esperanza de que los metimnenses cobraran ánimos al verlo y perseveraran en su defección. Pero como en Lesbos no encontrara más que problemas, reembarcó a sus tropas y zarpó en dirección a Quíos. También las fuerzas aliadas de tierra, que debían dirigirse hacia el Helesponto, regresaron a sus respectivas ciudades. Después de todo esto llegaron a Quíos seis naves de los aliados peloponesios procedentes de Cencreas.

Los atenienses restablecieron en Lesbos la situación precedente, y desde aquí se dirigieron a Policna, emplazamiento que los clazomenios estaban fortificando en el continen-

[13] Estas diez nuevas naves, sumadas a las 16 de Diomedonte (capítulo 19) hacen un total de 26, y no 25 como afirma Tucídides. Tal vez estemos ante un texto mal transmitido.

te; la conquistaron y obligaron a éstos a volver a la isla, donde se encontraba su ciudad, excepto a los responsables de la defección, que huyeron a Dafnunte. Y Clazómenas pasó de nuevo al bando ateniense.

24. Durante este mismo verano, los atenienses que permanecían con sus veinte naves ancladas junto a Lada para bloquear Mileto efectuaron un desembarco en Panormo, en territorio milesio, y dieron muerte al arconte de los lacedemonios, Calcídeo, que les había salido al encuentro con un pequeño grupo de hombres. Dos días después pasaron de nuevo a tierra y erigieron un trofeo, que luego derribaron los milesios por haber sido levantado sin que los atenienses hubieran quedado como dueños del territorio.

Mientras tanto, León y Diomedonte, contando con las naves atenienses venidas de Lesbos, y tomando por base las islas Enusas (que están frente a Quíos), así como Sidusa, Teleo (que son dos fuertes con que contaban los atenienses en territorio de Eritras) y Lesbos, emprendieron una serie de operaciones navales contra Quíos. Llevaban como soldados de a bordo a los hoplitas que habían sido alistados según el censo obligatorio. Efectuaron un desembarco en Cardamila y derrotaron en Bolisco a los quiotas que les salieron al encuentro, a quienes infligieron importantes pérdidas, devastando las ciudades de la región. Obtuvieron una segunda victoria en Fanas y una tercera en Leuconio.

Después de esto, los quiotas ya no efectuaron ninguna otra salida contra ellos, de suerte que este floreciente país, que no había sufrido daños desde la época de las Guerras Médicas hasta entonces, sufrió la devastación a manos atenienses. Los habitantes de Quíos, en efecto, son los únicos junto con los lacedemonios que acertaron —según mis noticias— a ser al mismo tiempo prósperos y prudentes; y cuanto más importante se iba haciendo su ciudad, tanto más se consolidaba en ella la seguridad.

Y en cuanto a esta sublevación, a pesar de que en este caso concreto pueda parecer que no observó el comportamiento más seguro, no se atrevieron a afrontar tales peligros antes de haberse asegurado el concurso de muchos y valientes aliados, y de percatarse que ni siquiera los atenienses negaban ya, tras la derrota sufrida en Sicilia, que su situación

era por completo desesperada. Y si fueron víctimas de algunos de esos errores de cálculo que forman parte de la vida del hombre, fueron también otros muchos los que compartieron con ellos estos errores al calcular que el poderío de Atenas se desplomaría bruscamente.

Al encontrarse, pues, bloqueados por mar por los atenienses, y ver su territorio devastado, algunos intentaron que la ciudad se pasara al bando ateniense. En cambio los magistrados, cuando se percataron de la intención de éstos, no pasaron a la acción, sino que hicieron venir de Eritras al navarco Astíoco con las cuatro naves de que disponía, y buscaron con él la manera de poner fin al complot de la forma más moderada posible (bien tomando rehenes, bien mediante algún otro expediente). Así estaba la situación en Quíos.

25. Al final de este mismo verano llegaron a Samos, procedentes de Atenas, mil hoplitas atenienses, mil quinientos argivos (quinientos del total del contingente argivo eran tropas ligeras, equipadas luego con armas pesadas por los atenienses), así como mil hoplitas de los aliados con cuarenta y ocho naves, entre las cuales algunas eran transportes de tropas. Iban al frente de la expedición Frínico, Onomacles y Escirónides. Navegaron hasta Samos y cruzaron luego hacia Mileto, donde establecieron un campamento. Ochocientos hoplitas milesios, los peloponesios que acompañaban a Calcídeo, un contingente de mercenarios a sueldo de Tisafernes y el propio Tisafernes con su caballería, les salieron al encuentro y atacaron a los atenienses y sus aliados.

Los argivos, que ocupaban una de las alas, se lanzaron abiertamente al ataque y avanzaron un tanto desordenadamente, sintiendo gran desprecio por estos jonios, en la idea de que éstos no resistirían el ataque; sin embargo, fueron derrotados por los milesios y perdieron casi trescientos hombres. A su vez los atenienses vencieron en un primer momento a los peloponesios y rechazaron a los bárbaros y restantes tropas, pero no entraron en contacto con los milesios, ya que éstos —tras haber derrotado a los argivos— se habían retirado a su ciudad, a la vista de que el resto de sus tropas había huido. Entonces los atenienses tomaron posiciones ante los muros mismos de la ciudad de Mileto, en calidad ya de vencedores. Ocurrió pues, que en esta batalla,

los jonios se impusieron a los dorios en ambos bandos: los atenienses, en efecto, vencieron a los peloponesios apostados frente a ellos, y los milesios hicieron lo mismo con los argivos. Los atenienses erigieron un trofeo y se dispusieron a circunvalar la zona (que tiene forma de istmo) con un muro, en la idea de que si conseguían incorporar Mileto a su bando, las demás ciudades se pasarían fácilmente a ellos.

26. Mientras tanto, cuando ya caía la noche, les llegaron noticias de que las cincuenta y cinco naves procedentes del Peloponeso y de Sicilia estaban a punto de llegar. En efecto, los sicilianos (sobre todo era el siracusano Hermócrates quien más les instaba a participar a fin de aniquilar lo que quedaba del poderío ateniense) enviaron veinte naves siracusanas y dos de Selinunte; a éstas se habían incorporado las que los peloponesios habían estado equipando y que estaban ya listas.

Ambas escuadras fueron confiadas al lacedemonio Terímenes, con orden de llevarlas al navarco Astíoco. Recalaron primero en Leros, que es una isla situada delante de Mileto. Algo después, informados de que los atenienses estaban apostados frente a Mileto, dirigieron sus naves al golfo de Yasos, pues querían conocer la situación en Mileto. Se dirigieron entonces a Tiquiusa, una localidad del golfo en territorio milesio, donde vivaquearon. Allí acudió Alcibíades a caballo y ellos se informaron de la batalla que había habido (el propio Alcibíades, en efecto, había estado presente y había participado en ella al lado de los milesios y de Tisafernes); éste les aconsejó que si no querían arruinar la situación de Jonia y todos sus planes, acudieran cuanto antes en ayuda de Mileto y que no permitieran el bloqueo de la ciudad.

27. Así pues, éstos se disponían a acudir en auxilio tan pronto amaneciera. En cambio Frínico, el estratego ateniense, que había recibido desde Lero información exacta sobre las naves enemigas, y a pesar de que sus colegas querían seguir allí y librar una batalla naval decisiva, manifestó que no estaba dispuesto ni a hacerlo él ni a consentirlo a los demás, en la medida de sus fuerzas. En efecto, dado que la situación permitía presentar batalla más adelante (una vez se conociera con exactitud el número de las naves enemigas y con

cuántas se contaba para hacerles frente, tras haber efectuado los preparativos suficientes y con calma) jamás aceptaría, por temor a que le acusaran de deshonor, lanzarse a una aventura arriesgada. Efectivamente, no constituía un deshonor para los atenienses retirarse con su flota en el momento oportuno; mucho más vergonzoso sería resultar derrotados de cualquier manera. Es más, la ciudad no sólo quedaría expuesta al deshonor, sino a los más graves peligros. En efecto, tras los desastres que había sufrido, apenas podía permitirse (incluso en aquello en lo que disponía de los mayores medios) emprender por propia iniciativa un ataque en alguna parte, salvo en caso de extrema necesidad; mucho menos, por supuesto, lanzarse a una empresa arriesgada, cuando nadie le forzaba a ello.

Aconsejaba, por tanto, a los suyos recuperar cuanto antes a los heridos, reunir las fuerzas de infantería y todo el material que habían traído y (abandonando el botín que habían capturado en territorio enemigo, a fin de aligerar la carga de las naves) zarpar hacia Samos y efectuar desde allí, una vez reunidas todas las naves, sus ataques sobre los lugares que les parecieran convenientes. Y tal y como los convenció de ello lo puso en práctica. Tanto ahora como más adelante (y no sólo en esta ocasión, sino en cuantas otras intervino) Frínico dio muestras de ser hombre no carente de inteligencia.

De esta manera, pues, los atenienses, apenas caída la noche abandonaron Mileto dejando incompleta su victoria. Por su parte los argivos, irritados por la derrota, zarparon de inmediato de Samos en dirección a su patria.

28. Los peloponesios zarparon al amanecer desde Tiquiusa y penetraron en el puerto, donde permanecieron un día. Al día siguiente incorporaron las naves quiotas que, al ser perseguidas antes por el enemigo, se habían refugiado en el puerto con Calcídeo, y regresaron a Tiquiusa para recoger el material de guerra que en ella habían desembarcado. Cuando llegaron allí, se presentó Tisafernes con su ejército de infantería y les convenció a que marcharan con sus naves contras Yasos, donde se hallaba su enemigo Amorges. Cayendo de improviso sobre Yasos, ya que sus habitantes no esperaban sino que estas naves fueran atenienses, conquis-

taron la ciudad. En esta acción fueron sobre todo los siracusanos los que más sobresalieron.

Amorges, hijo bastardo de Pisutnes, que se había rebelado contra el Rey, fue hecho prisionero por los peloponesios, quienes lo entregaron a Tisafernes para que éste, si así quería, lo llevase ante el Rey de acuerdo con lo que se le había mandado. Las tropas saquearon Yasos, donde obtuvieron un copioso botín, ya que la región era desde antiguo muy rica.

Hicieron pasar a su bando a los mercenarios de Amorges y los enrolaron en sus filas sin causarles daño alguno, pues la mayoría era gente que procedía del Peloponeso. Entregaron a Tisafernes la ciudadela, junto a todos los prisioneros, tanto libres como esclavos, por cada uno de los cuales acordaron que recibirían una estatera dárica [14]; y a continuación regresaron a Mileto. Entre tanto, dado que los lacedemonios habían enviado como arconte de las tropas de Quíos a Pedarito, hijo de León, le hicieron ir por tierra hasta Eritras con los mercenarios de Amorges. Para el puesto de Mileto designaron a Filipo. Así concluyó este verano.

29. En el invierno siguiente, después de haber dejado una guarnición en Yasos, Tisafernes se dirigió a Mileto; y de acuerdo con la promesa hecha en Lacedemonia, distribuyó el sueldo de un mes a todas las naves a razón de una dracma ática por hombre; en cambio, para el futuro sólo quería pagar tres óbolos [15], hasta que la cuestión se tratara con el Rey. Y si éste lo ordenaba, afirmó que daría una dracma entera. Sin embargo, Hermócrates, el estratego siracusano protestó ante esta decisión. Por su parte, Terímenes (al no ser navarco y encontrarse a bordo sólo para entregar las naves a Astíoco) no mostró ninguna energía en esta cuestión de la soldada. Finalmente, se llegó al acuerdo de que Tisafernes abonara, a más de los tres óbolos a cada hombre, una cantidad equivalente a la de cinco naves más. En efecto, pagó cada mes treinta talentos para las cincuenta y cinco naves. Y en cuanto a las tripulaciones de las otras naves (aparte de es-

---

[14] En su *Anábasis* Jenofonte (I, 7) nos ha trasmitido la equivalencia de monedas siguientes: 3.000 estateras dáricas (o simplemente dáricos) = 10 talentos = 60.000 dracmas. Por tanto, cada dárico equivale a 20 dracmas.

[15] Es decir, media dracma.

tas cincuenta y cinco) se les pagó un sueldo calculado según esta misma proporción.

30. En este mismo invierno, los atenienses que estaban en Samos recibieron nuevos refuerzos provenientes de Atenas: treinta y cinco naves, bajo las órdenes de los estrategos Carmino, Estrombíquides y Euctemón. Reunieron las naves de Quíos y todas las demás, pues querían (una vez sorteado el mando) efectuar un bloqueo naval sobre Mileto y enviar un contingente de fuerzas navales y terrestres contra Quíos. Lo efectuaron de la siguiente manera: a Estrombíquides, Onomacles y Euctemón les correspondió por suerte marchar contra Quíos, adonde se dirigieron con treinta naves y algunos barcos de transporte, en los que embarcaron a una parte de los mil hoplitas que habían estado en Mileto. Los demás se quedaron en Samos con setenta y cuatro naves, dueños del mar, lanzando ataques contra Mileto.

31. Mientras tanto, Astíoco, que se encontraba entonces en Quíos reclutando rehenes para poner fin a la conspiración, interrumpió su tarea al enterarse de la llegada de las naves de Terímenes y de que la causa de los aliados había mejorado.

Tomó las diez naves peloponesias y las diez de Quíos y se hizo a la mar. Atacó Teleo, mas al no poderlo tomar prosiguió costeando hasta Clazómenas, donde ordenó a los partidarios de Atenas que se retiraran a Dafnunte y se pasaran a su bando. También impuso esta orden Tamo, que era lugarteniente de Jonia.

Al ver que los clazomenios no obedecían, Astíoco lanzó un ataque contra la ciudad (que carecía de murallas), pero al no poderla tomar se hizo de nuevo a la mar con un viento muy favorable rumbo a Focea y Cumas, mientras que las demás naves anclaron en las islas vecinas a Clazómenas; Maratusa, Pela y Drimusa. Permanecieron en ellas durante ocho días a causa de los vientos, tiempo en el que saquearon y consumieron parte de las provisiones que los clazomenios habían reunido allí, y el resto las embarcaron en sus naves, haciéndose a la mar en dirección a Focea y Cumas para unirse a Astíoco.

32. Mientras se encontraba en estos parajes, se presentaron unos embajadores venidos de Lesbos con intención de

provocar de nuevo una sublevación. Astíoco se dejó convencer con facilidad, pero como los corintios y los demás aliados no se mostraban muy dispuestos a causa del desastre pasado, levó anclas y zarpó rumbo a Quíos. Sus naves fueron desperdigadas por el temporal, aunque consiguieron llegar a Quíos cada una desde un lugar distinto.

Algo después Pedarito, que avanzaba por tierra desde Mileto, alcanzó Eritras y pasó con sus tropas a Quíos. Pudo disponer entonces de los aproximadamente quinientos soldados que habían venido en las cinco naves con Calcídeo, quien los había dejado allí tras haberlos equipado. Y como algunos lesbios le volvieran a prometer la sublevación de su patria, Astíoco comunicó a Pedarito y a los quiotas que era necesario acudir con las naves para sublevar Lesbos, ya que de este modo, o bien incrementarían el número de sus aliados, o al menos —en caso de no tener éxito— perjudicarían los intereses de Atenas. Pero ellos no le prestaron atención y Pedarito llegó a afirmar que no le confiaría las naves de los quiotas.

33. Entonces Astíoco tomó consigo las cinco naves corintias, una de Mégara y otra de Hermíone, a más de las que con él habían venido desde Laconia, y se dirigió a Mileto para hacerse cargo del mando de la flota, tras haber amenazado repetidas veces a los quiotas con que no acudiría en ayuda suya cuando la necesitaran. Recaló en Corico, en territorio de Eritras, y vivaqueó allí.

Por su parte, los atenienses, que desde Samos se dirigían por mar a Quíos con sus tropas, vinieron a anclar también en este lugar, aunque al otro lado del promontorio, separados por una colina, de modo que no se podían ver los unos a los otros. En el transcurso de la noche llegó una carta enviada por Pedarito, en la que se decía que unos prisioneros de Eritras (a quienes el enemigo había dejado en libertad en Samos a cambio de entregarles la ciudad) acababan de llegar a Eritras; ante ello Astíoco partió de nuevo inmediatamente por mar con destino a Eritras, y fue precisamente esto lo que le evitó caer en medio de la flota ateniense.

También Pedarito efectuó la travesía para unírsele, y tras efectuar ambos una investigación sobre los presuntos responsables de la traición, se descubrió que todo ello había

sido un pretexto urdido para conseguir escapar de Samos; absolvieron a los inculpados y a continuación se hicieron de nuevo a la mar, uno en dirección a Quíos y el otro a Mileto, de acuerdo con sus planes.

34. Entretanto, las tropas atenienses que venían costeando desde Corico se encontraron, a la altura de Argino, con tres naves de carga de Quíos. Tan pronto las divisaron se pusieron a perseguirlas. Pero al sobrevenir una violenta tempestad, las naves de Quíos a duras penas consiguieron refugiarse en su puerto, mientras que de las naves atenienses, las tres que más se habían adelantado, resultaron averiadas y vinieron a salir a tierra en las proximidades de la ciudad de Quíos. La tripulación fue en parte hecha prisionera y en parte murió. De otro lado, el resto de las naves se refugió en el puerto llamado Fenicunte, al pie del monte Mimante. A continuación fueron desde allí a fondear a Lesbos, donde hicieron los preparativos para la fortificación.

35. Este mismo invierno zarpó del Peloponeso el lacedemonio Hipócrates con diez naves de Turio —que iban a las órdenes de Dorieo, el hijo de Diágoras, y de otros dos colegas— una de Laconia y otra de Siracusa, y navegó hasta Cnido, ciudad que ya había hecho defección ante las presiones de Tisafernes. Cuando los que estaban en Mileto se enteraron de la llegada de éstos, les ordenaron que con la mitad de las naves montasen guardia en Cnido y que con las demás —apostándolas en Triopio— capturaran los barcos de carga que allí recalasen procedentes de Egipto. Triopio es un promontorio saliente en territorio de Cnido, y alberga un santuario de Apolo.

Sin embargo, los atenienses, enterados de esto, zarparon de Samos y capturaron las seis naves que montaban guardia en Triopio. Sus tripulantes consiguieron escapar. A continuación los atenienses se dirigieron a Cnido y atacando la ciudad (que carecía de murallas) estuvieron a punto de tomarla. Al día siguiente la atacaron de nuevo, pero como los enemigos la habían fortificado durante la noche, además de que se les habían unido las tripulaciones que habían escapado de las naves de Triopio, los atenienses no les causaron tantos daños como antes; por tanto se retiraron de allí y tras ha-

ber saqueado el territorio de los cnidios zarparon para Samos.

36. Por estas fechas llegó Astíoco a Mileto para asumir el mando de la flota; los peloponesios disponían a la sazón y en abundancia de todo lo que un ejército necesita. En efecto, se abonaba un sueldo satisfactorio y los soldados disfrutaban del abundante botín recogido en Yasos; además, los milesios contribuían de buen grado a las cargas de la guerra.

Sin embargo, los peloponesios estimaban que el primer tratado con Tisafernes —el que éste hizo con Calcídeo— era insuficiente y desfavorable a sus intereses, así que, mientras aún estaba Terímenes allí, estipularon un nuevo tratado, que es el siguiente:

37. «Tratado entre los peloponesios y sus aliados y el rey Darío, los hijos del Rey y Tisafernes; haya paz y amistad en la siguientes condiciones:

Cuantos territorios y ciudades son del rey Darío o pertenecieron a su padre o a sus antepasados, ni los lacedemonios ni los aliados de los lacedemonios dirigirán sus ataques contra ellos ni les causarán daños; ni reclamarán tributo de estas ciudades ni los lacedemonios ni los aliados de los lacedemonios.

Ni el rey Darío ni sus súbditos dirigirán sus ataques contra los lacedemonios ni sus aliados ni les causarán daños.

Si los lacedemonios y sus aliados necesitan algo del Rey, o el Rey de los lacedemonios y de sus aliados, ejecuten correctamente ambas partes cualquier promesa que se hayan hecho los unos a los otros.

Conducirán ambas partes en común la guerra contra los atenienses y sus aliados; y si acuerdan la paz, se hará de común acuerdo por ambas partes.

Todas las tropas que se encuentren en territorio del Rey, en tanto que reclamadas por el Rey, serán mantenidas a expensas del Rey.

Si cualquier ciudad de las comprendidas en este tratado estipulado con el Rey atacara el territorio del Rey, las demás tratarán de impedírselo y ayudarán al Rey en la medida de lo posible. Y si alguno de los que habitan en territorio del Rey o algún súbdito del Rey atacara el territorio de los lace-

demonios o de sus aliados, el Rey tratará de impedírselo y les ayudará en la medida de lo posible.»

38. Una vez concluido este tratado, Terímenes transfirió las naves a Astíoco, zarpó en una pequeña embarcación, y no se le volvió a ver. Mientras tanto, los atenienses de Lesbos, que habían cruzado ahora a Quíos con sus tropas y controlaban la situación tanto por tierra como por mar, se dedicaban a fortificar Delfinio [16], una plaza ya bien defendida por tierra, provista de buenos puertos y a no mucha distancia de la ciudad de Quíos. Por su parte, los quiotas, que ya habían sufrido varias derrotas en las numerosas batallas anteriores, se hallaban muy lejos de mostrarse de acuerdo entre sí; en efecto, dado que Pedarito había mandado ejecutar a Tideo, hijo de Ión, y sus partidarios, bajo la acusación de ser filoatenienses, y que el resto de los ciudadanos vivían mal de su grado sometidos a un régimen oligárquico, experimentaban recíprocos recelos y se abstenían de tomar iniciativas; por todo lo cual ni ellos mismos ni las tropas de refuerzo de Pedarito se hallaban en situación de hacer frente al enemigo. No obstante, enviaron unos emisarios a Mileto solicitando de Astíoco que viniera a socorrerlos, mas como éste no les hizo caso, Pedarito envió una carta a Lacedemonia quejándose del comportamiento incorrecto de aquél. Así estaba la situación en Quíos para los atenienses; mientras tanto, sus naves con base en Samos lanzaban ataques contra las de Mileto, pero como éstas no salían a su encuentro, regresaron a Samos y no se movieron de allí.

39. En este mismo invierno las veintisiete naves que los lacedemonios habían equipado para Farnabazo, merced a las gestiones que efectuaran Calígito de Mégara y Timágoras de Cícico, zarparon del Peloponeso y se dirigieron a Jonia en la época del solsticio. Como Arconte embarcó el espartano Antístenes [17]. Los lacedemonios enviaron junto a Astíoco, y como consejeros suyos, a once espartanos, uno de los cua-

---

[16] El emplazamiento de Delfinio ha sido identificado, gracias a la aparición de restos cerámicos del siglo v, en unas excavaciones a 15 kilómetros al Norte de la ciudad de Quíos.

[17] Es posible que se trate del mismo personaje que aparece citado en las *Helénicas* de Jenofonte, III, 2, enviado por los espartanos a Dercilida en el año 398.

les era Licas, hijo de Arcesilao, a quienes se les había dado instrucciones de que una vez estuvieran en Mileto adoptaran las medidas que mejor les parecieran, y en particular la de enviar a Farnabazo, en el Helesponto, estas naves (todas ellas, o algunas más o algunas menos —según estimaran oportuno—) a las órdenes de Clearco, hijo de Ranfias, que les acompañaba en la expedición. En cuanto a Astíoco (si a los once espartanos así les parecía) podían destituirlo de su cargo de navarco y sustituirlo por Antístenes, pues a causa de la carta de Pedarito les resultaba sospechoso. Estas naves, pues, navegando en mar abierto a partir del promontorio de Malea, recalaron en Melos, donde se toparon con diez naves atenienses: capturaron tres de ellas sin sus tripulaciones y les prendieron fuego. Pero después de esto, temiendo que las naves atenienses que habían escapado de Melos informaran de su expedición —como en efecto ocurrió— a los de Samos, se dirigieron hacia Creta, y alargando por precaución su travesía, recalaron en Cauno, en Asia. Considerándose ya aquí en seguro, enviaron un mensaje a la flota de Mileto a fin de que vinieran a hacerles escolta en su cabotaje.

40. Por estas mismas fechas, los quiotas y Pedarito continuaban enviando mensajes a Astíoco, a pesar de la poca diligencia que éste demostraba, rogándole acudiera en su ayuda con todas las naves, en tanto que estaban asediados, y que no permitiera que la más importante ciudad aliada de Jonia quedase bloqueada por mar y devastada por las incursiones terrestres de pillaje. En efecto, los esclavos eran muy numerosos en Quíos —habían llegado a alcanzar una cifra no igualada por ninguna otra sola ciudad, si se exceptúa Esparta—, y como además sufrían castigos más severos debido a su gran número, una vez que el ejército ateniense pareció estar más firmemente establecido con ayuda de las fortificaciones, en su mayor parte desertaron acto seguido al bando ateniense, siendo además gracias al conocimiento del terreno quienes más graves daños infligieron.

Los de Quíos, pues, insistieron en que debía acudir Astíoco en su ayuda ahora que todavía había esperanzas y posibilidad de oponerse al enemigo, en tanto que aún se hallaba inconclusa la fortificación de Delfinio, así como los trabajos de construcción de un recinto fortificado más extenso des-

tinado a proteger el campamento y las naves. Entonces Astíoco, a pesar de que no tenía intención de hacerlo a causa de su anterior amenaza, se decidió a prestar auxilio en vista de que los aliados estaban vivamente interesados en ello.

41. Mientras tanto llegaron noticias desde Cauno en el sentido de que se encontraban allí las veintisiete naves y los consejeros lacedemonios. Y considerando que cualquier otra empresa debía pasar a segundo plano ante esta obra de escoltar a un número tan considerable de naves, con vistas a asegurarse el más amplio dominio del mar, y de garantizar la seguridad del viaje de aquellos lacedemonios que habían venido en calidad de inspectores de la situación. Astíoco renunció inmediatamente a la expedición a Quíos y se dirigió hacia Cauno. Según navegaba costeando efectuó un desembarco en Cos Merópide; y como la ciudad carecía de murallas, había sido destruida por el más violento terremoto de cuantos tenemos memoria, y sus habitantes habían buscado refugio en las montañas, la saqueó completamente. Realizó varias incursiones por la región en busca de botín, aunque respetó a los hombres libres, a quienes dejaba marchar.

Procedente de Cos llegó a Cnido durante la noche, donde se vio obligado, a instancias de los cnidios, a no desembarcar a sus marineros y a dirigirse inmediatamente, según venía, contra las veinte naves atenienses con las que Carmino, uno de los estrategos de Samos, estaba apostado en espera de estas veintisiete naves que venían del Peloponeso y a cuyo encuentro iba el propio Astíoco. Los atenienses de Samos, en efecto, habían recibido noticias de su llegada procedentes de Melos y habían encargado a Carmino vigilarlas en las proximidades de Sima, Calca, Rodas y las costas de Licia, pues sabía que se encontraban ya en Cauco.

42. Así pues, Astíoco se dirigió, según venía, hacia Sime, antes de que se percataran de su presencia, a fin de sorprender en algún punto de alta mar a las naves, pero la lluvia y el cielo nuboso provocaron la dispersión y la confusión de la flota en medio de la oscuridad. Al amanecer, encontrándose la flota dispersa acá y allá, con el ala izquierda visible ya para los atenienses y la derecha aún errática en torno a la isla, Carmino y los atenienses se lanzaron sobre ella a toda prisa, con sólo una parte de las veinte naves de que dispo-

nían, creyendo que se trataba de las naves que venían de Caunos y a cuyo acecho estaban. Cayeron de súbito sobre ellas y hundiendo tres, dañaron algunas otras, obteniendo la victoria en esta acción hasta que, inesperadamente, apareció ante ellos el grueso de la flota y quedaron copados por todas partes. A continuación emprendieron la retirada y perdieron seis naves, mientras que con el resto se refugiaron en la isla de Teutlusa, desde donde marcharon a Halicarnaso.

Después de esto, los peloponesios llegaron a Cnido, y al incorporárseles las veintisiete naves procedentes de Cauno, se hicieron a la mar con todas las naves en dirección a Sime, donde erigieron un trofeo. Luego regresaron a Cnido y anclaron.

43. Por su parte, los atenienses, al tener noticia de la batalla naval se dirigieron a Samos con todas las naves que tenían en Sime; pero ni atacaron a la flota que estaba en Cnido ni fueron atacados por ésta. Recogieron los pertrechos de las naves que habían dejado en Sime, recalaron en Lórimas, en el continente, y regresaron a Samos.

Una vez congregadas todas las naves peloponesias en Cnido, procedieron a reparar las que lo necesitaban, mientras los once comisionados lacedemonios mantuvieron conversaciones con Tisafernes (que había acudido allí) tanto sobre algunos hechos ya sucedidos (ciertos aspectos de ellos no fueron de su agrado) como sobre la mejor manera de conducir la guerra en el futuro de acuerdo con los intereses de ambas partes. Era Licas quien más detalladamente examinaba la situación real, y afirmó que ninguno de los dos tratados —ni el de Calcídeo ni el de Terímenes— eran satisfactorios. Por el contrario, resultaba escandaloso que el Rey pretendiese ejercer su dominio ahora sobre todos los territorios que habían estado anteriormente bajo su dominio o el de sus antepasados, ya que ello implicaba de nuevo la sumisión de todas las islas, así como de Tesalia, Lócride y todo el territorio hasta Beocia, de suerte que los lacedemonios, en vez de traer a Grecia la libertad, les estarían imponiendo el dominio del medo.

Así pues, solicitaba se estipulase un tratado nuevo y en condiciones más satisfactorias; pues de otra manera, ni aceptaban éstos ni sentían ninguna necesidad de contar con los sub-

sidios medos en tales condiciones. Tisafernes, enojado, se apartó de ellos, preso de ira y sin haber logrado nada.

44. Por su parte, ellos tenían la intención de zarpar hacia Rodas, reclamados por algunos rodios de la clase influyente, pues confiaban en atraerse a su bando a esta isla, que gozaba de notable influencia tanto por el gran número de marineros como por sus fuerzas de tierra. Confiaban además con ser capaces, gracias a los recursos de esta alianza, de mantener por sí mismos la escuadra sin pedir dinero a Tisafernes. Así pues, zarparon al punto de Cnido, en este mismo invierno, y recalaron en primer lugar con noventa y cuatro naves en Camiro, en territorio rodio. Aterrorizaron a la mayor parte de sus habitantes que, desconocedores de la situación real, emprendieron la fuga, dado sobre todo que la ciudad carecía de murallas. A continuación los lacedemonios convocaron a una asamblea a los habitantes de Camiro, así como a los de otras dos ciudades, Lindo y Yaliso, y persuadieron a los rodios a hacer defección de Atenas. Así pasó Rodas al bando peloponesio.

Por su parte los atenienses, informados entonces de la situación, se hicieron a la mar con la flota de Samos, con la intención de adelantarse al enemigo, pero fueron divisados en alta mar. Y al llegar con un cierto retraso, se retiraron de momento hacia Calca y desde allí a Samos. Más adelante hacían la guerra contra los rodios lanzando sus incursiones desde Calca, Cos [y desde Samos][18]. Por su parte, los lacedemonios impusieron a los rodios una exacción de treinta y dos talentos[19]; por lo demás sacaron sus naves a tierra y se mantuvieron inactivos durante ochenta días.

45. Por estas fechas, e incluso con anterioridad a que ellos partieran hacia Rodas, tuvieron lugar los acontecimientos siguientes. Alcibíades, tras la muerte de Calcídeo y de la batalla de Mileto, apareció como sospechoso ante los pelo-

---

[18] Son varios los editores que, siguiendo a Classen, secluyen este término basándose en el hecho de que la isla de Samos está a demasiada distancia de Rodas para que de ella pudieran partir incursiones navales del tipo aquí descrito.

[19] La cantidad que los rodios solían pagar a Atenas oscilaba entre 35-40 talentos, de modo que al menos bajo esta consideración parece que los rodios no mejoraron mucho su situación financiera.

ponesios; llegaron los lacedemonios incluso a enviar una carta a Astíoco con órdenes de matarlo (en efecto, además de ser malquisto por Agis, resultaba también indigno de confianza por otras razones)[20].

Sintió miedo y fue a refugiarse primeramente junto a Tisafernes, dedicándose acto seguido a perjudicar lo más posible los intereses de los peloponesios. Pasó a ser su consejero universal y le aconsejó redujera el sueldo de los soldados de una dracma ática a tres óbolos, abonados además no regularmente. Aconsejaba a Tisafernes que les dijera que los atenienses, cuya experiencia con la marinería era mucho más antigua que la de ellos, no abonaban más que tres óbolos a sus tripulaciones, y ello no tanto por falta de dinero como para evitar que sus marineros se insolentaran con el exceso de dinero (exponiéndose unos a arruinar su salud en aquel tipo de gastos que acarrean enfermedades y los otros a desertar de las naves al no existir la garantía del sueldo que se les adeudaba). Le instruyó sobre la manera de convencer mediante soborno a los trierarcos y estrategos de las ciudades para que se mostraran de acuerdo con sus planes. La única excepción fueron los siracusanos, en cuanto que su estratego Hermócrates fue el único que se le opuso en nombre de toda la alianza. Personalmente él se encargó de rechazar la solicitud de dinero de ciertas ciudades aliadas, respondiendo en nombre de Tisafernes que los quiotas eran la gente más sinvergüenza, pues siendo los más ricos de entre los griegos y disponiendo de protección por parte de tropas extranjeras, todavía pretendían que fueran otros hombres los que arriesgaran sus vidas y su hacienda por la libertad de ellos. Y respecto a las demás ciudades que antes de la revuelta pagaban sus tributos a los atenienses, decía que su comportamiento era injusto si no se mostraban dispuestas ahora a destinar una cantidad igual y aun mayor en su propio interés. Justificó, en fin, que Tisafernes escatimara ahora los gastos, ya que sostenía la guerra con su propio peculio,

[20] Amén de otras razones políticas (aquí Tucídides no es suficientemente explícito) pudo haber motivos personales en el caso del rey Agis, cuya mujer, Timea, acababa de tener un hijo (luego llamado Leotíquides) cuya paternidad cabía imputarse al propio Alcibíades.

y que si alguna vez llegaban recursos de parte del Rey, se les reintegraría entonces a ellos su sueldo completo y ayudaría a las ciudades de manera razonable.

46. Exhortaba también a Tisafernes a que no se diera prisa en concluir la guerra y a que no buscara conceder la supremacía por tierra y por mar a una misma potencia (haciendo venir las naves fenicias que se estaban equipando o contratando a sueldo a un número mayor de griegos); por el contrario, debía dejar que ambos contendientes se repartieran el poder en sus respectivos campos y permitir así que el Rey pudiera en cada ocasión llevar a cualquiera de los dos contra el que le resultara más molesto.

Ya que si el dominio por mar y por tierra llegaban a confluir en un mismo bando, tendría dificultades en encontrar aliados para abatir a quienes poseyeran la supremacía, a menos que tuviera la intención de alzarse él mismo un día, con grandes dispendios y grandes riesgos, para dar la batalla final. Mucho más económico resultaba lo siguiente: dejar que los griegos se agotaran entre sí, no teniendo que contribuir más que con una pequeña parte del gasto y desde una posición de gran seguridad para sí mismo. Afirmaba además que los atenienses representaban la potencia más idónea para compartir con él el imperio, ya que aspiraban sólo muy moderadamente al dominio terrestre, y también porque su proyecto y su modo de ejecutar la guerra coincidían con sus intereses. En efecto, los atenienses unidos a los persas someterían bajo su dominio las zonas próximas al mar, y bajo dominio del Rey a los griegos instalados en su territoro; en cambio los lacedemonios vendrían, por el contrario, a liberar estos territorios. Y no era verosímil que después de haber liberado los lacedemonios a estos griegos del yugo de otros griegos, fueran a renunciar a liberarles de ellos [de unos bárbaros], a menos que el Rey encontrara en algún momento la manera de eliminarlos.

Por tanto, le exhortaba a dejar primero que ambos bandos se desgastaran y que luego, una vez reducida al máximo la potencia de Atenas, expulsara del territorio a los peloponesios. Por su parte Tisafernes pensaba de manera muy parecida, a menos según cabe conjeturar por su comportamiento. Concedió en efecto a Alcibíades la máxima confianza, por

entender que le había aconsejado correctamente en este asunto; procuraba irregularmente los subsidios a los peloponesios y no les dejaba entablar combate naval. Diciéndoles que las naves fenicias estaban a punto de llegar y que entonces podrían combatir con ventaja, comprometía su situación, y anuló la eficacia del mejor momento de su flota, que había llegado a ser verdaderamente enorme. Además, desde cualquier punto de vista y de modo demasiado claro para pasar desapercibido, participaba en la guerra sin grandes entusiasmos.

47. Alcibíades daba estos consejos a Tisafernes y al Rey, con quienes vivía, fuera porque creía que era lo que mejor podía aconsejarles, fuera porque preparaba su propio regreso a su patria, pues sabía que si no provocaba su ruina, tendría él algún día la posibilidad de convencerla para que le reclamara. A su juicio, la mejor manera de llegar a convencerla consistía en hacerle ver que era amigo de Tisafernes. Y así ocurrió realmente. En efecto, los soldados atenienses que estaban en Samos se enteraron de que ejercía una gran influencia sobre él; además, por su parte, Alcibíades estableció contacto con los individuos más influyentes a fin de que en su nombre recordaran a los más nobles ciudadanos que su deseo era regresar bajo un régimen oligárquico, en vez de en este malvado régimen democrático que le había exiliado, para vivir entre sus conciudadanos tras haberles granjeado la amistad de Tisafernes. Por todo esto, y sobre todo por sus sentimientos personales, los trierarcos y los atenienses más influyentes de cuantos se hallaban en Samos estaban resueltos a derribar la democracia.

48. Este movimiento surgió primero entre el ejército, y desde aquí alcanzó luego la ciudad. Algunos, pasando desde Samos al continente, entraron en conversaciones con Alcibíades, y como éste les prometiera la amistad primero de Tisafernes y luego la del Rey con la condición de que no estuviera vigente el régimen democrático (ya que así aumentaría la confianza del Rey), los ciudadanos más influyentes —que eran precisamente los que mayores contribuciones soportaban— concibieron grandes esperanzas de reconquistar para sí mismos el poder, y de vencer a los enemigos. Una vez de regreso a Samos se pusieron a preparar con sus par-

tidarios una conjura, y decían abiertamente a la masa del pueblo que el Rey sería su amigo y que les proporcionaría dinero, una vez que estuviera de regreso Alcibíades y no mantuvieran el régimen democrático.

Por su parte, la masa, aunque en un primer momento se mostró molesta por lo que se tramaba, se mantuvo tranquila ante las bellas expectativas del sueldo pagado por el Rey; de otro lado, los promotores del movimiento oligárquico, tras haber puesto al corriente de todo a la masa, se dedicaron a estudiar entre sí, y con la mayor parte de los miembros de su facción, las propuestas de Alcibíades.

Todos las encontraron ventajosas y dignas de confianza, excepto Frínico, que aún seguía siendo estratego, a quien no agradaron en absoluto. Le parecía, por el contrario —como en realidad era— que a Alcibíades no le interesaba más la oligarquía que la democracia, sino que sólo atendía a ver la manera de cambiar el actual ordenamiento de la ciudad para poder regresar a ella reclamado por sus partidarios. Y que en cambio, lo que ellos debían procurar sobre todo era que no surgieran luchas internas. Por otra parte, al Rey no le convenía (ahora que los peloponesios habían conseguido ser sus iguales en el mar y disponían de ciudades de importancia en el territorio de su imperio) pasarse al bando de los atenienses —de quienes no se fiaba— y buscarse complicaciones, ya que le era posible hacerse amigo de los peloponesios, de quienes no había recibido hasta ahora daño alguno.

Finalmente, en cuanto a las ciudades aliadas (a las que, en efecto, había prometido un régimen oligárquico, ya que ellos mismos no iban a gobernarse democráticametne) dijo que sabía muy bien que ni se pasarían al bando ateniense aquéllas que habían hecho defección, ni afianzarían los lazos de alianza las que quedaban. Tales ciudades, en efecto, rehusarían ser esclavas tanto con un régimen oligárquico como con uno democrático, por preferir la libertad con cualquiera de uno de ellos. Y en cuanto a los que venían en llamarse hombres nobles y de bien, pensaban estas ciudades que no les procurarían menos problemas que el partido del pueblo, desde el momento en que estos tales eran los impulsores e inductores de proyectos malos para el pueblo, y de los que

ellos obtenían muy buenos provechos. En efecto, bajo el régimen de éstos, sería el reino de la violencia y de las muertes arbitrarias; mientras que un régimen democrático ofrecía garantías a los ciudadanos y suponía un freno para los oligarcas.

Las ciudades conocían todo esto por experiencia directa, y Frínico sabía con certeza que era así como pensaban. Así que, al menos a él, no le agradaban ni las propuestas de Alcibíades ni nada de lo que en el momento presente se estaba haciendo.

49. Sin embargo, los conjurados que se habían reunido, aceptaron, de acuerdo con lo que al principio les había parecido bien, lo que ahora se les proponía, y se dispusieron a enviar a Atenas como embajadores a Pisandro y a otros más, para que negociaran el regreso de Alcibíades y la abolición de la democracia en la ciudad, así como para hacer a Tisafernes amigo de los atenienses.

50. Por su parte Frínico, que sabía que se iba a tratar el asunto del regreso de Alcibíades y que los atenienses lo iban a aprobar, sintió miedo por haberse manifestado en contra, ya que si efectivamente aquél regresaba, buscaría causarle daño a causa de su oposición. Así que recurrió a lo siguiente: envió a Astíoco, el navarco de los lacedemonios, que en aquel momento aún se encontraba en la zona de Mileto, un mensaje secreto en el que le participaba que Alcibíades comprometía la situación de los lacedemonios procurando hacer a Tisafernes amigo de los atenienses; y le describía todos los detalles con claridad. Pensaba que sabrían disculparle el que persiguiera así —incluso en detrimento de la ciudad— a su adversario.

Pero Astíoco, sin pensar ni un solo momento castigar a Alcibíades (además de que éste ya no se ponía al alcance de sus manos al igual que antes), acudió a Magnesia para entrevistarse con él y al mismo tiempo con Tisafernes, y les reveló no sólo la carta que había recibido de Samos, sino que actuó de delator. No obstante, se dice que por intereses personales se declaró partidario de Tisafernes en este asunto y en algunos otros. Y fue éste el motivo por el que se opuso con muy poca firmeza al asunto de la reducción del sueldo.

A su vez, Alcibíades envió a toda prisa a quienes ejercían

el poder en Samos una carta contra Frínico en la que explicaba todo lo que éste había hecho, reclamando en ella se le condenara a muerte. Entonces Frínico, asustado al máximo ahora a causa del extremo peligro al que le exponía esta denuncia, envió una nueva misiva a Astíoco reprochándole el hecho de que no hubiera mantenido bien en secreto lo de antes, y al mismo tiempo ofrecía a los peloponesios la posibilidad de aniquilar por completo a las fuerzas atenienses que se encontraban en Samos. Con todo detalle le narraba la manera de realizar la empresa, dado que Samos carecía de fortificaciones. Y añadía que, ahora que su vida estaba amenazada por causa de cuanto había hecho en pro de ellos[21], no se le podía reprochar que hiciera esto y cualquier otra cosa antes que caer bajo los golpes de sus peores enemigos. Por su parte Astíoco también denunció todo esto a Alcibíades.

51. Pero Frínico, que presentía el comportamiento desleal de aquél, así como la inminente llegada de una carta de parte de Alcibíades a este propósito, tomó la iniciativa y anunció al ejército que los enemigos se disponían, en vista de que Samos carecía de murallas y de que las naves no estaban ancladas en el puerto, a atacar su campamento; que él estaba perfectamente informado de esto, y que por tanto era necesario fortificar cuanto antes Samos y mantenerse en alerta general. Dado que era estratego, tenía autoridad para tomar estas medidas. Así pues, comenzaron éstos los trabajos de fortificación, de modo que Samos —que en cualquier caso iba a ser amurallada— lo fue mucho antes. Poco después llegó la carta de Alcibíades, en la que se acusaba a Frínico de haber traicionado al ejército y que los enemigos estaban listos para atacar. Pero como Alcibíades daba la impresión de no ser digno de crédito, sino que al conocer de antemano los planes del enemigo le achacaba a Frínico ser cómplice de ellos, movido por odio personal contra él, no

[21] En el texto griego se dice literalmente *di'ekeínous.* La opinión de los filólogos se divide a la hora de precisar quiénes son «aquéllos». Por ejemplo, Classen y Goodhart interpretan que son los «peloponesios» (y a ellos se suma Madamme de Romilly). En cambio, Poppo y Stahl entienden que se refiere a Astíoco y Alcibíades. Finalmente, otros afirman —entre ellos Adrados y M. Moggi— que los aquí aludidos son los atenienses.

logró ocasionarle daño alguno, sino que por el contrario sirvió para confirmar más bien el aviso de éste, en cuanto que Alcibíades dijo exactamente lo mismo.

52. Después de esto, Alcibíades continuó actuando cerca de Tisafernes, tratando de convencerle para que se hiciera amigo de los atenienses; éste, aunque seguía temiendo a los peloponesios porque disponían allí de mayor número de naves que los atenienses, aún se encontraba proclive a dejarse convencer, en caso de que la cosa aún fuera posible, sobre todo después de haber constatado la hostilidad que los peloponesios habían manifestado en Cnido a propósito del tratado concertado por Terímenes (el asunto se remontaba al tiempo en que aquéllos se encontraban en Rodas)[22]. En aquellas circunstancias, Licas confirmó las palabras que Alcibíades había pronunciado anteriormente a propósito de que los lacedemonios pretendían liberar a todas las ciudades, pues afirmó que era inadmisible un acuerdo en el que estuviera estipulado que el rey podía ejercer su autoridad sobre las ciudades sobre las que en otro tiempo él o sus antepasados habían imperado. En conclusión, Alcibíades, como hombre que apostaba fuerte, adulaba y presionaba a Tisafernes con gran empeño.

53. Entretanto Pisandro y los demás embajadores atenienses que habían partido de Samos llegaron a Atenas y hablaron delante del pueblo, exponiendo un resumen de los principales argumentos: especialmente el de que podían, invitando a Alcibíades a regresar y no gobernándose por un régimen democrático como el de ahora[23], tener como aliado al Rey y derrotar a los peloponesios.

Pero fueron muchos los que se pronunciaron en contra de la modificación del sistema democrático, y los enemigos de Alcibíades protestaban a voz en grito que sería un gran escándalo que éste pudiera regresar después de haber vio-

---

[22] En este pasaje hay problemas de sintaxis y de cronología. Es probable incluso que estemos ante un texto que el propio Tucídides escribió provisionalmente, con intención de volver más tarde sobre él.

[23] En el capítulo 48 (cuando se preparaban los planes involucionistas en la isla de Samos) se ha hablado abiertamente y sin eufemismos de abolir y derribar la democracia; en cambio ahora el lenguaje adquiere una expresión más moderada en boca de Pisandro.

lado las leyes, e incluso los Eumólpidas y Cérices[24], apelaron a los Misterios —que había sido la causa por la que se le había desterrado— y se opusieron en nombre de los dioses a que lo repatriaran. Entonces Pisandro se acercó a la tribuna para hacer frente a tan gran oposición y descontento y empezó a citar y a preguntar uno por uno a los opositores si había alguna esperanza de salvación para la ciudad, ahora que los peloponesios tenían en el mar un número de naves prestas al ataque no menor que las suyas, contaban con mayor número de ciudades aliadas y con que el propio Rey y Tisafernes les estaban proporcionando dinero, mientras que ellos carecían de él, a menos que alguien consiguiera persuadir al Rey a que se pasara al bando de Atenas. Y una vez que, al hacerles esta pregunta, contestaran negativamente, les dijo ya abiertamente:

«Pues bien, no nos será posible obtener tal alianza si no nos gobernamos con mayor moderación y no confiamos los cargos a un número más reducido de ciudadanos, con vistas a que el Rey confíe en nosotros. Y no debemos deliberar ahora más sobre la forma de gobierno (ya que podremos, con el paso del tiempo, modificar lo que menos nos guste de ella) cuanto sobre nuestra salvación, y sobre que tenemos que repatriar a Alcibíades, que es el único que en la actualidad puede llevar a la práctica este proyecto.»

54. Al oírle el pueblo, al principio mostró cierta repugnancia ante la idea de la oligarquía, pero al demostrarles claramente Pisandro que no había otro medio de salvación sintió miedo, y cedió, dado además que se esperaba poder modificar más adelante la situación. Y aprobaron que Pisandro y otras diez personas más acudieron a tratar con Tisafernes y con Alcibíades de la manera que más conveniente les pareciera. Al mismo tiempo, como Pisandro había hecho algunas acusaciones contra Frínico, el pueblo le destituyó de su puesto de mando, así como también a su colega Escirónides, y en su lugar enviaron como jefes de la flota a Diomedonte y León. Pisandro, en efecto, había acusado a Frínico de haber entregado a traición Yasos y Amorgos y por ello estima-

[24] Ambas familias, la de los Eumólpidas y la de los Cérices («los heraldos») estaban vinculadas estrechamente a los misterios de Eleusis.

ba que no era la persona más indicada para negociar con Alcibíades. Así pues, Pisandro entró en contacto con todas las sociedades secretas [25] (que existían ya desde antes en la ciudad para intervenir en los procesos y en las elecciones de magistrados) y las exhortó a que se unieran y se pusieran de acuerdo para derribar el régimen democrático. Y después de haber tomado todas las medidas ante la situación del momento, con vistas a que no se perdiera más tiempo, emprendió junto a los diez ciudadanos su periplo en busca de Tisafernes.

55. En el transcurso de este mismo invierno, una vez que León y Diomedonde se habían reunido ya con la flota ateniense, lanzaron un ataque contra Rodas. Y al encontrarse con que las naves de los peloponesios estaban varadas, efectuaron un desembarco y derrotaron en batalla a los rodios que acudieron a defenderse. Se retiraron luego a Calca [26] y a partir de ese momento continuaron haciendo la guerra desde ella más que desde Cos, ya que así les resultaba más fácil la vigilancia, en el caso de que la flota de los peloponesios se hiciera a la mar en cualquier dirección.

A su vez, también apareció en Rodas el lacedemonio Jenofóntidas, enviado desde Quíos por Pedarito, diciendo que ya estaba concluida la fortificación de los atenienses [27], y que si no acudían con todas las naves a prestar socorro, sus intereses en Quíos se perderían. Los peloponesios, entonces, pensaron acudir allí. En el ínterin el propio Pedarito y el contingente de tropas auxiliares con que contaba, a más de las fuerzas de Quíos, lanzaron un ataque conjunto contra la fortificación que protegía a las naves atenienses, tomaron una parte de ella y se apoderaron de algunas naves que estaban en tierra. Pero los atenienses lanzaron un contraataque y pusieron en fuga primero a los quiotas; el resto del ejército que acompañaba a Pedarito fue derrotado, resultando muer-

[25] Se trata del sector, numéricamente minoritario, ligado a los oligarcas y la aristocracia, con grandes intereses en favorecer el restablecimiento de la oligarquía. Cf. más adelante el capítulo 81. Cf. el libro de F. Sartori, *Le eterie nella vita politica ateniense*, Padua, 1957.

[26] La pequeña isla de Calca se halla al Oeste de Rodas y mucho más cerca de ella que la isla de Cos.

[27] Es decir, el recinto del Delfinio, citado antes en los capítulos 38 y 40.

to el propio Pedarito y muchos quiotas; también cogieron muchas armas.

56. Después de esto, los quiotas se vieron sometidos a un bloqueo tanto terrestre como marítimo más severo aún que antes, y el hambre en la ciudad era grande.

Entre tanto, los embajadores atenienses que acompañaban a Pisandro se presentaron ante Tisafernes y entablaron conversaciones acerca del posible acuerdo. Y Alcibíades (que, en efecto, no se encontraba completamente seguro de las intenciones de Tisafernes, ya que éste continuaba temiendo a los peloponesios, y aún quería —de acuerdo con lo que Alcibíades le aconsejaba— desgastar a ambos contendientes) recurrió a la siguiente estratagema: hacer que las exigencias de Tisafernes fueran tan exorbitadas que no resultara posible llegar a un acuerdo con los atenienses.

A mí me parece que también Tisafernes buscaba esto mismo, aunque su razón era por miedo; en cambio Alcibíades, al haberse percatado de que aquél tampoco estaba dispuesto a llegar a un acuerdo, no quería dar a los atenienses la impresión de no ser capaz de persuadirlo, sino que eran los propios atenienses quienes no ofrecían concesiones suficientes a un Tisafernes que estaba persuadido y deseoso de llegar a un acuerdo. En efecto, Alcibíades, hablando en presencia y en nombre de Tisafernes, exageró hasta tal extremo las pretensiones de éste que, a pesar de que los atenienses accedían con mucho a todo lo que se les pedía, tuvo lugar la ruptura por parte de los atenienses. Pedía en efecto que le cedieran toda Jonia, así como las islas vecinas y muchas otras zonas; mas como tampoco los atenienses se opusieran a esto, Alcibíades, temeroso de que quedara en evidencia su impotencia, pidió en el curso de la tercera entrevista que el Rey tuviera el derecho de construir naves y de navegar a lo largo de la costa de su territorio en dirección y con el número de naves que quisiera [28]. En ese momento los atenienses entendieron que el recuerdo era inviable y que habían sido engañados por Alcibíades, por lo que se retiraron malhumorados y se dirigieron a Samos.

---

[28] A partir del año 448, el rey de Persia (debido a un acuerdo entre Artajerjes y los atenienses) debía abstenerse de enviar su flota al Egeo.

57. Después de esto, en el transcurso del mismo invierno, Tisafernes se dirigió inmediatamente a Cauno con la intención de hacer que los peloponesios regresaran a Mileto y de, tras estipular un nuevo tratado en los términos que resultaran posibles, proporcionarles víveres a fin de no quedar definitivamente como enemigo suyo. Temía, en efecto, que si se quedaban sin víveres para una flota tan numerosa, o bien resultarían derrotados al tenerse que enfrentar a las naves atenienses, o bien las tripulaciones abandonarían sus naves, de suerte que los atenienses conseguirían sus propósitos incluso sin la colaboración de él. Pero aún temía más que los peloponesios arrasaran el continente para procurarse víveres. Así pues, calculando y previendo todas estas circunstancias, y conforme a su deseo de equilibrar las fuerzas de los dos bandos griegos, hizo venir a los peloponesios, les dio víveres y estipuló con ellos un tercer tratado con las siguientes estipulaciones:

58. «En el año décimo tercero del reinado de Darío, siendo éforo en Lacedemonia Alexípidas, se estipuló en la llanura del Meandro un tratado entre los lacedemonios y sus aliados de una parte y Tisafernes, Hierámenes y los hijos de Farnaces de otra, a propósito de las relaciones entre el Rey y los lacedemonios y sus aliados.

Todo el territorio del Rey que está situado en Asia pertenecerá al Rey; y sobre su propio territorio el Rey dispondrá como quiera.

Los lacedemonios y sus aliados no marcharán contra el territorio del Rey ni le causarán daño alguno, ni tampoco el Rey marchará contra el territorio de los lacedemonios y de sus aliados ni les causará daño alguno. Y si alguno de los lacedemonios o sus aliados marchara contra el territorio del Rey para causarle daño, los lacedemonios y sus aliados se lo impedirán; y si alguien marchara desde territorio del Rey contra los lacedemonios o sus aliados para causarles daño, el Rey se lo impedirá.

Tisafernes proporcionará sustento, de acuerdo con el convenio existente, para las naves ahora presentes, hasta que lleguen las naves del Rey.

Los lacedemonios y sus aliados, una vez que lleguen las naves del Rey, podrán mantener a sus expensas sus propias

naves, en caso de que así lo deseen. Pero si quisieren recibir víveres de Tisafernes, Tisafernes los proveerá, pero una vez concluida la guerra los lacedemonios y sus aliados restituirán a Tisafernes cuanto dinero hubieren recibido.

Una vez que lleguen las naves del Rey, las naves de los lacedemonios y de sus aliados y las naves del Rey harán la guerra en común, de acuerdo con las decisiones que tomen Tisafernes, los lacedemonios y sus aliados.

Y si quieren poner fin a la guerra con los atenienses, lo harán de acuerdo con las mismas condiciones.»

59. Este fue el tratado. A continuación Tisafernes se disponía a hace venir las naves fenicias, de conformidad con lo previsto, y a poner en práctica cuanto había prometido. Quería al menos dar la impresión de que hacía los preparativos.

60. Por su parte los beocios, cuando el invierno ya estaba terminando, se apoderaron mediante una traición de Oropo, donde estaba instalada una guarnición ateniense. Contaron con la colaboración de algunas personas de Eretria y de ciudadanos de Oropo, que maquinaban la defección de Eubea [29]. En efecto, como la localidad está situada frente a Eretria, resultaba inevitable (mientras permaneciera en manos de los atenienses) que causara graves daños a Eretria y a toda Eubea. Así pues, una vez dueños de Oropo, los ciudadanos de Eretria acudieron a Rodas para hacer que los peloponesios acudieran a Eubea. En cambio éstos se mostraban más partidarios de acudir a Quíos, que se hallaba en situación muy apurada, así que zarpando desde Rodas con todas sus naves pusieron rumbo a ella.

Hallándose a la altura de Triopio, columbraron en alta mar a las naves atenienses que habían zarpado de Calca. Y como ninguna de las dos flotas se atacaron, alcanzaron los unos Samos y los otros Mileto. Los lacedemonios se dieron cuenta de que era imposible acudir ya en socorro de Quíos sin presentar combate naval.

Y así concluyó este invierno; y concluyó con él el año vigésimo de esta guerra cuya historia escribió Tucídides.

61. Al verano siguiente, tan pronto como llegó la prima-

---

[29] Ya antes se nos ha hablado, en el capítulo 5 de este libro, de estos intentos de sublevación.

vera, el espartano Dercílidas fue enviado por tierra, todo a lo largo de las costa, con un contingente de fuerzas poco relevante en dirección al Helesponto, para provocar la defección de Abido (cuyos habitantes son colonos de Mileto); por su parte los quiotas, mientras Astíoco no sabía cómo poder prestarles ayuda, se vieron forzados a presentar combate naval ante los rigores del asedio.

Y ocurrió que, mientras aún estaba en Rodas Astíoco, habían hecho venir de Mileto al espartano León, que había acudido como lugarteniente[30] de Antístenes, para que asumiera el mando después de la muerte de Pedarito; con él hicieron venir también las doce naves que montaban guardia en Mileto de las cuales eran cinco de Turios, cuatro de Siracusa, una de Aneas, una de Mileto y una de León. Los quiotas hicieron una salida en masa y ocuparon una posición fuerte, mientras que al mismo tiempo sus treinta y seis naves se hicieron al mar para presentar batalla a las treinta y dos atenienses. Hubo una batalla naval muy reñida, en cuyo desenlace los quiotas y sus aliados no llevaron la peor parte, y luego se retiraron a la ciudad (pues se había hecho ya tarde).

62. Inmediatamente después de estos sucesos, cuando Dercílidas acababa de llegar por tierra desde Mileto, Abido (en la región del Helesponio) se pasó al bando de Dércílidas y Farnabazo, y dos días más tarde lo hizo Lámpsaco. Enterado de ello Estrombíquides, acudió a toda prisa desde Quíos con veinticuatro naves atenienses, de las cuales algunas eran transporte de tropas. Al salirle los lampsaqueños al encuentro, los derrotó en una batalla y conquistó al primer asalto la ciudad de Lámpsaco, que carecía de murallas. Y tras recoger un botín de utensilios y de esclavos y dejar a los libres regresar a sus casas, marchó contra Abido. En vista de que la ciudad no se pasaba a su bando y de que no pudo conquistarla al asalto, pasó a la costa de enfrente, a Sesto, una ciudad del Quersoneso que entonces estaba bajo con-

[30] El término griego *epibátes* designa en la terminología militar espartana a un oficial de baja graduación encargado de una escuadra pequeña *(pace* Adrados). Como testimonios paralelos citan los comentaristas uno de Jenofonte, *Helénicas,* I, 3, 17, y las *Helénicas de Oxirrinco,* 17, 4.

trol de los medos, donde instaló una guarnición para vigilancia de todo el Helesponto.

63. Entretanto los quiotas habían consolidado su dominio del mar, y una vez que en Mileto se recibieron noticias del combate naval y del hecho de que Estrombíquides había partido con sus naves, Astíoco y las fuerzas peloponesias que con él estaban recobraron ánimos. Astíoco cruzó con dos naves hasta Quíos, de donde tomó consigo las naves y lanzó un ataque contra Samos con la flota ya al completo. Pero como los atenienses no le salieron al encuentro, ya que desconfiaban unos de otros, regresó por mar a Mileto.

Por estas fechas, e incluso antes, la democracia estaba abolida en Atenas. En efecto, después que los embajadores que acompañaban a Pisandro regresaron a Samos tras su misión ante Tisafernes, reforzaron aún más el estado de cosas en el ejército e invitaron a los más influyentes samios a que intentaran establecer al igual que ellos un régimen oligárquico, a pesar de que algunos habitantes se habían soliviantado contra otros para evitar un gobierno oligárquico.

Por aquel mismo tiempo los atenienses que estaban en Samos, celebrando todo tipo de conciliábulos entre sí, decidieron prescindir de los servicios de Alcibíades, a la vista de que no quería unírseles (además de que un hombre como él no tenía cabida en un régimen oligárquico), y ver ellos por sí mismos (ya que se encontraban seriamente comprometidos) la manera de que la empresa pudiera proseguir adelante; decididos a continuar al mismo tiempo la guerra aportando generosamente de su propio peculio dinero y cualquier otra cosa necesaria, en la idea de que afrontaban sacrificios no por otros, sino por sí mismos.

64. Así pues, tras haberse animado los unos y los otros, enviaron entonces de inmediato a Pisandro y la mitad de los miembros de su embajada a Atenas para que se ocuparan de los asuntos de allí, y se les dieron órdenes además de que establecieran el régimen oligárquico en las ciudades vasallas que fueran encontrando de camino; a la otra mitad de los miembros de la embajada los despacharon en todas direcciones a las demás ciudades vasallas; finalmente, a Diítrefes, que se encontraba en la zona de Quíos y había sido designado para ejercer el mando en la zona de Tracia, lo manda-

ron a su territorio. Este, tan pronto llegó a Taso, abolió la democracia, aunque cuando salió de allí, los tasios, en menos de dos meses, fortificaron la ciudad, en cuanto pensaban que no tenían ninguna necesidad de un régimen aristocrático vinculado a Atenas, y esperaban día tras día ser liberados por los lacedemonios.

En efecto, fuera de la ciudad había, en las proximidades de los peloponesios, un grupo de tasios que habían sido desterrados por los atenienses. Este grupo, en unión de los amigos que tenían en la ciudad, se esforzaban por todos los medios en conseguir que se les enviara una flota para provocar la defección de Taso. Y ocurrió exactamente lo que querían; la ciudad recobró su soberanía sin correr ningún peligro y el partido democrático (que se habría opuesto a ellos) quedó disuelto.

Por tanto los acontecimientos tuvieron en Taso un desarrollo contrario a las expectativas de los atenienses que intentaban implantar la oligarquía, y creo que igual ocurrió también en muchas otras ciudades. En efecto, una vez que éstas alcanzaron mayor grado de moderación y menos miedo a las represalias, buscaron la independencia completa, sin tener en cuenta la falaz promesa de buen gobierno ateniense.

65. Por su parte, Pisandro y los que con él iban costeando derrocaban las democracias en las diversas ciudades, de acuerdo con lo convenido; de algunas de ellas reclutaron un contingente de hoplitas con los que llegaron a Atenas como fuerzas de apoyo propio. Allí se encontraron con que sus camaradas de partido ya habían llevado a cabo la mayor parte de la tarea. En efecto, algunos jóvenes puestos de acuerdo secretamente asesinaron a un tal Androcles[31], que era el principal jefe del partido popular y había contribuido de forma decisiva al destierro de Alcibíades. Su muerte tuvo principalmente dos motivaciones: por su papel de demagogo y porque querían agradar a Alcibíades, en cuanto pensaban que éste iba a regresar y procurarles la amistad de Tisafernes. También dieron muerte de manera similar, a escondi-

[31] Gracias al testimonio de Plutarco, *Vida de Alcibíades,* 19, 1, sabemos que fue este tal Androcles quien aportó algunos esclavos que testimoniaron contra Alcibíades en el asunto de la profanación de los Misterios.

das, a algunos otros ciudadanos incómodos. De antemano habían elaborado y hecho público un programa según el cual no se debía retribuir ningún servicio a nadie fuera de a los soldados en campaña, ni debían participar en los asuntos de la ciudad más de cinco mil ciudadanos, precisamente aquéllos que estuvieran en condiciones de servir al Estado con sus bienes o su persona[32].

66. Esto, sin embargo, no era sino un pretexto ante la masa del pueblo, ya que iban a hacerse cargo de la ciudad precisamente las mismas personas que promovieron la revolución. No obstante, la Asamblea del pueblo se seguía reuniendo, al igual que el Consejo designado por sorteo[33]. Obviamente no aprobaron ninguna decisión que no estuviera de acuerdo con los conjurados, ya que los oradores eran de su grupo y hablaban sobre cuestiones previamente acordadas. Ningún otro ciudadano les contradecía por el miedo que les daba ver que los conjurados eran muchos. Y si alguien se oponía, al punto moría mediante algún cómodo expediente, sin que se buscara a los culpables ni se persiguiera judicialmente a los sospechosos, sino que el pueblo permanecía sin reaccionar y experimentaban tal terror que se consideraba afortunado si (aun permaneciendo en silencio) se veía libre de violencias.

Pensaban que los conjurados eran más de los que en realidad eran, y por ello se sentían desanimados, y se veían incapaces de descubrir esto dada la enorme magnitud de la ciudad y el grado de desconocimiento recíproco entre los ciudadanos. Por este mismo motivo resultaba imposible manifestar su dolor a otra persona cuando uno estaba enojado, para así vengarse de quien le había ofendido[34]. Efectivamente, habría encontrado que a quien le iba a informar era o un desconocido o un conocido en quien no podía confiar. Los

---

[32] Nuevos detalles sobre esta situación nos aporta —aunque no siempre totalmente coincidentes con lo que nos relata Tucídides— la *Constitución de los Atenienses* de Aristóteles, 29-31.

[33] Literalmente se le llamaba «Consejo del Haba», porque sus miembros eran elegidos en un sorteo efectuado mediante habas.

[34] El pasaje es oscuro. Se discute sobre si *epibouleúsanta* es el acusativo sujeto u objeto directo del infinitivo. Nosotros lo hemos interpretado y traducido como objeto directo.

miembros del partido popular se trataban en medio de continuos recelos, como si el interlocutor fuera un miembro activo de cuanto sucedía. En efecto, había personas de quienes nunca se habría pensado que se hubieran puesto del bando de los oligarcas; fueron estos tales precisamente los que generaron mayor desconfianza entre la masa y quienes contribuyeron en mayor medida al éxito de los oligarcas, ya que reafirmaron en el pueblo su estado de desconfianza recíproca.

67. Fue precisamente en tal estado de cosas cuando llegó Pisandro con los suyos, y se aplicaron a lo que quedaba por hacer. Reunieron en primer lugar la Asamblea y propusieron se eligieran diez ciudadanos con plenos poderes para redactar proyectos legales. En un día previamente fijado presentarían al pueblo las propuestas por ellos redactadas, a fin de asegurar a la ciudad la mejor forma de gobierno futuro. Más adelante, llegado el día fijado, convocaron a la Asamblea en Colono [35] (se trata de un santuario de Posidón, situado fuera de la ciudad, a unos diez estadios) y los redactores de las propuestas se limitaron a manifestar lo siguiente: que cualquier ateniense pudiera presentar impunemente la propuesta que quisiera; y si alguien acusaba de ilegalidad al autor de la propuesta o le molestaba de cualquier otra manera, que le impusieran a ese tal graves sanciones.

Propusieron entonces abiertamente ya poner término al mandato de los cargos públicos del anterior ordenamiento, suprimir sus retribuciones y elegir cinco proedros que a su vez eligieran a cien ciudadanos, y cada uno de éstos a tres que se añadirían a ellos. Estos cuatrocientos ciudadanos acudirían al edificio del Consejo y estarían investidos de plenos poderes para gobernar como mejor les pareciera. En cuanto a los Cinco Mil, los convocarían cuando lo creyeran oportuno [36].

---

[35] Las sesiones se celebraban habitualmente en la Pnix, en el recinto de la ciudad; en cambio Colono es una pequeña colina apartada unos 2 kilómetros de la ciudad.

[36] Nuevamente se observan discrepancias entre las noticias de Aristóteles y de Tucídides a propósito del nuevo régimen de los Cuatrocientos. Algunos estudiosos interpretan que Tucídides (exiliado de la ciudad) no con-

68. El autor de esta propuesta fue Pisandro, quien desde cualquier punto de vista fue quien con más empeño y más abiertamente contribuyó a derrocar tal democracia. Sin embargo, el que había planeado todo el asunto de manera que alcanzara este resultado, y quien desde hacia más tiempo se había dedicado a él, fue Antifonte [37], un hombre que entre los atenienses de su época no fue inferior a ninguno en valía y que sobresalía por su capacidad de concebir planes y exponer sus ideas. No acudía a hablar ante la Asamblea del pueblo, ni participaba voluntariamente en ningún debate, pues el pueblo sospechaba de él por su reputación de hombre hábil; ahora bien, era el hombre más útil a la hora de dar consejo y prestar ayuda a quienes debían hacer frente a algún debate ante un tribunal o la Asamblea. Más tarde, después que cayó el régimen de los Cuatrocientos y sus miembros fueron sometidos a juicio y tratados sin piedad por el pueblo, fue él sin duda el hombre que, acusado de haber contribuido a la instauración del régimen oligárquico, mejor se defendió de una acusación capital de entre todos los de mi tiempo.

También Frínico se distinguió entre todos por su gran entusiasmo en favor de la oligarquía, ya que temía a Alcibíades y sabía que éste estaba al corriente de todas sus intrigas con Astíoco cuando estaba en Samos; estimaba muy verosímil que Alcibíades no pudiera regresar nunca a Atenas bajo un sistema oligárquico. Una vez que se incorporó a la conjura demostró ser un hombre con quien se podía contar al máximo en una situación de peligro.

---

taba con información de primera mano, aunque no es menos verdad que Aristóteles escribió sesenta u ochenta años después de estos sucesos. La crítica moderna no ha conseguido todavía explicar suficientemente (si es que alguna vez llegara a ser posible) los puntos de desacuerdo. Otras fuentes antiguas que nos hablan de estos años son: Aristófanes, *Lisístrata* y *Tesmoforias;* y un discurso del *Corpus Lysiacum* (XX, *Pro Polystrato)* y Jenofonte, *Helénicas* II, 3. Un excelente resumen presenta (pp. 184-256) el excurso que se le dedica en el volumen V, Oxford, 1981, del comentario a Tucídides de Gomme-Andrewes-Dover.

[37] Antifonte, famoso orador ateniense del que conservamos parte de su obra (las *Tetralogías,* sobre cuya autenticidad algunos filólogos mantienen serias reservas). El retrato que aquí nos lega de él Tucídides sigue siendo el testimonio más fidedigno de su personalidad.

Terámenes, hijo de Hagnón, también fue uno de los principales copartícipes en derribar la democracia. Se trataba de un hombre de no escasas capacidades, tanto en el hablar como por su acertado juicio[38]. De este modo, era natural que esta empresa, llevada a cabo por muchos e inteligentes ciudadanos, alcanzara éxito, aun tratándose de un asunto de gran envergadura. En efecto, no era fácil arrebatar la libertad al pueblo ateniense cien años después de la caída de los tiranos; un pueblo que no sólo no había conocido la sumisión, sino que durante más de la mitad de este período se había habituado a mandar sobre otros.

69. Una vez que la Asamblea se disolvió tras haber ratificado estas propuestas sin que nadie se opusiera, a continuación los Cuatrocientos fueron instalados en la sala del Consejo de la siguiente manera: todos los atenienses estaban siempre en sus puestos de vigilancia, unos en los muros y otros en los retenes, a causa de la ocupación de Decelia por parte de los enemigos. Aquel día, pues, dejaron que marcharan a ocupar sus puestos, como de costumbre, a los que no participaban en la conjuración, mientras que a los conjurados se les dieron instrucciones de que aguardaran, no en sus puestos de guardia, sino lejos de ellos, y que en el caso de que alguien ofreciera resistencia a la empresa, tomaran las armas para impedírselo. Había también ciudadanos de Andros y de Tenos, trescientos caristios, así como colonos de Egina, a quienes los atenienses habían enviado para poblar la isla, los cuales habían acudido con sus armas precisamente para este fin y habían recibido idénticas instrucciones. Una vez quedaron éstos así emplazados, llegaron los Cuatrocientos, cada uno de los cuales llevaba un puñal oculto, acompañados de los ciento veinte jóvenes que utilizaban cuando

[38] Terámenes era hijo del fundador de Anfípolis, y representaba una tendencia más moderada dentro del partido de los oligarcas, y como tal hizo frente a algunos de sus correligionarios más extremistas. Es una figura compleja, a veces contradictoria.

Por otra parte, la pormenorizada etopeya que Tucídides dedica a los principales cabecillas de la revolución ha sido aprovechada por algunos para tacharle de filo-oligarca. Sin embargo, conviene precisar que lo que hace Tucídides es advertir que mientras en el partido de los oligarcas había personas brillantes por su preparación y valía, en el bando democrático (una vez muerto Pericles) no destacaba apenas nadie.

necesitaban pasar a la acción. Penetraron en la sala del Consejo e invitaron a los consejeros elegidos por sorteo, que se hallaban allí reunidos, que cogieran su sueldo y se marcharan. Habían traído consigo la suma correspondiente al período de mandato que aún les quedaba, y según iban saliendo los consejeros se la iban entregando.

70. Dado que el Consejo desalojó su sede de esta manera sin ofrecer resistencia alguna, y los demás ciudadanos se mantuvieron tranquilos sin tomar ninguna iniciativa, los Cuatrocientos entraron en la Sala del Consejo y por el momento se limitaron a sortear entre sí a los prítanos, y en cuanto a los dioses les hicieron las plegarias y sacrificios de costumbre al acceder al cargo. Más adelante, sin embargo, modificaron profundamente las instituciones democráticas, aunque sin repatriar a los exiliados, por causa de Alcibíades; y en todo lo demás gobernaban la ciudad con métodos violentos. Dieron muerte a algunos ciudadanos, no muchos, a quienes consideraron oportuno eliminar, encarcelaron a otros y aun a otros los desterraron. Enviaron además heraldos a Agis, el rey de los lacedemonios, que se hallaba en Decelia, diciéndole que querían dialogar, y que lo natural era que se pusiera de acuerdo con ellos, en vez de con el partido del pueblo, que era indigno de confianza.

71. Pero Agis, pensando que en la ciudad no reinaba la calma y que el pueblo no renunciaría tan rápidamente a su antigua libertad ni se mantendría en calma si viera acercarse un contingente importante de tropas peloponesias; convencido, por otra parte, de que aún subsistían los desórdenes en la ciudad, dio a los comisionados de los Cuatrocientos una respuesta que no ofrecía perspectivas de acuerdo. Al contrario, hizo venir a continuación un nuevo y numeroso ejército del Peloponeso, y él en persona, al frente de la guarnición de Decelia reforzada por los nuevos incorporados, bajó hasta los mismos muros de Atenas. Su esperanza era que, a causa de los desórdenes, los atenienses se les sometieran a su voluntad, o bien que, a resultas de los disturbios que verosímilmente se producirían tanto dentro con fuera de la ciudad, no dejaría de tomar al primer asalto al menos los Muros Largos, gracias a que las tropas abandonarían este sector.

Pero al acercarse a la ciudad, los atenienses, sin producir ningún tipo de desorden en el interior, hicieron salir la caballería, así como a una parte de los hoplitas, a la tropas ligeras y a los arqueros, que abatieron a algunos de los peloponesios, que se habían acercado en exceso, y se apoderaron de algunas armas y de algunos cadáveres. Entonces Agis, percatándose de la situación, retiró su ejército.

El y sus tropas permanecieron en sus puestos de Decelia; en cambio hizo regresar a la patria, después de una permanencia allí de algunos días, a las tropas que habían venido como refuerzos. Después de esto, los Cuatrocientos continuaron enviando como antes embajadores a Agis, quien se mostraba ya más receptivo. Por consejo de él, despacharon una embajada a Esparta para discutir un acuerdo, pues deseaban llegar a una reconciliación.

72. Enviaron también diez representantes suyos a Samos para dar ánimos al ejército y para explicarle que no se había implantado la oligarquía para perjudicar a la ciudad y los ciudadanos, sino para salvar la situación en su conjunto, y que no eran sólo los Cuatrocientos, sino Cinco Mil los que ejercían el poder. No obstante, a causa de las campañas y de la actividad desempeñada en el extranjero, nunca se habían reunido los Cinco Mil para deliberar, por importantes que hubieran sido los asuntos a tratar. Tras haberles comunicado cuantas disposiciones consideraron oportunas, los despacharon de inmediato, tan pronto como los Cuatrocientos se adueñaron del poder, ya que temían —como efectivamente ocurrió— que la muchedumbre de la marinería rehusara aceptar el régimen oligárquico, y que iniciándose allí el descontento provocase su caída.

73. En efecto, en Samos las actividades del régimen oligárquico comenzaba a suscitar sospechas, y más o menos por la misma época en que los Cuatrocientos se instalaron en el poder ocurrió lo siguiente: aquellos samios que (formando parte del partido popular) se había sublevado anteriormente contra los aristócratas, cambiaron a su vez de partido. Convencidos por Pisandro a su llegada y por los conjurados atenienses que vivían en Samos, organizaron un grupo de trescientos conjurados y se dispusieron a atacar a los demás, considerándolos del partido popular.

Comenzaron por dar muerte a un ateniense, Hipérbolo, una criatura abyecta, que había sufrido el ostracismo no por motivo de su influencia y de su prestigio, sino por ser un malvado y por constituir un deshonor para la ciudad. Contaron con la ayuda de Carmino, uno de los estrategos, y de algunos atenienses que estaban con ellos, dándoles así una prueba de confianza. Con su complicidad efectuaron también otras acciones semejantes, y estaban resueltos a atacar a los miembros del partido popular. Pero éstos se percataron y denunciaron lo que ocurría a los estrategos León y Diomedonte —éstos, en efecto, al ser queridos por el pueblo, soportaban mal la oligarquía—, así como a Trasibulo y a Trasilo, el primero de los cuales era trierarco y el otro servía como hoplita, y también a otros atenienses a quienes siempre se les había tenido como los más resueltos enemigos de los conjurados. Les suplicaban que no consintieran que los asesinaran, ni que Samos —por mérito exclusivo de la cual se había mantenido hasta hoy el imperio ateniense— pasara a ser su enemiga. Después de oírlos, los atenienses se dirigieron a los soldados, pidiéndoles uno por uno que no fueran a consentirlo; y de modo especial se dirigieron a los hombres de la Páralos, en la que iban embarcados exclusivamente ciudadanos atenienses y libres, que siempre se habían mostrado reacios a la oligarquía, antes incluso de que ésta apareciese. Además, cada vez que León y Diomedonte se hacían a la mar rumbo a cualquier parte dejaban algunas naves de vigilancia. En consecuencia, cuando el grupo de los Trescientos pasaron al ataque, todos éstos y en especial la tripulación de la Páralos, acudieron en ayuda de los demócratas samios, que consiguieron imponerse. Mataron a unos treinta de los Trescientos, y enviaron al destierro a los tres principales responsables. Contra los demás no tomaron represalias, y a continuación vivieron con ellos bajo un régimen democrático.

74. Acto seguido, los samios y los soldados que estaban en Samos enviaron a Atenas la nave Páralos con Quéreas, hijo de Arquéstrato, un ateniense que había participado con gran empeño en el cambio político, para que informaran sobre lo que había sucedido (sin saber que los Cuatrocientos se habían establecido ya en el poder). Tan pronto como llegaron

éstos a su destino, los Cuatrocientos encarcelaron a dos o tres hombres en la Páralos, confiscaron la nave a los otros y los embarcaron en una nave destinada al transporte de tropas para que ejercieran funciones de vigilancia sobre Eubea.

Pero Quéreas, tan pronto se dio cuenta de la situación, consiguió escaparse sin que le vieran, y regresó a Samos, donde refirió a los soldados —exagerándolo todo con tintes sombríos— el estado de cosas en Atenas: que castigaban a todo el mundo a ser golpeados; que no era posible decir una palabra contra quienes estaban en el poder; que sus hijos y mujeres sufrían ultraje, y aún más, que pensaban detener y encarcelar a los familiares de aquellos soldados atenienses de Samos que no pensaban como ellos, para condenarlos a muerte en caso de que los soldados no se sometieran. Contaba así muchas otras falsedades inventadas por él.

75. Tras haberle oído esto los soldados, la primera reacción fue lanzarse contra quienes más habían apoyado la oligarquía y contra los que habían colaborado con ellos; pero después, al impedírselo otras personas del sector más moderado, haciéndoles ver que no debían poner en peligro la situación —máxime dado que los enemigos se hallaban en las proximidades con su flota preparada para el ataque— desistieron. A continuación, queriendo dejar bien claro que la situación de Samos se había inclinado a favor del sistema democrático, Trasibulo, hijo de Lico, y Trasilo (que habían desempeñado un papel decisivo en el cambio de régimen) hicieron jurar a todos los soldados, y de modo especial a los partidarios del sistema oligárquico, el más solemne juramento: que vivirían en democracia, que se mantendrían en concordia, que proseguirían con decisión la guerra contra los peloponesios y que se considerarían enemigos de los Cuatrocientos, sin entrar en negociaciones con ellos.

Todos los samios en edad militar prestaron también este juramento, y los soldados de la expedición ateniense decidieron compartir íntegramente la causa de los samios, así como las consecuencias derivadas de la situación de peligro. Estaban convencidos de que ni unos ni otros disponían de otra vía de salvación, sino que si los Cuatrocientos o los enemigos procedentes de Mileto se imponían, ellos perecerían.

76. Por este tiempo se suscitó entre los ciudadanos un

enfrentamiento, pues mientras unos querían imponer en la ciudad el régimen democrático, los otros inducían al ejército a sostener la oligarquía. Los soldados celebraron al punto una asamblea, en la que destituyeron a los estrategos anteriores y a los trierarcos que les parecían sospechosos, y en su lugar eligieron otros trierarcos y estrategos, entre ellos a Trasibulo y Trasilo. Algunos, puestos en pie, tomaron la palabra para hacerse recíprocas exhortaciones, en especial la de que no tenían que desanimarse por el hecho de que la ciudad hubiera roto con ellos: se trataba, en efecto, de una minoría la que se había segregado de ellos, que constituían la mayoría y contaban con mayores recursos bajo cualquier punto de vista. En efecto, al disponer de la flota completa, obligarían a las demás ciudades sometidas al imperio a pagar los tributos igual que si se los reclamaran desde Atenas (con Samos disponían, en efecto, de una ciudad poderosa, que había estado a punto de arrebatarle a Atenas la hegemonía del mar cuando se enfrentó a ella; y su base de operaciones para atacar al enemigo sería la misma que hasta entonces) y además, gracias a poseer las naves, contaban con mayores posibilidades que los que estaban en Atenas de procurarse lo necesario.

Los atenienses habían podido disponer libremente hasta ese momento de los accesos al Pireo, gracias a que ellos constituían una posición avanzada en Samos; y si ahora los de la ciudad no querían reintegrarles sus derechos cívicos se encontrarían en la siguiente situación: que las tropas de Samos podrían impedirles el uso del mar con mayor facilidad que, contrariamente, verse impedidas por los de Atenas. Además, escasa e insignificante era la ayuda que la ciudad les prestaba para derrotar al enemigo y por tanto era poco lo que habían perdido. En efecto, ya no tenían ni siquiera dinero que enviarles (eran los soldados quienes tenían personalmente que procurárselo) ni consejo útil que darles, que son las razones por las que una ciudad mantiene el control sobre un ejército.

Es más, en Atenas habían observado un comportamiento delictivo al abolir la constitución tradicional, mientras que ellos la habrían conservado y habrían obligado a los demás a hacer otro tanto, de modo que los hombres que en el seno

del ejército podían dar consejos válidos no eran peores que los de Atenas.

Por otra parte, si concedían la inmunidad y el regreso a Alcibíades, les proporcionaría con sumo gusto la alianza del Rey. Y finalmente (en caso de que fracasaran en todos sus planes) al poseer una flota numerosa, siempre podrían retirarse a numerosos lugares, en los que encontrarían tierras y ciudades.

77. Mientras presentaban en la asamblea estas propuestas y se daban ánimos los unos a los otros, continuaban preparándose para la guerra en no menor medida. Cuando los representantes de los Cuatrocientos que habían sido enviados a Samos [los diez embajadores] llegaron a Delos y se enteraron de todo esto, interrumpieron allí su viaje.

78. Por estas mismas fechas, también los soldados de la flota peloponesia en Mileto murmuraban entre sí, en la idea de que la situación se estaba deteriorando por causa de Astíoco y Tisafernes. El primero no había querido presentar batalla antes, cuando eran ellos los más fuertes y la flota ateniense poco numerosa, ni ahora, que se decía que los atenienses sufrían desavenencias internas y no tenían reunidas sus naves en un solo punto. Al estar aguardando ellos a las naves fenicias de Tisafernes (vana palabrería sin apoyo real) corrían el riesgo de agotamiento.

En cuanto a Tisafernes, al no traer estas naves y no abonar el sueldo de manera regular ni completo, causaba serios daños a la flota. Afirmaban, pues, que no había que demorarse por más tiempo, sino presentar una batalla naval decisiva; y eran los siracusanos quienes más decididamente insistían en este sentido.

79. Enterados Astíoco y los aliados del descontento, decidieron en una reunión que había que presentar una batalla definitiva (ya que les había llegado también información de los disturbios habidos en Samos); levaron anclas de sus naves, que eran ciento doce, y se dirigieron hacia Mícale, tras haber ordenado a los milesios que marcharan por tierra también ellos a Mícale.

Por su parte, los atenienses, al ver que se aproximaba la flota peloponesia, se retiraron a Samos con las ochenta y dos naves con base en Samos, que se encontraban ancladas en

Glauca, en territorio de Mícale (por esta parte Samos dista poco del continente en la dirección de Mícale), pues pensaban que no eran número suficiente para arriesgarse en una batalla total. Al propio tiempo, dado que les habían informado anteriormente desde Mileto que los enemigos estaban ansiosos por combatir, esperaban a que llegara en su ayuda desde el Helesponto Estrombíquides (a quien le habían enviado un mensajero) con las naves que habían ido desde Quíos a Abido. Así pues, los unos se retiraron a Samos, mientras los peloponesios desembarcaron en Mícale, donde acamparon, al igual que las tropas de tierra de Mileto y de las ciudades vecinas.

Al día siguiente, cuando se disponían a atacar Samos, les llegaron noticias de que había llegado Estrombíquides con las naves del Helesponto, así que se volvieron de nuevo a Mileto. Por su parte, los atenienses, una vez recibidas estas naves como refuerzos, efectuaron un ataque con ciento ocho naves contra Mileto, con la intención de librar una batalla naval decisiva; sin embargo, como no saliera nadie contra ellos, regresaron otra vez a Samos.

80. En este mismo verano, inmediatamente después de estas operaciones, los peloponesios que, después de haber reunido todas sus naves, no se consideraban preparados para hacer frente al enemigo, habían renunciado al combate. Se hallaban además con la dificultad de encontrar dinero para el mantenimiento de tan gran número de naves, dado sobre todo que Tisafernes era mal pagador, por lo que enviaron a presencia de Farnabazo (de acuerdo con las órdenes recibidas en un primer momento del Peloponeso) a Clearco, hijo de Ranfias, con cuarenta naves. De hecho, Farnabazo las había reclamado y se mostraba dispuesto a sostenerlas, además de que Bizancio les había informado que iba a pasarse a su bando.

Así pues, estas cuarenta naves peloponesias zarparon y se adentraron en alta mar para pasar inadvertidas a los atenienses en su travesía, pero fueron alcanzadas por un temporal; unas, que constituían el grueso de la flota, alcanzaron Delos con Clearco, desde donde luego regresaron a Mileto (por su parte, Clearco se dirigió por tierra al Helesponto, y se hizo con el mando); las otras naves, en número de diez, a las ór-

denes del megarense Helijo, alcanzaron sanas y salvas el Helesponto y provocaron la defección de Bizancio.

Después de esto, al enterarse los atenienses de Samos enviaron al Helesponto algunas naves como refuerzo y vigilancia y se produjo en las proximidades de Bizancio un escarceo naval sin importancia, de ocho naves contra otras ocho.

81. Los que estaban al frente de la situación en Samos, y de modo especial Trasibulo, se mantenía aferrado siempre a la misma idea, una vez que había cambiado el régimen de la ciudad: que había que hacer regresar a Alcibíades. Finalmente consiguió convencer a los soldados, reunidos en una asamblea. Una vez que éstos aprobaron el regreso y la impunidad de Alcibíades, zarpó hacia donde estaba Tisafernes y trajo a Alcibíades hasta Samos, estimando que la única salvación que ellos tenían era conseguir que Tisafernes pasara del bando peloponesio al suyo.

Reunida la asamblea, Alcibíades hizo algunas acusaciones y se quejó de la desgracia personal que le había supuesto el destierro, y a continuación habló *in extenso* de los asuntos de la ciudad, inspirándoles grandes esperanzas para el futuro, al tiempo que exageraba al máximo su influencia ante Tisafernes. Su propósito era infundir temor en quienes controlaban la oligarquía en Atenas, favorecer la disolución de las ligas secretas, así como para que los de Samos le respetaran más y las tropas se sintieran con mayores ánimos; en cuanto a los enemigos, finalmente, quería desacreditarlos al máximo ante Tisafernes y que perdieran las esperanzas que conservaban. Lleno de jactancia, Alcibíades les hacía estas magníficas promesas: que Tisafernes le había prometido que si los atenienses se hacían dignos de su confianza, no les faltarían subsidios de ninguna clase mientras a él le quedara algo de lo suyo (y aunque tuviera que terminar vendiendo para ellos su propia cama); por otra parte, pondría a disposición de los atenienses, y no de los peloponesios, la flota fenicia, que se encontraba ya en Aspendo. Pero sólo confiaría en los atenienses cuando Alcibíades regresara ante él sano y salvo como garante.

82. Los soldados, tras oírle éstas y otras muchas razones, lo nombraron de inmediato estratego, en unión de los anteriores, y le confiaron la dirección de todos los asuntos. Na-

die hubiera querido cambiar en aquel momento por nada del mundo su repentina esperanza de alcanzar la salvación y de infligir un castigo a los Cuatrocientos. Se hallaban incluso decididos, a raíz de cuanto acababa de decírseles, a despreciar a los enemigos que allí se hallaban presentes y a poner rumbo al Pireo. Sin embargo, y a pesar de la insistencia de la mayoría, Alcibíades se opuso totalmente a marchar hacia el Pireo dejando en retaguardia a unos enemigos muy próximos, y por el contrario, afirmó que —ya que le habían nombrado estratego— se ocuparía en primer lugar de la guerra, tras haber acudido a presencia de Tisafernes.

Una vez concluida la asamblea se puso de camino a fin de dar la impresión de que actuaba en todo de acuerdo con él, y porque quería al mismo tiempo acrecentar su prestigio ante él, haciéndole ver que había sido elegido ya estratego, y que se hallaba en disposición de poderle causar bienes y males. Ocurría, pues, que Alcibíades se servía de los atenienses para intimidar a Tisafernes, y de Tisafernes para intimidar a los atenienses.

83. Los peloponesios de Mileto, que ya anteriormente desconfiaban de Alcibíades, enterados ahora de su regreso, se enojaron mucho más con él. Les había ocurrido, en efecto, que desde que apareció la flota ateniense ante Mileto (momento en que no quisieron efectuar una salida para librar batalla) Tisafernes se fue haciendo cada vez más negligente a la hora de abonar la soldada, con lo que hizo aumentar el odio que sentían contra él desde antes a causa de Alcibíades. Los soldados se reunían en grupos y se hacían las mismas reflexiones que en ocasiones anteriores (y no se trataba sólo de miembros de la clase de tropa, sino incluso de otros individuos de un cierto relieve), a saber, que jamás habían cobrado el sueldo completo, y que cuanto recibían era poco e irregularmente abonado. Por tanto decían que si no libraban una batalla naval decisiva o no se retiraban a algún lugar en el que pudieran procurarse medios de subsistencia, las tripulaciones desertarían de las naves. El responsable de todo esto era Astíoco, que se prestaba a los caprichos de Tisafernes en pro de sus intereses personales.

84. Mientras éstos reflexionaban de esta manera, se produjo una revuelta a propósito de Astíoco. Los marineros de

Siracusa y de Turio, en la medida en que en su mayoría se trataba de hombres libres, se presentaron ante él reclamando con la mayor vehemencia su soldada. Astíoco les contestó de manera arrogante y los amenazó, llegando incluso a alzar su bastón contra Dorieo, que hablaba en defensa de sus hombres. Al ver esto la masa de soldados (reaccionando la marinería como suele) se lanzaron contra Astíoco gritando con el propósito de apalearlo. Y él, viendo a tiempo la situación, encontró refugio ante un altar. Escapó así a los golpes, y la turbamulta se disolvió.

Por su parte, los milesios, como consecuencia de un ataque efectuado por sorpresa, se apoderaron del fuerte que Tisafernes había ordenado construir en Mileto, y desalojaron de allí a los guardianes que en él había. Los demás aliados aprobaron esta operación, y de modo especial los siracusanos. En cambio no agradó a Licas, quien afirmó que tanto los milesios como las demás ciudades asentadas en territorio del Rey debían reconocer la autoridad de Tisafernes, mientras ésta se ejerciera con moderación, y tratarle con deferencia hasta que condujeran la guerra a un feliz término. Los milesios, por su parte, se enojaron con él por este motivo y por otros semejantes, y más tarde, al morir éste a causa de una enfermedad, no consintieron en que se le enterrara donde deseaban los lacedemonios que allí se encontraban.

85. Estando tan tensas las relaciones de los peloponesios con Astíoco y Tisafernes, llegó de Lacedemonia Míndaro, para sustituir a Astíoco al mando de la flota. Se hizo cargo del mando, y Astíoco se volvió a su patria. Por su parte, Tisafernes envió ante él a un miembro de su séquito, a un cario bilingüe, de nombre Gaulites, a fin de que acusara a los milesios por el incidente del fuerte, y para que al mismo tiempo justificara la conducta del propio Tisafernes. En efecto, éste sabía que algunos milesios se habían puesto en camino hacia Esparta para presentar quejas contra él, y que con ellos iba Hermócrates, con la intención de demostrar que Tisafernes se dedicaba a hacer fracasar la causa peloponesia, llevando un doble juego, de acuerdo con Alcibíades.

Siempre hubo entre ambos una hostilidad manifiesta a causa del pago de la soldada. Y últimamente, una vez que

Hermócrates fue desterrado de Siracusa y vinieron otros estrategos a hacerse cargo de las naves siracusanas que estaban en Mileto (Potámide, Miscón y Demarco), Tisafernes atacó mas virulentamente a Hermócrates ahora que estaba desterrado, y de modo particular le acusaba de que le había pedido dinero en cierta ocasión, y que al no conseguir que se lo diera, le había declarado su enemistad.

Así pues, Astíoco, los milesios y Hermócrates zarparon en dirección a Lacedemonia, mientras Alcibíades ya había abandonado a Tisafernes y estaba de regreso en Samos.

86. Se hallaba allí Alcibíades cuando llegaron desde Delos los representantes de los Cuatrocientos [embajadores], que habían sido enviados en su momento para dar ánimos e informar a los atenienses que estaban en Samos. Y reunida la Asamblea se dispusieron a hablar. Por su parte, los soldados rehusaron en un primer momento prestarles atención y gritaban que había que matar a quienes habían arruinado la democracia. Sin embargo luego se calmaron, aunque con dificultad, y los escucharon. Estos informaron que el cambio de régimen no se había producido para arruinar a la ciudad, sino para salvarla, y tampoco para entregarla al enemigo (cosa que habían podido hacer cuando se produjo la invasión, encontrándose ya los Cuatrocientos en el poder), dijeron también que el total de los Cinco Mil participarían por turno en los asuntos de gobierno, y que los parientes de los soldados (contrariamente a lo que de manera calumniosa había dicho Quéreas) no estaban sufriendo violencia alguna, sino que cada cual permanecía en su sitio dueño de sus posesiones. Y a pesar de que hicieron éstas y muchas otras precisiones, no por ello les prestaban mayor atención, sino que se irritaban y cada cual hacia una propuesta diferente, y de modo especial la de zarpar hacia el Pireo. Al parecer fue entonces la primera vez que Alcibíades se mostró de gran utilidad —y mejor que nadie— para su ciudad. En efecto, mientras que los atenienses que estaban en Samos se mostraban deseosos de dirigirse contra sus conciudadanos (y en tal caso los enemigos se habrían apoderado con absoluta certeza e inmediatamente de Jonia y del Helesponto) él lo impidió. En un momento como aquél ningún otro hubiera sido capaz de contener a la muchedumbre; en cambio, él les hizo desistir

de la expedición, e increpando a quienes estaban molestos con los embajadores a causa de motivos personales, los apartó de sus propósitos.

El mismo despidió a los embajadores después de haberles contestado lo siguiente: que no se oponía al gobierno de los Cinco Mil, aunque aconsejaba a los atenienses que se deshicieran del gobierno de los Cuatrocientos y a que restablecieran el Consejo tal cual lo habían tenido antes, es decir, de los Quinientos. Por otra parte, consideraba excelentes todas las medida económicas que se tomaran para asegurar un mejor sostenimiento de las tropas. Y en cuanto a todo lo demás, les exhortaba a resistir y a no ceder nada ante el enemigo, porque en el caso de que la ciudad se salvara, había gran esperanza de alcanzar un acuerdo entre sí, mientras que si una cualquiera de las dos facciones (la de Samos o la de Atenas) sucumbía, ya no habría ni con quien poderse reconciliar.

Se hallaban presentes también unos embajadores de Argos, que habían venido a brindar su ayuda a los demócratas atenienses de Samos. Mas Alcibíades tuvo para ellos ciertas palabras de elogio, y diciéndoles que se presentaran cuando se les llamara, los despidió. Estos argivos habían venido con los hombres que habían llegado en la Páralos, quiénes habían recibido anteriormente[39] órdenes de los Cuatrocientos de circunnavegar Eubea en una nave de transporte y conducir a Esparta a unos embajadores atenienses de parte de los Cuatrocientos (a Lespodias, Aristofonte y Melesias). Mas una vez que en el transcurso de su navegación se encontraron a la altura de Argos, arrestaron a estos embajadores y los entregaron a los argivos, en la idea de que eran particularmente responsables de haber derribado la democracia. Luego, en vez de dirigirse a Atenas, se dirigieron con su trirreme hacia Samos, adonde condujeron a estos embajadores de Argos.

87. Este mismo verano, Tisafernes, justo en los momentos en que los peloponesios estaban más enojados con él por razones diversas, y en especial por causa del regreso de Alcibíades y porque lo creían claro simpatizante de los ate-

[39] En el capítulo 74 de este mismo libro.

nienses, quiso —según la impresión que dio— disipar las acusaciones que habían propalado contra él, y para ello se dispuso a marchar hacia Aspendo, donde se encontraba la flota fenicia, e invitó a Licas a que lo acompañara. Y en cuanto al ejército, dijo que lo dejaría bajo la supervisión de su lugarteniente Tamos, a fin de que éste atendiera su subsistencia durante el tiempo que él estuviera ausente.

Existen diversas versiones a propósito de con qué intenciones se dirigió a Aspendo, y no resulta fácil conocer por qué una vez que estuvo de regreso no trajo las naves. Es cierto, desde luego, que las naves fenicias, que eran ciento cuarenta y siete, llegaron a Aspendo, pero el porqué no vinieron es algo que ha sido interpretado de diversas maneras. Unos dicen que se ausentaron (de acuerdo con lo que había planeado él) para desgastar las fuerzas de los peloponesios (desde luego la alimentación de las tropas no mejoró, sino que empeoró con Tamos, que era a quien se le había encargado de esto). Otros piensan que haciendo venir a los fenicios a Aspendo les sacaría dinero al dejarlos volver (en cuanto que en ningún caso tenía intención de utilizar sus servicios). A juicio de otros, finalmente, se trataba de que se viera (a propósito de las acusaciones que le imputaban en Lacedemonia) que él no tenía culpa alguna, sino que se había dirigido sin duda a buscar las naves, y que éstas estaban en efecto preparadas. Sin embargo, a mí me parece que la explicación más segura es que no trajo consigo la flota porque quería desgastar las fuerzas de los griegos y mantenerlas en suspenso. Con su viaje y su prolongada estancia en Aspendo esperaba debilitarlas y que se mantuvieran en un estado de equilibrio, y al no unirse ni a uno ni a otro bando evitaba que alguno de ellos consiguiera hacerse más fuerte. Ya que, de haberlo querido, habría podido poner fin a la guerra tomando una posición inequívoca. Efectivamente, de haber venido con la flota habría dado verosímilmente la victoria a los lacedemonios, ya que en aquel momento éstos hacían frente a los atenienses con una flota equivalente y no inferior a la de éstos.

De modo especial nos delata cuál fue su intención el pretexto que dio por no haber traído la escuadra. Dijo, en efecto, que se habían reunido en número inferior al ordenado

por el Rey. Siendo así que en tal caso habría podido obtener un agradecimiento mucho mayor, al conseguir el mismo resultado a menor costo, y sin grandes dispendios para el Rey.

El caso es que Tisafernes llegó a Aspendo, fueran cuales fueran sus intenciones, y estableció contactos con los fenicios. Por su parte, los peloponesios enviaron por consejo suyo al lacedemonio Filipo con dos trirremes para que se hiciera cargo de las naves.

88. Mas Alcibíades, enterado de que Tisafernes se dirigía a Aspendo, marchó hacía allí con trece naves, tras haber prometido a los atenienses de Samos un beneficio importante y seguro, a saber, que o bien él mismo traería la flota fenicia a los atenienses, o que al menos impediría que se uniera a los peloponesios. Desde hacía tiempo sabía —como es natural— que Tisafernes no tenía intención de llevarles las naves, y quería comprometerlo al máximo ante los lacedemonios como si fuera amigo suyo y de los atenienses. Esperaba presionarlo así para que se pasara de parte de estos últimos. Así pues, Alcibíades se hizo a la mar de inmediato y se dirigió al Este, rumbo a Fasélide y Cauno.

89. Una vez los embajadores que habían sido enviados por los Cuatrocientos regresaron desde Samos a Atenas, informaron del mensaje de Alcibíades, a saber, que animaba a los atenienses a resistir y a no ceder en nada ante el enemigo, haciéndoles concebir grandes esperanzas de poder reconciliar al ejército de Samos con los miembros de la ciudad y poder así derrotar a los peloponesios. Entonces la mayor parte de los miembros de la oligarquía, que con anterioridad ya se encontraban molestos y que se habrían mostrado dispuestos a librarse de esta situación con tal de no correr riesgo, se vieron entonces aún más firmemente decididos.

Comenzaron ahora a reunirse en grupos y a criticar la situación. A su cabeza se encontraban algunos de los elementos más destacados [de los estrategos] de la oligarquía y de los que ocupaban los cargos públicos. Por ejemplo Terámenes, hijo de Hagnón, Aristócrates, hijo de Escelias, y otros que habían tomado parte principal en los asuntos, pero que ahora —según decían— tenían gran temor al ejército de Samos y en particular a Alcibíades. También temían que sus co-

legas que habían partido como embajadores a Esparta tomaran (sin consultar a la mayoría) alguna decisión funesta para la ciudad [40].

No es que propusieran abolir directamente el gobierno oligárquico, pero sí que había que designar de hecho a los Cinco Mil (que no existían más que nominalmente) y distribuir más equitativamente los derechos políticos entre los ciudadanos. Por lo demás, no se trataba más que de un programa de propaganda política, ya que la mayor parte de ellos no se interesaban más que por sus ambiciones personales, que es el modo por el que se han arruinado con frecuencia los regímenes oligárquicos nacidos de regímenes democráticos. Desde el primer día, en efecto, todos quieren ser no iguales a los demás, sino el primero de todos con gran diferencia. Por el contrario, cuando se produce una elección en una democracia, cualquiera acepta bien el resultado, en la idea de que no ha sido uno derrotado por sus iguales. Sin embargo, lo que les daba mayores ánimos era la sólida posición de que gozaba Alcibíades en Samos y la impresión de que el régimen oligárquico no iba a durar mucho. De modo que cada uno de ellos se esforzaba por llegar a ser el jefe principal del partido democrático.

90. De entre los Cuatrocientos, aquellos que más radicalmente se oponían a esta tendencia y ocupaban una posición más destacada eran Frínico (que cuando anteriormente estuvo como estratego en Samos ya había tenido con Alcibíades algún conflicto), Aristarco, uno de los más acérrimos enemigos de la democracia desde antiguo, así como Pisandro, Antifonte y otros personajes influyentes.

Ya con anterioridad (tan pronto se hicieron con el poder, y algo más tarde cuando las tropas de Samos los abandonaron para adherirse a la causa de los demócratas) habían estado enviando como embajadores a Lacedemonia a algunos de los suyos, se mostraban deseosos de llegar a un acuerdo y se dedicaban a construir la llamada fortificación de Eetionia. Pues bien, ahora, después de que regresaran sus embajadores de Samos, se dedicaban a todo esto con mayor em-

[40] El texto de esta parte del capítulo plantea algunos problemas de transmisión. Con todo, el sentido general es el que reflejamos en la traducción.

peño al ver que mucha gente, incluidos algunos de los que ellos consideraban leales suyos, cambiaban de partido.

Se apresuraron, pues, a enviar a Antifonte, a Frínico y a otros diez delegados, ante el temor de como estaba la situación en Atenas y en Samos, con instrucciones de que concertaran con los lacedemonios un acuerdo bajo cualquier condición que resultase medianamente aceptable. Por otra parte, se dedicaron con mayor ahinco a la fortificación de Eetionia. La intención por la que construían el muro —según decían Terámenes y los suyos— no era tanto impedir que las fuerzas de Samos accedieran al Pireo (en caso de que éstas intentaran hacerlo por la fuerza) cuanto la de dar más fácilmente acogida a la flota y las tropas de tierra del enemigo cuando ellos quisieran. Efectivamente, Eetionia forma un dique frente al Pireo, y a lo largo de él se accede directamente al puerto. Efectuaron, pues, una fortificación unida al muro que ya existía por la parte del continente, de suerte que unos pocos hombres instalados en ella eran capaces de dominar el acceso al puerto.

Tanto el muro antiguo, que se dirige tierra adentro, como el nuevo, que se construía en dirección al mar, conducen a una de las dos torres que se encuentran en la estrecha embocadura del puerto. Cerraron además los accesos con un pórtico, el más importante del Pireo, directamente adosado al muro. Se reservaron el control del mismo y obligaron a todos a depositar allí todo el trigo que tuvieran, así como todo el que llegaba por mar. Y también tenía que tomarlo de allí quien quisiera venderlo.

91. Desde hacia tiempo Terámenes andaba criticando esto, y de manera particular continuó cuando los embajadores regresaron de Lacedemonia sin haber conseguido ningún acuerdo para el conjunto de los atenienses [41], y decía que este muro corría peligro de llegar a convertirse en la ruina de la ciudad.

En efecto, más o menos por estas fechas, como consecuencia de un llamamiento efectuado por los de Eubea, se encontraban ancladas en La (en Laconia) cuarenta y dos naves

[41] Según esta interpretación, no queda excluido un acuerdo parcial, o particular, con algunos ciudadanos.

peloponesias (algunas de las cuales provenían de Tarento, de los locros de Italia y de Sicilia) prestas para zarpar hacia Eubea, bajo las órdenes del espartano Agesándridas, hijo de Agesandro. Terámenes sostenía que estas naves no venían con la intención de acudir en socorro de Eubea, sino para apoyar a los oligarcas que estaban fortificando Eetionia, y que si alguien no se ponía en guardia, todos sucumbirían sin darse cuenta.

Algo de razón, sin duda, tenían los que lanzaron esta acusación, y no se trataba de una simple calumnia. En efecto, preferían mantener el régimen oligárquico que conservase el imperio sobre los demás aliados, o en caso contrario, buscaban una autonomía que les permitiera conservar la flota y las fortificaciones. Y si eventualmente también esto les resultaba imposible, intentaban al menos evitar ser los primeros en perecer por obra de un régimen democrático recién reinstaurado, sino hacer venir al enemigo para concluir un acuerdo por el que, aun quedando privados de la flota y de las fortificaciones, aceptarían para la ciudad cualesquiera condiciones con tal de obtener para ellos la impunidad personal.

92. Por tal motivo construían a toda prisa este muro, con portillos, accesos y pasadizos para acoger a los enemigos, deseando tenerlo completamente terminado cuanto antes. En un primer momento, efectivamente, los rumores circulaban entre pocas personas, y más bien en secreto. Pero al poco Frínico, que acababa de regresar de una embajada de Lacedemonia, cayó herido por uno de los perípolos [42] en una emboscada que le fue tendida en la plaza, abarrotada de gente, cuando salía de la sala del Consejo, y murió al instante. El asesino consiguió escapar, pero su cómplice, un hombre de Argos, fue apresado y sometido a tortura por orden de los Cuatrocientos. Sin embargo no confesó el nombre del que había dado la orden, sino que se limitó a decir que sabía que en casa del jefe de los perípolos y en otras casas se celebraban reuniones a las que asistían muchas personas.

En vista de que entonces no se tomó ninguna iniciativa

[42] Se trata de los jóvenes que cumplen su servicio militar en los destacamentos próximos a las fronteras.

por parte de la autoridad ante estos sucesos, Terámenes, Aristócrates y muchos otros (pertenecientes o no a los Cuatrocientos) que pensaban como ellos se decidieron a pasar más directamente a la acción.

Por aquel tiempo, las naves peloponesias zarparon de La, habían costeado la península y tras fondear en Epidauro habían realizado una incursión contra Egina. Entonces Terámenes insistía en que no era normal que unas naves que se dirigían hacia Eubea penetraran en el golfo hasta llegar a Egina para ir acto seguido a fondear en Epidauro, sino que la explicación más verosímil era la de que las habían hecho venir para llevar a cabo lo que él no cesaba una y otra vez de denunciar, y que por tanto no cabía ya permanecer inactivos. Finalmente, después de no pocas invitaciones a la revolución y de haber sembrado la alarma, se dispusieron a pasar a la acción. En efecto, los hoplitas que construían en el Pireo el muro de Eetionia, entre los cuales se encontraba Aristócrates como taxiarco al frente de los hombres de su tribu, arrestaron a Alexicles, un estratego de los oligarcas estrechamente vinculado a los miembros de las sociedades secretas, lo llevaron a una casa y lo retuvieron como prisionero. Contaron con la colaboración de otros elementos, en especial de Hermón, jefe de los perípolos destacados en Muniquia. Pero sobre todo era la mayoría de los hoplitas quienes se mostraban de acuerdo.

Cuando la noticia de lo que había sucedido llegó a los Cuatrocientos, que se hallaban celebrando una asamblea en el edificio del Consejo, se mostraron de inmediato dispuestos a tomar las armas (excepto aquellos que no deseaban que esta política se impusiera) y se dedicaban a amenazar a Terámenes y a los suyos. Este se defendió diciendo que estaba dispuesto a ir con ellos a liberar a Alexicles. Tomó consigo a uno de los estrategos que compartía con él sus mismas ideas, y se dirigió al Pireo. Por su parte, Aristarco también acudió en su ayuda acompañado de algunos jóvenes jinetes.

Se originó entonces una situación de enorme pánico y confusión. En efecto, los de la ciudad pensaban que el Pireo había caído en manos de los otros y que habían asesinado al prisionero, mientras que los del Pireo creían que los de la ciudad estaban a punto de caer sobre ellos. A duras penas

y gracias a la intervención de los más viejos, se consiguió detener a la gente que corría por la ciudad en busca de sus armas, así como por la actuación de Tucídides, el hijo de Fársalo, próxeno en Atenas, que se hallaba allí presente, y se interpuso con gran decisión entre ellos, gritándoles que no condujeran la ciudad a la ruina en un momento en que los enemigos estaban al acecho. La calma fue restablecida y se evitó el encuentro entre ambas facciones.

En cuanto a Terámenes (que aún seguía siendo estratego) una vez en el Pireo se mostró irritado con los hoplitas, aunque sólo de palabra. En cambio, Aristarco y los del partido contrario estaban verdaderamente furiosos. A su vez, la mayoría de los hoplitas perseveró en sus planes, sin mostrar la más mínima prueba de arrepentimiento, y tan sólo preguntaban a Terámenes si en su opinión la construcción del muro redundaba en beneficio de la ciudad, o si era mejor derribarlo. Y él les contestó que si a ellos les parecía bien demolerlo, también se lo parecía a él. Entonces, la mayor parte de los hoplitas y muchos habitantes del Pireo subieron sobre el muro y comenzaron a destruirlo. La consigna que se hizo pasar entre la muchedumbre fue ésta: que todo aquel que quisiera sustituir al gobierno de los Cuatrocientos por el de los Cinco Mil, se pusiera manos a la obra. Por ahora aún se escondían bajo el nombre de los Cinco Mil, y evitaban decir abiertamente que se quería el gobierno del pueblo, por temor a que existieran realmente esos Cinco Mil, y a que alguien pudiera comprometerse dirigiendo la palabra a algún ciudadano, sin saber que era uno de ellos. Por este motivo los Cuatrocientos no querían ni que existieran los Cinco Mil, ni que se supiera que no existían, pues pensaban que un número tan grande de participantes en el gobierno equivalían a un gobierno democrático, mientras que la incertidumbre generaba temores de unos ciudadanos ante otros.

93. Al día siguiente los Cuatrocientos, a pesar de la confusión en que se encontraban, se reunieron en la sala del Consejo, mientras los hoplitas del Pireo, una vez liberado Alexicles al que antes tenían prisionero, demolieron el muro y se dirigieron al teatro de Dioniso, en las proximidades de Muniquia, donde se dispusieron a celebrar una asamblea, teniendo cada uno junto a sí sus armas. Acordaron ponerse en

camino hacia la ciudad e hicieron alto en Anacio[43], donde formaron nuevamente en armas. Estando allí comparecieron unos comisionados de los Cuatrocientos, quienes empezaron a entablar conversaciones con ellos, hombre a hombre, intentando convencer a los que les parecían ser más moderados, para que ellos mismos conservaran la calma y sirvieran de freno a los demás. Afirmaban que darían a conocer quiénes eran los Cinco Mil, y que de entre ellos se elegirían los Cuatrocientos, de acuerdo con el sistema propuesto por los Cinco Mil. Y que mientras tanto no debían buscar la ruina de la ciudad, arrojándola en brazos del enemigo.

Todo el conjunto de los hoplitas, después de haberse mantenido innumerables contactos entre muchos ciudadanos, moderó su postura mucho más que antes, pues sentían miedo por la propia existencia del Estado. Y llegaron al acuerdo de celebrar un día determinado una asamblea en el santuario de Dioniso para tratar de la reconciliación.

94. Cuando llegó el día acordado para reunirse en asamblea [en el teatro de Dioniso] y casi se hallaban ya reunidos, llegó la noticia de que las cuarenta y dos naves que, procedentes de Mégara, iban bajo el mando de Agesándridas, se hallaban costeando Salamina. [Entre los hoplitas] todo el mundo pensó que se trataba exactamente de lo que hacía tiempo venía denunciando Terámenes y los suyos, es decir, que la flota tenía como objetivo la ocupación del muro. Por ello pensaron que la demolición del mismo había sido un acierto.

Tal vez Agesándridas permanecía por estos parajes próximos a Epidauro de acuerdo con un plan preestablecido, pero también es probable que su presencia allí se debiera a las disensiones internas que existían en Atenas, con la esperanza puesta en poderse encontrar presente en el momento oportuno. Pero por su parte los atenienses, tan pronto tuvieron noticia de esto, acudieron en masa y a la carrera al Pireo, concediendo menos importancia a sus luchas intestinas que a la promovida por los enemigos de fuera, que no se hallaban ahora lejos, sino en las proximidades del puerto. Al-

[43] El santuario, llamado «de los señores» (Anakeíon) estaba dedicado a los Dióscuros. Cf. Pausanias, I, 18.

gunos, pues, embarcaron en las naves que allí había, otros botaron las que estaban en seco y otros, finalmente, acudieron a defender el muro y los accesos al puerto.

95. Mientras tanto las naves peloponesias, tras haber costeado y bordeado el cabo Sunio, echaron anclas entre Tórico y Prasias, y luego llegaron a Oropo. A su vez los atenienses se vieron obligados a contratar a toda prisa unas tripulaciones carentes de experiencia, dado que la ciudad se hallaba dividida en luchas intestinas, y querían acudir a toda prisa en ayuda de lo que ahora más les importaba (efectivamente, Eubea lo suponía ahora todo para ellos, ya que el Atica les estaba vedada). Por ello enviaron como estratego a Eretria a Timócares con una flota. Una vez llegaron éstas, sumadas a las que ya se encontraban allí, hicieron un total de treinta y seis, que se vieron obligadas a plantar batalla inmediatamente. En efecto, Agesándridas, tras haber hecho comer a sus hombres, dio órdenes de zarpar de Oropo a la flota. Oropo dista de la ciudad de Eretria unos sesenta estadios [44] por mar.

Mientras éstos avanzaban, también los atenienses intentaron embarcar a sus hombres, creyendo que se encontraban próximos a las naves, pero se encontraron con que andaban adquiriendo víveres no en el mercado (los de Eretria habían decidido a propio intento no vender nada allí), sino en las casas más alejadas de la ciudad, a fin de que al producirse el embarque de las tropas muy lentamente pudieran los enemigos adelantarse a lanzar su ataque y obligar así a los atenienses a levar anclas tal y como fueran sorprendidos.

Desde Eretria alzaron una señal a los de Oropo, indicándoles cuándo debían hacerse a la mar. En tales condiciones, pues, los atenienses se hicieron a la mar y plantaron batalla a lo largo del puerto de Eretria. Durante un corto espacio de tiempo, y a pesar de las adversas circunstancias, aguantaron el combate, pero algo después emprendieron la huida, siendo perseguidos hasta llegar a tierra. Cuantos buscaron refugio en la ciudad de Eretria, por creerla amiga, sufrieron la más cruel suerte, pues fueron asesinados por sus habitantes. En cambio, consiguieron salvarse aquéllos que fueron a bus-

[44] Equivale a casi 11 kilómetros.

car refugio en la fortaleza del territorio de Eubea, que estaba en manos de los atenienses, así como aquellas naves que alcanzaron Calcis.

Los peloponesios se apoderaron de veintidós naves atenienses, y tras haber dado muerte a una parte de la tripulación y haber convertido en prisioneros a otros, erigieron un trofeo. No mucho después provocaron la defección de toda la isla de Eubea, a excepción de Oreo (que estaba bajo control ateniense) y procedieron a reorganizarlo todo según mejor les convenía.

96. Cuando llegó a Atenas la noticia de lo que había ocurrido en Eubea, se produjo una conmoción mayor que ninguna otra de las anteriores. En efecto, ni la derrota sufrida en Sicilia (que en su tiempo pareció muy grave) ni ningún otro acontecimiento les atemorizó nunca hasta este extremo de ahora. Efectivamente, en unos momentos en los que las tropas de Samos estaban sublevadas, cuando no se disponía en Atenas de otras naves, y mucho menos de hombres con que equiparlas, cuando ellos mismos se hallaban involucrados en luchas intestinas, sin saber en qué momento estallaría el conflicto entre los ciudadanos, y cuando les había sobrevenido además una catástrofe tan grande, en la que habían perdido no sólo la flota, sino sobre todo Eubea, de la que obtenía mayores beneficios que del Atica, ¿cómo no iban a abandonarse a la más completa desesperación?

Pero lo que de manera particular y más de cerca les angustiaba era que los enemigos, ahora vencedores, se atrevieran a lanzarse directamente sobre ellos, yendo sobre el Pireo, que ahora carecía de naves. Y pensaban que esto estaba a punto de ocurrir.

En realidad, eso es lo que hubieran fácilmente llevado a cabo, de haber sido los peloponesios más audaces. De este modo o habrían provocado una división aún más profunda en la ciudad (de haber fondeado allí bloqueándola) o si se hubieran quedado para efectuar un asedio habrían obligado a que *la flota de Jonia acudiera en ayuda de sus familiares* y de toda la ciudad, a pesar de su enemistad con la causa oligárquica. Y con ello habrían controlado el Helesponto, Jonia, las islas y toda la región hasta Eubea, lo que equivale a decir todo el imperio ateniense.

No fue esta, sin embargo, la única ocasión en la que los lacedemonios se evidenciaron como los mejores enemigos para enfrentarse a los atenienses, sino que hubo otras muchas ocasiones. En efecto, dada las profundas diferencias de carácter (los unos muy vivos, los otros muy lentos, los unos decididos, los otros irresolutos) los lacedemonios concedieron enormes ventajas a los atenienses, dado sobre todo el carácter marítimo del conflicto. Y fueron los siracusanos quienes mejor pusieron esto de manifiesto, ya que al tener un carácter especialmente similar al de los atenienses, fueron los que mejor les plantaron batalla.

97. Ante esta noticias, y a pesar de todo, los atenienses comenzaron a equipar veinte naves y convocaron la Asamblea. Celebraron una primera reunión en la llamada Pnix [45], que es donde en el pasado solían celebrarlas. En ella decidieron deponer a los Cuatrocientos y decretaron confiar los poderes a los Cinco Mil (sus componentes serían todos los que pudieran procurarse el armamento de hoplita) y que nadie percibiera un sueldo por ninguna magistratura. En caso contrario, considerar maldito a quien fuera. A continuación celebraron otras asambleas multitudinarias, en las que eligieron nomotetas [46] y se votaron otras cuestiones relativas al gobierno del Estado.

Fue ahora la primera vez, al menos por cuanto se refiere a mi época, que los atenienses se gobernaron bastante bien [47]. Se logró, en efecto, una moderada combinación de oligarquía y democracia, y ello contribuyó a que la ciudad se recobrara de la mala situación en que estaba. Aprobaron en votación el regreso de Alcibíades y de los que con él se habían exiliado. Y tanto a él como al ejército de Samos les

---

[45] Se trata de una colina ubicada en la parte occidental de la ciudad.

[46] Parece tratarse de funcionarios encargados de redactar una nueva Constitución, o al menos dictaminar sobre determinadas leyes. El cargo aparece con cierta profusión a partir del año 403.

[47] La clara adhesión de Tucídides a este régimen (especie de democracia controlada) parece corresponderse con el ideario político del historiador. En efecto, muerto Pericles, Tucídides piensa que sólo es posible huir del personalismo de hombres no muy competentes al frente del Estado reduciendo la participación de los ciudadanos en la vida política de Atenas, con lo que se restringía el campo de actuación de los demagogos.

enviaron unos mensajeros invitándolos a que participaran en los asuntos de la ciudad.

98. Durante este cambio de régimen, Pisandro, Alexicles y quienes habían tenido un papel relevante en la oligarquía se retiraron discretamente a Decelia. De entre ellos, Aristarco (a la sazón estratego) fue el único que tomó consigo rápidamente a algunos arqueros —los más bárbaros— y se dirigió a Enoe. Se trataba de un fuerte ateniense en la zona limítrofe con Beocia, asediado por los corintios por propia iniciativa, tras haber llamado en su ayuda a los beocios a causa de una matanza que le había infligido la guarnición de Enoe a unos soldados suyos que regresaban de Decelia.

Aristarco entró en conversaciones con ellos y engañó a los de Enoe, diciéndoles que los atenienses de la ciudad habían pactado un acuerdo general con los lacedemonios y que ellos debían entregar la plaza fuerte a los beocios (ya que era ésta una cláusula del acuerdo). Ellos le dieron crédito a sus palabras por tratarse de un estratego y porque no sabían nada a causa del asedio, de modo que salieron tras haber recibido garantías. De este modo, pues, los beocios tomaron y se apoderaron de Enoe, mientras en Atenas concluían el régimen oligárquico y las luchas internas.

99. Por las mismas fechas de este verano[48] los peloponesios que estaban en Mileto llegaron a encontrarse en la siguiente situación. Ninguno de aquellos a los que Tisafernes había dejado encargado, como hemos visto [cuando se dirigió a Aspendo] les proporcionaba medios de subsistencia, y por otra parte ni las naves fenicias ni Tisafernes habían comparecido. En cambio tanto Filipo (que le había acompañado) como Hipócrates (un espartano que se hallaba en Faséride) hicieron saber al navarco Míndaro que la flota no llegaría y que habían sido engañados en todo por Tisafernes. Finalmente, Farnabazo también los invitaba a venir, ya que estaba dispuesto (una vez que tuviera a su disposición las naves) a provocar la defección de Atenas en las ciudades del territorio que aún seguían sometidas a él, al igual que había hecho Tisafernes, con la esperanza de obtener de ello alguna ventaja.

[48] Es decir, finales de septiembre o primeros de octubre del año 411.

Así pues, Míndaro zarpó de Mileto en perfecto orden y de manera disimulada a fin de pasar despercibido a la flota que estaba en Samos. Llevaba setenta y tres naves y se dirigió hacia el Helesponto (al principio de este mismo verano ya habían salido hacia allá dieciséis naves y habían efectuado algunas incursiones contra el Quersoneso). Sin embargo, se vio apartado de su derrota por el viento y se vio obligado a refugiarse en Icaro, donde permaneció cinco o seis días, ante la imposibilidad de hacerse a la mar. Más tarde alcanzó Quíos.

100. Mas Trásilo, una vez tuvo noticias de que Míndaro había salido de Mileto, zarpó inmediatamente de Samos con cincuenta y cinco naves, marchando a toda prisa a fin de que no se le adelantara en llegar al Helesponto. Pero al enterarse de que ya estaba en Quíos, creyó que era porque pensaba detenerse allí. Dispuso vigías en Lesbos y en la parte de enfrente del continente para evitar que le pasara desapercibida cualquier maniobra que emprendiesen las naves. Por su parte, bordeó la isla hasta llegar a Metimna, donde dio órdenes de que le prepararan cebada y otros víveres, ya que si la demora se prolongaba, tenía la intención de utilizar Lesbos como base para atacar Quíos.

Al mismo tiempo (como Ereso había hecho defección de Lesbos) quería ir con sus naves y apoderarse de ella, si podía. En efecto, algunos desterrados de Metimna, gente de mucha influencia, hicieron venir de Cime a unos cincuenta hoplitas que eran simpatizantes de sus sociedades secretas, y alistaron otros mercenarios en el continente. Con un total de aproximadamente trescientos hombres, bajo las órdenes del tebano Anaxandro (dada la afinidad étnica)[49] atacaron primero Metimna, pero el intento fracasó por haber acudido a tiempo en ayuda los atenienses que estaban de guarnición en Mitilene. Rechazados de nuevo en un combate celebrado fuera de la ciudad, cruzaron los montes y provocaron la defección de Ereso.

Así pues, Trásilo tenía el propósito de lanzar un ataque contra ella con todas sus naves. Antes que él había llegado

[49] En efecto, tanto los beocios como los lesbios son eolios. Cf. III, 2, y VII, 57.

desde Samos Trasibulo con cinco naves, tan pronto se enteró del desembarco de los desterrados. Pero como llegó después que ellos, fondeó delante de la ciudad.

Se incorporaron también algunas naves (al parecer dos) que regresaban del Helesponto a Atenas, así como otras ⟨cinco⟩ de Metimna. El total de naves que se hallaban presentes era de sesenta y siete, y se disponían a tomar por la fuerza Ereso, si podían, con las tropas que venían a bordo, usando máquinas y cualquier otro procedimiento.

101. Mientras tanto en Quíos, Míndaro y las naves de los peloponesios se aprovisionaron durante dos día, y cada hombre recibió de los quiotas tres tesaracostas quiotas [50]. Al tercer día zarparon de la isla sin perder tiempo, pero no a alta mar (a fin de no encontrarse con las naves de Ereso), sino que dejando Lesbos a la izquierda se dirigieron al continente.

Tras adentrarse en el puerto de Carterias, en territorio de Focea, tomaron el almuerzo y costearon el territorio de Cime, y cenaron en las Arginusas [51], en la parte del continente que está frente a Mitilene. Desde aquí, siendo todavía plena noche, navegaron a lo largo de la costa y llegaron a Armatunte, en la parte del continente que está frente a Metimna, donde almorzaron. Rápidamente costearon Lecton, Larisa, Amáxito y las demás ciudades de esta región, y llegaron a Ritio (que se halla ya en el Helesponto) antes de medianoche. Algunas naves en cambio arribaron a Sigeo y a otras localidades de la región.

102. Los atenienses que estaban en Sesto con dieciocho naves, al ver las señales que les hacían sus vigías y divisar de repente muchas hogueras en la parte donde estaba el enemigo, se percataron de que la flota de los peloponesios se acercaba. Esa misma noche, a toda prisa, ciñéndose lo más posible a la costa del Quersoneso, se retiraron hacia Eleunte, queriendo escapar en alta mar a las naves enemigas. Consiguieron pasar inadvertidas, en efecto, a las dieciséis naves que estaban en Abido (a pesar de que habían sido adverti-

[50] Es una moneda local, cuya equivalencia no es fácil determinar con precisión. Algunos autores proponen una equivalencia de media dracma.

[51] Nombre de un pequeño grupo de islotes próximo a las costas de Asia Menor. Es probable que alguna aldea de la costa también tuviera la misma denominación.

dos por las naves amigas que llegaban al Helesponto de que debían extremar la vigilancia por si los otros se hacían a la mar). En cambio al toparse con las naves de Míndaro al amanecer, y lanzarse éste en su persecución, no consiguieron escapar todas. En su mayor parte se refugiaron en Imbros y Lemnos, pero las cuatro últimas naves fueron capturadas junto a Eleunte. Una de ellas, que embarrancó en las proximidades del santuario de Protesilao, la capturaron con toda su tripulación, otras dos sin tripulantes y a la última le prendieron fuego (sin tripulación) cerca de Imbros.

103. Después de todo esto, una vez se incorporaron a las demás las naves procedente de Abido —en total ochenta y seis naves— asediaron Eleunte aquel mismo día, pero al no tener éxito, regresaron a Abido.

A su vez los atenienses, excesivamente confiados en sus vigías, pensaban que la salida de las enemigas no les podría pasar desapercibida, por lo que continuaban el asedio con toda tranquilidad. Sin embargo, una vez informados, abandonaron de inmediato Ereso y acudieron a toda prisa en ayuda al Helesponto. Capturaron dos naves peloponesias que se habían adentrado en mar abierto un tanto temerariamente durante la persecución y habían ido a dar con la flota ateniense. Al día siguiente llegaron a Eleunte, y anclaron allí. Hicieron venir todas las naves que se habían refugiado en Imbros, y estuvieron durante cinco días preparando el combate naval.

104. A continuación la batalla se desarrolló de la manera siguiente. Los atenienses iban costeando, formados en columna, en dirección a Sesto. Por su parte los peloponesios, percatándose del movimiento de aquéllos, se pusieron en marcha desde Abido. Cuando comprendieron que iba a tener lugar la batalla, los atenienses adoptaron una formación en línea a lo largo de las costa del Quersoneso, desde Idaco a Arriano, con setenta y seis naves, mientras los peloponesios hacían otro tanto desde Abido a Dárdano, con sus ochenta y seis naves.

En la disposición de las naves peloponesias los siracusanos ocupaban el ala derecha, mientras Míndaro en persona, al frente de las naves más marineras, se encontraba en el flanco izquierdo. En cuanto a los atenienses, Trasilo estaba en

el ala izquierda y Trasibulo en la derecha. Los demás estrategos se hallaban repartidos a lo largo de la línea.

Los peloponesios tenían prisa por establecer contacto los primeros y querían rebasar con su ala izquierda el ala derecha de los atenienses para cerrarles, si fuera posible, la salida al mar abierto, y para empujar el centro de su formación hacia tierra, que se hallaba a corta distancia. Pero los atenienses, comprendiendo la intención del enemigo, alargaron a su vez sus líneas por donde el enemigo quería desbordarles y se les adelantaron en la iniciativa. Mientras tanto, su ala izquierda había ya superado el promontorio llamado Cinosema [52]. Al producirse este reajuste, la parte del centro se quedó desasistida y con grandes intervalos entre nave y nave, dado sobre todo que desde el punto de vista numérico eran menos y porque la zona de Cinosema presenta un contorno recortado y de muchos entrantes, con lo que resultaba imposible ver lo que estaba ocurriendo al otro lado.

105. Los peloponesios cayeron sobre el centro y presionaron las naves atenienses contra la costa, pusieron pie a tierra y demostraron ser muy superiores en la acción. No le fue posible a Trasibulo y a los suyos acudir desde el ala derecha en ayuda del centro, a causa del gran número de naves que se les echaban encima, ni a Trasilo y los suyos desde el ala izquierda (el promontorio de Cinosema les imposibilitaba la visión, además de que se lo estorbaban los siracusanos y otros, situados enfrente con fuerzas no inferiores). Finalmente los peloponesios, en vista de su superioridad, se entregaron a perseguir libremente ya a una ya a otra nave, y empezó a cundir el desorden en parte de sus filas.

Cuando Trasibulo y los suyos se percataron de esto, cesaron de prolongar sus líneas, y virando rápidamente hacia ellos, atacaron y pusieron en fuga las naves que estaban alineadas frente a ellos. Luego cogieron por sorpresa una parte de las naves peloponesias que andaban dispersas por la zona en calidad de vencedoras, las embistieron y pusieron

[52] Según Estrabón, VII, frag. 55, Diodoro, 40, 6, y Eurípides, *Hécuba*, 1265 y ss., se conocía con este nombre de «Tumba de la Perra» o «Tumba de Hécuba» un promontorio en la costa del Quersoneso tracio, donde según la tradición quedó metamorfoseada a su muerte la reina Hécuba.

en fuga a la mayoría de ellas sin entablar combate. A su vez los siracusanos, que habían cedido ante el ataque frontal de Trasilo, emprendieron ya ahora abiertamente la huida al ver que también los otros huían.

106. Una vez producida esta derrota, los peloponesios buscaron refugio primeramente en la zona del río Midio, y más tarde en la zona de Abido. Los atenienses capturaron muy pocas naves (en efecto, el Helesponto, al ser estrecho, brindaba refugios cercanos a los adversarios), pero no obstante, esta victoria naval resultó sumamente oportuna para ellos. Efectivamente, hasta este momento sentían miedo de la flota peloponesia a causa de las pequeñas derrotas que habían sufrido y por causa del desastre de Sicilia. En cambio ahora cesaron de hacerse reproches y dejaron de creer que los enemigos fueran dignos de tenerse en cuenta en lo tocante a poderío naval.

No obstante esto, capturaron a los enemigos ocho naves de Quíos, cinco de Corinto, dos de Ambracia y dos de Beocia, así como una de Léucade, una de Lacedemonia, una de Siracusa y una de Pelene. Por su parte, los atenienses perdieron quince naves. Erigieron un trofeo sobre el promontorio donde está Cinosema, recuperaron los pecios, devolvieron los muertos a los enemigos mediante un acuerdo, y enviaron una trirreme a Atenas para que anunciara la victoria.

Los atenienses, ante la llegada de esta nave con noticia tan inesperada, recuperaron extraordinariamente sus ánimos tras los recientes reveses sufridos en Eubea y durante las luchas intestinas, y pensaron que aún era posible que su causa prosperara, si se aplicaban a ella con energía.

107. Tres días después de la batalla naval, reequipadas a toda prisa sus naves, los atenienses que estaban en Sesto se dirigieron contra Cícico, que había hecho defección. Divisaron a las ocho naves de Bizancio, que estaban ancladas a la altura de Harpagio y de Príapo, las atacaron, derrotaron a los hombres que estaban en la costa y se apoderaron de las naves. Después se presentaron en Cícico, que carecía de fortificaciones, la reintegraron a su bando y le impusieron un tributo en dinero. Mientras tanto, los peloponesios se dirigieron con sus naves desde Abido a Eleunte, recuperaron todas las naves que se hallaban en buenas condiciones, de aqué-

llas que les habían sido arrebatadas, pues al resto les habían prendido fuego los eleuntios, y despacharon a Hipócrates y a Epicles a Eubea para traer las naves que allí había.

108. Por estas mismas fechas regresó Alcibíades a Samos con sus trece naves desde Cauno y Fasélide, anunciando que había conseguido evitar que las naves fenicias se unieran a los peloponesios, y había logrado granjearse una más intensa amistad de Tisafernes para con los atenienses. Equipó nueve naves además de las que tenía, obligó a Halicarnaso al pago de una fuerte suma y fortificó Cos. Tras tomar estas medidas y haber instalado un comandante en Cos, regresó a Samos cuando ya estaba próximo el otoño.

Mientras tanto Tisafernes, al enterarse de que las naves de los peloponesios habían abandonado Mileto para dirigirse al Helesponto, levantó su campamento de Aspendo y se dirigió a Jonia. Hallándose los peloponesios en el Helesponto, los antandrios (que son eolios) hicieron venir por tierra desde Abido —a través del monte Ida— un contingente de hoplitas, ya que habían sido objeto de afrentas por parte del persa Arsaces, un lugarteniente de Tisafernes. Este Arsaces había maltratado anteriormente a los delios que, tras haber sido expulsados por los atenienses en la época de la purificación de Delos, hubieron de establecerse en Atramitio. Aduciendo como pretexto una enemistad extraña, invitó a los más valerosos delios a participar en una expedición, y se los llevó fuera de la ciudad en calidad de amigos y aliados. Luego, aprovechando el momento en que estaban tomando el almuerzo, los rodeó con sus hombres y les dio muerte a flechazos.

Así pues, como consecuencia de este crimen, los antandrios temían a su vez que cometiera alguna fechoría contra ellos. Y como además les imponía unos tributos insoportables, expulsaron de la acrópolis a los soldados de su guarnición.

109. Por su parte, Tisafernes, percatándose de que ésta era una nueva acción de los peloponesios (al igual que lo que había ocurrido en Mileto y Cnido, donde las guarniciones persas habían sido desalojadas) pensó que el grado de hostilidad entre aquéllos y él había llegado a ser enorme, y temió que fueran a causarle nuevos daños. Como al mismo tiempo estaba angustiado con la idea de que Farnabazo (que

contaba con el servicio de los peloponesios desde hacía menos tiempo y con menos gastos) pudiera conseguir mayores éxitos que él en su lucha contra los atenienses, planeó acudir a su encuentro al Helesponto para quejarse de cuanto había sucedido en Antandros y para defenderse de la manera más decorosa posible de las acusaciones de que era objeto a propósito de las naves fenicias y de otras cuestiones.

Presentándose en primer lugar en Efeso, celebró un sacrificio en honor de Artemis. [Cuando acabó el invierno siguiente a este verano, concluyó también el año vigésimo primero de esta guerra] [53].

[53] La frase final entre corchetes no aparece en algunos manuscritos. Se suele considerar como una glosa.

Indice de nombres propios

U

Y

Z

PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS HISTORICOS (sociales y culturales) DEL SIGLO V

GRECIA	ITALIA-SICILIA	OTROS PAISES
490. Maratón.		
	485. Gelón, tirano de Siracusa.	485. Muere Darío.
480. Termópilas, Salamina. Nace Eurípides.		480. Jerjes invade Grecia.
478. Confederación de Delos.		
471. *Los Persas* de Esquilo. Ostracismo Temístocles. Nace Sócrates.		
464. Revuelta hilotas.		464. Artajerjes rey.
461. Ostracismo Cimón. Nace Hipócrates.		461. Expedición ateniense al Nilo.
457. Muros del Pireo. Tanagra y Enófita. Muere Esquilo.		
454. El tesoro pasa de Delos a Atenas.		
450. Muerte Temístocles.		
447. Derrota ateniense en Coronea. Nace Aristófanes.		
441. Revuelta en Samos.		
432. Revuelta en Potidea.		
431. Tebas ataca Platea.		
427. Primera expedición a Sicilia.	427. Gorgias en Atenas.	
425. Bloqueo de Esfacteria.		
424. Brásidas captura Anfípolis.	Conferencia en Gela.	Muere Artajerjes. Darío II rey.
421. Paz de Nicias.		
416. Captura de Melos.		
415. Expedición a Sicilia.	Gilipo salva Siracusa.	
413. Captura de Decelia.	Desastre ateniense.	
411. Golpe de los Cuatrocientos. Gobierno de los Cinco Mil.		
406. Muerte de Eurípides. Muerte de Sófocles.		
404. Paz. Muerte de Alcibíades.	Paz Siracusa y Cartago.	
403. Restauración de la democracia.		Muere Darío II. Artajerjes II rey.

Indice